Dan Simmons

HYPERION

Premio Hugo 1990
Premio Locus 1990





En el mundo llamado Hyperion, más allá de la Red de la Hegemonía del Hombre, aguarda el Alcaudón, una sorprendente y temible criatura a la que los miembros de la Iglesia de la Expiación Final veneran como Señor del Dolor. En vísperas del Armageddon, y con el trasfondo de la posible guerra entre la Hegemonía, los enjambres éxter y las inteligencias artificiales del TecnoNúcleo, siete pregrinos acuden a Hyperion para resucitar un antiguo rito religioso. Todos son portadores de esperanzas imposibles y,

también, de terribles secretos. Un diplomático, un sacerdote, un militar, un poeta, un profesor, una detective y un navegante entrecruzan sus vidas y sus destinos en su peregrinar en busca del Alcaudón y de las Tumbas del Tiempo, majestuosas e incomprensibles construcciones que albergan un secreto procedente del futuro. Sus historias personales componen una sugerente visión caleidoscópica de la compleja sociedad en la que viven y que, tal vez, puedan salvar.



Dan Simmons

Hyperion

(Los cantos de Hyperion - 1)

ePUB v1.6

Rov 03.09.12

Título original: *Hyperion*
Serie: Los cantos de Hyperion 1
Colección NOVA nº 41
Traducción: Carlos Gardini
1ª. edición: junio 1993
La presente edición es propiedad de
Ediciones B, S.A.
Calle Rocafort, 104-08015 Barcelona
(España)

Printed in Spain ISBN: 84-406-3874-4
Depósito legal: B. 15.886-1993
Impreso por LITOGRAFÍA ROSES
Diseño cubierta: Jordi Vallhonesta
Edición Electrónica: U.L.D.
Revisión de abur chocolat, ago2002
Versión en ePub: Rov, Septiembre 2011
Corrección v1.6: Rov, Septiembre 2012



Para Ted

PRÓLOGO

En el balcón de su negra nave espacial, el cónsul de Hegemonía tocaba el Preludio en do menor de Rajmaninov en un antiguo pero inmaculado Steinway, mientras grandes y verdes saurios bramaban en los pantanos. Una tormenta avanzaba hacia el norte. Negros nubarrones cubrían el bosque de gimnospermas gigantes mientras los estratocúmulos se elevaban a nueve kilómetros de altura en un cielo violento. Los relámpagos rasgaban el horizonte. Cerca de la nave, formas

reptilianas tropezaban con el campo de interdicción, ululaban y se alejaban entre brumas azules. El cónsul se concentró en una parte espinosa del Preludio e ignoró la proximidad de la tormenta y el anochecer. Sonó el receptor ultralínea.

El cónsul se detuvo, los dedos aleteando sobre el teclado, y escuchó. Rodaban truenos en el aire denso. En el bosque de gimnospermas aulló una manada de bestias carroñeras. En la oscuridad, un animal de cerebro pequeño chilló su respuesta y calló. El campo de interdicción añadió subtonos sónicos al repentino silencio. La

ultralínea sonó de nuevo.

—Demonios —masculló el cónsul, y fue a contestar.

Mientras el ordenador convertía y decodificaba la explosión de taquiones desintegrados, el cónsul se sirvió un vaso de whisky. Cuando se acomodó en el foso de proyección, el panel ya parpadeaba con un fulgor verde.

—Adelante —dijo.

—Has sido escogido para regresar a Hyperion —anunció una acariciante voz femenina. Aún no se habían formado las imágenes; no había nada en el aire salvo pulsátiles códigos de transmisión indicando que la comunicación procedía

del mundo administrativo de la Hegemonía, el Centro Tau Ceti. El cónsul no necesitaba las coordenadas para saberlo. La envejecida pero aún bella voz de Meina Gladstone resultaba inconfundible—. Te han elegido para regresar a Hyperion como peregrino del Alcaudón —continuó la voz.

Qué diablos, pensó el cónsul, levantándose.

—Tú y otros seis habéis sido escogidos por la Iglesia del Alcaudón y confirmados por el Entidad Suma —dijo Meina Gladstone—. Hegemonía quiere que aceptes.

El cónsul se quedó inmóvil, de

espaldas a los fluctuantes códigos de transmisión. Sin volverse, alzó el vaso y engulló el resto del whisky.

—La situación es confusa —prosiguió Meina Gladstone con voz fatigada—. El consulado y el Consejo Interno nos transmitieron hace tres semanas que al parecer las Tumbas de Tiempo se estaban abriendo. Los campos antientrópicos que las rodean se extendían y el Alcaudón merodea muy al sur, por la Cordillera de la Brida.

El cónsul se sentó en los almohadones. Se había formado un holograma del anciano rostro de Meina Gladstone. Los ojos parecían tan

cansados como la voz.

—De inmediato se despachó una flota FUERZA para evacuar a los ciudadanos de la Hegemonía que están en Hyperion antes de que se abrieran las Tumbas de Tiempo. Su deuda temporal ascenderá a poco más de tres años de Hyperion.

La FEM Meina Gladstone hizo una pausa. El cónsul pensó que nunca había visto tan adusta a la Funcionaría Ejecutiva Máxima del Senado.

—Ignoramos si la flota de evacuación llegará a tiempo, pero la situación es aún más compleja. Hemos detectado un enjambre migratorio éxter

de por lo menos cuatro mil unidades acercándose al sistema de Hyperion. Nuestra fuerza especial debería llegar poco antes que los éxters.

El cónsul comprendió los titubeos de Gladstone. Una flota migratoria éxter podía consistir en naves de todo tipo, desde exploraciones-ariete monoplazas hasta ciudades y fuertes que contuvieran decenas de miles de esos bárbaros interestelares.

—La jefatura conjunta de FUERZA opina que es la gran embestida de los éxters —dijo Meina Gladstone. El ordenador de la nave había situado el holo del tal modo que los tristes ojos

castaños de la mujer parecían observar al cónsul—. Está por verse si procuran controlar sólo Hyperion por las Tumbas de Tiempo o si es un ataque a gran escala contra la Red de Mundos. Entre tanto, una flota espacial de combate FUERZA con un batallón de construcción de teleyectores, ha salido del sistema de Camn para unirse a la fuerza de evacuación, pero la intervención de esta flota dependerá de las circunstancias.

El cónsul asintió y se llevó el whisky a los labios. Miró el vaso vacío con el ceño fruncido y lo dejó caer en la mullida alfombra del holofoso. Aun sin

tener adiestramiento militar, comprendía la difícil decisión táctica a que se enfrentaba Gladstone y la jefatura conjunta. Si no construían rápidamente un teleyector en el sistema de Hyperion —a un precio exorbitante—, no resistirían la invasión éxter. Los secretos de las Tumbas de Tiempo quedarían en manos del enemigo de la Hegemonía. Si la flota lograba construir un teleyector a tiempo y la Hegemonía comprometía todos los recursos de FUERZA en la defensa del distante mundo colonial de Hyperion, la Red de Mundos corría el riesgo de sufrir un ataque éxter en otras zonas del perímetro

o —en el peor de los casos— de no poder impedir que los bárbaros capturaran el teleyector y penetraran en la Red.

El cónsul trató de imaginar las tropas blindadas éxter irrumpiendo por los portales del teleyector en las indefensas ciudades de cien mundos. Atravesó el holo de Meina Gladstone, cogió el vaso y se sirvió otro whisky.

—Te han escogido para participar en la Peregrinación del Alcaudón —repitió la imagen de la anciana FEM, a quien la prensa siempre comparaba con Lincoln, Churchill, Álvarez-Temp o cualquier personaje en boga de las leyendas

anteriores a la Hégira—. Los templarios enviarán su nave arbórea *Yggdrasill* y el comandante de la fuerza de evacuación tiene órdenes de dejarla pasar. Con una deuda temporal de tres semanas, puedes establecer contacto con la *Yggdrasill* antes de que efectúe el salto cuántico para salir del sistema Parvati.

"Los otros seis peregrinos escogidos por la Iglesia del Alcaudón viajarán a bordo de la nave arbórea. Nuestros informes del servicio secreto sugieren que por lo menos uno de los siete peregrinos es un agente de los éxters. Por el momento ignoramos cuál.

El cónsul sonrió. Sin duda Gladstone

había sopesado la posibilidad de que él fuera el espía y ella estuviera dando información crucial a un agente éxter. Pero ¿acaso le había suministrado información crucial? Los movimientos de la flota se detectaban en cuanto las naves usaban sus motores Hawking, y si el cónsul era el espía, la revelación de la FEM podía ser un modo de intimidarlo. El cónsul abandonó su sonrisa y bebió whisky.

—Sol Weintraub y Fedmahn Kassad figuran entre los siete peregrinos escogidos —puntualizó Gladstone.

El cónsul frunció el ceño. Miró la nube de dígitos que rodeaban la imagen

de la anciana como motas de polvo. Quedaban quince segundos de transmisión.

—Necesitamos tu ayuda —insistió Meina Gladstone—. Es esencial que se descubran los secretos de las Tumbas de Tiempo y del Alcaudón. Esta peregrinación puede ser nuestra última oportunidad. Si los éxters conquistan Hyperion, tendremos que eliminar a su agente y cerrar las Tumbas de Tiempo a toda costa. El destino de la Hegemonía tal vez dependa de ello.

La transmisión terminó, salvo por la pulsación de las coordenadas de contacto.

—¿Respuesta? —preguntó el ordenador de a bordo. A pesar del tremendo coste de energía, la nave era capaz de lanzar un breve borbotón de códigos al parloteo ultra-lumínico que comunicaba entre sí a las regiones humanas de la galaxia.

—No —respondió el cónsul, y salió para apoyarse en la baranda del balcón. Había anochecido y las nubes estaban bajas. No se veían estrellas. Reinaba una oscuridad absoluta salvo por el relámpago intermitente en el norte y la suave fosforescencia que irradiaban los pantanos. De pronto el cónsul cayó en la cuenta de que era el único ser consciente

en ese mundo sin nombre. Los sonidos de la noche antediluviana se elevaban de los pantanos.

Al amanecer el cónsul había partido en su vehículo electromagnético Vikkem para pasar el día al sol, cazar en los helechales del sur y retornar a la nave con el ocaso, para comerse un buen bistec y tomar una cerveza fría. El cónsul pensó en el agudo placer de la cacería y el agudo solaz de la soledad: se había ganado esa soledad mediante el dolor y las pesadillas que ya había sufrido en Hyperion.

Hyperion.

El cónsul entró, replegó el balcón y

cerró la nave cuando empezaban a caer los goterones. Subió por la escalera de caracol hasta la cabina del ápice de la nave. La habitación circular estaba a oscuras salvo por las silenciosas explosiones de los relámpagos, que atravesando el cielo perfilaban los remolinos de lluvia. El cónsul se desnudó, se tendió en el duro colchón y conectó el sistema de sonido y los sensores externos de audio. La furia de la tormenta se fundió con la violencia de la Cabalgata de las Walkirias de Wagner. Vientos huracanados azotaban la nave. El retumbar de los truenos inundó la habitación mientras el cielo se

ponía blanco y trazaba imágenes ardientes en las retinas del cónsul.

Wagner sólo es adecuado para las tormentas, pensó. Cerró los ojos, pero aún veía los relámpagos a través de los párpados. Recordó el fulgor de arremolinados cristales de hielo entre las ruinas de las colinas bajas, cerca de las Tumbas de Tiempo, y el acerado destello del árbol de cuernos metálicos del Alcaudón. Recordó gritos en la noche y los ojos de rubí del Alcaudón.

Hyperion.

El cónsul pidió al ordenador que cerrara los altavoces y se cubrió los ojos con el antebrazo. En el repentino

silencio, pensó en la locura de regresar a Hyperion. Durante sus once años de cónsul en aquel mundo remoto y enigmático, la misteriosa Iglesia del Alcaudón había permitido que una docena de barcas de peregrinos extranjeros partieran hacia los páramos que rodeaban las Tumbas de Tiempo, al norte de las montañas. Ninguno había regresado. Eso ocurría en tiempos normales, cuando el Alcaudón era prisionero de las mareas del tiempo y de fuerzas que nadie comprendía, y los campos antientrópicos sólo actuaban a pocos metros de las Tumbas de Tiempo. Cuando no existía la amenaza de una

invasión éxter.

El Alcaudón era libre de recorrer todo Hyperion: millones de aborígenes y miles de ciudadanos de la Hegemonía quedaban indefensos ante una criatura que desafiaba las leyes físicas y sólo se comunicaba mediante la muerte. El cónsul tiritó a pesar de la tibieza de la cabina.

Hyperion.

Transcurrió la noche y se alejó la tormenta. Antes del alba se avecinaron más nubarrones. La inminente borrasca agitaba las gimnospermas de doscientos metros. Poco antes del alba, la negra nave del cónsul se elevó en una columna

de plasma azul y atravesó las densas nubes, trepando hacia el espacio y el punto de contacto.

1

El cónsul despertó con jaqueca, sequedad de garganta y embotamiento, sensaciones típicas después de una fuga criogénica. Parpadeó, se irguió en el diván bajo y se arrancó las cintas sensoras que tenía pegadas a la piel. Estaba en una habitación ovoide y sin ventanas, junto a dos tripulantes clónicos y un alto templario con cogulla. Uno de los pequeños clones le ofreció el tradicional vaso de zumo de naranja después del descongelamiento. El cónsul lo bebió con avidez.

—El Árbol está a dos minutos-luz y cinco horas de viaje de Hyperion —informó el templario. El cónsul advirtió que se trataba de Het Masteen, capitán de la nave arbórea y Voz Verdadera del Árbol. El cónsul comprendió que era un gran honor ser despertado por el capitán, pero estaba demasiado aturdido y desorientado para apreciar el gesto.

—Los demás han despertado hace horas —explicó Het Masteen, indicando a los clones que se marcharan—. Se han reunido en la plataforma de proa.

El cónsul se atragantó. Bebió otro sorbo y se aclaró la garganta.

—Gracias, Het Masteen —logró

articular. Echando una ojeada a la habitación ovoide, alfombrada de hierba oscura, a las paredes traslúcidas y los curvos soportes de madera de raraleña, el cónsul comprendió que debía estar en una de las cápsulas ambientales menores. Cerró los ojos y evocó el contacto con la nave templaria, antes del salto cuántico.

Recordó el aspecto de esa nave de un kilómetro de largo. El motor redundante y los campos de contención erg que rodeaban la nave arbórea como una bruma esférica difuminaban los detalles, pero miles de luces brillaban entre las hojas y las cápsulas

ambientales y a lo largo de un sinfín de plataformas, puentes, cubiertas, escaleras y glorietas. Racimos con motores y cargamento se apiñaban como enormes frutos alrededor de la base; estelas azules y violáceas se arrastraban detrás como raíces de diez kilómetros de longitud.

—Los demás esperan —murmuró Het Masteen, señalando los cojines bajos donde aguardaba el equipaje del cónsul. El templario miró pensativamente las vigas de raraleña mientras el cónsul se vestía con ropa formal: pantalones negros, botas lustrosas, camisa de seda ablusonada en

la cintura y los codos, cuello color topacio, chaqueta negra con las insignias carmesíes de la Hegemonía en las charreteras, tricornio dorado. Un sector de la pared curva se convirtió en espejo y el cónsul contempló la imagen: un hombre de mediana edad en ropa de noche, la tez bronceada pero extrañamente pálida bajo los ojos tristes. El cónsul frunció el ceño, y se volvió al capitán.

La alta figura con túnica condujo al cónsul por una abertura de la cápsula a un pasadizo que serpeaba alrededor de la maciza pared de corteza del tronco de la nave arbórea. El cónsul se detuvo, se

acercó al borde del pasadizo y retrocedió deprisa. Había seiscientos metros hasta abajo —un «abajo» producido por el sexto de gravedad estándar que generaban las singularidades encarceladas al pie del árbol— y no había barandas.

Reanudaron el callado ascenso. Al cabo de treinta metros y de media espiral abandonaron el pasadizo del tronco principal para cruzar un esquelético puente colgante hasta una rama de cinco metros de anchura. Siguieron hacía el exterior, donde la maraña de hojas recibía el resplandor del sol de Hyperion.

—¿Han sacado mi nave del almacén? —preguntó el cónsul.

—Está reaprovisionada y lista en la esfera once —respondió Het Masteen. Entraron en la sombra del tronco y las estrellas se hicieron visibles en los retazos negros que dejaba la tracería de hojas—. Los otros peregrinos han accedido a descender en la nave de usted si las autoridades FUERZA dan la autorización —añadió el templario.

El cónsul se frotó los ojos y lamentó no disponer de más tiempo para recobrar la lucidez.

—¿Ha estado en contacto con la fuerza especial? —preguntó.

—Desde luego. Nos detuvieron en cuanto salimos del salto cuántico. Una nave de combate de la Hegemonía nos... *escolta* —Het Masteen señaló un retazo de cielo.

El cónsul alzó los ojos, pero una parte de la copa del árbol giró en ese instante y salió de la sombra de la nave. Hectáreas de hojas se encendieron con los colores del ocaso. Aun en los lugares sombreados, aves-fulgor anidaban como faroles japoneses sobre pasadizos fluorescentes, relucientes lianas y puentes colgantes iluminados. Luciérnagas de Vieja Tierra y radiantes espejines de Alianza-Maui parpadeaban

entre laberintos de hojas, confundiéndose con las constelaciones de un modo que engañaba incluso al viajero estelar más experimentado.

Het Masteen entró en un cesto-ascensor colgado de un cable de filamentos de carbono; el cable se perdía en los trescientos metros de árbol que tenían encima. El cónsul lo imitó y fueron ascendidos en silencio. Los pasadizos, cápsulas y plataformas estaban desiertos excepto por unos pocos templarios y diminutos tripulantes clónicos. El cónsul no había visto pasajeros durante la atareada hora que transcurrió entre su llegada y la fuga

criogénica, pero lo había atribuido a la inminencia del salto cuántico, suponiendo que los pasajeros se habían resguardado en sus divanes criónicos. Pero ahora la nave viajaba muy por debajo de velocidades relativistas y sin embargo las ramas no estaban atestadas de boquiabiertos pasajeros. Se lo comentó al templario.

—Ustedes seis son los únicos pasajeros —explicó Het Masteen. El cesto se detuvo entonces en un laberinto de follaje y el capitán lo condujo por una gastada escalera mecánica de madera.

El cónsul parpadeó sorprendido. Las

naves arbóreas templarias transportaban unos dos mil quinientos pasajeros y constituían el mejor sistema de transporte entre los astros. Rara vez acumulaban más de cinco meses de deuda temporal, efectuaban breves y agradables cruces entre sistemas estelares separados por escasos años-luz de distancia, con lo cual permitían que los opulentos pasajeros pasaran el menor tiempo posible en fuga criónica. Un viaje de ida y vuelta a Hyperion representaba seis años de tiempo de Red. Sin pasajeros que pagaran la travesía, la pérdida económica sería exorbitante para los templarios.

El cónsul comprendió entonces que la nave arbórea era ideal para la inminente evacuación y la Hegemonía correría con los gastos. Aun así, llevar una nave tan bella y vulnerable como la *Yggdrasill* —sólo existían cinco de ese tipo— a una zona en guerra representaba un gran riesgo para la Hermandad de los Templarios.

—Los otros peregrinos —anunció Het Masteen cuando ambos salieron a una ancha plataforma, donde un pequeño grupo aguardaba ante una larga mesa de madera. Arriba ardían las estrellas, rotando cuando la nave arbórea cambiaba de inclinación o desviación; a

ambos lados, una sólida esfera de follaje los rodeaba como la piel verde de un enorme fruto. El cónsul reconoció de inmediato la plataforma-comedor del capitán, incluso antes de que los otros cinco pasajeros se levantaran respetuosamente hasta que Het Masteen ocupara su sitio en la cabecera. Había una silla vacía para el cónsul a la izquierda del capitán.

Cuando todos estuvieron sentados y en silencio, Het Masteen hizo las presentaciones formales. Aunque el cónsul no conocía personalmente a ninguno de los otros, varios nombres le resultaban familiares. Se sirvió de su

larga experiencia de diplomático para memorizar identidades e impresiones.

A la izquierda del cónsul estaba el padre Lenar Hoyt, un sacerdote de la antigua secta cristiana llamada católica. Por un instante el cónsul olvidó el significado del atuendo negro y el cuello romano, pero pronto recordó el hospital San Francisco de Hebrón, donde había recibido terapia por trauma alcohólico después de su desastrosa primera gestión diplomática en ese mundo, cuatro décadas atrás. También recordó a un sacerdote católico desaparecido en Hyperion cuando él era cónsul allí.

Lenar Hoyt era un hombre joven —

poco más de treinta años— pero algo lo había envejecido prematuramente: rostro enjuto, pómulos pronunciados contra la carne biliosa, ojos grandes pero hundidos en profundas cuencas, labios finos torcidos en un rictus tan enfático que ni siquiera era desdeñoso, el pelo ralo como si lo hubiera afectado la radiación. El cónsul tuvo la sensación de que aquel hombre había estado enfermo durante años. Con todo, esa máscara de dolor conservaba un vestigio infantil: resabios de una cara redonda, una tez clara y una boca suave que habían pertenecido a un Lenar Hoyt más joven, más sano y menos cínico.

Al lado del sacerdote se sentaba un hombre cuya imagen había sido familiar para los ciudadanos de la Hegemonía algunos años antes. El cónsul se preguntó si la capacidad de atención colectiva en la Red de Mundos era tan fugaz ahora como cuando él había vivido allí. Más fugaz quizás. En tal caso, el entonces coronel Fed-mahn Kassad, el Carnicero de Bressia Sur, ya no era tristemente famoso. Para la generación del cónsul y todos los que vivían en zonas marginales, no resultaba fácil olvidar a Kassad.

El coronel Fedmahn Kassad era alto —casi alcanzaba los dos metros de Het

Masteen— y vestía el atuendo negro de FUERZA sin insignias de rango ni de cargo. El uniforme negro se parecía curiosamente a la indumentaria del padre Hoyt, pero no había semejanza alguna entre los dos hombres. En contraste con el consumido aspecto de Hoyt, Kassad era moreno, robusto y esbelto, con hombros, brazos y cuello musculosos. Los oscuros ojillos del coronel estudiaban cuanto le rodeaba como la lente de una primitiva cámara de vídeo. En la cara angulosa se perfilaban sombras, planos, facetas. No era enjuto como el padre Hoyt, sino que parecía tallado en piedra. Una estrecha

barba en el mentón acentuaba esos rasgos afilados como un puñal.

Los movimientos lentos y contenidos del coronel le recordaban a un jaguar de origen terrícola que el cónsul había visto en un zoológico de Lusus muchos años atrás. Kassad hablaba con suavidad, pero se imponía aun con sus silencios.

La mayor parte de la larga mesa aparecía vacía; el grupo se apiñaba en un extremo. Frente a Fedmahn Kassad había un hombre a quien presentaron como el poeta Martin Silenus.

Silenus era todo lo contrario del militar que tenía enfrente. En vez de alto

y delgado, Martin Silenus era bajo y evidentemente no estaba en forma. En contraste con los pétreos rasgos de Kassad, el rostro del poeta era cambiante y expresivo como el de un primate terrícola. La voz se alzaba vibrante. Había algo gratamente demoníaco en Martin Silenus, pensó el cónsul: mejillas robicundas, boca ancha, cejas prominentes, orejas puntiagudas, manos gráciles con dedos largos como los de un pianista. O un estrangulador. El cabello plateado del poeta aparecía cortado en toscos flecos.

Martin Silenus aparentaba sesenta años, pero el cónsul reparó en el tono

azulado de la garganta y las palmas, y sospechó que el hombre se había sometido a varios tratamientos Poulsen. Silenus debía de tener entre noventa y ciento cincuenta años estándar. Si se acercaba más a la segunda edad, era muy probable que estuviera medio loco.

Así como Martin Silenus parecía exuberante y extravertido, su vecino irradiaba una sensación de inteligente reticencia igualmente abrumadora. Sol Weintraub alzó la mirada cuando lo presentaron y el cónsul se fijó en la barba corta y gris, la frente arrugada y los ojos tristes y luminosos del célebre erudito. El cónsul había oído hablar del

Judío Errante y su búsqueda desesperada, pero se sorprendió al comprobar que el anciano acunaba un bebé en sus brazos: su hija Rachel, de pocas semanas de edad. El cónsul miró hacia otra parte.

La sexta peregrina, la única mujer, era Brawne Lamia. Cuando los presentaron, la detective examinó al cónsul con enérgica intensidad.

Ex ciudadana de Lusus, un mundo con 1,3 de gravedad, Brawne Lamia no era más alta que el poeta, pero el holgado traje de pana no ocultaba los abultados músculos de su sólido cuerpo. Los rizos negros le llegaban hasta los

hombros, las cejas eran dos pinceladas horizontales sobre la ancha frente, la afilada nariz agudizaba la mirada aquilina. La boca ancha, expresiva y sensual de Lamia se curvaba en una sonrisa que parecía ser cruel o simplemente juguetona; los ojos oscuros parecían desafiar al observador a que averiguara cuál de esas cosas era.

El cónsul pensó que el adjetivo «bella» le cuadraba bien. Terminadas las presentaciones, se aclaró la garganta y se volvió hacia el templario.

—Het Masteen, dijo usted que había siete peregrinos. ¿La hija de Weintraub es la séptima?

Het Masteen meneó la cabeza encapuchada.

—No. Sólo quienes toman la decisión consciente de buscar al Alcaudón pueden ser peregrinos.

Hubo una ligera agitación. Todos debían de saber lo que sabía el cónsul: sólo un grupo de peregrinos cuya suma fuera un número primo podía realizar el viaje al norte, un viaje patrocinado por la Iglesia del Alcaudón.

—Yo soy el séptimo —anunció Het Masteen, capitán de la nave Templaria *Yggdrasill* y Voz Verdadera del Árbol. En el silencio que siguió a esta declaración, Het Masteen ordenó a un

grupo de clones que sirvieran a los peregrinos la que sería su última comida antes del descenso al planeta.

—¿De manera que los éxters aún no han llegado al sistema? —preguntó Brawne Lamia. Su voz sedosa y gutural emocionaba extrañamente al cónsul.

—No —respondió Het Masteen—, pero no podemos llevarles más de unos pocos días estándar de ventaja. Nuestros instrumentos han detectado escaramuzas con armas de fusión dentro de la Nube Oort del sistema.

—¿Habrá guerra? —preguntó el padre Hoyt con voz tan fatigada como su semblante. Como nadie respondió, el

sacerdote se volvió a la derecha como si dirigiera la pregunta al cónsul.

El cónsul suspiró. Los clones habían servido vino. Lamentó que no fuera whisky.

—Quién sabe lo que harán los éxters. Ya no parecen motivados por la lógica humana.

Martin Silenus soltó una sonora carcajada, derramando vino al gesticular.

—¡Como si los jodidos humanos estuviéramos motivados por la lógica humana!

Bebió un buen sorbo, se enjugó la boca y rió de nuevo. Brawne Lamia

frunció el ceño.

—Si los combates empiezan demasiado pronto —dijo—, es posible que las autoridades no nos permitan aterrizar.

—Nos permitirán pasar —replicó Het Masteen. La luz solar le acariciaba los pliegues de la cogulla y la tez amarillenta.

—Salvados del fuego de la guerra para caer en las brasas del Alcaudón —murmuró el padre Hoyt.

—¡No hay muerte en todo el Universo! —salmodió Martin Silenus con una voz que habría despertado a alguien sumido en la más profunda fuga

criogénica. El poeta engulló el resto del vino y alzó la copa vacía en un brindis dedicado a las estrellas:

No hay olor a muerte. No habrá muerte, llora, llora;
llora, Cibeles, llora, pues tus crueles hijos
transformaron un dios en un guiñapo senil.
Llorad, hermanos, llorad, pues no me quedan fuerzas;
débil como un junco,

trémulo como mi voz...
Oh, el dolor, el dolor
de la fragilidad.
Llorad, llorad, pues
aún me derrito...

Silenus calló de golpe y se sirvió más vino, cortando con un eructo el silencio que siguió a su declamación. Los otros seis se miraron. Sol Weintraub sonrió ligeramente hasta que la niña lo distrajo con sus movimientos.

—Bien —balbució el padre Hoyt, como si tratara de recobrar un pensamiento anterior—, si el convoy de

la Hegemonía se marcha y los éxters toman Hyperion, quizá la ocupación sea incruenta y nos dejen continuar con nuestra misión.

El coronel Fedmahn Kassad rió suavemente.

—Los éxters no quieren ocupar Hyperion —objetó—. Si toman el planeta cogerán todo el botín que encuentren y luego harán lo que mejor saben hacer: incendiarán las ciudades y dejarán escombros calcinados; luego transformarán los escombros en cascotes y hornearán los cascotes hasta que reluzcan. Derretirán los polos, hervirán los océanos y usarán sus residuos para

echar sal sobre lo que quede de los continentes, para que nada vivo vuelva a crecer.

—Bien... —musitó el padre Hoyt.

Nadie habló mientras los clones se llevaban los platos de sopa y ensalada y traían el plato principal.

—Dijo usted que nos escoltaba una nave de guerra de la Hegemonía —comentó el cónsul a Het Masteen, mientras terminaban la carne asada y el calamar hervido.

El templario asintió y señaló. El cónsul entornó los ojos pero no logró distinguir ningún objeto móvil contra el campo estelar rotativo.

—Tenga —ofreció Fedmahn Kassad, inclinándose para alcanzar al cónsul un par de binoculares militares plegables.

El cónsul le dio las gracias, ajustó la potencia y escrutó el retazo de cielo que Het Masteen había señalado. Los cristales giroscópicos de los binoculares zumbaron mientras fijaban los patrones ópticos y barrían la zona en un sistema de búsqueda programado. De pronto la imagen se congeló, se difuminó, se expandió y se estabilizó.

El cónsul no pudo contener un respingo cuando la nave de la Hegemonía ocupó todo el visor; no era el borroso contorno de un explorador-

ariete, ni el bulbo de una nave-antorcha. La imagen que se perfilaba electrónicamente mostraba un negro crucero de ataque. La giro-nave de la Hegemonía aparecía impresionante como sólo podía serlo una nave de guerra en cualquier época; sin embargo tenía un aspecto estilizado: cuatro conjuntos de aguilones retraídos en posición de combate, una afilada cápsula de mando de sesenta metros, el motor Hawking y las ampollas de fusión en la parte trasera del asta, como las plumas de una flecha.

El cónsul devolvió los binoculares a Kassad sin hacer comentarios. Si la

fuerza especial usaba un crucero de ataque para escoltar la Yggdrasill, ¿cuánto poder de fuego desplazaría para hacer frente a la invasión éxter?

—¿Cuánto falta para el aterrizaje? —preguntó Brawne Lamia. Había usado su comlog para buscar acceso a la esfera de datos de la nave y a todas luces estaba defraudada por lo que había encontrado. O lo que no había encontrado.

—Cuatro horas para entrar en órbita —murmuró Het Masteen—. Unos minutos más para el descenso. Nuestro amigo el cónsul ha ofrecido su nave privada para trasladarnos.

—¿A Keats? —preguntó Sol Weintraub. Era la primera vez que el erudito intervenía desde que habían servido la cena.

El cónsul asintió.

—De momento es el único puerto espacial de Hyperion con capacidad para recibir vehículos de pasajeros —explicó.

—¿Puerto espacial? —exclamó el padre Hoyt—. Suponía que iríamos directamente al norte, al reino del Alcaudón.

Het Masteen meneó la cabeza pacientemente.

—La peregrinación comienza

siempre en la capital —puntualizó—. Tardaremos varios días en llegar a las Tumbas de Tiempo.

—Varios días —protestó Brawne Lamia—. Es absurdo.

—Quizá —convino Het Masteen—, pero así están las cosas.

El padre Hoyt parecía sufrir de indigestión, aunque apenas había comido.

—¿No podemos cambiar las reglas por esta vez? —propuso—. Hay una guerra en ciernes. ¿No podemos aterrizar cerca de las Tumbas de Tiempo y terminar con esto?

El cónsul meneó la cabeza.

—Hace casi cuatro siglos que las naves espaciales y aéreas intentan tomar el camino más corto hacia los páramos del norte. No sé de nadie que lo haya logrado.

—¿Qué cuernos pasa con esas legiones de naves? —preguntó Martin Silenus, alzando jovialmente la mano, como un niño en la escuela.

El padre Hoyt lo miró con el ceño fruncido. Fedmahn Kassad sonrió.

—El cónsul no quiso sugerir que la zona sea inaccesible —lo aplacó Sol Weintraub—. Se puede navegar o seguir varias rutas terrestres. Además, las naves no desaparecen; aterrizan sin

dificultad cerca de las ruinas o las Tumbas de Tiempo y regresan con la misma facilidad al punto que indican sus ordenadores. Pero nadie vuelve a ver a los pilotos y a los pasajeros —Weintraub alzó a la niña dormida y la acomodó en un saco que le colgaba del cuello.

—Eso cuenta la leyenda —dijo Brawne Lamia—. ¿Qué indica la bitácora de las naves?

—Nada —respondió el cónsul—. Ninguna violencia. Ninguna irrupción forzosa. Ningún desvío. Ninguna laguna temporal sin explicaciones. Ninguna emisión ni consumo inusitado de

energía. Ningún fenómeno físico de ningún tipo.

—Ningún pasajero —añadió Het Masteen.

El cónsul se sorprendió. Si Het Masteen se proponía ser gracioso, era la primera vez en décadas que el cónsul veía a un templario que revelara siquiera un incipiente sentido del humor. Pero los rasgos vagamente orientales del capitán no indicaban un ánimo jocoso.

—Maravilloso melodrama —rió Silenus—. Nos dirigimos a un auténtico y pavoroso Sargazo de las Almas. ¿Quién orquesta esta chapucera trama?

—Cállese, viejo. Está usted

borracho —mascullό Brawne Lamia.

El cónsul suspiró. Hacía menos de una hora estándar que el grupo se había reunido. Los clones se llevaron los platos y trajeron bandejas con sorbetes, café, frutos de la nave arbórea, y brebajes hechos con chocolate de Vector Renacimiento. Martin Silenus rechazó los postres y prefirió otra botella de vino. El cónsul recapacitó unos segundos y pidió un whisky.

—Opino que nuestra supervivencia puede depender de que nos entendamos —intervino Sol Weintraub cuando el grupo terminaba los postres.

—¿Qué quiere decir? —preguntó

Brawne Lamia.

Weintraub acuñó a la niña dormida que tenía apoyada en el pecho.

—Por ejemplo, ¿sabe alguien por qué fue escogido por la Iglesia del Alcaudón y la Entidad Suma para realizar este viaje?

Nadie respondió.

—Tal como imaginaba —dijo Weintraub—. Aún más fascinante, ¿alguien es miembro o acólito de la Iglesia del Alcaudón? Yo soy judío, y por muy confusas que sean hoy mis ideas religiosas, no incluyen la adoración de una máquina de matar orgánica —Weintraub enarcó las pobladas cejas y

miró a los demás.

—Yo soy la Verdadera Voz del Árbol —apuntó Het Masteen—. Aunque muchos templarios creen que el Alcaudón es el avatar del castigo para quienes no se alimentan de la raíz, lo considero una herejía que no se basa en la Alianza ni en los documentos de Muir.

A la izquierda del capitán, el cónsul se encogió de hombros.

—Yo soy ateo —declaró mientras ponía el vaso de whisky a contraluz—. Nunca he estado en contacto con el culto del Alcaudón.

—A mí me ordenó la Iglesia Católica —intervino el padre Hoyt,

sonriendo sin humor—. La adoración del Alcaudón atenta contra todo lo que defiende la Iglesia.

El coronel Kassad meneó la cabeza, indicando que rehusaba responder o simplemente que no era miembro de la Iglesia del Alcaudón.

Martin Silenus hizo un gesto expansivo.

—Me bautizaron como luterano —anunció—. Una secta que ya no existe. Yo contribuí a crear el gnosticismo zen antes de que vuestros padres hubieran nacido. He sido católico, revelacionista, neomarxista, devoto de la interfaz, asceta, satanista, obispo de la Iglesia de

la Nada y miembro del Instituto de la Reencarnación Garantizada. Me alegra decir que ahora soy un simple pagano, y el Alcaudón es una deidad muy aceptable.

—Yo ignoro las religiones —manifestó Brawne Lamia—. No me interesan.

—Estamos donde yo quería —dijo Sol Weintraub—. Ninguno de nosotros admite que crea en el dogma del Alcaudón, pero los ancianos de ese perceptivo grupo nos han escogido por encima de los millones de fieles que ansían visitar las Tumbas de Tiempo y su cruento dios, en lo que puede ser la

última peregrinación.

El cónsul meneó la cabeza.

—Tal vez hayamos llegado a donde usted quería, Weintraub, pero no entiendo qué quiere decir.

El erudito se acarició la barba.

—Por lo visto, nuestras razones para regresar a Hyperion son tan compulsivas que aun la Iglesia del Alcaudón y las inteligencias probabilísticas de Hyperion convienen en que merecemos volver —expuso—. Algunas de estas razones, las mías, por ejemplo, pueden parecer de conocimiento público, pero estoy seguro de que sólo nosotros las conocemos a fondo. Sugiero que cada

cual cuente su historia en los pocos días que quedan.

—¿Por qué? —dijo el coronel Kassad—. No le veo el sentido.

Weintraub sonrió.

—Por el contrario... Nos distraerá y nos permitirá conocer mejor el alma de nuestros compañeros de viaje antes de ocuparnos del Alcaudón u otra calamidad. Además quizá nos brinde recursos para salvar la vida, si tenemos inteligencia suficiente para hallar la experiencia común que liga nuestros destinos a los caprichos del Alcaudón.

Martin Silenus rió y cerró los ojos. Recitó:

Montados en el lomo de un delfín,
aferrados a una aleta,
esos inocentes reviven su muerte,
de nuevo se abren las heridas.

—Lenista, ¿verdad? —dijo el padre Hoyt—. La estudié en el seminario.

—Anduvo cerca —respondió Silenus sirviéndose más vino—. Es Yeats. Un sujeto que vivió quinientos

años antes de que Lenista mamara la teta metálica de la madre.

—¿De que serviría contar nuestras historias? —objetó Lamia—. Cuando encontremos al Alcaudón, diremos lo que deseamos; a uno de nosotros se le concederá el deseo y los demás morirán. ¿No?

—Eso dice el mito —convino Weintraub.

—El Alcaudón no es un mito —replicó Kassad—. Ni su árbol de acero.

—¿Por qué aburrirnos con historias? —preguntó Brawne Lamia, ensartando la última porción de tarta de chocolate.

Weintraub acarició la cabeza de la

niña dormida.

—Vivimos en una época extraña —declaró—. Como formamos parte de ese décimo de un décimo del uno por ciento de los ciudadanos de la Hegemonía que viaja entre las estrellas y no sólo por la Red, representamos extraños períodos de nuestro pasado reciente. Yo, por ejemplo, tengo sesenta y ocho años estándar, pero debido a las deudas temporales en que habrían incurrido mis viajes, pude haber distribuido estos sesenta y ocho años en más de un siglo de historia de la Hegemonía.

—¿Y qué? —preguntó la mujer.

Weintraub abrió la mano en un gesto

que abarcaba a todos los presentes.

—Entre todos representamos islas de tiempo, así como océanos de perspectiva. En otras palabras, cada uno de nosotros puede tener una pieza de un rompecabezas que nadie ha podido armar desde que la humanidad llegó a Hyperion. —Weintraub se rascó la nariz —. Es un misterio, y a decir verdad los misterios me intrigan, aunque ésta sea mi última semana para disfrutarlos. Me gustaría alcanzar cierta comprensión pero, si no puede ser, me conformaré con trabajar en el enigma.

—Estoy de acuerdo —dijo Het Masteen sin emoción—. No se me había

ocurrido, pero considero conveniente contar nuestras historias antes de enfrentarnos al Alcaudón.

—¿Y qué nos impedirá mentir? —preguntó Brawne Lamia.

—Nada —sonrió Martin Silenus—. Ésa es la belleza de la situación.

—Deberíamos someterlo a votación —sugirió el cónsul. Pensaba en lo que había dicho Meina Gladstone: que un miembro del grupo era un agente éxter. ¿Oír las historias sería un modo de descubrir al espía? El cónsul sonrió ante la idea de un agente tan estúpido que se delatara así.

—¿Quién ha decidido que somos una

pequeña democracia? —preguntó secamente el coronel.

—Mejor que lo seamos —espetó el cónsul—. Para alcanzar sus metas individuales, los miembros del grupo necesitan llegar unidos a la comarca del Alcaudón. Debemos tener un medio para tomar decisiones.

—Podríamos designar un líder —apuntó Kassad.

—Al demonio con eso —rechazó jovialmente el poeta. Los demás también negaron con la cabeza.

—De cuerdo —continuó el cónsul—. Votemos. Nuestra primera decisión se relaciona con la sugerencia de

Weintraub de contar la historia de nuestra pasada actividad en Hyperion.

—Todo o nada —advirtió Het Masteen—. O la cuentan todos o no la cuenta nadie. Nos atendremos a la voluntad de la mayoría.

—De acuerdo —dijo el cónsul, sintiendo repentina curiosidad por las historias de los demás y convencido de que jamás contaría la suya—. ¿Quiénes están a favor?

—Sí —dijo Sol Weintraub.

—Sí —se pronunció Het Masteen.

—Por supuesto —declaró Martin Silenus—. No me perdería esta pequeña farsa ni por un mes en los baños

orgásmicos de Shote.

—Yo también voto que sí —intervino el cónsul, sorprendiéndose a sí mismo—. ¿Quiénes se oponen?

—No —dijo el padre Hoyt, aunque sin energía.

—Lo considero estúpido —mascullló Brawne Lamia.

El cónsul se volvió a Kassad.

—¿Coronel?

Fedmahn Kassad se encogió de hombros.

—Eso suma cuatro votos positivos, dos negativos y una abstención —dijo el cónsul—. Gana el sí. ¿Quién quiere empezar?

Todos callaron. Al fin Martin Silenus apartó la mirada de la pequeña libreta donde estaba escribiendo y rasgó una hoja en pequeños fragmentos.

—Pondré números del uno al siete —explicó—. Lo echaremos a suertes y seguiremos el orden que indique el azar.

—Eso es infantil —protestó Lamia.

—Yo *soy* infantil —respondió Silenus con su sonrisa de sátiro. Se dirigió al cónsul— Embajador, ¿puedo pedirle ese cojín dorado que lleva por sombrero?

El cónsul le dio el tricornio. Silenus echó dentro los papeles y pasó el sombrero. Sol Weintraub fue el primero

en sacar, Martin Silenus el último.

El cónsul desplegó su papel, cerciorándose de que nadie más lo viera. Era el número siete. Suspiró como un globo que perdiera aire. Los acontecimientos lo salvarían de referir su historia. O la guerra transformaría toda la situación en una cuestión académica. O el grupo perdería interés en las historias. O el Rey moriría. O el caballo moriría. O el caballo aprendería a hablar. Basta de whisky, pensó el cónsul.

—¿Quién empieza? —preguntó Martin Silenus. Las hojas susurraron en el breve silencio.

—Yo —anunció el padre Hoyt. La expresión del sacerdote mostraba la misma aceptación del dolor que el cónsul había observado en el semblante de amigos que padecían enfermedades terminales. Hoyt alzó el papel donde había un enorme 1.

—De acuerdo —dijo Silenus—. Adelante.

—¿Ahora? —murmuró el sacerdote.

—¿Por qué no? —invitó el poeta. Silenus había tomado por lo menos dos botellas de vino, pero sólo se le notaba por el rubor de las mejillas y la curva más pronunciada de las demoníacas cejas—. Disponemos de unas horas

antes del descenso y yo me propongo dormir en esa nevera cuando estemos abajo, instalados entre los simples nativos.

—Nuestro amigo tiene razón —murmuró Sol Weintraub—. Si hemos de contar las historias, la sobremesa es una hora civilizada para ello.

El padre Hoyt suspiró y se levantó.

—Un momento —pidió mientras se marchaba de la plataforma.

Al cabo de un rato, Brawne Lamia preguntó:

—¿Se habrá acobardado?

—No —respondió Lenar Hoyt, emergiendo de la oscuridad en la

escalera mecánica de madera—. Necesito esto. —Se sentó y arrojó sobre la mesa dos libretas manchadas.

—No es justo leer historias de una cartilla —protestó Silenus—. ¡Tenemos que inventar nuestros propios embustes, sacerdote!

—¡Cállese, demonios! —exclamó Hoyt. Se pasó la mano por la cara se tocó el pecho. Por segunda vez, el cónsul comprendió que estaba frente a un hombre muy enfermo.

—Lo lamento —declaró el padre Hoyt—, pero si he de contar mi historia debo hacer referencia a la de otra persona. Estos diarios pertenecen al

hombre por quien fui una vez a Hyperion... y por quien ahora vuelvo.

Hoyt respiró hondo.

El cónsul tocó los diarios. Estaban mugrientos y chamuscados, como si hubieran sobrevivido a un incendio.

—Su amigo tiene gustos anticuados —apuntó— si todavía lleva un diario por escrito.

—Sí —admitió Hoyt—. Si ustedes están listos, empezaré.

El grupo asintió.

La nave de un kilómetro atravesaba la fría noche con las fuertes pulsaciones de una criatura viva. Sol Weintraub alzó a la niña dormida y la depositó en una

esfera acolchada en el suelo. Se quitó el comlob, lo apoyó cerca de la estera y programó ruido blanco. La niña se durmió de bruces.

El cónsul se retrepó: el astro azul y verde que era Hyperion aumentaba de tamaño a ojos vistas. Het Masteen se echó la cogulla hacia delante y las sombras le ocultaron el rostro. Sol Weintraub encendió una pipa. Otros aceptaron un poco más de café y se acomodaron en los asientos.

Martin Silenus parecía el más ávido y expectante. Se inclinó hacia delante y susurró. Dijo:

«Si yo he de iniciar este juego,
bendita la suerte, en nombre de Dios!
Cabalguemos pues, y oíd lo que digo.»

Con tal palabra emprendimos la marcha,
y de buen talante él comenzó su historia,
con las siguientes palabras.

LA NARRACIÓN DEL SACERDOTE EL HOMBRE QUE GRITÓ DIOS

—A veces sólo una delgada línea separa el celo por la ortodoxia de la apostasía —dijo el padre Lenar Hoyt.

Así comenzó la historia del sacerdote. Luego, al dictar la narración a su comlog, el cónsul la recordaría

como una continuidad sin fisuras, si se exceptuaban las pausas, la voz ronca, los tropiezos y las redundancias que constituían las eternas fallas del habla humana.

Lenar Hoyt era un joven sacerdote nacido, educado y recién ordenado en el mundo católico de Pacem, cuando le dieron su primera misión en el exterior: debía escoltar al respetado padre jesuíta Paul Duré hasta su exilio en el mundo colonial de Hyperion.

En otra época, el padre Paul Duré habría llegado a Obispo y quizás a Papa. Alto, delgado, ascético, canoso, de frente noble y ojos donde el brillo de la

experiencia no podía ocultar el dolor. Paul Duré era devoto de San Teilhard, además de arqueólogo, etnólogo y eminente teólogo jesuita. Aunque la Iglesia Católica había decaído transformándose en un culto medio olvidado, tolerado debido a su rareza y su aislamiento respecto del resto de la Hegemonía, la lógica jesuíta no había perdido su contundencia y el padre Duré no había perdido la convicción de que la Santa Iglesia Católica y Apostólica continuaba siendo la última y mejor esperanza para la humanidad.

Para el joven Lenar Hoyt, había sido casi un dios a quien entreveía durante

las raras visitas del padre Duré a la escuela preseminarial, o en las más raras visitas del aspirante a seminarista al Nuevo Vaticano. Luego, durante los años de seminarista de Hoyt, Duré había participado en una importante excavación arqueológica patrocinada por la Iglesia en el cercano mundo de Armaghast. Cuando el jesuita regresó, unas semanas después del ordenamiento de Hoyt, una nube ocultó los acontecimientos. Fuera de los más elevados círculos del Nuevo Vaticano, nadie sabía bien qué había ocurrido, pero corrían murmullos de excomunión y aun de una audiencia ante el Santo

Oficio de la Inquisición, que había permanecido aletargado durante los cuatro siglos que siguieron a la muerte de la Tierra.

El padre Duré pidió que lo enviaran a Hyperion, un mundo del que la mayoría sólo tenía referencias por el extravagante culto del Alcaudón, que tenía allá su origen. Ellos escogieron al padre Hoyt para que lo acompañara.

Era una tarea ingrata: viajar con una misión que combinaba todos los inconvenientes del aprendiz, el guardián y el espía sin siquiera la simple satisfacción de contemplar un nuevo mundo; Hoyt tenía órdenes de

acompañar al padre Duré hasta el puerto espacial de Hyperion y luego abordar la misma nave para regresar a la Red de Mundos. El obispado “ofrecía” a Lenar Hoyt veinte meses en fuga criónica, algunas semanas de viaje intrasistémico en cada extremo de la travesía y una deuda temporal que lo devolvería a Pacem ocho años a la zaga de sus ex compañeros de estudios; no era una buena manera de hacerse una carrera en el Vaticano y conseguir puestos misioneros.

Obligado a la obediencia y adiestrado en la disciplina, Lenar Hoyt aceptó sin remilgos.

El vehículo en que viajaron, la vieja gironave Nadia Oleg era un cascajo abollado sin gravedad artificial cuando no estaba en viaje hiperlumínico, sin visores para los pasajeros y sin distracciones excepto los simuladores de estímulo insertados en el enlace de datos para mantener en forma a los pasajeros —en su mayoría empleados de otros mundos y turistas de clase económica, con algunos chiflados místicos y aspirantes a suicidas que adoraban a Alcaudón—; dormían en las mismas hamacas y divanes, comían alimentos reciclados en comedores anónimos y trataban de combatir el

mareo espacial y el aburrimiento durante los doce días de gravedad cero que abarcaba la travesía desde el punto de emergencia hasta Hyperion. El padre Hoyt aprendió poco acerca del padre Duré durante esos días de forzada intimidad, y no averiguó nada referente a los acontecimientos de Armaghast, que habían provocado el exilio del sacerdote. El joven había sintonizado su implante comlog para buscar datos relativos a Hyperion, y para cuando faltaban tres días para el descenso se consideraba casi un experto en ese mundo.

—Hay registros de católicos que

viajaron a Hyperion, pero no se menciona ninguna diócesis —anunció Hoyt una noche mientras hablaban en sus hamacas cero-g; los pasajeros en su mayoría estaban conectados a los simuladores eróticos—. Supongo que usted realizará una labor misionera.

—En absoluto —replicó el padre Duré—. Las buenas gentes de Hyperion no han hecho nada para imponerme sus opiniones religiosas, así que no veo razones para ofenderlas con mi proselitismo. Pretendo ir al continente meridional, Aquila, y viajar tierra adentro desde la ciudad de Puerto Romance. Pero no como misionero; me

propongo fundar una estación de investigación etnológica a lo largo de la Grieta.

—¿Investigación? —repitió el sorprendido padre Hoyt. Cerró los ojos para sintonizar su implante. Mirando de nuevo al padre Duré, apuntó:— Ese sector de la meseta del Piñón está deshabitado, padre. Las selvas flamígeras lo hacen inaccesible durante casi todo el año.

El padre Duré sonrió y asintió. No llevaba implante y su antiguo comlog estaba guardado con el equipaje.

—No tan inaccesible —objetó—. Ni tan deshabitado. Los bikura viven allí.

—Bikura —dijo el padre Hoyt, cerrando los ojos—. Pero son sólo una leyenda.

—Busque *Mamet Spedling* —aconsejó el padre Duré.

El padre Hoyt cerró de nuevo los ojos. El índice General le informó que Mamet Spedling había sido un explorador de poca monta afiliado al Instituto Shackleton de Renacimiento Menor. Casi un siglo y medio estándar antes había presentado un breve informe al Instituto, en el que anunciaba que se había internado en esa región desde la recién fundada Puerto Romance, a través de terrenos pantanosos que luego fueron

reclamados por plantaciones de fibroplástico, cruzado las selvas flamígeras durante un período de excepcional tranquilidad y trepado a la Meseta del Piñón, hasta encontrar la Grieta y una pequeña tribu de humanos que respondían a la descripción de los legendarios bikura.

Las breves notas de Spedling sugerían que los humanos eran supervivientes de una nave seminal perdida tres siglos antes; describían claramente a un grupo que mostraba todos los efectos clásicos de cultura retrógada provocados por el extremo aislamiento, la reproducción incestuosa

y el exceso de adaptación. En las crudas palabras de Spedling:

«... a pesar de que sólo he pasado dos días aquí, es evidente que los bikura son demasiado estúpidos, letárgicos y obtusos para perder tiempo en describirlos».

Las selvas flamígeras empezaban a mostrar síntomas de actividad y Spedling no perdió más tiempo en observar su descubrimiento, sino que regresó precipitadamente a la costa, perdiendo a dos porteadores aborígenes, el equipo, la documentación y el brazo izquierdo en la «tranquila» selva durante los tres meses que duró su huida.

—Por Dios —exclamó el padre Hoyt, tendido en su hamaca del Nadia Oleg—, ¿por qué los bikura?

—¿Por qué no? —respondió el padre Duré—. Se sabe muy poco sobre ellos.

—Se sabe muy poco sobre todo Hyperion —replicó el sacerdote más joven, algo agitado—. ¿Por qué no las Tumbas de Tiempo y el legendario Alcaudón que está al norte de la Cordillera de la Brida, en Equus? ¡Son famosos!

—Precisamente —respondió el padre Duré—. Lenar, ¿cuántas monografías se han escrito acerca de las

Tumbas y esa criatura, el Alcaudón? ¿Cientos? ¿Miles? —el anciano sacerdote llenó su pipa y la encendió: toda una proeza en gravedad cero, observó Hoyt—. Además, aunque el Alcaudón exista, no es humano. Prefiero los seres humanos.

—Sí —insistió Hoyt, hurgando en su arsenal mental en busca de argumentos convincentes—, pero los bikura son un misterio insignificante. A lo sumo hallará usted algunos aborígenes viviendo en una región tan nubosa, con tanto humo y tan apartada que ni siquiera los satélites cartográficos de la colonia han reparado en ella. ¿Por qué elegirlos

a ellos cuando hay tan grandes misterios para investigar en Hyperion...? ¡Los laberintos! —A Hoyt se le iluminó el rostro—. ¿Sabía usted que Hyperion es uno de los nueve mundos laberínticos, padre?

—Desde luego —asintió Duré. Lo rodeó un hemisferio de humo que las ráfagas de aire rasgaron en jirones—. Pero los laberintos cuentan con investigadores y admiradores en toda la Red, Lenar, y los túneles han estado en esos nueve mundos... ¿cuánto tiempo? ¿Medio millón de años estándar? Diría que más, setecientos mil años. Ese secreto perdurará. Pero, ¿cuánto

perdurará la cultura bikura antes de que la absorba la moderna sociedad colonial o, más probablemente, la exterminen las circunstancias?

Hoyt se encogió de hombros.

—Tal vez hayan desaparecido ya. Ha pasado mucho tiempo desde que Spedling los encontró, y no ha habido más informes confirmados. Si están extinguidos, la deuda temporal que usted contraerá, más los inconvenientes y afanes de llegar allá, habrán sido en vano.

—Precisamente —señaló el padre Duré, chupando la pipa con calma.

Durante la última hora que pasaron

juntos en el viaje de descenso el padre Hoyt logró entrever los pensamientos de su compañero. Hacía horas que el limbo de Hyperion relucía con un fulgor blanco, verde y lapislázuli. De pronto la vieja nave de descenso atravesó las capas superiores de la atmósfera, una llamarada ocupó la ventanilla un instante y luego volaron en silencio a sesenta kilómetros de altura sobre oscuras masas de nubes y mares iluminados por las estrellas, mientras el apabullante amanecer de Hyperion los embestía como una fantasmagórica marejada de luz.

—Maravilloso —musitó el padre

Duré—. Maravilloso. En instantes así llego a comprender muy limitadamente, por supuesto el sacrificio que debió de representar para el Hijo de Dios dignarse ser el Hijo del Hombre.

Hoyt quería hablar, pero el padre Duré siguió observando por la ventanilla, sumido en sus pensamientos. Diez minutos después aterrizaron en el puerto interestelar de Keats. El padre Duré pronto se perdió en un torbellino de trámites de llegada y veinte minutos después el decepcionado Lenar Hoyt ascendía de nuevo hacia el espacio y la Nadia Oleg.

—Cinco semanas subjetivas

después, regresé a Pacem —explicó el padre Hoyt— Había perdido ocho años, pero por alguna razón la sensación de pérdida era más profunda. En cuanto regresé, el obispo me informó que no se habían recibido noticias de Paul Duré durante los cuatro años de su permanencia en Hyperion. El nuevo Vaticano había gastado una fortuna en comunicaciones ultralínea, pero ni las autoridades coloniales ni el consulado de Keats habían logrado localizar al sacerdote perdido.

Hoyt hizo una pausa para beber agua, y el cónsul comentó:

—Recuerdo bien esa búsqueda. No

conocí a Duré, desde luego, pero hicimos lo posible por encontrarlo. Theo, mi ayudante, se esforzó por años tratando de resolver el caso del clérigo perdido. Al margen de algunos informes contradictorios en Puerto Romance, no quedaba ningún rastro de él. Además quienes afirmaban haberlo visto, lo habían hecho poco después de su llegada, años atrás. Pero allí había cientos de plantaciones sin radio ni líneas de comunicación, pues cultivaban drogas ilegales, además de fibroplástico. Supongo que nunca hablamos con la gente adecuada. Sé que el caso del padre Duré aún estaba

abierto cuando me fui.

El padre Hoyt asintió.

—Yo llegué a Keats un mes después de la asunción del nuevo cónsul, su reemplazo. El obispo quedó atónito cuando me ofrecí para regresar, y Su Santidad en persona me concedió una audiencia. Estuve en Hyperion menos de siete meses locales. Cuando regresé a la Red, había descubierto el destino del padre Duré —Hoyt tocó las manchadas libretas de cuero—. Para redondear la historia, debo leer fragmentos de aquí.

La nave *Yggdrasill* giró de tal modo que la mole del árbol bloqueó el sol. La plataforma y el curvo dosel de hojas se

hundieron en la noche, pero en vez de haber unos miles de estrellas salpicando el cielo, como sucedería en una superficie planetaria, un millón de soles ardían arriba, a los costados y debajo del grupo. Hyperion era ahora un disco que se cernía sobre ellos como un proyectil mortal.

—Lea —invitó Martin Silenus.

DEL DIARIO DEL PADRE PAUL DURÉ

Día 1:

Así comienza mi exilio.

No sé qué fecha poner en este nuevo diario. Según el calendario monástico de Pacem, es el día diecisiete del mes de Tomás en el Año de Nuestro Señor de 2732. Según el calendario estándar de la Hegemonía es el 12 de octubre del 589 P.C. Según el calendario de Hyperion, según me informa el mustio empleado del viejo hotel donde me hospedo, es el día veintitrés de Lyciyus (el último de sus siete meses de cuarenta días), del 426 d.d.a (¡después del desastroso accidente!) o el año 128 del reinado de Triste Rey Billy, quien no reinó durante cien de esos años.

Qué diablos. Lo llamaré el día 1 de mi exilio.

Una jornada extenuante. Es raro estar cansado después de meses de sueño, pero se dice que es una reacción normal, cuando se despierta de la fuga. Mis células experimentan la fatiga de estos recientes meses de viaje, aunque yo no los recuerde. Diría que en mi juventud los viajes no me cansaban tanto.

Lamento no haber conocido mejor al joven Hoyt. Parece un sujeto decente, puro catecismo y ojos brillantes. Los jóvenes como él no tienen la culpa de que la Iglesia esté en sus días finales.

Pero esa feliz ingenuidad no logrará impedir el desmoronamiento a que parece destinada la Iglesia.

Bien, mis aportes tampoco han contribuido en nada.

Espléndida vista de mi nuevo mundo cuando bajamos en la nave de descenso. Distinguí dos de los tres continentes, Equus y Aquila. Ursa no era visible.

Descenso en Keats y horas de esfuerzo para pasar por la aduana y coger un vehículo terrestre hasta la ciudad. Imágenes confusas: la estribación montañosa del norte con sus cambios, su bruma azul, sus colinas con bosques de árboles anaranjados y

amarillos, un cielo pálido con pátina azul verdosa, el sol pequeño pero más brillante que el de Pacem. Los colores aparecen vividos desde lejos, y se diluyen y desperdigan cuando uno se acerca, como una obra puntillista. La gran escultura de Triste Rey Billy, de la que tanto había oído hablar, me ha defraudado. Vista desde la carretera tenía una apariencia tosca, un boceto apresurado tallado en la oscura montaña, en vez de la figura regia que yo había esperado. Eso sí, cavila sobre esa improvisada ciudad de medio millón de habitantes de una manera que el neurótico rey poeta habría sabido

apreciar.

La ciudad se divide en el extenso laberinto de barriadas pobres y tabernas que los lugareños llaman Jacktown y en Keats, la llamada Ciudad Vieja, que en realidad cuenta sólo cuatro siglos y es toda piedra bruñida y estudiada esterilidad. Pronto realizaré la gira.

Había pensado quedarme un mes en Keats, pero ya estoy ansioso de continuar. Oh, monseñor Edouard, si pudieras verme ahora. Castigado pero no arrepentido. Más solo que nunca pero extrañamente satisfecho con mi nuevo exilio. Si mi castigo por los excesos provocados por mi fervor es el exilio al

séptimo círculo de la desolación, Hyperion fue una buena elección. Podría olvidar la misión que me he impuesto entre los remotos bikura (no sé si son reales, pero esta noche no lo parecen) y contentarme con pasar el resto de mis días en la provinciana capital de este mundo retrógrado y olvidado. Mi exilio no sería menos completo.

Ah, Edouard, juntos en la infancia, juntos en los estudios (aunque nunca fui tan brillante como tú, ni tan ortodoxo), y ahora juntos en la vejez. Pero ahora tú eres cuatro años más sabio y yo soy todavía el niño travieso y díscolo que recuerdas. Ojalá te encuentres bien y

reces por mí.

Cansado. Dormiré. Mañana haré la excursión por Keats, comeré bien y conseguiré transporte para Aquila y algunas localidades del sur.

Día 5:

Hay una catedral en Keats. O mejor dicho, había una catedral. Hace por lo menos dos siglos estándar que está abandonada. Se yergue en ruinas con el crucero abierto al cielo verde azulado, con una de las torres del oeste inconclusa y la otra torre formada por un esquelético armazón de piedra cascada y

oxidadas varillas de refuerzo. La encontré mientras vagabundeaba, perdida en las márgenes del río Hoolie, en el despoblado barrio donde la Ciudad Vieja se transforma en Jacktown, entre una maraña de altos depósitos que impiden ver las ruinosas torres hasta que uno entra en un angosto callejón; entonces encuentra la deteriorada catedral. La casa capitular se ha derrumbado en el río y la fachada está salpicada de resabios de las tétricas y apocalípticas estatuas del período expansionista posterior a la Hégira.

Caminé entre sombras y bloques caídos y entré en la nave. El obispado

de Pacem no había mencionado la presencia del catolicismo en Hyperion, y mucho menos que hubiera una catedral. Resulta casi inconcebible que la desperdigada colonia de la nave seminal contuviera hace cuatro siglos una congregación tan grande como para permitir la presencia de un obispo, y menos de una catedral. Sin embargo, así era.

Me interné en las sombras de la sacristía. El polvo y el yeso desmenuzado flotaban en el aire como incienso, perfilando dos haces de luz solar que penetraban por angostas y altas ventanas. Salí a un retazo de sol

más ancho y me acerqué a un altar despojado de toda ornamentación, exceptuando las grietas y fisuras causadas por la caída de la manipostería. La gran cruz de detrás del altar en la pared este también se había caído, y yacía entre astillas de cerámica en medio de las piedras amontonadas. Sin proponérmelo, me coloqué detrás del altar, alcé los brazos y comencé la celebración de la Eucaristía. No era un acto paródico, melodramático ni simbólico, ni yo abrigaba intenciones ocultas; era sólo la reacción mecánica de un sacerdote que había celebrado misa todos los días durante más de

cuarenta y seis años y ahora se enfrentaba a la perspectiva de no participar nunca más en ese ritual tranquilizador.

Al rato advertí con alarma que tenía una congregación. La vieja mujer estaba arrodillada en la cuarta fila de bancos. El vestido y la bufanda negras se fundían hasta tal punto con las sombras que sólo se distinguía la cara pálida y ovalada, arrugada y antigua, flotando en la oscuridad como un objeto incorpóreo. Sobresaltado, interrumpí la letanía de la consagración. Ella miraba hacia mí, pero algo en los ojos, aun a esa distancia, me convenció al instante de

que era ciega. Quedé atónito, escrutando la luz polvorienta que bañaba el altar, tratando de explicarme aquella imagen espectral mientras procuraba articular una explicación de mi propia presencia y de mis actos.

Cuando al fin la llamé —con palabras que retumbaron en la gran sala —, comprendí que se había movido. Oí el roce de sus pies contra el suelo de piedra. Hubo un sonido áspero y luego un breve centelleo le iluminó el perfil, a la derecha del altar. Me cubrí los ojos para no deslumbrarme con el sol y avancé entre las ruinas donde había estado la barandilla del altar. La llamé

de nuevo, intentando tranquilizarla, y le dije que no temiera, aunque era yo quien tenía la piel de gallina. Me apresuré, pero cuando llegué al rincón protegido de la nave, ella se había ido. Una pequeña puerta conducía a la decrépita casa capitular y a la orilla del río. No estaba a la vista. Regresé al tenebroso interior dispuesto a atribuir esa aparición a mi imaginación un sueño en vigilia al cabo de muchos meses de dormir criogénicamente sin sueños, pero había una prueba tangible de su presencia. En la fresca oscuridad ardía una solitaria vela votiva roja; ráfagas invisibles hacían ondular la diminuta

llama.

Estoy cansado de esta ciudad. Estoy cansado de sus paganas pretensiones y sus falsas historias. Hyperion es el mundo de un poeta pero está despojado de poesía. Keats misma es una mezcla de clasicismo falso y chillón, y obtuso ímpetu económico. Hay tres centros de gnosticismo Zen y cuatro mezquitas del Alto Islam en la ciudad, pero las verdaderas casas de culto son las abundantes tabernas y burdeles, los enormes mercados que manejan los embarques de fibroplástico del sur y los templos del Culto del Alcaudón, donde las almas perdidas ocultan su

desesperación suicida tras un escudo de hueco misticismo. El planeta entero apesta a misticismo sin revelación.

Al demonio con esto. Mañana viajaré al sur. Hay deslizadores y otras naves aéreas en este mundo absurdo pero, para los plebeyos, el viaje entre estos malditos continentes-isla parece limitado al barco (y dura una eternidad, según me dicen) o a los enormes dirigibles de pasajeros que parten de Keats sólo una vez por semana.

Mañana temprano cogeré el dirigible.

Día 10:

Animales.

El equipo que exploró inicialmente este planeta debía de tener una fijación con los animales. Caballo. Osa. Águila. Durante tres días descendimos por la costa este de Equus a lo largo de una margen irregular llamada la Crin. Pasamos el último día cruzando una breve extensión del Mar Medio para llegar a una gran isla llamada Cayo Gato. Hoy hemos dejado pasajeros y carga en Félix, la «gran ciudad» de la isla. Por lo que alcanzo a ver desde la terraza y la torre de amarre, en este amontonamiento de chozas y barracas no

viven más de cinco mil personas.

Luego el dirigible se arrastrará ochocientos kilómetros por una serie de islas más pequeñas llamadas las Nueve Colas y al fin dará un gran brinco de setecientos kilómetros sobre el mar abierto y el ecuador. Sólo veremos tierra cuando lleguemos a la costa noroeste de Aquila, el llamado Pico.

Animales.

Llamar a este vehículo «dirigible de pasajeros» constituye un ejercicio de semántica creativa. Es un enorme artefacto volador con compartimientos tan enormes como para transportar a toda la población de Félix y aún dejar

espacio para miles de fardos de fibroplástico. Entre tanto, los pasajeros la carga menos importante se las apañan como pueden. Instalé un catre cerca de la compuerta de carga de popa y me acomodé entre mis bártulos personales y tres grandes baúles de equipo expedicionario. Cerca de mí hay una familia de ocho personas —peones aborígenes de las plantaciones que regresan de la expedición que realizan dos veces por año a Keats— y aunque no me molestan el ruido ni el olor de sus cerdos enjaulados ni el chillido de los hámsters, el incesante y confuso cacareo de un maldito gallo resulta insoportable

algunas noches. ¡Animales!

Día 11:

Esta noche he cenado en el salón que está sobre la cubierta con el ciudadano Heremis Denzel, un profesor retirado de un pequeño colegio para plantadores, cerca de Endimión. Me informó que el primer equipo que descendió en Hyperion no practicaba el fetichismo animal; los nombres oficiales de los tres continentes no son Equus, Ursa y Aquila, sino Creighton, Allensen y López, en honor a tres burócratas intermedios del viejo Servicio de Agrimensura. ¡Mejor

el fetiche animal!

Después de la cena, estoy solo en el paseo externo para mirar el poniente. Este pasadizo está protegido por los módulos de carga de proa, así que el viento es apenas una brisa salobre. Encima de mí se yergue la piel naranja y verde del dirigible. Estamos entre islas; el mar es un rico lapislázuli salpicado de tonos verdosos, una inversión de los colores del cielo. Un grupo de altos cirros recibe la última luz del pequeño sol de Hyperion y se enciende como coral ardiente. No hay ningún ruido excepto el tenue ronroneo de las turbinas eléctricas. Trescientos metros más

abajo, el atisbo de una enorme criatura acuática parecida a una raya sigue el paso del dirigible. Hace un instante, un insecto o pájaro del tamaño de un colibrí pero con alas transparentes de un metro de envergadura se detuvo a cinco metros para inspeccionarme, antes de bajar al mar con las alas plegadas.

Edouard, me siento solo esta noche. Me ayudaría saber que estás vivo, aún trabajando en el jardín y escribiendo de noche en tu estudio.

Pensé que mis viajes despertarían mi antigua creencia en el concepto de san Teilhard acerca de un Dios en Quien el Cristo de la Evolución, lo Personal y lo

Universal, el *En Haut* y el *En Avant* se unen..., pero tal renovación no se produce.

Está oscureciendo. Envejezco. Siento algo —no es todavía arrepentimiento— ante mi pecado de falsificar los datos de la excavación de Armaghast. Pero Edouard, Excelencia, si los artefactos hubieran indicado la presencia de una cultura cristiana allí, a seiscientos años-luz de Vieja Tierra, casi tres mil años antes de que el hombre abandonara su mundo natal...

¿Fue un pecado tan imperdonable interpretar datos ambiguos de una manera que habría significado el

resurgimiento del cristianismo en nuestras vidas?

Sí, lo fue. Pero no por la falta de falsificar los datos, sino por el más profundo pecado de creer que el cristianismo se podía salvar. La Iglesia agoniza, Edouard. No sólo nuestra querida rama del Árbol Sagrado, sino todos sus brotes, vestigios y cancros. Todo el Cuerpo de Cristo está muriendo como este mal usado cuerpo mío, Edouard. Tú y yo sabíamos esto en Armaghast, donde el sol de sangre sólo alumbraba polvo y muerte. Lo sabíamos durante el fresco y verde verano en el Colegio, cuando tomamos nuestros

votos. Lo sabíamos ya cuando éramos niños, en los apacibles campos de juego de Villefranche-sur-Saóne. Lo sabemos ahora.

Se ha ido la luz; escribo bajo el tenue fulgor de las ventanas del salón de arriba. Las estrellas brillan en extrañas constelaciones. De noche, el Mar Medio reluce con una fosforescencia verdosa y mórbida. Hay una masa oscura en el horizonte del sudeste; quizá sea una tormenta o tal vez la próxima isla de la cadena, la tercera de las nueve «colas». ¿Qué mito habla de un gato de nueve colas? No conozco ninguno.

Por el bien del pájaro que he visto

antes —si era un pájaro—, espero que sea una isla y no una tormenta.

Día 28:

Estuve ocho días en Puerto Romance y, en este tiempo, vi tres muertos.

El primero era el cadáver de un ahogado, una hinchada y blanca parodia de hombre que había llegado a los lodosos bajíos cercanos a la torre de amarre la primera noche que pasé en la ciudad. Los niños le arrojaban piedras.

Vi al segundo hombre cuando lo sacaban de las humeantes ruinas de una tienda de unidades de metano, en la

barriada pobre de la ciudad, cerca de mi hotel. El irreconocible cuerpo estaba carbonizado y encogido por el calor, con los brazos y piernas rígidos en esa postura de púgil que las víctimas de los incendios asumen desde tiempos immemoriales. Yo había ayunado todo el día y confieso con vergüenza que empecé a salivar cuando el aire se impregnó del denso aroma de grasa frita y de la carne quemada.

El tercer hombre fue asesinado a pocos metros de mí. Yo acababa de salir del hotel al laberinto de tablones enlodados que hacen las veces de aceras en este pueblo de mala muerte, cuando

sonaron disparos y un hombre se encorvó como si hubiera resbalado, se volvió hacia mí con una expresión extraña en la cara y se desplomó sobre el barro y la alcantarilla.

Le habían disparado tres veces con un arma de proyectiles. Dos balas le dieron en el pecho, la tercera entró por debajo del ojo izquierdo. Increíblemente aún respiraba cuando me acerqué. Sin pensarlo, saqué la estola de mi maletín, busqué el recipiente de agua bendita que había llevado tanto tiempo y procedí a realizar el sacramento de la extremaunción. Nadie se opuso en la creciente multitud de curiosos. El caído

se movió una vez, se aclaró la garganta como si fuera a hablar y expiró. La multitud se dispersó aun antes de que se llevasen el cuerpo.

Era un hombre maduro, rubio, ligeramente obeso. No llevaba identificación alguna, ni siquiera una tarjeta universal o un comlog. Tenía seis monedas de plata en el bolsillo.

Por alguna razón, decidí permanecer con el cuerpo el resto del día. El médico era un hombre bajo y cínico que me permitió quedarme durante la autopsia. Sospecho que buscaba conversación.

—Esto es para todo lo que vale —dijo mientras abría el vientre del pobre

hombre como si fuera un maletín rosado, apartando los pliegues de piel y músculos y sujetándolos como el toldo de una tienda.

—¿El qué? —pregunté.

—Su vida —replicó el médico, mientras estiraba la piel de la cara del cadáver como si fuera una máscara grasienta—. La vida de usted. Mi vida. —Las franjas rojas y blancas de músculos superpuestos cobraban un tono azulado alrededor del agujero mellado que tenía encima del pómulo.

—Tiene que haber algo más —apunté. El médico apartó los ojos de su tétrica faena con una sonrisa socarrona.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo muestra? —Levantó el corazón del hombre como si lo sopesara con una mano—. En los mundos de la Red, esto valdría algún dinero en el mercado. Algunos son demasiado pobres para conservar piezas de clonación criadas en laboratorio, pero lo bastante acaudalados como para evitar morir por un fallo de corazón haciéndose un trasplante. Pero aquí no es más que una víscera.

—Tiene que haber algo más —insistí, aunque con poca convicción. Recordé los funerales de Su Santidad el papa Urbano XV poco antes de irme a

Pacem. Según la costumbre que rige desde tiempos anteriores a la Hégira, el cuerpo no fue embalsamado. Estuvo en la antesala de la basílica principal antes de que lo pusiéramos en el sencillo ataúd de madera. Mientras yo ayudaba a Edouard y a monseñor Frey a vestir el rígido cadáver, advertí que la tez se oscurecía y la boca se le aflojaba.

El doctor se encogió de hombros y terminó la rápida autopsia. Hubo una brevísima investigación formal: no se encontró ningún sospechoso ni se descubrió ningún motivo. Se envió una descripción de la víctima a Keats, pero el hombre fue enterrado al día siguiente

en un campo de menesterosos entre los bajíos lodosos y la jungla amarilla.

Puerto Romance es un apiñamiento de estructuras amarillas de raraleña entre un laberinto de andamiajes y tablones que llegan hasta los lodazales de la desembocadura del Kans. El río tiene aquí casi dos kilómetros de anchura y se vuelca en la bahía de Toschahai, pero pocos canales son navegables y se dragan continuamente. Por las noches me quedo despierto en mi habitación barata, por cuya ventana abierta entra el martilleo de la draga como la palpitación del corazón de esta ciudad ruin, y el distante susurro del

oleaje como su húmeda respiración. Escucho el jadeo de la ciudad y no puedo evitar imaginarla con el rostro desfigurado del muerto.

Las compañías tienen un puerto de deslizadores en las afueras de la ciudad para transportar hombres y materiales a las grandes plantaciones, pero para abordarlos tendría que sobornar a alguien y no dispongo de suficiente dinero. Podría hacerme llevar, pero no puedo costear el transporte de mis tres baúles de equipo médico y científico. Aun así, estoy tentado. Mi búsqueda de los bikura parece más absurda e irracional que nunca. Sólo mi extraña

necesidad de un lugar de destino y cierta determinación masoquista para cumplir los términos del exilio que me he impuesto me impulsan a seguir río arriba.

Un barco fluvial parte Kans arriba dentro de dos días. He reservado un pasaje y mañana trasladaré allí mi equipaje. No sentiré irme de Puerto Romance.

Día 41:

La Girándula Emporética continúa su lento viaje río arriba. No hay indicios de presencia humana desde que

abandonamos Desembarco de Mellón, hace dos días. La jungla cubre las márgenes como una muralla y cuelga sobre nosotros cuando la anchura del río se reduce a treinta o cuarenta metros. La luz amarillenta, densa como mantequilla líquida, se filtra por el follaje y las frondas que se yerguen ochenta metros sobre la parda superficie del Kans. Me siento en el herrumbrado techo de hojalata de la barcaza de pasajeros y procuro distinguir un árbol tesla. Viejo Kady, sentado junto a mí, deja de tallar, escupe por una mella de la dentadura y se ríe de mí.

—No hay árboles flamígeros tan

abajo —anuncia—. Si fuera una selva de esos árboles, no tendría este aspecto. Hay que llegar a los Piñones antes de ver un tesla. Aún no hemos salido de la selva pluvial, padre.

Llueve todas las tardes. Lluvia es una palabra demasiado suave para describir el diluvio que cae todos los días. El agua oscurece la costa, tamborilea en los tejados de lata de las barcazas con un estruendo ensordecedor, frena nuestro viaje río arriba. Es como si el río se convirtiera cada tarde en un torrente vertical, una cascada por donde la nave debe trepar.

El Girándula es un antiguo

remolcador de fondo chato con cinco barcazas de dos niveles sujetas alrededor, como niños andrajosos que se aferraran a las faldas de su cansada madre. Tres de las barcazas transportan fardos de mercancías que se trocarán o venderán en las pocas plantaciones y asentamientos que salpican la orilla del río. Las otras dos ofrecen un simulacro de alojamiento para los aborígenes que viajan río arriba, aunque sospecho que algunos ocupantes de la barcaza son permanentes. Mi camarote tiene un colchón mugriento en el suelo e insectos que parecen lagartos en las paredes.

Después de las lluvias, todos se

reúnen en cubierta para contemplar las brumas del atardecer que suben al enfriarse el río. El aire caliente está saturado de humedad casi todo el día. Viejo Kady me informa de que he llegado demasiado tarde para realizar el ascenso por las selvas flamígeras antes de que los árboles tesla se activen. Veremos.

Esta noche las brumas se elevan como si fueran los espíritus de todos los muertos que duermen bajo la oscura superficie del río. Los últimos jirones de niebla de esta tarde se disipan entre las copas de los árboles y el mundo recupera el color. La densa selva pasa

del amarillo cromo a un azafrán traslúcido y luego se diluye lentamente en ocre, pardo y negro. A bordo del Girándula, Viejo Kady enciende las lámparas y faroles que cuelgan del desvencijado segundo nivel, mientras la oscura jungla, como si quisiera competir, empieza a relucir con la tenue fosforescencia de la podredumbre mientras aves-fulgor y espejines multicolores vuelan de rama en rama en las regiones superiores más oscuras.

La pequeña luna de Hyperion no alumbra esta noche, pero el planeta se desplaza a través de una inusitada cantidad de escombros, por tratarse de

un mundo tan cercano a su sol, y frecuentes lluvias de meteoritos iluminan los cielos nocturnos. Esta noche los cielos son muy fértiles y cuando atravesamos sectores más anchos del río vemos un enrejado de brillantes estelas meteóricas entrelazando las estrellas. Las imágenes se graban en la retina; al contemplar el río las veo en las oscuras aguas como un eco óptico.

Hay un fulgor brillante en el este, y Viejo Kady me explica que son los espejos orbitales que proporcionan luz a algunas de las plantaciones mayores. Hace demasiado calor para regresar al

camarote. Tiendo mi delgada estera en el techo de la barcaza y observo el espectáculo de luces celestiales mientras las apiñadas familias aborígenes cantan canciones cautivantes en una jerga que ni siquiera he intentado aprender. Pienso en los bikura, todavía muy lejanos, y experimento una extraña ansiedad.

En la selva un animal chilla con voz de mujer asustada.

Día 60:

He llegado a Plantación Perecebo. Enfermo.

Día 62:

Muy enfermo. Fiebre, temblores. Ayer estuve vomitando bilis negra todo el día. La lluvia resulta ensordecedora. De noche los espejos orbitales iluminan las nubes desde arriba; el cielo parece estar en llamas. Mi fiebre es muy alta.

Una mujer me cuida. Me baña. Demasiado enfermo para avergonzarme. Tiene el cabello más oscuro que la mayoría de los aborígenes. Habla poco. Ojos dulces y oscuros.

¡Oh Dios, estar enfermo tan lejos de casa!

Día 63:

ella espera espía entra, la delgada camisa mojada por la lluvia

a propósito para tentarme, sabe qué soy mi piel arde algodón delgado pezones oscuros sé quiénes son observan, aquí oigo sus voces de noche me bañan en veneno me arde creen que no sé pero oigo sus voces en la lluvia cuando cesan los gritos gritos gritos.

He perdido la piel, rojo por debajo siento el agujero en la mejilla, cuando encuentre la bala la escupiré, agnus-deiquitolispecattamundi miserer nobis miserer nobis miserere

Día 65:

Gracias, Señor, por librarme de la enfermedad.

Día 66:

Hoy me he afeitado. He logrado llegar a la ducha.

Semfa me ha ayudado a prepararme para la visita del administrador. Esperaba que fuera uno de esos sujetos corpulentos y adustos que vi por la ventana, trabajando en el complejo, pero era un hombre negro tranquilo y de voz ronca. Se mostró muy servicial. Me

preocupaba el pago de los cuidados médicos, pero me aseguró que no me cobrarían. Más aún, me asignará un guía para que me conduzca a la zona alta. Dice que la temporada está muy avanzada pero que si puedo viajar dentro de los próximos diez días, atravesaremos la selva flamígera y llegaremos a la Grieta antes de que los árboles tesla estén totalmente activos.

Cuando se fue el administrador, hablé un rato con Semfa. Su esposo murió hace tres meses locales en un accidente agrícola. Semfa venía de Puerto Romance; el casamiento con Mikel había sido su salvación y ha

preferido quedarse aquí haciendo labores en vez de regresar río abajo. No la culpo.

Después de un masaje, me dormiré. Últimamente, sueño mucho con mi madre.

Diez días. Estaré preparado dentro de diez días.

Día 75:

Antes de irme con Tuk, bajé a los matrizales para despedirme de Semfa. Ella habló poco pero le noté en la mirada que se entristecía por mi marcha. Sin premeditación, la bendije y le besé

la frente. Cerca de nosotros, Tuk sonreía y asentía. Luego nos fuimos, con los brids de carga. El supervisor Orlandi nos acompañó hasta el final del camino y nos saludó con la mano cuando nos internamos en la senda abierta a machetazos en el áureo follaje.

Domine, dirige nos.

Día 82:

Tras una semana en la senda... ¿Qué senda? Tras una semana en la amarilla selva pluvial, tras una semana de agotador ascenso por la ladera cada vez más abrupta de la Meseta del Piñón, esta

mañana llegamos a una protuberancia rocosa, donde pudimos echar un vistazo a la jungla que se extendía hacia el Pico y el Mar Medio. Aquí la meseta se alza a tres mil metros sobre el nivel del mar y la vista era impresionante. Gruesos nubarrones se extendían al pie de las Colinas del Piñón, pero a través de las rendijas de esa alfombra de nubes blancas y grises vislumbramos segmentos del Kans serpeando perezosamente hacia Puerto R. y el mar, los fragmentos amarillos de la selva que acabábamos de atravesar y un borrón color magenta hacia el este, que según Tuk era la matriz inferior de los campos

de fibroplástico de Perecebo.

Reanudamos el ascenso hasta que llegó el anochecer. Tuk teme que atravesemos las selvas flamígeras cuando los árboles tesla entren en actividad. Yo procuro mantener el ritmo, tironeando del sobrecargado brid y orando en silencio para olvidar mis dolores y fatigas.

Día 83:

Hoy hemos cargado y partido antes del alba. El aire huele a humo y cenizas.

El cambio de vegetación en la Meseta resulta sorprendente. Ya no se

ven los ubicuos raraleña ni los copudos chaimas. Después de atravesar una zona intermedia de siempreazules, después de trepar entre densas matas de seudopinos y triálamos, llegamos a la plena selva flamígera, con sus bosquecillos de alto prometeo, marañas de fénix, y apiñamientos de centellones color ámbar. Encontramos impenetrables tramos de bifurcados bestos, de fibra blanca, que Tuk describió pintorescamente como «las vergas putrefactas de gigantes muertos enterrados aquí a poca profundidad». Mi guía sabe escoger las palabras.

Al atardecer descubrimos nuestro

primer árbol tesla. Durante media hora habíamos trajinado por un terreno cubierto de cenizas, tratando de no pisar los tiernos brotes de fénix y latigoardiente que surgían del terreno hollinoso, cuando Tuk se detuvo de pronto y señaló.

Un árbol tesla de cien metros de altura se erguía a medio kilómetro, la mitad de alto que el mayor prometeo. Cerca de la copa se abultaba la característica cúpula de su vejiga acumuladora, con forma de cebolla. Las ramas radiales tendían cientos de lianas encima de la vejiga, y brillaban plateados y metálicos contra el claro

cielo verde y lapislázuli. Me recordó una elegante mezquita del Alto Islam, en Nueva Meca, irreverentemente adornada con lentejuelas.

—Larguémonos de aquí —gruñó Tuk. Insistió en que nos pusiéramos el equipo para la selva flamígera. Pasamos el resto de la tarde y el anochecer trajinando dentro de las máscaras osmóticas y las botas de suela de goma, sudando bajo capas de correosa tela gamma. Los dos brids se mostraban nerviosos y erguían las largas orejas ante el menor ruido. A través de la máscara olía el ozono, y recordé los trenes eléctricos con que jugaba de niño

en las ociosas tardes navideñas de Villefranche-sur-Saóne.

Esta noche hemos acampado cerca de un matorral de bestos. Tuk me ha enseñado cómo instalar el anillo de varas de deflexión, mientras mascullaba sombrías advertencias y buscaba nubes en el cielo.

Creo que dormiré bien a pesar de todo.

Día 84:

0400 horas...

Santa Madre de Dios.

Hemos pasado tres horas atrapados

en medio del fin del mundo.

Las explosiones empezaron poco después de medianoche, al principio meros relampagueos. Con imprudencia, Tuk y yo nos asomamos por la entrada de la tienda para contemplar los fuegos artificiales. Estoy acostumbrado a los monzones del mes de Mateo en Pacem, así que la primera hora de pirotecnia no me pareció sorprendente. Sólo la vista de los lejanos árboles tesla como foco infalible de las descargas aéreas resultaba perturbadora. Pero pronto esos mamuts de la selva relucieron y escupieron la energía acumulada y —cuando me adormilaba a pesar del

continuo estrépito— estalló un verdadero Armagedón.

Durante los diez primeros segundos de espasmos energéticos de los árboles tesla se habrán liberado como mínimo centenares de arcos de electricidad. Un prometeo explotó a menos de treinta metros y arrojó ramas ardientes al suelo de la selva. Las varas de deflexión relucían, siseaban y desviaban las descargas de muerte blancoazulada alrededor de nuestro campamento. Tuk gritó algo, pero en medio de aquel aluvión de luz y ruido resultaba imposible oír ningún sonido humano. Una mata de fénix trepador estalló en

llamas cerca de los brids atados, y uno de los aterrados animales —a pesar de estar engrillado y con los ojos cubiertos — se liberó y atravesó el reluciente círculo de varas de deflexión. Al instante una docena de rayos del tesla más cercano fulminaron al desdichado animal. El esqueleto de la bestia fulguró un instantes a través de la carne hirviente y luego se desvaneció con un brinco espasmódico.

Durante tres horas contemplamos el fin del mundo. Dos varas de deflexión han caído, pero las otras ocho continúan funcionando. Tuk y yo nos acurrucamos en la caliente caverna de nuestra tienda.

Las máscaras osmóticas filtran suficiente oxígeno fresco del aire humoso y recalentado para permitirnos respirar. Sólo la falta de matorrales y la destreza de Tuk en situar nuestra tienda lejos de otros blancos y cerca de los protectores bestos nos permitieron sobrevivir. Eso y las ocho varas de aleación de filamentos que se interponen entre nosotros y la eternidad.

—¡Parece que aguantan! —le grité a Tuk por encima de los siseos y crepitaciones, el estrépito y estruendo de la tormenta.

—Están hechas para resistir una hora, quizá dos —gruñó mi guía—. En

cualquier momento revientan y morimos.

Asiento y bebo agua tibia a través de la abertura de mi máscara osmótica. Si sobrevivo a esta noche, siempre agradeceré a Dios el don de permitirme ver este espectáculo.

Día 87:

Tuk y yo salimos del humeante linde nordeste de la selva flamígera ayer al mediodía. Acampamos junto a un arroyo y dormimos dieciocho horas consecutivas, compensando tres noches en vela y dos días extenuantes de avanzar sin descanso por una pesadilla

de llamas y cenizas. Alrededor, mientras nos acercábamos al risco combado que indicaba el final de la selva, descubríamos semillas y conos abiertos con nueva vida de las diversas especies flamígeras muertas en la conflagración de las dos noches anteriores. Cinco varas de deflexión aún funcionaban, aunque ni Tuk ni yo deseábamos probarlas una noche más. Nuestro brid superviviente se derrumbo y murió en cuanto le quitamos la pesada carga del lomo.

Esta mañana, al amanecer, me despertó el ruido del agua. Seguí el arroyo un kilómetro hacia el nordeste, en

pos de su rumor cada vez más profundo, hasta que de pronto desapareció.

¡La Grieta! Casi había olvidado nuestro destino. Esta mañana avanzando a tientas por la niebla, brincando de una piedra húmeda a otra junto al arroyo cada vez más ancho, salté a un último pedrejón, me tambaleé, recuperé el equilibrio y miré hacia abajo: una cascada de tres mil metros se despeñaba en la bruma, la roca y el río.

La Grieta no está tallada en la meseta como el legendario Gran Cañón de Vieja Tierra o la Fisura de Hebrón. A pesar de sus océanos activos y sus continentes de apariencia terrícola,

Hyperion está tectónicamente muerto; se parece más a Marte, Lusus o Armaghast por la absoluta falta de deriva continental.

Al igual que Marte y Lusus, Hyperion sufre eras glaciales intensas, aunque aquí la periodicidad se extiende a treinta y siete millones de años por la larga elipse de la enana binaria, actualmente ausente. El comlog compara la Grieta con el Valle del Mariner de Marte antes de la terraformación, pues ambos fueron causados por el debilitamiento de la corteza antes de congelamientos y deshielos periódicos a través de los milenios, seguidos por el

flujo de ríos subterráneos como el Kans. De ahí el enorme colapso que atraviesa el ala montañosa del continente Aquila como una larga cicatriz.

Tuk se reunió conmigo en el borde de la Grieta. Yo estaba desnudo, lavando las ropas y la sotana, que apestaban a ceniza. Me salpiqué agua fría en la piel pálida y reí sonoramente mientras los ecos de los gritos de Tuk rebotaban en la Pared Norte, a unos seiscientos metros. Dada la naturaleza de la falla, Tuk y yo estábamos sobre un saliente que nos ocultaba de la Pared Sur. A pesar del riesgo, supusimos que la cornisa rocosa que había desafiado la

gravedad durante millones de años duraría unas horas más mientras nos bañábamos, relajábamos, jugamos con el eco hasta quedar afónicos, actuando como niños que hacen novillos. Tuk confesó que nunca había atravesado toda la anchura de la selva flamígera —ni conocía a nadie que lo hubiera hecho en esta temporada— y anunció que, ahora que los árboles tesla entraban en plena actividad, tendría que esperar por lo menos tres meses para volver. Pero no parecía lamentarlo, y a mí me gustaba su compañía.

Por la tarde nos alternamos para transportar mi equipo y acampamos

cerca del arroyo, a cien metros de la cornisa. Apilamos las cajas de flujoespuma, donde llevaba el equipo científico, para ordenarlas por la mañana.

Hacía frío ese atardecer. Después de cenar, poco antes del poniente, me puse la chaqueta térmica y caminé solo hasta un saliente rocoso al sudoeste de donde había visto la Grieta por primera vez. Desde este nuevo punto de observación, la vista del río era impresionante. Las brumas se elevaban desde invisibles cascadas que se precipitaban al río y la espuma se elevaba en fluctuantes telones de niebla para multiplicar el sol

poniente en una docena de esferas violáceas y arcoiris. Cada espectro nacía, se elevaba hacia la cúpula oscura del cielo y moría, y el aire tibio se elevaba al cielo arrastrando hojas, ramas y niebla en una ráfaga vertical.

Un sonido brotó de la Grieta como si el continente llamara con los soplidos de pétreos gigantes colosales en flautas de bambú, órganos de iglesia del tamaño de palacios, y las notas claras y perfectas abarcaban desde la soprano más aguda hasta el bajo más profundo. Cavilé acerca de los efectos de los vectores eólicos contra las torneadas paredes rocosas, las cavernas que

abrían profundos túneles en la corteza inmóvil, las ilusorias voces humanas que puede generar una armonía aleatoria. Pero al fin olvidé las especulaciones y me limité a escuchar mientras la Grieta dedicaba al sol un himno de despedida.

Regresé a nuestra tienda y su círculo de faroles bioluminiscentes mientras la primera andanada de lluvias meteóricas quemaba los cielos y las distantes explosiones de las selvas flamígeras rasgaban el horizonte como cañonazos de una antigua guerra en Vieja Tierra, antes de la Hégira. Una vez en la tienda probé suerte con las bandas comlog de

largo alcance, pero sólo se oía estática. Sospecho que incluso aunque los primitivos satélites que sirven a las plantaciones de fibroplástico transmitieran tan al este, todo quedaría enmascarado por las montañas y la actividad tesla, salvo un láser muy compacto o un haz de ultralínea. En el monasterio de Pacem pocos llevábamos comlogs personales, pero la esfera de datos siempre estaba allí en caso necesario. Aquí no hay alternativa.

Escucho las agónicas notas del viento en el cañón, los cielos que se oscurecen y resplandecen al mismo tiempo, sonrío ante los ronquidos de

Tuk, acurrucado en su saco de dormir fuera de la tienda, y pienso: Si esto es el exilio, bienvenido sea.

Día 88:

Tuk ha muerto. Asesinado.

Encontré su cuerpo cuando salí de la tienda al amanecer. Él dormía fuera, a cuatro metros de mí. Había dicho que deseaba dormir bajo las estrellas.

Los asesinos le cortaron el cuello mientras dormía. No oí ningún grito. Soñé, sin embargo: sueños de Semfa cuidando de mí durante mi enfermedad. Sueños de manos frescas tocándome el

cuello y el pecho, tocando el crucifijo que llevo desde niño. Me quedé ante el cuerpo de Tuk, mirando el ancho círculo oscuro con que su sangre empapaba el indiferente suelo de Hyperion, y temblé ante la idea de que el sueño hubiera sido más que un sueño, de que esas manos me hubieran tocado de veras durante la noche.

Confieso que reaccioné como un pusilánime y no como un sacerdote. Administré la extremaunción, pero luego me venció el pánico y abandoné el cuerpo de mi pobre guía, busqué desesperadamente un arma entre las vituallas y cogí el machete que había

usado en la selva pluvial y el máser de bajo voltaje con que planeaba cazar animales pequeños. No sé si habría usado un arma contra un ser humano, ni siquiera para salvar mi vida. Pero, en mi pánico, llevé el machete, el máser y los binoculares de potencia a un alto peñasco cerca de la Grieta y escudriñé la región en busca del rastro de los asesinos. Nada se movía excepto las diminutas criaturas arbóreas y los espejines que vimos ayer entre los árboles. La selva misma parecía anormalmente tupida y oscura. La Grieta ofrecía cien terrazas, salientes y balcones de roca al nordeste para que se

ocultaran bandas enteras de salvajes. Un ejército se podría haber escondido entre esas piedras y las eternas brumas.

AJ cabo de media hora de infructuosa vigilancia y necia cobardía, regresé al campamento y preparé el cuerpo de Tuk para la sepultura. Tardé más de dos horas en cavar una tumba adecuada en el suelo pedregoso de la meseta. Cuando enterré el cuerpo y concluí la ceremonia formal, no se me ocurrió nada personal que decir acerca de aquel hombrecillo tosco y gracioso que había sido mi guía.

—Cuídalo, Señor —rogué al fin, disgustado ante mi propia hipocresía,

con la certeza de que articulaba palabras que nadie oía—. Ofrécele un tránsito seguro. Amén.

Esta noche he trasladado el campamento medio kilómetro al norte. Mi tienda está instalada en un claro a diez metros, pero yo estoy de espaldas contra el peñasco, envuelto en mantas y con el machete y el máser a mano. Después de las exequias de Tuk revisé las vituallas y las cajas de equipo; no se habían llevado nada excepto las pocas varas de deflexión. De inmediato me pregunté si alguien nos habría seguido por la selva flamígera para matar a Tuk y dejarme aislado aquí, pero no se me

ocurrió ningún motivo para un acto tan premeditado. Si fuera alguien de las plantaciones, pudo habernos despachado mientras dormíamos en la selva pluvial o —más sencillo desde el punto de vista del homicida— en plena selva flamígera, donde dos cuerpos calcinados no habrían llamado la atención de nadie. La única posibilidad eran los bikura, mis protegidos primitivos.

Pensé en regresar por la selva flamígera sin las varas, pero pronto renuncié a esa idea. Quedarse significaba una muerte probable; marcharse significaría una muerte segura.

Faltan tres meses para que los teslas entren en letargo. Ciento veinte días locales de veintiséis horas. Una eternidad.

Querido Jesús, ¿por qué me ha ocurrido esto? ¿Y por qué fui perdonado ayer si seré sacrificado esta noche o mañana? Sentado en el oscuro peñasco, escucho el gemido repentinamente siniestro que se eleva con el viento nocturno desde la Grieta y rezo mientras el cielo se ilumina con las sangrientas estrías de las estelas meteóricas.

Articulo palabras que nadie oye.

Día 95:

Los terrores de la semana pasada se han aplacado. Incluso el temor se desvanece y se vuelve un lugar común tras varios días de crispación.

Usé el machete para cortar arbustos y construir una choza contra la pared de roca, cubriendo el techo y el flanco con tela gamma y rellenando con barro las fisuras entre un leño y otro. La pared trasera es la sólida piedra del peñasco. He ordenado mi equipo de investigación y he sacado algunas cosas, aunque ahora sospecho que nunca las usaré.

Para completar mi menguante reserva de alimentos congelados al frío

seco, comencé a buscar comida. Según el absurdo plan trazado tanto tiempo atrás en Pacem, a estas alturas tendría que haber pasado ya varias semanas viviendo con los bikura, trocando mis mercancías por comida local. No importa. Además de las blandas raíces de chalma, fáciles de hervir, he encontrado varios tipos de bayas y frutos más grandes, que según el comlog son comestibles; hasta ahora sólo una resultó incompatible con mi metabolismo y me mantuvo en cuclillas toda la noche cerca del borde de la hondonada más cercana.

Recorro los confines de la región

inquieto como esos pélops enjaulados, tan apreciados por los padishahs menores de Armaghast. Un kilómetro al sur y cuatro al oeste, las selvas flamígeras están en plena actividad. Por la mañana, el humo se funde con los fluctuantes telones de niebla para ocultar el cielo. Solamente los sólidos matorrales de bestos, el suelo pedregoso de la meseta y los combados riscos que se extienden al nordeste como vértebras acorazadas mantienen a raya a los teslas.

Al norte la meseta se ensancha y el sotobosque se vuelve más tupido cerca de la Grieta a lo largo de unos quince kilómetros, hasta que una garganta con

un tercio de la profundidad y la mitad de la anchura de la Grieta le cierra el avance. Ayer llegué a ese punto septentrional y observé con frustración el abismo. Lo intentaré de nuevo algún día: me desviaré al este hasta encontrar un punto de cruce, pero por lo que indican el fénix que cruza el precipicio y la cortina de humo del nordeste, sospecho que sólo hallaré cañones llenos de chalma y estepas de selva flamígera, que aparecen como apiñados grumos en el mapa satelital que llevo.

Esta noche, cuando el viento del atardecer inició su endecha, visité la rocosa tumba de Tuk. Me arrodillé y

traté de rezar, pero no se me ocurrió nada.

Edouard, no se me ocurrió nada. Estoy tan vacío como esos falsos sarcófagos que tú y yo exhumamos por docenas del estéril desierto de arena en Tarum bel Wadi. Los gnósticos Zen dirían que esta vacuidad es buena señal, que presagia la apertura a un nuevo nivel de conciencia, nuevas percepciones, nuevas experiencias.

Pamplinas. Mi vacuidad es sólo... vacío.

Día 96:

Encontré a los bikura. Mejor dicho, ellos me encontraron a mí. Escribiré lo que pueda antes de que lleguen para despertarme de mi «sueño».

Hoy estaba dibujando un mapa detallado a sólo cuatro kilómetros del campamento cuando la niebla se elevó por el calor del mediodía y descubrí, en mi lado de la Grieta, una serie de terrazas que nunca había visto. Usaba mis binoculares de potencia para inspeccionar las terrazas —para ser exactos, una serie de rebordes, agujas, anaquetas y montecillos escalonados sobre el saliente— cuando advertí que contemplaba moradas fabricadas por el

hombre. Eran chozas toscas —hechas con ramas de chalma, piedras y hierbaesponja—, pero inequívocamente de origen humano.

Estaba allí, titubeando, binoculares en mano, tratando de decidir si debía bajar hasta los salientes y enfrentarme a los habitantes o retirarme a mi campamento, cuando sentí ese escalofrío en la espalda que indica con absoluta certidumbre una presencia extraña. Bajé los binoculares y me volví despacio. Los bikura estaban allí, al menos treinta de ellos, de pie en un semicírculo que me vedaba el paso hacia el bosque.

No sé qué esperaba yo; quizá

salvajes desnudos, con expresiones fieras y collares de dientes. Tal vez esperaba hallar esos ermitaños barbudos e hirsutos que los viajeros encontraban ocasionalmente en las montañas Moshé de Hebrón. En cualquier caso, la realidad de los bikura no concordaba con mis expectativas.

Las gentes que se me habían acercado en silencio eran bajas —yo les llevaba por lo menos una cabeza— y llevaban túnicas oscuras toscamente tejidas que los cubrían del cuello hasta los pies. Se movían deslizándose como espectros sobre el suelo pedregoso. Desde lejos, su aspecto me recordó un

grupo de jesuítas diminutos en un cónclave del Nuevo Vaticano.

Casi me eché a reír, pero comprendí que esa reacción podía indicar pánico. Los bikura no parecían agresivos y tal sentimiento no se justificaba; no iban armados y sus pequeñas manos aparecían vacías. Tan vacías como sus expresiones.

Resulta difícil describir en pocas palabras su fisonomía. Son calvos. Todos ellos. Esta calvicie, la ausencia cíe vello facial y las túnicas sueltas que caían en línea recta, todo conspiraba para impedirme distinguir los hombres de las mujeres. Los miembros de este

grupo —ya eran más de cincuenta— aparentaban tener la misma edad: entre cuarenta y cincuenta años estándar. Las caras eran lisas y la tez revelaba un tono amarillento, tal vez producto de haber ingerido durante generaciones los minerales vestigiales del chalina y otras plantas locales.

Uno se siente tentado de describir las redondas caras de los bikura como angélicas, pero una inspección atenta elimina esa impresión de dulzura y la reemplaza por otra interpretación: idiotez plácida. Como sacerdote, he pasado suficiente tiempo en mundos retrógrados como para haber visto los

efectos de un antiguo trastorno genético llamado síndrome de Down, mongolismo o legado de las naves generacionales. Ésta era pues la impresión que daban esas personas de túnica oscura que se me acercaban: un hato callado y sonriente de niños calvos retrasados.

Pero esos «niños sonrientes» habían degollado a Tuk mientras dormía, y lo habían dejado morir como un cerdo.

El bikura más cercano se adelantó, se detuvo a cinco pasos y dijo algo con voz monocorde.

—Un momento —murmuré mientras sacaba mi comlog. Marqué la función

traducción.

—¿Beyetet ota menna lot cresfem ket? —preguntó el hombrecillo.

Me puse el auricular a tiempo para oír la traducción del comlog. No había tiempo de retraso. El idioma al parecer extraño era una simple corrupción del inglés que hablaban en la nave seminal, no muy distinto del dialecto aborigen de las plantaciones. «Tú eres el hombre que pertenece a la cruz/al cruciforme», interpretó el comlog, dándome dos opciones para el sustantivo final.

—Sí —respondí, consciente ahora de que esa gente me había tocado mientras yo dormía durante la noche que

asesinaron a Tuk. Lo cual significaba sin más dudas que ellos habían asesinado a Tuk.

Esperé. Tenía el máser de caza en la mochila. La mochila estaba apoyada en un pequeño chalma a poca distancia, pero media docena de bikura se interponían. No importaba: en ese instante supe que no usaría un arma contra otro ser humano, ni siquiera contra el ser humano que había asesinado a mi guía y quizá planeara asesinarme a mí. Cerré los ojos y musité un acto de contrición. Cuando los abrí, habían llegado más bikura. Los movimientos cesaron, como si se

hubiera alcanzado un quórum y hubieran llegado a una decisión.

—Sí —repetí en el silencio—. Soy el que lleva la cruz. —Oí que el parlante del comlog pronunciaba la última palabra «cresfem».

Los bikura asintieron simultáneamente y —como expertos monaguillos— flexionaron una rodilla, haciendo susurrar las túnicas en una genuflexión perfecta.

Abrí la boca para hablar y descubrí que no tenía nada que decir. Cerré la boca. Los bikura aguardaron. Una brisa agitaba las copas y las hojas de chalma, creando un sonido seco y estival. El

bikura más cercano se me aproximó, me cogió el antebrazo con dedos fuertes y frescos, y pronunció una frase suave que mi comlog tradujo.

—Ven. Es hora de ir a las casas para el sueño.

Era media tarde. Preguntándome si el comlog habría traducido correctamente la palabra «sueño» o si se trataba de un eufemismo o metáfora por «muerte», asentí y los seguí hacia la aldea del borde de la Grieta.

Ahora espero sentado en la choza. Se oyen susurros. Alguien más está despierto. Espero.

Día 97:

Los bikura se llaman a sí mismos los «Tres Veintenas Más Diez».

He pasado las últimas veintiséis horas hablando con ellos, observando, tomando notas cuando ellos se entregan a su «sueño» de dos horas a media tarde, y tratando de registrar la mayor cantidad posible de datos antes de que decidan cortarme el cuello. Sin embargo empiezo a creer que no me harán daño.

Ayer, después de nuestro «sueño», me dirigí a ellos. A veces no responden a las preguntas y se limitan a hacerlo con gruñidos o las frases evasivas típicas de los niños lerdos. Después de

la pregunta y la invitación de nuestro primer encuentro, ninguno preguntó ni comentó nada sobre mí.

Los interrogé sutilmente, con cuidado, con prudencia, con la calma profesional de un etnólogo. Formulé las preguntas más simples y fácticas para asegurarme de que el comlog funcionaba bien. Todo correcto. Pero la suma total de las respuestas me dejó en la misma ignorancia que el día anterior.

Al fin, cansado de cuerpo y espíritu, abandoné la sutileza profesional y pregunté al grupo que me rodeaba.

—¿Matasteis a mi compañero?

Mis tres interlocutores no apartaron

la mirada del tosco telar en que realizaban su tarea.

—Sí —respondió el que yo llamaba Alfa, porque había sido el primero en acercarse a mí en la selva—, cortamos el cuello a tu compañero con piedras afiladas y lo obligamos a callar mientras forcejeaba. Murió la muerte verdadera.

—¿Por qué? —pregunté al fin, la voz seca como un hollejo.

—¿Por qué murió la muerte verdadera? —inquirió Alfa sin mirarme—. Porque toda su sangre brotó y él dejó de respirar.

—No —repliqué—. ¿Por qué lo matasteis?

Alfa no respondió, pero Betty —quien parece mujer y compañera de Alfa— dejó de mirar el telar para decir simplemente:

—Para que muriera.

—¿Por qué?

Las respuestas no me dieron ninguna explicación. Al cabo de un largo interrogatorio, sólo les sonsaqué que habían matado a Tuk para que muriera y que había muerto porque lo habían matado.

—¿Qué diferencia hay entre la muerte y la muerte verdadera? —pregunté, sin confiar en el comlog ni en mi paciencia a estas alturas.

El tercer bikura, Delta, gruñó una respuesta que el comlog interpretó como:

—Tu compañero murió la muerte verdadera. Tú no.

Al fin, en una frustración rayana en la ira, exclamé:

—¿Por qué no? ¿Por qué no me matasteis?

Los tres interrumpieron su monótona labor para mirarme.

—A ti no se te puede matar porque no puedes morir —explicó Alfa—. No puedes morir porque perteneces al cruciforme y sigues el camino de la cruz.

Ignoraba por qué la maldita máquina

traducía «cruz» en unas ocasiones y «cruciforme» en otras. Porque perteneces al cruciforme.

Sentí un escalofrío y luego ganas de reír. ¿Me había topado con ese viejo cliché de los hologramas de aventuras, la tribu perdida que adoraba al «dios» que había aparecido en la jungla hasta que el pobre bastardo se cortaba al afeitarse o algo similar, y los tribeños, aliviados ante la obvia mortalidad del visitante, sacrificaban a la ex deidad? Habría resultado gracioso si la imagen de la cara pálida y la herida abierta e irregular de Tuk no estuviera tan fresca.

La reacción ante la cruz sugería que

me había topado con un grupo de supervivientes de una ex colonia cristiana —¿católica?—, pero los datos del comlog insistían en que la nave de descenso de setenta colonos que se habían estrellado contra la meseta cuatrocientos años atrás sólo albergaba marxistas neokerwinianos, todos los cuales se mostraban indiferentes cuando no hostiles a las viejas religiones.

Pensé en olvidar el asunto, que podía resultar peligroso; pero mi estúpida curiosidad me impulsó a continuar.

—¿Adoráis a Jesús? —pregunté.

Sus imbéciles expresiones fueron

más locuaces que una negativa verbal.

—¿Cristo? —intenté—. ¿Jesucristo? ¿Cristiano? ¿Iglesia Católica?

Ningún interés.

—¿Católico? ¿Jesús? ¿María? ¿San Pedro? ¿Pablo? ¿San Teilhard?

El comlog emitía ruidos pero por lo visto las palabras no significaban nada para ellos.

—¿Sois seguidores de la cruz? —insistí, buscando algún punto de referencia.

Los tres me miraron.

—Pertenecemos al cruciforme —respondió Alfa.

Asentí sin entender.

Esta tarde dormí un poco antes del ocaso y desperté al oír la música de órgano de los vientos nocturnos de la Grieta. En la aldea el sonido se alzaba más potente. Incluso las chozas parecían unirse al coro mientras las ráfagas ascendentes silbaban y gemían entre las hendiduras de piedra, las frondas flameantes y los toscos agujeros de los techos. Algo fallaba. Tardé un instante en comprender que la aldea estaba abandonada. Todas las chozas estaban vacías. Me senté en una roca fría y me pregunté si mi presencia habría provocado un éxodo en masa. La música del viento había cesado y los meteoros

iniciaban su espectáculo nocturno a través de las fisuras de las nubes bajas, cuando oí un ruido a mis espaldas y me volví. Los setenta Tres Veintenas Más Diez estaban detrás de mí.

Pasaron sin pronunciar palabra y entraron en las chozas. No había luces. Los imaginé sentados dentro, espiando.

Me quedé un rato en el exterior antes de volver a mi choza. Al final caminé hasta el borde del herboso saliente y contemplé la roca que descendía al abismo. Un apiñamiento de lianas y raíces se aferraba a la ladera, pero parecía terminar a pocos metros, colgando en el vacío. Ninguna liana

habría tenido suficiente longitud para llegar hasta el río que corría dos kilómetros más abajo.

Pero los bikura habían venido de esa dirección.

Nada tenía sentido. Sacudí la cabeza y volví a la choza.

Sentado allí, escribiendo a la luz del panel del comlog, trato de pensar en precauciones para asegurarme de que veré el amanecer.

No se me ocurre ninguna.

Día 103:

Cuanto más aprendo, menos

entiendo.

He trasladado la mayor parte de mi equipo a la choza que dejan vacía para mí. He tomado fotografías, grabado chips de vídeo y audio y holofilmado la aldea y sus habitantes. No demuestran interés. Proyecto las holoimágenes y ellos las atraviesan apáticamente. Les hago oír las palabras y ellos sonríen y regresan a sus chozas para permanecer sentados durante horas, sin hacer nada, sin decir nada. Les ofrezco chucherías y las aceptan sin comentarios, comprueban si son comestibles y luego las dejan tiradas. La hierba está cubierta de abalorios de plástico, espejos, trozos de

tela multicolor y lápices baratos.

He instalado el laboratorio médico, pero ha sido en vano: los Tres Veintenas Más Diez no se dejan examinar ni tomar muestras de sangre; aunque les he mostrado repetidamente que es indoloro, no se dejan revisar con el equipo de diagnóstico. En pocas palabras, no cooperan en absoluto. No discuten. No explican. Se limitan a alejarse y continúan sin hacer nada.

Al cabo de una semana aún no distingo los varones de las mujeres. Sus caras me recuerdan esos puzzles visuales que cambian de forma mientras uno mira; a veces la cara de Betty

parece indiscutiblemente femenina y diez segundos después la marca sexual desaparece y pienso en ella (¿él?) como Beta. Las voces sufren la misma transformación. Suaves, bien moduladas, asexuadas..., me recuerdan los mal programados ordenadores hogareños que uno encuentra en mundos retrógrados. Me gustaría ver a un bikura desnudo; para alguien que ha sido jesuíta durante cuarenta y ocho años estándar no resulta fácil admitirlo, pero no sería una tarea fácil ni siquiera para un mirón experto. El tabú de la desnudez parece absoluto. Usan las largas túnicas en la vigilia y durante la siesta de dos

horas. Abandonan la aldea para orinar y defecar, y sospecho que ni siquiera entonces se quitan la túnica. Al parecer no se bañan. Esto debería provocar problemas olfativos, pero estos primitivos no tienen olor, salvo el aroma dulzón del chalma.

—A veces te desnudarás —le dije un día a Alfa, abandonando el recato en bien de la información.

—No —dijo Alfa, y fue a sentarse en otra parte, totalmente vestido.

No tienen nombres. Al principio me parecía increíble, pero ahora estoy seguro.

—Somos todo lo que fue y será —

me dijo el (la) bikura más bajo, a quien considero mujer y llamo Eppie, por Epsilon—. Somos los Tres Veintenas Más Diez.

Consulté el comlog y confirmé lo que sospechaba: en más de dieciséis mil sociedades humanas conocidas, no figura ninguna donde no existan los nombres individuales. Incluso en las sociedades de colmenas en Lusus, los individuos responden a su categoría de clase seguida por un código simple.

Les digo mi nombre y me miran fijamente.

—Padre Paul Duré, padre Paul Duré —repite el traductor comlog, pero nadie

intenta imitarlo.

Excepto por sus desapariciones en masa todos los días antes del ocaso y sus dos horas de sueño comunitario, realizan pocas actividades de grupo. Incluso su modo de alojarse parece dejado al azar. Alfa pasa una siesta con Betty, la siguiente con Gam, la tercera con Zelda o Pete. No hay sistema ni configuración evidente. Cada tres días, los setenta se internan en la arboleda y regresan con bayas, raíces y corteza de chalma, frutas y todo lo que pueda resultar comestible.

Yo estaba seguro de que eran vegetarianos hasta que vi a Delta

mordisqueando el viejo cadáver de una criatura arbórea. Los Tres Veintenas Más Diez no desprecian la carne; simplemente son demasiado estúpidos para cazar animales.

Cuando los bikura tienen sed, caminan casi trescientos metros hasta un arroyo que se precipita por la Grieta. A pesar de esta incomodidad, no hay indicios de recipientes, jarras ni piezas de alfarería. Yo mantengo mi reserva de agua en contenedores de plástico de 30 litros pero los aldeanos no le prestan atención. En mi menguante respeto por estas gentes, ya no me resulta inconcebible que hayan pasado varias

generaciones en una aldea que no tiene agua a mano.

—¿Quién construyó las casas? —pregunto. No tienen una palabra para designar «aldea».

—Los Tres Veintenas Más Diez —responde Will. Lo distingo de los demás sólo por un dedo roto que no se le soldó bien. Cada uno de ellos tiene por lo menos un rasgo de esas características, aunque a veces me parece que sería más fácil diferenciar cuervos.

—¿Cuándo las construyeron? —pregunto, aunque ya debería saber que toda pregunta que empiece con «cuándo» no recibirá respuesta.

No recibo respuesta.

Bajan a la Grieta cada anochecer. Por las lianas. El tercer anochecer traté de observar este éxodo, pero seis de ellos me apartaron del borde. Con suavidad pero insistentemente, me llevaron de vuelta a la choza. Era la primera acción observable de los bikura parecida a la agresión y quedé un poco inquieto cuando se marcharon.

El siguiente anochecer, cuando se marcharon, me recogí en silencio en mi choza y ni siquiera me asomé, pero cuando regresaron recogí el grabador de imágenes y el trípode que había dejado cerca del borde. El mecanismo de

tiempo había funcionado a la perfección. Los holos mostraban a los bikura cogiendo las lianas y bajando por la pared de roca con la misma agilidad de los arbóreos que pueblan los bosques de chalma y raraleña. Luego desaparecieron bajo el alero.

—¿Qué hacéis cuando bajáis por el peñasco al anochecer? —pregunté a Alfa al día siguiente.

El nativo me contempló con esa plácida sonrisa de Buda que he aprendido a odiar.

—Tú perteneces al cruciforme —contestó, como si esto lo explicara todo.

—¿Adoráis cuando bajáis por el

peñasco? —pregunté.

Ninguna respuesta. Reflexioné un instante.

—Yo también soy seguidor de la cruz —dije, sabiendo que eso se traduciría como «pertenezco al cruciforme». Pronto podré prescindir del programa de traducción, pero esta conversación era demasiado importante para dejarla librada al azar—. ¿Eso significa que debería acompañaros cuando bajáis por el peñasco?

Por un segundo creí que Alfa estaba pensando. Arrugó la frente y comprendí que era la primera vez que uno de los Tres Veintenas Más Diez hacía este

gesto.

—No puedes —respondió al fin—. Tú perteneces al cruciforme y no eres de los Tres Veintenas Más Diez.

Advertí que había necesitado cada neurona y sinapsis del cerebro para establecer esta diferencia.

—¿Qué haríais si yo bajara por el peñasco? —pregunté sin esperar respuesta. Las preguntas hipotéticas siempre corrían la misma suerte que las temporales.

Esta vez respondió, sin embargo. Recobró la sonrisa seráfica y el semblante plácido y dijo suavemente:

—Si intentas bajar por el peñasco,

te tumbaremos en la hierba, cogeremos piedras afiladas, te cortaremos la garganta y esperaremos a que la sangre deje de manar y el corazón deje de latir.

No añadí nada. Me pregunté si él oía las palpitaciones de mi corazón en ese instante. Bueno, pensé, al menos ya no debes temer que te tomen por un dios. El silencio se prolongó. Al fin Alfa añadió otra frase que me dejó cavilante.

—Y si lo hicieras de nuevo, tendríamos que matarte otra vez.

Nos miramos largo rato; cada cual convencido, sin duda, de que el otro era un idiota.

Día 104:

Cada nueva revelación aumenta mi desconcierto.

La ausencia de niños me ha molestado desde mi primer día en la aldea. Al revisar mis notas, lo encuentro mencionado con frecuencia en las observaciones cotidianas que he dictado a mi comlog, pero no lo he registrado en esta miscelánea personal que denomino diario. Quizá las palpitaciones fueran demasiado siniestras.

Ante mis frecuentes y torpes intentos de desentrañar este misterio, los Tres Veintenas Más Diez han ofrecido sus explicaciones habituales. La persona

interrogada sonríe beatíficamente y responde con alguna incoherencia. En comparación, los balbuceos del peor idiota de aldea de la Red parecen aforismos de un sabio. Con frecuencia ni siquiera responden.

Un día estaba frente al que he llamado Delta. Me quedé allí hasta que tuvo que reconocer mi presencia.

—¿Por qué no hay niños? —pregunté.

—Somos los Tres Veintenas Más Diez —murmuró Delta.

—¿Dónde están los niños?

Ninguna respuesta, ningún intento de eludir la pregunta, sólo una expresión

vacía.

Cobré aliento.

—¿Quién es el más joven de vosotros?

Delta pareció cambiar en un intento por captar el concepto. Era demasiado. Me pregunté si los bikura habrían perdido el sentido del tiempo hasta tal extremo que todas mis preguntas estaban condenadas de antemano. Sin embargo, al cabo de un intervalo de silencio Delta señaló a Alfa, que estaba agazapado al sol, trabajando con su tosco telar manual.

—Allí está el último que regresó —indicó.

—¿Regresó? —repetí—. ¿De dónde?

Delta me miró sin ninguna emoción, ni siquiera impaciencia.

—Tú perteneces al cruciforme —alegó—. Debes conocer el camino de la cruz.

Asentí. Mi experiencia me indicaba que en este mundo encontraría uno de los muchos nudos ilógicos que a menudo descarriaban nuestros diálogos. Busqué un modo de seguir ese pequeño hilillo de información.

—Entonces Alfa —dije señalando— es el último que nació. Que regresó. ¿Pero... regresarán otros?

No estaba seguro de entender mi propia pregunta. ¿Cómo se pregunta acerca del nacimiento cuando el entrevistado no posee una palabra que signifique niño ni el concepto del tiempo? Pero Delta pareció entender. Asintió.

—Entonces, ¿cuándo nacerá el próximo de los Tres Veintenas Más Diez? —pregunté, entusiasmado—. ¿Cuándo regresará?

—Nadie puede regresar hasta que uno muera —explicó.

De pronto me pareció entender.

—Así que no nacerán..., nadie regresará hasta que uno muera —apunté

—. ¿Reemplazáis al ausente con otro para que el grupo siempre sume Tres Veintenas Más Diez?

Delta respondió con ese silencio que yo había llegado a interpretar como asentimiento.

El sistema parecía bastante claro. Los bikura se tomaban muy en serio lo de Tres Veintenas Más Diez. Mantenían la población de la tribu en setenta, el mismo número registrado en la lista de pasajeros de la nave que se había estrellado cuatrocientos años atrás. Aquí había pocas posibilidades de coincidencia. Cuando alguien moría, permitían que naciera un niño para

reemplazar al adulto. Simple.

Simple pero imposible. La naturaleza y la biología no funcionan con tanta pulcritud. Además del problema de población mínima, había otros absurdos. Aunque resulta difícil estimar la edad de estas personas de piel lampiña, es evidente que no hay una diferencia de más de diez años entre el mayor y el menor. Aunque actúan como niños, calculo que su edad media ronda los cuarenta años estándar. ¿Dónde están los ancianos? ¿Dónde están los progenitores, los tíos viejos y las tías solteronas? A este ritmo, la tribu entera llegará a la vejez casi de forma

simultánea. ¿Qué ocurre cuando todos rebasan la edad de procreación y llega el momento de reemplazar a los miembros de la tribu?

Los bikura llevan vidas aburridas y sedentarias. La tasa de accidentes —aunque vivan al borde de la Grieta— tiene que ser baja. No hay depredadores. Las variaciones por temporada son mínimas y la provisión de alimentos parece estable. Sin embargo, tuvo que haber momentos, en los cuatrocientos años de historia de este grupo desconcertante, en que las enfermedades causaron estragos, en que las lianas cedieron y algunos cayeron a la Grieta,

en que algo causó esa racha anormal de muertes repentinas que las compañías de seguros han temido desde tiempos inmemoriales.

Entonces, ¿qué? ¿Procrean para compensar la diferencia y luego vuelven a su conducta asexuada? ¿Los bikura son tan diferentes de cualquier otra sociedad humana estudiada que tienen un período de celo cada tantos años (acaso una vez por década) en toda su vida? Lo dudo.

Sentado en mi choza, considero las posibilidades. Una es que estas gentes sean muy longevas y puedan procrear durante casi toda su vida, con lo cual se posibilita el reemplazo de las bajas que

sufre la tribu. Pero esto no explica que tengan la misma edad. Por otra parte, no hay mecanismo que explique esa longevidad. Las mejores drogas contra la vejez que ofrece la Hegemonía sólo logran extender la vida activa poco más allá de los cien años estándar. Las medidas sanitarias preventivas han prolongado la vitalidad de la temprana madurez hasta cerca de los setenta años —mi edad—, pero, salvo por los transplantes clónicos, la bioingeniería y otros lujos para los muy ricos, nadie en la Red de Mundos acostumbra a tener familia a los setenta años ni espera festejar sus ciento diez años bailando. Si

comer raíces de chalma o respirar el aire puro de la Meseta del Piñón tuviera un efecto drástico en el retardo de la vejez, sin duda todos los habitantes de Hyperion estarían viviendo aquí, mascando chalma; este planeta habría tenido un teleyector hace siglos, y cada ciudadano de la Hegemonía con una tarjeta universal vendría aquí en las vacaciones y después de jubilarse.

No. Una conclusión más lógica es que los bikura tienen una longevidad normal y engendran hijos al ritmo normal, pero los matan a menos que se necesite un reemplazo. Quizá practiquen la abstinencia o el control de natalidad

—además de matar a los recién nacidos— hasta que todo el grupo alcanza cierta edad en que se necesitará sangre nueva. Un período de alumbramientos en masa explica la edad similar de los miembros de la tribu.

Pero ¿quién enseña a los pequeños? ¿Qué pasa con los padres y otras personas mayores? ¿Los bikura comunican los rudimentos de su elemental cultura y luego se dejan matar? ¿Esto sería una «muerte verdadera», el exterminio de toda una generación? ¿Los Tres Veintenas Más Diez matan a los individuos en ambos extremos de la curva de la edad?

Estas especulaciones son inútiles. Voy a enfurecerme con mi incapacidad para resolver los enigmas. Pensemos una estrategia y sigámosla, Paul. Muévete, jesuíta.

Problema: ¿Cómo diferenciar los sexos?

Solución: Convencer a estos pobres diablos de aceptar un examen médico, mediante la persuasión o la coerción. Averiguar a qué se debe el misterio de los roles sexuales y el tabú de la desnudez. Una sociedad que depende de años de rigurosa abstinencia sexual para el control demográfico sería coherente con mi nueva teoría.

Problema: ¿Por qué se empecinan en mantener la población de Tres Veintenas Más Diez con que comenzó la colonia de la nave perdida?

Solución: Sigue fastidiándolos hasta que lo averigües.

Problema: ¿Dónde están los niños?

Solución: Insiste y husmea hasta saberlo. Quizá la excursión nocturna a la pared del peñasco esté relacionada con esto. Tal vez allí estén los niños. O una pila de huesos pequeños.

Problema: ¿Qué es este asunto de «pertenecer al cruciforme» y el «camino de la cruz» sino un vestigio deformado de las creencias religiosas de los

colonos originales?

Solución: Averigua acudiendo a las fuentes. Ese descenso diario por el peñasco, ¿será de índole religiosa?

Problema: ¿Qué hay en la ladera del peñasco?

Solución: Baja a mirar.

Mañana, si se atienen a la costumbre, los setenta Tres Veintenas Más Diez irán a la arboleda para buscar provisiones durante varias horas. Esta vez no iré con ellos. Bajaré por la ladera.

Día 105:

0930 horas - Gracias, Señor, por permitirme ver lo que he visto hoy. Gracias, Señor, por traerme a este lugar en este momento para contemplar la prueba de Tu presencia.

1125 horas - ¡Edouard, Edouard! Tengo que regresar. Tengo que mostrar esto a todo el mundo.

He embalado todo lo que necesito y he guardado los discos y películas en un saco tejido con hojas de bestos. Tengo comida, agua, el máser con su carga cada vez más débil. Tienda. Túnica de dormir.

¡Ojalá no me hubieran robado las varas de deflexión!

Quizá los bikura las han guardado. No, registré las chozas y la arboleda. No les servirían de nada.

¡No importa! Me marcharé hoy, si puedo. Si no, lo antes posible.

¡Edouard! Lo tengo todo registrado en las películas y los discos.

1400... Hoy resulta imposible atravesar la selva flamígera. El humo me ahuyentó antes de llegar al linde de la zona activa. Regresé a la aldea y miré los holos. No hay error. El milagro es real.

1530... Los Tres Veintenas Más Diez regresarán en cualquier momento. ¿Y si lo averiguan? ¿Y si con sólo mirarme

comprenden que he estado allí?

Podría esconderme.

No, no es necesario ocultarse. Dios no me trajo hasta aquí y me permitió ver lo que he presenciado sólo para dejarme morir a manos de estos pobres niños.

Los Tres Veintenas Más Diez regresaron y fueron a sus chozas sin mirarme.

Estoy sentado en la puerta de mi cabaña y no puedo dejar de sonreír y reír y rezar. Antes me dirigí al borde de la Grieta, celebré misa y tomé la comunión. Los aldeanos ni siquiera se molestaron en mirar.

¿Cuándo podré marcharme? El

supervisor Orlandi y Tuk decían que la selva flamígera permanecía en plena actividad durante tres meses locales (ciento veinte días) y relativamente tranquila durante dos. Tuk y yo llegamos aquí el día 87...

No puedo esperar otros cien días para llevar la noticia al mundo..., a todos los mundos. Ojalá un deslizador afrontara el clima y la selva flamígera para rescatarme. Ojalá pudiera acceder a uno de los satélites de datos que sirven a las plantaciones.

Todo es posible. Más milagros ocurrirán.

2350... Los Tres Veintenas Más Diez

han bajado a la Grieta. El coro del viento nocturno eleva sus voces por doquier. ¡Ojalá estuviera con ellos ahora! Allá abajo.

Haré lo que más se le parece. Me arrodillaré cerca del borde y rezaré mientras las notas de órgano del planeta y el cielo cantan lo que ahora sé es un himno a un Dios presente y real.

Día 106:

Hoy desperté y la mañana lucía perfecta. El cielo era de color turquesa profundo, el sol era una gema afilada y sangrienta incrustada en él. Salí de la

choza mientras se despejaban las brumas, los árboles terminaban su parloteo matinal y el aire empezaba a entibiarse. Luego entré para ver mis cintas y discos.

Advierto que en mis entusiastas garrapateos de ayer no mencioné lo que descubrí en la ladera. Lo revelaré ahora. Tengo los discos, las películas las notas del comlog, pero siempre existe la posibilidad de que sólo encuentren este diario personal.

Bajé por el borde del peñasco alrededor de las 0730 horas de la mañana de ayer. Los bikura buscaban alimentos en la arboleda. El descenso

por las lianas parecía bastante sencillo —estaban anudadas para formar una especie de escala— pero cuando inicié el descenso el corazón me latía dolorosamente. Había tres mil abruptos metros hasta las rocas y el río. Constantemente aferré con fuerza por lo menos dos lianas y bajé lentamente, tratando de no mirar el abismo.

Tardé casi una hora en descender los ciento cincuenta metros que sin duda los bikura recorren en diez minutos. Al fin llegué a la curva de un alero. Algunas lianas caían al vacío, pero la mayoría se curvaban bajo la losa de roca hacia la pared del peñasco, treinta metros hacia

dentro. Aquí y allá, las lianas trenzadas formaban toscos puentes que quizá los bikura franquean casi sin ayuda de las manos. Me arrastré por esos manojos trenzados, aferrando otras lianas y murmurando plegarias que no repetía desde mi infancia. Miré adelante, tratando de olvidar que había una extensión de aire aparentemente infinita bajo esos oscilantes y crujientes manojos de materia vegetal.

A lo largo de la pared del peñasco se extendía un ancho saliente. Dejé el abismo a tres metros antes de bajar entre las lianas hasta la piedra que había dos metros y medio más abajo.

El saliente tenía cinco metros de anchura y terminaba a poca distancia al nordeste, donde colgaba la gran masa del alero. Seguí un sendero a lo largo del saliente hacía el sudoeste y avancé unos veinte pasos antes de detenerme, atónito. Era un sendero. Un sendero trazado en la piedra maciza. La pulida superficie era unos centímetros más baja que la roca circundante. Más adelante, donde el sendero descendía por un reborde curvo hasta un nivel inferior y más ancho, habían tallado escalones en la piedra, pero incluso éstos estaban tan gastados que se curvaban en el centro.

Me senté un instante para digerir el

impacto de este descubrimiento. Ni siquiera cuatro siglos de viaje cotidiano de los Tres Veintenas Más Diez podían explicar tamaña erosión en la roca. Alguien o algo había usado el sendero mucho antes de que los colonos de Bikura se estrellaran allí. Alguien o algo se había servido del sendero durante milenios.

Me levanté y reanudé la marcha. Había poco ruido excepto por la suave brisa que soplaba a lo largo de la Grieta de medio kilómetro de anchura. Percibí el murmullo del río.

El sendero viró a la izquierda para sortear un tramo de roca y terminó. Salí

a una ancha plataforma de piedra que descendía suavemente y miré sorprendido. Creo que me persigné sin pensarlo.

Como el saliente transcurría de norte a sur por un tramo de cien metros de roca, podía mirar al oeste, por un tajo de treinta kilómetros de Grieta, el cielo abierto donde terminaba la meseta. Comprendí enseguida que el sol poniente iluminaría la pared bajo el alero cada tarde. No me habría sorprendido que (en el solsticio de primavera o de otoño) el sol de Hyperion pareciera, visto desde allí, descender por la Grieta mientras los

bordes rojos rozaban las paredes de roca rosada.

Viré a la izquierda y observé la ladera del peñasco. El gastado sendero atravesaba el ancho saliente y conducía a puertas talladas en la piedra vertical. No, no eran meras puertas, sino portales con intrincados dibujos y exquisitos marcos y dinteles de piedra. A ambos lados de estas puertas gemelas se extienden anchas vidrieras coloreadas, que se elevan por lo menos veinte metros hacia el alero. Me acerqué para inspeccionar la fachada. La construyeron ensanchando la zona que había bajo el alero, tallando una pared abrupta y lisa

en el granito de la meseta, y luego cavando un túnel dentro de la ladera. Toqué los profundos pliegues de tallas ornamentales que rodeaban la puerta. Lisos. Todo estaba pulido, gastado y suavizado por el tiempo, incluso aquí, donde el alero protegía la construcción de la intemperie. ¿Cuántos miles de años hacía que este... templo... estaba tallado en la pared sur de la Grieta?

La vidriera no era de cristal ni de plástico, sino una sustancia gruesa y traslúcida que parecía tan dura como la piedra. La ventana no era un conjunto de paneles; los colores oscilaban y cambiaban como aceite en el agua.

Saqué la linterna de la mochila, toqué una de las puertas y vacilé cuando el alto portal se deslizó hacia el interior sin rechinar.

Entré en el vestíbulo (no hay otra palabra para describirlo), crucé el silencioso espacio de diez metros y me detuve frente a otra pared hecha del mismo material coloreado que aun ahora brillaba a mis espaldas, llenando el vestíbulo con una densa luz de cien matices sutiles.

Advertí al instante que a la hora del poniente los rayos directos del sol llenarían la sala con franjas de color increíblemente intenso, teñirían la

vidriera e iluminarían lo que había más allá.

Encontré la única puerta, delineada por un metal delgado y oscuro incrustado en la piedra de color, y la atravesé.

En Pacem, a partir de antiguas fotos y holos, reconstruimos la basílica de San Pedro tal como se erguía en el antiguo Vaticano. De doscientos metros de longitud y ciento cincuenta metros de anchura, la iglesia puede albergar a cincuenta mil acólitos cuando Su Santidad celebra misa. Nunca ha habido más de cinco mil fieles allí, ni siquiera cuando el Consejo de Obispos de Todos

los Mundos está en asamblea cada cuarenta y tres años. En el ábside central, cerca de nuestra copia del Trono de San Pedro de Bernini, la gran cúpula se eleva más de ciento treinta metros sobre el suelo del altar. Es un lugar imponente.

Este lugar era más grande.

En la penumbra encendí la linterna para cerciorarme de que estaba en una sola habitación, una sala gigantesca excavada en la roca viva. Estimé que las lisas paredes se elevaban hasta un techo que debía de estar sólo a pocos metros bajo la superficie del peñasco donde los bikura habían instalado las chozas. Aquí

no había adornos ni muebles, ninguna concesión a la forma o la función excepto el objeto que se erguía en el centro de esta sala enorme, cavernosa y reverberante.

En medio de la gran sala se alzaba un altar —una losa de cinco metros cuadrados de piedra—, y en este altar se erguía una cruz.

De cuatro metros de altura y tres de anchura, tallada en el viejo estilo de los ornamentados crucifijos de Vieja Tierra, la cruz miraba la pared de color como si aguardara el sol y la explosión de luz que inflamaría los diamantes, zafiros, cristales de sangre, cuentas de

lapislázuli, lágrimas de reina, ónices y otras piedras preciosas que yo distinguía gracias a la luz de la linterna.

Me arrodillé y oré. Apagué la linterna, esperé varios minutos hasta que mis ojos discernieron la cruz en la luz turbia y humosa. Éste era sin duda el cruciforme de que hablaban los bikura. Había estado allí miles de años, quizá decenas de miles, mucho antes de que la humanidad abandonara Vieja Tierra. Sin duda, antes de que Cristo predicara en Galilea.

Recé.

Hoy me siento a la luz del sol después de revisar los holodiscos. He

confirmado lo que apenas advertí durante mi regreso por la ladera, tras descubrir lo que ahora llamo la «basílica». En el saliente externo de la basílica hay escalones que descienden aún más en la Grieta. Aunque no están tan gastados como los que conducen a la basílica, son igualmente llamativos. Sólo Dios sabe qué otras maravillas aguardan abajo.

¡Debo comunicar este hallazgo a los mundos!

Capto perfectamente la ironía de ser yo quien lo haya descubierto. Si no hubiera sido por Armaghast y mi exilio, este hallazgo pudo haber tardado siglos.

La Iglesia habría languidecido antes de que esta revelación le insuflara nueva vida.

Pero lo he descubierto. De un modo u otro, partiré o daré a conocer el mensaje.

Día 107:

Soy un prisionero.

Esta mañana me bañaba en el sitio habitual, cerca de donde el arroyo cae por el borde del peñasco, cuando oí un ruido y al volverme he visto al bikura que llamo Delta, mirándome con ojos de asombro. Lo saludé, pero el pequeño

bikura dio media vuelta y echó a correr. Era desconcertante. Rara vez se dan prisa. Entonces comprendí que, aunque llevaba pantalones, sin duda había violado el tabú al permitir que Delta me viera el torso desnudo.

Sonreí, sacudí la cabeza, me terminé de vestir y regresé a la aldea. Si hubiera sabido lo que me esperaba, no habría estado de tan buen humor.

Todos los Tres Veintenas Más Diez me observaban. Me detuve a varios pasos de Alfa.

—Buenas tardes —saludé.

Alfa hizo una seña y media docena de bikura se abalanzaron sobre mí, me

aferraron brazos y piernas y me tumbaron en el suelo. Beta se adelantó y sacó una piedra afilada de la túnica. Mientras yo luchaba en vano para zafarme, Beta me rasgó la ropa y apartó los jirones hasta dejarme desnudo.

Dejé de forcejear mientras la turba se acercaba. Observaron mi pálido cuerpo y murmuraron. El corazón me palpitaba con fuerza.

—Lamento haber ofendido vuestras leyes —balbucí—, pero no hay razones...

—Silencio —ordenó Alfa, y le habló al bikura alto con la cicatriz en la palma, el que yo llamo Zed—. No es del

cruciforme.

Zed asintió.

—Dejadme explicar —intenté de nuevo, pero Alfa me silenció con un bofetón que me partió el labio y me hizo vibrar los oídos. Este acto no manifestaba más hostilidad de la que yo hubiera demostrado silenciando un comlog al mover el interruptor.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Alfa.

—Los que no siguen la cruz deben morir la muerte verdadera —sentenció Beta, y la multitud avanzó. Muchos empuñaban piedras afiladas—. Los que no son del cruciforme deben morir la

muerte verdadera —añadió, con el tono de complaciente contundencia propio de las fórmulas repetidas y las letanías religiosas.

—¡Yo sigo la cruz! —exclamé mientras la multitud me obligaba a levantarme. Cogí el crucifijo que me colgaba del cuello y luché contra la presión de muchos brazos. Al fin logré alzar la pequeña cruz.

Alfa levantó la mano y la multitud se aplacó. En el repentino silencio oí el río, tres kilómetros más abajo en la Grieta.

—Lleva una cruz —señaló Alfa.

—¡Pero no es del cruciforme! —

insistió Delta—. Yo lo vi. No es como pensábamos. ¡No es del cruciforme! —espetó con voz colérica.

Maldije mi descuido y mi estupidez. El futuro de la iglesia dependía de mi supervivencia y había arruinado ambas cosas por creer que los bikura eran niños tontos e inofensivos.

—Los que no siguen el camino de la cruz deben morir la muerte verdadera —repitió Beta. Era una sentencia definitiva.

Setenta manos alzaron piedras. Yo grité, consciente de que era mi última oportunidad o mi condena final:

—¡Bajé por la ladera y adoré en

vuestro altar! ¡Sigo la cruz!

Alfa y la turba titubearon. Noté que procuraban asimilar este nuevo pensamiento. No les resultaba fácil.

—Sigo la cruz y deseo ser del cruciforme —dije, procurando mantener la calma—. Estuve en vuestro altar.

—Los que no siguen la cruz deben morir la muerte verdadera —prorrumpió Gamma.

—Pero él sigue la cruz —objeto Alfa—. Ha rezado en la sala.

—No es posible —alegó Zed—. Los Tres Veintenas Más Diez rezan allí y él no es de los Tres Veintenas Más Diez.

—Antes de esto sabíamos que él no

es de los Tres Veintenas Más Diez —dijo Alfa, frunciendo el ceño al enfrentar el concepto de pasado.

—No es del cruciforme —manifestó Delta-dos.

—Los que no son del cruciforme deben morir la muerte verdadera —subrayó Beta.

—El sigue la cruz —insistió Alfa—. ¿Cómo puede no pertenecer al cruciforme?

Se armó un alboroto. En la confusión y la algarabía luché contra las manos que me aferraban, pero no me soltaron.

—No es de los Tres Veintenas Más Diez y no es del cruciforme —pregonó

Beta, con mayor desconcierto que hostilidad—. ¿Cómo no ha de morir la muerte verdadera? Debemos coger las piedras y abrirle la garganta para que la sangre mane hasta que se le pare el corazón. No es del cruciforme.

—Sigue la cruz —repitió Alfa—. ¿No puede pertenecer al cruciforme?

Esta vez un silencio siguió a la pregunta.

—El sigue la cruz y ha rezado en la sala del cruciforme —continuó Alfa—. No debe morir la muerte verdadera.

—Todos mueren la muerte verdadera —dijo un cruciforme a quien no reconocí. Me dolían los brazos por el

esfuerzo de sostener el crucifijo en alto —. Excepto los Tres Veintenas Más Diez —terminó el bikura anónimo.

—Porque siguieron la cruz, rezaron en la sala y pertenecieron al cruciforme —explicó Alfa—. ¿No debe él, pues, pertenecer al cruciforme?

Aferrando el frío metal de la pequeña cruz, esperé el veredicto. Tenía miedo de morir, desde luego, pero mi mente había cobrado distancia. Mi mayor pena era no poder comunicar la existencia de la basílica a un universo incrédulo.

—Venid, hablaremos de esto —propuso Beta al grupo, y me arrastraron

consigo mientras regresaban en silencio a la aldea.

Me han encerrado en mi choza. No tuve oportunidad de manotear el máser de caza; varios de ellos me aferraban mientras vaciaban la choza y se apoderaban de mis pertenencias. Se llevaron mi ropa y sólo me dejaron una de sus toscas túnicas para cubrirme.

Cuanto más espero, más furioso y angustiado me siento. Se han llevado el comlog, el grabador de imágenes, los discos, los chips... todo. Me han dejado sólo una caja con equipos de diagnóstico médico, pero eso no me ayudará a documentar el milagro de la

Grieta. Si destruyen las cosas que han tomado —y luego me destruyen a mí—, se perderá toda la documentación acerca de la basílica.

Si dispusiera de un arma, mataría a los guardias y...

Oh Dios, ¿qué estoy pensando? Edouard, ¿qué debo hacer?

Incluso si lograra sobrevivir y llegar a Keats para regresar a la Red, ¿quién me creería? Tras nueve años de ausencia en Pacem a causa de la deuda temporal provocada por el salto cuántico..., sólo un viejo que vuelve con las mismas mentiras por las cuales lo exiliaron...

Oh Dios, si destruyen los datos, que

también me destruyan a mí.

Día 110:

Después de tres días, han decidido mi destino.

Zed y el que llamo Theta-Prima vinieron a buscarme poco después del mediodía. Parpadeé cuando me llevaron a la luz. Los Tres Veintenas Más Diez formaban un amplio semicírculo cerca del borde del peñasco. Esperaba que me arrojaran por ese borde del peñasco. Entonces descubrí la fogata.

Yo suponía que los bikura eran tan primitivos que habían olvidado el arte

de encender y utilizar el fuego. No se calentaban con fuego y las chozas siempre estaban oscuras. Nunca los había visto cocinar, ni siquiera cuando comían el cuerpo de un arbóreo. Pero aquella fogata ardía con fuerza y sólo ellos podían haberla encendido. Miré para averiguar con qué alimentaban las llamas.

Quemaban mi ropa, el comlog, las notas de campo, las cintas, los chips de vídeo, los discos de datos, el grabador de imágenes... todo lo que contenía información. Grité, traté de arrojarme al fuego, proferí insultos que no usaba desde mis días callejeros de la infancia.

No me prestaron atención.

Al fin Alfa se me acercó.

—Serás del cruciforme —murmuró.

No me importó. Me llevaron de vuelta a mi choza, donde sollocé una hora. No hay guardia en la puerta. Hace poco me asomé y pensé en correr hacia la selva flamígera. Luego se me ocurrió lanzarme hacia la Grieta, un procedimiento más breve pero no menos fatal.

No hice nada.

El sol se pondrá dentro de un rato. Los vientos ya ululan. Pronto. Pronto.

Día 112:

¿Sólo han transcurrido dos días? Ha parecido una eternidad.

Esa cosa no salió esta mañana. No salió.

Tengo frente a mí el panel del escáner médico, pero aún no lo creo. Sin embargo, es cierto. Ahora soy del cruciforme.

Vinieron a buscarme antes del ocaso. Todos. No me resistí mientras me conducían al borde de la Grieta. En las lianas eran más ágiles de lo que yo creía. Yo los retrasaba pero se mostraron pacientes y me indicaban los sitios más fáciles, la ruta más rápida.

El sol de Hyperion había caído por debajo de las nubes y se veía por encima de la ladera del oeste mientras nos acercábamos a la basílica. La canción del viento sonaba más fuerte de lo que yo había previsto; parecía atrapada entre los tubos de un gigantesco órgano de iglesia. Las notas empezaban con gruñidos graves que se agudizaban hasta hacerme rechinar los huesos y los dientes, chillidos penetrantes que llegaban fácilmente al ultrasónico.

Alfa abrió las puertas exteriores y atravesamos la antecámara para entrar en la basílica central. Los Tres Veintenas Más Diez formaron un ancho

círculo alrededor del altar y la alta cruz. No hubo letanías. No se alzaron cantos. No se celebró ninguna ceremonia. Nos limitamos a guardar silencio mientras el viento rugía a través de las huecas columnas y reverberaba en la gran sala vacía tallada en piedra: reverberó y retumbó y cobró volumen hasta que me vi obligado a taparme los oídos con las manos. Entre tanto, los horizontales rayos del sol bañaban la sala con intensos tonos de ámbar, oro, lapislázuli y de nuevo ámbar, colores tan profundos que la luz espesaba el aire y se adhería a la piel como pintura. La cruz recibió esta luminosidad y la sostuvo en cada

una de sus mil piedras preciosas, reteniéndola incluso después de ponerse el sol, cuando las ventanas cobraron un desleído gris crepuscular. Era como si el gran crucifijo hubiera absorbido la luz y la irradiara hacia nosotros, hacia nuestro interior. Luego incluso la cruz quedó a oscuras y los vientos murieron en la repentina penumbra.

—Traedlo —murmuró Alfa.

Salimos al ancho saliente de piedra y Beta estaba allí con antorchas. Mientras Beta las repartía entre algunos escogidos, me pregunté si los bikura usaban el fuego sólo con propósitos rituales. Luego Beta encabezó la marcha

y descendimos por la estrecha escalera tallada en la piedra.

Al principio avancé aterrado, aferrando la roca lisa y buscando protuberancias vegetales o minerales. A nuestra derecha, el precipicio era tan abrupto y profundo que rayaba en lo absurdo. Bajar la antigua escalera era peor que aferrarse a las lianas de arriba. Aquí tenía que mirar hacia abajo cada vez que apoyaba el pie en los reducidos y gastados escalones. Un resbalón y una caída primero me parecieron probables, luego inevitables.

Quería detenerme para regresar a la seguridad de la basílica, pero la

mayoría de los Tres Veintenas Más Diez me seguían en la angosta escalera y no parecían dispuestos a cederme el paso. Además, mi curiosidad por averiguar qué había al pie de la escalera podía más que el miedo. Me detuve el tiempo suficiente para mirar el labio de la Grieta, trescientos metros más arriba, y advertí que habían desaparecido las nubes y despuntado las estrellas, la danza nocturna de estelas meteóricas brillaba contra el cielo negro. Bajé la cabeza, murmuré el rosario y seguí la luz de las antorchas y a los bikura hacia las traicioneras profundidades.

No podía creer que la escalera nos

llevara hasta el pie de la Grieta, pero así era. Cuando, poco después de medianoche, comprendí que bajaríamos hasta el nivel del río, estimé que llegaríamos al mediodía del día siguiente, pero no fue así.

Llegamos al pie de la Grieta antes del amanecer. Las estrellas aún brillaban en el fragmento de cielo recortado entre las paredes rocosas que se elevaban a imposible distancia en ambos flancos. Agotado, bajando con cautela, advertí que no había más escalones y miré hacia arriba; me pregunté estúpidamente si las estrellas seguían visibles a la luz del día, como

cuando una vez bajé a un pozo de agua en mi infancia de Villefranche-sur-Saóne.

—Aquí —indicó Beta. Era la primera palabra pronunciada en muchas horas y apenas se oía sobre el rugido del río. Los Tres Veintenas Más Diez se detuvieron donde estaban y quedaron inmóviles. Caí de rodillas y rodé a un lado. Me sería imposible subir esa escalera que acabábamos de bajar. No en el mismo día. Ni en la misma semana. Tal vez nunca. Cerré los ojos para dormir, pero el opaco combustible de la tensión nerviosa continuaba ardiendo en mi interior. Miré el suelo de la

hondonada. El río era más ancho de lo que había previsto, al menos setenta metros, y el ruido resultaba sobrecogedor como el bramido de una gran fiera.

Me senté y contemplé el retazo de oscuridad en la pared de enfrente. Era una sombra más oscura que las sombras, más regular que el perfil escabroso de almenas, rendijas y columnas que salpicaban la ladera del peñasco. Era un cuadrado perfecto de oscuridad, de al menos treinta metros de lado. Una puerta o agujero en la pared de roca. Me levanté con esfuerzo y observé río abajo a lo largo de la pared por donde

habíamos bajado; sí, allí estaba. La otra entrada, la entrada hacia donde enfilaban Beta y los demás, apenas resultaba visible bajo la luz de las estrellas.

Había encontrado la entrada de un laberinto de Hyperion.

«¿Sabía usted que Hyperion es uno de los nueve mundos laberínticos?», me había preguntado alguien en la nave de descenso. Sí, era el joven sacerdote llamado Hoyt. Yo asentí sin darle importancia. Me interesaban los bikura —y el dolor que me infligiría el exilio — más que los laberintos y sus constructores.

Nueve mundos tienen laberintos. Nueve entre ciento setenta y seis mundos de la Red y otros doscientos planetas coloniales y protectorados. Nueve mundos entre ocho mil planetas explorados, siquiera superficialmente, desde la Hégira. Ciertos arqueohistoriadores planetarios dedican la vida al estudio de los laberintos. Yo no. Siempre me ha parecido un tema estéril y vagamente irreal.

Ahora caminaba hacia uno de ellos con los Tres Veintenas Más Diez mientras el río Kans rugía, vibraba y amenazaba apagar las antorchas con su espuma. Los laberintos fueron tallados,

excavados, creados hace más de setecientos cincuenta mil años estándar. Los detalles eran inevitablemente los mismos, los orígenes quedaban inevitablemente irresueltos.

Los mundos laberínticos siempre se parecen a la Tierra, al menos hasta 7,9 en la escala Solmev, e invariablemente giran en torno de una estrella tipo G. Sin embargo son tectónicamente inactivos, más semejantes a Marte que a Vieja Tierra. Los túneles son profundos —no menos de diez kilómetros, y a veces treinta— y forman una catacumba en la corteza del planeta. En Svoboda, a poca distancia del planeta de Pacem, se han

explorado más de ochocientos mil kilómetros de laberinto con sondas. La entrada de los túneles está formada por un cuadrado de treinta metros de lado. Se tallaron con una tecnología que la Hegemonía aún no domina. Una vez leí en una publicación arqueológica que Kemp-Holtzer y Weinstein habían postulado un «excavador de fusión» que explicaría la lisura de las paredes y la falta de escombros, pero la teoría no explicaba el origen de los constructores ni sus máquinas, ni por qué habían dedicado siglos a una labor de ingeniería al parecer inútil. Se ha sondeado e investigado cada mundo

laberíntico, incluído Hyperion. No hay indicios de maquinaria, ni cascos de minero oxidados, ni un solo fragmento de plástico destruido ni envoltorios de estimulantes en descomposición. Los investigadores ni siquiera han logrado identificar los pasajes de entrada y salida. Ningún indicio de metales pesados o preciosos ha bastado para explicar un esfuerzo tan descomunal. No ha sobrevivido ninguna leyenda ni artefacto de los Constructores de los Laberintos. El misterio me había intrigado un poco a lo largo de los años, pero nunca me había apasionado. Hasta ahora.

Entramos por la boca del túnel. No era un cuadrado perfecto. La erosión y la gravedad habían transformado el túnel perfecto en una caverna tosca durante cien metros. Beta se detuvo allí donde el suelo del túnel se volvía liso y apagó la antorcha. Los demás bikura lo imitaron.

Estaba muy oscuro. El túnel había virado e impedía el paso a la luz de las estrellas. Yo había estado en cavernas y no esperaba que los ojos se me adaptasen a esa profunda oscuridad con las antorchas apagadas. Pero lo hicieron.

Poco después percibí un fulgor rosado, opaco al principio, luego cada

vez más brillante, hasta que la caverna resplandeció aún más que el cañón, aún más que Pacem bajo el fulgor de su trinidad de lunas. La luz procedía de cien puntos, mil puntos. Distinguí la índole de aquellas fuentes luminosas cuando los bikura se arrodillaron con reverencia.

Las paredes y el techo de la caverna estaban incrustadas de cruces cuyo tamaño iba desde unos pocos milímetros hasta un metro de longitud. Todas fulguraban con un intenso brillo rosado. Invisibles a la luz de las antorchas, esas cruces refulgentes inundaban de luminosidad el túnel. Me acerqué a la

que estaba incrustada en la pared más cercana. De treinta centímetros de ancho, palpitaba con un fulgor suave y orgánico. No era algo tallado en la piedra ni pegado a la pared; era algo orgánico, vivo, semejante a un coral suave. Resultaba ligeramente tibio al tacto.

Hubo un largo susurro —no, no un susurro, quizás una turbación en el aire fresco— y me volví a tiempo para ver que algo entraba en la cámara.

Los bikura aún estaban arrodillados, las cabezas gachas. Permanecí de pie, sin apartar la mirada de la criatura que se movía entre los bikura arrodillados.

Aunque tenía contorno de hombre, no era humana.

Medía al menos tres metros de alto. Incluso cuando se detenía, su superficie plateada parecía fluir como mercurio suspendido en el aire. El fulgor rojo de las cruces incrustadas en las paredes del túnel se reflejaban en superficies agudas y relucía sobre las hojas de metal curvo que sobresalían de la frente de la criatura, las cuatro muñecas, los codos extrañamente articulados, las rodillas, la espalda acorazada y el tórax. Se deslizaba entre los bikura arrodillados, y cuando extendió los cuatro largos brazos, las manos tendidas pero con los

dedos chasqueando como escalpelos de cromo, evoqué absurdamente a Su Santidad al ofrecer su bendición a los fieles de Pacem.

Sin duda era el legendario Alcaudón.

En ese momento debí de moverme o hacer ruido, pues grandes ojos rojos se volvieron hacia mí y me encontré hipnotizado por la luz que danzaba en esos prismas multifacéticos: no sólo reflejaban la luz sino que un brillo feroz, brillante como la sangre, ardía dentro del espinoso cráneo de la criatura y palpitaba en las terribles gemas donde Dios quiso que hubiera ojos.

Luego se movió. Mejor dicho, no se movió sino que dejó de estar allí para aparecer aquí, a menos de un metro, y sus brazos articulados me encerraron en una afilada presa de acero líquido. Jadeando, pero incapaz de respirar, vi mi propio reflejo, la cara blanca y deforme, bailando sobre la superficie del casco metálico y los ojos ardientes de esa cosa.

Confieso que sentí algo más cercano a la exaltación que al miedo. Algo inexplicable estaba ocurriendo. Formado en la lógica jesuita y templado en el frío baño de la ciencia, en ese instante comprendí a pesar de todo la

antigua obsesión de los temerosos de Dios por otra especie de miedo: la excitación del exorcismo, el aturdido torbellino de la posesión derviche, el ritual de títeres del Tarot, la entrega casi erótica de la sesión espiritista, el hablar en lenguas desconocidas y el trance del gnosticismo Zen. Comprendí en ese instante con qué certeza la afirmación de los demonios o la convocatoria de Satán puede afirmar la realidad de su antítesis mística, el Dios de Abraham.

Sin pensar esto, sino sintiéndolo, esperé el abrazo del Alcaudón con el imperceptible temblor de una novia virginal.

Desapareció.

No hubo estruendo, ni repentino olor a azufre, ni siquiera una científicamente atinada ráfaga de aire. Esa cosa estaba allí rodeándome con la bella certidumbre de una muerte segura, y un instante después se había esfumado.

Aturdido, parpadeé mientras Alfa se levantaba para acercarse a mí en aquella penumbra con colores del Bosco. Se situó donde se había detenido el Alcaudón, con los brazos extendidos en un patético remedo de la mortal perfección que yo había presenciado, pero en la blanda cara bikura de Alfa no había indicios de que hubiera visto a la

criatura. Abrió la mano en un gesto torpe que parecía incluir el laberinto, la pared de la caverna y las cruces refulgentes.

—Cruciforme —dijo Alfa. Los Tres Veintenas Más Diez se levantaron, se aproximaron y se arrodillaron de nuevo. Les miré las caras plácidas bajo la luz tenue y también me arrodillé—. Seguirás la cruz todos tus días —continuó Alfa, con la cadencia de una letanía. Los demás bikura repitieron la afirmación en una salmodia—. Serás del cruciforme todos tus días —sentenció Alfa, y mientras los demás repetían esto extendió la mano y extrajo un pequeño cruciforme de la pared de la caverna.

Tenía sólo doce centímetros de largo y salió de la pared con un chasquido blando. El fulgor se esfumó ante mis propios ojos. Alfa extrajo una pequeña correa de la túnica, la sujetó en pequeñas protuberancias de la parte superior del cruciforme y situó la cruz encima de mi cabeza—. Serás del cruciforme ahora y para siempre.

—Ahora y para siempre —repitieron los bikura.

—Amén —susurré.

Beta me indicó que me abriera la túnica. Alfa bajó la pequeña cruz para colgármela del cuello. Su contacto era fresco; el dorso se notaba plano y liso.

Los bikura se levantaron y enfilaron hacia la entrada de la caverna, al parecer de nuevo apáticos e indiferentes. Los miré partir y luego toqué la cruz con cautela, la alcé y la inspeccioné. El cruciforme era frío, inerte. Si segundos antes vivía, ahora no mostraba indicios de ello. Se parecía más al coral que al cristal o la roca; no había rastros de material adhesivo en el dorso liso. Especulé acerca de los efectos fotoquímicos que creaban esa luminiscencia. Especulé sobre fósforos naturales, bioluminiscencias y la posibilidad de que la evolución formara tales cosas. Especulé acerca de las

relaciones entre su presencia y el laberinto, y acerca de los milenios necesarios para levantar aquella meseta de tal modo que el río y el cañón atravesaran uno de los túneles. Especulé acerca de la basílica y sus constructores, acerca de los bikura y el Alcaudón y yo mismo. Por fin dejé de especular y cerré los ojos para rezar.

Cuando salí de la caverna, con el frío cruciforme bajo la túnica, los Tres Veintenas Más Diez estaban dispuestos a iniciar el ascenso de tres kilómetros por la escalera. Al alzar la mirada, descubrí un fragmento de cielo matinal entre las paredes de la Grieta.

—¡No! —exclamé, la voz casi inaudible por el rugido del río—. Necesito descanso. ¡Descanso! —Caí de rodillas en la arena pero varios bikura se acercaron, me levantaron suavemente y me condujeron a la escalera.

Lo intenté —el Señor sabe que lo intenté—, pero al cabo de dos o tres horas de ascenso sentí que se me aflojaban las piernas y me desmoroné, deslizándome por la escalera sin poder detener mi caída de seiscientos metros hacia las rocas y el río. Recuerdo que aferré el cruciforme bajo la gruesa túnica y que varias manos detuvieron mi caída, me alzaron, me llevaron. Luego

no recuerdo más.

Hasta esta mañana. Cuando desperté, el amanecer derramaba luz por la puerta de mi choza. Sólo llevaba la túnica y el tacto me confirmó que el cruciforme aún colgaba de la fibrosa correa. Mientras el sol se elevaba sobre la selva, comprendí que había perdido un día, que había dormido no sólo durante el ascenso por aquella interminable escalera (¿cómo podían esos hombrecillos cargarme durante dos kilómetros y medio de ascenso vertical?), sino durante el siguiente día y su noche.

Miré alrededor. Mi comlog y otros artefactos habían desaparecido. Sólo

quedaban el escáner médico y algunos paquetes de software antropológico, inútiles por la destrucción del resto del equipo. Sacudí la cabeza y fui a bañarme al arroyo.

Los bikura parecían estar durmiendo. Ahora que yo había participado en el ritual y «pertenecía al cruciforme», no mostraban interés en mí. Mientras me desnudaba para bañarme, decidí no preocuparme por ellos. Decidí que partiría en cuanto me hubiera recuperado. Hallaría un modo de sortear la selva flamígera si era necesario. Podía bajar la escalera y seguir el Kans en caso preciso. Tenía que transmitir al

mundo exterior la noticia de aquellos milagrosos artefactos.

Me quité la gruesa túnica, tirité bajo la luz matutina y traté de levantar el pequeño cruciforme.

No salía.

Se quedó allí como si formara parte de mi pecho. Tiré, raspé y moví la correa hasta que se partió y se cayó. Me palpé el bulto cruciforme que tenía en el pecho. No salía. Era como si mi carne se hubiera cerrado sobre los bordes del cruciforme. Salvo por mis arañazos, no había dolor ni sensaciones físicas en el cruciforme ni en la carne circundante, sólo pánico puro en mi alma ante la idea

de tener pegada esa cosa. Cuando se aplacó el primer arrebato de miedo, me senté un instante y me apresuré a ponerme la túnica para regresar a la aldea.

Habían desaparecido mi cuchillo, el máser, las tijeras, la navaja... todo lo que me habría ayudado a quitarme aquel engendro del pecho. Mis uñas dejaron rastros sangrientos sobre la roja roncha y mi pecho, leí el visor del panel, sacudí la cabeza incrédulamente y me hice un examen de todo el cuerpo. Al cabo de un rato solicité copias de los resultados del examen y permanecí inmóvil un largo rato.

Ahora estoy sentado con las placas en la mano. El cruciforme es bien visible en los sondeos sónicos y las imágenes de corte transversal, así como las fibras internas que se expanden como delgados tentáculos, como raíces, por mi cuerpo.

Encima del esternón, un núcleo grueso irradia ganglios excedentes hacia una maraña de filamentos, una pesadilla de nemátodos. Por lo que puedo discernir con mi sencillo escáner de campo, los nemátodos terminan en las amígdalas y otros ganglios basales de cada hemisferio cerebral. Mi temperatura, metabolismo y nivel de

linfocitos son normales. No se aprecia invasión de tejido extraño. Según el escáner, los filamentos nematódicos son el resultado de una extensa pero simple metástasis. De acuerdo con el escáner, el cruciforme está compuesto de tejido conocido... el ADN es mío.

Soy del cruciforme.

Día 116:

Cada día recorro los confines de mi jaula: la selva flamígera al sur y al este, las gargantas boscosas al nordeste, la Grieta al norte y al oeste. Los Tres Veintenas Más Diez no me dejan bajar

más allá de la basílica. El cruciforme no me permite alejarme más de diez kilómetros de la Grieta.

Al principio no podía creerlo. Había resuelto entrar en la selva flamígera, confiando en la suerte y la ayuda de Dios. Pero no había avanzado más de dos kilómetros por la arboleda cuando me oprimió un dolor en el pecho, los brazos y la cabeza. Pensé que sufría un ataque cardíaco masivo. Pero cuando regresé hacia la Grieta, los síntomas cesaron. Experimenté durante un tiempo y los resultados fueron invariablemente los mismos. Cada vez que me aventuraba en la selva flamígera, lejos

de la Grieta, el dolor volvía y se agudizaba hasta que yo emprendía el regreso.

Empecé a entender otras cosas. Ayer descubrí las ruinas de la nave seminal originaria mientras exploraba el norte. Sólo quedaba chatarra oxidada y cubierta de vegetación entre las rocas del linde de la selva flamígera, cerca de la garganta.

Pero, agazapado entre el expuesto esqueleto metálico de la antigua nave, imaginé el regocijo de los setenta supervivientes, su breve viaje a la Grieta, el descubrimiento de la basílica y... ¿y qué? Las conjeturas son vanas,

pero las sospechas permanecen. Mañana intentaré otro examen físico de un bikura. Quizá lo permitan ahora que soy «del cruciforme».

Cada día me someto a un examen médico. Los nematodos permanecen, quizá más densos, quizá no.

Estoy convencido de que son parasitarios, aunque mi cuerpo no revela indicios de ello. Me miro la cara en una laguna, cerca de la cascada, y veo sólo ese mismo semblante largo y viejo al que he cobrado aversión en años recientes. Esta mañana, mientras contemplaba mi imagen en el agua, abrí la boca, pensando que descubriría

filamentos grises y glóbulos de nemátodos creciendo desde el paladar y la garganta. No había nada.

Día 117:

Los bikura son asexuados. Ni célibes ni hermafroditas ni atrofiados. Asexuados. Carecen de genitales externos o internos, tanto como un muñeco de juguete. No hay pruebas de que el pene, los testículos o sus equivalentes femeninos se hayan atrofiado o alterado quirúrgicamente. No hay señas de que jamás hayan existido. La orina circula por una uretra

primitiva que termina en una pequeña cámara contigua al ano, una especie de tosca cloaca.

Beta me permitió examinarlo. El escáner médico confirmó lo que mis ojos se negaban a creer. Delta y Theta también accedieron a ser examinados. No tengo dudas de que los demás Tres Veintenas Más Diez son igualmente asexuados. No hay indicios de que los hayan... alterado. Se diría que todos nacieron así..., pero ¿cómo eran sus padres? ¿Y cómo se reproducen estos asexuados terrones de arcilla humana? Debe de estar relacionado de algún modo con el cruciforme.

Cuando terminé los exámenes, me desnudé y me estudié. El cruciforme crece desde el pecho como un tejido cicatricial rosado, pero todavía soy un hombre.

¿Por cuánto tiempo?

Día 133:

Alfa ha muerto.

Yo lo acompañaba hace tres mañanas cuando se cayó. Estábamos tres kilómetros al este, buscando tubérculos de chalma en las grandes rocas del borde de la Grieta. Había llovido los dos últimos días y las rocas estaban

resbaladizas. Mientras yo tambaleaba, vi que Alfa perdía el equilibrio, patinaba por una ancha losa de piedra y caía al precipicio. No gritó. El único sonido lo produjo la túnica al rozar contra la roca, seguido varios segundos después por el estremecedor ruido de melón partido de su cuerpo, que se estrelló contra un saliente ochenta metros más abajo.

Tardé una hora en hallar un camino para llegar a él. Incluso antes de iniciar el penoso descenso, comprendí que era demasiado tarde para ayudarlo. Pero era mi deber.

El cuerpo de Alfa estaba suspendido

entre dos rocas grandes. Debió de morir instantáneamente, tenía los brazos y las piernas astilladas y el lado derecho del cráneo aplastado. La sangre y el tejido cerebral se adherían a la roca húmeda como las sobras de una triste merienda. Lloré ante el pequeño cuerpo. No sé por qué lloré, pero mientras lo hacía administré la extremaunción y rogué a Dios que aceptara el alma de aquella pobre criatura sin sexo. Luego envolví el cuerpo en lianas, trepé penosamente los ochenta metros de peñasco y —jadeando de agotamiento— alcé el cuerpo destrozado.

Los bikura demostraron poco interés

cuando llevé el cuerpo de Alfa a la aldea. Al final Beta y algunos otros se acercaron a mirar el cadáver con indiferencia. Nadie preguntó cómo había muerto. Al cabo de un rato la pequeña multitud se dispersó.

Llevé el cuerpo de Alfa hasta el promotorio donde había enterrado a Tuk muchas semanas atrás.

Estaba cavando la tumba con una piedra chata cuando apareció Gamma. El bikura abrió los ojos y sólo por un instante una emoción pareció cruzar los blandos rasgos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gamma.

—Enterrándolo. —Estaba cansado para añadir más. Me apoyé en una gruesa raíz de chalma para descansar.

—No —ordenó Gamma—. Él es del cruciforme.

Me quedé mirando mientras Gamma daba media vuelta y regresaba deprisa a la aldea. Cuando el bikura se marchó, alcé la tosca manta de fibra que había echado sobre el cadáver.

Alfa estaba realmente muerto. Ya carecía de importancia, para él o para el universo, que perteneciera o no al cruciforme. La caída lo había despojado de casi todas sus ropas y toda su dignidad. El lado derecho del cráneo

estaba roto y vacío como un huevo después del desayuno. Un ojo escrutaba ciegamente el cielo de Hyperion a través de una sustancia turbia mientras el otro miraba perezosamente bajo un párpado caído. Las costillas estaban tan astilladas que puntas de hueso sobresalían de la carne. Ambos brazos estaban rotos y la pierna izquierda aparecía casi arrancada.

Yo había usado el escáner para realizar una ligera autopsia que había revelado lesiones internas masivas; incluso el corazón de aquel pobre diablo estaba aplastado por la fuerza de la caída.

Toqué la carne fría. El rigor mortis avanzaba. Acaricié la roncha en forma de cruz que tenía en el pecho y retiré la mano, sobresaltado. El cruciforme estaba tibio.

—Apártate.

Al volverme vi a Beta y al resto de los bikura. Comprendí que me asesinarían al instante si no me alejaba del cadáver. Una parte de mi mente idiotizada por el miedo pensó que los Tres Veintenas Más Diez eran ahora los Tres Veintenas Más Nueve. En ese momento me pareció gracioso.

Los bikura alzaron el cuerpo y regresaron a la aldea. Beta observó el

cielo, me miró a mí, y dijo:

—Ya es hora. Tú vendrás.

Descendimos a la Grieta. El cuerpo, atado a un cesto de lianas, bajó con nosotros.

El sol aún no iluminaba el interior de la basílica cuando depositaron el cadáver de Alfa en el ancho altar y le quitaron los jirones de ropa.

No sé qué esperaba a continuación, tal vez un acto de canibalismo ritual. Nada me habría sorprendido. En cambio, uno de los bikura alzó los brazos mientras los primeros haces de luz coloreada entraban en la basílica, y entonó:

—Seguirás el camino de la cruz todos tus días.

Los Tres Veintenas Más Diez se arrodillaron y repitieron la oración. Yo permanecí de pie, sin hablar.

—Serás del cruciforme todos tus días —pronunció el pequeño bikura, y el coro de voces que repetían la frase retumbó en la basílica. Una luz del color y la textura de la sangre coagulada proyectó la enorme sombra de la cruz sobre la pared.

—Serás del cruciforme ahora y por siempre jamás —salmodiaron los bikura mientras en el exterior arreciaban los vientos y los tubos de órgano del cañón

gemían con la voz de un niño torturado.

Cuando los bikura dejaron de cantar, no susurré «Amén». Me quedé allí mientras los demás se volvían y se marchaban con la repentina y completa indiferencia de niños mimados que han perdido interés en su juego.

—No hay razón para quedarse —advirtió Beta cuando los demás salieron.

—Quiero hacerlo —expuse, temiendo que me obligaran a irme. Beta dio media vuelta sin decir nada y me dejó. La luz se opacó. Salí para mirar el ocaso. Cuando regresé, ya había comenzado.

Una vez, años atrás en la escuela, vi

un holo a cámara rápida que mostraba la descomposición de un ratón canguro. Una semana de lento trabajo de reciclaje natural se comprimía en treinta segundos de horror. El pequeño cadáver se hinchaba casi cómicamente, la carne se estiraba en desgarrones, aparecían gusanos en la boca, los ojos y las llagas abiertas, y procedían a la repentina e increíble limpieza de los huesos en tirabuzón, avanzando en espiral de derecha a izquierda, de la cabeza a la cola, en una helicoide acelerada de consumo carroñero que sólo dejaba huesos, cartílago y pellejo.

Lo que veía ahora era el cuerpo de

un hombre.

Miré boquiabierto mientras la última luz se desvanecía deprisa. En la basílica reinaba un silencio cavernoso, excepto por la palpitación del pulso contra mis oídos. El cadáver de Alfa sufrió primero un espasmo; luego vibró y casi levitó, alejándose del altar en la violencia espástica de la descomposición repentina. Por unos instantes el cruciforme pareció aumentar de tamaño y cobrar un color más profundo, un fulgor rojo como carne cruda, y me pareció distinguir la red de filamentos y nemátodos que sostenían el cuerpo desintegrado como las fibras de metal

de un molde escultórico: La carne fluía.

Esa noche me quedé en la basílica. El fulgor del cruciforme en el pecho de Alfa iluminaba las inmediaciones del altar. Cuando el cadáver se movía, la luz arrojaba extrañas sombras en las paredes.

No abandoné la basílica hasta que Alfa salió al tercer día, pero la mayor parte de los cambios visibles habían ocurrido al final de esa primera noche. El cuerpo del bikura que yo había llamado Alfa se descompuso y reconstruyó ante mis ojos. El cadáver resultante era y no era Alfa, pero estaba intacto. Tenía la cara lisa y tersa de una

muñeca de flujoespuma, con los rasgos contraídos en una ligera sonrisa. Al amanecer del tercer día, vi que el pecho del cadáver subía y bajaba; oí el primer jadeo, semejante a un gorgoteo de agua en un saco de cuero. Poco antes del mediodía salía de la basílica para trepar por las lianas.

Seguí a Alfa.

No ha hablado y no responde. Los ojos muestran una expresión extraviada y a veces se detiene como si oyera la llamada de voces distantes.

Nadie nos prestó atención cuando regresamos a la aldea. Alfa fue a una choza y ahora permanece sentado allí.

Yo estoy en la mía. Hace poco me entreabrí la túnica y me acaricié la roncha del cruciforme. Yace benignamente bajo la carne de mi pecho. Esperando.

Día 140:

Me estoy recuperando de las heridas y la pérdida de sangre. No se puede extirpar con una piedra afilada.

No le gusta el dolor. Perdí el sentido mucho antes de sufrir dolor o de que surtiera efecto la pérdida de sangre. Cada vez que despertaba y empezaba a cortar, me desmayaba. No le gusta el

dolor.

Día 158:

Ahora Alfa habla un poco. Parece más obtuso, más lerdo y apenas repara en mí o en los demás, pero come y se mueve. Parece reconocerme en cierta medida. El escáner médico muestra el corazón y los órganos de un hombre joven, quizás un muchacho de dieciséis años.

Debo esperar otro mes de Hyperion y diez días —cincuenta días en total— para que la selva flamígera se tranquilice y yo intente marcharme, con

dolor o sin dolor. Veremos quién resiste más.

Día 173:

El llamado Will —el que tenía el dedo roto— había desaparecido durante una semana. Ayer los bikura recorrieron varios kilómetros hacia el nordeste como si siguieran una señal y encontraron los restos cerca de la gran hondonada.

Una rama se había partido mientras Will trepaba para coger unas hojas de chalma. La muerte debió de ser instantánea al desnucarse, pero lo más

importante es dónde cayó. El cuerpo —si puede llamarse así— yacía entre dos grandes conos de lodo que indicaban la madriguera de los grandes insectos rojos que Tuk llamaba mantis de fuego. Escarabajos de alfombra habría sido más apropiado. En pocos días los insectos habían limpiado el cadáver hasta los huesos. Quedaba poco excepto el esqueleto, algunos jirones de cartílagos y tendón y el cruciforme, aún adherido al costillar como una espléndida cruz encerrada en el sarcófago de un papa muerto tiempo atrás.

Es terrible, pero no puedo contener

cierta sensación de triunfo a pesar de la tristeza. No hay manera de que el cruciforme regenere algo a partir de estos huesos destruidos; incluso la terrible ilógica de este maldito parásito debe respetar el imperativo de la ley de conservación de la masa. El bikura que llamo Will ha muerto la muerte verdadera. Los Tres Veintenas Más Diez serán en efecto los Tres Veintenas Más Nueve a partir de ahora.

Día 174:

Soy un estúpido.

Hoy he preguntado si Will había

muerto la muerte verdadera. Me intrigaba la falta de reacción de los bikura. Habían recuperado el cruciforme, pero dejaron el esqueleto donde lo habían encontrado; no intentaron llevar los restos a la basílica.

Durante la noche temí que me hicieran desempeñar el papel del miembro que faltaba de los Tres Veintenas Más Diez.

—Es muy triste —comenté— que uno de vosotros haya muerto la muerte verdadera. ¿Qué será de los Tres Veintenas Más Diez?

Beta me miró.

—No puede morir la muerte

verdadera —replicó el andrógino calvo —. Es del cruciforme.

Poco después, mientras continuaba mis exámenes médicos de la tribu, descubrí la verdad. El que yo he bautizado Theta tiene el mismo aspecto y actúa como siempre, pero ahora lleva dos cruciformes en el pecho. Sin duda este bikura se volverá más corpulento con los años, se hinchará y madurará como una célula de *Esterichia Coli* en un platillo de Petri. Cuando la criatura muera, dos abandonarán la tumba y los Tres Veintenas Más Diez estarán completos una vez más.

Creo que me estoy volviendo loco.

Día 195:

Tras semanas de estudiar este condenado parásito, no descubro cómo funciona. Peor aún, ya no me interesa. Lo que me interesa ahora es más importante.

¿Por qué Dios ha permitido esta obscenidad?

¿Por qué los bikura han sido castigados de este modo?

¿Por qué fui escogido para sufrir este destino?

Formulo estas preguntas en mis plegarias nocturnas pero no recibo respuestas, sólo oigo la sangrienta

canción del viento de la Grieta.

Día 214:

Las últimas diez páginas incluyen todas mis notas de campo y mis conjeturas técnicas. Ésta será mi última anotación antes de aventurarme en la inactiva selva flamígera por la mañana.

Sin duda he descubierto el ejemplo más extremo de sociedad humana estancada. Los bikura han alcanzado el sueño humano de la inmortalidad y han pagado por él con su humanidad y su alma inmortal.

Edouard, he pasado muchas horas

luchando con mi fe —mi falta de fe— pero ahora, en este siniestro rincón de un mundo olvidado, acuciado por este parásito repugnante, he redescubierto una convicción que no conocía desde que éramos niños. Ahora entiendo la necesidad de la fe —una fe pura y ciega que se burla de la razón— como factor para salvaguardar la vida en el mar salvaje e infinito de un universo regido por leyes insensibles y totalmente indiferente a los pequeños seres racionales que lo habitan.

Día tras día he intentado dejar la zona de la Grieta y cada vez he sufrido un dolor tan terrible que se ha vuelto

parte tangible de mi mundo, como este pequeño sol o el cielo verde y lapislázuli. El dolor se ha convertido en mi aliado, mi guardián, mi ángel, mi último lazo con la humanidad. Al cruciforme no le gusta el dolor. Tampoco a mí pero, como el cruciforme, estoy dispuesto a usarlo para mis propósitos. Así lo haré, conscientemente, no por instinto, como esa masa obtusa de tejido alienígena incrustada en mí. Esta cosa sólo busca una terca elusión de la muerte a cualquier precio. No deseo morir, pero prefiero el dolor y la muerte antes que una eternidad de estolidez. La vida es

sagrada —aún me aferro a este núcleo del pensamiento y las enseñanzas de la Iglesia durante los últimos veintiocho siglos, cuando la vida ha sido tan barata — pero el alma es aún más sagrada.

Ahora comprendo que con los datos de Armaghast no ofrecía a la Iglesia un renacimiento, sino sólo una transición hacia una vida falsa como la que llevan estos pobres cadáveres ambulantes. Si la Iglesia ha de morir, que muera, pero gloriosamente, con pleno conocimiento de que renacerá en Cristo. Debe hundirse en las tinieblas no de buen grado pero con nobleza —con coraje y con fe— como los millones que nos

precedieron, leal a todas las generaciones que se enfrentaron a la muerte en el aislado silencio de los campos de exterminio, las explosiones nucleares, los pabellones del cáncer, los pogroms. Hundirse en las tinieblas; si no con esperanzas, al menos rogando que haya una razón para todo ello, algo que justifique tanto dolor, tantos sacrificios. Todos nos precedieron en el viaje a las tinieblas sin las garantías de la lógica, los datos o una teoría convincente, con sólo una hilacha de esperanza o la frágil convicción de la fe. Si ellos pudieron conservar esa tenue esperanza al enfrentarse a las tinieblas, también debo

hacerlo yo... al igual que la Iglesia.

No creo que la cirugía ni los tratamientos puedan librarme de esta cosa que me infesta, pero si alguien puede extirparla, estudiarla y destruirla, aun al precio de mi muerte, quedaré satisfecho.

La selva flamígera está bastante tranquila. Ahora a dormir. Partiré antes del alba.

Día 215:

No hay salida.

He penetrado catorce kilómetros en la selva. Incendios aislados y ráfagas,

pero penetrable. Con tres semanas de marcha habría salido.

El cruciforme no me deja ir.

El dolor era como un ataque cardíaco incesante. Sin embargo, yo avanzaba, tambaleándome y arrastrándome entre las cenizas. Al fin perdí el sentido. Cuando recobré el conocimiento me estaba arrastrando hacia la Grieta. Daba media vuelta, caminaba un kilómetro, me arrastraba cincuenta metros, volvía a caer desmayado y despertaba de vuelta donde había empezado. Esta alocada batalla por mi cuerpo duró todo el día. Antes del poniente los bikura entraron en la

selva, me encontraron a cinco kilómetros de la Grieta y me llevaron de regreso.

Querido Jesús, ¿por qué lo has permitido? Ahora no hay esperanza, a menos que alguien venga a buscarme.

Día 223:

De nuevo el intento. De nuevo el dolor. De nuevo el fracaso.

Día 257:

Hoy cumplo sesenta y ocho años estándar. El trabajo continúa en la

capilla que estoy construyendo cerca de la Grieta. Ayer intenté bajar al río, pero Beta y otros cuatro me obligaron a regresar.

Día 280:

Un año local en Hyperion. Un año en el purgatorio. ¿O es el infierno?

Día 311:

Picando piedras en los salientes, debajo de la cornisa donde se está construyendo la capilla, hoy he descubierto una cosa: las varas de

deflexión. Los bikura debieron de arrojarlas al abismo cuando asesinaron a Tuk esa noche, hace doscientos veintitrés días.

Esas varas me permitirían cruzar la selva flamígera en cualquier momento si el cruciforme me dejara. Pero no me deja. ¡Ojalá no hubieran destruido mi equipo médico con los analgésicos! Pero hoy, sentado aquí, empuñando las varas, se me ha ocurrido una idea.

Mis toscos experimentos con el escáner médico han continuado. Hace dos semanas, cuando Theta se rompió la pierna por tres puntos, observé la reacción del cruciforme. El parásito

hizo lo posible para bloquear el dolor; Theta estuvo inconsciente buena parte del tiempo y su cuerpo producía increíbles cantidades de endorfinas. Pero la rotura era muy dolorosa y al cabo de cuatro días los bikura degollaron a Theta y llevaron el cuerpo a la basílica. Para el cruciforme resultaba más fácil resucitar el cadáver que soportar semejante dolor durante un largo período. Pero antes del asesinato, mi escáner reveló una considerable retirada de los nemátodos del cruciforme de algunas partes del sistema nervioso central.

No sé si será posible infligirse —o

soportar— niveles de dolor no letal suficientes para conjurar al cruciforme, pero estoy seguro de una cosa: los bikura no lo permitirían.

Hoy, sentado en el saliente, debajo de la capilla a medio terminar, estudio las posibilidades.

Día 438:

La capilla está terminada. Es la obra de mi vida. Esta noche, cuando los bikura bajaron a la Grieta para su parodia cotidiana de adoración, celebré misa en el altar de la nueva capilla. Había horneado pan con harina de

chalma y sin duda sabía a esa hoja blanda y amarilla, pero para mí era como la hostia que recibí durante mi primera Santa Comunión en Villefranche-sur-Saóne, hace sesenta años estándar.

Por la mañana haré lo que he tramado. Todo está dispuesto: mis diarios y las placas médicas estarán en el saco de fibras tejidas de bestos. No puedo hacer más.

El vino consagrado era sólo agua, pero en la luz del ocaso tenía el color de la sangre y sabía a vino de comunión. El truco consistiría en internarse en la selva flamígera. Tendré que confiar en

que haya suficiente actividad incipiente en los árboles tesla, incluso durante los períodos de calma.

Adiós, Edouard. Dudo que todavía vivas, y en tal caso no veo modo de que volvamos a reunimos, pues no sólo nos separan años de distancia, sino un abismo mucho más insalvable con forma de cruz.

No depositaré mi esperanza de verte de nuevo en esta vida sino en la próxima. Resulta extraño oírme hablar de nuevo de ese modo, ¿verdad?

Debo decirte, Edouard, que después de tantas décadas de incertidumbre, y con gran miedo de lo que me espera, mi

corazón y mi alma están en paz.

Oh, Dios mío
lamento haberte ofendido
y repudio todos mis pecados,
por la pérdida del cielo
y los dolores del infierno;
pero sobre todo porque te he ofendido.
Mi Dios,
que eres todo bondad
y merecedor de todo mi amor,
resuelvo firmemente con ayuda de Tu gracia

confesar mis pecados,
hacer penitencia
y enmendar mi vida.
Amén.

2400 horas: El ocaso asoma por las ventanas abiertas de la capilla e ilumina el altar, el cáliz toscamente tallado y mi persona.

El viento se eleva en la Grieta. Con mucha suerte y con la misericordia de Dios, será la última vez que oiga ese coro.

—Ésta es la última anotación —anunció Lenar Hoyt.

Cuando el sacerdote dejó de leer, los seis peregrinos volvieron el rostro hacia él como si despertaran de un sueño común. El cónsul miró hacia arriba y vio que Hyperion ya estaba mucho más cerca y ocupaba un tercio del cielo al tiempo que ocultaba las estrellas con su frío resplandor.

—Yo llegué unas diez semanas después de haber visto al padre Duré por última vez —continuó el padre Hoyt con voz ronca—. Más de ocho años han transcurrido en Hyperion..., siete años desde la última anotación en el diario

del padre Duré —el sacerdote estaba visiblemente conmovido, una expresión mórbida campeaba en la cara pálida y sudada—. Al cabo de un mes llegué a la plantación Perecebo, río arriba desde Puerto Romance —prosiguió, imponiendo firmeza a su voz—. Suponía que los plantadores de fibroplástico me contarían la verdad, aunque no quisieran saber nada con el consulado o las Autoridades Internas. Estaba en lo cierto. El administrador de Perecebo, un hombre llamado Orlandi, recordaba al padre Duré, así como la nueva esposa de Orlandi, la mujer llamada Semfa, a quien el padre Duré mencionaba en el

diario. El administrador de la plantación había intentado organizar varias operaciones de rescate en la Meseta, pero una inusitada serie de temporadas activas en la selva flamígera lo obligó a desistir. Al cabo de varios años, abandonaron la esperanza de que Duré o Tuk siguieran con vida.

"No obstante, Orlandi contrató a dos pilotos expertos en vuelos selváticos para efectuar una expedición de rescate a la Grieta en dos deslizadores de la plantación. Permanecimos en la Grieta el mayor tiempo posible, confiando en que el instrumental de elusión de terrenos y la suerte nos llevaran a la

comarca de los bikura. Aunque sorteamos así la mayor parte de la selva flamígera, la actividad de los tesla abatió un deslizador y cuatro personas resultaron muertas.

El padre Hoyt hizo una pausa y se meció ligeramente. Asió el borde de la mesa para estabilizarse y se aclaró la garganta.

—Poco más hay que contar —concluyó—. Localizamos la aldea bikura. Eran setenta, tan estúpidos y poco comunicativos como sugerían las notas de Duré. Logré sonsacarles que el padre Duré había muerto mientras intentaba penetrar en la selva flamígera.

El saco de bestos había sobrevivido y allí encontramos el diario y los datos médicos. —Hoyt miró a los demás un segundo y agachó la cabeza—. Los convencimos para que nos mostraran dónde había muerto el padre Duré. Ellos... no lo habían enterrado. Los restos estaban carbonizados y descompuestos, pero lo bastante completos como para mostrarnos que la intensidad de las descargas de los tesla habían destruido el cruciforme... además del cuerpo.

“El padre Duré había muerto la muerte verdadera. Trasladamos los restos a la plantación Perecebo, donde

fue sepultado tras una misa fúnebre. —Hoyt respiró hondo—. A pesar de mi enérgica oposición, Orlandi destruyó la aldea bikura y un sector de la pared de la Grieta con cargas nucleares que había llevado de la plantación. No creo que ninguno de los bikura sobreviviera. Vimos que el alud también destruyó la entrada al laberinto y a la basílica.

“Yo había sufrido heridas durante la expedición y tuve que quedarme en la plantación varios meses antes de regresar al continente septentrional y reservar un pasaje para Pacem. Nadie tiene conocimiento de este diario y su contenido excepto Orlandi, monseñor

Edouard, y aquellos superiores a quienes monseñor Edouard haya contado la historia. Por lo que sé, la Iglesia no ha hecho ninguna declaración relacionada con el diario del padre Duré.

El padre Hoyt estaba de pie. Se sentó. El sudor le goteaba de la barbilla y la luz refleja de Hyperion le teñía la cara de color blanco azulado.

—¿Eso es todo? —preguntó Martin Silenus.

—Sí —suspiró el padre Hoyt.

—Caballeros y única dama —dijo Het Masteen—, es tarde. Sugiero que recojan ustedes el equipaje y se reúnan

en la nave de nuestro amigo el cónsul, en la esfera 11, dentro de media hora como máximo. Yo usaré una de las naves de descenso del Árbol para reunirme con ustedes más tarde.

La mayor parte del grupo se reunió en menos de un cuarto de hora. Los templarios habían instalado una pasarela desde una plataforma del interior de la esfera hasta el balcón de la nave; el cónsul introdujo a los demás en la sala mientras los tripulantes clónicos guardaban el equipaje y se marchaban.

—Un fascinante y antiguo instrumento —comentó el coronel Kassad acariciando el Steinway—.

¿Clavicordio?

—Piano —precisó el cónsul—. Anterior a la Hégira. ¿Estamos todos?

—Todos excepto Hoyt —señaló Brawne Lamia, mientras se sentaba en el foso de proyección.

Het Masteen entró.

—La nave de la Hegemonía ha autorizado el descenso al puerto espacial Keats —anunció el capitán. Miró alrededor—. Enviaré un tripulante para ver si Hoyt necesita ayuda.

—No —deslizó el cónsul. Moduló la voz—. Preferiría ir yo. ¿Puede indicarme cómo llegar a sus aposentos?

El capitán miró al cónsul un instante.

Metió la mano entre los pliegues de la túnica.

—Bon voyage —se despidió, dándole una placa—. Lo veré en el planeta antes de medianoche, cuando partamos del Templo del Alcaudón de Keats.

El cónsul hizo una reverencia.

—Ha sido un placer viajar dentro de las ramas protectoras del Árbol, Het Masteen —agradeció formalmente. Gesticuló de cara a los demás—. Por favor, pónganse cómodos en la sala o la biblioteca de la cubierta inferior. La nave se encargará de sus necesidades y responderá a sus preguntas. Partiremos

en cuanto el padre Hoyt y yo regresemos.

La cápsula ambiental del sacerdote estaba en medio de la nave arbórea, en una rama secundaria. Como el cónsul esperaba, la placa de instrucciones que le había dado Het Masteen también funcionaba como identificador de palmas. Al cabo de varios minutos de tocar el timbre y llamar a la puerta de acceso, el cónsul usó la placa para entrar en la cápsula.

El padre Hoyt estaba de rodillas, contorsionándose en el centro de la alfombra de hierba. En el suelo había ropa de cama, equipo, prendas de vestir

y el contenido de un botiquín médico estándar. Se había arrancado la túnica y el cuello y la transpirada camisa le colgaba en pliegues húmedos y rasgados. La luz de Hyperion se filtraba por la pared de la cápsula y el extraño cuadro parecía ambientado bajo el agua o —pensó el cónsul— en una catedral.

Lenar Hoyt torcía la cara de dolor y se arañaba el pecho. Los músculos de los antebrazos desnudos se agitaban como criaturas vivas bajo el rostro pálido y delgado.

—El inyector... no funcionó —jadeó Hoyt—. Por favor.

El cónsul asintió, cerró la puerta y

se arrodilló junto al sacerdote. Cogió el inyector del puño de Hoyt y expulsó la ampolla. Ultramorfina. El cónsul cabeceó de nuevo y extrajo un inyector del botiquín que había traído de la nave. En menos de cinco segundos cargó la ultramorfina.

—Por favor —suplicó Hoyt espasmódicamente. Las oleadas de dolor que arrasaban al hombre casi parecían visibles.

—Sí —dijo el cónsul. Inhaló ásperamente—. Pero antes el resto de la historia.

Hoyt lo miró atónito, intentó alcanzar el inyector. Sudando también,

el cónsul puso el instrumento fuera del alcance del sacerdote.

—Sí, sí, enseguida —repitió—. Después del resto de la historia. Es imperativo que yo lo sepa.

—Oh, Dios, Cristo santo —sollozó Hoyt—. ¡Por favor!

—Sí —jadeó el cónsul—. Sí. En cuanto me diga la verdad.

El padre Hoyt se desplomó jadeante.

—Maldito bastardo —masculló. El sacerdote respiró hondo, contuvo el aliento hasta aplacar los temblores e intentó sentarse. Miró al cónsul y en sus ojos desencajados brillaba cierto alivio —. ¿Luego... me dará... la inyección?

—Sí.

—De acuerdo —susurró Hoyt—. La verdad. Plantación Perecebo... como dije... Volamos allí... principios de octubre... mes de Lycius... ocho años después de la desaparición... de Duré... ¡Oh, Cristo, qué dolor! El alcohol y las endorfinas ya no surten efecto. Sólo... ultramorfina pura...

—Sí —murmuró el cónsul—. Está preparada. En cuanto termine usted la narración.

El sacerdote agachó la cabeza. El sudor le recorría las mejillas y la nariz, para caer en la hierba corta. Hoyt tensó los músculos como si fuera a atacar,

luego otro espasmo de dolor le arrasó el cuerpo delgado y se derrumbó.

—El deslizador no fue destruido... por los tesla. Semfa, dos hombres y yo... descendimos cerca de la Grieta mientras... Orlandi buscaba río arriba. Su deslizador... tuvo que esperar a que amainara la tormenta de rayos.

»Los bikura llegaron de noche. Mataron... a Semfa, al piloto, al otro hombre... no recuerdo el nombre. Me dejaron... vivo. —Hoyt buscó su crucifijo, advirtió que se lo había arrancado. Rió un instante y se calmó cuando la risa ya se transformaba en llanto—. Me... hablaron del camino de

la cruz. Del cruciforme. Me hablaron del... Hijo de las Llamas.

»A la mañana siguiente me llevaron a ver al Hijo. Me llevaron a verlo. —Hoyt intentó incorporarse y se llevó las manos a la cara. Tenía los ojos desorbitados. A pesar del dolor, había olvidado la ultramorfina—. Tres kilómetros selva adentro... gran tesla... ochenta, cien metros de altura. Tranquilidad, pero... mucha carga en el aire. Cenizas por doquier.

“Los bikura no... no se acercaban demasiado. Sólo se arrodillaban allí inclinando las malditas cabezas calvas. Pero yo... me acerqué... tenía que

hacerlo. Dios santo... Oh, Cristo, era él. El padre Duré. Lo que quedaba de él.

“Había usado una escalerilla para subir tres o cuatro metros... en el tronco del árbol. Construyó una plataforma para apoyar los pies. Partió las varas de deflexión... las afiló... parecían pinchos... Debió de usar una piedra para atravesarse el pie con la más larga, hasta clavarse en la plataforma de bestos y en el árbol.

“El brazo izquierdo... se había clavado la estaca entre el radio y el cubito... sin tocar las venas... como hicieron los malditos romanos. Muy firme mientras el esqueleto estuviera

intacto. Otra mano... la derecha... la palma hacia abajo.

“Primero había clavado la estaca. Había afilado ambas puntas. Luego... se empaló la mano derecha. De algún modo arqueó la estaca, formando un gancho.

“La escalerilla había caído... tiempo atrás... pero era de bestos. No había ardido. La usé para trepar hacia él. Todo estaba quemado hacía años... ropa, piel, las capas superiores de carne... pero el saco de bestos aún le colgaba del cuello.

“Las varas de aleación aún conducían corriente cuando... lo vi... lo sentí... palpitando en lo que quedaba del

cuerpo.

"Aún se reconocía a Paul Duré, importante. Se lo dije a monseñor. Sin piel. La carne carcomida o hervida. Nervios y órganos visibles... como raíces grises y amarillas. Cristo, el olor. ¡Pero aún se reconocía a Paul Duré!

"Entonces comprendí. Lo comprendí todo. De algún modo... incluso antes de leer el diario. Comprendí que había colgado allí... oh, Dios santo... siete años. Viviendo. Muriendo. El cruciforme... lo obligaba a revivir. Electricidad... palpitando en él cada segundo... de esos siete años. Llamas. Hambre. Dolor. Muerte. Pero el

maldito... cruciforme... tal vez extraía sustancia del árbol, del aire, lo que quedaba... reconstruía lo que podía, obligándolo a vivir, a sufrir el dolor, una y otra vez.

"Pero él ganó. El dolor era su aliado. ¡Oh, Jesús, no unas pocas horas en el árbol y luego la lanza y lo demás, sino siete años!

"Pero... él ganó. Cuando cogí el saco, el cruciforme también se le cayó del pecho. Se desprendió... raíces largas, sanguinolentas. Luego la cosa... la cosa que yo creía muerta... el hombre irguió la cabeza. Sin párpados. Ojos cocidos. Labios comidos. Pero me miró

y sonrió. Él sonrió. Y murió... murió de veras... en mis brazos. Por milésima vez, pero real en esta ocasión. Me sonrió y murió.

Hoyt calló, comulgó en silencio con su propio dolor, y luego continuó, apretando a ratos los dientes.

—Los bikura me llevaron... de vuelta a... la Grieta. Orlandi vino al día siguiente. Me rescató. El... Semfa... yo no pude... él arrasó la aldea con láser, quemó a los bikura mientras ellos miraban como estúpidas ovejas. Yo no... no discutí con él. Yo reía. Dios santo, perdóname. Orlandi voló la zona con cargas nucleares que usaban para... para

despejar la jungla... matriz de fibroplástico.

Hoyt miró directamente al cónsul y realizó un gesto crispado con la mano derecha.

—Los analgésicos funcionaban al principio. Pero cada año... cada año... empeoraba. Ya desde la fuga... el dolor. Habría tenido que volver de todos modos. Cómo pudo él... ¡Siete años! Oh, Señor —exclamó el padre Hoyt, aferrado a la alfombra.

El cónsul se apresuró a inyectarle la ampolla de ultra-morfina bajo la axila.

El sacerdote se desmayó. El cónsul lo sostuvo y lo depositó suavemente en

el suelo. Con ojos turbios, el cónsul rasgó la empapada camisa de Hoyt, apartando los jirones. Estaba allí, desde luego, bajo la pálida piel del pecho de Hoyt, como un enorme gusano con forma de cruz.

El cónsul respiró y giró al sacerdote. El segundo cruciforme estaba donde esperaba encontrarlo, una roncha más pequeña con forma de cruz entre las delgadas clavículas del hombre. Palpitó suavemente cuando el cónsul acarició las carnes febriles.

El cónsul se movió despacio pero con eficacia. Empaquetó las pertenencias del sacerdote, ordenó la

habitación, vistió al hombre inconsciente con tanto amor como si arropara el cuerpo de un difunto de su familia.

El comlog del cónsul zumbó.

—Tenemos que partir —anunció la voz del coronel Kassad.

—Allá vamos —respondió el cónsul. Codificó el comlog para que llamara a los clones que llevarían el equipaje, pero él mismo alzó al padre Hoyt. El cuerpo parecía no tener peso.

La puerta de la cápsula se abrió y el cónsul salió, se desplazó desde la profunda sombra de la rama hacia el fulgor verde azulado del mundo que

llenaba el cielo. Pensando qué historia contaría a los demás, el cónsul se detuvo un segundo a mirar la cara del sacerdote. Echó un vistazo a Hyperion y continuó la marcha. Aunque el campo gravitatorio hubiera sido terrícola estándar, el cuerpo que cargaba no le habría pesado.

El cónsul, padre de un niño que había muerto, continuó la marcha, reviviendo la sensación de llevar a un hijo dormido a la cama.

2

Había sido un día cálido y lluvioso en Keats, capital de Hyperion. Cuando cesaron las lluvias, una gruesa capa de nubes aún cubría la ciudad y llenaba el aire con el aroma salobre del océano que estaba veinte kilómetros al oeste. Al anochecer, cuando la luz mortecina se disolvía en un crepúsculo gris, un doble estruendo sacudió la ciudad y retumbó en el pico del sur. Las nubes emitieron un fulgor blanco azulado. Poco después, una nave negra atravesó las nubes y descendió en una columna de llamas de

fusión, las luces de navegación rojas y verdes parpadeando en la bruma gris.

A mil metros, las señales de aterrizaje de la nave se encendieron y tres haces de luz procedentes del puerto espacial acogieron la nave en un trípode de color rubí. La nave revoloteó a trescientos metros, se ladeó como una jarra que resbala sobre una mesa húmeda y se posó en un foso.

Chorros de agua de alta presión bañaron el foso y la base de la nave, provocando oleadas de vapor que se mezclaron con la llovizna que azotaba el asfalto del puerto espacial. Cuando cesó el chorro de agua, sólo se oía el susurro

de la lluvia y los chasquidos y crujidos de la nave al enfriarse.

Un balcón asomó del casco de la nave, veinte metros por encima del foso. Cinco figuras salieron.

—Gracias por el viaje —le dijo el coronel Kassad al cónsul.

El cónsul cabeceó y se apoyó en la baranda, aspirando el aire fresco. Gotas de lluvia le perlaban los hombros y las cejas.

Sol Weintraub levantó a la niña. El cambio de presión, temperatura, olor, movimiento, ruido o una combinación de todos ellos la habían despertado y se echó a llorar. Weintraub la acunó pero

ella siguió llorando.

—Un comentario atinado sobre nuestra llegada —declaró Martin Silenus. El poeta vestía una larga capa púrpura y una boina roja que le colgaba sobre el hombro derecho. Bebió del vaso de vino que había traído desde la sala—. Por Dios, sí que ha cambiado este lugar.

Aunque había estado ausente sólo ocho años locales, el cónsul tuvo que convenir en ello. Cuando él vivía en Keats, el puerto espacial estaba a nueve kilómetros de la ciudad; cobertizos, tiendas y calles de barro rodeaban ahora el perímetro del campo de aterrizaje. En

tiempos del cónsul no llegaba más de una nave por semana al diminuto puerto; ahora había más de veinte naves espaciales en la pista. Una enorme estructura prefabricada reemplazaba al pequeño edificio de administración y aduanas; habían añadido doce nuevos fosos y rejillas de descenso para naves en una extensión del oeste, y el perímetro aparecía atestado de módulos con vainas de camuflaje, que tanto podían ser estaciones de control de tierra como barracas. Un bosque de exóticas antenas subía al cielo desde un apiñamiento de aquellas cajas, en el extremo de la pista de aterrizaje.

—El progreso —murmuró el cónsul.

—La guerra —rebatió el coronel Kassad.

—Esas son personas —indicó Brawne Lamia, mientras señalaba las puertas terminales del lado sur de la pista. Una franja de colores apagados se estrellaba como una ola silenciosa contra la cerca exterior y el campo de contención violeta.

—Por Dios —exclamó el cónsul—, tiene usted razón.

Kassad extrajo los binoculares y se turnaron para observar los cientos de formas que tironeaban del alambre, apretujándose contra el campo de

repulsión.

—¿Por qué están aquí? —preguntó Lamia—. ¿Qué quieren?

Incluso a medio kilómetro, la obtusa voluntad de la turba resultaba intimidatoria. Las oscuras siluetas de los marines de FUERZA patrullaban dentro del perímetro. El cónsul comprendió que una franja de tierra entre la alambrada, el campo de contención y los marines debía de ocultar minas, una zona de fulminación o ambas cosas.

—¿Qué quieren? —repitió Lamia.

—Quieren irse —explicó Kassad.

Incluso antes de que hablara el coronel, el cónsul comprendió que el

improvisado poblado que rodeaba al puerto espacial y la multitud que se apiñaba en la entrada eran inevitables: los pobladores de Hyperion querían largarse. Supuso que debía de haber un movimiento hacia las puertas por cada vez que aterrizaba una nave.

—Bien, hay uno que se quedará —manifestó Martin Silenus, señalando hacia la montaña baja que se veía al sur, más allá del río—. William, el Rey Llorón. Dios proteja su alma pecaminosa —La cara esculpida del Triste Rey Billy se distinguía a través de la llovizna y la creciente oscuridad—. *Yo lo conocí, Horacio* —recitó el poeta

borracho, en una parodia de Hamlet—. *Un hombre que no se cansaba de hacer bromas. Aunque ninguna era graciosa. Un tonto de remate, Horacio.*

Sol Weintraub permanecía dentro de la nave para proteger a la niña de la llovizna y evitar que el llanto interrumpiera la conversación. Señaló hacia abajo.

—Alguien viene.

Un vehículo terrestre con el polímero de camuflaje inerte y un vehículo electromagnético cruzaban la pista húmeda. El VEM estaba adaptado al débil campo magnético de Hyperion.

Martin Silenus miraba fijamente el

adusto semblante del Triste Rey Billy. Murmuró:

En la sombría tristeza de un valle,
lejos del saludable hálito de la mañana,
lejos del fiero mediodía y la estrella vespertina,
sentábase el canoso Saturno, quieto como una piedra,
callado como el silencio de su morada;

bosques sobre bosques colgaban sobre su testa
como nubes sobre nubes...

El padre Hoyt salió al balcón frotándose la cara con ambas manos. Tenía los ojos turbios como un niño al levantarse de la siesta.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

—Ya lo creo —exclamó Martin Silenus, al tiempo que devolvía los binoculares al coronel—. Bajemos a saludar a los gendarmes.

El joven teniente no parecía deslumbrado por el grupo, ni siquiera después de inspeccionar la placa de autorización que les había dado Het Masteen, firmada por el comandante de la Fuerza Especial. El teniente se tomó su tiempo para inspeccionar los chips de visado y los hizo esperar bajo la llovizna, ladrando algún comentario con la ociosa arrogancia propia de esas nulidades que logran alcanzar un poco de poder. Cuando llegó al chip de Fedmahn Kassad alzó el rostro, sobresaltado como un armiño.

—¡Coronel Kassad!

—Retirado —precisó Kassad.

—Lo lamento, señor —balbuceó el teniente, tropezando con las palabras mientras devolvía los visados—. No sabía que usted viajaba con este grupo, señor. Es decir... el capitán sólo dijo... bien... Mi tío estuvo con usted en Bressia, señor. Lo siento, todo lo que yo o mis hombres podamos hacer...

—Descanse, teniente —dijo Kassad —. ¿Es posible conseguir transporte hasta la ciudad?

—Ah... Bien, señor... —El joven teniente se iba a frotar la barbilla y recordó que tenía puesto el casco—. Sí señor. Pero el problema es que las turbas pueden resultar peligrosas y...

bien... esos jodidos VEMS no sirven para nada... eh, perdón, señor. Verá usted, los vehículos de transporte terrestre sólo llevan cargamento, y no tenemos deslizadores libres para abandonar la base hasta las 2200; pero me alegrará incluir a este grupo en la lista de...

—Un momento —lo interrumpió el cónsul. Un vapuleado deslizador de pasajeros con la dorada cúpula geodésica de la Hegemonía pintada en un flanco había aterrizado a diez metros. Bajó un hombre alto y delgado—. ¡Theo! —exclamó el cónsul.

Los dos hombres se acercaron

estirando la mano, pero en cambio se dieron un abrazo.

—¡Demonios! —exclamó el cónsul — Tienes buen aspecto, Theo —Era verdad. Su ex ayudante había ganado unos seis años sobre el cónsul, pero el hombre más joven aún conservaba la sonrisa infantil, la cara delgada y la espesa melena roja que había atraído a todas las mujeres solteras —y a algunas casadas— del personal consular. Aún conservaba la timidez que formaba parte de la vulnerabilidad de Theo Lañe, según lo evidenciaba el modo en que se acomodaba innecesariamente las arcaicas gafas con montura de concha, la

única afectación del joven diplomático.

—Resulta agradable tenerlo a usted de vuelta —saludó Theo.

El cónsul se volvió para presentar a su amigo, pero lo pensó de nuevo.

—Por Dios —murmuró, ahora eres cónsul. Lo lamento, Theo. He actuado sin pensar.

Theo Lañe sonrió y se acomodó las gafas.

—No hay problema, señor. En realidad ya no soy cónsul. Durante estos meses he actuado como gobernador general. El Consejo Interno al fin solicitó y recibió estatus colonial formal. Bienvenido al mundo más nuevo

de la Hegemonía.

El cónsul miró un instante a su ex protegido y lo abrazó de nuevo.

—Felicidades, excelencia.

Theo sonrió y miró el cielo.

—Pronto caerá un diluvio. Que el grupo suba al deslizador y los conduciré a la ciudad —el nuevo gobernador general sonrió al joven oficial—. ¿Teniente?

El teniente se cuadró.

—Sí, señor.

—Por favor, ordene a sus hombres que carguen el equipaje de esta buena gente. Nos gustaría evitar la lluvia.

El deslizador voló al sur por encima de la autopista, a sesenta metros de altura. El cónsul iba en el asiento delantero; el resto del grupo descansaba atrás en butacas de flujoespuma. Martin Silenus y el padre Hoyt parecían dormidos. La hija de Weintraub había dejado de llorar para succionar una blanda botella de leche materna sintética.

—Las cosas han cambiado —comentó el cónsul. Apoyó la mejilla en el Perspex salpicado por la lluvia y miró el caos de abajo.

Cientos de cobertizos y tiendas cubrían las laderas y gargantas del tramo

de tres kilómetros hasta los suburbios. Había fogatas bajo mantas húmedas. Figuras color barro se movían entre chozas color barro. Altas cercas bordeaban la vieja autopista del puerto espacial y habían ensanchado y reparado el camino. Dos carriles de camiones y vehículos de colchón de aire, la mayoría color caqui o cubiertos con polímeros de camuflaje inactivos, avanzaban despacio en ambas direcciones. Al frente, las luces de Keats se habían multiplicado y se extendían por nuevos sectores del valle del río y las colinas.

—Tres millones —puntualizó Theo, como si hubiera leído el pensamiento de

su ex jefe—. Al menos tres millones de personas, y cada día en aumento.

—Había sólo cuatro millones y medio en el planeta cuando me fui —dijo el sorprendido cónsul.

—Aún las hay —reconoció el flamante gobernador general—. Y todas quieren llegar a Keats, abordar una nave y largarse. Algunas esperan a que construyan el teleyector, pero la mayoría no cree que lo consigan a tiempo. Tienen miedo.

—¿De los éxters?

—También —admitió Theo—; pero sobre todo del Alcaudón.

El cónsul apartó la cara del frío

Perspex de la cabina.

—Entonces, ¿ha llegado al sur de la Cordillera de la Brida?

Theo rió sin humor.

—Está en todas partes. O están en todas partes. La mayoría están convencidos de que ahora son docenas o centenares de Alcaudones. Se han denunciado muertes en los tres continentes. En todas partes excepto en Keats, segmentos de la costa de la Crin, y algunas de las grandes ciudades, como Endimión.

—¿Cuántas víctimas? —preguntó el cónsul, aunque en realidad no deseaba saberlo.

—Por lo menos veinte mil muertos o desaparecidos —respondió Theo—. Hay muchos heridos, pero ése no habrá sido el Alcaudón, ¿verdad? —otra risa seca—. El Alcaudón no hiere a la gente, ¿eh? Las personas se disparan por accidente, ruedan escalera abajo o saltan por la ventana presas del pánico, se pisotean en las multitudes... Es una maldita locura.

Durante los once años que el cónsul había trabajado con Theo Lañe, nunca le había oído una palabrota.

—¿FUERZA hace algo? —preguntó el cónsul—. ¿Son ellos los que impiden que el Alcaudón entre en las grandes

ciudades?

Theo meneó la cabeza.

—FUERZA no ha hecho nada salvo controlar las turbas. Oh, los marines alardean de mantener el puerto espacial abierto y de cuidar la zona de desembarco de la bahía de Puerto Romance, pero ni siquiera intentaron hacer frente al Alcaudón. Están esperando para luchar con los éxters.

—¿Y la FA? —preguntó el cónsul, consciente de que la mal entrenada Fuerza de Autodefensa no sería muy útil.

—Por lo menos ocho mil víctimas pertenecen a la FA —resopló Theo—. El general Braxton llevó al Tercio de

Combate por el camino del río para «*atacar la amenaza del Alcaudón en su guarida*», y nunca más supimos de ellos.

—Será una broma, ¿no? —dijo el cónsul, pero una ojeada lo disuadió de lo contrario—. ¿De dónde diablos has sacado el tiempo para recibirnos en el puerto espacial?

—No lo he sacado —susurró el gobernador general. Miró hacia atrás; los demás dormían o miraban por las ventanillas—. Tenía que hablar con usted. Convencerlo de que no fuera.

El cónsul iba a menear la cabeza pero Theo le cogió el brazo y se lo apretó con fuerza.

—Mierda, escuche lo que quiero decirle. Sé que es duro para usted volver aquí después de lo que pasó, pero... maldita sea, es inútil que lo arroje todo por la borda. Abandone esta estúpida peregrinación. Quédese en Keats.

—No puedo.

—Escúcheme —exigió Theo—. Primera razón: es usted el mejor diplomático en tiempos de crisis que conozco, y necesitamos sus aptitudes.

—Eso no...

—Cállese un momento. Segunda razón: usted y los otros no llegarán a doscientos kilómetros de las Tumbas de

Tiempo. No es como en los viejos tiempos, cuando usted estaba aquí y esos condenados suicidas podían acompañarlo e incluso esperar una semana hasta cambiar de idea y volver a casa. El Alcaudón está en marcha. Es como una plaga.

—Comprendo, pero...

—Tercera razón: lo necesito a *usted*. Supliqué al Centro Tau Ceti que enviara a otra persona. Cuando supe que usted venía... Demonios, eso me permitió aguantar los dos últimos años.

El cónsul meneó la cabeza sin entender. Theo iba a virar hacia el centro de la ciudad, pero se detuvo en el

aire, apartando la mirada de los controles para encarar al cónsul.

—Quiero que sea usted gobernador general. El Senado no se opondrá, con la probable excepción de Gladstone; pero cuando ella lo descubra ya será demasiado tarde.

El cónsul se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en las costillas. Miró el laberinto de calles estrechas y edificios deformes que eran Jacktown y la Ciudad Vieja.

—No puedo, Theo —murmuró cuando recobró el habla.

—Escuche, si usted...

—No. Hablo en serio. No serviría

de nada que aceptara, porque la simple verdad es que no puedo. Tengo que ir en esa peregrinación.

Theo se acomodó las gafas, miró hacia delante.

—Mira, Theo, eres el profesional más competente del Servicio Exterior con que he trabajado. Yo he estado al margen durante ocho años. Creo...

Theo asintió y lo interrumpió:

—Supongo que desea ir al Templo del Alcaudón.

—Sí.

El deslizador trazó un círculo y descendió. El cónsul reflexionaba mirando el vacío cuando las portezuelas

se plegaron; Sol Weintraub exclamó «¡Dios santo!».

El grupo se apeó y contempló las ruinas calcinadas de lo que había sido el Templo del Alcaudón. Desde que veinticinco años locales atrás habían cerrado las peligrosas Tumbas de Tiempo, el Templo del Alcaudón se había convertido en la atracción turística más popular de Hyperion. Con una extensión de tres manzanas y una altura de más de ciento cincuenta metros hasta la aguzada torre, el templo central de la Iglesia del Alcaudón era en parte una majestuosa catedral, en parte una broma gótica con sus fluidas y almenadas

curvas de piedra fundidas con el esqueleto de aleación de filamentos, en parte grabado de Escher con sus trucos de perspectiva y sus ángulos imposibles, en parte pesadilla del Bosco con sus túneles, cámaras ocultas, oscuros jardines y sectores prohibidos. Pero, ante todo, ahora formaba parte del pasado de Hyperion.

Pues ahora ya no estaba. Altas pilas de piedra ennegrecida eran el único vestigio de la imponencia de la estructura. Vigas de aleación se elevaban de las piedras como el costillar del cadáver de un gigante. Buena parte de los escombros había

caído en las fosas, pasillos y pasajes que entrecruzaban el sótano de aquel monumento tres veces secular. El cónsul se acercó al borde de una fosa y se preguntó si los profundos sótanos estarían realmente conectados —como declaraba la leyenda— con uno de los laberintos del planeta.

—Al parecer usaron un látigo infernal —observó Martin Silenus, empleando un término arcaico que designaba cualquier arma láser de alta energía. El poeta parecía repentinamente sobrio cuando se reunió con los demás —. Recuerdo los tiempos en que el Templo y partes de la Ciudad Vieja eran

lo único que había aquí. Después del desastre ocurrido cerca de las Tumbas, Billy decidió trasladar Jacktown hasta aquí por el Templo. Ahora ya no está. Cielos.

—No —intervino Kassad.

Los demás lo miraron. El coronel estaba examinando los escombros. Se levantó.

—No fue un látigo infernal —explicó—. Varias cargas de plasma.

—¿Aún quiere quedarse aquí y continuar con esta inútil peregrinación? —preguntó Theo—. Venga conmigo al consulado —se dirigía al cónsul, pero la invitación abarcaba tácitamente a todos.

El cónsul se alejó de la fosa mirando a su ex ayudante, pero viendo por vez primera al gobernador general de un mundo de la Hegemonía en estado de sitio.

—No podemos, excelencia —objetó el cónsul—. Al menos, yo no puedo —se dirigió al grupo—. No hablo en nombre de los demás.

Los cuatro hombres y la mujer menearon la cabeza. Silenus y Kassad empezaron a descargar los bártulos. La lluvia volvió, como una bruma ligera derramándose desde la oscuridad. El cónsul vio dos deslizadores de combate FUERZA revoloteando sobre los

tejados. La oscuridad y el polímero de camuflaje los había ocultado bien, pero ahora la lluvia revelaba sus contornos. Desde luego, pensó el cónsul: el gobernador general nunca viaja sin escolta.

—¿Escaparon los sacerdotes? ¿Hubo sobrevivientes cuando fue destruído el Templo? —preguntó Brawne Lamia.

—Sí —replicó Theo. El dictador de facto de cinco millones de almas condenadas se quitó las gafas y las secó con el faldón de la camisa—. Todos los sacerdotes y acólitos del Culto del Alcaudón escaparon por los túneles. La

turba había rodeado este lugar durante meses. La cabecilla, una mujer del este del Mar de la Hierba llamada Cammon, advirtió a todos los que estaban en el Templo antes de que estallaran los DL-20.

—¿Dónde estaba la policía? —quiso saber el cónsul—. ¿La FA? ¿FUERZA?

Theo Lañe sonrió y de pronto pareció décadas más viejo que el joven que había conocido el cónsul.

—Ustedes han estado en tránsito durante tres años —dijo—. El universo ha cambiado. Los adoradores del Alcaudón son quemados y apatizados en la Red. Imaginen ustedes lo que pasa

aquí. Los policías de Keats están bajo la ley marcial que declaré hace catorce meses. Ellos y la FA se quedaron mirando mientras la turba incendiaba el templo. Yo hice lo mismo. Esa noche había aquí medio millón de personas.

Sol Weintraub se acercó.

—¿Saben acerca de lo nuestro? ¿Acerca de esta peregrinación final?

—Si ellos lo supieran —replicó Theo—, ninguno de ustedes estaría vivo. Supuestamente verían con buenos ojos cualquier cosa que apaciguara al Alcaudón, pero la turba sólo tomaría en cuenta que ustedes fueron elegidos por la Iglesia del Alcaudón. Tuve que vetar

la decisión de mi propio Consejo Asesor: querían destruir su nave antes de que llegara a la atmósfera.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó el cónsul—. ¿Por qué vetaste la decisión?

Theo suspiró y se acomodó las gafas.

—Hyperion aún necesita a la Hegemonía, y Gladstone todavía tiene el voto de confianza de la Entidad Suma, si no del Senado. Además, yo lo necesito a usted.

El cónsul contempló los escombros del Templo del Alcaudón.

—Esta peregrinación terminó antes de que usted llegara —expuso el

gobernador general Theo Lañe—. ¿No vendrá al consulado conmigo..., al menos como asesor?

—Lo lamento —insistió el cónsul—. No puedo.

Theo se volvió sin decir palabra; subió al deslizador y se elevó. La escolta militar lo siguió como un borrón bajo el agua.

La lluvia arreciaba. Los miembros del grupo se unieron en la creciente oscuridad. Weintraub había tapado a Rachel con una improvisada capucha, y el ruido de la lluvia sobre el plástico hizo llorar a la niña.

—¿Qué haremos? —preguntó el

cónsul, mirando la noche y las callejuelas. El equipaje estaba amontonado en una pila húmeda. El mundo olía a cenizas.

Martin Silenus sonrió.

—Conozco un bar —dijo.

Resultó que el cónsul también conocía el bar; prácticamente había vivido en Cicero durante casi todo el tiempo —once años— de su estancia en Hyperion.

Al contrario de muchas cosas de Keats e Hyperion, Cicero —Cicerón— no se llamaba así por una alusión literaria de los días anteriores a la Hégira. Según los rumores, el bar

tomaba el nombre de un barrio de una ciudad de Vieja Tierra —según algunos, Chicago, Estados Unidos de América; según otros, Calcuta, Estados Aliados de la India— pero sólo Stan Leweski, propietario y bisnieto del fundador, lo sabía con certeza, y él nunca había revelado el secreto.

El bar había crecido mucho en su siglo y medio de existencia. Había empezado como un tugurio, en un decrépito edificio frente al río Hoolie; ahora ocupaba nueve niveles en cuatro edificios decrépitos a lo largo del Hoolie. Los únicos elementos persistentes de la decoración de Cicero

a lo largo de las décadas eran los techos bajos, la humareda y una permanente algarabía que brindaba una sensación de intimidad en medio del ajetreo.

Pero aquella noche no había intimidad. Cuando entraban con el equipaje por la puerta de la calle Marisma, el cónsul y los demás se detuvieron.

—Demonios —maculló Martin Silenus.

Cicero parecía invadido por hordas bárbaras. Todas las sillas y mesas estaban ocupadas —en general por hombres—, y el suelo estaba atiborrado de mochilas, armas, sacos de dormir,

anticuados equipos de comunicación, cajas de raciones y todos los desechos de un ejército de refugiados, o quizá de un ejército refugiado. La densa atmósfera de Cicero, otrora impregnada por el aroma de bistecs, vino, estimulantes, cerveza y tabaco, ahora estaba cargada con el tufo de cuerpos sucios, orina y desesperanza.

El corpachón de Stan Leweski emergió de las sombras. Los antebrazos del dueño eran tan gruesos como de costumbre, pero la frente había avanzado algunos centímetros sobre la mata de pelo negro, y la cara lucía arrugas alrededor de los ojos, que

miraron al cónsul con incredulidad.

—Un fantasma —murmuró.

—No.

—¿No está usted muerto?

—No.

—¡Que me cuelguen! —declaró Stan Leweski. Cogió al cónsul y lo alzó como un hombre levantaría a un niño—. ¡Qué me cuelguen! No está muerto. ¿Qué hace usted aquí?

—Vengo a inspeccionar tu permiso para vender bebidas alcohólicas —masculló el cónsul—. Bájame.

Leweski bajó cuidadosamente al cónsul, le tocó los hombros y sonrió. Miró a Martin Silenus y la sonrisa se

transformó en ceño fruncido.

—Usted me resulta familiar, pero nunca lo he visto.

—Conocí a tu bisabuelo —declaró Silenus—. Lo cual me recuerda una cosa. ¿Aún tienes esa cerveza anterior a la Hégira? Este tibio brebaje británico que sabe a orina de alce reciclada. Nunca me cansaría de beberlo.

—No me queda nada —respondió Leweski. Señaló al poeta—. Que me cuelguen. El baúl del abuelo Jiro. Ese viejo holo del sátiro en la Jacktown original. ¿Es posible? —miró a Silenus y luego al cónsul, tocándolos delicadamente con el macizo índice—

Dos fantasmas.

—Seis personas cansadas —precisó el cónsul. La niña rompió a llorar de nuevo— Siete, en realidad. ¿Tienes lugar para nosotros?

Leweski dio media vuelta, las manos extendidas, las palmas para arriba.

—Es todo así. No queda sitio. Ni comida, ni vino —miró a Silenus con los ojos entornados—. Ni cerveza. Nos hemos transformado en un gran hotel sin camas. Los bastardos de la FA se alojan aquí sin pagar, beben su propio aguardiente y esperan el fin del mundo. Que llegará pronto, supongo.

El grupo se arracimaba en lo que

había sido el entresuelo de la entrada. El equipaje apilado se confundía con un tumulto de bártulos que cubrían el suelo. Pequeños grupos de hombres se abrían paso en la multitud mirando a los recién llegados, sobre todo a Brawne Lamia, quien les dirigió una mirada glacial y desdeñosa. Stan Leweski observó un instante al cónsul.

—Tengo una mesa en el balcón. Cinco de esos Comandos de la Muerte de la FA han aparcado allí por una semana, y han asegurado a todo el mundo que piensan liquidar a las legiones éxter con las manos. Si ustedes quieren la mesa, echaré a esos idiotas.

—Sí —dijo el cónsul.

Leweski se marchaba cuando Lamia lo detuvo tocándole el brazo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lamia. Stan Leweski se encogió de hombros y sonrió —No la necesito, pero me gustará. Venga —se perdieron en la multitud.

El balcón del tercer piso apenas tenía lugar para una mesa desvencijada y sus seis sillas. A pesar del apiñamiento en los pisos principales, escaleras y rellanos, nadie reclamó aquel lugar cuando Leweski y Lamia arrojaron a los Comandos de la Muerte al río, nueve metros más abajo. Leweski envió luego

una jarra de cerveza, un cesto de pan y carne fría.

El grupo comió en silencio, sintiendo más que de costumbre el hambre, la fatiga y la depresión posteriores a una fuga criogénica. La oscuridad del balcón sólo se veía atenuada por la opaca luz que reflejaba el interior del Cicero y por los faroles de las barcazas del río. La mayoría de los edificios próximos al Hoolie estaban a oscuras, pero las nubes bajas reflejaban otras luces de la ciudad. El cónsul distinguió las ruinas del Templo del Alcaudón medio kilómetro río arriba.

—Bien —dijo el padre Hoyt, recuperado de la gran dosis de ultramorfina y oscilando en el delicado equilibrio entre el dolor y la analgesia —, ¿qué haremos ahora?

Nadie respondió, y el cónsul cerró los ojos. Rehusaba hacerse cargo de las iniciativas. Sentado en el balcón del Cicero, pensó que le hubiera resultado fácil recuperar el ritmo de vida anterior: bebería hasta la madrugada, observaría las lluvias de meteoritos mientras se despejaban las nubes y caminaría a trompicones a su apartamento cerca del mercado; cuatro horas más tarde se presentaría en el consulado, limpio,

afeitado y con apariencia humana, excepto por los ojos hinchados y el dolor palpitante en la cabeza. Confiando en que Theo —el tranquilo y eficiente Theo— le permitiera terminar la mañana. Confiando en que la suerte le permitiera terminar el día. Confiando en que las copas del Cicero le permitieran terminar la noche. Confiando en que la irrelevancia de su puesto le permitiera terminar su vida.

—¿Todos preparados para la peregrinación?

El cónsul abrió los ojos. Una figura encapuchada se erguía en la puerta; por un instante el cónsul creyó que era Het

Masteen, pero advirtió que este hombre era mucho más bajo, y su acento no evidenciaba las pomposas consonantes de los templarios.

—Si ustedes están preparados, debemos partir —anunció el hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó Brawne Lamia.

—Vamos, deprisa —replicó la sombra.

Fedmahn Kassad se levantó, encorvándose para no chocar con el techo, y retuvo a la figura embozada para echarle la capucha hacia atrás con la mano izquierda.

—¡Un androide! —exclamó Lenar

Hoyt al descubrir la tez azul, los ojos totalmente azules del hombre.

El cónsul no se sorprendió tanto. Hacía más de un siglo que era ilegal tener androides en la Hegemonía —durante ese tiempo se habían biofacturado muy pocos— pero aún se usaban para ciertos menesteres en zonas remotas de los mundos retrógrados como Hyperion. El Templo del Alcaudón había usado muchos androides: la doctrina de la Iglesia del Alcaudón proclamaba que los androides estaban libres del pecado original y por lo tanto eran espiritualmente superiores al género humano, con lo cual quedaban

exentos de la terrible e inevitable represalia del Alcaudón.

—Vengan ustedes deprisa —susurró el androide, acomodándose la capucha.

—¿Eres del Templo? —preguntó Lamia.

—¡Silencio! —ordenó el androide. Miró hacia la sala, se volvió y asintió —. Debemos darnos prisa. Síganme ustedes, por favor.

Todos se pusieron en pie y titubearon. Kassad se desabrochó la larga chaqueta de cuero y el cónsul comprobó que llevaba una vara de muerte en el cinturón. En circunstancias normales, el cónsul se habría espantado

de ver una vara de muerte en las cercanías —el menor error podía achicharrar todas las sinapsis del balcón—, pero en ese momento le tranquilizó verla.

—Nuestro equipaje... —murmuró Weintraub.

—Ya lo han llevado —susurró el encapuchado—. De prisa.

El grupo siguió al androide escalera abajo y salió a la noche con movimientos cansados y pasivos.

El cónsul durmió hasta tarde. Media hora después de amanecer, un rectángulo

de luz se filtró entre las persianas de la portilla y bañó la almohada. El cónsul se apartó rodando, pero no despertó. Una hora después se alzó un fuerte estrépito, cuando las cansadas mantas que habían remolcado la barcaza toda la noche fueron reemplazadas por otras. El cónsul siguió durmiendo. Poco después las pisadas y gritos de la tripulación en la cubierta se volvieron más ruidosos y persistentes, pero lo que finalmente lo arrancó del sueño fue el bocinazo de advertencia frente a los Rizos de Karla.

Aturdido aún por la soporífera resaca provocada por la fuga criogénica, el cónsul se aseó como pudo, con una

bacinilla y una bomba; se puso pantalones de algodón, una vieja camisa de lona y zapatos de suela de espuma, y al fin subió a cubierta. Habían servido el desayuno en un aparador largo, junto a una maltrecha mesa retráctil, protegida por un toldo. La lona dorada y carmesí chasqueaba en la brisa. Era un hermoso día, brillante y sin nubes, y el sol de Hyperion compensaba su pequeñez con su fiereza. Weintraub, Lamia, Kassad y Silenus se habían levantado hacía un rato; Lenar Hoyt y Het Masteen se reunieron con el grupo poco después que el cónsul.

El cónsul se sirvió pez tostado, fruta

y zumo de naranja en el aparador y luego se acercó a la barandilla. Allí el río tenía por lo menos un kilómetro de anchura y su pátina verde y lapislázuli reflejaba el cielo. A primera vista no reconoció las tierras de ambas márgenes. Hacia el este, plantaciones de habichuelas-periscopio se perdían en la brumosa distancia, donde el sol del amanecer se reflejaba en mil superficies inundadas. Algunas chozas aborígenes se erguían en la intersección de las zanjas, con paredes angulosas de raraleña descolorida o semirroble dorado. Hacia el oeste, la orilla estaba poblada por marañas de gisén, raíces de

mangle hembra y un vistoso helecho rojo que el cónsul no reconoció. Todos crecían alrededor de marismas y lagunas que se extendían otro kilómetro más hasta los acantilados, donde unos achaparrados siempreazules se aferraban a cualquier sitio desnudo entre las losas de granito.

Por un instante el cónsul se sintió perdido y desorientado en un mundo que creía conocer, pero luego recordó el bocinazo en Rizos de Karla y comprendió que habían entrado en un tramo poco frecuentado del Hoolie, al norte del Bosquecillo de Doukhobor. El cónsul nunca había visto esta parte del

río, pues siempre había viajado o volado sobre el Canal de Transporte Real que transcurría al oeste de los acantilados. Sospechó que un gran peligro o disturbio en la ruta principal del Mar de Hierba los había obligado a tomar este camino indirecto. Debían de estar a unos ciento ochenta kilómetros de Keats.

—Tiene un aspecto distinto a la luz del día, ¿verdad? —dijo el padre Hoyt.

El cónsul miró de nuevo la costa sin saber de qué hablaba Hoyt; luego comprendió que el sacerdote se refería a la barcaza.

Había sido extraño: seguir al

mensajero androide bajo la lluvia, abordar la vieja barcaza, avanzar por el laberinto de habitaciones y pasillos de mosaico, recoger a Het Masteen en las ruinas del Templo y dejar atrás las luces de Keats. El cónsul recordaba esas horas de la medianoche como un sueño borroso e imaginaba que los demás estarían igualmente extenuados y desorientados. Recordaba vagamente haberse sorprendido de que todos los tripulantes de la barcaza fueran androides, pero ante todo recordaba su alivio cuando cerró la puerta del camarote y se tumbó en la cama.

—Esta mañana he hablado con

Bettik —apuntó Weintraub, aludiendo al androide que los había guiado—. Esta vieja embarcación tiene su historia.

Martin Silenus se acercó al aparador para servirse más zumo de tomate, añadió un chorro de una bebida que llevaba consigo y manifestó:

—Desde luego, ha trajinado bastante. Muchas manos han emporcado las malditas barandas, muchos pies han gastado las escaleras, mucho hollín ha oscurecido los techos y muchas generaciones han retozado en esas camas hasta desvencijarlas. Yo diría que tiene varios siglos. Las tallas y molduras rococó son maravillosas. ¿Han notado

ustedes que a pesar de todos los aromas, la madera empotrada aún huele a sándalo? No me sorprendería que esta cosa procediera de Vieja Tierra.

—En efecto —intervino Sol Weintraub. La niña Rachel dormía en su brazo, soplando burbujas de saliva—. Estamos en la noble nave Benarés, construida en la ciudad de Vieja Tierra que llevaba ese nombre.

—No recuerdo una ciudad de Vieja Tierra con ese nombre —confesó el cónsul.

Brawne Lamia se volvió hacia ellos mientras terminaba el desayuno.

—Benarés, también conocida como

Varanasi o Gandhipur, Estado Hinduista Libre. Parte de la Segunda Esfera Asiática de Co-prosperidad después de la Tercera Guerra Chino-Japonesa. Destruida en el Conflicto Limitado de la República Musulmana Indosoviética.

—Sí —dijo Weintraub—, la *Benarés* fue construida mucho antes del Gran Error. A mediados del siglo veintidós, diría yo. Bettik me informa que originalmente era una barcaza de levitación...

—¿Los generadores electromagnéticos aún están allí? —interrumpió el coronel Kassad.

—Eso creo —respondió Weintraub

—. Cerca del salón principal de la cubierta inferior. El suelo del salón es de cristal lunar claro. Muy bonito si flotáramos a dos mil metros..., pero así no sirve de nada.

—Benarés —murmuró Martin Silenus. Acarició afectuosamente la baranda—. Una vez me asaltaron allí.

Brawne Lamia dejó su taza de café.

—Viejo, ¿intenta sugerir que es tan antiguo como para recordar Vieja Tierra? No somos tan estúpidos.

—Querida niña —sonrió Martin Silenus—, no intento decirle nada. Sólo se me ocurrió que sería divertido, además de edificante y esclarecedor,

que en algún momento intercambiáramos listas de todos los sitios donde hemos robado o nos han robado. Como usted tiene la injusta ventaja de haber sido hija de un senador, sin duda su lista será mucho más distinguida... y mucho más larga.

Lamia abrió la boca para replicar, frunció el ceño y calló.

—¿Cómo habrá llegado esta nave a Hyperion? —murmuró el padre Hoyt—. ¿De qué sirve traer una barcaza de levitación a un mundo donde el equipo EM no funciona?

—Funcionaría —informó el coronel Kassad—. Hyperion tiene un campo

magnético, pero no sirve para sostener una máquina en el aire.

El padre Hoyt enarcó las cejas sin entender la diferencia.

—Vaya —exclamó el poeta desde la borda—, ¡toda la pandilla está aquí!

—¿Y qué? —mascullló Brawne Lamia, apretando los labios al hablar con Silenus.

—Pues si estamos todos aquí, continuemos con nuestros relatos.

—Habíamos convenido en contar nuestras respectivas historias después de la cena —objetó Het Masteen.

Martin Silenus se encogió de hombros.

—Desayuno, cena, ¿a quién diablos le importa? Estamos juntos. No tardaremos seis o siete días en llegar a las Tumbas de Tiempo, ¿verdad?

El cónsul reflexionó. Menos de dos días para llegar hasta donde la barcaza pudiera dejarlos. Dos días más en el mar de Hierba; un poco menos si se contaba con vientos favorables. No más de un día para cruzar las montañas.

—No —admitió—. No llegan a seis días.

—Bien —concluyó Silenus—, entonces continuemos con las historias. Además, nadie garantiza que el Alcaudón no venga de visita antes de

que llamemos a su puerta. Si estas narraciones de hadas están destinadas a elevar nuestras probabilidades de supervivencia, mejor oigámoslas todas antes de que los narradores empiecen a ser triturados o machacados por ese procesador de alimentos ambulante a quien tanto ansiamos visitar.

—Es usted repugnante —gruñó Brawne Lamia.

—Vaya, querida —sonrió Silenus—, las mismas palabras que me susurró anoche después del segundo orgasmo.

Lamia desvió la mirada. El padre Hoyt se aclaró la garganta.

—¿A quién le toca? —preguntó—.

Contar su historia, quiero decir.

El silencio se prolongó.

—A mí —anunció Fedmahn Kassad. El hombre metió la mano en el bolsillo de la túnica blanca y sacó un papel con un enorme 2.

—¿Le importa hacerlo ahora? —preguntó Sol Weintraub.

Kassad sonrió vagamente.

—Yo no estaba a favor de hacerlo, pero los malos tragos más vale pasarlos deprisa.

—¡Vaya! —se sorprendió Martin Silenus—. Ese hombre conoce a los dramaturgos anteriores a la Hégira.

—¿Shakespeare? —preguntó el

padre Hoyt.

—No —replicó Silenus—. Lerner y Lowe. Neil Simon. Hamel Posten.

—Coronel —dijo formalmente Sol Weintraub—, el tiempo es agradable, ninguno de nosotros tiene nada urgente que hacer, y agradeceríamos que usted nos relatara qué lo trae a Hyperion en la última peregrinación del Alcaudón.

Kassad asintió. El calor aumentaba, el toldo de lona chasqueaba, las cubiertas crujían. La barcaza de levitación *Benarés* bogaba corriente arriba hacia las montañas, los pantanos, el Alcaudón.

LA NARRACIÓN DEL SOLDADO AMANTES DE GUERRA

Durante la batalla de Agincourt, Fedmahn Kassad conoció a la mujer a quien después buscaría toda la vida.

En una húmeda y fría mañana de finales de 1415 d.C., Kassad fue designado arquero en el ejército de

Enrique V de Inglaterra. La fuerza inglesa había estado en suelo francés desde el 14 de agosto y a partir del 8 de octubre se replegó ante la superioridad de las fuerzas francesas. Enrique había convencido al consejo de guerra de que el ejército podía batir a los franceses en una marcha forzada hacia la segura Calais. Habían fracasado. En el gris y lluvioso amanecer del 25 de octubre, siete mil ingleses, en su mayoría arqueros, se enfrentaban a una fuerza de veintiocho mil caballeros franceses que estaban a un kilómetro del terreno pantanoso.

Kassad estaba aterido, cansado,

enfermo y asustado. Él y los demás arqueros habían sobrevivido comiendo sólo bayas durante la última semana de marcha, y casi todos los hombres de la línea sufrían de diarrea esa mañana. La temperatura del aire rondaba los 10° C y Kassad había pasado una larga noche tratando de dormir en terreno húmedo. Estaba impresionado por el increíble realismo de la experiencia —la Red Histórico-Táctica de la Escuela de Mando Olympus estaba tan lejos de los simuladores comunes como los holos plenos de las proyecciones más primitivas—, pero las sensaciones físicas resultaban tan convincentes y

reales que Kassad sentía miedo de las heridas. Se hablaba de algunos cadetes que habían recibido heridas fatales en la red y habían salido muertos de los tanques de inmersión.

Kassad y los demás arqueros del flanco derecho de Enrique habían pasado buena parte de la mañana observando a la numerosa tropa francesa; de pronto los pendones ondearon, los sargentos ladraron y los arqueros obedecieron la orden del rey y avanzaron contra el enemigo.

La irregular línea inglesa, que se extendía más de setecientos metros por el campo de una arboleda a otra,

consistía en puñados de arqueros como el de Kassad, mezclado con grupos menos numerosos de caballeros. Los ingleses no tenían caballería formal, y la mayoría de los caballos que Kassad veía en su extremo del campo transportaban a hombres apiñados alrededor del grupo de mando del rey —trescientos metros hacia el centro—, o alrededor de la posición del duque de York, mucho más cercana a Kassad y a los demás arqueros.

Estos grupos de mando le recordaban a Kassad los cuarteles móviles de FUERZA, sólo que en vez del inevitable bosque de antenas de

comunicación que indicaba la posición, brillantes estandartes y pendones colgaban de las picas. Un blanco perfecto para la artillería, pensó Kassad, y luego recordó que ese recurso militar aún no existía en el siglo XV.

Kassad advirtió que los franceses tenían muchos caballos. Estimó que seiscientos o setecientos infantes formaban filas en cada flanco francés y una larga línea de caballería venía detrás del frente principal de batalla. A Kassad no le gustaban los caballos. Había visto holos y fotos, desde luego, pero nunca se había topado con esos animales antes del ejercicio. El tamaño,

el olor y el ruido que producían resultaban turbadores, especialmente cuando los malditos cuadrúpedos tenían armadura en el pecho y la cabeza, llevaban cota de malla y estaban adiestrados para transportar hombres acorazados que empuñaban lanzas de cuatro metros.

El avance inglés se detuvo. Kassad estimó que la línea de batalla estaba a doscientos cincuenta metros de los franceses. Sabía por su experiencia de la semana anterior que estaban a tiro de los arcos largos, pero también sabía que tendría que dislocarse el brazo para tensar la cuerda si quería alcanzarlos

con sus flechas.

Los franceses gritaban lo que Kassad tomó por insultos. Los ignoró mientras él y sus silenciosos camaradas avanzaban desde el lugar donde habían plantado las largas flechas y hallaban un terreno blando donde clavar las estacas. Las estacas eran largas y pesadas, y Kassad había cargado la suya durante una semana. Ese objeto de un metro y medio de longitud estaba afilado en las dos puntas. Tras cruzar el Somme, cuando en medio del bosque se ordenó a los arqueros que buscaran árboles y tallaran estacas, Kassad se preguntó para qué servirían. Ahora lo había

averiguado.

Uno de cada tres arqueros transportaba una enorme maza, y ahora se turnaban para clavar las estacas en el ángulo adecuado. Kassad afiló con el largo cuchillo la punta de su estaca, la cual, a pesar de estar inclinada, le llegaba casi al pecho. Retrocedió por el terreno erizado de puntas para aguardar la embestida francesa. Los franceses no embestían.

Kassad esperó con los demás. Tenía el arco tenso, cuarenta y ocho flechas clavadas en dos manojos a sus pies, y las piernas plantadas con firmeza. Los franceses no embestían.

La lluvia había cesado, pero soplaba una brisa fresca; y el poco calor corporal que había generado la breve marcha y el trabajo de clavar las estacas pronto se disipó. Los únicos sonidos eran los susurros metálicos de hombres y caballos, algunos rezongos o risas nerviosas y el trepidar de cascos mientras la caballería francesa se realineaba, aún negándose a embestir.

—A la mierda con esto —masculló un hirsuto soldado a poca distancia de Kassad—. Esos bastardos nos han hecho perder toda la mañana. Que meen o que dejen el orinal.

Kassad asintió. No sabía si oía y

entendía inglés medieval o si la frase estaba en estándar; no sabía si el hirsuto arquero era otro cadete de la Escuela, un instructor o un mero artilugio del simulador. No sabía si los giros eran correctos, pero no le importaba. El corazón le martilleaba y le sudaban las palmas. Se enjugó las manos en el chaquetón.

Como si el rey Enrique hubiera esperado el rezongo del viejo, las banderas de mando se alzaron de pronto, los sargentos ladraron y una hilera tras otra de arqueros ingleses alzaron los arcos largos, los tensaron a una orden y los aflojaron a la siguiente.

Cuatro andanadas de flechas, integradas por más de seis mil proyectiles puntiagudos de un metro de longitud, formaron una nube a treinta metros de altura y llovieron sobre los franceses.

Se oyó el relincho de los caballos y mil niños dementes golpeando mil cacerolas de lata cuando los infantes franceses inclinaron el cuerpo para que sus cascos de acero y las corazas del pecho y los hombros recibieran lo peor de la borrasca. Kassad sabía que en términos militares se había causado poco daño real, pero esto era un magro consuelo para los soldados franceses

que tenían diez pulgadas de flecha en el ojo, o para las veintenas de caballos que brincaban, rodaban y chocaban mientras sus jinetes intentaban extraer las astas de madera de sus lomos y flancos.

Los franceses no embestían.

Se gritaron más órdenes, Kassad se irguió, se preparó, disparó el arco. Una y otra vez. El cielo se oscurecía cada diez segundos. A Kassad le dolían el brazo y la espalda por el extenuante ejercicio. No sentía euforia ni cólera, sólo cumplía su cometido. Tenía el antebrazo inflamado.

De nuevo volaron las flechas. Había lanzado quince flechas del primer

manojo de veinticuatro cuando un grito corrió por la línea inglesa y Kassad echó un vistazo mientras tensaba la cuerda.

Los franceses embestían.

Una carga de caballería era algo que no figuraba en la experiencia de Kassad. Observar mil doscientos caballos con armadura galopando hacia él creaba sensaciones inquietantes. La carga tardó menos de cuarenta segundos, pero Kassad descubrió que era tiempo suficiente para que la boca se secara, la respiración se cortara y los testículos se comprimieran hasta meterse en el cuerpo. Si el resto de Kassad hubiera

encontrado un escondrijo similar, habría pensado seriamente en imitarlos.

Pero estaba demasiado ocupado para correr. Disparando a cada orden, su línea de arqueros lanzó cinco andanadas a los jinetes atacantes, logró lanzar otra de modo independiente y luego retrocedió cinco pasos.

Resultó que los caballos eran demasiado inteligentes para empalarse voluntariamente en las estacas —por mucho que los jinetes humanos les implorasen que lo hicieran— pero la segunda y tercera oleada de caballería no se detuvieron tan repentinamente como la primera, y de pronto caballos y

jinetes rodaron y gritaron. Kassad corrió y aulló, abalanzándose sobre los franceses caídos, asestando martillazos, y hundiendo el cuchillo largo entre las rendijas de la armadura cuando el apiñamiento le impedía blandir la maza. Pronto él, el arquero hirsuto y un joven que había perdido la gorra se transformaron en un eficaz equipo de exterminio que se lanzaba por los tres lados de cada jinete derribado. Kassad usaba la maza para abatir al jinete implorante y los otros ultimaban la faena con armas blancas.

Sólo un caballero se incorporó y desenvainó la espada para hacerles

frente. El francés se levantó la visera solicitando el honor de la batalla singular. El viejo y el joven merodeaban como lobos. Kassad recuperó el arco y le clavó una flecha en el ojo izquierdo a diez pasos.

La batalla continuó en esa tétrica atmósfera de ópera bufa común a todas las batallas en Vieja Tierra, desde los primeros duelos con piedras y fémures. Mientras la primera oleada de diez mil infantes atacaba el centro inglés, la caballería francesa logró dar media vuelta y escapar. La confusión quebró el ritmo del ataque, y cuando los franceses recobraron la iniciativa, los infantes de

Enrique lograron contenerlos con las picas, mientras Kassad y varios miles de arqueros más arrojaban una andanada tras otra sobre la apiñada infantería francesa.

La batalla no terminó allí. Ni siquiera fue el momento decisivo. Ese instante se perdió —como siempre— entre el polvo y el torbellino de mil encontronazos individuales, donde los infantes se enfrentaron cuerpo a cuerpo blandiendo armas personales. El final llegaría tres horas después, pero antes habría variaciones menores sobre temas repetidos: ataques ineficaces y contraataques torpes, y un momento

poco honorable en que Enrique ordenó matar a los prisioneros para no dejarlos en la retaguardia cuando los ingleses se enfrentaran a una nueva amenaza. Pero los heraldos e historiadores luego convendrían en que el desenlace había quedado resuelto en esa confusión de la primera carga de la infantería francesa. Los franceses murieron a millares. El predominio inglés en esa zona del continente se prolongaría durante un tiempo.

La época de la coraza y el caballero, encarnación de la gallardía, había terminado. Unos miles de andrajosos campesinos con arcos largos los habían

arrojado al ataúd de la historia. El mayor insulto para los nobles franceses muertos —si de alguna manera se podía insultar más a los muertos— se basaba en que los arqueros ingleses no sólo eran plebeyos de la más baja calaña, sino que eran reclutas. Soldados rasos. Patoteros. Técnicos K. Ratas de Asalto.

Todo esto figuraba en la lección que Kassad debía aprender durante el ejercicio con el simulador, pero no aprendió nada. Estaba demasiado ocupado en un encuentro que le cambiaría la vida.

El jinete francés voló sobre la cabeza del caballo tumbado, rodó una

vez y echó a correr hacia el bosque antes que el polvo se asentara. Kassad lo siguió. Estaba cerca de la arboleda cuando comprendió que el joven y el arquero hirsuto no iban con él. No importaba. El bombeo de adrenalina y la sed de sangre lo dominaban.

El jinete, que acababa de caer de un caballo a pleno galope y llevaba cien kilos de aplastante armadura, tendría que haber sido una presa fácil; no lo fue. El francés miró hacia atrás una vez, descubrió que Kassad se le acercaba con la maza en la mano y rabia en los ojos, apresuró el paso y llegó a los árboles con una ventaja de quince

metros sobre su perseguidor.

Kassad se internó en la arboleda, se detuvo, se apoyó en la maza, jadeó y estudió su posición. La distancia y los arbustos sofocaban los golpes, gritos y choques del campo de batalla. Los árboles estaban casi desnudos y aún goteaban por la tormenta de la noche anterior; el suelo del bosque estaba alfombrado con una gruesa capa de hojas viejas y una maraña de arbustos y zarzas. El caballero había dejado un rastro de ramas rotas y huellas los primeros veinte metros, pero después los rastros de venados y las malezas dificultaban la tarea de seguirlo.

Kassad avanzaba despacio, internándose en el bosque, alerta a cualquier ruido al margen de su propio jadeo y el desbocado latido del corazón. Pensó que, tácticamente hablando, no era una maniobra brillante; el caballero llevaba armadura completa y espada cuando desapareció entre los arbustos. En cualquier momento el francés superaría el pánico, lamentaría su transitoria falta de honor y recordaría sus años de adiestramiento. Kassad también estaba entrenado. Se miró la camisa de paño y el chaleco de cuero. Lo habían adiestrado para usar armas de alta energía con un alcance que abarcaba

desde pocos metros hasta miles de kilómetros. Sabía usar granadas de plasma, látigos infernales, rifles con proyectiles explosivos, armas sónicas, armas de gravedad cero sin retroceso, varas de muerte, pistolas cinéticas de asalto y guanteletes de haces. Ahora tenía un conocimiento práctico de un arco largo inglés. No llevaba ninguno de aquellos objetos en ese momento, ni siquiera el arco.

—Mierda —masculló el teniente segundo Kassad.

El caballero emergió de los arbustos como un oso, los brazos en alto, las piernas separadas, y trazó un arco con la

espada para destripar a Kassad. El cadete de la Escuela Olympus trató de retroceder y alzar la maza al mismo tiempo. No lo consiguió. La espada del francés le arrebató la maza mientras la punta roma mordía cuero, camisa y piel.

Kassad gritó y retrocedió de nuevo, manoteando el cuchillo. Tropezó con la rama de un árbol caído y rodó hacia atrás, maldiciendo y hundiéndose en la maraña de ramas mientras el caballero embestía, enarbolando la espada como un machete. Kassad había desenvainado el cuchillo cuando el caballero logró abrir un claro entre las ramas, pero la hoja de veinticinco centímetros

resultaba inútil contra la armadura a menos que el caballero estuviera indefenso, lo cual no era el caso. Kassad sabía que nunca podría penetrar en el radio de la espada. Su única esperanza era correr, pero el alto tronco de un árbol caído y el ramaje le impedían esta alternativa. No deseaba que lo abatieran por la espalda al volverse, ni desde abajo al trepar. No deseaba que lo abatieran desde ningún ángulo. Se agazapó en una posición de cuchillero que no empleaba desde sus días de lucha callejera en los suburbios de Tharsis. Se preguntó cómo sería la muerte en simulación.

La figura apareció detrás del caballero como una sombra brusca. El ruido de la maza de Kassad al golpear el brazo acorazado del caballero sonó como si alguien abollara el capó de un VEM con una mandarria.

El francés trastabilló, se volvió para hacer frente a la nueva amenaza y recibió un segundo mazazo en el pecho.

El salvador de Kassad era menudo, y el caballero no cayó. El caballero francés alzaba la espada por encima de la cabeza cuando Kassad se lanzó hacia él para aferrarle los tobillos.

Se partieron ramas cuando el francés cayó hacia atrás. El pequeño atacante se

puso a horcajadas del caballero, apretándole el brazo derecho con un pie mientras descargaba un mazazo tras otro sobre el yelmo y la visera. Kassad se zafó de la maraña de piernas y ramas, se sentó en las rodillas del hombre derribado y empezó a abrir tajos en la entrepierna, los flancos y las axilas por las rendijas de la armadura. El salvador de Kassad saltó a un costado para plantar ambos pies en la muñeca del caballero y Kassad avanzó a gatas, apuñalando los huecos que separaban el casco del peto y hundiendo la hoja en las ranuras de la visera.

El caballero gritó cuando la maza

bajó por última vez y hundió el cuchillo en la visera como la estaca de una tienda, pasando a milímetros de la mano de Kassad. El caballero se arqueó, alzando a Kassad y treinta kilos de armadura en un espasmo final, y luego se derrumbó.

Kassad rodó a un lado. Su salvador se desplomó junto a él. Ambos estaban cubiertos de sudor y de la sangre del muerto. Kassad advirtió que su salvador era una salvadora: una mujer alta, vestida con ropas similares a las suyas. Por un instante se quedaron allí, recobrando el aliento.

—¿Estás... bien? —articuló Kassad

al cabo de un rato. De pronto le llamó la atención el aspecto de ella. El cabello castaño y lacio era corto según los cánones de la moda en la Red de Mundos, y los mechones más largos caían pocos centímetros a la izquierda del centro de la frente, hasta encima de la oreja derecha. Era un corte de varón de una época olvidada, pero ella no era varón. Kassad pensó que quizá fuera la mujer más bella que había visto: una estructura ósea tan perfecta que la barbilla y los pómulos resultaban enérgicos sin ser afilados, grandes ojos que refulgían de vida e inteligencia, boca suave y carnosa. Tendido junto a

ella, Kassad notó que era alta —no tanto como él, pero desde luego no era una mujer del siglo quince— e incluso bajo la túnica holgada y los pantalones bombachos percibía la blanda curva de las caderas y el busto. Parecía un poco mayor que él, quizá cerca de los treinta años; pero Kassad no pensó en ello cuando la mujer le miró la cara con ojos suaves, cautivantes, profundos.

—¿Estás bien? —repitió. Su propia voz le sonaba extraña.

Ella no respondió. Mejor dicho, respondió deslizando los largos dedos por el pecho de Kassad y arrancando las correas de cuero que sujetaban el tosco

chaquetón. Le tocó la camisa empapada en sangre y rasgada. Terminó de romperla. Se le acercó, rozándole el pecho con los dedos y los labios, contoneando las caderas. Con la mano derecha halló los cordeles del frente del pantalón, los arrancó.

Kassad la ayudó a liberarlo del resto de su ropa y la desnudó en tres rápidos movimientos. Ella no llevaba nada bajo la camisa y los pantalones de paño tosco. Kassad le deslizó la mano entre los muslos, le aferró las nalgas, la atrajo hacia sí y acarició la entrepierna húmeda. Ella abrió los muslos y le apresó la boca con los labios. Nunca

dejaron de tocarse mientras se movían y desnudaban. Kassad sintió su propia erección rozando el vientre de la mujer.

Entonces ella rodó sobre él, montándolo a horcajadas, mirándolo fijamente. Kassad nunca se había excitado tanto. Jadeó cuando ella lo buscó con la mano derecha, lo encontró, lo guió hacia dentro. Cuando Kassad abrió los ojos de nuevo, ella se movía despacio, la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. Kassad alzó las manos para acariciarle los pechos perfectos. Los pezones se le endurecieron contra las palmas.

Hicieron el amor. Kassad, a los

veintitrés años estándar, había estado enamorado una vez y había disfrutado del sexo en muchas ocasiones. Creía saberlo todo. No había nada en sus experiencias, hasta el momento, que no hubiera descrito con una frase y una risotada a sus compañeros en el compartimiento de un transporte de tropas. Con la calma y el cinismo de un veterano de veintitrés años, estaba convencido de que jamás experimentaría nada que no se pudiera describir o descartar con ese desdén; se equivocaba. Nunca podría describir la sensación de los siguientes minutos. Nunca lo intentaría.

Hicieron el amor bajo una franja de tardía luz de octubre, sobre una alfombra de hojas y ropas. Una pátina de sangre y sudor lubricaba la dulce fricción que los unía. Los ojos verdes de ella se clavaron en Kassad, ensanchándose cuando él empezó a moverse deprisa, cerrándose en el mismo instante en que él cerró los suyos.

Entonces se agitaron juntos en la repentina marea de sensaciones antiguas e inevitables como el movimiento de los mundos: pulso acelerado, carne excitada y húmeda, ascenso final, el mundo disolviéndose y luego, mientras aún seguían unidos por el contacto y los

latidos y el menguante estremecimiento de la pasión, la conciencia regresó a los cuerpos separados y los sentidos volvieron de nuevo al mundo.

Se tendieron uno junto al otro. Kassad sentía la fría armadura del muerto contra el brazo izquierdo, el tibio muslo de la mujer contra la pierna derecha. La luz del sol era una bendición. Colores ocultos se elevaban a la superficie de las cosas. Kassad movió la cabeza y la contempló. Ella le apoyaba la cabeza en el hombro. Las mejillas le relucían de excitación y luz otoñal y los cabellos se extendían como hilos de cobre sobre el brazo de Kassad.

La muchacha le rozó el tobillo con la pierna y Kassad sintió el despertar de la pasión renovada. El sol le entibiaba la cara. Cerró los ojos.

Cuando despertó, ella se había ido. Estaba seguro de que sólo habían transcurrido unos segundos —no más de un minuto, desde luego— pero la luz del sol se había esfumado, los colores habían desaparecido del bosque y una fresca brisa nocturna agitaba las ramas desnudas.

Kassad se puso las ropas raídas endurecidas por la sangre. El caballero francés yacía rígido con la impavidez de la muerte. Parecía inanimado, una parte

del bosque. No había ni rastro de la mujer.

Fedmahn Kassad cruzó cojeando el bosque, el anochecer y la repentina y fría llovizna. En el campo de batalla aún había gente, vivos y muertos. Los muertos yacían apilados como los soldados de juguete con que se entretenía Kassad cuando era niño. Los heridos se movían despacio con la ayuda de amigos. Aquí y allá, formas furtivas avanzaban entre los muertos, y cerca de la arboleda un animado grupo de heraldos, franceses e ingleses, celebraban un cónclave gesticulando y parloteando. Kassad sabía que debían

poner un nombre a la batalla para que sus respectivos registros concordaran. También sabía que optarían por el nombre del castillo más cercano, Agincourt, aunque no había figurado en la estrategia ni en la batalla.

Kassad empezaba a creer que todo aquello no era una simulación; que su vida en la Red de Mundos era el sueño y que aquel día gris debía ser la realidad, cuando de pronto toda la escena se congeló. Los perfiles de los humanos, los caballos y el oscuro bosque se volvieron transparentes como un holo al apagarse. Cuando lo sacaron del tanque de simulación de la Escuela de Mando

Olympus, los demás cadetes e instructores se levantaban, hablaban y reían, al parecer sin advertir que el mundo había cambiado para siempre.

Durante semanas Kassad pasó todo su tiempo libre merodeando por la escuela, vigilando desde las murallas cuando la sombra nocturna del monte Olympus oscurecía la boscosa meseta y las pobladas tierras altas hasta cubrir el horizonte y el mundo. Constantemente pensaba en lo que había ocurrido. Pensaba en ella.

Nadie más había notado nada extraño en la simulación. Nadie más había abandonado el campo de batalla.

Un instructor explicó que nada existía fuera del campo de batalla en ese segmento de la simulación. Nadie había echado de menos a Kassad. Era como si el episodio del bosque y la mujer no existieran.

Kassad sabía que no era así. Asistía a sus clases de historia militar y matemáticas. Pasaba horas en el polígono de tiro y el gimnasio. Cumplía sus castigos en el Cuadrángulo Caldera, aunque éstos eran poco frecuentes.

El joven cadete Kassad mejoraba como oficial. Pero entre tanto esperaba.

Y ella reapareció.

De nuevo fue durante las horas

finales de una simulación de la EMO:RHT, Red Histórico-Táctica de la Escuela de Mando Olympus. Kassad había aprendido que los ejercicios no eran meras simulaciones. EMO:RHT formaba parte de la Entidad Suma de la Red de Mundos, el sistema informático de tiempo real que regía las políticas de la Hegemonía, brindaba información a miles de millones de ciudadanos hambrientos de datos y había alcanzado una especie de autonomía y conciencia propias. Más de ciento cincuenta esferas de datos planetarios combinaban sus recursos en el marco creado por seis mil inteligencias artificiales clase Omega

para permitir que EMO:RHT funcionara.

—EMO:RHT no simula —comentó el cadete Radinski, el mejor experto en IA que Kassad pudo encontrar y sobornar para que se lo explicara—. Sueña. Sueña con la mejor precisión histórica de la Red, mucho más que la suma de sus partes, porque inserta una visión holística además de datos. Cuando sueña, nos permite soñar con ella.

Kassad no lo había entendido, pero lo había creído.

Ella apareció de nuevo. En la Primera Guerra entre EE.UU. y Vietnam hicieron el amor después de una

emboscada durante la oscuridad y el terror de una patrulla nocturna. Kassad llevaba tosca ropa de camuflaje —sin ropa interior, porque la jungla infectaba los genitales— y un casco de acero no mucho más avanzado que los de Agincourt. Ella llevaba pijama negro y sandalias, el atuendo universal del campesino del Sudeste del Asia. También del Vietcong. Ninguno de los dos iba vestido cuando hicieron el amor de pie en la noche, ella apoyada contra un árbol y envolviéndolo con las piernas, mientras más allá el mundo estallaba en fulgores verdes y disparos.

Ella se le acercó en el segundo día

de Gettysburg y de nuevo en Borodino, donde las nubes de humo flotaban sobre las pilas de cuerpos como vapor exhalado por las almas que partían.

Hicieron el amor en el casco destrozado de un blindado en la Cuenca de Helias, en Marte, mientras la batalla de hovertanques aún bramaba y el polvo rojo del simún arañaba el blindaje de titanio.

—Dime tu nombre —susurró él en estándar.

Ella meneó la cabeza.

—¿Eres real..., de fuera de la simulación? —preguntó Kassad en el anglojaponés de la época. Ella asintió y

se le acercó para besarlo.

Se abrazaron en un refugio entre las ruinas de Brasilia mientras los rayos mortíferos de los VEMs chinos jugaban como haces azules sobre derrumbadas paredes de cerámica. Durante una batalla sin nombre después del sitio de una olvidada ciudad en las estepas rusas, él la retuvo en la habitación destrozada donde habían hecho el amor y susurró:

—Quiero quedarme contigo.

Ella le tocó los labios con el dedo y negó con un gesto. Después de la evacuación de Nueva Chicago, mientras yacían en el balcón del piso cien, donde

Kassad se había instalado como francotirador para la vana acción de retaguardia del último presidente de Estados Unidos, le apoyó la mano entre los tibios senos y dijo:

—¿Alguna vez podrás unirte a mí... allá fuera?

Ella le rozó la mejilla con la palma y sonrió.

Durante el último año en la Escuela de Mando hubo sólo cinco simulaciones de EMO:RHT, pues los cadetes recibían más adiestramiento en vivo. A veces, Kassad —cuando estaba sujeto a la silla de mando táctico durante el ascenso de un batallón en Ceres— cerraba los ojos,

escrutaba la disposición de colores primarios de la matriz de táctica y terreno generada corticalmente y sentía... ¿una presencia? ¿Ella? No estaba seguro.

Luego ella no reapareció más. Ni en los últimos meses de trabajo. Ni en la simulación final de la Gran Batalla de Goal Sack, donde fue aplastado el motín del general Horace Glennon-Height. Ni en los desfiles y fiestas de graduación, ni mientras la clase marchaba en una última revista olímpica ante el FEM de la Hegemonía, que saludaba desde su cubierta de levitación iluminada de rojo.

No hubo tiempo para soñar cuando

los jóvenes oficiales se teleyectaron a la Luna terrícola para la Ceremonia de Masada y al Centro Tau Ceti para el juramento formal de lealtad a FUERZA.

El cadete y teniente segundo Kassad se convirtió en el teniente Kassad y pasó tres semanas estándar de permiso en la Red, con una tarjeta universal emitida por FUERZA que le permitía teleyectar a donde y cuando quisiera. Luego se embarcó para la escuela del Servicio Colonial de la Hegemonía de Lusus a fin de prepararse para el servicio activo en la Red. Estaba seguro de que nunca volvería a ver a la muchacha. Se equivocaba.

Fedmahn Kassad se había educado en una cultura de pobreza y muerte repentina. Como miembros del grupo minoritario de los Palestinos, que aún conservaban ese nombre, él y su familia habían vivido en las barriadas de Tharsis, testimonio del amargo legado de los absolutamente desposeídos. Cada palestino de la Red de Mundos y de otras partes llevaba el recuerdo cultural de un siglo de luchas coronado por un mes de triunfo nacionalista antes de que la Jihad Nuclear de 2038 lo arrasara todo. Luego vino la segunda Diáspora, que esta vez duró cinco siglos y terminó en mundos estériles y desiertos como

Marte. El sueño quedó sepultado con la muerte de Vieja Tierra.

Kassad, como los otros niños de los Campos de Reasignación del Sur de Tharsis, tenía que formar parte de una pandilla o enfrentarse al peligro de convertirse en presa de todos los matones del campamento. Optó por la pandilla. Al cumplir los dieciséis años estándar, Kassad ya había matado a otro joven.

Si por algo era conocido Marte en la Red de Mundos, era por las cacerías del Valle del Mariner, el Macizo Zen de Schraude en la Cuenca de Helias y la Escuela de Mando Olympus. Kassad no

tenía que viajar al Valle del Mariner para aprender cosas acerca de cazadores y cazados, no tenía interés en el gnosticismo Zen y como adolescente sólo sentía desprecio por los cadetes uniformados que acudían de todas partes de la Red a adiestrarse para FUERZA. Junto con sus compinches, despreciaba el Nuevo Bushido como un código para maricas, pero una antigua vena de honor en el alma del joven Kassad resonaba secretamente ante la idea de una clase samurai cuya vida y labor giraba alrededor del deber, la autoestima y el valor absoluto de la palabra dada.

Cuando Kassad tenía dieciocho

años, un juez de la Provincia de Tharsis le dio a elegir entre pasar un año marciano en el campo de trabajos forzados del polo o ingresar en la Brigada John Carter, destinada a ayudar a FUERZA a aplastar la resurgente rebelión Glennon-Height en las colonias Clase Tres. Kassad prefirió la segunda alternativa y descubrió que le gustaban la disciplina y la pulcritud de la vida militar, aunque la Brigada John Carter sólo actuó en guarniciones de la Red y se disolvió poco después que el nieto clonado de Glennon-Height murió en Renacimiento. Dos días después de cumplir diecinueve años, Kassad

solicitó el ingreso en FUERZA y lo rechazaron. Se emborrachó nueve días, despertó en un profundo túnel de una colmena de Lusus, sin el implante comlog militar —al parecer se lo había robado alguien que había seguido un curso de cirugía por correspondencia—, sin tarjeta universal, con el acceso teleyector revocado y explorando nuevas fronteras del dolor de cabeza.

Kassad trabajó con Lusus un año estándar, ahorrando más de siete mil marcos y superando su fragilidad marciana con faenas en 1,3 gravedad estándar. Cuando usó los ahorros para embarcarse a Alianza-Maui en un

antiguo carguero de velas fotónicas al que habían añadido motores Hawking, Kassad aún era alto y flaco para las pautas de la Red de Mundos, pero sus músculos funcionaban perfectamente según cualquier pauta.

Llegó a Alianza-Maui tres días antes del inicio de la cruenta e impopular Guerra de las islas, y eventualmente el comandante FUERZA de Primersitio se hartó de ver al joven Kassad esperando en la oficina y le permitió alistarse en el 23º Regimiento de Aprovisionamiento como segundo conductor de aliscafos. Once meses estándar después, el cabo Fedmahn del 12° Batallón de Infantería

Móvil había recibido dos Cúmulos Estelares por Servicio Distinguido, una Felicitación Senatorial por su valor en la campaña del Archipiélago Ecuatorial y dos Corazones Púrpuras. También lo asignaron a la escuela de mando de FUERZA y lo embarcaron hacia la Red en el siguiente convoy.

Kassad soñaba a menudo con ella. No sabía su nombre y ella nunca había hablado, pero Kassad habría reconocido su textura y su aroma en plena oscuridad entre mil mujeres. Para sí mismo, la llamaba Misterio.

Mientras otros oficiales jóvenes iban de putas o buscaban amigas en la

población aborigen, Kassad se quedaba en la base o daba largos paseos por ciudades extrañas. Seguía obsesionado con el secreto de Misterio, a pesar de saber muy bien cómo luciría eso en un informe psíquico. A veces, vivaqueando bajo lunas múltiples o en el seno materno de gravedad cero de un transporte, Kassad caía en la cuenta de cuan descabellado era su amor por un fantasma; pero entonces evocaba ese lunar bajo el pecho izquierdo, que había besado una noche, sintiendo los latidos en los labios mientras los cañonazos sacudían el suelo de Verdún. Recordaba el gesto impaciente con que ella se

apartaba el cabello mientras le apoyaba la mejilla en el muslo. Entonces, mientras los jóvenes oficiales iban a la ciudad o a chozas cercanas a la base, Fedmahn Kassad leía libros de historia, corría a lo largo del perímetro o practicaba estrategias tácticas en el comlog.

Pronto llamó la atención de sus superiores.

Durante la guerra no declarada con los Mineros Libres de los Territorios del Anillo Lambert, el teniente Kassad encabezó a los soldados supervivientes y a los marines de la guardia para excavar el fondo del viejo túnel de un

asteroide de Peregrino y evacuar al personal consular y los ciudadanos de la Hegemonía.

Pero fue durante el breve reinado del Nuevo Profeta en Qom-Riyadh cuando el capitán Fedmahn Kassad llamó la atención de toda la Red.

El capitán FUERZA de la única nave de la Hegemonía que había a dos años cuánticos del mundo colonial estaba en visita de cortesía cuando el Nuevo Profeta decidió encabezar a treinta millones de shiítas del Nuevo Orden contra dos continentes de tenderos suni y noventa mil residentes infieles de la Hegemonía. El capitán de la nave y

cinco funcionarios ejecutivos fueron apresados. Urgentes mensajes ultralínea del Centro Tau Ceti exigieron que el oficial superior de la hipernave Denieve, en órbita sobre Qom-Riyadh, liberara a todos los rehenes y depusiera al Nuevo Profeta sin recurrir al uso de armas nucleares dentro de la atmósfera del planeta. El Denieve era un viejo patrullero de defensa orbital; no llevaba armas nucleares que se pudieran usar dentro de la atmósfera. El oficial superior era el capitán FUERZA Fedmahn Kassad.

El tercer día de la revolución, Kassad desembarcó con el único

vehículo de asalto del Denieve en el patio principal de la Gran Mezquita de Mashhad; él y sus treinta y cuatro soldados FUERZA vieron cómo la multitud crecía hasta llegar a trescientos mil militantes, a quienes mantuvieron a raya sólo gracias al campo de contención de la nave y a la falta de una orden de ataque por parte del Nuevo Profeta. Éste no estaba en la Gran Mezquita; había volado al hemisferio norte de Riyadh para participar en las celebraciones de victoria.

Dos horas después del aterrizaje, el capitán Kassad salió de la nave y realizó un breve anuncio. Declaró que lo

habían educado como musulmán. También declaró que la interpretación del Corán desde tiempos de la nave seminal shiíta había demostrado definitivamente que el Dios del Islam no toleraría ni permitiría la matanza de inocentes, por muchas jihads que proclamaran los herejes pretenciosos como el Nuevo Profeta. El capitán Kassad concedió a los líderes de treinta millones de fanáticos tres horas para entregar los rehenes y regresar al desierto continente de Qom.

Durante los tres primeros días de la revolución, los ejércitos del Nuevo Profeta habían ocupado la mayoría de

las ciudades de dos continentes y habían tomado más de veintisiete mil rehenes de la Hegemonía. Los pelotones de fusilamiento habían trabajado día y noche zanjando antiguas disputas teológicas, y se estimaba que por lo menos doscientos cincuenta mil sunis habían sido exterminados en los dos primeros días del régimen del Nuevo Profeta. En respuesta al ultimátum de Kassad, el Nuevo Profeta anunció que todos los infieles serían ejecutados de inmediato después de su discurso televisivo de esa noche. También ordenó un ataque contra el vehículo de asalto de Kassad.

Evitando los altos explosivos para no dañar la Gran Mezquita, la Guardia Revolucionaria usó armas automáticas, cañones de energía pura, cargas de plasma y ataques de oleadas humanas. El campo de contención aguantó.

El discurso del Nuevo Profeta comenzó un cuarto de hora antes de que venciera el ultimátum de Kassad. El Nuevo Profeta convenía con Kassad en que Alá castigaría sin piedad a los herejes, pero anunció que los infieles de la Hegemonía serían los castigados. Era la primera vez que el Nuevo Profeta perdía los estribos ante las cámaras. Chillando y salivando, ordenó que se

renovaran los ataques de oleadas humanas contra el vehículo de asalto. Anunció que una docena de bombas de fisión se estaban ensamblando en el ocupado reactor Poder para la Paz de Alí. Con estas armas, las fuerzas de Alá irían al espacio mismo. Explicó que la primera bomba de fisión se dirigiría contra el satánico vehículo de asalto del infiel Kassad esa misma tarde. Luego empezó a explicar cómo ejecutaría a los rehenes de la Hegemonía, pero en ese momento el plazo de Kassad venció.

Qom-Riyadh era, por elección y por situación, un mundo técnicamente primitivo. Pero los habitantes eran lo

bastante avanzados como para tener una esfera de datos activa. Además, los mullahs revolucionarios que habían conducido la invasión no eran tan opuestos al «Gran Satán de la Ciencia de la Hegemonía» como para negarse a participar en la red de datos globales con sus comlogs personales.

La Denieve había sembrado suficientes satélites espía, de modo que a las 1729, Hora Central de Qom-Riyadh, la esfera de datos había sido inspeccionada hasta el punto de que la nave de la Hegemonía había identificado a dieciséis mil ochocientos treinta mullahs revolucionarios mediante sus

códigos de acceso. A las 1729:30 los satélites espía empezaron a transmitir sus datos de tiempo real a los veintiún satélites de defensa que el vehículo de asalto de Kassad había dejado en órbita baja. Estas armas de defensa orbitales eran tan anticuadas que la Denieve tenía la misión de devolverlas para que la Red de Mundos las destruyera. Kassad había sugerido otra utilización.

A las 1730 en punto, diecinueve de esos pequeños satélites hicieron detonar sus núcleos de fusión. En los nanosegundos anteriores a su autodestrucción, los rayos X resultantes fueron enfocados, apuntados y liberados

en dieciséis mil ochocientos treinta haces invisibles pero compactos. Los antiguos satélites defensivos no estaban diseñados para uso atmosférico y tenían un radio destructivo efectivo de menos de un milímetro. Por fortuna, no se necesitaba más. No todos los haces penetraron en lo que hubiera entre los mullhas y el cielo. Pero quince mil setecientos ochenta y cuatro dieron en el blanco.

El efecto fue inmediato y contundente. En cada caso, el cerebro y fluído nervioso del blanco hirvieron, se vaporizaron y destruyeron el cráneo que los protegía. El Nuevo Profeta estaba en

plena emisión en vivo a todo el planeta —pronunciando la palabra «hereje»— cuando dieron las 1730.

Durante casi dos minutos, las pantallas y paredes de televisión de todo el planeta transmitieron la imagen del cuerpo decapitado del Nuevo Profeta derrumbado sobre el micrófono. Luego Fedmahn irrumpió en todas las bandas de televisión para anunciar que el siguiente plazo vencía una hora más tarde y que toda acción contra los rehenes se enfrentaría a una demostración más enérgica de la ira de Alá.

No hubo represalias.

Esa noche, en órbita alrededor de Qom-Riyadh, Misterio visitó a Kassad por primera vez desde sus días en la academia. Estaba dormido, pero la visita fue más que un sueño y menos que la realidad alternativa de las simulaciones EMO:RHT. La mujer y él estaban acostados bajo una manta ligera debajo de un techo roto. La tez de ella era tibia y eléctrica, la cara un contorno pálido contra la oscuridad de la noche. Arriba, las estrellas empezaban a disolverse en la falsa luz de la aurora. Kassad comprendió que ella intentaba hablarle; sus suaves labios formaban palabras que él no alcanzaba a oír. Se

echó hacia atrás un instante para verle mejor la cara y entonces perdió el contacto. Despertó con las mejillas perladas de sudor. El zumbido de los sistemas de a bordo le resultaba tan extraño como el jadeo de una bestia adormilada.

Nueve semanas estándar después, Kassad compareció ante un consejo de guerra de FUERZA en Freeholm. Al tomar su decisión en Qom-Riyadh, sabía que sus superiores no tendrían más remedio que crucificarlo o ascenderlo.

FUERZA se enorgullecía de estar dispuesta para todas las contingencias en la Red o las regiones coloniales, pero

nada la había preparado para la Batalla de Bressia Sur ni sus implicaciones para el Nuevo Bushido.

El código del Nuevo Bushido, que regía la vida del coronel Kassad, había nacido de la necesidad de supervivencia de la clase militar. Después de las obscenidades de finales del siglo veinte y principios del siglo veintiuno en Vieja Tierra, cuando los líderes militares habían involucrado a sus países en estrategias donde poblaciones civiles enteras eran blancos legítimos mientras sus verdugos uniformados permanecían a salvo en refugios a cincuenta metros bajo tierra, la repugnancia de los civiles

supervivientes fue tan drástica que durante más de un siglo la palabra «militar» fue una invitación al linchamiento.

Al evolucionar, el Nuevo Bushido combinó los tradicionales conceptos de honor y valor individual con la necesidad de no perjudicar a los civiles si podía evitarse. También contemplaba la prudencia de regresar a los conceptos prenapoleónicos de guerras circunscritas, «no totales», que definían metas e impedían los excesos. El código conllevaba el abandono de las armas nucleares y las campañas de bombardeo estratégico —salvo en casos extremos

—, pero además exigía un retorno al concepto medieval de Vieja Tierra de batallas limitadas entre fuerzas pequeñas y profesionales en un momento mutuamente acordado y un lugar donde la destrucción de propiedad privada y pública se redujera al mínimo.

Este código fue útil durante los primeros cuatro siglos de la expansión post-Hégira. El hecho de que algunas tecnologías esenciales permanecieran congeladas durante tres de esos siglos operó a favor de la Hegemonía, pues su monopolio en el uso de teleyectores le permitía aplicar los modestos recursos de FUERZA en el punto indicado y el

momento adecuado.

Aunque separados por años cuánticos de deuda temporal, los mundos coloniales o independientes no podían competir con el poder de la Hegemonía. Los episodios como la rebelión política de Alianza-Maui, con su singular lucha de guerrillas, o la demencia religiosa de Qom-Riyadh, fueron eliminados con rapidez y firmeza; los excesos de las campañas simplemente enfatizaban la importancia de regresar al estricto código del Nuevo Bushido. Pero, a pesar de los cálculos y preparativos de FUERZA, nadie había previsto la inevitable confrontación con

los éxters.

Los éxters habían constituido la mayor amenaza externa para la Hegemonía durante esos cuatro siglos, desde que los ancestros de las hordas bárbaras habían abandonado el sistema solar en su tosca flota de maltrechas ciudades O'Neill, errantes asteroides y cometas con granjas experimentales. Incluso cuando los éxters adquirieron el motor Hawking, era política oficial de la Hegemonía ignorarlos mientras sus hordas permanecieran en las tinieblas interestelares y limitaran sus saqueos a tomar pequeñas cantidades de hidrógeno de las gigantes gaseosas y hielo de las

lunas deshabitadas.

Las primeras escaramuzas en el Afuera, como Mundo de Bent y GHC 2990, se consideraron aberraciones de escaso interés para la Hegemonía. Incluso la batalla campal por Lee Tres se trató como problema del Servicio Colonial, y cuando la flota FUERZA llegó seis años después del ataque y cinco años después de la partida de los éxters, las atrocidades se olvidaron con la certeza de que las incursiones bárbaras no se repetirían cuando la Hegemonía optara por emplear la fuerza.

En las décadas que siguieron a Lee Tres, naves especiales FUERZA y éxter

se enfrentaron en cien zonas fronterizas, pero excepto por los raros encuentros con marines en lugares sin aire y sin gravedad, no hubo encontronazos de infantería. En la Red de Mundos proliferaron los rumores: los éxters nunca constituirían una amenaza para los mundos tipo Tierra porque durante tres siglos se habían adaptado a la falta de peso; los éxters habían evolucionado hasta transformarse en algo más —o menos— que humano; los éxters no disponían de tecnología de teleyección y jamás la tendrían, así que nunca constituirían una amenaza para FUERZA.

Luego vino Bressia.

Bressia era uno de esos mundos acogedores e independientes, satisfecho con su ventajoso acceso a la Red de Mundos y su distancia de ocho meses, que se enriquecía con la exportación de diamantes, asperraíz y un incomparable café. Rehusaba esquivamente transformarse en mundo colonial, pero aún así continuaba dependiendo del Protectorado y el Mercado Común de la Hegemonía para satisfacer sus ambiciosas metas económicas. Como la mayoría de estos mundos, Bressia se enorgullecía de su Fuerza de Autodefensa: doce naves-antorchas, un

crucero de ataque que FUERZA había desechado medio siglo atrás, dos veintenas de pequeños patrulleros orbitales, un ejército activo de noventa mil voluntarios, una respetable armada oceánica y una provisión de armas nucleares almacenadas con propósitos meramente simbólicos.

Las estaciones monitoras de la Hegemonía habían reparado en la estela Hawking de los éxters, pero la interpretaron como otra migración masiva que pasaría a medio año luz del sistema de Bressia. En cambio, con una corrección de curso que no se detectó hasta que el enjambre estuvo dentro del

radio de la Nube de Oort, los éxters cayeron sobre Bressia como una plaga del Antiguo Testamento. Bressia estaba separada de cualquier ayuda o reacción de la Hegemonía por siete meses estándar.

La fuerza espacial de Bressia fue exterminada a las venticuatro horas de lucha. El enjambre éxter luego apostó más de tres mil naves en el espacio cislunar de Bressia e inició la demolición sistemática de todas las defensas planetarias.

Aquel mundo había sido colonizado por cejijuntos europeos centrales durante la primera oleada de la Hégira,

y sus dos continentes se llamaban prosaicamente Bressia Norte y Bressia Sur. Bressia Norte tenía desiertos, altas tundras y seis ciudades principales que albergaban sobre todo a sembradores de una planta llamada asperraíz e ingenieros petrolíferos. Bressia Sur, de clima y geografía mucho más templados, era el hogar de la mayoría de los cuatrocientos millones de habitantes de ese mundo y tenía enormes plantaciones de café.

Como para demostrar cómo había sido la guerra en el pasado, los éxters arrasaron Bressia Norte; primero con varios cientos de armas nucleares sin

lluvia radiactiva y bombas tácticas de plasma, luego con rayos de la muerte y finalmente con virus de laboratorio. Sólo un puñado de los catorce millones de residentes logró escapar. En Bressia Sur sólo fueron bombardeados algunos blancos militares concretos, los aeropuertos y la gran bahía de Solno.

La doctrina FUERZA sostenía que, aunque un mundo se podía someter desde el espacio orbital, la invasión militar de un planeta industrializado era un imposible; se consideraba que los problemas logísticos, la inmensa superficie a ocupar y el inmanejable tamaño del ejército invasor eran

argumentos definitivos contra la invasión.

Sin duda los éxters no habían leído la doctrina FUERZA. El vigesimotercer día de la confirmación, más de dos mil naves de descenso y asalto cayeron sobre Bressia Sur. Los restos de la fuerza aérea de Bressia fueron destruidos durante las primeras horas de la invasión. Se detonaron dos artefactos nucleares contra las zonas de operación éxter: el primero fue desviado por campos energéticos y el segundo destruyó a una sola nave exploradora que tal vez era un señuelo.

Resultó que los éxters sí habían

cambiado físicamente en tres siglos. Preferían ambientes de gravedad cero. Pero los exoesqueletos de potencia de su infantería móvil funcionaban muy bien, y las tropas éxter, con largas extremidades y vestidas de negro, pronto recorrieron las ciudades de Bressia Sur como una plaga de arañas gigantes.

La última resistencia organizada se desmoronó el decimonoveno día de la invasión. Buckminster, la capital, cayó al mismo tiempo. El último mensaje ultralínea de Bressia a la Hegemonía fue interrumpido una hora después de que las tropas éxters entraran en la ciudad.

El coronel Kassad llegó con la Flota

Uno de FUERZA veintinueve semanas estándar después. Treinta naves-antorcha clase Omega, que protegían una nave-puente equipada con teleyector, penetraron en el sistema a alta velocidad. La esfera de singularidad se activó a las tres horas de la llegada y diez horas después había cuatrocientas naves FUERZA en el sistema. La contrainvasión comenzó veintiuna horas después.

Esas eran las matemáticas de los primeros momentos de la Batalla de Bressia. Para Kassad, el recuerdo de aquellos días y semanas no incluía matemáticas, sino la terrible belleza del

combate. Era la primera vez que las naves-puente se usaban contra algo mayor que una división y hubo previsibles confusiones. Kassad se lanzó desde una distancia de cinco minutos-luz y cayó sobre grava y polvo amarillo, porque el portal teleyector del vehículo de asalto daba a un declive abrupto que el lodo y la sangre de las primeras escuadras habían vuelto resbaladizo. Kassad quedó tendido en el barro mientras contemplaba la locura que había colina abajo. Diez de los diecisiete vehículos de asalto teleyectores ardían desperdigados entre las colinas y las plantaciones como

juguetes rotos. Los campos de contención de los vehículos supervivientes se encogían bajo un embate de fuego de misiles y bombas de contrapresión que transformaba las zonas de aterrizaje en cúpulas de fuego naranja. La pantalla táctica de Kassad estaba desquiciada; el visor mostraba un caos de imposibles vectores de fuego, fosforescencias rojas en los puntos donde agonizaban tropas FUERZA, fantasmas de interferencia éxter. Alguien gritaba «¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!» en su circuito de mando primario y los implantes registraban un vacío donde debían aparecer los datos

del Grupo de Mando.

Un soldado lo ayudó a incorporarse; Kassad sacudió el barro del bastón de mando y se apartó del camino de llegada del próximo escuadrón teleyectado. La guerra empezó.

En sus primeros minutos en Bressia Sur, Kassad comprendió que el Nuevo Bushido había muerto. Una fuerza terrestre FUERZA de ochenta mil hombres bien armados y entrenados avanzaba desde sus zonas de operaciones buscando la batalla en un lugar despoblado. Las fuerzas éxter se replegaban tras una franja de tierra calcinada, dejando sólo trampas

cazabobos y civiles muertos. FUERZA usaba teleyectores para maniobrar más rápidamente que el enemigo y obligarlo a luchar. Los éxters respondían con una andanada de armas nucleares y de plasma, con lo cual detenían a las tropas terrestres en sus campos de fuerza mientras la infantería éxter se retiraba hacia sólidas defensas alrededor de las ciudades y las zonas operativas de las naves de descenso.

No hubo rápidas victorias en el espacio para inclinar la balanza en Bressia Sur. A pesar de las fintas y algunas batallas cruentas, los éxters conservaron pleno control de todo lo

que estaba a una distancia de tres UA de Bressia. Las unidades espaciales FUERZA se replegaron y se limitaron a mantener la flota dentro del alcance de los teleyectores y a proteger la nave-puente principal.

Se había pronosticado una batalla de dos días. Se prolongó treinta, sesenta días. La guerra había regresado al siglo veinte o veintiuno: largas y sombrías campañas libradas en el polvo de ladrillo de ciudades arruinadas sobre los cadáveres de los civiles. Los ochenta mil primeros hombres de FUERZA fueron triturados, reforzados con cien mil más, y aún los estaban

diezmando cuando se reclamaron otros doscientos mil. Sólo la firme resolución de Meina Gladstone y otros senadores empecinados mantenía la guerra con vida y las tropas muriendo, mientras los miles de millones de voces de la Entidad Suma y el Consejo Asesor IA exigían la retirada.

Kassad había comprendido enseguida el cambio de táctica. Su instinto de luchador-callejero había resurgido aún antes que la mayor parte de su división fuera exterminada en la Batalla de las Piedras. Mientras la violación del Nuevo Bushido privaba a otros comandantes FUERZA de la

capacidad de decidir, Kassad —al mando de su regimiento y provisionalmente a la cabeza de su división cuando las armas nucleares fulminaron al Grupo de Mando Delta— cambiaba hombres por tiempo y pedía la liberación de armas de fusión como antesala de su propio contraataque. Cuando los éxters se retiraron noventa y siete días después que FUERZA «rescató» Bressia, Kassad se había ganado un apodo de doble filo, el Carnicero de Bressia Sur. Se rumoreaba que incluso sus tropas le temían.

Kassad soñaba con ella en sueños que eran más —y menos— que sueños.

Durante la última noche de la Batalla de las Piedras, en el laberinto de oscuros túneles donde Kassad y sus grupos de cazadores usaban armas sónicas y gas T-5 para eliminar las últimas madrigueras de comandos éxters, el coronel se durmió en medio de las llamaradas y alaridos y sintió que ella le acariciaba las mejillas y lo rozaba con los pechos.

Cuando entraron en Nueva Viena por la mañana, después del ataque espacial solicitado por Kassad, avanzando por los lisos surcos de veinte metros de anchura abiertos por los rayos, Kassad miró sin parpadear las hileras de cabezas humanas que aguardaban en el

pavimento, cuidadosamente alineadas como para acoger a las tropas FUERZA con sus miradas acusatorias. Regresó a su VEM de mando, cerró las compuertas y —acurrucándose en la tibia oscuridad que olía a goma, plástico recalentado, iones cargados— oyó los susurros de ella por encima del parloteo de los canales C3 y los códigos de implantes.

La noche anterior a la retirada éxter, Kassad dejó la conferencia de mando a bordo de la nave Brasil, se teleyectó a su cuartel general de las Indelebles, al norte del valle Hyne, y llevó el vehículo a la cima para observar el bombardeo final. El más cercano de los estallidos

nucleares tácticos quedaba a cuarenta y cinco kilómetros. Las bombas de plasma florecían como capullos color naranja y rojo sangre plantados en una cuadrícula perfecta. Kassad contó más de doscientas columnas de luz verde mientras los látigos infernales desgarraban la ancha meseta. Antes de dormir, sentado en el borde del VEM, mientras trataba de rechazar las pálidas imágenes, ella vino. Llevaba un vestido azul claro y caminaba ligeramente entre las muertas plantas de asperraíz de la ladera. La brisa alzaba la orla del tenue vestido. La cara y los brazos eran pálidos, casi traslúcidos. Llamó a

Kassad por su nombre —él casi oyó las palabras— y luego la segunda oleada de bombardeos cruzó la llanura y todo se perdió en ruido y llamas.

Como suele ocurrir en un universo aparentemente regido por la ironía, Fedmahn Kassad sobrevivió sin un rasguño a noventa y siete días de los más cruentos combates que había visto la Hegemonía, para ser herido dos días después de que el último éxter se retiraba a las naves en fuga. Estaba en el Centro Cívico de Buckminster, uno de los pocos edificios de la ciudad que quedaban en pie, dando lacónicas respuestas a las estúpidas preguntas de

un periodista de la Red de Mundos, cuando una pequeña trampa de plasma estalló a quince pisos de distancia, arrojó al periodista y dos ayudantes de Kassad a la calle por un conducto de ventilación, y le desplomó encima el edificio.

Kassad fue trasladado por aire al cuartel general de la división y luego lo teleyectaron a la nave-puente que ahora estaba en la órbita de la segunda luna de Bressia. Allí lo resucitaron y lo pusieron en soporte vital pleno mientras el alto mando militar y los políticos de la Hegemonía decidían qué hacer con él.

Dada la conexión teleyectora y la

cobertura periodística en tiempo real del conflicto de Bressia, el coronel Fedmahn Kassad se había convertido en una *cause célebre*. Los miles de millones que se habían aterrorizado ante el inaudito salvajismo de la campaña de Bressia Sur habrían deseado ver a Kassad ante un consejo de guerra o juzgado como criminal. En cambio, la FEM Gladstone y muchos otros consideraban a Kassad y los demás comandantes FUERZA como salvadores.

Por último embarcaron a Kassad en una nave hospital para el lento regreso a la Red. Como la mayor parte de la reparación física se efectuaría durante la

fuga criogénica, era lógico que una vieja nave hospital se encargase de los heridos graves y los muertos resucitables. Cuando Kassad y los demás pacientes llegaran a la Red de Mundos, estarían listos para el servicio activo. Más convenientente aún: Kassad habría contraído una deuda temporal de dieciocho meses estándar, y las controversias que lo rodeaban ya se habrían aplacado.

Al despertar, Kassad vislumbró la oscura forma de una mujer inclinada sobre él. Por un segundo creyó que era ella, luego advirtió que era una médica FUERZA.

—¿Estoy muerto? —susurró.

—Lo ha estado. Se encuentra a bordo de la Merrick. Ha sido sometido varias veces a resurrección y renovación, pero tal vez no lo recuerda debido a la resaca criogénica. Estamos listos para dar el próximo paso en terapia física. ¿Puede tratar de caminar?

Kassad alzó el brazo para cubrirse los ojos. A pesar de la desorientación causada por la fuga, ahora recordaba las dolorosas sesiones de terapia, las largas horas en los baños de virus ARN y la cirugía. Sobre todo la cirugía.

—¿Cuál es nuestra ruta? —preguntó, aún con los ojos tapados—. No

recuerdo cómo regresaremos a la Red.

La médica sonrió como si cada vez que despertaba de la fuga formulara la misma pregunta. Tal vez lo hacía.

—Recalaremos en Hyperion y Jardín —dijo—. Estamos entrando en la órbita de...

Un sonido apocalíptico interrumpió a la mujer: trompetazos broncíneos, desgarrones metálicos, el chillido de las furias. Kassad bajó de la cama envolviéndose en el colchón mientras caía en un sexto de gravedad. Vientos huracanados lo empujaron por la cubierta y le arrojaron jarras, bandejas, mantas, libros, cuerpos, instrumentos

metálicos y demás objetos. Hombres y mujeres gritaban con voces cada vez más agudas mientras el aire se escapaba del pabellón. El colchón se estrelló contra la pared; Kassad observó a través de los puños apretados.

A un metro de él, una araña del tamaño de una pelota, con patas ondulantes, intentaba meterse por una fisura repentinamente abierta en la compuerta. Las patas no articuladas de la criatura parecían manotear el papel y otros desechos que giraban alrededor. La araña rotó, y Kassad comprendió que era la cabeza de la médica; la explosión inicial la había decapitado. Su larga

melena acarició la cara de Kassad. Luego la fisura se ensanchó y la cabeza pasó por ella.

Kassad se levantó justo cuando el aguilón dejó de girar y «arriba» dejó de existir. Las únicas fuerzas que actuaban entonces eran los vientos huracanados que aún arrojaban todos los objetos hacía las fisuras y rendijas de la compuerta y los bandazos de la nave. Kassad nadó en el aire hacia la puerta del pasillo del aguilón, valiéndose de cada agarradera e impulsándose de una patada en los últimos cinco metros. Una bandeja de metal le dio encima del ojo; un cadáver con ojos hemorrágicos casi

lo arrastró de vuelta al pabellón. Las puertas herméticas de emergencia golpeteaban contra un marine muerto, cuyo cuerpo con traje espacial les impedía cerrarse. Kassad se metió por el conducto del aguilón y arrastró el cadáver con él. La puerta se cerró, pero en el conducto no había más aire que en el pabellón. Un bocinazo lejano se volvió inaudible.

Kassad gritó, tratando de compensar la presión para que no le estallaran los pulmones ni los tímpanos. El aire aún escapaba del aguilón; Kassad y el cadáver se veían arrastrados hacia el cuerpo principal de la nave, a ciento

treinta metros. Kassad y el soldado muerto rodaron por el conducto en un vals siniestro.

Kassad tardó veinte segundos en abrir los mecanismos de emergencia del traje del marine, otro minuto en expulsar el cadáver y meterse dentro. Era diez centímetros más alto que el muerto y el traje, aunque permitía cierta expansión, le apretaba dolorosamente el cuello, las muñecas y las rodillas. El casco le estrujaba la cabeza como una prensa acolchada. En el interior del visor colgaban lamparones de sangre y una viscosidad blanca. La esquirla que había matado al marine había dejado orificios,

pero el traje se había cerrado con líquido sellador.

La mayoría de las luces del pecho estaban en rojo y el traje no respondió cuando Kassad le pidió un informe de daños, pero el respirador funcionaba, aunque con un jadeo inquietante. Probó la radio: nada, ni siquiera estática. Encontró la conexión del comlog y la insertó en una terminal externa del casco. Nada. La nave giró de nuevo, una serie de golpes retumbaron en el metal y Kassad se vio lanzado contra la pared del conducto del aguilón. Un compartimiento de transporte pasó agitando los cables seccionados como

tentáculos de una anémona. Había cadáveres en el compartimiento, y más cuerpos enredados en los segmentos de escalera de caracol todavía intactos a lo largo de la pared del conducto. Kassad dio una patada para llegar al extremo del conducto y encontró cerradas todas las puertas herméticas y la salida del conducto, pero en la compuerta principal había enormes agujeros, por los que hubiera pasado cómodo un VEM comercial.

La nave se sacudió de nuevo y empezó a zarandearse, impartiendo complejas y nuevas fuerzas Coriolis a Kassad y a todo lo que había en el

conducto. Kassad se aferró al metal desgarrado y se lanzó hacia una grieta del triple casco de la Merrick.

Casi rió cuando vio el interior. Quien había atacado la vieja nave hospital había hecho un buen trabajo, apuñalando el casco con bombas CP hasta que los sellos de presión fallaron, las unidades de autocierre reventaron, los controles remotos de daños se sobrecargaron y las compuertas internas cedieron. Luego la nave enemiga había acribillado los agujeros del casco con proyectiles de tiro rápido. El efecto había sido similar a lanzar una granada antipersonal en un laberinto atestado de

ratas.

Por un millar de agujeros brillaban luces que se transformaban en rayos de colores cuando hallaban una base coloidal en una bruma flotante de polvo, sangre o lubricante. Girando con las sacudidas de la nave, Kassad vio una veintena o más de cuerpos, desnudos y desgarrados, moviéndose con la engañosa gracia de ballet submarino de los muertos en gravedad cero. La mayoría de los cadáveres flotaban dentro de sus pequeños sistemas solares de sangre y tejido. Varios miraban a Kassad con ojos caricaturescos expandidos por la presión y parecían

llamarlo con ademanes lánguidos.

Kassad se abrió paso a puntapiés para llegar al conducto que daba al núcleo de mando. No había visto armas —parecía que nadie salvo el marine había atinado a ponerse el traje— pero sabía que habría un depósito de armas en el núcleo de mando o en la cabina de popa de los marines.

Kassad se detuvo ante el último sello de presión desgarrado y miró sorprendido. Esta vez se echó a reír. No había conducto principal ni sector de popa. No había nave. Esta sección —módulo y pabellón médico, un fragmento abollado del casco— se había

desprendido de la nave de la misma manera que Beowulf había arrancado el brazo del cuerpo de Grendel. La última puerta del conducto daba al espacio. A varios kilómetros, otros fragmentos desgarrados de la Menick giraban bajo el resplandor del sol. Un planeta verde y lapislázuli acechaba a tan poca distancia que Kassad experimentó un arrebato de acrofobia y se aferró al marco de la puerta. En ese instante una estrella se movió sobre el limbo del planeta, armas láser parpadearon con su morse rojo, y una desventrada sección de la nave estalló de nuevo a medio kilómetro en un chorro de metal vaporizado, materia

volátil congelada y partículas negras giratorias que —notó Kassad— eran cuerpos.

Kassad se ocultó aún más en la maraña de restos y estudió la situación. El traje del marine no podía durar más de una hora —ya se olía el hedor a huevo podrido del respirador en mal estado— y en su recorrido Kassad no había descubierto ningún compartimiento ni contenedor hermético. Pero aunque encontrara un armario o cámara de presión donde refugiarse, ¿qué haría?

Kassad no sabía si ese planeta era Hyperion o Jardín, pero estaba seguro

de que no había tropas FUERZA en ninguno de ambos mundos. También estaba seguro de que las fuerzas defensivas locales no desafiarían a una nave de guerra éxter. Pasarían días antes de que un patrullero investigara las ruinas. Era posible que la órbita de la chatarra donde ahora estaba decayera antes de que enviaran a alguien a examinarla, y miles de toneladas de metal retorcido y ardiente se precipitarían por la atmósfera. A los lugareños no les gustaría, pero preferirían que se cayera un trozo de cielo antes que enfrentarse a los éxters. Si el planeta tenía defensas orbitales

primitivas o bombas CP en tierra —comprendió Kassad con una sombría sonrisa—, les convendría más destruir las ruinas que disparar contra la nave éxter.

Para Kassad daba lo mismo. A menos que actuara deprisa, estaría muerto mucho antes de que los restos de la nave entraran en la atmósfera, o que los lugareños entraran en acción.

Las esquirlas que habían matado al marine le habían rajado el escudo de amplificación, pero Kassad se caló sobre el visor los restos del panel de lectura. A pesar de los parpadeos rojos, quedaba suficiente potencia en el traje

para mostrar la vista amplificada que relucía con un fulgor verde a través de la telaraña de fisuras. La nave-antorcha éxter se alejó cien kilómetros, desdibujando las estrellas de fondo con sus campos de defensa, y lanzó varios objetos. Por un instante Kassad pensó que eran los misiles del tiro de gracia, y sonrió con amargura ante la certidumbre de que sólo le quedaban unos segundos de vida. Luego reparó en la baja velocidad y elevó la amplificación. Las luces de potencia se pusieron rojas y el amplificador falló, pero Kassad alcanzó a ver las formas ovoides erizadas de impulsores y burbujas para los pilotos,

cada cual arrastrando una maraña de seis aguilones no articulados. «Calamares», llamaban en FUERZA a las naves de abordaje éxters.

Kassad se adentró aún más en las ruinas. Al cabo de pocos minutos uno o más calamares llegarían a ese sector de la nave. ¿Cuántos éxters viajarían en esos artefactos? ¿Diez? ¿Veinte? Sin duda no menos de diez. Quizás estuvieran bien armados y pertrechados con sensores infrarrojos y de movimiento; el equivalente éxter de los marines del espacio de la Hegemonía: comandos no sólo entrenados para combate en caída libre, sino nacidos y

criados en gravedad cero. Sus largas extremidades, los dedos prensiles y las colas prostéticas eran ventajas en este ámbito, aunque Kassad dudaba que necesitaran más ventajas de las que ya tenían.

Retrocedió cautelosamente por el laberinto de metal retorcido mientras luchaba contra la adrenalina que le bombeaba el miedo y que lo impulsaba a correr gritando en la oscuridad. ¿Qué querían? Prisioneros. Eso resolvería el problema inmediato de la supervivencia. Para sobrevivir sólo tenía que rendirse. La dificultad de esa solución consistía en que Kassad había visto los holos de

inteligencia FUERZA tomados en la nave éxter capturada frente a Bressia. La sentina de esa nave había albergado más de doscientos prisioneros. Desde luego, los éxters tenían muchas preguntas para esos ciudadanos de la Hegemonía. Tal vez les resultaba inconveniente alimentar y mantener tantos prisioneros, o tal vez era su política habitual de interrogatorios, pero lo cierto era que los civiles y los militares FUERZA capturados en Bressia habían aparecido desventrados y sujetos a bandejas de acero como ranas en un laboratorio de biología, los órganos bañados con líquidos de nutrición, los brazos y las

piernas amputados con eficacia, los ojos extirpados, las mentes preparadas para interrogación con toscas conexiones corticales y tubos enchufados en orificios de tres centímetros abiertos en el cráneo.

Kassad avanzó, flotando en medio de los desechos y los enmarañados cables de la nave. No quería rendirse. La nave tambaleante vibró y se estabilizó cuando un calamar se adhirió al casco o la compuerta. Piensa, ordenó Kassad. Necesitaba un arma, más que un escondrijo. ¿Había visto algo que lo ayudara a sobrevivir, mientras se arrastraba entre las ruinas?

Kassad se quedó quieto y se colgó de un tramo de cable de fibra óptica mientras reflexionaba. El pabellón médico donde había despertado, camas, tanques criogénicos, aparatos de terapia intensiva, la mayoría expulsados por las brechas del casco del módulo. Conducto, ascensor, cadáveres en la escalera. Ningún arma. Las explosiones o la descompresión súbita habían desnudado la mayoría de los cuerpos. ¿Los cables del ascensor? No, demasiado largos, imposible de cortar sin herramientas. ¿Herramientas? No había visto ninguna. Los consultorios médicos destruidos a lo largo de los

pasillos, más allá del conducto principal de caída. Salas de análisis, tanques de curación, gabinetes abiertos como sarcófagos saqueados. Al menos un quirófano intacto, con un laberinto de instrumentos desperdigados y cables flotando. El solario, despojado de todo cuando las ventanas explotaron hacia el exterior. Salas de pacientes. Salas de médicos. Salas de limpieza, pasillos, cubículos inidentificables. Cadáveres.

Kassad aguardó un segundo, se orientó en el trémulo laberinto de luces y sombras, se impulsó con una patada.

Había esperado contar con diez minutos; le dieron menos de ocho. Sabía

que los éxters serían metódicos y eficaces, pero había subestimado la eficiencia con que actuaban en cero g. Apostó su vida a que irían en parejas; procedimiento básico de los marines del espacio, al igual que activaban las ratas de asalto FUERZA cuando avanzaban puerta por puerta en un combate urbano, uno para irrumpir en cada habitación, el otro para cubrirlo.

Si había más de dos, si los éxters trabajaban en equipos de cuatro, Kassad podía darse por muerto.

Flotaba en medio de la Sala de Operaciones 3 cuando el éxter entró por la puerta. El respirador de Kassad

fallaba y él flotaba inmóvil, tragando aire sucio, cuando el comando éxter entró, se ladeó y apuntó las dos armas hacia la figura desarmada con el estropeado traje espacial de marine.

Kassad esperaba que el maltrecho traje le concediera un par de segundos. Detrás del embadurnado visor, Kassad observó sin moverse mientras la linterna del éxter lo examinaba. El comando llevaba dos armas, un paralizador sónico en una mano y una letal pistola de rayos en los largos dedos del «pie» izquierdo. Alzó el sónico. Kassad llegó a ver el mortal aguijón de la cola prostética antes de activar el control que

llevaba en la enguantada mano derecha.

Kassad había pasado la mayor parte de los ocho minutos conectando el generador de emergencia a los circuitos de la sala de operaciones. No todos los láseres quirúrgicos habían sobrevivido, pero seis aún funcionaban. Kassad había apuntado los cuatro más pequeños como para cubrir la izquierda de la puerta, y los dos cortadores de huesos a fin de proteger el espacio de la derecha. El éxter se había movido a la derecha.

El traje del éxter estalló. Los láseres continuaron cortando en círculos preprogramados mientras Kassad se impulsaba hacia delante, agachándose

bajo los haces azules que ahora se arremolinaban en una bruma de líquido sellador de trajes y sangre hirviente. Alcanzó el arma sónica cuando el segundo éxter irrumpía en la sala, ágil como un chimpancé de Vieja Tierra.

Kassad apretó el arma contra el casco del hombre y disparó. El éxter se derrumbó. La cola prostética se agitó en espasmos nerviosos. Disparar un arma sónica a esa distancia no era modo de tomar prisioneros; un disparo tan cercano transformaba el cerebro humano en una sopa de cereal. Kassad no quería tomar prisioneros.

Se zafó, se sujetó de una viga y

barrió la puerta abierta con el arma sónica encendida. Nadie más apareció. Veinte segundos más tarde examinó el pasillo: vacío.

Kassad dejó el primer cuerpo y desnudó al hombre que tenía el traje intacto. El comando iba desnudo debajo del traje espacial y resultó no ser un hombre; la comando femenina tenía cabello rubio cortado a cepillo, pechos pequeños y un tatuaje sobre el vello púbico. Estaba muy pálida. Gotas de sangre flotante le brotaban de la nariz, las orejas y los ojos. Así que los éxters aceptaban mujeres en el cuerpo de marines. Todos los cuerpos éxters

encontrados en Bressia habían sido masculinos.

Se dejó puestos el casco y el respirador mientras apartaba el cuerpo a un lado y se ponía ese traje desconocido. El vacio le hizo estallar vasos sanguíneos en la carne. El frío lo mordió mientras forcejeaba con las hebillas y broches extraños. A pesar de su estatura, resultaba demasiado bajo para el traje de aquella mujer. Podía operar los guanteletes de la mano si se estiraba pero era inútil con los guantes de los pies y las conexiones de la cola. Los dejó colgar mientras se quitaba el casco y se ajustaba la burbuja éxter.

Las luces del panel del cuello emitían fulgores ambarinos y violáceos. Kassad oyó la ráfaga del aire en los tímpanos doloridos y casi se asfixió al sentir el denso y penetrante hedor. Supuso que para un éxter aquello equivalía al dulce olor del hogar. Los auriculares de la burbuja susurraban órdenes codificadas en un idioma que parecía una cinta de audio en inglés antiguo tocada al revés y a alta velocidad. Kassad hizo otra apuesta: las unidades terrestres éxter de Bressia funcionaban como equipos semiindependientes unidos por radio vocal y telemetría básica, no por la red

de implantes tácticos de FUERZA. Si aquí usaban el mismo sistema, el jefe de los comandos sabría que dos de sus hombres (o mujeres) habían desaparecido y quizá dispusiera de lecturas médicas, pero no sabría exactamente dónde estaban.

Kassad decidió que era momento de dejar las hipótesis para pasar a la acción. Programó el control para que los láseres quirúrgicos disparasen contra cualquier cosa que entrara en la sala de operaciones y avanzó botando por el corredor. Moverse en uno de aquellos malditos trajes era como caminar en un campo gravitatorio de pie sobre tus

propios pantalones. Llevaba dos pistolas de energía. Como no encontró cinturón ni argollas ni garfios ni cintas de Velero ni grapas magnéticas ni bolsillos donde poner las armas, flotaba como un ebrio pirata de holodrama, una pistola en cada mano, botando de pared en pared. A regañadientes, dejó una pistola flotando mientras trataba de impulsarse con una mano. El guantelete le iba varias tallas grande. La maldita cola caracoleaba, le chocaba contra la burbuja del casco y le molestaba tanto como un grano en el trasero.

Un par de veces se metió en una rendija al divisar luces a lo lejos.

Estaba cerca de la abertura desde donde había visto el calamar cuando dobló un recodo y se topó con tres comandos éxter.

El traje éxter que llevaba puesto le dio al menos dos segundos de ventaja. Disparó a quemarropa contra el casco del primer comando. El segundo —o segunda— disparó un borbotón sónico que le rozó el hombro izquierdo antes de que Kassad le lanzara tres descargas en el pecho. El tercer comando retrocedió, halló tres agarraderas y desapareció por una compuerta antes de que Kassad pudiera encañonarlo. Maldiciones, órdenes y preguntas retumbaron en el

auricular. Kassad lo persiguió en silencio.

El tercer éxter habría escapado si no hubiera recobrado su sentido del honor y se hubiera vuelto para luchar. Kassad tuvo una sensación de *déjà vu* cuando le disparó una descarga energética en el ojo izquierdo a cinco metros de distancia.

El cadáver cayó hacia la luz del sol. Kassad se acercó a la abertura y miró el calamar amarrado a veinte metros. Pensó que era la primera vez en mucho tiempo que tenía auténtica suerte.

Atravesó la abertura sabiendo que si alguien quería dispararle desde el

calamar o las ruinas, él estaría indefenso. Sintió en el escroto esa tensión que experimentaba cada vez que se convertía en un blanco fácil. No le dispararon.

Ordenes y preguntas le resonaban en los oídos. No las entendía, no sabía dónde se originaban y, desde luego, prefería no intervenir en el diálogo.

El incómodo traje casi le impidió llegar al calamar. Pensó por un instante que ese desenlace sería el atinado veredicto del universo respecto a sus pretensiones marciales: el valiente soldado flotando hacia la órbita planetaria sin sistemas de maniobra, sin

combustible, sin reacción de masa... ni siquiera la pistola tenía retroceso. Terminaría su vida tan inútil e inofensivo como el globo perdido de un niño.

Se estiró haciendo crujir las articulaciones, cogió una antena y se aferró al casco del calamar.

¿Dónde diablos estaba la cámara de presión? El casco era relativamente liso por tratarse de una nave espacial, pero estaba decorado con una maraña de dibujos, grabados y paneles que debían de ser el equivalente éxter de no pise y peligro toberas. No había entradas visibles. Supuso que habría éxters a

bordo, por lo menos un piloto, y que quizá se preguntaban por qué el comando que regresaba se arrastraba por el casco como un cangrejo cojo en vez de ir a la cámara de presión. O tal vez sabían por qué y aguardaban dentro con las pistolas desenfundadas. En cualquier caso, era evidente que nadie le abriría la puerta.

Al demonio, pensó Kassad, y voló una de las ampollas de observación.

Los éxters eran austeros. El geiser de aire sólo arrastró algunos papeles y monedas o algo parecido. Kassad esperó el final de la erupción y entró por la abertura.

Estaba en la sección de transporte: un compartimiento acolchado que se parecía mucho al compartimiento de las ratas de asalto de cualquier nave de descenso o blindado de transporte. Kassad razonó que un calamar debía de transportar una veintena de comandos éxter en traje de combate de vacío. Ahora no había nadie. Una compuerta abierta conducía a la cabina del piloto.

Sólo el piloto había quedado a bordo y se estaba desabrochando el cinturón de seguridad cuando Kassad le disparó. Kassad empujó el cuerpo a la sección de transporte y se sujetó a lo que esperaba fuera el asiento de control.

La tibia luz del sol penetraba por la ampolla. Monitores de vídeo y hologramas mostraban la vista de popa y proa, y atisbos de la operación de búsqueda filmada con cámaras portátiles. Kassad vio el cuerpo desnudo en la Sala de Operaciones 3 y varias figuras combatiendo contra láseres quirúrgicos.

En los holodromos de la niñez de Fedmahn Kassad, los héroes siempre sabían pilotar deslizadores, naves espaciales, exóticos VEMS y otros aparatos cada vez que era preciso. Kassad estaba adiestrado para conducir transportes militares, tanques y

blindados, incluso un vehículo de asalto o nave de descenso en caso desesperado. De quedar a bordo de una nave FUERZA fuera de control —una posibilidad remota— podría orientarse en el núcleo de mando para comunicarse con el ordenador o enviar una llamada de emergencia por radio o transmisor ultralínea. En el asiento de mando de un calamar éxter, Kassad se sintió perdido.

Pero no tanto. Pronto reconoció las ranuras de control remoto de los tentáculos del calamar, y seguramente después de dos o tres horas de reflexión e inspección habría descubierto otros controles. Pero no disponía de ese

tiempo. La pantalla delantera mostraba tres figuras en traje espacial enfilando hacia el calamar, abriendo fuego. La pálida y extraña cabeza de un comandante éxter se materializó de pronto en la consola holográfica. Kassad oyó gritos en los auriculares de la burbuja.

Gotas de sudor le colgaban frente a los ojos y formaban estrías en el interior del casco. Sacudió la cabeza para apartarlas, observó las consolas y tanteó varias superficies. Si eran circuitos activados vocalmente, controles que requerían identificación o un ordenador suspicaz, estaba listo. Había pensado

todo esto antes de disparar al piloto, pero no había tenido tiempo de pensar un modo de sonsacarle información. No; así tenía que ser, pensó Kassad mientras tanteaba más superficies de control.

Una tobera se disparó.

El calamar tironeó de las cuerdas de amarre. Kassad botó dentro del traje.

—Mierda —resolló, su primer comentario audible desde que había preguntado a la médica FUERZA a dónde se dirigía la nave. Se estiró para introducir los dedos enguantados en las ranuras de control. Cuatro de los seis manipuladores se zafaron. Uno se desgarró. El último arrancó un trozo de

casco de la Merrick.

El calamar se liberó. Las cámaras de vídeo mostraron a dos de las figuras en traje espacial saltando en vano, la tercera manoteaba la antena que había salvado a Kassad. Con una vaga idea de dónde estaban los controles, Kassad tecleaba frenéticamente. Se encendió una luz arriba. Los proyectores holográficos se apagaron. El calamar inició una maniobra violenta de sacudida, zarandeo y caída. Kassad vio que el traje espacial se deslizaba sobre la ampolla, aparecía un instante en la pantalla de vídeo delantera y se transformaba en un punto en la pantalla

de popa. El éxter aún disparaba descargas de energía mientras se empequeñecía.

Kassad procuró conservar el sentido mientras continuaban los bandazos. Alarmas vocales y visuales chillaban pidiendo atención. Kassad tecleó los controles y se dio por satisfecho cuando vio que las toberas tironeaban en sólo dos direcciones en vez de cinco.

Un destello le mostró que la nave-antorcha retrocedía. Bien. Sin duda la nave éxter podía destruirlo en segundos, y a todas luces lo haría si él se acercaba o la amenazaba. Ignoraba si el calamar estaba armado, y sospechaba que sólo

debía de llevar armamento antipersonal, pero sabía que ningún comandante de una nave-antorcha permitiría que un transbordador fuera de control se acercara a su nave. Supuso que ya todos los éxters sabían que el enemigo había secuestrado el calamar. No sería sorprendente —aunque sí decepcionante — que la nave-antorcha lo vaporizara en cualquier momento, pero entre tanto contaba con dos emociones muy humanas, aunque no necesariamente humanas éxter: curiosidad y afán de venganza.

Sabía que resultaba fácil prescindir de la curiosidad en momentos de

tensión, pero contaba con que una cultura paramilitar y semifeudal como la éxter otorgara gran importancia a la venganza. Dada la situación, sin probabilidades de dañarlos más y casi sin probabilidades de escapar parecía que el coronel Fedmahn Kassad era buen candidato a una bandeja de disección. Eso esperaba.

Kassad observó la pantalla de vídeo de popa, frunció el ceño, y se aflojó el arnés para asomarse por la ampolla superior. La nave se zarandeaba, pero con menos violencia. El planeta parecía más cerca —un hemisferio llenaba el horizonte de «arriba»— pero no sabía a

qué distancia de la atmósfera vagaba el calamar. Las pantallas de datos le resultaban inútiles. Sólo podía conjeturar cuál era la velocidad orbital que tenía y calcular así la violencia del choque de entrada.

Un último vistazo desde las ruinas de la Merrick le había sugerido que estaba muy cerca, tal vez a sólo quinientos o seiscientos kilómetros de la superficie, y en esa órbita de aparcamiento que precedía al lanzamiento de naves de descenso.

Kassad trató de enjugarse la cara y frunció el ceño cuando las puntas del guante tocaron el visor. Estaba cansado.

Demonios, hacía unas horas estaba en fuga criogénica y unas semanas de a bordo antes estaba muerto corporalmente.

Se preguntó si ese mundo era Hyperion o Jardín; no había estado en ninguno de los dos pero sabía que Jardín estaba más poblado y pronto se transformaría en colonia de la Hegemonía. Esperó que fuera Jardín.

La nave-antorcha lanzó tres vehículos de asalto. Kassad los vio claramente antes que la cámara de popa los perdiera. Tecleó los controles de las toberas hasta que tuvo la sensación de que la nave se precipitaba más deprisa

hacia el planeta. No podía hacer otra cosa.

El calamar alcanzó la atmósfera antes que los tres vehículos de asalto alcanzaran al calamar. Los vehículos sin duda llevaban armas y él estaba a tiro, pero en el circuito de mando debía de haber un curioso. O un rabioso.

El calamar de Kassad no era aerodinámico. Como la mayoría de las naves transbordadoras, podía volar en atmósferas planetarias, pero estaba condenado si se zambullía abruptamente en el pozo gravitatorio. Kassad vio el fulgor rojo de entrada en la pantalla, oyó la ionización en los canales activos de

radio y se preguntó si ésta era una buena idea.

El arrastre atmosférico estabilizó el calamar y Kassad sintió el primer tirón de gravedad mientras tanteaba la consola y los brazos del asiento buscando el circuito de control y rogando que estuviera allí. Una pantalla de vídeo entrecruzada de estática mostró uno de los vehículos de asalto escupiendo una cola de plasma azul mientras desaceleraba. La ilusión fue similar a la del paracaidista en caída libre que ve al compañero activando el paracaídas: el vehículo de asalto pareció trepar de golpe.

Kassad tenía otras preocupaciones. No parecía haber salidas de emergencia ni aparato de eyección. Los transbordadores espaciales FUERZA llevaban un aparato de salida atmosférica. La costumbre databa de ocho siglos atrás, cuando el vuelo espacial consistía sólo en precarias excursiones por encima de la atmósfera de Vieja Tierra. Quizás un transbordador nave-a-nave no necesitara un sistema de eyección planetario, pero los temores incluidos en regulaciones tradicionales no se desvanecían fácilmente.

Así indicaba la teoría. Pero Kassad no hallaba nada. La nave temblaba,

giraba y se recalentaba. Kassad se liberó del arnés y se arrastró hacia la popa del calamar, sin saber qué buscaba. ¿Mochilas de suspensión? ¿Paracaídas? ¿Un par de alas?

En la sección de transporte no había nada excepto el cadáver del piloto éxter y algunos compartimientos de almacenaje del tamaño de cajas de merienda. Kassad hurgó en ellos sin hallar nada más grande que un botiquín de primeros auxilios. Ningún aparato milagroso.

El calamar temblaba y chirriaba, empezaba a desmembrarse mientras él se aferraba de una argolla en el

convencimiento de que los éxters no habrían derrochado dinero ni espacio en aparatos de emergencia planetaria. ¿Para qué? Pasaban la vida en los oscuros espacios interestelares; su concepto de atmósfera era el tubo de presión de una ciudad enlatada de ocho kilómetros de largo. Los sensores de audio externos del casco de Kassad captaban el furibundo siseo del aire que raspaba el casco y penetraba por la ampolla rota de popa. Kassad se encogió de hombros. Había apostado demasiadas veces y al final había perdido.

El calamar tiritó y saltó. Los

tentáculos de manipulación se desprendieron de la proa. El cadáver del éxter fue succionado por la ampolla rota como una hormiga sorbida por una aspiradora. Kassad se aferró a la argolla y miró por la compuerta abierta los asientos de control de la cabina. Eran maravillosamente arcaicos, como una ilustración salida de un manual de naves espaciales primitivas. Partes del exterior de la nave ardían, rugiendo sobre las ampollas de observación como chorros de lava. Kassad cerró los ojos y trató de recordar las clases de la Escuela de Mando Olympus y la estructura y disposición de las naves

antiguas. El calamar dio una sacudida final. El ruido era increíble.

—¡Por Alá! —jadeó Kassad, un grito que no lanzaba desde la infancia. Se desplazó hacia la cabina, aferrando la compuerta, buscando asideros como si trepara por una pared vertical. Trepaba por una pared. El calamar había girado, estabilizándose en una zambullida de popa. Kassad subía bajo un peso de 3 g consciente de que un solo resbalón le partiría todos los huesos. El siseo atmosférico se transformó en alarido y luego en rugido de dragón. El compartimiento de tropas estallaba y se derretía.

Trepar al asiento de mando fue como encaramarse a un borde rocoso con el peso de dos montañistas más colgados de la espalda. Los incómodos guantes le dificultaron coger el cabezal cuando Kassad colgó sobre el abismo del caldero ardiente de la sección de tropas. La nave tembló, Kassad subió las piernas y cayó en el asiento de mando. Las pantallas de vídeo estaban inactivas. Las llamas enrojecían la ampolla de arriba. Kassad casi perdió el sentido cuando se arqueó, tanteando con los dedos debajo del asiento, entre las rodillas. Nada. Un momento..., una palanca manual. Vaya, por Cristo y

Alá... Una argolla. Algo salido de los libros de historia.

El calamar empezaba a desintegrarse. La ampolla se derritió y escupió Perspex líquido en el interior de la cabina, rociando el traje y el visor de Kassad. Olió el plástico derretido. El calamar giraba desintegrándose. Kassad vio imágenes rosadas, borrones, nada. Usó los dedos entumecidos para ceñirse el arnés con fuerza... o le estaba cortando el pecho o el Perspex derretido había penetrado. Buscó la argolla. Dedos demasiados torpes... no. El cinturón.

Demasiado tarde. El calamar estalló

en un chirrido final y una llamarada, y la consola de control voló por la cabina en diez mil esquirlas.

Kassad quedó aplastado contra el asiento. Hacia arriba. Afuera. Al corazón de las llamas.

Rodaba.

Kassad advirtió que el asiento proyectaba su propio campo de contención mientras rodaba. La llama estaba a centímetros de su cara.

Las toberas se dispararon, arrancando el asiento de eyección de la estela llameante del calamar. El asiento de mando trazó su propia estela de fuego azul en el cielo. Los microprocesadores

hicieron girar el asiento para que el campo de fuerza se interpusiera entre Kassad y el horno de fricción. Un gigante se sentó en el pecho de Kassad cuando desaceleró en dos mil kilómetros de cielo a ocho gravedades.

Kassad abrió los párpados una vez, notó que estaba acurrucado en el vientre de una larga columna de llamas blancas y azuladas y los cerró de nuevo. No veía indicios de un control para paracaídas, mochila de suspensión o sistema de frenado. No importaba. De todas formas, no podía mover los brazos ni las manos.

El gigante se movió, cobró más peso.

Kassad notó que parte de la burbuja del casco se había derretido o había volado. El ruido era indescriptible. No importaba.

Cerró los ojos con más fuerza. Era buen momento para una siesta.

Kassad abrió los ojos y vio la oscura forma de una mujer inclinada sobre él. Por un segundo creyó que era ella, luego supo que era ella. La mujer le tocó la mejilla con dedos frescos.

—¿Estoy muerto? —susurró Kassad, alzando la mano para cogerle la muñeca.

—No —respondió ella con voz suave y gutural, con un ligero acento que él no identificaba. Nunca la había oído

hablar.

—¿Eres real?

—Sí.

Kassad suspiró y miró alrededor. Estaba desnudo bajo una túnica delgada en una cama o plataforma situada en medio de una sala oscura y cavernosa. A través de un techo roto se filtraba la luz de las estrellas. Kassad alzó la otra mano para tocarle el hombro. El cabello de la mujer era un nimbo oscuro. Ella llevaba una bata tenue que —incluso bajo la luz de las estrellas— le perfilaba el cuerpo. Kassad aspiró el aroma, ese perfume a jabón y piel y a ella, un perfume que él conocía tan bien

de veces anteriores.

—Querrás hacer preguntas —susurró ella mientras Kassad le aflojaba el broche de oro que le sujetaba la bata. La ropa se deslizó con un susurro. Ella no llevaba nada debajo. Allá arriba se veía la franja de la Vía Láctea.

—No —replicó Kassad, mientras la abrazaba.

De madrugada sopló una brisa, pero Kassad cubrió los cuerpos de ambos con la ligera manta. La tela delgada parecía preservar el calor corporal. La nieve o la arena arañaba las paredes desnudas. Las estrellas eran muy nítidas y brillantes.

Despertaron al alba, las caras juntas bajo el sedoso cobertor. Ella acarició el costado de Kassad, y encontró cicatrices viejas y recientes.

—¿Cómo te llamas? —susurró Kassad.

—Shh —susurró ella, acariciándolo más abajo.

Kassad hundió la cara en la fragante curva del cuello. Sintió la suavidad de esos pechos. Llegó la mañana. La nieve o la arena arañaba las paredes desnudas.

Hicieron el amor, durmieron, hicieron el amor de nuevo. A plena luz, se levantaron y se vistieron. Ella le había preparado ropa interior, una túnica

gris y pantalones. Le sentaban a la perfección, al igual que los calcetines de esponja y las botas blandas. La mujer llevaba un atuendo similar de color azul marino.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kassad cuando dejaron el edificio con la cúpula destruida y caminaron por una ciudad muerta.

—Moneta —dijo ese ensueño—, o Mnemósine, el que más te agrade.

—Moneta —susurró Kassad. Miró el pequeño sol que se elevaba en el cielo—. ¿Esto es Hyperion?

—Sí.

—¿Cómo aterricé? ¿Campo de

suspensión? ¿Paracaídas?

—Descendiste bajo un ala de metal dorado.

—No siento dolor. ¿No sufrí heridas?

—Han recibido atención.

—¿Qué es este lugar?

—La Ciudad de los Poetas. Abandonada hace más de un siglo. Más allá de esa colina están las Tumbas de Tiempo.

—¿Y los vehículos de asalto éxter que me seguían?

—Uno aterrizó en las cercanías. El Señor del Dolor se encargó de los tripulantes. Los otros dos se posaron a

cierta distancia.

—¿Quién es el Señor del Dolor?

—Ven —indicó Moneta. La ciudad muerta terminaba en el desierto. Una arena fina se deslizaba por losas de mármol blanco ocultas por las dunas. Al oeste había un vehículo de asalto éxter con las puertas abiertas. En una columna caída, un cubo térmico ofrecía café caliente y panecillos recién horneados. Comieron y bebieron en silencio.

Kassad trató de recordar las leyendas de Hyperion.

—El Señor del Dolor es el Alcaudón —decidió al fin.

—Desde luego.

—¿Eres de aquí... de la Ciudad de los Poetas?

Moneta sonrió y meneó la cabeza.

Kassad terminó el café y dejó la taza. La sensación de ensueño persistía, mucho más fuerte que durante las simulaciones. Pero el café tenía un sabor agradablemente amargo y el sol le entibiaba la cara y las manos.

—Ven, Kassad —invitó Moneta.

Cruzaron extensiones de fría arena. Kassad miró el cielo sabiendo que la nave-antorcha podía fulminarlos desde su órbita... De pronto, con absoluta certidumbre, supo que no lo haría. Las Tumbas de Tiempo estaban en un valle.

Un obelisco bajo irradiaba un fulgor suave. Una esfinge de piedra parecía absorber la luz. Una compleja estructura de pilotes retorcidos arrojaba sombras sobre sí misma. Otras tumbas se recortaban contra el sol. Cada tumba tenía una puerta y todas estaban abiertas. Kassad sabía que ya estaban abiertas cuando los primeros exploradores descubrieron las Tumbas y que las estructuras estaban vacías. En tres siglos de búsqueda nadie había hallado cámaras ocultas, tumbas, bóvedas ni pasadizos.

—Puedes llegar hasta aquí —señaló Moneta cuando se acercaban al peñasco

que estaba en el extremo del valle—. Las mareas de tiempo son fuertes hoy.

El implante táctico de Kassad guardó silencio. No tenía comlog. Hurgó en su memoria.

—Son campos de fuerza antientrópicos que rodean las Tumbas de Tiempo —recordó.

—Sí.

—Las tumbas son antiguas. Los campos antientrópicos impiden que envejezcan.

—No —dijo Moneta—. Las mareas de tiempo conducen las Tumbas hacia atrás en el tiempo.

—Hacia atrás en el tiempo —repitió

estólidamente Kassad.

—Mira.

Temblando como un espejismo, un árbol de cuernos de acero surgió de la bruma y de un remolino de arena ocre. La cosa parecía llenar el valle, elevándose doscientos metros, hasta la altura de los peñascos. Las ramas se movían, se disolvían y se reordenaban como elementos de un holograma mal sintonizado. La luz solar bailaba sobre cuernos de cinco metros. Había cadáveres de hombres y mujeres éxter, todos desnudos, empalados en una veintena de esos cuernos. Otras ramas sostenían otros cuerpos. No todos eran

humanos.

La tormenta de arena ocultó la visión un instante y cuando los vientos amainaron la visión desapareció.

—Ven —murmuró.

Kassad la siguió por los bordes de las mareas de tiempo, eludiendo el flujo y reflujo del campo antientrópico como un niño juguetón que esquivara el oleaje en una playa ancha. Las mareas de tiempo parecían ondas de *déjà vu* que le atraían cada célula del cuerpo.

Más allá del extremo del valle, donde las colinas se abrían a las dunas y brezales que conducían a la Ciudad de los Poetas, Moneta tocó una pared de

pizarra azul y una entrada se abrió a una sala larga y baja excavada en la cara del peñasco.

—¿Aquí es donde vives? —preguntó Kassad, aunque enseguida vio que no había indicios de habitación. Las paredes de piedra de la sala presentaban anaqueles y nichos atestados.

—Debemos prepararnos —susurró Moneta, y la luz cobró un tono dorado. Había objetos en un bastidor. Una delgada lámina de polímero reflector bajó como un telón para servir de espejo.

Pasivo como en un sueño, Kassad observó que Moneta se desnudaba y

luego se dejó desnudar. Ya no era una desnudez erótica, sino ceremonial.

—Has estado en mis sueños durante años —le dijo.

—Sí. Tu pasado. Mi futuro. La onda de choque de los acontecimientos se desplaza por el tiempo como olas en un estanque.

Kassad parpadeó cuando ella alzó una férula de oro y le tocó el pecho. Sintió un estremecimiento y sus carnes se convirtieron en un espejo. Su cabeza y su cara eran un ovoide sin rasgos que reflejaban todos los colores y texturas de la sala. Un segundo después, Moneta lo imitó y su cuerpo se transformó en

una cascada de reflejos, agua sobre mercurio sobre cromo. Kassad vio su reflejo en cada curva y músculo del cuerpo de Moneta. Los pechos de Moneta captaban y curvaban la luz; los pezones se elevaban como salpicaduras en un estanque tranquilo. Kassad quiso abrazarla y las superficies de ambos se fundieron como fluido magnético. Bajo los campos conectados, las carnes de Kassad tocaron los de Moneta.

—Tus enemigos aguardan más allá de la ciudad —susurró ella. La luz fluctuaba en el cromo de su cara.

—¿Enemigos?

—Éxters. Los que te siguieron aquí.

Kassad negó con un gesto, vio que el reflejo hacía lo mismo.

—Ya no importa.

—Oh, sí —susurró Moneta—; el enemigo siempre es importante. Debes armarte.

—¿Con qué?

Pero incluso mientras lo decía, Kassad notó que ella lo tocaba con una esfera de bronce, un toroide azul y opaco. Su propio cuerpo alterado ahora le hablaba tan claramente como tropas al informar en un implante de circuitos de mando. Kassad sintió que la sed de sangre crecía en él con renovada fuerza.

—Ven.

Moneta lo condujo de nuevo hacia el desierto. La luz del sol era densa y polarizada. Parecían deslizarse por las dunas, fluyendo como líquido por las calles de mármol blanco de la ciudad muerta. Al oeste de la ciudad, cerca de los restos astillados de una estructura que aún sostenía el dintel con inscripciones del Anfiteatro de los Poetas, alguien esperaba.

Por un instante Kassad pensó que era otra persona usando los campos de cromo en que estaban arropados él y Moneta, pero enseguida se desengañó. No había nada humano en esa figura de mercurio sobre cromo. Como en un

sueño, Kassad reparó en los cuatro brazos, los afilados dedos retráctiles, la profusión de aguijones de la garganta, la frente, las muñecas, las rodillas y el cuerpo, pero no dejó de observar los dos ojos facetados: ardían con una llama roja que hacía palidecer el sol y transformaba el día en una sombra sangrienta.

El Alcaudón, pensó Kassad.

—El Señor del Dolor —susurró Moneta.

La criatura dio media vuelta y los condujo fuera de la ciudad muerta.

Kassad aprobaba el modo en que los éxters habían preparado sus defensas.

Los dos vehículos de asalto estaban apostados con medio kilómetro de separación; los cañones, proyectores y torretas de misiles se cubrían mutuamente en un radio de trescientos sesenta grados. Las tropas éxter habían cavado trincheras a cien metros de los vehículos y Kassad descubrió por lo menos dos tanques EM detenidos, dominando con las pantallas de proyección y los tubos de lanzamiento el ancho y desierto brezal que separaba la Ciudad de los Poetas de los vehículos. La visión de Kassad estaba alterada; ahora veía los campos de contención de ambas naves superpuestos como cintas

de bruma amarilla, los sensores de movimiento y las minas antipersonal como huevos de la luz roja y pulsátil.

Parpadeó al advertir que había algo raro en la imagen. Luego comprendió: al margen de la densidad de la luz y su realzada percepción de los campos energéticos, nada se movía. Las tropas éxters, incluso las que parecían en movimiento, estaban rígidas como los soldados de juguete de su infancia en los suburbios de Tharsis. Los tanques EM estaban detenidos, pero Kassad notó que ni siquiera los radares —visibles para él como arcos purpúreos y concéntricos — se movían. Observó el cielo y vio un

gran pájaro colgando en el aire, quieto como un insecto congelado en ámbar. Atravesó una polvareda suspendida, extendió una mano de cromo y arrojó espirales de partículas al suelo.

El Alcaudón recorrió impávido el rojo laberinto de minas sensoras, cruzó las azules líneas de rayos de detención, esquivó la pulsación violeta de los escáneres automáticos, atravesó el campo de contención amarillo y la verde muralla del perímetro de defensa sónica hasta llegar a la sombra del vehículo de asalto. Moneta y Kassad lo siguieron.

—¿Cómo es posible?—Kassad comprendió que había hecho la pregunta

a través de un medio que no era telepatía, algo más refinado que la conducción por implantes.

—Controla el tiempo.

—¿El Señor del Dolor?

—Desde luego.

—¿Por qué estamos nosotros aquí?

Moneta señaló a los éxters inmóviles.

—Ellos son tus enemigos.

Kassad comprendió que al fin despertaba de un largo sueño. Aquello era real. Los ojos de ese soldado éxter, impávidos detrás del casco, eran reales. El vehículo de asalto éxter, erguido a la izquierda como una lápida de bronce,

era real.

Fedmahn Kassad supo que podía matarlos a todos —comandos, tripulantes de la nave, todos— mientras ellos permanecían indefensos. Supo que el tiempo no se había detenido, como tampoco se detenía cuando una nave funcionaba con impulso Hawking, sino que se trataba de ritmos distintos. El pájaro congelado en lo alto terminaría su aleteo al cabo de minutos o de horas. El éxter que tenía delante cerraría los ojos en un pestañeo si Kassad tenía la paciencia de observar el tiempo suficiente. Entre tanto, Kassad, Moneta y el Alcaudón podían matarlos a todos sin

que los éxters advirtieran que sufrían un ataque.

Kassad lo consideró injusto, incorrecto. Era la violación extrema del Nuevo Bushido, en cierto modo peor que la matanza indiscriminada de civiles. La esencia del honor radicaba en el momento del combate entre semejantes. Iba a comunicárselo a Moneta cuando ella dijo/pensó:

—Observa.

El tiempo comenzó de nuevo con una explosión parecida a un torrente de aire cuando entra en una cámara de presión. El pájaro se elevó y voló en círculos. La brisa del desierto sopló polvo contra el

campo de contención cargado de estática. Un comando éxter se levantó, vio al Alcaudón y los dos humanos, gritó algo en su canal de comunicaciones, alzó el arma energética.

El Alcaudón no pareció moverse: estaba aquí y de pronto estuvo allá. El comando éxter soltó otro grito y miró incrédulamente hacia abajo cuando el Alcaudón le arrancó el corazón con el afilado puño. El éxter abrió los ojos y la boca y se desplomó. Kassad se volvió a la derecha y se topó con un éxter con armadura. El comando alzó un arma. Kassad movió el brazo, oyó el zumbido del campo de fuerza y descubrió que el

canto de su mano atravesaba la armadura, el casco y el cuello. La cabeza del éxter rodó en el polvo.

Kassad brincó a una trinchera y vio varios soldados que se volvían. El tiempo seguía desquiciado; los enemigos se movían a cámara lenta un instante para fluctuar después como un holo estropeado. Nunca eran tan rápidos como Kassad. Olvidó sus ideas sobre el Nuevo Bushido. Estos eran los bárbaros que habían querido matarlo. Quebró la espalda de un hombre, saltó a un lado, hundió rígidos dedos de cromo en la armadura de otro, aplastó la laringe de un tercero, esquivó un cuchillo que se

movía a cámara lenta y mató al atacante de una patada. Saltó de la trinchera.

—¡Kassad!

Kassad se agachó y el haz láser le rozó el hombro, quemando el aire como un lento fusible de luz rubí. Kassad olió el crepitante ozono. Imposible. ¡He esquivado un láser! Cogió una piedra y se la arrojó al éxter que lo encañonaba con el látigo infernal del tanque. El destrozado artillero cayó hacia atrás. Kassad cogió una granada de plasma de la bandolera de un cadáver, brincó para arrojarla dentro del tanque y se alejó treinta metros antes de que la explosión escupiera altísimas llamas.

Kassad se detuvo en el ojo de la tormenta y vio a Moneta en el centro de su propio círculo de matanza. La sangre la salpicaba sin adherirse, fluyendo como aceite sobre agua en las curvas de la barbilla, los hombros, el pecho y el vientre. Ella lo miró a través del campo de batalla y Kassad sintió una renovada sed de sangre.

Detrás de Moneta, el Alcaudón avanzaba despacio en el caos, escogiendo víctimas como si las cosechara. Kassad observó aquella imagen parpadeante y veloz y supuso que, para el Señor del Dolor, él y Moneta debían de parecer tan lentos

como los éxters se lo parecían a él. El tiempo brincó, se aceleró. Las tropas supervivientes, presa del pánico, se disparaban entre sí, abandonaban los puestos y luchaban para abordar el vehículo de asalto. Kassad trató de entender cómo habían sido para ellos los últimos dos minutos: borrones que se desplazaban entre sus posiciones defensivas, camaradas que morían entre chorros de sangre. Moneta se movía entre las filas, matando a voluntad. Para su asombro, Kassad comprendió que ejercía cierto control sobre el tiempo: un parpadeo y sus oponentes andaban despacio, otro parpadeo y los

acontecimientos alcanzaban su ritmo normal. El honor y la cordura le reclamaban detener aquella carnicería, pero su sed de sangre, casi sexual, predominaba sobre las objeciones.

En el vehículo de asalto alguien había cerrado la cámara de presión, pero un aterrado comando usó una carga de plasma para volar el portal. La turba irrumpió, pisoteando a los heridos mientras huía de los cazadores invisibles. Kassad los siguió.

La frase «luchar como una rata acorralada» es una descripción muy adecuada. En la historia de los enfrentamientos militares, los

combatientes humanos luchan con mayor ferocidad cuando se hallan en sitios cerrados sin escapatoria. Trátese de los pasadizos de La Haye Sainte y Hougoumont en Waterloo o de los túneles de una colmena de Lusus, algunas de las más terribles batallas cuerpo a cuerpo de la historia se han librado en espacios estrechos, donde no es posible la retirada. Así ocurrió ese día. Los éxters lucharon, y murieron, como ratas acorraladas.

El Alcaudón había destruido la nave. Moneta se quedó afuera para matar a los sesenta comandos que habían permanecido en sus puestos. Kassad

mató a los de adentro.

Al final, el último vehículo de asalto disparó contra la nave condenada. Kassad estaba dentro. Los haces de partículas y los láseres de alta intensidad trepaban hacia él, seguidos de una eternidad después por misiles que se movían tan lentamente que podría haberles puesto nombre mientras volaban. Todos los éxters estaban muertos dentro y fuera del vehículo inutilizado, pero el campo de contención resistía. La dispersión de energía y las explosiones de impacto arrojaron cadáveres al perímetro exterior, incendiaron el equipo, cristalizaron la

arena, pero Kassad y Moneta observaban desde el interior de una cúpula de llamas anaranjadas mientras el vehículo restante huía al espacio.

—¿Podemos detenerlos? —Kassad jadeaba, sudaba, temblaba de excitación.

—Podríamos —replicó Moneta—, pero no queremos. Ellos llevarán el mensaje al enjambre.

—¿Qué mensaje?

—Ven aquí, Kassad.

Kassad se volvió al oír el sonido de la voz. El campo de fuerza se había esfumado. Las carnes de Moneta brillaban de sudor; el cabello negro se

le pegaba a las sienes; los pezones estaban duros.

—Ven aquí.

Kassad se miró. Su campo de fuerza también se había esfumado —lo había disuelto con su voluntad— y sentía una tremenda excitación sexual.

—Ven aquí —susurró Moneta.

Kassad se acercó, la alzó, sintió la sudada tersura de las nalgas mientras la llevaba a una extensión de hierba encima de una loma tallada por el viento. La depositó en el suelo entre pilas de cuerpos éxters, le abrió las piernas, le cogió ambas manos con una de las suyas, le levantó los brazos por

encima de la cabeza, los aplastó contra el suelo y deslizó el largo cuerpo entre los muslos de ella.

—Sí —susurró Moneta mientras Kassad le besaba el lóbulo de la oreja izquierda, le acariciaba el cuello con los labios, lamía el sudor salobre que le perlaba los pechos.

Tendidos entre los muertos. Más muertos vendrían. Miles. Millones. Risa de vientres muertos. Largas hileras de tropas emergiendo de naves-puente para entrar en las llamas.

—Sí —jadeó Moneta.

Liberó las manos, las deslizó sobre los hombros húmedos de Kassad, le

pasó las largas uñas por la espalda, le aferró las nalgas para estrecharlo más. La erección de Kassad le atravesaba el vello púbico, le palpitaba sobre el monte de Venus.

Mortales teleyectores abriéndose para dejar pasar cruceros de ataque. La tibieza de las explosiones de plasma. Cientos, miles de naves bailando y muriendo como motas de polvo en un torbellino. Grandes columnas de rubí sólido rasgando las distancias, rociando enemigos con el calor extremo, cuerpos hirviendo en la luz roja.

—Sí —Moneta abrió la boca y el cuerpo. Calor arriba y abajo, ella le

penetró la boca con la lengua mientras él le penetraba el vientre, una fricción tibia. Se hundió en ella, retrocedió, se dejó devorar por la tibieza húmeda mientras empezaban a moverse juntos.

Calor sobre cien mundos. Continentes ardiendo en espasmos brillantes, la ondulación de mares hirvientes. El aire en llamas. Océanos de aire supercalentado hinchándose como piel tibia ante el contacto de un amante.

—Sí... sí... sí... —Moneta le sopla calor en los labios. Su piel es aceite y terciopelo. Kassad se agita, el universo se contrae mientras la sensación se

expande, los sentidos se encogen mientras ella lo envuelve, tibia, húmeda y estrecha. Ahora ella responde meciendo las caderas, intuyendo la presión que crece dentro de Kassad. Él tuerce la cara, cierra los ojos, ve...

... bolas de fuego en expansión, estrellas moribundas, soles que estallan en pulsaciones llameantes, sistemas solares que perecen en un éxtasis de destrucción.

... siente dolor en el pecho, mueve las caderas más deprisa, abre los ojos y ve...

... la gran espina de acero que surge entre los pechos de Moneta, casi

empalándolo mientras él retrocede, la afilada espina que gotea sangre sobre la piel de ella, piel pálida, ahora espejada, fría como metal muerto, y él mece las caderas mientras con ojos enturbiados por la pasión ve que los labios de Moneta se marchitan y se retraen hasta revelar hileras de hojas aceradas en vez de dientes, hojas de metal que reemplazan las uñas y le rasgan las nalgas, piernas potentes como bandas de acero que le aprisionan las caderas, ojos...

... en el último segundo antes del orgasmo, Kassad intenta salir... le aprieta la garganta con las manos... ella

se aferra como una sanguijuela, una lamprea dispuesta a vaciarlo... ruedan entre cuerpos muertos... los ojos de Moneta, como joyas rojas, arden con un calor desbocado como el que le llena los doloridos testículos, se expanden como una llama, al derramarse...

... Kassad planta ambas manos en el suelo, se desprende de ella... de eso... con una fuerza rabiosa pero insuficiente, pues tremendas gravedades los unen... sorbiéndolo como la boca de una lamprea mientras él amenaza con estallar, la mira a los ojos... la muerte de mundos... ¡La muerte de mundos!

Kassad se aparta con un grito.

Jirones de carne se le desprenden mientras se incorpora y se aparta. Dientes de metal se cierran dentro de una vagina de acero, pasando a un húmedo milímetro del glande. Kassad se tumba al lado, echa a rodar moviendo las caderas, incapaz de detener la eyaculación. El semen salta en chorros, cae en la mano arqueada de un cadáver. Kassad gime, rueda, se acurruca como un feto mientras se corre de nuevo. Y una vez más.

Oye un siseo y un susurro, cuando ella se levanta. Kassad se echa de espaldas y entorna los ojos bajo el sol y su propio dolor. Ella se yergue sobre él,

las piernas separadas, una silueta de espinas. Kassad se enjuga el sudor de los ojos, la muñeca se le empapa de sangre, espera el golpe final. La piel se le contrae mientras aguarda el tajo del acero en la carne. Jadeando, alza los ojos y ve a Moneta, muslos de carne y no de acero, la entrepierna húmeda con los jugos de la pasión. Tiene la cara oscura, el sol detrás, pero él ve llamas rojas muriendo en los focos multifacéticos de los ojos.

—Kassad... —susurra ella, y es como el ruido de la arena al raspar el hueso.

Kassad aparta la mirada, se levanta,

avanza entre cadáveres y desechos ardientes en su afán de liberarse. No mira hacia atrás.

Exploradores de la Fuerza de Autodefensa de Hyperion encontraron al coronel Fedmahn Kassad dos días más tarde. Lo hallaron inconsciente en uno de los brezales que conducían a la abandonada Fortaleza de Cronos, a veinte kilómetros de la ciudad muerta y de los restos de la cápsula de eyección éxter. Kassad estaba desnudo y medio muerto por los efectos de la exposición al sol y varias heridas graves, pero

reaccionó bien al tratamiento de emergencia y fue enviado de inmediato a un hospital de Keats, al sur de la Cordillera de la Brida. Los escuadrones de reconocimiento del batallón FA avanzaron hacia el norte con prudencia, atentos a las mareas antientrópicas que rodeaban las Tumbas de Tiempo y de las Trampas cazabobos que pudieran haber dejado los éxters.

No había ninguna. Los exploradores sólo hallaron los restos del mecanismo de escape de Kassad y los cascos calcinados de dos vehículos de asalto que los éxters habían lanzado desde la órbita. No había pistas de por qué

habían fulminado sus propias naves y los cuerpos éxters —tanto dentro como fuera de los vehículos— estaban tan carbonizados que resultaba imposible analizarlos o someterlos a una autopsia.

Kassad recobró el conocimiento tres días locales después, juró que no recordaba nada después del robo del calamar y fue embarcado en una nave-antorcha FUERZA dos semanas locales más tarde.

Al regresar a la Red, Kassad renunció al grado de oficial. Durante un tiempo actuó en movimientos antibelicistas y en ocasiones aparecía en la red de la Entidad Suma hablando a

favor del desarme. Pero el ataque contra Bressia había movilizado a la Hegemonía hacia la verdadera guerra interestelar como ningún otro episodio en tres siglos, y la voz de Kassad fue acallada o despreciada como la conciencia culpable del Carnicero de Bressia Sur.

En los dieciséis años que siguieron a Bressia, el coronel Kassad desapareció de la Red y de la conciencia de la Red. Aunque no hubo más batallas importantes, los éxters siguieron siendo la principal amenaza para la Hegemonía. Fedmahn Kassad era apenas un recuerdo evanescente.

Kassad terminó su historia a media mañana. El cónsul parpadeó y miró alrededor, reparando en la nave y sus alrededores por primera vez en más de dos horas. La *Benarés* había salido al principal canal del Hoolie. El cónsul oía el chirrido de las cadenas y cables mientras las mantas de río forcejeaban contra los arneses. La *Benarés* parecía ser la única nave que bogaba río arriba, pero muchas embarcaciones enfilaban en dirección contraria.

El cónsul se frotó la frente y se sorprendió al descubrirse la mano mojada de sudor. El día estaba muy

caluroso y la sombra del toldo se había alejado del cónsul sin que él lo notara. Parpadeó, se limpió el sudor de los ojos y se dirigió a la sombra para tomar una de las botellas de licor que los androides habían dispuesto en un gabinete cerca de la mesa.

—Por Dios —exclamó el padre Hoyt—. Entonces, según Moneta, las Tumbas retroceden en el tiempo...

—Sí —confirmó Kassad.

—¿Es posible? —preguntó Hoyt.

—Sí —respondió Sol Weintraub.

—Si esto es cierto —intervino Brawne Lamia—. usted «conoció» a Moneta, o como se llame en realidad, en

el pasado pero en el futuro de usted... en un encuentro que aún no se ha producido.

—Sí —replicó Kassad.

Martin Silenus caminó hacia la baranda y escupió en el río.

—Coronel, ¿cree usted que esa zorra era en realidad el Alcaudón?

—No lo sé —musitó Kassad con un hilo de voz.

Silenus se volvió a Sol Weintraub.

—Usted es un erudito. ¿Hay algo en la mitografía del Alcaudón que indique que esa cosa puede cambiar de forma?

—No —dijo Weintraub. Estaba preparando leche para alimentar a su

hija. La niña gorgoteaba y movía los deditos.

—Coronel —apuntó Het Masteen—, el campo de fuerza... el traje de combate... ¿lo llevaba usted consigo después de su enfrentamiento con los éxters y esa... esa mujer?

Kassad miró al templario un instante y meneó la cabeza.

El cónsul irguió la cabeza.

—Coronel —dijo—, usted describió una visión del árbol de muerte del Alcaudón... la estructura, la cosa donde empala a sus víctimas.

Kassad clavó en el cónsul su mirada de basilisco. Asintió despacio.

—¿Había cuerpos?

Asintió de nuevo.

El cónsul se enjugó el sudor del labio inferior.

—Si el árbol retrocede en el tiempo con las Tumbas de Tiempo, entonces las víctimas son de nuestro futuro.

Kassad calló. Los otros también miraban al cónsul pero sólo Weintraub pareció entender qué significaba el comentario, y cuál sería la siguiente pregunta del cónsul.

El cónsul contuvo el impulso de enjugarse de nuevo el sudor del labio.

—¿Vio allí a alguno de nosotros? —inquirió con voz firme.

Kassad calló un rato. Los murmullos del río y de los aparejos de la nave de pronto parecieron muy fuertes.

—Sí —jadeó Kassad.

El silencio se prolongó de nuevo. Brawne Lamia lo interrumpió.

—¿Nos dirá quién?

—No. —Kassad se levantó y regresó a la escalera que conducía a las cubiertas inferiores.

—Espere —exclamó el padre Hoyt.

Kassad se detuvo ante la escalera.

—¿Nos dirá al menos otras dos cosas?

—¿Qué?

El padre Hoyt hizo una mueca de

dolor. La cara enjuta palideció bajo la pátina de sudor. Recobró el aliento y dijo:

—Primero, ¿cree usted que el Alcaudón... la mujer... de algún modo desea usarlo a usted para desencadenar la terrible guerra interestelar que usted previó?

—Sí —murmuró Kassad.

—Segundo, ¿nos dirá qué piensa pedir al Alcaudón... o a Moneta... cuando los encuentre en la peregrinación?

Kassad sonrió por primera vez. Era una sonrisa delgada y muy fría.

—No pienso pedir nada —espetó—.

No les pediré nada. Cuando los encuentre esta vez, los mataré.

Los demás peregrinos no hablaron ni se miraron cuando Kassad bajó a la otra cubierta. La *Benarés* continuó hacia el nordeste, internándose en la tarde.

3

La barcaza *Benarés* entró en el puerto fluvial de Náyade una hora antes del ocaso. La tripulación y los peregrinos se apoyaron en la borda para mirar los rescoldos humeantes de lo que otrora había sido una ciudad de veinte mil habitantes. No quedaba gran cosa. La famosa Posada del Río, construida en tiempos de Triste Rey Billy, estaba quemada hasta los cimientos; los muelles y balcones chamuscados ahora se hundían en los bajíos del Hoolie. La aduana era un esqueleto calcinado. La

terminal aérea del norte de la ciudad era una ruina negra y la torre de amarre estaba reducida a una aguja de carbón. No había ningún indicio del pequeño templo del Alcaudón. Peor aún, desde el punto de vista de los peregrinos, era la destrucción de la Estación Fluvial Náyade. El amarradero estaba quemado y desvencijado, los corrales de las mantas abiertos.

—¡Maldita sea! —exclamó Martin Silenus.

—¿Quién lo hizo? —preguntó el padre Hoyt—. ¿El Alcaudón?

—Más probablemente la FA —sugirió el cónsul—. Aunque quizás

estuviera luchando contra el Alcaudón.

—No puedo creerlo —rezongó Brawne Lamia, volviéndose hacia Bettik, quien acababa de reunirse con ellos en la cubierta de popa—. ¿No sabías que esto había ocurrido?

—No —contestó el androide—. No hubo contacto con ningún punto al norte de los Rizos durante más de una semana.

—¿Por qué diablos? —preguntó Lamia—. Aunque este mundo olvidado no tenga esfera de datos, ¿no hay radio acaso?

Bettik sonrió.

—Sí, Lamia, hay radio, pero los satélites de comunicaciones no

funcionan, las estaciones de microondas de los Rizos de Karla fueron destruidos y no tenemos acceso a la onda corta.

—¿Y las mantas? —apuntó Kassad—. ¿Podemos llegar hasta Linde con las que tenemos?

Bettik frunció el ceño.

—No nos quedará más remedio, coronel —respondió—. Pero es un crimen. Las dos que van en el arnés no se recuperarán del esfuerzo. Con mantas frescas habríamos llegado a Linde antes del alba. Con estas dos... —El androide se encogió de hombros—. Con suerte, si las bestias sobreviven, llegaremos por la tarde...

—La carreta eólica aún estará allí, ¿verdad? —preguntó Het Masteen.

—Debemos suponer que no —dijo Bettik—. Si ustedes me disculpan, alimentaré a nuestras pobres bestias. Dentro de una hora tendremos que reanudar el viaje.

No vieron a nadie en las ruinas de Náyade ni en las inmediaciones. Ninguna nave fluvial apareció más allá de la ciudad. Tras una hora de viaje hacia el nordeste, entraron en la región donde las selvas y granjas del bajo Hoolie eran reemplazadas por la ondulante pradera naranja del sur del Mar de Hierba. En ocasiones, el cónsul

divisaba las torres de lodo de hormigas arquitecto, algunas con estructuras dentadas de diez metros de altura. No había indicios de asentamiento humano intacto. El ferry del Vado de Betty había desaparecido, y ni siquiera una cuerda o una cabaña indicaban que había estado allí por casi dos siglos. La Posada de los Navegantes Fluviales de Punta Caverna estaba oscura y silenciosa. Bettik y otros tripulantes llamaron, pero la boca negra y cavernosa no les respondió.

El ocaso trajo una quietud sensual, pronto interrumpida por un coro de insectos y pájaros nocturnos. Durante un

rato, la superficie del Hoolie fue un espejo del cielo verde grisáceo del crepúsculo, turbado sólo por el brinco de los peces y la estela de las laboriosas mantas. Cuando cayó la noche, un sinfín de espejines de las praderas —mucho más pálidos que sus primos selváticos, pero también con mayor envergadura; sombras luminiscentes del tamaño de niños pequeños— bailaron en las hondonadas y valles de las suaves colinas. Cuando despuntaron las constelaciones y las estelas de los meteoros abrieron cicatrices en el cielo nocturno, un espectáculo brillante tan diferente de toda luz artificial, los

faroles estaban encendidos y la cena servida en la cubierta de popa.

Los abatidos peregrinos aún parecían sumidos en el sombrío y turbador relato del coronel Kassad. El cónsul había bebido sin cesar desde el mediodía y ahora sentía ese grato distanciamiento —lejos de la realidad, del dolor del recuerdo— que le permitía sobrellevar los días y las noches. Preguntó, con voz precisa y firme como sólo puede serlo la de un verdadero alcohólico, a quién le tocaba contar su historia.

—A mí —replicó Martin Silenus. El poeta también había bebido sin cesar

desde temprano. La voz era tan controlada como la del cónsul, pero el rubor de las mejillas y el maniático brillo de los ojos delataban al viejo poeta—. Al menos yo saqué el número tres... —Mostró su papel—. Si a alguien aún le interesa mi puñetera historia.

Brawne Lamia alzó la copa de vino, frunció el ceño y dejó la copa.

—Quizá deberíamos comentar lo que hemos aprendido de las dos primeras historias y ver cómo se relacionan con nuestra actual... situación.

—Todavía no —objetó el coronel Kassad—. No tenemos suficiente

información.

—Que hable Silenus —propuso Sol Weintraub—. Luego haremos comentarios.

—Estoy de acuerdo —dijo Lenar Hoyt.

Het Masteen y el cónsul asintieron.

—¡Convenido! —exclamó Martin Silenus—. Contaré mi historia. En cuanto termine esta puñetera copa de vino.

LA NARRACIÓN DEL POETA LOS CANTOS DE HYPERION

Al principio fue la Palabra. Luego vino el puñetero procesador de palabras. Luego, el procesador de pensamientos. Luego vino la muerte de la literatura. Y así andan las cosas.

Francis Bacon dijo una vez: «De la

deficiente e inepta formación de palabras surge una formidable obstrucción para la mente». Todos hemos aportado nuestras formidables obstrucciones para la mente, ¿verdad? Yo más que la mayoría. Uno de los mejores escritores del siglo veinte, hoy olvidado, bromeó una vez: «Me encanta ser escritor. Lo que no aguanto es el papeleo». ¿Entienden? Bien, amigos míos, me encanta ser poeta. Lo que no soporto son las malditas palabras.

¿Por dónde empezaré? ¿Tal vez por Hyperion?

(Cambio de escena) Casi dos siglos estándar atrás.

Las cinco naves seminales del Triste Rey Billy giran como dientes de león rojos sobre este familiar cielo lapislázuli. Desembarcamos con la arrogancia de conquistadores: más de dos mil artistas visuales, escritores, escultores, poetas, ARNistas, expertos en vídeo, directores de holos, compositores y anticompositores y Dios sabe qué más, respaldados por cinco veces esa cantidad de administradores y técnicos y ecólogos y supervisores y chambelanes y lameculos profesionales, por no mencionar a la adulada familia

real, respaldada a su vez por diez veces esa cantidad de androides ansiosos de arar el suelo y alimentar los reactores y levantar las ciudades y cargar ese fardo y soportar aquella carga... Bien, ya deben de captar la idea.

Desembarcamos en un mundo ya poblado por los pobres diablos que habían vuelto al estado salvaje dos siglos atrás y vivían con la mano en la boca propia y el garrote en la cabeza ajena. Desde luego, los nobles descendientes de esos valientes pioneros nos saludaron como si fuéramos dioses, sobre todo cuando el personal de seguridad despachó a los

cabecillas más agresivos, y desde luego consideramos natural esa adoración y los pusimos a trabajar junto a nuestros amigos de piel azul, para que tallaran la fortaleza del sur y construyeran nuestra brillante ciudad de la colina.

En efecto, era una brillante ciudad de la colina. Las ruinas actuales no dicen nada sobre ese lugar. El desierto ha avanzado en tres siglos: los acueductos de las montañas se han desmoronado; la ciudad misma es sólo ruinas. Pero en sus tiempos, la Ciudad de los Poetas era una auténtica belleza, una mezcla de la Atenas de Sócrates con la pasión intelectual de la Venecia

renacentista, el fervor artístico del París de los impresionistas, la verdadera democracia de la primera década de Ciudad Orbital y el futuro ilimitado del Centro Tau Ceti.

Pero, a fin de cuentas, no era ninguna de estas cosas, desde luego. Era sólo la claustrofóbica sala de Hrothgar con el monstruo acechando en las tinieblas. Teníamos nuestro Grendel, como es natural. Incluso teníamos nuestro Hrothgar: basta mirar el pobre perfil encorvado del Triste Rey Billy. Sólo nos faltaba un guerrero, nuestro fornido y obtuso Beowulf con su pandilla de alegres psicópatas. Así, a falta de un

héroe, optamos por el papel de víctimas y compusimos sonetos, ensayamos ballets y desenrollamos pergaminos, mientras nuestro Grendel de espinas y acero salpimentaba la noche de miedo y cosechaba fémures y cartílago.

Así era cuando yo (entonces un sátiro cuya cara era el espejo de su alma) estuve cerca de concluir mis Cantos, la obra de mi vida, tan cerca como he estado en cinco tristes siglos de terca perseverancia.

(Disolución de escena)

Se me ocurre que la historia de

Grendel es prematura. Los actores aún no han salido al escenario. La trama no lineal y la prosa inconexa tienen sus partidarios y figuro entre ellos, amigos míos, pero a fin de cuentas son los personajes quienes ganan o pierden la inmortalidad en letras de molde. ¿Nadie ha albergado la secreta idea de que en alguna parte Huck y Jim están, en este instante, impulsando su balsa por algún río lejano, mucho más reales que el limpiabotas que nos atendió hace sólo un día olvidado? De cualquier modo, si he de contar esta puñetera historia, conviene saber quién participa en ella.

Y, por mucho que me duela, debo

retroceder para empezar por el principio.

Al principio fue la Palabra. Y la Palabra fue programada en binario clásico. Y la Palabra dijo «¡Que haya vida!» Así, en alguna parte de las bóvedas TecnoNúcleo de la finca de mi madre, el esperma congelado de mi difunto padre fue descongelado, puesto en suspensión, agitado como los batidos de antaño, cargado en un híbrido de inyección automática y consolador y —al mágico toque de un gatillo— eyaculaba en mamá en una época en que la luna estaba llena y el huevo, maduro.

Desde luego, no era preciso que

mamá quedará encinta con este método bárbaro. Pudo haber escogido una fertilización ex útero, un amante con un transplante del ADN de papá, un sustituto clónico, un nacimiento doncellesco con injerto de genes y otras cosas... Pero, como me confesó más tarde, se abrió de piernas ante la tradición. Yo supongo que lo prefería así. De cualquier modo, nací.

Nací en la Tierra... en Vieja Tierra... y que le den por el culo, Lamia, si no me cree. Viví en la finca de mi madre, en una isla cercana a la Reserva de América del Norte.

Notas para un bosquejo de mi hogar

en Vieja Tierra. Crepúsculos frágiles que pasaban del violeta al fucsia y al púrpura sobre las siluetas de crespón de los árboles, más allá del jardín del sudoeste. Cielos delicados como porcelana traslúcida, no tocados por las nubes ni el vapor. El silencio presinfónico de las primeras luces seguido por la percusión del amanecer. Naranjas y rojos encendiéndose en oro, el largo y calmo descenso al verde: hojas, sombras, zarcillos de ciprés y sauce llorón, el callado terciopelo verde del claro.

La finca de mi madre, nuestra finca, cuarenta hectáreas centradas en una

inmensidad. Parques del tamaño de pequeñas praderas con una hierba tan perfecta que invitaba a tenderse en ella y dormir en su mullida perfección. Nobles y copudos árboles que transformaban la tierra en un reloj de sol, sus sombras en un círculo de majestuosa procesión; ora mezclándose, ora contrayéndose al mediodía, luego estirándose hacia el este con la muerte del día. Regios robles. Olmos gigantes. Álamo, ciprés, pino y bonsai. Banianos que extendían nuevos troncos como lisas columnas en un templo techado por el cielo. Sauces al borde de pulcros canales e irregulares arroyos, con las ramas colgantes y

cantando antiguas endechas al viento.

Nuestra casa se eleva en una colina baja donde, en invierno, las curvas pardas del parque parecen el terso flanco de una bestia hembra, muslo musculoso y veloz. La casa muestra sus siglos de crecimiento: una torre de jade en el patio del este recibe la primera luz del alba, gabletes en el ala sur arrojan triángulos de sombra en el invernáculo de cristal a la hora del té, balcones y un laberinto de escaleras exteriores a lo largo de los pórticos del este se enzarzan en juegos Escher con las sombras de la tarde. Fue después del Gran Error, pero antes de que todo se

volviera inhabitable. En general ocupábamos la finca durante lo que extrañamente llamábamos «períodos de remisión», temporadas de diez a dieciocho meses de tranquilidad entre espasmos planetarios cuando el maldito miniagujero negro del Equipo de Kiev digería trozos del centro de la Tierra y aguardaba su próximo festín. Durante los «Tiempos Malos» nos trasladábamos a casa del tío Kowa, más allá de la Luna, en un asteroide terraformado llevado allá antes de la migración éxter.

Como cabe esperar, nací con una cuchara de plata en el trasero. No me disculpo. Al cabo de tres mil años de

coquetear con la democracia, las familias de Vieja Tierra habían comprendido que el único modo de evitar la chusma era impidiendo que se reprodujera. O, mejor aún, patrocinando flotas de naves seminales, gironaves exploradoras, nuevas migraciones por teleyección, la temerosa urgencia de la Hégira, para que esa gente procreara allá y dejara en paz Vieja Tierra. El hecho de que el mundo natal fuera una vieja desdentada y enferma alentó el espíritu pionero de los miembros de la chusma. No eran tontos.

Como Buda, yo era casi adulto cuando descubrí la pobreza por primera

vez. Yo tenía dieciséis años estándar durante mi Wanderjahr y viajaba con mochila por la India cuando vi un mendigo. Las viejas familias hinduistas los mantenían allí por razones religiosas, pero en ese momento sólo vi un hombre en harapos, las costillas prominentes, tendiendo un cesto de mimbre con un antiguo panel de crédito, rogando por un toque de mi tarjeta universal. Mis amigos lo atribuyeron a la histeria. Vomité. Fue en Benarés.

Mi infancia fue privilegiada, pero no al extremo de la exasperación. Guardo gratos recuerdos de las famosas fiestas de la Grande Dame Sybil (una tía abuela

por el lado materno). Recuerdo un festejo de tres días que celebró en el Archipiélago de Manhattan: llegaban huéspedes en naves de Ciudad Orbital y de las arcologías europeas. Recuerdo el Empire State Building surgiendo del agua, sus múltiples luces reflejadas en las lagunas y los canales con helechos. Los VEMs descargaban pasajeros en la terraza mientras las fogatas ardían en los edificios más bajos, que formaban islas pobladas de malezas.

La Reserva de América del Norte era entonces nuestro patio de juegos favorito. Se decía que aún vivían ocho mil personas en ese misterioso

continente, pero la mitad eran excursionistas. El resto incluía a ARNistas renegados que ejercían su oficio resucitando especies de plantas y animales largamente ausentes de sus antediluvianas regiones norteamericanas, los ingenieros ecológicos, los primitivos con licencia, tales como los sioux ogalalla o el gremio de los Angeles del Infierno, y algunos turistas. Yo tenía un primo que viajó como mochilero de una región de observación de la Reserva a otra, pero lo hizo en el Medio Oeste, donde las zonas estaban relativamente más apiñadas y donde las manadas de

dinosaurios escaseaban.

Durante el primer siglo después del Gran Error, Gea estaba herida de muerte, pero su agonía era lenta. La devastación era tremenda durante los Tiempos Malos —que se repetían con creciente frecuencia en espasmos precisos, remisiones más cortas, consecuencias más terribles después de cada ataque—, pero la Tierra permanecía y se reparaba como mejor podía.

La Reserva era, como he dicho, nuestro patio de juegos; pero en cierto sentido también lo era toda la Tierra, que agonizaba. Mi madre me dio mi

propio VEM cuando yo tenía siete años y no había ningún sitio del globo que estuviera a más de una hora de casa. Mi mejor amigo, Amalfi Schwartz, vivía en las Fincas del Monte Erebus, en lo que había sido la República Antártica. Nos veíamos todos los días. El hecho de que la ley de Vieja Tierra prohibiera los teleyectores no nos molestaba en lo más mínimo; tendidos en una ladera de noche, mientras contemplábamos las dos o tres mil estrellas visibles a través de las diez mil Luces Orbitales y las veinte mil señales del Anillo, no sentíamos envidia ni afán de unirnos a la Hégira, que ya entonces estaba hilando la trama

de la Red de Mundos. Éramos felices.

Mis recuerdos de mamá son extrañamente estilizados, como si ella fuera otro invento ficticio de una de mis novelas del ciclo de la Tierra Moribunda. Quizá lo fuera. Tal vez fui criado por robots en las ciudades automatizadas de Europa, amamantado por androides en el Desierto del Amazonas o cultivado en una bandeja como levadura de cerveza. Lo que recuerdo es la bata blanca de mi madre al deslizarse como un fantasma por las sombrías habitaciones de la finca; venas azules e infinitamente delicadas en el dorso de su mano de dedos finos

mientras servía té en la luz damasquina y polvorienta del invernáculo: el resplandor de las velas atrapado como una mosca de oro en la telaraña brillante de su cabello, recogido en un moño al estilo de las Grandes Damas. A veces sueño que recuerdo su voz, la modulación y el tono y su conmovedora presencia, pero luego despierto y se transforma sólo en el viento que agita las cortinas de encaje o en el murmullo de un mar extraño sobre la piedra.

Desde que tuve conciencia de mi identidad, supe que sería —tenía que ser — poeta. No era una elección; era como si la belleza moribunda que me rodeaba

insuflara en mí su último aliento, dictaminando que yo estaba condenado a jugar con palabras el resto de mis días; como si expiara el modo irracional con que nuestra especie había arrasado su cuna. Qué diablos, me hice poeta.

Tenía un preceptor llamado Balthazar, humano pero antiguo, un refugiado de los callejones de la antigua Alejandría, con sus olores carnales. Balthazar tenía un fulgor blanco azulado debido a esos toscos tratamientos Poulsen primitivos; era como una momia cubierta de plástico líquido. Y lujurioso como el proverbial macho cabrío. Siglos después, cuando yo estaba en mi

período de sátiro, creí comprender al fin las compulsiones priápicas del pobre Balthazar, pero en aquellos tiempos resultaba una molestia tener muchachas jóvenes en el personal de la finca. Humana o androide, don Balthazar no hacía discriminaciones: las follaba a todas.

Afortunadamente para mi educación, no había ni rastro de homosexualidad en la adicción de don Balthazar a los cuerpos jóvenes, así que sus peripecias se manifestaban como ausencia de nuestras clases o bien como una excesiva atención a la memorización de versos de Ovidio, Senesh o Wu.

Era un preceptor excelente. Estudiamos a los antiguos y el último período clásico, realizamos excursiones a las ruinas de Atenas, Roma, Londres y Hannibal, Missouri, y nunca me sometió a pruebas o exámenes. Don Balthazar esperaba que yo lo aprendiera todo de memoria a primera vista... y yo no lo defraudaba. Convenció a mi madre de que las trampas de la «educación progresista» no eran para una familia de Vieja Tierra, así que nunca conocí los esterilizantes atajos de la medicación con ARN, la inmersión en esferas de datos, el adiestramiento sistémico evocativo, los grupos de encuentro

estilizados, las «aptitudes de pensamiento elevado» con su desdén por los hechos, ni la programación prealfabeta. Como consecuencia de estas privaciones, fui capaz de recitar toda la Odisea en la traducción de Fitzgerald cuando cumplí seis años, componer estrofas rimadas antes de aprender a vestirme y pensar en versos de fuga espiralada antes de tener una interfaz con una IA.

Mi educación científica, por otra parte, fue menos rigurosa. Don Balthazar mostraba poco interés en lo que denominaba el «aspecto mecánico del universo». Sólo a los veintidós años

comprendí que los ordenadores, las unidades de memoria aleatoria y los artefactos de soporte vital asteroidales del tío Kowa eran máquinas, y no benévolas manifestaciones de los espíritus que nos rodeaban. Yo creía en las hadas, los duendes, la numerología, la astrología y la magia del solsticio de verano en el corazón de los primitivos bosques de la Reserva. Como Keats y Lamb en el estudio de Haydon, don Balthazar y yo brindábamos por el «desquiciamiento de las matemáticas», y llorábamos la destrucción de la poesía del arco iris ejecutada con el prisma fisgón del señor Newton. Mi temprana

desconfianza y aun odio por todo lo científico y clínico me fue útil en la vida.

Aprendí que no resulta difícil ser un pagano precopernicano en la Hegemonía postcientífica.

Mis primeros poemas eran lamentables. Como la mayoría de los malos poetas, yo no me daba cuenta de ello, seguro en mi arrogancia de que el simple acto de crear daba cierto valor a los indignos abortos que alumbraba. Mi madre se mostró tolerante conmigo a pesar de que yo dejaba pestilentes pilas de chapuzas esparcidas por la casa. Era indulgente con su único hijo, aunque éste

fuera tan incontinente como un rumiante en estado salvaje. Don Balthazar nunca comentó mis escritos; sobre todo, supongo, porque nunca le mostré ninguno. Don Balthazar pensaba que el venerable Daton era un fraude, que Salmud Brevy y Robert Frost se tenían que haber ahorcado con sus propias entrañas, que Wordsworth era un necio, y que cualquier cosa inferior a los sonetos de Shakespeare constituía un ultraje al idioma. No vi razones para abrumar a don Balthazar con mis versos, aunque yo supiera que desbordaban de genio incipiente.

Publiqué varios de esos excrementos

literarios en los diversos periódicos impresos entonces en boga en las diversas arcologías de las Casas Europeas, y los aficionados directores de esas toscas publicaciones se mostraban tan indulgentes con mi madre como ella conmigo. A veces yo urgía a Amalfi o algún otro compañero de juegos —menos aristocráticos que yo y, por lo tanto, con acceso a las esferas de datos y transmisores ultralínea— a enviar algunos de mis poemas al Anillo o a Marte, y así a las proliferantes colonias.

Nunca respondieron. Supuse que estaban demasiado ocupados.

La creencia en nuestra identidad de poetas o escritores antes de la prueba decisiva de la publicación es tan ingenua e inofensiva como la creencia juvenil en la propia inmortalidad..., y la inevitable desilusión resulta igualmente dolorosa.

Mi madre murió con la Vieja Tierra. La mitad de las Viejas Familias se quedaron durante el último cataclismo; yo tenía entonces veinte años y me había trazado el romántico plan de morir con mi mundo natal. Mi madre decidió lo contrario. No le preocupaba mi muerte prematura —como yo, era demasiado egoísta para pensar en otra persona en

semejante momento— ni el hecho de que la muerte de mi ADN marcara el fin de un linaje de aristócratas que se remontaba al Mayflower; no, le molestaba que la familia se extinguiera endeudada. Al parecer, nuestros últimos cien años de extravagancias se habían financiado mediante préstamos sustanciosos del Banco del Anillo y otras discretas instituciones extraterrestres.

Ahora que los continentes de la Tierra se estrellaban bajo el impacto de la contracción, los grandes bosques ardían, los océanos jadeaban y hervían transformándose en una sopa muerta, y

el aire mismo se volvía caliente, denso e irrespirable, ahora los bancos reclamaban su dinero. Yo era la garantía.

Mejor dicho, lo era en el plan de mi madre. Liquidó todo el patrimonio disponible unas semanas antes de que esa frase fuera una realidad literal, depositó un cuarto de millón de marcos en cuentas a largo plazo en el fugitivo Banco del Anillo, y me despachó en un viaje al Protectorado Atmosférico de Rifkin en Puertas del Cielo, un mundo menor que giraba alrededor de la estrella Vega. Incluso entonces, ese mundo ponzoñoso tenía una conexión

por teleyector con el sistema Sol, pero yo no me teleyecté. Tampoco viajé a bordo de la única giro-nave con motor Hawking que recalaba en Puertas del Cielo cada año estándar. No; mi madre me envió a ese confín del universo en una nave-ariete Fase Tres, de velocidad infralumínica, congelado con los embriones de ganado, los concentrados de zumo de naranja y los virus de alimentación, en un viaje que duró ciento veintinueve años de a bordo, con una deuda temporal objetiva de ciento sesenta y siete años estándar.

Mi madre supuso que el interés acumulado en las cuentas a largo plazo

bastaría para saldar la deuda de nuestra familia y quizá para permitirme una cómoda supervivencia. Por primera y última vez en su vida, mi madre se equivocó.

Notas para un bosquejo de Puertas del Cielo:

Callejas de lodo que salen de la estación de conversión como llagas en la espalda de un leproso. Nubes sulfurosas colgando en jirones en un cielo de arpillera putrefacta. Una maraña de estructuras de madera sin forma, decrépitas incluso antes de estar acabadas, cuyas ventanas sin cristal miran ciegamente la boca cavernosa de

sus vecinas. Aborígenes que procrean como... como humanos, supongo; inválidos sin ojos, con los pulmones quemados por la podredumbre del aire, que engendran carnadas de vastagos cuya piel se ha encallecido a los cinco años estándar, cuyos ojos lagrimean sin cesar en una atmósfera que los matará antes de los cuarenta, con sonrisas cariadas, con una pelambrera grasienta pobladas de piojos y de sacos sanguíneos de las garrapatas drácula. Padres orgullosos y sonrientes. Veinte millones de estos imbéciles condenados, amontonados en las barriadas de una isla más pequeña que el parque oeste de

mi familia en Vieja Tierra, todos ellos luchando por inhalar el único aire respirable en un mundo donde lo habitual es aspirar y morir, apiñándose cada vez más cerca del centro del radio de noventa kilómetros de atmósfera potable que la Estación de Generación Atmosférica suministró antes de fallar.

Puertas del Cielo: mi nuevo hogar.

A mi madre no se le ocurrió que todas las cuentas de Vieja Tierra serían congeladas... y luego absorbidas por la creciente economía de la Red de Mundos. Tampoco recordó que la razón por la cual la gente había esperado el motor Hawking para trasladarse al brazo

espiral de la galaxia era que en sueño criogénico prolongado —en vez de pocas semanas o meses de fuga— las probabilidades de lesión cerebral terminal son de una sobre seis. Yo tuve suerte. Cuando me desempacaron en Puertas del Cielo y me pusieron a trabajar cavando canales de ácido más allá del perímetro, sufrí un único accidente cerebral: una apoplejía. Físicamente, me recuperé lo suficiente para trabajar en las fosas de lodo al cabo de pocas semanas locales. Mentalmente, dejaba mucho que desear.

El hemisferio izquierdo de mi cerebro estaba sellado como el sector

dañado de una gironave, cuando las puertas herméticas libran al vacío los compartimientos condenados. Aún podía pensar. Pronto recuperé el control del lado derecho del cuerpo. Sólo los centros de lenguaje estaban más allá de toda reparación sencilla. El maravilloso ordenador orgánico encerrado en mi cráneo había escupido su contenido lingüístico como un programa fallido. El hemisferio derecho contenía algo de lenguaje, pero sólo las unidades de comunicación con mayor carga emocional podían alojarse en ese hemisferio afectivo: mi vocabulario se reducía a nueve palabras. (Luego supe

que esto era excepcional, pues muchas víctimas de ataques cardiovasculares retienen sólo dos o tres.) Para consignarlo, he aquí todo mi vocabulario: follar, mierda, pis, coño, maldición, hijoputa, culo, pipí y popó.

Un rápido análisis revelará un grado de redundancia. Tenía a mi disposición ocho sustantivos y un verbo. Siete de esos sustantivos representaban cinco cosas y dos de ellos funcionaban como exclamaciones: entre los dos restantes, uno podía funcionar como expletivo y otro como adjetivo. Mi nuevo universo lingüístico abarcaba monosílabos y polisílabos largos, e incluía dos

palabras de bebé. Había cuatro alusiones al tópico de la eliminación, dos referencias a la anatomía humana, una imprecación, una descripción estándar del coito y un insulto alusivo a las costumbres sexuales maternas.

Bastaba.

No diré que recuerdo mis tres años en las fosas de lodo y las barriadas viscosas de Puertas del Cielo con afecto, pero es verdad que esos años fueron tanto o más formativos que mis dos primeras décadas en Vieja Tierra.

Pronto descubrí que entre mis amigos íntimos —Viejo Cieno, el capataz; Unk, el matón a quien pagaba

mis sobornos por protección; Kiti, la piojosa ramera con quien dormía cuando me lo podía permitir— mi vocabulario era eficaz.

—Follar, mierda —gruñía yo, gesticulando—. Culo, coño, pipí, follar.

—Ah —sonreía Viejo Cieno, mostrando el único diente—, vas a la tienda de la compañía a comprar galletas de algas, ¿eh?

—Maldición popó —respondía yo.

La vida de un poeta no consiste sólo en la finita danza verbal de la expresión, sino en las casi infinitas combinaciones de percepción y memoria a la vez combinadas con la sensibilidad ante lo

que se percibe y se recuerda. Mis tres años locales en Puertas del Cielo, casi mil quinientos días estándar, me permitieron ver, sentir, oír, recordar, como si literalmente hubiera renacido en el infierno; la reelaboración de la experiencia es la base de la verdadera poesía y la experiencia en bruto fue el regalo de nacimiento de mi nueva vida.

No me fue difícil adaptarme a ese mundo feliz rezagado un siglo y medio respecto del mío. Aunque en estos cinco siglos hemos hablado de expansión y espíritu pionero, todos sabemos que nuestro universo humano se ha vuelto retrógrado y estático. Vivimos una

cómoda Edad Oscura de la inventiva; las instituciones apenas cambian, y lo hacen por evolución gradual antes que por revolución; la investigación científica se arrastra como un cangrejo, de lado, cuando antes brincaba en grandes saltos intuitivos; la maquinaria cambia aún menos, y las tecnologías estancadas comunes entre nosotros serían instantáneamente identificables —¡y manejables!— para nuestros bisabuelos. Así que mientras yo dormía, la Hegemonía se convirtió en una entidad formal, la Red de Mundos cobró su forma más o menos definitiva, la Entidad Suma ocupó su lugar

democrático en la lista de los déspotas benévolos de la humanidad, el TecnoNúcleo se negó a servir a los humanos y luego ofreció su ayuda como aliado y no como esclavo, y los éxters se replegaron a la oscuridad y al papel de Némesis; pero todas estas cosas habían alcanzado su punto crítico incluso antes de que me metieran en mi ataúd de hielo entre los vientres de cerdo y los sorbetes, y esas obvias prolongaciones de viejas tendencias resultaban fáciles de entender. Además, la historia vista desde dentro es siempre una confusa papilla digestiva, muy diferente de la vaca fácilmente

reconocible que ven desde lejos los historiadores.

Mi vida era Puertas del Cielo y las exigencias inmediatas de la supervivencia. El cielo era un eterno poniente amarillo y sucio que colgaba como un techo desvencijado a pocos metros de mi cabaña. Mi cabaña resultaba extrañamente confortable: una mesa para comer, un catre para dormir y follar, un agujero para orinar y defecar, y una ventana para mirar en silencio. Mi entorno reflejaba mi vocabulario.

La cárcel siempre fue buen un sitio para los escritores, pues mata los demonios gemelos de la movilidad y la

distracción; Puertas del Cielo no era una excepción. Mi cuerpo pertenecía al Protectorado Atmosférico, pero mi mente —o lo que quedaba de ella— era mía.

En Vieja Tierra componía mis poemas en un comlog procesador de pensamiento Sadu-Dekenar, mientras remoloneaba en una silla tapizada o flotaba en mi nave EM por encima de oscuras lagunas o paseaba pensativamente entre pérgolas perfumadas. Ya describí los execrables, indisciplinados, blandos y flatulentos productos de esos ensueños. En Puertas del Cielo descubrí que el esfuerzo físico

puede constituir un gran estímulo mental: no simples trabajos, añadiré, sino esfuerzos que arqueaban espaldas, inflamaban pulmones, revolvían tripas, desgarraban ligamentos y reventaban testículos. Pero mientras la faena es pesada y repetitiva, según descubrí, la mente no sólo está en libertad de viajar a climas más imaginativos, sino que huye a planos superiores.

Así, en Puertas del Cielo, mientras paleaba la inmundicia de los mugrientos canales bajo la mirada roja de Vega Prima, o me arrastraba entre estalactitas y estalagmitas de bacterias en los tubos laberínticos de la estación, me

transformé en poeta.

Sólo me faltaban las palabras.

El escritor más célebre del siglo veinte, William Gass, declaró en una entrevista: «Las palabras son los objetos supremos. Son cosas con mente».

En efecto. Son tan puras y trascendentes como cualquier idea que jamás haya arrojado sombras en la oscura caverna platónica de nuestras percepciones. Pero también nos estafan y nos engañan. Las palabras encauzan nuestros pensamientos hacia infinitas sendas de autoengaño, y el hecho de que pasemos la mayor parte de nuestra vida mental en mansiones cerebrales

construidas con palabras insinúa que carecemos de la objetividad necesaria para comprender la terrible distorsión de la realidad que provoca el lenguaje. Ejemplo: el pictograma chino que significa «honestidad» es un símbolo de dos partes donde un hombre está literalmente de pie junto a su palabra. Hasta ahora, muy bien. ¿Pero qué significa la moderna palabra «integridad»? ¿O «madre patria»? ¿O «progreso»? ¿O «democracia»? ¿O «belleza»? Pero incluso en nuestro autoengaño, llegamos a ser dioses.

Un filósofo y matemático llamado Bertrand Russell, que vivió y murió en

el mismo siglo que Gass, escribió en una ocasión: «El lenguaje sirve no sólo para expresar el pensamiento, sino para posibilitar pensamientos que no existirían sin él.»

He aquí la esencia del genio creativo de la humanidad: no los edificios de la civilización ni las armas que pueden fulminarla, sino las palabras que fertilizan nuevos conceptos como espermatozoides que atacan un óvulo. Se podría argumentar que los gemelos siameses de palabra-idea son el único aporte que la especie humana puede, quiere o debe hacer al cosmos en despliegue. Sí, nuestro ADN es único,

pero también el de la salamandra. Sí, construimos artefactos, pero también lo hacen especies que van desde los castores hasta las hormigas arquitecto, cuyas torres almenadas pueden verse ahora mismo desde la proa. Si, hilamos cosas reales a partir de los ensueños de las matemáticas, pero el universo es congénitamente aritmético. Si trazamos un círculo, Pi asoma la cabeza. Si entramos en un nuevo sistema solar, las fórmulas de Tycho Brahe acechan bajo el manto de terciopelo negro de la trama espacio temporal. Pero ¿dónde tiene el universo oculta una palabra bajo su capa externa de biología, geometría y roca

insensible? Otras formas de vida inteligente —los dirigibles de Jove II, los Constructores de Laberintos, los émpatas de Hebrón, la gente garrapata de Durulis, los arquitectos de las Tumbas de Tiempo, el Alcaudón mismo — nos han dejado misterios y artefactos oscuros, pero no lenguaje. No palabras.

El poeta John Keats escribió a un amigo llamado Bailey: «No estoy seguro de nada excepto de la santidad del afecto del Corazón y la verdad de la Imaginación. Aquello que la imaginación capta como Belleza ha de ser verdad, haya existido antes o no.»

El poeta chino George Wu, quien

murió en la Ultima Guerra Chino-Japonesa tres siglos antes de la Hégira, entendió bien esto cuando anotó en su comlog: «Los poetas son las comadronas locas de la realidad. No ven lo que es, ni lo que puede ser, sino lo que debe llegar a ser». Más tarde, en el último disco dirigido a su amante, una semana antes de morir, Wu dijo: «Las palabras son las únicas balas de la canana de la verdad, y los poetas son los francotiradores».

Así que en el principio fue la Palabra. Y la Palabra se hizo carne en la trama del universo humano. Sólo el poeta puede expandir este universo; sólo

él encontrará atajos hacia nuevas realidades, tal como el motor Hawking abre túneles bajo las barreras de la trama einsteiniana del espacio/tiempo.

Comprendí que ser poeta, un auténtico poeta, representaba transformarse en el avatar de la humanidad encarnada; aceptar el manto del poeta es llevar la cruz del Hijo del Hombre, sufrir los dolores de parto del Alma Madre de la Humanidad.

Ser un verdadero poeta es convertirse en Dios.

Yo traté de explicar esto a mis amigos de Puertas del Cielo.

—Pis, mierda —dije—. Culo

hijoputa, maldición mierda maldición. Coño. Pipí coño. ¡Maldición!

Meneaban la cabeza, sonreían y seguían de largo. Los grandes poetas rara vez son comprendidos en su propia época.

Las nubes sucias y amarillas descargaban ácido sobre mí. Yo caminaba con el lodo hasta los muslos y limpiaba algas-sanguijuela de las cloacas de la ciudad. Durante mi segundo año allí murió Viejo Cieno, cuando todos trabajábamos en un proyecto para extender el Canal de la

Primera Avenida a los Lodazales de Midsump. Un accidente. Trepaba por una duna de viscosidad para rescatar una rosa-azufre de la apisonadora, cuando sobrevino un lodomoto. Kiti se casó poco después. Todavía trabajaba como ramera, pero yo la veía cada vez menos. Murió al dar a luz poco después que la gran ola verdosa arrastrara Ciudad Lodazal. Yo seguía escribiendo poesía.

¿Cómo se escriben buenos versos con un vocabulario de sólo nueve palabras pertenecientes al hemisferio derecho?

La respuesta es que no usaba

palabras. Las palabras son secundarias para la poesía. Primero está la verdad. Yo enfrentaba el *Ding an Sich*, la sustancia que subyace a la sombra; tejía conceptos, símiles y conexiones, tal como un ingeniero levantaría un rascacielos: se alza el esqueleto de aleación de filamentos mucho antes de que aparezcan el vidrio, el plástico y el cromoaluminio.

Lentamente, las palabras regresaron. El cerebro tiene una asombrosa capacidad para reeducarse y reorganizarse. Lo que se había perdido en el hemisferio izquierdo encontró un hogar en otra parte o reafirmó su

primacía en las regiones afectadas, como pioneros que regresaran a una llanura arrasada por el fuego pero fertilizada por el incendio. Si antes una palabra sencilla como «sal» me dejaba tartamudeando y jadeando mientras mi mente sondeaba el vacío como una lengua palpando el orificio dejado por un diente faltante, ahora las palabras y las frases volvían despacio, como nombres de amigos olvidados.

Durante el día trabajaba en los lodazales, pero de noche me sentaba a mi mesa astillada y escribía mis Cantos a la luz de una lámpara siseante. Mark Twain opinó una vez, con su estilo

campechano: «La diferencia entre la palabra adecuada y la palabra *casi* adecuada es la diferencia entre la centella y la centolla». Fue ocurrente pero incompleto. Durante esos largos meses del comienzo de mis Cantos en Puertas del Cielo, descubrí que la diferencia entre hallar la palabra adecuada y aceptar la casi adecuada era la diferencia entre ser fulminado por una centella y presenciar un centelleo.

Así comenzaron y crecieron mis Cantos. Escritos en las frágiles hojas de fibra de alga-sanguijuela reciclada que nos daban sin límite para que las usáramos como papel higiénico;

garrapateados con una de las baratas plumas de punta de fieltro que vendían en la tienda de la compañía, los Cantos cobraron forma. Mientras las palabras retornaban, encajando en su lugar como piezas desperdigadas de un rompecabezas tridimensional, yo necesitaba una forma. Volví a las enseñanzas de don Balthazar y probé suerte con la mesurada nobleza del verso épico de Milton. Tras cobrar confianza, añadí la sensualidad romántica de un Byron madurado por una celebración del lenguaje a lo Keats. Mezclé todo esto y sazoné la mezcla con un chorro del brillante cinismo de Yeats,

y una pizca de la oscura y erudita arrogancia de Pound. Trituré, machaqué y añadí ingredientes tales como la mesura en las imágenes de Eliot, la sensibilidad para los lugares propia de Dylan Thomas, el tono sombrío de Delmore Schwartz, el toque tétrico de Steve Tem, el alegato de inocencia de Salmud Brevy, el amor de Dalton por las rimas artificiosas, la adoración de Wu por lo físico, el aire díscolo de Edmond Ki Ferrera.

Al final, desde luego, tiré ese batiburrillo y escribí los Cantos en mi propio estilo.

Si no hubiera sido por Unk el matón, probablemente aún estaría en Puertas del Cielo, cavando canales ácidos de día y escribiendo Cantos de noche.

Era mi día libre y llevaba mis Cantos —¡la única copia de mi manuscrito!— a la Biblioteca de la Compañía para investigar algunos datos, cuando Unk y dos de sus compinches salieron de un callejón para exigirme el pago inmediato del dinero de protección del mes siguiente. En el Protectorado Atmosférico de Puertas del Cielo no teníamos tarjetas universales; pagábamos las deudas en bonos de la Compañía o en marcos de contrabando.

Yo no tenía ninguna de las dos cosas. Unk quiso saber qué había en mi saco de plástico. Sin pensarlo, me negué. Fue un error. Si le hubiera mostrado el manuscrito, Unk probablemente lo habría desparramado en el barro y me habría abofeteado después de proferir amenazas. En cambio, mi negativa lo enfureció tanto que él y los dos Neanderthales que lo acompañaban rasgaron el saco, desparramaron el manuscrito en el lodo y me dieron una paliza de órdago.

Ocurrió que ese día un VEM perteneciente al gerente de control de calidad del aire del Protectorado pasaba

a poca altura por ahí. La esposa del gerente, que viajaba sola a la Tienda Residencial de la Compañía, hizo descender el VEM, ordenó al criado androide que me recogiera a mí y lo que quedaba de mis Cantos y luego me condujo al Hospital de la Compañía. Habitualmente los miembros de la fuerza laboral contratada recibían asistencia médica (cuando la recibían) en la Bioclínica, pero el Hospital no quiso irritar a la esposa de un gerente. Me recibieron —todavía inconsciente— y me atendieron un médico humano y la esposa del gerente mientras me recobraba en un tanque de curación.

Abreviaré los triviales detalles de esta trivial historia. Helenda (la esposa del gerente) leyó mi manuscrito mientras yo flotaba en líquido renovador. Le gustó. El mismo día que me sacaron de mi recipiente del Hospital de la Compañía, Helenda se teleyectó a Renacimiento, donde mostró mis Cantos a su hermana Felia. Ella tenía una amiga cuyo amante conocía a un asesor de publicaciones de la editorial Transline. Cuando desperté al día siguiente, las costillas rotas estaban soldadas, el pómulo astillado había sanado, las magulladuras habían desaparecido. Y además tenía cinco dientes nuevos, una

córnea nueva en el ojo izquierdo y un contrato con Transline.

El libro se publicó cinco semanas más tarde. Una semana después de eso, Helenda se divorció del gerente y se casó conmigo. Era el séptimo matrimonio para ella, el primero para mí. Fuimos de luna de miel a la Confluencia y, cuando regresamos un mes más tarde, se habían vendido más de mil millones de ejemplares de mi libro —el primer poemario en cuatro siglos que figuraba entre los libros mejor vendidos— y yo era varias veces millonario.

Tyrena Wingreen-Feif fue mi primera

editora en Transline. Fue idea de ella titular el libro *La Tierra Moribunda* (una investigación mostró que se había publicado una novela con ese mismo nombre quinientos años antes, pero los derechos habían vencido y el libro estaba agotado). También fue idea suya publicar solamente las secciones de los Cantos que trataban acerca de los nostálgicos días finales de Vieja Tierra. Por último se le ocurrió eliminar las partes que podían aburrir a los lectores: los pasajes filosóficos, las descripciones de mi madre, los homenajes a poetas anteriores, los versos experimentales, los pasajes más

personales; en fin, todo excepto las descripciones de los idílicos días finales, las cuales, vaciadas de su carga más pesada, parecían sensibleras e insípidas. Cuatro meses después de la publicación de La Tierra Moribunda, se habían vendido más de dos mil quinientos millones de copias impresas por fax, se podía acceder a una versión abreviada y digitalizada en la esfera de datos Entidad Visual y había un contrato para un holofilme.

Tyrena observó que el momento había sido perfecto, que el trauma original de la muerte de Vieja Tierra había significado un siglo de negación,

casi como si la Tierra jamás hubiera existido, seguido por un período de renovado interés que había culminado en cultos nostálgicos que ahora proliferaban en todos los mundos de la Red. Un libro sobre los días finales —incluso un libro de poemas— había sido muy oportuno.

Para mí, los primeros meses de vida como celebridad en la Hegemonía resultaron mucho más desconcertantes que mi anterior transición de hijo mimado de la Vieja Tierra a apopléjico esclavizado en Puertas del Cielo. Durante esos primeros meses firmé libros y faxes en más de cien mundos;

aparecí en el programa de Marmon Hamlit, conocí al FEM Senister Perot y al portavoz Drury Fein de la Entidad Suma, así como a una veintena de senadores; hablé ante la Sociedad Interplanetaria de Mujeres del PEN y ante el Sindicato de Escritores de Lusus; recibí títulos honoríficos en la Universidad de Nueva Tierra y en Cambridge Dos; fui agasajado, entrevistado, filmado, reseñado (favorablemente), biografiado (sin autorización), festejado, serializado y estafado. Fue una época atareada.

Notas para un bosquejo de la vida en la Hegemonía: Mi nuevo hogar tenía

treinta y ocho habitaciones en treinta y seis mundos. Sin puertas: las entradas son portales teleyectores, algunos ocultos por cortinas, la mayoría abiertos a la observación y al ingreso. Cada habitación tenía ventanas por doquier y por lo menos dos paredes con portales. Desde el gran comedor de Vector Renacimiento veía los cielos broncíneos y las torres verdosas de Fortaleza Enable en el valle que yacía al pie de mi pico volcánico, y al volver la cabeza podía contemplar, a través del portal teleyector, hacia la extensión de alfombra blanca del salón para ver el Mar Edgar Allan estrellándose contra

las torres de Punta Próspero en Nevermore. Mi biblioteca daba hacia los glaciares y verdes cielos de Nordholm, mientras que diez pasos me permitían descender por una pequeña escalera hasta mi torre, un estudio cómodo y abierto rodeado de cristal polarizado, que ofrecía una vista de trescientos sesenta grados de los más altos picos del Kushpat Karakoram, una cordillera a dos mil kilómetros del asentamiento más cercano de los confines orientales de la república de Jamnu, en Deneb Drei.

El enorme dormitorio que compartíamos Helenda y yo se mece

suavemente en las ramas de un Arbolmundo de trescientos metros en el planeta templario de Bosque de Dios y se conecta con un solario que se yergue en las áridas y salobres soledades de Hebrón. No todos nuestros paisajes eran agrestres: la sala de medios daba a una pista de deslizadores en el piso ciento treinta y ocho de una arcotorre de Centro Tau Ceti y nuestro patio se hallaba en una terraza que da sobre el mercado de la Sección Vieja en la bulliciosa Nueva Jerusalén. El arquitecto, un alumno del legendario Millon De-Havre, había incorporado pequeñas bromas en el diseño de la casa: la escalera bajaba a

la torre, desde luego, pero igualmente jocosa era la salida de la torre, que conducía al gimnasio en el nivel más bajo de la Colmena más profunda de Lusus. También era muestra de humor el cuarto de baño para huéspedes, que consistía en inodoro, bidé, lavabo y ducha en una balsa abierta y sin paredes que flota en el violáceo mundo acuático de Mare Infinitus.

Al principio, los cambios gravitatorios de una habitación a otra resultaban perturbadores, pero pronto me adapté, de forma que me preparaba subconscientemente para el tirón de Lusus, Hebrón y Sol Draconi Septem,

anhelando inconscientemente la libertad de menos de 1 g estándar de la mayoría de las otras habitaciones.

En los diez meses estándar que Helenda y yo pasamos juntos estábamos poco tiempo en nuestro hogar, pues preferíamos desplazarnos con amigos entre los centros recreativos, las arcologías de vacaciones y los lugares nocturnos de la Red de Mundos. Nuestros «amigos» son el grupo selecto que ahora se autodenomina Manada de Caribús y que toma el nombre de un mamífero migratorio extinguido de Vieja Tierra. Esta manada consiste en escritores, artistas visuales de éxito,

intelectuales de la Confluencia, representantes de la Entidad Suma, ARNistas radicales y cosmetólogos expertos en injertos genéticos; aristócratas de la Red, ricachones extravagantes y adictos al Flashback; directores de holocine y teatro, una pandilla de actores y magos, jefes de la mafia reformados y una lista cambiante de celebridades recientes... incluido yo.

Todos beben, consumen estimulantes y autoimplantes, usan el alambre y se pueden permitir las mejores drogas. La droga selecta es Flashback. Es sin duda un vicio caro: se necesita toda una gama de costosos implantes para

experimentarla del todo. Helenda se había encargado de que yo estuviera bien equipado: biomonitores, extensores sensoriales, comlog interno, conexiones neurales, pateadores, procesadores de metacórtex, chips sanguíneos, lombrices ARN... Mi madre no habría reconocido mis entrañas.

Pruebo el Flashback dos veces. La primera vez es un paseo: enfoco mi cumpleaños de los nueve años y acierto al primer disparo. Todo está allí: los criados cantan en el parque norte al amanecer, don Balthazar cancela las clases a regañadientes para que yo pueda pasar el día con Amalfi en mi

VEM, recorriendo las dunas grises de la Cuenca del Amazonas en alegre abandono; la procesión de antorchas de esa velada cuando representantes de las otras Viejas Familias llegan al atardecer, sus obsequios con envoltorios brillantes que relucen bajo la Luna y las Diez Mil Luces. Tras nueve horas de Flashback, me levanto con una sonrisa en la cara.

El segundo viaje casi me mata. Tengo cuatro años y estoy llorando, buscando a mi madre por interminables habitaciones que huelen a polvo y muebles viejos. Los sirvientes androides procuran consolarme, pero yo les aparto

las manos, corriendo por pasillos manchados por las sombras y por el hollín de demasiadas generaciones. Rompo la primera regla que aprendí y abro las puertas de la sala de costura de mamá, el templo íntimo donde se retira tres horas cada tarde y de donde sale con su sonrisa suave, el vuelo del pálido vestido susurrando por la alfombra como el eco del suspiro de un fantasma.

Mamá está sentada en las sombras. Tengo cuatro años, me he lastimado el dedo y corro hacia ella para arrojarme en su regazo.

Ella no responde. Uno de sus elegantes brazos sigue apoyado en el

respaldo del diván, el otro sigue tendido sobre el almohadón. Retrocedo, alarmado por su frialdad. Abro las gruesas colgaduras de terciopelo sin levantarme de su regazo.

Los ojos de mamá están blancos, echados hacia atrás. Tiene los labios entreabiertos. La baba le humedece las comisuras de la boca y brilla sobre la barbilla perfecta. Entre las doradas hebras de su cabello —recogido al estilo Gran Dama— veo el frío y acerado destello del alambre de estimulación, algo más opaco de la cuenca receptora craneana donde se lo ha enchufado. El hueso visible en ambos

lados es muy blanco. En la mesa, junto a su mano izquierda, está la jeringa vacía de Flashback. Los criados llegan y me sacan a rastras. Mamá no parpadea. Salgo gritando de la habitación.

Me despierto gritando.

Quizá mi negativa a usar Flashback apresuró la partida de Helenda, pero lo dudo. Yo era un juguete para ella, un primitivo que la divertía con su inocencia acerca de una vida que ella había dado por sentada durante muchas décadas. En cualquier caso, mi negativa a usar Flashback me dejó muchos días de soledad; el tiempo de consumo es tiempo real y los adictos al Flashback a

menudo mueren habiendo pasado más días de su vida bajo el efecto de la droga que los que experimentaron estando conscientes.

Al principio me entretenía con los implantes y tecnojuguetes, que antes se me habían negado por pertenecer a una familia de Vieja Tierra. La esfera de datos fue un deleite durante ese primer año; solicitaba información casi continuamente, vivía en un frenesí de interfaz plena. Era tan adicto a los datos como el Rebaño de Caribús a las drogas y estimulantes. Imaginaba a don Balthazar revolviéndose en la tumba derretida mientras yo renunciaba a la

memoria duradera por la transitoria satisfacción de la omnisciencia del implante. Sólo después sentí la pérdida: la Odisea de Fitzgerald, la Marcha Final de Wu y una veintena de obras épicas que habían sobrevivido a mi ataque de apoplejía ahora se deshilachaban como fragmentos de nubes en el viento. Mucho más tarde, liberado de los implantes, las aprendí trabajosamente de nuevo.

Por primera y única vez en mi vida, fui político. Pasaba días y noches monitorizando el Senado por cable teleyector o conectado con la Entidad Suma. Alguien estimó una vez que la Entidad Suma trata cien piezas activas

de legislación de la Hegemonía al día; durante los meses que pasé enchufado al sensorio no me perdí ninguna de ellas. Mi voz y mi nombre se hicieron famosos en los canales de debate. Ninguna ley me resultaba demasiado pequeña; ningún problema demasiado simple o demasiado complejo. El mero acto de votar a intervalos me daba la falsa sensación de haber logrado algo. Desistí a esta obsesión política sólo después de advertir que un acceso regular a la Entidad Suma significaba quedarme siempre en casa o transformarme en un zombi. Una persona constantemente atareada con el acceso a sus implantes

presenta un triste espectáculo en público, y no necesitaba los sarcasmos de Helenda para comprender que si me quedaba en casa me transformaría en una esponja de la Entidad Suma, igual a millones de remolones de la Red de Mundos. Así que desistí de la política. Pero entonces encontré una nueva pasión: la religión.

Participé en religiones. Demonios, contribuí a crear religiones. La Iglesia Gnóstica Zen se expandía exponencialmente por esos días, y me convertí en creyente. Aparecí en programas de HTV y busqué mis Lugares del Poder con toda la devoción

de un musulmán anterior a la Hégira en su peregrinación a La Meca. Además, me encantaba teleyectar. Había ganado casi cien millones de marcos por derechos de autor de La Tierra Moribunda, y Helenda había invertido bien, pero alguien calculó una vez que un hogar teleyector como el mío costaba más de cincuenta mil marcos diarios tan sólo para mantenerse en la Red, y yo no limitaba mis viajes a los treinta y seis mundos de mi hogar.

La editorial Transline me había dado acceso a una tarjeta dorada universal y yo la usaba generosamente, saltaba a rincones improbables de la Red y

pasaba semanas en hoteles de lujo y alquilando VEMs para encontrar mis Lugares de Poder en zonas remotas de mundos apartados.

No hallé ninguno. Renuncié al gnosticismo Zen más o menos para la misma época en que Helenda se divorció de mí. Para entonces las facturas se estaban amontonando y tuve que liquidar la mayoría de las acciones e inversiones a largo plazo que me quedaron cuando Helenda se llevó su parte. No sólo fui un ingenuo enamorado cuando ella hizo que sus abogados redactaran el contrato de matrimonio... fui un estúpido.

Al final, a pesar de economizar reduciendo mis viajes y despidiendo a mis criados androides, me enfrenté a un desastre financiero.

Acudí a Tyrena Wingreen-Feif.

—Nadie quiere leer poesía —alegó ella, mientras hojeaba el delgado fajo de Cantos que yo había escrito durante el último año y medio.

—¿Qué quieres decir? La Tierra Moribunda era poesía.

—La Tierra Moribunda fue un golpe de suerte —replicó Tyrena. Sus uñas largas, verdes y curvadas al estilo mandarín, según la última moda, se arqueaban sobre el manuscrito como las

zarpas de una bestia de clorofila—. Se vendió porque el subconsciente masivo estaba preparado para ello.

—Tal vez el subconsciente masivo esté preparado para esto —alegué, casi furioso.

Tyrena rió. No era una risa agradable.

—Martin, Martin, Martin —suspiró—. Esto es poesía. Escribes acerca de Puertas del Cielo y la Manada de Caribús, pero lo que aflora es soledad, desplazamiento, angustia y una visión cínica de la humanidad.

—¿Y qué?

—Pues que nadie quiere pagar para

mirar la angustia de otro —rió Tyrena.

Me alejé del escritorio y caminé hacía el otro lado de la habitación. La oficina ocupaba todo el piso cuatrocientos treinta y cinco de la torre Transline en el sector Babel de Centro Tau Ceti. No había ventanas; la habitación circular estaba abierta del suelo al techo, escudada por un campo de contención solar que no mostraba ninguna titulación. Era como estar entre dos placas grises suspendidas entre el cielo y la tierra. Nubes carmesíes flotaban entre las torres medio kilómetro más abajo, y pensé en la soberbia. La oficina de Tyrena no tenía puertas,

escaleras, ascensores, elevadores de campo y escotillones: ninguna conexión con los demás niveles. Se entraba en la oficina de Tyrena a través del teleyector de cinco facetas que temblaba en el aire como una holoescultura abstracta. Pensé no sólo en la soberbia, sino también en incendios y cortes de energía.

—¿Me estás diciendo que no lo publicarás?

—No, en absoluto —sonrió mi editora—. Gracias a ti Transline ha ganado miles de millones de marcos, Martin. Lo publicaremos. Sólo digo que *nadie lo comprará*.

—¡Te equivocas! —grité—. No

todos reconocen la buena poesía, pero hoy la leen suficientes personas para impulsar buenas ventas.

Tyrena no rió de nuevo, pero sonrió estirando los labios verdes.

—Martin, Martin, Martin... la población de gente alfabetizada ha disminuido constantemente desde los tiempos de Gutenberg. En el siglo veinte, menos del dos por ciento de la población de las llamadas democracias industrializadas leía un libro al año. Y eso fue antes de las máquinas inteligentes, las esferas de datos y los ámbitos de interfaz directa. Durante la Hégira, el noventa y ocho por ciento de

la población de la Hegemonía no tenía razones para leer nada. Así que no se molestaba en aprender. Hoy es peor. Hay más de cien mil millones de seres humanos en la Red de Mundos y menos del uno por ciento se molesta en pedir copias fax de material impreso, y mucho menos en leer un libro.

—Se vendieron casi tres mil millones de ejemplares de La Tierra Moribunda —le recordé.

—Sí —convino Tyrena—. Fue el efecto Pilgrim's Progress.

—¿El qué?

—El efecto Pilgrim's Progress. En el siglo... —vaciló—. En el siglo

diecisiete, en la Colonia Massachusetts de Vieja Tierra, cada familia decente debía tener un ejemplar del Pilgrim's Progress en su casa. Pero, por Dios, nadie estaba obligado a leerlo. Lo mismo ocurrió con *Mein Kampf* de Hitler o *Visiones en el ojo de un niño decapitado* de Stukatsky.

—¿Quién era Hitler? —pregunté.

Tyrena sonrió.

—Un político de Vieja Tierra que escribió algunos libros. *Mein Kampf* todavía está en venta... Transline renueva los derechos cada ciento treinta y ocho años.

—Bien, mira —propuse—, me

tomaré unas semanas para pulir los Cantos y poner todo mi empeño.

—De acuerdo —asintió Tyrena.

—Supongo que querrás revisarlo como la última vez.

—En absoluto. Como esta vez no hay una moda nostálgica, puedes escribirlo como desees.

Parpadeé.

—¿Quieres decir que esta vez puedo conservar el verso blanco?

—Claro.

—¿Y la filosofía?

—Por favor.

—¿Y los pasajes experimentales?

—Sí.

—¿Y lo publicarás tal como lo escriba?

—Por supuesto.

—¿Hay alguna probabilidad de que se venda?

—Ni lo sueñes.

Mis «semanas para pulir los Cantos» se transformaron en diez meses de labor obsesiva. Cerré la mayoría de las habitaciones de la casa y conservé sólo la torre de Deneb Drei, el gimnasio de Lusus, la cocina, y la balsa-cuarto de baño de Mare Infinitus. Trabajaba diez horas diarias, interrumpía para hacer vigorosos ejercicios seguidos por una comida y una siesta, volvía a mi

escritorio para trabajar ocho horas más. Era como cinco años atrás, cuando me recuperaba de la apoplejía y a veces pasaba una hora o un día para que una palabra llegara a mí, para que un concepto hundiera las raíces en el terreno firme del lenguaje. Ahora era un proceso aún más penoso, pues buscaba la palabra perfecta, el patrón de rimas más preciso, la imagen más traviesa, la más inefable analogía de la más elusiva emoción.

Terminé al cabo de diez meses estándar, sucumbiendo al antiguo aforismo según el cual ningún libro o poema se concluye: sólo se abandona.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Tyrena mientras ella leía la primera copia.

Sus ojos eran discos de bronce, según la moda de aquella semana, pero eso no ocultaba las lágrimas. Se enjugó una.

—Es bello —hipó.

—He tratado de redescubrir la voz de algunos de los antiguos —expliqué con repentina timidez.

—Has tenido pleno éxito.

—El Interludio de Puertas del Cielo necesita más revisión.

—Está perfecto.

—Es acerca de la soledad —apunté.

—*Es* la soledad.

—¿Crees que está listo?

—Es perfecto..., una obra maestra.

—¿Crees que se venderá? —pregunté.

—Ni en broma.

Dispusieron una tirada inicial de setenta millones de copias fax de los Cantos. Transline publicó anuncios en la esfera de datos y en HTV, transmitió inserts de software, solicitó comentarios de los autores más vendidos, se aseguró de que se reseñara en el suplemento literario del Times de Nueva York y TC^2 Review: se gastó una fortuna en publicidad.

Se vendieron veintitrés mil ejemplares fax durante el primer año de circulación. A un diez por ciento del precio inicial de 12 marcos, gané 13.800 de mi anticipo de 2.000.000 de marcos.

El segundo año hubo una venta de 638 ejemplares fax: no hubo derechos de esfera de datos ni contratos para holofilmes ni giras de presentación.

Los Cantos compensaron la falta de ventas con una abundancia de reseñas negativas: «Indescifrable... arcaico... irrelevante para todas las preocupaciones actuales», dijo el Times. «Silenus ha cometido el acto definitivo

de incomunicación al revolcarse en una orgía de pomposa oscuridad», escribió Urban Kapry en TC² Review. Marmon Hamlit me asestó el golpe de gracia en su programa de HTV: «Ah, el libro de poemas de cómo-se-llama... No pude leerlo. Ni lo intenté.»

Tyrena Wingreen-Feif no parecía preocupada. Dos semanas después de la llegada de las primeras reseñas y ganancias, un día después de mi celebración de trece días, me teleyecté a su oficina y me arrojé en la silla de fkij o espuma negra que se agazapaba en el centro de la habitación como una pantera de terciopelo. Soplaba una de las

legendarias tormentas de Centro Tau Ceti, y relámpagos de tamaño joviano teñían el aire de sangre más allá del invisible campo de contención.

—No te entusiasmes —advirtió Tyrena. La moda de la semana incluía un peinado con aguijones negros de medio metro sobre la frente y un opacitor de campo corporal cuyas fluctuantes corrientes ocultaban y revelaban la desnudez de debajo—. La primera tanda sólo llegó a sesenta mil transmisiones fax, lo cual no es mucho.

—Dijiste que habían previsto setenta millones.

—Sí, bien, cambiamos de opinión

después de que la inteligencia artificial residente de Transline lo leyera.

Me hundí más en la flujoespuma.

—¿Ni siquiera le gustó a la IA?

—A la IA le encantó —corrigió Tyrena—. Allí tuvimos la certeza de que la gente lo rechazaría.

Me incorporé.

—¿No pudimos haber vendido ejemplares al TecnoNúcleo?

—Lo hicimos —informó Tyrena—. Uno. Los millones de IAs que hay allí quizá lo compartieron en tiempo real en cuanto salió por ultralínea. Los derechos de autor interestelares no significan un comino cuando tratas con inteligencias

de silicio.

—De acuerdo —dije apesadumbrado—. ¿Y ahora qué?

En el exterior, centellas del tamaño de las antiguas supercarreteras de Vieja Tierra bailaban entre las torres empresariales y las nubes. Tyrena se levantó del escritorio y caminó hacia el borde del círculo alfombrado. Su campo corporal ondulaba como aceite eléctricamente cargado en el agua.

—Ahora tú decides si quieres ser un escritor, o el mayor imbécil de la Red de Mundos.

—¿Qué?

—Lo que has oído. —Tyrena se

volvió con una sonrisa. Sus dientes tenían puntas doradas—. El contrato nos permite recobrar el anticipo como nos plazca. Con echar mano de tu patrimonio en el Interbank, recuperar las monedas de oro que tienes ocultas en Homefree y vender esa pintoresca casa teleyectora quedaríamos en paz. Luego puedes reunirte con los demás aficionados, parias y chiflados que Triste Rey Billy recluta en algún mundo retrógrado del Afuera.

La miré atónito.

—Pero —continuó ella con su sonrisa caníbal— también podemos olvidar este inconveniente pasajero y tú

puedes ponerte a trabajar en tu próximo libro.

Mi siguiente libro apareció cinco meses estándar después. Tierra Moribunda II empezaba donde había terminado La Tierra Moribunda, esta vez en prosa, con la longitud de las oraciones y el contenido de cada capítulo ciudadosamente guiados por respuestas neurobiomonitorizadas de un grupo de prueba de 638 lectores medios de copias fax. El libro tenía forma de novela, lo bastante breve como para no intimidar al comprador potencial en las cajas registradoras del Mercado Alimentario; la cubierta era un holo

interactivo de veinticinco segundos donde el alto y atezado extranjero —Amalfi Schwartz, creo, aunque en el texto Amalfi era bajo y pálido y usaba lentes correctivas— rasga la blusa de la mujer hasta los pezones y la rubia se vuelve hacia el lector pidiendo ayuda en un susurro entrecortado suministrado por la estrella porno Leda Cisne.

Tierra Moribunda II vendió diecinueve millones de ejemplares.

—No está mal —observó Tyrena—. Se tarda tiempo en crear un público.

—La primera Tierra Moribunda vendió tres mil millones —me lamenté.

—Pilgrim's Progress —insistió ella

—. Mein Kampf. Una vez en un siglo. Quizá menos.

—Pero vendió tres mil millones...

—Mira, en la Vieja Tierra del siglo veinte, una cadena de comida rápida cogía carne de vaca muerta, la freía en grasa, añadía carcinógenos, la envolvía en una espuma con base de petróleo y vendía novecientos mil millones de unidades. Seres humanos. Quién los entiende.

Tierra Moribunda III introdujo los personajes de Winona, la esclava fugitiva que lograba comprar su propia plantación de fibroplástico (aunque el fibroplástico nunca se cultivó en Vieja

Tierra), Arturo Redgrave, el gallardo saltador de obstáculos (¿qué obstáculos?), e Innocence Sperry, la telépata de nueve años que moría de una vaga enfermedad. Innocence duró hasta Tierra Moribunda IX y el día en que Transline me permitió liquidar a aquella cretina, lo celebré con una juerga de seis días y veinte mundos. Desperté en una tubería de Puertas del Cielo, cubierto de vómito y moho de los respiradores, con la resaca más grande de la Red de Mundos y la certeza de que pronto tendría que iniciar el décimo volumen de las Crónicas de la Tierra Moribunda.

No es difícil ser un escritor a

destajo. Entre Tierra Moribunda II y Tierra Moribunda IX habían transcurrido seis años estándar sin demasiadas penas. La estructura era simple, las trampas trilladas, los personajes acartonados, la prosa primitiva; y yo disponía de mucho tiempo libre. Viajaba. Me casé dos veces más; cada esposa me abandonó sin rencores pero con una generosa tajada de los derechos de mi siguiente Tierra Moribunda. Exploré las religiones y la bebida, pero encontré más esperanzas de consuelo duradero en la segunda.

Conservé mi hogar, añadí seis

habitaciones en seis mundos y lo llené de obras de arte. Organizaba fiestas. Había escritores entre mis conocidos pero, como en todos los tiempos, desconfiábamos y hablábamos mal de los colegas, envidiando secretamente sus éxitos y encontrando defectos en su obra. Cada uno de nosotros tenía la certeza de ser un verdadero artista de la palabra y pensábamos que éramos comerciales sólo debido a las circunstancias; los demás eran mercenarios.

Una fresca mañana, cuando el dormitorio se mecía suavemente en las ramas superiores de mi árbol del mundo

templario, desperté bajo el cielo gris y comprendí que mi musa había volado.

No escribía poesía desde hacía cinco años. Los Cantos estaban abiertos en la torre Deneb Dre, con sólo unas páginas concluidas al margen de las publicadas. Usaba procesadores de pensamiento para escribir mis novelas, y uno de ellos se activó cuando entré en el estudio.

MIERDA, imprimió, ¿QUÉ HE HECHO CON MI MUSA?

El hecho de que mi musa pudiera fugarse sin que yo lo advirtiera dice mucho acerca de lo que estaba escribiendo. Para quienes no escriben y

nunca han sentido el estímulo del impulso creativo, hablar de musas parece una figura metafórica, una agudeza, pero para quienes vivimos de la Palabra, las musas son tan reales y necesarias como la blanda arcilla de lenguaje que ellas nos ayudan a esculpir. Cuando uno está escribiendo —escribiendo en serio— es como si tuviera una ultralínea con los dioses. Ningún poeta verdadero ha podido explicar la exaltación que se siente cuando la mente se transforma en instrumento tanto como cualquier pluma o procesador de pensamientos, ordenando y expresando las

revelaciones que fluyen desde alguna parte.

Mi musa había huido. La busqué en los otros mundos de mi casa, pero sólo el silencio retumbó en las paredes cubiertas de obras de arte y los espacios vacíos. Me teleyecté y volé a mis lugares favoritos, contemplé el ocaso en las ventosas praderas de Hierba y la niebla nocturna en los peñascos de ébano de Nevermore, pero aunque vacié mi mente de la prosa adocenada de la interminable Tierra Moribunda, no oí susurros de mi musa.

La busqué en el alcohol y el Flashback; regresé a los días

productivos de Puertas del Cielo, cuando la inspiración era un zumbido constante en mis oídos que interrumpía mi trabajo y me despertaba del sueño, pero en las horas y días revividos con la droga la voz de mi musa estaba tan sofocada y distorsionada como un maltrecho disco de audio de un siglo olvidado. Mi musa había huido.

Me teleyecté a la oficina de Tyrena Wingreen-Feif en el momento exacto de mi cita. Tyrena había ascendido de jefa de consejeros de la división fax a editora. Su nueva oficina ocupaba el nivel superior de la torre Transline en Centro Tau Ceti y encontrarse allí era

como posarse en la alfombrada cumbre del pico más alto y puntiagudo de la galaxia; sólo la cúpula invisible del campo de contención ligeramente polarizado se erguía arriba, el borde de la alfombra terminaba en un abismo de seis kilómetros. Me pregunté si otros autores sentirían la necesidad de saltar.

—¿Tu nueva obra? —dijo Tyrena. Lusus dominaba el universo de las modas aquella semana, y «dominaba» es la palabra más indicada: mi editoria estaba vestida en hierro y cuero; aguijones oxidados adornaban sus muñecas y cuello y una maciza canana campeaba sobre el hombro y el pecho

izquierdo. Los cartuchos parecían reales.

—Sí —respondí, y arrojé sobre el escritorio la caja con el manuscrito.

—Martin, Martin, Martin —suspiró—, ¿cuándo vas a transmitir tus libros en vez de tomarte el trabajo de imprimirlos y traérmelos en persona?

—Hay una extraña satisfacción en entregarlos. Especialmente éste.

—Oh.

—Sí. ¿Por qué no lees un poco?

Tyrena sonrió y se raspó los cartuchos de la canana con las uñas negras.

—Sin duda tiene la alta calidad de

costumbre, Martin. No es necesario que lo lea.

—Por favor —rogué.

—De verdad, no es necesario. Siempre me pone nerviosa leer una obra nueva con el autor delante.

—Ésta no te pondrá nerviosa. Sólo lee las primeras páginas.

Debió de notarme algo en la voz porque frunció el ceño y abrió la caja. Frunció aún más el ceño al leer la primera página y hojear el resto del manuscrito.

La primera página tenía una sola frase: «Entonces, una bonita mañana de octubre, la Tierra Moribunda se tragó

sus propias entrañas, se sacudió en un espasmo final y murió.» Las restantes doscientas noventa y nueve páginas estaban en blanco.

—¿Una broma, Martin?

—No.

—¿Una insinuación? ¿Te gustaría comenzar una serie nueva?

—No.

—En cierto modo lo esperábamos, Martin. Nuestros argumentistas han sugerido estimulantes ideas para nuevas series. Subwaizee cree que serías perfecto para la novelización de los holos del Vengador Escarlata.

—Puedes meterte al Vengador

Escarlata en tu empresarial culo —dije cordialmente—. He terminado con Transline y con esta melaza premasticada que vosotros llamáis novelas.

Tyrena no se inmutó. Los dientes no eran puntiagudos, esta vez parecían de hierro oxidado, a juego con los aguijones de las muñecas y el collar.

—Martin, Martin, Martin —suspiró—, no tienes idea de cuan acabado estás si no te disculpas, te despabilas y recobras el rumbo. Pero eso puede esperar hasta mañana. ¿Por qué no vas a casa, te serenas y recapacitas?

Me reí.

—No había estado tan sereno en ocho años, amiga. Sólo he tardado un poco en comprender que no soy sólo yo quien escribe bazofias... Este año no se ha publicado en la Red un solo libro que no sea una inmundicia. Bien, abandono el barco.

Tyrena se levantó. Advertí que en su simulado cinturón de lona colgaba una vara de muerte FUERZA. Esperé que fuera tan falsa como el resto del disfraz.

—Escucha, mísero mercenario sin talento —jadeó—. Transline te tiene cogido por las pelotas. Si nos creas más problemas, te pondremos a escribir novelas góticas con el seudónimo

Rosemary Avecilla. Ve a casa, recobra la sobriedad y ponte a trabajar en Tierra Moribunda X.

Sonreí y sacudí la cabeza. Tyrena entornó los ojos.

—Aún nos debes un anticipo de un millón de marcos —advirtió—. Una palabra a Colecciones y echaremos mano de todas las habitaciones de tu casa excepto esa maldita balsa que usas como retrete. Puedes sentarte allí hasta que los mares se llenen de excremento.

Solté una carcajada final.

—Es una unidad de eliminación autónoma —alegué—. Además, vendí la casa ayer. El cheque por el resto del

anticipo ya debe de estar transferido.

Tyrena tamborileó sobre la empuñadura de plástico de la vara de muerte.

—Transline tiene los derechos sobre el concepto de la Tierra Moribunda. Haremos que alguien más escriba los libros.

Asentí.

—No hay problema.

Algo cambió en la voz de mi ex editora cuando comprendió que yo hablaba en serio. Intuí que a ella le resultaba ventajoso que me quedara.

—Escucha —dijo—, sin duda puedes resolver esto, Martin. El otro día

le decía al director que tus anticipos eran demasiado escasos y que Transline debería crear una nueva línea argumental para ti...

—Tyrena, Tyrena, Tyrena —suspiré—. Adiós.

Me teleyecté a Vector Renacimiento y luego a Parsimonia, donde abordé una gironave para el viaje de tres semanas a Asquith y al apiñado reino del Triste Rey Billy.

Notas para un bosquejo del Triste Rey Billy:

Su Real Alteza el rey Guillermo XXIII, soberano del reino de Windsor-en-Exilio, parece una vela de cera sobre

una estufa caliente. La larga melena cae en desgreñados remolinos sobre los hombros encorvados mientras las arrugas de la frente se despeñan hacia las patas de gallo que rodean los ojos de sabueso, y luego corren al sur entre pliegues y arrugas hacia el laberinto de verrugas del cuello y la mandíbula. Se dice que Triste Rey Billy recuerda a los antropólogos los muñecos tristes de los kinshasa, en un mundo del Afuera; que a los gnósticos Zen les recuerda al Buda Abatido después del incendio del templo de Tai Zhin, y que los historiadores se lanzan a los archivos para buscar fotografías de un antiguo

actor de películas bidimensionales llamado Charles Laughton. Ninguna de estas referencias significa nada para mí; miro a Triste Rey Billy y pienso en mi difunto preceptor don Balthazar después de una francachela de una semana.

La fama exagera la melancolía de Triste Rey Billy. A menudo ríe; pero tiene el infortunio de que su forma de reír haga creer a la mayoría de la gente que está sollozando.

Un hombre no es responsable de su fisonomía, pero en el caso de Su Alteza, toda su personalidad sugiere «bufón» o «víctima». Se viste si esa es la palabra con algo rayano a un constante estado de

anarquía, desafiando el buen gusto y el sentido del color que tienen sus criados androides, de modo que algunos días choca simultáneamente consigo mismo y con su entorno. Pero su apariencia no se limita al caos en la indumentaria. El rey Guillermo se desplaza en una esfera permanente de desaliño: la bragueta abierta, la andrajosa capa de terciopelo atrayendo magnéticamente migajas del suelo, la arrugada manga izquierda mucho más larga que la derecha, que a su vez parece sumergida en mermelada.

Supongo que ya captan la idea.

A pesar de todo, Triste Rey Billy posee una mente perceptiva, y una

pasión por las artes y la literatura sin parangón desde los días del verdadero Renacimiento en Vieja Tierra.

En algunos sentidos, Triste Rey Billy es el niño gordo con la cara eternamente pegada al escaparate de la tienda de golosinas. Ama y aprecia la buena música, pero es incapaz de producirla. Conocedor de la danza y de todo lo grácil, Su Alteza es un torpe, una serie ambulante de tropiezos y caídas. Apasionado lector, infalible crítico de poesía y patrono de la oratoria, Triste Rey Billy combina el tartamudeo con una timidez que no le permite mostrar a nadie sus poemas ni su prosa.

Solterón empedernido que ahora cumple sesenta años, Triste Rey Billy habita el decrépito palacio y el reino de tres mil kilómetros cuadrados como si fuera otro arrugado atuendo real.

Abundan las anécdotas: uno de los famosos pintores a quienes Triste Rey Billy mantiene, encuentra a Su Majestad caminando con la cabeza gacha, las manos entrelazadas a la espalda, un pie en el sendero y otro en el barro, obviamente sumido en sus pensamientos.

El artista saluda a su mecenas. Triste Rey Billy alza la mirada, parpadea, mira alrededor como si despertara de una larga siesta. «Excúsame», dice Su

Alteza al divertido pintor, «¿p-p-puedes d-d-decirme si voy hacia el palacio o me alejo del p-p-palacio?» «Vas hacia el palacio, majestad», responde el artista. «B-b-bien —suspira el rey—, entonces he almorzado».

El general Horace Glennon-Height había iniciado su rebelión, y ese mundo del Afuera llamado Asquith se hallaba en su camino de conquista. Asquith no se preocupaba —la Hegemonía había ofrecido una flota espacial FUERZA como protección— pero el soberano del reino de Windsor-en-Exilio parecía más derretido que nunca cuando me llamó.

—Martin —dijo Su Majestad—,

¿has o-o-oído hablar de la b-batalla de Fomalhaut?

—Sí —respondí—. No es para preocuparse. Fomalhaut es el tipo de lugar que Glennon-Height ha estado atacando... pequeño, apenas unos miles de colonos, rico en minerales, y con una deuda temporal de por lo menos... eh... veinte meses estándar de la Red.

—Veintitrés —señaló Triste Rey Billy—. ¿Entonces n-no c-c-crees que corramos p-p-peligro?

—No. Con un tiempo de tránsito real de sólo tres semanas y una deuda temporal de menos de un año, la Hegemonía siempre puede acudir con

sus fuerzas desde la Red mucho más rápidamente que el general desde Fomalhaut.

—Quizá —musitó Triste Rey Billy, quien se apoyó en un globo y se enderezó bruscamente cuando lo hizo girar con su peso—. Pero no o-o-obstante he decidido iniciar nuestra m-m-modesta Hégira.

Parpadeé sorprendido. Hacía dos años que Billy hablaba de trasladar el reino en exilio, pero nunca pensé que lo cumpliría.

—Las naves esp-esp-esp... las naves ya están en Par-vati —anunció—. Asquith ha convenido en sumin-su-min-

sumin... en brindar el transporte que necesitamos hasta la Red.

—¿Y el palacio? —pregunté—. ¿La biblioteca? ¿Las granjas y terrenos?

—Donados, por supuesto —replicó—. Pero el contenido de la biblioteca vendrá con nosotros.

Me senté en un brazo del diván de cuero de caballo y me froté el cuello.

En mis diez años de presencia en aquel reino, había ascendido de protegido de Billy a instructor, confidente y amigo, pero jamás pretendí comprender a ese desaliñado enigma.

A mi llegada me había otorgado una audiencia de inmediato.

—¿D-d-d-deseas unirte a las d-d-demás personas de talento en nuestra pequeña colonia? —preguntó.

—Sí, majestad.

—¿Y e-e-escribirás m-m-más libros como La T-Tierra Moribunda?

—No, si puedo evitarlo, majestad.

—Yo lo l-l-leí —comentó el hombrecito—. Era m-m-muy interesante.

—Eres muy amable, majestad.

—P-p-pamplinas, Silenus. E-e-era interesante porque sin duda alguien lo había s-s-simplificado y rechazado las partes malas.

Sonreí, sorprendido por la repentina revelación de que Triste Rey Billy me

caería bien.

—P-p-pero los Cantos —suspiró—, e-e-ése era un libro. Quizás el mejor volumen de v-v... poesía publicado en la Red durante los dos últimos siglos. Nunca sabré cómo lograste sortear a la policía de la mediocridad. Yo pedí veinte mil ejemplares para el r-r-reino.

Incliné la cabeza ligeramente, por primera vez sin palabras desde mi apoplejía de dos décadas antes.

—¿Escribirás más p-p-poesía como los Cantos?

—He venido a intentarlo, majestad.

—Entonces, bienvenido —declaró Triste Rey Billy—. Te alojarás en el ala

oeste del pal-pal... castillo, cerca de mi oficina, y mi puerta siempre estará abierta para ti.

Ahora miré hacia la puerta cerrada y al pequeño soberano, que —incluso cuando sonreía— parecía al borde de las lágrimas.

—¿Hyperion? —pregunté. Él había mencionado muchas veces la colonia transformada en mundo primitivo.

—Exacto. Las naves seminales con a-androides han estado allí algunos años, M-M-Martin. Han allanado el ca-camino, por así decirlo.

Enarqué las cejas. La riqueza de Triste Rey Billy no procedía del

patrimonio del reino, sino de importantes inversiones en la economía de la Red. Sin embargo, si había emprendido un subrepticio esfuerzo de recolonización durante años, el coste debía de ser apabullante.

—¿R-r-recuerdas por qué los colonos originales llamaron a ese pla-pla-pla... a ese mundo Hyperion, Martin?

—Claro. Antes de la Hégira constituían un pequeño asentamiento independiente en una de las lunas de Saturno. No podían perdurar sin reaprovisionamiento terrícola, así que emigraron al Afuera y bautizaron el

nuevo mundo con el nombre de su luna.

Triste Rey Billy sonrió tristemente.

—¿Sabes por qué el nombre resulta propicio para nuestra empresa?

Tardé diez segundos en establecer la relación.

—Keats —aventuré.

Varios años antes, hacia el final de una larga discusión acerca de la esencia de la poesía, Triste Rey Billy me había preguntado quién era el poeta más puro que jamás había vivido.

—¿El más puro? —me extrañé—. ¿No te refieres al más grande?

—No, no —replicó Billy—, es absurdo d-d-discutir quién es el más

grande. Me interesa tu opinión del más p-p-puro... el más cercano a la esencia que tú describes.

Reflexioné unos días y respondí a Billy mientras contemplábamos el ocaso de los soles desde la cima del peñasco cercano al palacio. Sombras rojas y azules se extendían sobre el parque ambarino.

—Keats —indiqué.

—John Keats —susurró Triste Rey Billy—. Ahh —Y al cabo de un momento:— ¿Por qué?

Le transmití lo que sabía acerca de ese poeta del siglo diecinueve de Vieja Tierra; de su vida, su educación y su

temprana muerte, pero sobre todo de una vida casi íntegramente dedicada a los misterios y bellezas de la creación poética.

En aquel entonces Billy pareció interesado; ahora parecía obsesionado mientras agitaba la mano activando un modelo holográfico que llenó la habitación. Retrocedí, atravesando colinas, edificios y animales para tener una vista mejor.

—Contempla Hyperion —susurró mi mecenas. Como le acostumbraba a pasar cuando estaba totalmente absorto, Triste Rey Billy se olvidó de tartamudear. El holo expuso una serie de vistas:

ciudades fluviales, emplazamientos portuarios, castillos de montaña, una ciudad en una colina llena de monumentos que armonizaban con los extraños edificios del valle cercano.

—¿Las Tumbas de Tiempo? —pregunté.

—Exacto. El mayor misterio del universo conocido.

Fruncí el ceño ante la hipérbole.

—Están vacías —señalé—. Estaban vacías cuando las descubrieron.

—Son fuente de un extraño campo de fuerza antientrópico permanente. Uno de los pocos fenómenos, al margen de las singularidades, que se atreve a

inmiscuirse con el tiempo mismo.

—No es gran cosa —objeté—. Debe de ser como pintar antióxido en metal. Están hechas para durar, pero están vacías. ¿Desde cuándo tanto entusiasmo por la tecnología?

—Tecnología no —suspiró Billy y contrajo la cara en surcos aún más profundos— Misterio. El lugar extraño tan necesario para algunos espíritus creativos. Una mezcla perfecta de la utopía clásica y el misterio pagano.

Me encogí de hombros, poco impresionado.

Triste Rey Billy desactivó el holo.

—¿Ha mejorado tu p-p-poesía?

Me crucé de brazos y miré fijamente a aquel enano regio.

—No.

—¿Ha vuelto tu m-m-musa?

No dije nada. Si las miradas mataran, todos hubiéramos exclamado «¡El rey ha muerto, viva el rey!» antes del anochecer.

—Muy b-b-bien —dijo, mostrando que podía ser insufriblemente artero además de triste—. Haz las m-m-maletas, muchacho. Nos vamos a Hyperion.

(Acercamiento)

Las cinco naves seminales de Triste Rey Billy flotaban como dorados dientes de león sobre un cielo lapislázuli. Ciudades blancas se elevaban en tres continentes: Keats, Endimión, Puerto Romance... la Ciudad de los Poetas.

Más de ocho mil peregrinos del arte escaparon de la tiranía de la mediocridad en busca de una visión renovada en ese mundo tosco.

Asquith y Windsor-en-Exilio habían sido centros de biofactura de androides en el siglo posterior a la Hégíra, y ahora estos amigos de tez azul trajinaban y araban, conscientes de que al concluir esas últimas tareas serían libres al fin.

Se levantaron las ciudades blancas. Los aborígenes, cansados de jugar al nativo, salieron de las aldeas y selvas y nos ayudaron a reconstruir la colonia según especificaciones más humanas. Los tecnócratas, burócratas y ecócratas fueron descongelados y lanzados a ese mundo desprevenido: el sueño de Triste Rey Billy se acercó un paso más a la realidad.

Cuando llegamos a Hyperion, el general Horace Glennon-Height estaba muerto y su breve pero brutal motín aplastado, pero no habíamos vuelto atrás.

Algunos de los más toscos artistas y

artesanos abandonaron la Ciudad de los Poetas y llevaron vidas provincianas pero creativas en Jacktown o Puerto Romance, e incluso en las fronteras que se expandían más allá, pero yo me quedé.

No encontré ninguna musa en Hyperion durante los primeros años. Para muchos, la expansión de la distancia provocada por la carencia de transporte —los VEMs eran inseguros, los deslizadores escasos— y la contracción de la conciencia artificial debida a la falta de una esfera de datos, la imposibilidad de acceso a la Entidad Suma y la existencia de un solo

transmisor ultralínea, condujo a una renovación de la energía creativa, una nueva captación del sentido de ser humano y artista.

O eso decían.

Yo no descubrí ninguna musa. Mis versos eran técnicamente impecables, pero estaban tan muertos como el gato de Huck Finn.

Decidí matarme.

Pero primero pasé un tiempo, al menos nueve años, realizando un servicio comunitario que consistía en aportar algo de lo cual carecía el nuevo Hyperion: decadencia.

Gracias a un bioescultor

apropiadamente llamado Graumann Hacket, obtuve los flancos velludos, los cascos y las patas de cabra de un sátiro. Me dejé crecer la barba y me estiré las orejas. Graumann realizó interesantes modificaciones a mis genitales. La noticia se divulgó. Campesinas, aborígenes, las esposas de nuestros nobles urbanistas y pioneros, todas aguardaban una visita del único sátiro residente en Hyperion o concertaban una cita ellas mismas. Aprendí el verdadero significado de «priápico» y «satiriasis». Aparte de la interminable serie de competencias sexuales, mis proezas de bebedor se hicieron legendarias y mi

vocabulario regresó a algo parecido a los viejos días del Protectorado.

Era una puñetera maravilla. Era un puñetero infierno. En la noche en que yo había resuelto volarme los sesos, apareció Grendel.

Notas para un bosquejo del monstruo visitante:

Nuestros peores sueños se han vuelto realidad. Algo maligno desvía la luz. Sombras de Morbius y el Krell. Atiza los fuegos. Madre, Grendel viene esta noche.

Al principio creemos que los desaparecidos son meros ausentes; no hay centinelas en las murallas de nuestra

ciudad. En realidad no hay murallas, ni guerreros a las puertas de nuestro salón de banquetes. Luego un marido denuncia la desaparición de su mujer entre la cena y el momento de acostar a los dos hijos. Hoban Kristus, el implosionista abstracto, no acude a su representación en el Anfiteatro de los Poetas, la primera vez que se pierde una línea en ochenta y dos años de actuar en el escenario. La preocupación aumenta. Triste Rey Billy regresa de su labor como supervisor de la restauración de Jacktown y promete que se intensificará la seguridad. Se teje una red de sensores alrededor de la ciudad. Oficiales de

seguridad investigan las Tumbas de Tiempo e informan que todas siguen vacías. Se envían aparatos a la entrada del laberinto que hay en la base de la Tumba de Jade y un sondeo de seis mil kilómetros no revela nada. Deslizadores automáticos y tripulados patrullan entre la ciudad y la Cordillera de la Brida y no captan nada mayor que el calor de una anguila de las rocas. Durante una semana local no se producen más desapariciones.

Luego empiezan las muertes.

Encuentran al escultor Pete García en el estudio... y en el dormitorio... y en el patio. El encargado de seguridad

Truin Hines comete la torpeza de decir a un periodista: «Es como si un animal feroz lo hubiera descuartizado. Pero ningún animal que yo conozca le haría eso a un hombre».

Todos sentimos un escalofrío y una excitación secretos. Sí, el diálogo es malo, sacado de un millón de películas y holos de terror, pero ahora formamos parte del espectáculo.

La sospecha se decanta hacia lo evidente: un psicópata anda suelto entre nosotros; quizá mata con una espada pulsátil o un látigo infernal. Esta vez no tuvo tiempo para deshacerse del cuerpo. Pobre Pete.

Hines es despedido y el alcalde Pruett recibe autorización de Su Majestad para contratar, adiestrar y armar una fuerza policial urbana de veinte agentes. Se propone someter al detector de mentiras a los seis mil habitantes de la Ciudad de los Poetas. En los cafés al aire libre se habla de derechos civiles, pero técnicamente estamos fuera de la Hegemonía. ¿Tenemos derechos? Se trazan planes imbéciles para atrapar al asesino.

Luego empieza la carnicería.

Los asesinatos no seguían un esquema fijo. Los cuerpos aparecían a pares, a tríos, a solas... o no aparecían.

Algunas desapariciones eran incruentas, otras dejaban litros de sangre. No había testigos ni supervivientes. El lugar no parecía importar: la familia Weimont vivía en una de las villas de los alrededores, pero Sira Rob nunca abandonaba su estudio del centro de la ciudad; dos víctimas desaparecieron a solas, de noche, mientras paseaban por el Jardín Zen, pero la hija del canciller Lehman tenía guardaespaldas privados y sin embargo desapareció mientras estaba sola en un cuarto de baño en el séptimo piso del palacio de Triste Rey Billy.

En Lusus, Centro Tau Ceti y otros

viejos mundos de la Red, la muerte de mil personas constituye una noticia de poca monta —información para la esfera de datos o las páginas interiores del periódico matutino—, pero en una ciudad de seis mil personas y una colonia de cincuenta mil, doce asesinatos —como la proverbial sentencia a ser colgado al amanecer— concentran maravillosamente la atención.

Yo conocía a Melindre Harris, una de las primeras víctimas. Harris había sido una de mis primeras conquistas como sátiro —y una de las más entusiastas—: una hermosa muchacha,

cabello largo y rubio demasiado suave para ser real, una tez de melocotón fresco demasiado virginal para soñar con tocarla, una belleza demasiado perfecta para creerla, precisamente la mujer a la que incluso el hombre más tímido sueña con violar. Esta vez la violaron en serio. Encontraron sólo la cabeza, apoyada en el centro de la plaza Lord Byron como si la hubieran enterrado hasta el cuello en mármol líquido. Cuando oí los detalles comprendí con qué clase de criatura nos las veíamos, pues un gato que teníamos en la finca de mamá dejaba ofrendas similares en el patio sur en las mañanas

de verano: la cabeza de un ratón mirando desde la piedra arenisca en pleno asombro de roedor, o a veces la sonrisa dentuda de una ardilla: trofeos de muerte de un depredador orgulloso pero hambriento.

Triste Rey Billy me visitó mientras yo trabajaba en mis Cantos.

—Buenos días, Billy —saludé.

—Majestad —rezongó Su Majestad en una rara muestra de regia irritación. Había dejado de tartamudear el día en que la real nave de descenso aterrizó en Hyperion.

—Buenos días, Billy, majestad.

Mi señor soltó un gruñido, apartó

unos papeles y se las apañó para sentarse en el único charco de café que había en un banco, por lo demás seco.

—Estás escribiendo de nuevo, Silenus.

No vi razones para reconocer lo evidente.

—¿Siempre has usado pluma?

—No, sólo cuando quiero escribir algo digno de leerse.

—¿Eso es digno de leerse? —Señaló los manuscritos que yo había apilado en dos semanas locales de trabajo.

—Sí.

—¿Sí? ¿Sólo sí?

—Sí.

—¿Lo podré leer pronto?

—No.

Billy bajó la mirada y advirtió que tenía la pierna en un charco de café. Frunció el ceño y limpió el charco con el borde de la capa.

—¿Nunca? —preguntó.

—No, a menos que me sobrevivas.

—Es mi pretensión —admitió el rey —. Mientras tú mueres por ser el carnero de las ovejas del reino.

—¿Eso es un intento de metáfora?

—En absoluto —replicó Billy—. Sólo una observación.

—No he mirado a una oveja desde

mis días de infancia en la granja. En una canción prometí a mi madre que no volvería a follar ovejas sin pedirle permiso.

Mientras el rey Billy me miraba apesadumbrado, entoné unas notas de una antigua canción llamada Nunca habrá otra oveja.

—Martin, alguien o algo está matando a mi gente.

Aparté el papel y la pluma.

—Lo sé.

—Necesito tu ayuda.

—¿Cómo, por Dios? ¿Quieres que busque al asesino como un detective de HTV? ¿Tener una puñetera lucha a

muerte en las puñeteras Cascadas de Reichenbach?

—Eso sería satisfactorio, Martin. Pero por ahora bastarían unas opiniones y consejos.

—Opinión Una, fue estúpido venir aquí. Opinión Dos, es estúpido quedarse. Consejo Alfa y Omega: Márchate.

Billy asintió, abatido.

—¿Marcharme de esta ciudad o de toda Hyperion?

Me encogí de hombros.

Su Majestad se levantó y se dirigió a la ventana de mi pequeño estudio. Daba a un callejón de tres metros y a la pared

de ladrillos de una planta de reciclaje automática vecina. Billy estudió la vista.

—¿Conoces la antigua leyenda del Alcaudón? —preguntó.

—Sí.

—Los aborígenes asocian al monstruo con las Tumbas de Tiempo.

—Los aborígenes se pintarrajean el vientre para celebrar la cosecha y fuman tabaco no recombinatorio.

Billy asintió ante la sabiduría del comentario.

—El equipo inicial de la Hegemonía tenía miedo de esta zona. Puso los grabadores multicanal y mantuvo sus bases al sur de la Brida.

—Mira, majestad... ¿qué quieres? ¿Absolución por haber cometido el error de fundar la ciudad aquí? ¡Estás absuelto! Ve y no peques más, hijo mío. Ahora, alteza, si no te molesta, adiós. Debo escribir unos versos procaces.

Billy no se apartó de la ventana.

—¿Recomiendas que evacuemos la ciudad, Martin?

Vacilé sólo un instante.

—Claro.

—¿Te marcharías con los demás?

—¿Por qué no?

Billy se volvió para mirarme a los ojos.

—¿De verdad?

No dije nada. Al cabo de un rato desvié la vista.

—Lo suponía —suspiró el amo del planeta. Se entrelazó las manos regordetas a la espalda y miró de nuevo la pared de ladrillos—. Si yo fuera detective, sospecharía. El ciudadano menos productivo de la ciudad empieza a escribir de nuevo después de una década de silencio sólo... ¿cuánto, Martin? ¿Dos días después de que empezaron los asesinatos? Ahora se aparta de la vida social que antes dominaba y se dedica a componer un poema épico; se vuelve tímido, incluso las jóvenes están a salvo de su ardor

cabrío...

—¿Ardor cabrío, milord? —murmuré.

Billy me miró por encima del hombro.

—De acuerdo —dije—. Me has pescado. Confieso. Las asesiné y las bañé en su sangre. Funciona como un puñetero afrodisíaco literario. Calculo que con trescientas víctimas más, a lo sumo, tendré mi próximo libro listo para la publicación.

Billy se volvió de nuevo hacia la ventana.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿No me crees?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque sé quién es el asesino —declaró el rey.

En el holofoso contemplamos cómo el Alcaudón mataba a la novelista Sira Rob y a su amante. Estaban en penumbra; las carnes maduras de Sira brillaban con una fosforescencia pálida mientras que las nalgas blancas de su joven amigo parecían flotar separadas del resto del cuerpo bronceado. Ambos estaban llegando al climax cuando sucedió lo inexplicable. En vez de los

contoneos finales y la repentina pausa del orgasmo, el joven pareció levitar hacia atrás, elevándose como si Sira lo hubiera expulsado de su cuerpo. La banda sonora del disco, que antes consistía en los consabidos jadeos, resuellos, exhortaciones e instrucciones típicas de esa actividad, de pronto llenó el holofoso con alaridos, primero del joven, luego de Sira. Con un golpe seco, el cuerpo del muchacho chocó contra una pared fuera de cámara. El cuerpo de Sira aguardaba con una vulnerabilidad trágicamente cómica, las piernas separadas, los brazos abiertos, los pechos aplastados, los muslos pálidos.

Había echado la cabeza atrás extasiada, pero ahora la alzó, y la conmoción y la furia reemplazaron la expresión curiosamente similar del inminente orgasmo. Abrió la boca para gritar.

No hubo palabras. Se oyó un húmedo chasquido de puñales al atravesar la carne, de garfios que arrancaban tendones y huesos. Sira echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca, y el cuerpo le estalló desde el esternón hacia abajo. La carne se desprendió como si un hacha invisible partiera a Sira Rob para hacer leña. Escalpelos invisibles completaron la tarea de abrirla y las incisiones parecían obscenas películas

en cámara lenta de la operación favorita de un cirujano loco. Fue una autopsia brutal efectuada sobre una persona viva. En una persona ya no viva, mejor dicho, pues cuando la sangre cesó de volar y el cuerpo cesó de temblar, Sira se relajó en la muerte, abriendo de nuevo las piernas en un eco del obsceno despliegue de visceras. Y luego —durante un brevísimo instante— hubo un borrón de rojo y cromo cerca de la cama.

—Congela, expande y aumenta —indicó Billy al ordenador doméstico.

El borrón se resolvió en una cabeza salida de la pesadilla de un drogadicto: una cara formada de acero y cromo,

dientes similares a los de un híbrido de lobo y pala mecánica, ojos como láseres color rubí ardiendo en gemas sangrientas, frente perforada por un cuerno curvado de treinta centímetros sobre un cráneo de mercurio, cuello rodeado de cuernos similares.

—¿El Alcaudón? —pregunté.

Billy asintió.

—¿Qué le sucedió al muchacho?

—No había rastros de él cuando descubrieron el cuerpo de Sira —respondió el rey—. Nadie sabía que había desaparecido hasta que se descubrió este disco. Lo han identificado como un joven de

Endimión, especialista en recreaciones.

—¿Acabas de encontrar el holo?

—Ayer. La gente de seguridad encontró la cámara en el techo. Menos de un centímetro de diámetro. Sira tenía una biblioteca con discos similares. Al parecer la cámara estaba allí sólo para registrar...

—Locuras de alcoba —atajé.

—Exacto.

Me levanté para acercarme a la imagen flotante de la criatura. Pasé la mano por la frente, el aguijón y las mandíbulas. El ordenador había calculado el tamaño y lo había representado en consecuencia. A juzgar

por la cabeza, nuestro Grendel local tenía más de tres metros de altura.

—Alcaudón —murmuré, más un saludo que una identificación.

—¿Qué puedes decirme de él, Martin?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —protesté—. Soy poeta, no mitohistoriador.

—Preguntaste al ordenador de la nave seminal acerca de la naturaleza y el origen del Alcaudón.

Enarqué las cejas. Se suponía que el acceso al ordenador era tan privado y anónimo como una entrada en la esfera de datos de la Hegemonía.

—¿Y qué? Cientos de personas deben de haber revisado la leyenda del Alcaudón desde que comenzaron los asesinatos. Quizá miles. Es la única leyenda referente a monstruos que tenemos.

Billy movió sus pliegues y arrugas de arriba abajo.

—Sí —admitió—, pero tú indagaste los archivos tres meses antes de la primera desaparición.

Suspiré y me desplomé en los almohadones del holo-foso.

—De acuerdo. ¿Y qué? Quería usar esa puñetera leyenda en el puñetero poema que estoy escribiendo, así que

investigué. Arréstame.

—¿Qué averiguaste?

Me enfurecí. Aplasté la mullida alfombra con mis patas de sátiro.

—Sólo lo que está en el puñetero archivo —rezongué—. ¿Qué diablos quieres de mí, Billy?

El rey se frotó la frente y torció el gesto cuando accidentalmente se metió el dedo en el ojo.

—No lo sé —suspiró—. Los de seguridad querían que te llevara a la nave y te pusiera en interfaz de interrogatorio integral. Preferí hablar contigo.

Parpadeé, mientras sentía en el

estómago una extraña sensación de cero g. Interrogatorio integral significa conexiones corticales en el cráneo. La mayoría de los que son sometidos a esos interrogatorios se recuperan totalmente. La mayoría.

—¿Puedes decirme qué aspecto de la leyenda del Alcaudón pensabas plasmar en tu poema? —preguntó Billy en voz baja.

—Claro. De acuerdo con el evangelio del Culto del Alcaudón difundido por los aborígenes, el Alcaudón es el Señor del Dolor y el Ángel de la Expiación Final, venido de un lugar allende el tiempo para anunciar

el fin de la raza humana. Me gustó esa figura.

—El fin de la raza humana —repitió Billy.

—Sí. Es San Miguel Arcángel, Moroni, Satán, la Entropía Enmascarada y el monstruo de Frankenstein en un solo paquete. Merodea por las Tumbas de Tiempo a la espera de salir y causar estragos cuando a la humanidad le llegue el turno de figurar en la lista de Grandes Éxitos de la extinción, junto con el pájaro dodo, el gorila y el cachalote.

—¿Por qué el monstruo de Frankenstein? —murmuró el hombrecillo gordo de capa arrugada.

Cobré aliento.

—Porque el culto del Alcaudón afirma que la humanidad de algún modo creó esa criatura —respondí, aunque sabía que Billy conocía el tema mucho más que yo.

—¿Esa gente sabe cómo matarlo?

—Por lo que he averiguado, no. Se supone que es inmortal, que está más allá del tiempo.

—¿Un dios?

Vacilé.

—No —respondí—. Una de las peores pesadillas del universo cobrando vida. Como la muerte con la guadaña, aunque con cierta proclividad a clavar

las almas en un árbol de espinas gigantescas... mientras las almas todavía están en el cuerpo.

Billy asintió.

—Mira —sugerí—, si te empeñas en buscar sutilezas en la teología de un mundo primitivo, ¿por qué no vuelas a Jacktown y preguntas a los sacerdotes del Culto?

—Sí —dijo el distraído rey, la barbilla en el puño regordete—, ya los están interrogando en la nave seminal. Todo es muy desconcertante.

Me levanté para marcharme, sin saber si él me lo permitiría.

—¿Martin?

—Sí.

—Antes de irte, ¿se te ocurre algo más que pueda ayudarnos a entender esta cosa?

Me detuve en la puerta mientras el corazón me palpitaba contra las costillas al intentar salir.

—Sí —respondí con un vago temblor en la voz—. Puedo decirte qué y quién es el Alcaudón.

—¿Sí?

—Es mi musa —espeté, y regresé a mi cuarto para escribir.

Naturalmente, yo había invocado al

Alcaudón. Yo lo sabía. Lo había invocado al comenzar mi poema épico acerca de él. Al principio fue la Palabra.

Di a mi poema el nuevo título de Cantos de Hyperion. No hablaba del planeta sino de la extinción de esos presuntos Titanes que eran los humanos. Comentaba la irreflexiva soberbia de una especie que se atrevió a destruir su mundo natal por mera negligencia y luego llevó esa peligrosa arrogancia a las estrellas, sólo para toparse con la ira de un dios que la humanidad había contribuido a engendrar. Hyperion era el primer trabajo serio que yo hacía en

muchos años y lo mejor que haría jamás. Lo que comenzó como un jocoso homenaje al fantasma de John Keats se transformó en la razón última para mi existencia, un *tour de force* épico en una era de farsa mediocre. Cantos de Hyperion revelaba una destreza que yo jamás pude haber alcanzado, una maestría que yo jamás pude ganar y una voz que no era la mía. La extinción de la humanidad era mi tema. El Alcaudón era mi musa.

Una veintena de personas más murieron antes de que el rey Billy evacuara la Ciudad de los Poetas. Algunos evacuados se trasladaron a

Endimión o a Keats o a algunas de las ciudades nuevas, pero la mayoría votó por llevar las naves seminales de vuelta a la Red. El sueño del rey Billy acerca de una utopía creativa se desvaneció, aunque el rey mismo siguió viviendo en el sombrío palacio de Keats. El liderazgo de la colonia pasó a manos del Consejo Interior, que solicitó formar parte de la Hegemonía y de inmediato estableció una Fuerza de Autodefensa. La FA —constituida principalmente por los mismos aborígenes que se liquidaban a garrotazos un decenio antes, pero ahora comandada por oficiales de nuestra nueva colonia— lo

único que logró fue turbar la paz de la noche con sus patrullas de deslizadores automáticos y enturbiar la belleza del desierto con sus aparatos móviles de vigilancia.

Sorprendentemente, yo no fui el único que se quedó; éramos al menos doscientos, aunque la mayoría eludíamos el contacto social, sonriendo cortésmente cuando nos cruzábamos en el paseo de los Poetas o mientras comíamos por separado en la resonante soledad de la cúpula comedor.

Los asesinatos y desapariciones continuaron con un promedio de uno por quincena local, aunque por lo general no

los descubríamos nosotros sino el comandante de la FA local, quien exigía un censo de ciudadanos cada pocas semanas.

La única imagen que aún recuerdo de ese año es inusitadamente comunal: la noche que nos reunimos para presenciar la partida de la nave seminal. Era otoño, en plena temporada de meteoritos, y los cielos nocturnos de Hyperion ardían con estrías de oro y trazos rojos y llameantes; cuando los motores de la nave seminal se encendieron nació un pequeño sol, y durante una hora vimos a los amigos y colegas alejarse sobre una franja de

llamas de fusión. Triste Rey Billy se reunió con nosotros esa noche, y recuerdo que me echó una mirada antes de entrar solemnemente en su carruaje ornamentado para regresar a la segura Keats.

En los doce años siguientes dejé la ciudad sólo media docena de veces; en una ocasión para encontrar a un bioescultor que me liberara de mi disfraz de sátiro, las otras para comprar comida y provisiones. El Templo del Alcaudón había reiniciado las peregrinaciones, y en mis viajes yo transitaba su compleja avenida hacia la muerte en sentido inverso: la marcha

hasta la Fortaleza de Cronos, el funicular a través de la Cordillera de la Brida, la carreta eólica, la barca de Caronte por el Hoolie. Al regresar, observaba a los peregrinos que viajaban conmigo y me preguntaba quién de ellos sobreviviría.

Pocos visitaban la Ciudad de los Poetas. Nuestras inconclusas torres empezaron a parecer ruinas. Las galerías, con sus espléndidas cúpulas de cristal metálico y arcadas cubiertas, quedaron ocultas por la vegetación; entre las losas asomaban piromalezas y hierbas-cicatriz. La FA contribuyó al caos instalando minas y trampas para

matar al Alcaudón, pero sólo consiguió devastar bellas zonas de la ciudad. La irrigación dejó de funcionar. El acueducto se derrumbó. El desierto avanzó y yo caminaba de habitación en habitación por el palacio abandonado del rey Billy, trabajando en mi poema, esperando a mi musa.

Pensándolo bien, la relación causa-efecto empieza a parecer un rizo de lógica desquiciada del artista Carolus o quizás una estampa de Escher: el Alcaudón había nacido del conjuro de mi poema, pero el poema no podría haber existido sin la simultánea amenaza y presencia del Alcaudón como musa.

Quizá yo estaba un poco loco en esos días.

Durante doce años la muerte súbita liberó a la ciudad de dilettantes hasta que sólo quedamos el Alcaudón y yo. El paso anual de los peregrinos del Alcaudón era una molestia menor: una caravana distante que cruzaba el desierto rumbo a las Tumbas de Tiempo. A veces algunos regresaban, huyendo por arenas bermejas hacia el refugio de la Fortaleza de Cronos, veinte kilómetros al sudoeste; con mayor frecuencia no aparecía nadie.

Yo observaba desde las sombras de la ciudad. El cabello y la barba me

habían crecido hasta cubrir algunos de los harapos que llevaba. Salía principalmente de noche, me movía entre las ruinas como una sombra furtiva; a veces miraba la torre iluminada del palacio, como David Hume atisbando por sus propias ventanas, para decidir solemnemente que no estaba en casa. Nunca trasladé el sintetizador de alimentos del comedor a mis aposentos, pues prefería comer en el silencio resonante, bajo el duomo rajado, como un aturdido Eloi engordando para el inevitable Morlock.

Nunca vi al Alcaudón. Muchas noches, poco antes del alba, despertaba

por un ruido brusco —metal raspando piedra, el crujido de la arena bajo una pisada— pero, aunque a menudo tuve la certeza de que me observaban, nunca descubrí al observador.

En ocasiones realicé el corto viaje hasta las Tumbas de Tiempo, casi siempre de noche, eludiendo el blando y desconcertante tirón de las mareas antientrópicas mientras me desplazaba entre complejas sombras bajo las alas de la Esfinge o miraba las estrellas a través de la pared esmeralda de la Tumba de Jade. A mi regreso de una de esas peregrinaciones nocturnas, encontré a un intruso en mi estudio.

—Impresionante, M-M-M-Martin —manifestó el rey Billy, mientras señalaba una de las pilas de manuscritos que había en la habitación. Sentado en la enorme silla, ante la larga mesa, el fracasado monarca parecía más viejo, más abatido que nunca. Era obvio que había leído durante varias horas—. ¿En serio crees que la humanidad m-m-m-m-merece este final? —preguntó en voz baja. Hacía doce años que yo no oía ese tartamudeo.

Me separé de la puerta, pero no respondí. Billy había sido mi amigo y mecenas durante más de veinte años estándar, pero en ese momento podría

haberlo matado. Me encolerizaba que alguien leyera Cantos de Hyperion sin mi consentimiento.

—¿F-f-fechas tus po-po-po... cantos? —preguntó Billy, que hojeaba la pila más reciente de páginas concluidas.

—¿Cómo has llegado aquí? —rezongué. No era una pregunta ociosa. En los últimos años los deslizadores, naves de descenso y helicópteros no habían tenido mucha suerte al volar a la región de las Tumbas de Tiempo. Las máquinas volvían sin pasajeros. Eso había obrado maravillas para alimentar el mito del Alcaudón.

El hombrecillo de capa arrugada se

encogió de hombros. El uniforme pretendía parecer majestuoso y elegante, pero sólo le daba aspecto de Arlequín obeso.

—Seguí a la última tanda de peregrinos —contestó—. Luego v-v-vine desde la Fortaleza de Cronos para visitarte. Veo que no has escrito nada desde hace muchos meses, M-M-Martin. ¿Puedes explicarlo?

Lo fulminé con una silenciosa mirada al acercarme.

—Quizá yo pueda explicarlo —continuó Billy. Miró la última página concluida de los Cantos como si contuviera la respuesta a una adivinanza

que nadie había resuelto—. Escribiste las últimas estrofas la misma semana del año pasado en que desapareció J. T. Telio.

—¿Y qué? —me había acercado al otro extremo de la mesa. Fingiendo una actitud casual, cogí una pila de páginas y las puse fuera del alcance de Billy.

—Que f-f-f-fue, según los monitores de la FA, la f-f-fe-cha de la muerte del último habitante de la Ciudad de los Poetas. Es decir, el último excepto t-t-tú, Martin.

Me encogí de hombros y empecé a caminar alrededor de la mesa. Necesitaba llegar a Billy sin tener el

manuscrito en el camino.

—No lo has t-t-terminado, Martin —comentó con voz triste y profunda—. Todavía hay una probabilidad de que la humanidad s-s-s-sobreviva a la Caída.

—No —rebatí mientras me acercaba.

—Pero no puedes escribirlo, ¿verdad, Martin? No puedes componer este poema a menos que tu m-m-musa derrame sangre, ¿verdad, Martin?

—Tonterías —mascullé.

—Quizá. Pero una coincidencia fascinante. ¿Alguna vez te has preguntado por qué te has salvado tú, Martin?

Me encogí nuevamente de hombros y puse otra pila de papeles fuera de su alcance. Yo era más alto, más fuerte y más inescrupuloso que Billy, pero tenía que asegurarme de que el manuscrito no sufriera ningún daño si acaso él forcejeaba cuando yo lo levantara de la silla para echarlo.

—Es hora de hacer a-a-algo con este problema —declaró mi mecenas.

—No —proferí—, es hora de que te largues.

Aparté a un lado las últimas páginas y alcé los brazos, sorprendido de verle un candelabro de bronce en una mano.

—Quédate ahí, por favor —murmuró

Triste Rey Billy, mientras alzaba un paralizador neural del regazo.

Me detuve sólo un instante y me eché a reír.

—Pequeño farsante —barboté—. No podrías usar una puñetera arma aunque la vida te fuera en ello.

Avancé para levantarlo y echarlo.

Tenía la mejilla contra la piedra del patio, pero un ojo suficientemente abierto como para ver que las estrellas aún brillaban a través de la rota tracería de la cúpula de la galería. No podía parpadear. Las extremidades y el torso

me cosquilleaban con pinchazos de sensación, como si todo el cuerpo se me hubiera dormido y ahora despertara penosamente. Quería gritar, pero la mandíbula y la lengua se negaban a responder. De pronto me alzaron y me apoyaron en un banco de piedra, de modo que pude ver el patio y la fuente seca diseñada por Rithmet Corbet. El Laocoonte de bronce luchaba con serpientes metálicas bajo la luz fluctuante de las lluvias de meteoritos anteriores al alba.

—Lo la-la-lamento, Martin —tartamudeó una voz familiar—, p-p-p-pero esta l-l-locura tiene que terminar.

El rey Billy se me acercó con un gran montón de manuscritos. Otras páginas estaban apiladas en la taza de la fuente, al pie del troyano de metal. Cerca había un cubo de queroseno.

Logré cerrar los ojos. Los párpados se movieron como hierro oxidado.

—La parálisis pasará en cualquier m-m-momento —informó Billy. Se dirigió hasta la fuente, alzó un fajo de manuscritos y los prendió con el encendedor.

—¡No! —logré gritar a través de las mandíbulas apretadas.

Las llamas bailaron y murieron. Billy dejó caer las cenizas en la fuente y

encendió otra pila de páginas, enrollándolas para formar un cilindro. Relucían lágrimas en las mejillas arrugadas, iluminadas por el fuego.

—Tú lo i-i-invocaste —jadeó el hombrecillo—. Tiene que t-t-t-terminar.

Traté de levantarme. Mis brazos y piernas se movieron como las extremidades de una marioneta mal manejada. El dolor era increíble. Grité de nuevo y el agónico sonido retumbó en el mármol y el granito.

Billy alzó un gordo fajo de papeles y se detuvo para leer la primera página.

Sin más argumento ni utilería

que mi frágil mortalidad, soporto

la carga de esta eterna quietud,

la inmutable sombra y esas tres formas fijas

como una sola luna en mis sentidos.

Pues con mi cerebro ardiente medí con certeza

sus estaciones de plata derramadas en la noche,

y día tras día creí volverme
más escuálido y fantasmal. A menudo rogué
intensamente que la Muerte me arrancara
de este valle de lágrimas. Desesperando
del cambio, hora tras hora me maldije.

Billy alzó la cara a las estrellas y entregó las páginas a las llamas.

—¡No! —exclamé de nuevo,

obligando a mis piernas a arquearse.

Me apoyé en una rodilla, traté de estabilizarme con un brazo atravesado por cosquilleos. Caí de lado.

La sombra con capa arrojó un fajo demasiado grueso para enrollarlo y lo miró bajo la luz tenue.

Vi un borroso rostro
no aquejado por penas humanas, mas blanqueado
por una inmortal enfermedad que no mata;

provoca un cambio constante,que la feliz muerte

no puede detener; una muerte avanzando

hacia la muerte iba en ese semblante; dejaba atrás

el lirio y la nieve, y más allá de ellos

no debo pensar ahora, aunque vi esa faz...

Billy acercó el encendedor y más de

cincuenta páginas ardieron. Lanzó los papeles en llamas a la fuente y fue a buscar más.

—¡Por favor! —grité al tiempo que me levantaba, endureciendo las piernas contra las contracciones de los impulsos mientras me apoyaba en el banco de piedra—. Por favor.

La presencia de una tercera figura no me sorprendió; era como si siempre hubiera estado allí, y Billy y yo no la hubiéramos visto hasta que las llamas alcanzaron el fulgor suficiente. Imposiblemente alto, con cuatro brazos, moldeado en cromo y cartílago, el Alcaudón volvió hacia nosotros su

mirada roja.

Billy jadeó, retrocedió y se apresuró a arrojar más estrofas al fuego. Los rescoldos se elevaban en las ráfagas tibias. Con una explosión de aleteos, una bandada de palomas se elevó desde las vigas cubiertas de malezas en la cúpula rota.

Avancé en un movimiento que era más tambaleo que andar. El Alcaudón no se movió ni desvió su mirada sangrienta.

—¡Lárgate! —exclamó Billy sin tartamudear, la voz exaltada, un ardiente fajo de estrofas en cada mano—. ¡Regresa al pozo de donde viniste!

El Alcaudón ladeó la cabeza. Una

luz roja fulguró en superficies aguzadas.

—¡Mi señor! —exclamé, aunque sin saber si le hablaba al rey o a aquella aparición infernal. Avancé los últimos pasos y aferré el brazo de Billy.

Pero ya no estaba allí. En un instante el viejo rey estaba a un brazo de distancia y de pronto estuvo a diez metros, elevado sobre las piedras del patio. Dedos semejantes a espinas de acero le atravesaban los brazos, el pecho y los muslos, pero aún se contorsionaba y mis Cantos ardían en sus puños. El Alcaudón lo acunaba como un padre que ofreciera al hijo para el bautismo.

—¡Destrúyelo! —gritó Billy, gesticulando lastimeramente—. ¡Destrúyelo!

Me detuve en el borde de la fuente, me apoyé débilmente en el brocal. Al principio creí que hablaba de destruir el manuscrito, luego pensé que hablaba del poema y al fin comprendí que se refería a ambos. Mil y pico de páginas manuscritas yacían sobre la fuente seca. Cogí el cubo de queroseno.

El Alcaudón no se movió, excepto para acercarse a Billy al pecho en un movimiento extrañamente afectuoso. Billy se contorsionó y gritó en silencio mientras un largo cuerno de acero

afloraba de su sedas de Arlequín por encima del esternón. Me quedé allí estúpidamente, recordando las colecciones de mariposas que tenía cuando niño. Lenta y mecánicamente, derramé queroseno sobre las páginas desperdigadas.

—¡Termina! —jadeó el rey Billy—. ¡Martin, por amor de Dios!

Cogí el encendedor que él había soltado. El Alcaudón no se movió. La sangre empapó los retazos negros de la túnica de Billy hasta que se confundieron con los cuadrados carmesíes. Activé el antiguo encendedor un par de veces; sólo chispas. A través

de las lágrimas vi la obra de mi vida en la fuente polvorienta. Solté el encendedor.

Billy gritó. El acero raspaba el hueso mientras el rey se retorcía en el abrazo del Alcaudón.

—¡Termina! —chilló —. Martin... ¡Oh Dios!

Me volví, di cinco rápidos pasos y arrojé el cubo de queroseno. La humareda me enturbió aún más la visión. Billy y esa imposible criatura estaban empapados como dos comediantes en un holo. Billy parpadeaba y babeaba, la reluciente y afilada boca del Alcaudón reflejaba el cielo iluminado por

meteoros. Los rescoldos moribundos de las páginas quemadas que Billy apretaba en los puños encendieron el queroseno.

Alcé las manos para protegerme el rostro —demasiado tarde, la barba y las cejas se chamuscaron y humearon— y retrocedí hasta que el brocal de la fuente me detuvo.

Por un segundo la pira fue una perfecta escultura de llamas, una *Pietá* azul y amarilla donde una madonna de cuatro brazos acunaba a un Cristo ardiente. La figura ardiente se contorsionó y arqueó, aún atravesada por espinas de acero y una veintena de garras, y surgió un grito que aún no

puedo creer que perteneciera a la mitad humana de esa pareja abrazada en la muerte. El grito me hincó de rodillas, retumbó en cada superficie de la ciudad y causó pánico entre las palomas. El grito continuó minutos después de que la visión llameante se esfumara sin dejar cenizas ni imagen retinal. Un par de minutos después comprendí que el grito que ahora oía era el mío.

El final es sin duda decepcionante, pues la vida real rara vez estructura un desenlace decente.

Tardé varios meses, tal vez un año, en copiar las páginas maltrechas por el queroseno y en reescribir los Cantos

quemados. A nadie le sorprenderá que el poema no esté concluido. No fue culpa mía. Mi musa había huido.

La Ciudad de los Poetas decayó en paz. Yo me quedé un par de años..., quizá cinco, no lo sé; entonces estaba loco. Los registros de los tempranos peregrinos del Alcaudón hablan de la figura enjuta, toda pelambrera, harapos y ojos desencajados, que los despertaba de su sueño de Getsemaní gritando obscenidades y agitando el puño ante las silenciosas Tumbas de Tiempo, para incitar a salir al cobarde que se escondía dentro.

Al final la locura se consumió en sus

propias llamas —aunque siempre quedarán los rescoldos— y emprendí el viaje de mil quinientos kilómetros para regresar a la civilización la mochila repleta de manuscritos, sobreviviendo con anguilas de roca y nieve, y nada en absoluto los últimos diez días.

Los dos siglos y medio que transcurrieron desde entonces no son dignos de contarse, y mucho menos de revivir. Los tratamientos Poulsen para mantener el instrumento vivo y a la espera. Dos largos y fríos sueños en viajes sublumínicos criogénicos ilegales; cada uno absorbió un siglo o más; cada uno se cobró su precio en las

células cerebrales y la memoria.

Entonces esperaba. Aún espero. Debo terminar el poema. Lo haré.

En el principio fue la Palabra. En el final, más allá del honor, la vida, el afecto...

En el final será la Palabra.

4

La *Benarés* llegó a Linde poco después del mediodía de la jornada siguiente. Uno de los mantas había muerto en el arnés a veinte kilómetros de su destino y Bettik lo había soltado. El otro resistió hasta que amarraron en el despintado muelle y se volvió vientre arriba, extenuado, soltando burbujas por los dos orificios respiratorios. Bettik ordenó que también desataran ese manta y explicó que tenía alguna posibilidad de sobrevivir si se dejaba arrastrar por la corriente más rápida.

Los peregrinos estaban despiertos desde antes del amanecer, observando el paisaje. Hablaban poco y nadie había dicho nada a Martin Silenus. Al poeta no parecía importarle..., bebió vino con el desayuno y cantó canciones obscenas mientras despuntaba el sol.

El río se había ido ensanchando durante la noche y por la mañana era una autopista gris azulada de dos kilómetros de ancho que se internaba en las verdes colinas al sur del Mar de Hierba. No había árboles tan cerca del mar, y los tonos pardos y dorados de los brezales de la Crin se habían transformado poco a poco en el fulgurante verdor de las

altas hierbas del norte. Durante toda la mañana las colinas habían ido perdiendo altura, y ahora formaban estribaciones herbosas en ambas orillas del río. Una tenue oscuridad colgaba sobre el horizonte al norte y al este, y los peregrinos que habían vivido en mundos oceánicos, sabiendo que eso indicaba la cercanía del mar, recordaron que el único mar existente allí abarcaba varios miles de millones de hectáreas de hierba.

Linde nunca había sido una ciudad grande, pero ahora estaba totalmente desierta. Los edificios que bordeaban el poceado camino del muelle mostraban la

mirada ciega de todas las estructuras abandonadas; en la orilla había indicios de que la población había huido semanas antes. El Reposo del Peregrino, una posada de tres siglos al pie de la cima de la colina, no era más que ruinas calcinadas.

Bettik los acompañó hasta la cima del cerro.

—¿Qué haréis vosotros ahora? —preguntó el coronel Kassad al androide.

—Según los términos contractuales del Templo, somos libres después de este viaje —respondió—. Dejaremos la *Benarés* aquí para que puedan ustedes regresar, y viajaremos río abajo en

lancha. Luego seguiremos nuestro camino.

—¿Con las evacuaciones generales? —inquirió Brawne Lamia.

—No —Bettik sonrió—. Tenemos nuestros propios propósitos y peregrinajes en Hyperion.

El grupo llegó a la redonda cima del cerro. Allá atrás, la *Benarés* era un objeto pequeño atado a un muelle desvencijado. El río Hoolie corría al sudoeste, internándose en la bruma azul de la distancia, y se curvaba al oeste, más allá de la ciudad; después se estrechaba hacia las impracticables Cataratas Bajas, doce kilómetros río

arriba. Al norte y al este se extendía el Mar de Hierba.

—Dios —jadeó Brawne Lamia.

Era como si hubieran escalado a la última cima de la creación. Abajo, muelles, amarraderos y cobertizos desperdigados indicaban el final de Linde y el comienzo del mar. La incesante hierba se ondulaba sensualmente bajo la ligera brisa y lamía la base de los cerros como un oleaje verde. Parecía infinita y continua; se extendía a todos los horizontes con altura regular. Ni siquiera se vislumbraban los picos nevados de la Cordillera de la Brida, que se alzaban

ochocientos kilómetros al nordeste. La ilusión de que contemplaban un vasto mar verde era perfecta, pues incluso el brillo oscilante de los tallos evocaba las crestas de las olas vistas desde la costa.

—Es hermoso —comentó Lamia, quien no lo había visto nunca.

—Es increíble cuando despunta o cae el sol —dijo el cónsul.

—Fascinante —murmuró Sol Weintraub, quien alzó a la niña para que pudiera ver. La niña se retorció de felicidad y se concentró en mirar sus deditos.

—Un ecosistema bien preservado —observó aprobatoriamente Het Masteen

—. El Muir estaría complacido.

—Coño —exclamó Martin Silenus.

Los demás se volvieron hacia él.

—La puñetera carreta eólica no está —señaló el poeta.

Los hombres, la mujer y el androide observaron en silencio los amarraderos abandonados y la desierta llanura de hierba.

—Se ha retrasado —apuntó el cónsul.

Martin Silenus soltó una risotada.

—O ya se ha marchado. Nosotros deberíamos haber llegado anoche.

El coronel Kassad alzó los binoculares de potencia y escudriñó el

horizonte.

—Dudo de que se hayan marchado sin nosotros. Los sacerdotes del Templo del Alcaudón envían la carreta. Tienen interés en nuestra peregrinación.

—Podríamos caminar —sugirió Lenar Hoyt. El sacerdote tenía el semblante pálido y parecía débil, a todas luces dominado por el dolor y las drogas. No podía tenerse en pie, mucho menos caminar.

—No —se opuso Kassad—. Son cientos de kilómetros y la hierba nos impediría ver.

—Brújulas —dijo el sacerdote.

—Las brújulas no funcionan en

Hyperion —replicó Kassad, aún mirando por los binoculares.

—Buscadores de dirección —insistió Hoyt.

—Tenemos uno, pero no se trata de eso —alegó el cónsul—. La hierba es afilada. En medio kilómetro estaríamos en andrajos.

—Además, están las serpientes —añadió Kassad, bajando los binoculares —. Es un ecosistema bien preservado, pero no resulta agradable para dar un paseo.

El padre Hoyt suspiró y casi se derrumbó en la hierba corta de la colina.

—De acuerdo, regresemos —

decidió, casi con alivio.

Bettik se adelantó.

—La tripulación se alegrará de esperar para llevarlos a ustedes de regreso a Keats en la Benarés, si la carreta eólica no aparece.

—No —dijo el cónsul—. Idos en la lancha.

—¡Oiga, un momento! —exclamó airadamente Martin Silenus—. No recuerdo haberlo elegido dictador, amigo. Necesitamos llegar allí. Si la puñetera carreta no aparece, tendremos que encontrar otro modo.

El cónsul se volvió, para tener frente a sí al poeta.

—¿Y cómo? ¿En barco? Se tarda dos semanas en navegar hasta la Crin y rodear el Litoral Norte para llegar a Otho o cualquier otro puerto. Además no tenemos naves disponibles; hasta el último buque de Hyperion debe de estar participando en las evacuaciones.

—En dirigible, entonces —gruñó el poeta.

Brawne Lamia rió.

—Oh, sí. Hemos visto muchos en dos días de navegación.

Martin Silenus se volvió y apretó los puños como si fuera a golpearla. En cambio sonrió.

—De acuerdo, amiga, ¿qué

hacemos? Tal vez si sacrificamos a alguien a una serpiente de la hierba, los dioses del transporte nos sonrían.

El coronel Kassad se interpuso entre ambos.

—Ya basta —ordenó—. El cónsul tiene razón. Nos quedaremos aquí hasta que llegue la carreta. Masteen, Lamia, vayan ustedes con Bettik para supervisar la descarga de nuestro equipaje. El padre Hoyt y Silenus traerán leña para una fogata.

—¿Una fogata? —se extrañó el sacerdote. Hacía calor en la ladera.

—Para después que anochezca —explicó Kassad—. Para que la carreta

sepa dónde estamos. Ahora, en marcha.

La lancha de motor se alejó río abajo en el poniente. Aun a dos kilómetros de distancia el cónsul distinguía la tez azul de los tripulantes. La *Benarés* tenía una apariencia vieja y abandonada en el muelle; ya formaba parte de la ciudad desierta. Cuando la lancha finalmente se perdió a lo lejos, el grupo se volvió hacia el Mar de Hierba. Las largas sombras de los cerros se arrastraban sobre lo que el cónsul ahora veía como olas y bajíos. Más lejos, el mar cambiaba de color y la hierba parecía aguamarina antes de cobrar un tono de verdes profundidades. El cielo

lapislázuli se derretía en los rojos y oros del ocaso, iluminando la cima de la colina y bañando la piel de los peregrinos con un fulgor líquido. Sólo se oía el susurro del viento en la hierba.

—Traemos una puñetera cantidad de bártulos —protestó Martin Silenus— por ser unos sujetos que hacen sólo un viaje de ida.

Era verdad, pensó el cónsul. El equipaje formaba una pequeña montaña en la cima herbosa.

—Allí, en el equipaje —declaró la voz serena de Het Masteen— puede estar nuestra salvación.

—¿A qué se refiere? —preguntó

Brawne Lamia.

—Sí —dijo Martin Silenus, recostándose con las manos bajo la nuca y mirando el cielo—. ¿Ha traído ropa interior a prueba de Alcaudón?

El templario meneó la cabeza. El repentino crepúsculo le ensombreció la cara bajo la cogulla de la túnica.

—No seamos triviales ni discutamos —aconsejó—. Es hora de admitir que cada uno de nosotros ha traído a esta peregrinación algo con lo cual espera alterar el inevitable desenlace cuando llegue el momento de enfrentarse al Señor del Dolor.

El poeta rió.

—No me he traído mi pata de conejo para la buena suerte.

El templario movió ligeramente la cogulla.

—Pero ha traído el manuscrito, ¿no?

El poeta calló.

Het Masteen volvió su mirada invisible hacia el hombre alto que tenía a la izquierda.

—Y usted, coronel, esos baúles con su nombre... ¿Armas, quizá?

Kassad irguió la cabeza pero no habló.

—Desde luego —replicó Het Masteen—. Sería tonto ir de cacería sin armamento.

—¿Y yo? —Preguntó Brawne Lamia, cruzándose de brazos—. ¿Sabe usted qué arma secreta traigo oculta?

—Aún no hemos oído su historia, Lamia —replicó el templario con su extraño acento—. Las especulaciones serían prematuras.

—¿Y el cónsul? —preguntó Lamia.

—Oh, sí; es evidente qué arma trae nuestro amigo diplomático.

El cónsul dejó de mirar el ocaso y dijo con franqueza:

—Sólo he traído ropa y un par de libros para leer.

—Ah —suspiró el templario—, pero qué bella nave espacial ha dejado atrás.

Martin Silenus se incorporó de un brinco.

—¡La puñetera nave! —exclamó—. Puede llamarla, ¿verdad? Bien, demonios, saque su silbato para perros. Estoy harto de estar sentado aquí.

El cónsul arrancó un manojo de hierba y lo deshojó.

—Ya han oído lo que dijo Bettik: los satélites y estaciones repetidoras no funcionan —dijo al cabo de un minuto —. Pero, aunque la llamara, no podríamos aterrizar al norte de la Cordillera de la Brida. Eso significaba desastre instantáneo aun antes de que el Alcaudón comenzara a merodear al sur

de las montañas.

—Sí —apuntó Silenus mientras agitaba los brazos—, pero podríamos atravesar este puñetero... ¡parque! Llame a la nave.

—Esperemos hasta la mañana —sugirió el cónsul—. Si la carreta no ha llegado, estudiaremos otras posibilidades.

—A la mierda... —comenzó el poeta, pero Kassad dio un paso adelante para aislar a Silenus del círculo.

—Masteen —intervino el coronel—, ¿cuál es su secreto?

El cíelo moribundo arrojaba luz suficiente para alumbrar la ligera

sonrisa en los finos labios del templario, quien señaló su equipaje.

—Como ustedes ven, mi baúl es el más pesado y misterioso.

—Es un cubo de Moebius —declaró el padre Hoyt—. He visto artefactos antiguos transportados de esa manera.

—O bombas de fusión —deslizó Kassad.

—Nada tan tosco —replicó Het Masteen meneando la cabeza.

—¿Nos lo va a contar? —preguntó Lamia.

—Cuando sea mi turno —precisó el templario.

—¿Es usted el próximo? —requirió

el cónsul—. Podemos escuchar mientras esperamos.

Sol Weintraub se aclaró la garganta.

—Yo tengo el número 4 —dijo, mostrando el papel—. Pero no me importaría cambiar mi lugar con la Verdadera Voz del Árbol —Weintraub acomodó a Rachel, y le palmeó la espalda.

Het Masteen negó con la cabeza.

—No; hay tiempo. Sólo quise señalar que en la desesperanza siempre hay esperanza. Hasta ahora hemos aprendido mucho gracias a las historias. No obstante, todos tenemos una semilla de promesa enterrada a mayor

profundidad de la que hemos admitido.

—No veo... —empezó el padre Hoyt, pero lo interrumpió el repentino grito de Martin Silenus.

—¡La carreta! ¡La puñetera carreta eólica! ¡Al fin!

Veinte minutos después, la carreta eólica estaba amarrada a un muelle. El vehículo venía del norte y las velas eran cuadrados blancos contra una planicie oscura y desteñida. Las últimas luces se apagaron cuando la gran nave estuvo amarrada cerca del cerro, plegó las velas principales y se detuvo.

El cónsul quedó impresionado. Era un vehículo de madera tallada a mano,

enorme y panzón como los galeones marítimos de la historia antigua de Vieja Tierra. El gigantesco volante, en el centro del casco curvo, habría resultado invisible entre la hierba de dos metros de altura, pero el cónsul alcanzó a ver la parte inferior cuando llevó el equipaje al muelle. Desde el suelo hasta los avíos había seis o siete metros, y más de cinco veces esa altura hasta la punta del palo mayor. Jadeando de cansancio, el cónsul oyó el chasquido de los pendones y un zumbido regular y casi subsónico procedente del volante interior de la nave o de los enormes giróscopos.

Una pasarela descendió de la

cubierta superior al muelle. El padre Hoyt y Brawne Lamia retrocedieron deprisa para que no los aplastara. La carreta eólica tenía menos luces que la *Benarés* y consistían en varios fanales que colgaban de los palos. No habían visto a ningún tripulante mientras se acercaba la nave, y nadie apareció ahora.

—¡Hola! —llamó el cónsul desde el pie de la pasarela. Ninguna respuesta.

—Esperen aquí un momento, por favor —pidió Kassad, y subió la larga rampa en cinco zancadas.

Se detuvo arriba, se palpó el cinturón donde llevaba la vara de muerte

y desapareció en la nave. Instantes después, una luz se encendió en las anchas ventanas de la popa y arrojó trapezoides amarillos sobre la hierba.

—Suban —gritó Kassad desde la pasarela—. Está vacía.

El grupo trajinó con el equipaje y efectuó varios viajes. El cónsul ayudó a Het Masteen con el pesado baúl de Moebius y sintió en las yemas de los dedos una vibración tenue pero intensa.

—¿Dónde diablos está la tripulación? —preguntó Martin Silenus cuando estuvieron reunidos en cubierta. Habían recorrido los reducidos pasillos y camarotes, bajado por escalerillas

estrechas y atravesado cabinas no mucho mayores que las literas que albergaban. Sólo el camarote de popa —al parecer el del capitán— se acercaba al tamaño y la comodidad de las instalaciones estándar de la Benarés.

—Sin duda es automática —explicó Kassad. El oficial de FUERZA señaló drizas que desaparecían en ranuras de la cubierta, manipuladores invisibles entre los aparejos y palos, y motores cerca de la vela latina de popa.

—No veo un centro de control —observó Lamia—. Ni siquiera una pantalla o un nexo C —extrajo el comlog y trató de solicitar datos por las

frecuencias estándar de comunicaciones y biomédica. La nave no respondió.

—Estas naves llevaban tripulantes —replicó el cónsul—. Los iniciados del Templo acompañaban a los peregrinos hasta las montañas.

—Bueno, ahora no están aquí —dijo Hoyt—. Pero debemos creer que alguien está vivo en la estación del funicular o en la Fortaleza de Cronos, dado que enviaron la carreta.

—O todos están muertos y la carreta eólica funciona automáticamente —aventuró Lamia. Miró por encima del hombro cuando los aparejos y las lonas crujieron bajo una repentina ráfaga de

viento—. Mierda, resulta extraño quedar tan aislados de todos y de todo. Es como estar ciego y sordo. No sé cómo pueden soportarlo los coloniales.

Martin Silenus se acercó al grupo y se sentó en la borda. Bebió de una larga botella verde y recitó:

¿Dónde está el Poeta? ¡Mostradlo! ¡Mostradlo,
musas mías, para que yo lo conozca!
Es el hombre que ante otro hombre

es un igual, trátese de un rey
o del mendigo más pobre,
o de cualquier otra maravilla
que un hombre pueda ser, de simio a Platón.
Es el hombre que ante un pájaro,
abadejo o águila, halla el camino
hacia sus instintos. Ha oído
el rugido del león y sabe

qué expresa esa garganta lasciva,
y el aullido del tigre
le habla y le acaricia el oído
como la lengua materna.

—¿Dónde consiguió esa botella de vino? —preguntó Kassad.

Silenus sonrió. Los ojillos le brillaban bajo el fulgor del farol.

—La cocina está bien aprovisionada y hay un bar. Lo he declarado abierto.

—Tendríamos que preparar la cena

—comentó el cónsul, aunque en ese momento sólo deseaba un sorbo de vino. Pero habían transcurrido más de diez horas desde la última comida.

Oyeron un crujido y un ronroneo a estribor y los seis se apresuraron a la borda de ese lado. La pasarela había subido. Se volvieron de nuevo cuando se desplegaron las velas, se tensaron las líneas y un volante lanzó un zumbido ultrasónico. Las velas se hincharon, la cubierta escoró, y la carreta eólica se alejó del muelle para internarse en las tinieblas. Los únicos sonidos eran los chasquidos y crujidos de la nave, el rumor distante del volante y los

arañazos de la hierba contra el fondo del casco.

La sombra del cerro quedó atrás y la fogata que habían encendido se redujo a un tenue destello de luz estelar sobre la madera pálida. Pronto tuvieron ante ellos sólo cielo y noche y los oscilantes círculos de luz de los fanales.

—Iré abajo a preparar alguna cosa de comer —dijo el cónsul.

Los demás se quedaron arriba, sintiendo el vaivén y el ronroneo en las plantas de los pies y mirando pasar la oscuridad. El Mar de Hierba sólo era visible donde terminaban las estrellas y comenzaba una indiferenciada

oscuridad. Kassad usó una linterna para iluminar la lona y los aparejos, las líneas tensadas por manos invisibles; y luego revisó hasta el último rincón y recoveco de proa a popa. Los demás observaban en silencio. Cuando Kassad apagó la linterna, la oscuridad parecía menos opresiva y la luz estelar más brillante. La brisa que barría mil kilómetros de hierba les trajo un olor rico y fértil; no un aroma marino, sino a granja en primavera.

El cónsul los llamó y bajaron a comer.

La cocina era estrecha y no había mesa, así que se instalaron en la cabina

grande a popa, improvisando una mesa con tres baúles. Cuatro faroles que colgaban de las bajas vigas iluminaban la habitación. Sopló una brisa cuando Het Masteen abrió una de las altas ventanas que había encima de la cama.

El cónsul descargó los platos con bocadillos en el baúl más grande, volvió a la cocina y regresó con gruesas tazas blancas y un termo de café. Lo sirvió mientras los demás comían.

—Esto está muy bueno —apreció Fedmahn Kassad—. ¿Dónde consiguió la carne?

—La nevera está llena. Y hay otro congelador grande en la despensa de

popa.

—¿Es eléctrica? —preguntó Het Masteen.

—No. Doble aislamiento.

Martin Silenus olió una jarra, encontró un cuchillo en el plato y añadió gran cantidad de rábano a su bocadillo. Le brillaban lágrimas en los ojos.

—¿Cuánto dura este crucero? —preguntó Lamia al cónsul.

El apartó la mirada del círculo de café negro en la taza.

—Perdón, ¿qué dijo usted?

—Cuánto se tarda en cruzar el Mar de Hierba.

—Una noche y medio día hasta las

montañas —informó el cónsul—. Si los vientos son favorables.

—Y luego..., ¿cuánto para pasar las montañas? —preguntó el padre Hoyt.

—Menos de un día —respondió el cónsul.

—Si el funicular funciona —añadió Kassad.

El cónsul tomó el café caliente e hizo una mueca.

—Tenemos que suponer que funciona. De lo contrario...

—De lo contrario quedaremos aislados a seiscientos kilómetros de las Tumbas de Tiempo, y a mil de las ciudades del sur —replicó el coronel

Kassad, mientras se acercaba a la ventana abierta con los brazos en jarras.

El cónsul meneó la cabeza.

—No —observó—. Los sacerdotes del Templo, o quien se encargue de esta peregrinación, se han cerciorado de que lleguemos hasta aquí. Se asegurarán de que hagamos todo el trayecto.

Brawne Lamia cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¿Para qué...? ¿Para sacrificarnos?

Martin Silenus rió y sacó la botella.

¿Quiénes son los que
acuden al sacrificio?

¿A qué verde altar o misterioso sacerdote

llevas esta tímida ternera,

los sedosos flancos ornados con guirnaldas?

¿Qué aldea de los ríos o el mar

o las montañas, con apacible ciudadela,

aparece despoblada de sus gentes esta pía mañana?

Pequeña aldea, tus calles para siempre

quedarán calladas;

ni un alma regresará jamás
a contar por qué estás desolada.

Brawne Lamia metió la mano en la túnica y extrajo un láser del tamaño del meñique. Lo apuntó a la cabeza del poeta.

—Miserable. Una palabra más y... juro que... lo liquidaré.

Se hizo un repentino silencio, salvo por el ronroneo de la nave. El cónsul se acercó a Martin Silenus. El coronel Kassad avanzó dos pasos detrás de

Lamia.

El poeta bebió un largo sorbo y sonrió a la mujer morena.

—Oh, construid vuestra nave de la muerte —susurró—. ¡Oh, construidla!

Los dedos de Lamia estaban blancos sobre el diminuto láser. El cónsul se acercó más a Silenus, sin saber qué hacer, imaginando que el destellante haz de luz le disolvía los ojos. Kassad se inclinó hacia Lamia como una sombra tensa.

—Lamia —intervino Sol Weintraub desde su litera—, ¿necesito recordarle que hay una niña presente?

Lamia miró a la derecha. Weintraub

había sacado un profundo cajón de un armario y lo había apoyado en la cama a modo de cuna, había bañado a la niña y había entrado en silencio justo antes de que el poeta se pusiera a recitar. Colocó a la niña en aquel nido acolchado.

—Lo siento —murmuró Brawne Lamia, mientras bajaba el láser—. Es que me... me saca de quicio.

Weintraub asintió y empezó a mecer el cajón. El vaivén suave de la carreta, combinado con el rumor incesante del gran volante, parecía haber dormido a la niña.

—Todos estamos cansados y tensos —dijo el erudito—. Quizá deberíamos

buscar un lugar para dormir y acostarnos.

La mujer suspiró y se guardó el arma en el cinturón.

—Yo no dormiré. Las cosas son demasiado... extrañas.

Otros asintieron. Martin Silenus estaba sentado en el ancho borde bajo las ventanas de popa. Estiró las piernas y tomó un sorbo.

—Cuente su historia, viejo —animó a Weintraub.

—Sí, cuéntenos —dijo el padre Hoyt. El sacerdote parecía exhausto y tenía un aire cadavérico, pero los ojos febriles le ardían—. Necesitamos

conocer las historias, y tiempo para reflexionar sobre ellas antes de llegar.

Weintraub se pasó la mano por la calva.

—Es una historia aburrida. Nunca estuve antes en Hyperion. No hay enfrentamientos con monstruos ni actos de heroísmo. Es la historia de un hombre cuya idea de una aventura épica es dar una clase sin llevar sus notas.

—Mejor —manifestó Martin Silenus —. Necesitamos un soporífero.

Sol Weintraub suspiró, se ajustó las gafas y asintió. Tenía estrías oscuras en la barba, pero casi toda era gris. Bajó la luz del farol de la cama y se dirigió a

una silla del centro de la habitación.

El cónsul apagó los otros faroles y sirvió más café. Sol Weintraub habló en voz baja, con frases bien construidas y palabras precisas, y pronto la delicada cadencia de su historia se fundió con el suave susurro y la lenta oscilación de la carreta eólica que avanzaba hacia el norte.

LA NARRACIÓN DEL PROFESOR EL RÍO LETEO SABE AMARGO

Sol Weintraub y su esposa Sarai habían disfrutado de la vida aun antes del nacimiento de su hija; pero Rachel llevó las cosas a la perfección.

Sarai tenía veintisiete años cuando concibió a la niña; Sol había cumplido

veintinueve. Ninguno de los dos había pensado en tratamientos Poulsen porque ninguno de los dos podía permitírselo, pero incluso sin esa ayuda esperaban disfrutar de cincuenta años más de salud.

Ambos habían vivido siempre en Mundo de Barnard, uno de los más antiguos pero menos interesantes miembros de la Hegemonía. Barnard estaba en la Red de Mundos, pero eso carecía de importancia para Sol y Sarai, pues no podían pagar teleyecciones frecuentes y de todos modos no tenían mayor interés en viajar. Poco antes Sol había celebrado su décimo año en el

Colegio Nightenhelser, donde enseñaba historia y estudios clásicos y realizaba investigaciones sobre evolución ética. Nightenhelser era un establecimiento pequeño con menos de tres mil estudiantes, pero gozaba de gran reputación académica y atraía a jóvenes de toda la Red.

La principal queja de esos estudiantes era que Nightenhelser y la vecina comunidad de Crawford constituían una isla de civilización en un mar de maíz. Era cierto; el colegio estaba a tres mil kilómetros de Bussard, la capital, y la tierra terraformada se dedicaba a la agricultura. No había

bosques que talar, ni colinas que trepar, ni montañas que interrumpieran la aburrida monotonía de los campos de maíz, habichuelas, maíz, trigo, maíz, arroz y maíz. El poeta radical Salmud Brevy había enseñado un tiempo en Nightenhelser antes del motín de Glennon-Height, lo habían despedido, y al teleyectarse al Vector Renacimiento había contado a sus amigos que el condado de Crawford de Sinzer Sur, en Mundo de Barnard, constituía el octavo Círculo de la Desolación en el más pequeño hoyuelo del trasero de la Creación.

A Sol y Sarai Weintraub les gustaba.

Crawford, una localidad de veinticinco mil habitantes, parecía la imitación de una ciudad del Medio Oeste norteamericano en el siglo diecinueve. Las calles anchas estaban protegidas por olmos y robles. Mundo de Barnard había sido la segunda colonia terrícola fuera del sistema solar, siglos antes del motor Hawking y la Hégira, y las naves seminales de esa época eran enormes. Los hogares de Crawford reflejaban estilos que iban desde el Victoriano temprano hasta el revival canadiense, pero todos aparecían blancos y aislados en medio de pulcros parques.

El colegio era georgiano, una

construcción de ladrillos rojos y columnas blancas alrededor de un centro oval. Sol tenía su oficina en el tercer piso de Plancher Hall, el edificio más antiguo del campus, y en invierno podía observar las complejas simetrías que creaban las ramas desnudas. A Sol le encantaba el olor a polvo de tiza y madera vieja de aquel lugar —un olor que no había cambiado desde que él era estudiante—, y cada día al subir a la oficina miraba con afecto los gastados surcos de los escalones, un legado de veinte generaciones de estudiantes en Nightenhelser.

Sarai había nacido en una granja

entre Bussard y Crawford y se había doctorado —en teoría musical— un año antes que Sol. Era una joven enérgica y feliz, que compensaba con personalidad lo que le faltaba según los cánones aceptados de belleza física, y en períodos posteriores de su vida conservó esa personalidad atractiva. Sarai había estudiado dos años en la Universidad de Nueva Lyons, en Deneb Drei, pero estando allí echaba de menos su mundo: los atardeceres eran abruptos, las renombradas montañas cortaban la luz del sol como una guadaña dentada. Sarai añoraba los largos ocasos donde la Estrella de Barnard colgaba en el

horizonte como un rojo globo cautivo mientras el cielo se oscurecía. Echaba de menos esa llanura perfecta donde —espiando desde el tercer piso, bajo los abruptos gabletes— una niña podía mirar a través de cincuenta kilómetros de campos una tormenta que se aproximaba como una colgadura negra, iluminada desde dentro por los relámpagos. Y echaba de menos a su familia.

Conoció a Sol una semana después de que la hubieran transferido a Nightenhelser; pasaron tres años más hasta que él le propuso matrimonio y ella aceptó. Al principio ella no veía

nada en aquel estudiante graduado. Ella aún seguía la moda de la Red, practicaba teorías musicales posdestruccionistas, leía Orbit y Nihil y las revistas más vanguardistas de Vector Renacimiento y TC^2; fingía estar cansada de la vida y usaba un vocabulario rebelde. Nada de esto congeniaba con aquel historiador de escasa estatura que le derramó cóctel de frutas sobre el vestido durante la fiesta de homenaje al decano Moore. Las cualidades exóticas que pudieran provenir del legado judío de Sol Weintraub quedaban instantáneamente negadas por su acento de Barnard, su

atuendo típico de Crawford y el hecho de que hubiera ido a la fiesta con un ejemplar de *Soledades diversas* de Detresque distraídamente metido bajo el brazo.

Para Sol fue amor a primera vista. Miró a aquella muchacha risueña y rubicunda, ignoró el lujoso vestido y las afectadas uñas estilo mandarín para apreciar la personalidad que llamaba como una señal al joven solitario. Sol no comprendió que estaba solo hasta que conoció a Sarai, pero después de darle la mano y derramarle la macedonia sobre el vestido comprendió que su vida estaría vacía para siempre si no se

casaba con ella.

Se casaron una semana después de que lo designaran profesor del colegio. Fueron de luna de miel a Alianza-Maui, en la primera teleyección de Sol, y durante tres semanas alquilaron una isla móvil y navegaron entre las maravillas del Archipiélago Ecuatorial. Sol nunca olvidó esos días de sol y viento, y la imagen secreta que siempre amaría más era la de Sarai al salir desnuda del agua por la noche, con las estrellas del Núcleo ardiendo en el cielo mientras su cuerpo reflejaba constelaciones por la fosforescencia de la estela de la isla.

Deseaban tener un hijo enseguida,

pero la naturaleza tardó cinco años en satisfacerlos.

Sol tuvo a Sarai en brazos mientras ella se arqueaba de dolor. Fue un parto difícil, pero al fin Rachel Sarah Weintraub nació a las 2.01 de la mañana en el Centro Médico del Condado de Crawford.

La presencia de un bebé perturbó la recluida vida académica de Sol y la profesión de Sarai, crítica musical para la esfera de datos de Barnard, pero no les importó. Los primeros meses fueron una fusión de fatiga constante y alegría. De noche, entre una comida y otra, Sol entraba de puntillas en la habitación

para mirar al bebé. A menudo encontraba allí a Sarai, y ambos contemplaban, cogidos del brazo, el milagro de una recién nacida durmiendo de bruces, el trasero al aire, la cabeza hundida en la cuna acolchada.

Rachel era una de esas pocas criaturas que lograban ser encantadoras sin volverse tiránicas; al cumplir los dos años estándar su apariencia y personalidad eran asombrosos: cabello castaño claro, mejillas rojas, la ancha sonrisa de la madre, los grandes ojos castaños del padre. Los amigos decían que la niña combinaba lo mejor de la sensibilidad de Sarai con el intelecto de

Sol. Otro amigo, un psicólogo infantil del colegio, comentó una vez que Rachel, a los cinco años, demostraba alentadores indicios de talento: curiosidad estructurada, empatía hacia los demás, compasión y un gran respeto por las reglas de juego.

Una vez, en su oficina, mientras estudiaba antiguos archivos de Vieja Tierra y leía algo sobre el efecto de Beatriz en la visión del mundo de Dante Alighieri, Sol se topó con un pasaje escrito por un crítico del siglo veinte o veintiuno:

> ...Sólo ella [Beatriz] era real para él y daba sentido al mundo y la belleza.
>
> La naturaleza de ella se transformó en un hito para Dante; lo que Melville llamaría, con mayor sobriedad de la que ahora podemos invocar, su Meridiano de Greenwich...

Sol buscó la definición de Meridiano de Greenwich y continuó

leyendo. El crítico había añadido una nota personal:

> La mayoría de nosotros, espero, han tenido un hijo o cónyuge o amigo como Beatriz, alguien que por su propia naturaleza, su bondad e inteligencia, aparentemente innatos, nos vuelve incómodamente conscientes de nuestros engaños cuando

mentimos.

Sol apagó la pantalla y miró las negras geometrías de las ramas en el campus.

Rachel no era insufriblemente perfecta. A los cinco años estándar, cortó el pelo de sus cinco muñecas favoritas y luego se cortó el suyo. A los siete años, decidió que los peones emigrantes que se alojaban en sus decrépitas casas del sur de la ciudad carecían de una dieta nutritiva, así que vació las despensas, neveras, congeladores y bancos sintetizadores de

la casa, persuadió a tres amigas para que la acompañaran y distribuyó varios cientos de marcos del presupuesto alimentario familiar.

A los diez años, Rachel respondió a un desafío de Rechoncho Berkowitz y trató de trepar a la copa del olmo más viejo de Crawford. Estaba a cuarenta metros de altura, a menos de cinco metros de la cúspide, cuando una rama se partió y ella se cayó, aunque sin llegar al suelo. Llamaron a Sol por el comlog mientras éste comentaba las implicaciones morales de la primera era de desarme nuclear de la Tierra. Él abandonó la clase sin decir palabra y

corrió doce calles hasta el Centro Médico.

Rachel se había roto la pierna izquierda y dos costillas, tenía una perforación de pulmón y una fractura de mandíbula. Flotaba en un baño de líquido de nutrición cuando Sol llegó, pero Rachel logró mirar por encima del hombro de la madre, sonreír y decir, a pesar del alambre que le habían puesto en la mandíbula:

—Papá, estaba a cinco metros. Tal vez más cerca. La próxima vez llegaré.

Rachel se graduó con honores en la escuela secundaria y recibió ofertas de becas de academias empresariales de

cinco mundos y tres universidades, entre ellas Harvard de Nueva Tierra. Escogió Nightenhelser.

Sol no se sorprendió de que su hija eligiera arqueología. Uno de sus recuerdos más entrañables eran las largas tardes que ella había pasado bajo el porche del frente cuando tenía dos años, cavando en el barro, ignorando las arañas y milpiés, entrando en la casa para mostrar cada placa de plástico y pfennig gastado que había exhumado, tras lo cual preguntaba de dónde venía y cómo era la gente que lo había dejado allí.

Rachel recibió su diploma a los

diecinueve años estándar, trabajó ese verano en la granja de la abuela, y al siguiente otoño se marchó. Estuvo en la Universidad Reichs de Freeholm veintiocho meses locales, y cuando regresó devolvió el color al mundo de Sol y Sarai.

Durante dos semanas, su hija —una persona adulta y excepcionalmente dueña de sí misma— gozó de su permanencia en el hogar. Una noche, mientras caminaban por el campo después del atardecer, pidió al padre detalles sobre su ascendencia.

—Papá, ¿te consideras judío?

Sol se pasó la mano por el pelo ralo,

sorprendido por la pregunta.

—¿Judío? Sí, supongo que sí. Aunque ya no significa lo mismo que en otros tiempos.

—¿Yo soy judía? —preguntó Rachel. Las mejillas le relucían bajo la luz frágil.

—Si quieres serlo —contestó Sol—. No significa lo mismo después de la desaparición de Vieja Tierra.

—Si hubiera sido varón, ¿me habrías hecho circuncidar?

Sol rió con deleite y cierta vergüenza.

—Hablo en serio —insistió Rachel.

Sol se ajustó las gafas.

—Supongo que sí, hija. Nunca se me ocurrió pensar en ello.

—¿Has estado en la sinagoga de Bussard?

—Sólo en mi *barmitzvah* —dijo Sol y evocó el día, cincuenta años atrás, cuando su padre pidió el Vikken del tío Richard y voló a la capital con la familia para el ritual.

—Papá, ¿por qué los judíos creen que las cosas son menos importantes ahora que antes de la Hégira?

Sol extendió las manos..., manos fuertes, más de picapedrero que de académico.

—Buena pregunta, Rachel. Quizá

porque gran parte del sueño ha muerto. Israel ha desaparecido. El Nuevo Templo duró menos que el primero y el segundo. Dios faltó a Su palabra al destruir la Tierra por segunda vez tal como lo hizo. Y esta Diáspora es... eterna.

—Pero los judíos conservan la identidad étnica y religiosa en algunos sitios —continuó su hija.

—Oh, claro. En Hebrón y en zonas aisladas de la Confluencia hallarás comunidades enteras: jasídicos, ortodoxos, hasmonianos; lo que quieras, pero suelen ser pintorescas, poco vitales..., turísticas.

—¿Como un parque temático?

—Sí.

—¿Puedes llevarme mañana al templo Beth-el? Si quieres pediré prestado el estatorreactor de Khaki.

—No es preciso —dijo Sol—. Usaremos el transbordador universitario —Hizo una pausa—. Sí, me gustará llevarte mañana a la sinagoga.

Oscurecía bajo los olmos. Se encendieron las luces en la ancha calle que los llevaba a casa.

—Papá —murmuró Rachel—, voy a hacerte una pregunta que te he hecho un millón de veces desde los dos años. ¿Crees en Dios?

Sol no sonrió. No tuvo más remedio que darle la respuesta que le había dado un millón de veces.

—Estoy esperando para creer.

El trabajo de posgraduación de Rachel trataba de artefactos alienígenas y anteriores a la Hégira. Durante tres años estándar Sol y Sarai recibieron visitas ocasionales seguidas por mensajes ultralínea de mundos exóticos; cercanos, aunque no incluidos en la Red. Sabían que el trabajo de campo para la tesis la llevaría fuera de la Red, al Afuera donde la deuda temporal devoraba la vida y los recuerdos de los que se quedaban.

—¿Dónde demonios queda Hyperion? —preguntó Sarai durante las últimas vacaciones de Rachel, antes de la partida de la expedición—. Parece la marca de un nuevo producto doméstico.

—Es un magnífico lugar, mamá. Hay más artefactos no humanos que en cualquier otro sitio, excepto Armaghast.

—Entonces ¿por qué no vas a Armaghast? —replicó Sarai—. Está a pocos meses de la Red. ¿Por qué conformarse con lo inferior?

—Hyperion aún no se ha transformado en gran atracción turística —explicó Rachel—, aunque los turistas empiezan a ser un problema. La gente

con dinero ahora está más dispuesta a irse de la Red.

—¿Irás al laberinto o a las llamadas Tumbas de Tiempo? —preguntó Sol con voz repentinamente susurrante.

—Las Tumbas de Tiempo, papá. Trabajaré con el doctor Melio Arúndez y él sabe más que nadie acerca de las Tumbas.

—¿No son peligrosas? —preguntó Sol, tratando de no revelar su miedo.

Rachel sonrió.

—¿Por la leyenda del Alcaudón? No. Hace dos siglos estándar que esa leyenda no molesta a nadie.

—Pero he visto documentos acerca

de los problemas que hubo allí durante la segunda colonización... —empezó Sol.

—También yo, papá. Pero no sabían nada sobre las grandes anguilas de la roca, que bajaban al desierto a cazar. Tal vez perdieron gente por esos bichos y cundió el pánico. Tú sabes cómo nacen las leyendas. Además, los cazadores han extinguido las anguilas.

—Las naves espaciales no aterrizan allí —insistió Sol—. Tienes que navegar para llegar a las Tumbas. O caminar. O lo que sea.

Rachel rió.

—En los primeros días, la gente que

llegaba por aire subestimaba los efectos de los campos antientrópicos y hubo algunos accidentes. Pero ahora hay un servicio de dirigibles. Hay un gran hotel llamado Fortaleza de Cronos en el linde norte de las montañas, donde se alojan cientos de turistas cada año.

—¿Te alojarás allí? —preguntó Sarai.

—Durante un tiempo. Será emocionante, mamá.

—Espero que no demasiado —replicó Sarai, y todos sonrieron.

Durante los cuatro años que Rachel estuvo en tránsito —para ella unas semanas de fuga criogénica—, Sol

descubrió que la echaba de menos mucho más que si su hija hubiera estado fuera de contacto pero en alguna parte de la Red. La idea de que se alejara volando a mayor velocidad que la luz, envuelta en el capullo cuántico artificial del efecto Hawking, le parecía antinatural y siniestra.

Se mantuvieron ocupados. Sarai dejó el oficio de crítica para dedicar más tiempo a las cuestiones ambientales locales, pero para Sol fue uno de los períodos más intensos de su vida. Publicó su segundo y tercer libros, y el segundo, Hitos morales, causó tal conmoción que lo invitaban

constantemente a conferencias y simposios en otros mundos. Acudió a algunos solo, a otros con Sarai; pero aunque ambos disfrutaban de la idea de viajar, la experiencia de enfrentarse a comidas curiosas, gravedades diferentes y luz de soles extraños les desagradó, de manera que Sol decidió pasar más tiempo en casa investigando para su próximo libro y sólo asistir a las conferencias vía holo interactivo desde el colegio.

Cinco años después de la partida de Rachel, Sol tuvo un sueño que le cambió la vida.

Soñó que caminaba por una gran

estructura con columnas altas como pinos, y a través del alto techo una luz roja caía en franjas sólidas. A veces vislumbraba cosas en las sombras de la izquierda o de la derecha: una vez distinguió un par de piernas de piedra que se levantaban como enormes edificios en la oscuridad; en otra ocasión entrevió un escarabajo de cristal girando en lo alto, las entrañas ardiendo con luz fría.

Al fin Sol se detuvo a descansar. A sus espaldas oyó un gran incendio, ciudades y bosques ardiendo; más adelante relucían las luces hacia las cuales enfilaba, dos óvalos de rojo

profundo.

Se estaba enjugando el sudor de la frente cuando una voz inmensa dijo:

> —¡Sol! Toma a Rachel, tu hija única y bien amada, y ve al mundo llamado Hyperion para ofrendarla como víctima ardiente en uno de los lugares de que te hablaré.

En el sueño, Sol respondió: «No

puedes hablar en serio». Siguió caminando en la oscuridad y las esferas rojas relucían como lunas sangrientas sobre una llanura borrosa. Cuando se detuvo a descansar, la voz inmensa repitió:

> —¡Sol! Toma a Rachel, tu hija única y bien amada, y ve al mundo llamado Hyperion para ofrendarla como víctima ardiente en uno de los lugares de que te hablaré.

Sol se encogió de hombros y dijo a la oscuridad: «Ya te oí la primera vez..., la respuesta sigue siendo no».

Sol sabía que estaba soñando, y parte de su mente disfrutaba de la ironía del argumento, pero otra parte sólo deseaba despertar. En cambio, se encontró en un balcón bajo que daba a una sala donde Rachel yacía desnuda sobre un ancho bloque de piedra. La escena estaba bañada por el fulgor de las esferas rojas gemelas. Sol se miró la mano derecha y encontró allí un largo cuchillo curvo. La hoja y el mango parecían de hueso.

La voz, que cada vez se parecía más a la idea que un director de holos baratos debía de tener sobre la voz de Dios, insistió:

—¡Sol! Atiende bien. El futuro de la humanidad depende de tu obediencia. Toma a Rachel, tu hija única y bien amada, y ve al mundo llamado Hyperion para ofrendarla como víctima ardiente en uno de los lugares de que te

hablaré.

Sol, harto del sueño y algo alarmado, arrojó el cuchillo a la oscuridad. Cuando se volvió para encontrar a su hija, la escena se esfumó. Las esferas rojas colgaban más cerca que nunca, y Sol vio que eran gemas facetadas del tamaño de pequeños mundos.

La voz amplificada retumbó de nuevo:

—Has tenido tu

oportunidad, Sol Weintraub. Si cambias de parecer, sabes dónde encontrarme.

Sol despertó riendo, pero también estremecido por el sueño. Le divertía la idea de que todo el Talmud y el Antiguo Testamento no fueran más que un novelón cósmico mal hilvanado.

Para la época en que Sol tenía este sueño, Rachel terminaba su primer año de investigaciones en Hyperion. Los nueve arqueólogos y seis físicos habían encontrado la Fortaleza de Cronos

fascinante, pero atestada de turistas y peregrinos; así que después del primer mes instalaron un campamento permanente entre la ciudad en ruinas y el pequeño cañón donde se extendían las Tumbas de Tiempo.

Mientras medio equipo excavaba en el emplazamiento más reciente de la ciudad inconclusa, dos colegas ayudaban a Rachel a catalogar todos los aspectos de las Tumbas. Los físicos se sentían fascinados por los campos antientrópicos y pusieron banderas de colores para marcar los límites de las mareas de tiempo.

El equipo de Rachel concentró sus

actividades en la estructura llamada la Esfinge, aunque la criatura representada en piedra no era humana ni leonina; tal vez ni siquiera fuera una criatura, aunque las tersas líneas del monolito de piedra sugerían las curvas de un ser vivo y los extensos apéndices evocaban alas. Al contrario de las demás Tumbas, que estaban abiertas y resultaban fáciles de inspeccionar, la Esfinge era una masa de pesados bloques atravesados por pasillos estrechos, algunos de los cuales se reducían hasta resultar intransitables, y mientras que otros se ensanchaban hasta adquirir proporciones de anfiteatro, pero todos conducían de

vuelta a sí mismos. No había criptas, salas del tesoro, sarcófagos saqueados, murales ni pasadizos secretos, sólo un laberinto de insensatos pasillos en la piedra húmeda.

Rachel y su amante, Melio Arúndez, iniciaron un mapa de la Esfinge con un método que se había utilizado durante setecientos años, tras inaugurarse en las pirámides egipcias en el siglo veinte. Tras instalar detectores sensibles a la radiación y los rayos cósmicos en el punto más bajo de la Esfinge, registraron los tiempos de llegada y los patrones de desviación de las partículas que atravesaban la masa de piedra a fin de

buscar salas o pasajes ocultos que no aparecerían ni siquiera en un radar de imagen profunda. Dada la intensa temporada turística y el temor del Consejo Interno de Hyperion de que esa investigación dañara las Tumbas, Rachel y Melio acudían al emplazamiento por las noches y allí caminaban y se arrastraban media hora por el laberinto de pasillos donde habían instalado las lámparas azules. Sentados bajo cientos de miles de toneladas de piedra, observaban los instrumentos hasta la mañana y escuchaban con los auriculares el sonido de las partículas nacidas en el seno de estrellas

moribundas.

Las mareas de tiempo no habían sido un problema con la Esfinge. De todas las Tumbas, parecía la menos protegida por los campos antientrópicos y los físicos habían señalado las horas en que las mareas representaban una amenaza. La marea alta era a las diez, y bajaba sólo veinte minutos después hacia la Tumba de Jade, medio kilómetro al sur. No se permitía que los turistas se acercaran a la Esfinge hasta después de las doce y, para contar con un margen de seguridad, a las nueve ya no tenía que haber nadie. El equipo de físicos había instalado sensores cronotrópicos en diversos

puntos de los senderos y pasadizos que unían las Tumbas, para alertar a los monitores sobre variaciones en las mareas y para prevenir a los visitantes.

Cuando sólo le quedaban tres semanas de su año de investigaciones en Hyperion, Rachel despertó una noche, dejó a su amante dormido y viajó en jeep hasta las Tumbas. Ella y Melio habían decidido que era una estupidez que ambos vigilaran el equipo todas las noches; ahora se alternaban, y uno trabajaba en el emplazamiento mientras el otro ordenaba datos y se preparaba para el proyecto final, un mapa por radar de las dunas que había entre la

Tumba de Jade y el Obelisco.

La noche era fresca y agradable. Una profusión de estrellas se extendía de un horizonte al otro, cuatro o cinco veces más numerosas que las que Rachel había visto en su infancia en el Mundo de Barnard. Las dunas bajas susurraban y caracoleaban bajo la brisa que soplaba de las montañas del sur.

Rachel encontró luces encendidas en el emplazamiento. El equipo de físicos daba por terminada su labor y cargaba el jeep. Charló con ellos, tomó una taza de café mientras se alejaban y luego cogió la mochila y efectuó el viaje de veinticinco minutos hasta el subsuelo de

la Esfinge.

Por centésima vez Rachel se preguntó quién habría construido las Tumbas y con qué propósito. La datación de los materiales había sido inútil debido al efecto del campo antientrópico. El análisis de las Tumbas en relación con la erosión del cañón y otros rasgos geológicos habían sugerido una edad de por lo menos medio millón de años. Se diría que los arquitectos de las Tumbas de Tiempo habían sido humanoides, aunque nada salvo la mera escala de las estructuras lo sugería. Desde luego, los pasadizos de la Esfinge no revelaban gran cosa: algunos eran de

tamaño y forma humanas, pero metros después el mismo corredor se encogía hasta el tamaño de una cloaca y luego se transformaba en algo más amplio e irregular que una caverna natural. Las puertas, si así podían llamarse (pues no conducían a nada en particular), eran triangulares, trapezoidales o decagonales, además de rectangulares.

Rachel se arrastró los últimos metros por un declive pronunciado, empujando la mochila. Las lámparas arrojaban un fulgor azulado y pálido en la piedra y en su piel. Llegó al «sótano», un refugio de artefactos y olores humanos. Varias sillas plegables

llenaban el centro del pequeño espacio, mientras que detectores, osciloscopios y otros aparatos cubrían la reducida mesa que había contra la pared norte. En el muro opuesto había un tablón sobre caballetes, con tazas de café, un juego de ajedrez, una rosquilla mordida, dos libros y un juguete de plástico que representaba un perrito con una falda de hierba.

Rachel se instaló, puso el termo de café junto al juguete y revisó los detectores de rayos cósmicos. Los datos parecían ser los mismos: ni salas ni pasajes ocultos; sólo unos pocos nichos que incluso el radar profundo había

pasado por alto. Por la mañana Melio y Stefan pondrían en funcionamiento una sonda profunda, meterían un filamento de filmación y tomarían una muestra del aire antes de excavar más con un micromanipulador. Hasta el momento, los nichos no habían revelado nada interesante. La broma del campamento era que el siguiente agujero, no mayor que un puño, revelaría sarcófagos en miniatura, urnas ínfimas, una pequeña momia o —como decía Melio— un «diminuto Tutankamón».

Llevada por el hábito, Rachel comprobó los enlaces de comunicación del comlog. Nada. El efecto de cuarenta

metros de piedra. Habían hablado de tender cables telefónicos desde el subsuelo hasta la superficie, pero no habían visto una necesidad urgente y ahora el tiempo se les echaba encima. Rachel ajustó los canales de ingreso del comlog para monitorizar los datos del detector y se preparó para una larga y aburrida noche.

Recordó la maravillosa historia de ese faraón de Vieja Tierra —¿era Keops?— que autorizó su enorme pirámide, convino en que construyeran la cámara fúnebre bajo el centro de la estructura y durante años pasó noches de pánico claustrofóbico, pensando en esas

toneladas de piedra encima de él durante toda la eternidad. Al final ordenó que colocaran la cámara funeraria dos tercios camino arriba de la gran pirámide. Muy heterodoxo.

Rachel comprendía los temores del rey. Esperaba que —dondequiera que estuviese— ahora durmiera mejor.

Rachel se había adormilado cuando, a las dos y cuarto, el comlog gorjeó y los detectores chillaron. Se levantó de un salto. Según los sensores, la Esfinge de pronto tenía doce cámaras nuevas, algunas más grandes que la estructura total.

Rachel pulsó teclas y el aire se

pobló de modelos que cambiaban ante su mirada. La estructura de los pasillos se retorcía sobre sí misma como cintas de Moebius en rotación. Los sensores externos indicaban que la estructura superior se retorcía y curvaba como poliflex en el viento... o como alas.

Rachel supuso que era algún tipo de disfunción múltiple, pero incluso mientras intentaba recalibrar, pedía datos e impresiones al comlog. Luego ocurrieron varias cosas a la vez.

Oyó ruido de pies que se arrastraban en el pasillo de arriba. Todas las pantallas se apagaron al mismo tiempo. En el laberinto de corredores sonó la

alarma contra las mareas de tiempo.

Todas las luces se apagaron.

Aquello no tenía sentido. Los grupos de instrumentos tenían su propia alimentación y habrían seguido encendidos incluso bajo un ataque nuclear. La luz del subsuelo tenía una batería nueva para diez años. Las lámparas azules de los pasillos eran bioluminiscentes y no necesitaban energía.

No obstante, las luces se apagaron. Rachel sacó del bolsillo una linterna láser y la activó. Nada.

Por primera vez en su vida, Rachel Weintraub sintió el terror como una

mano apretándole el corazón. No podía respirar. Durante diez segundos se quedó totalmente quieta, sin escuchar siquiera, tratando de dominar el pánico. Cuando logró respirar sin resuellos, se acercó a tientas a los instrumentos y los tecleó. No respondieron.

Alzó el comlog y tocó el panel. Nada. Era imposible, desde luego, pues el artefacto tenía la invulnerabilidad del estado sólido y gran capacidad en las células. Pero no funcionaba.

Rachel sintió que el pulso le martilleaba pero de nuevo luchó contra el pánico y avanzó a tientas hacia la única salida. La idea de orientarse en el

laberinto en plena oscuridad la aterrorizaba, pero no se le ocurría otra posibilidad.

Un momento. Había luces antiguas en el laberinto de la Esfinge, pero el equipo de investigación había puesto una línea de lámparas. Una línea. Un cable los conectaba todos hasta la superficie.

Bien. Rachel avanzó hacia la salida, palpando la piedra fría. ¿Antes estaba tan fría?

Se oyó el claro sonido de algo afilado arañando el túnel de acceso.

—¿Melio? —llamó Rachel en la oscuridad—. ¿Tanya? ¿Kurt?

Los arañazos sonaban muy cerca. Rachel retrocedió y volcó un instrumento y una silla. Algo le tocó el pelo y ella jadeó, alzó la mano.

El techo estaba más bajo. El sólido bloque de piedra, de cinco metros cuadrados, descendió aún más cuando alzó la otra mano para tocarlo. La abertura del pasillo estaba en medio de la pared. Rachel avanzó hacia ella, agitando las manos como una ciega. Tropezó con una silla, encontró la mesa de instrumentos, la siguió hasta la pared lejana, tanteó el fondo del corredor que desaparecía a medida que el techo bajaba. Retrajo los dedos un segundo

antes de que se los cortara.

Rachel se sentó en la oscuridad. Un osciloscopio raspó el techo hasta que la mesa se quebró y se derrumbó. Rachel movió la cabeza en arcos cortos y desesperados. Se oía un jadeo metálico —casi una respiración— a menos de un metro. Empezó a retroceder, deslizándose por el suelo ahora lleno de equipos rotos. El jadeo se volvió más intenso.

Algo aguzado y frío le cogió la muñeca.

Rachel gritó al fin.

En esa época no había transmisor ultralínea en Hyperion, y la gironave Ciudad de Farraux no tenía capacidad para comunicación ultralumínica, de modo que Sol y Sarai se enteraron del accidente de su hija cuando el consulado de la Hegemonía en Parvati llamó por ultralínea al colegio para informar que Rachel estaba herida, estable pero inconsciente, y que la transferían de Parvati a Vector Renacimiento en una nave-antorcha médica. El viaje duraría poco más de diez días de a bordo, con una deuda temporal de cinco meses. Esos cinco meses supusieron una agonía para Sol y su esposa, y cuando la nave

médica llegó al nexo de teleyección de Renacimiento, habían imaginado lo peor mil veces. Habían pasado ocho años desde que vieran a Rachel por última vez.

El Centro Médico de Da Vinci era una torre flotante sostenida por energía de transmisión directa. La vista sobre el Mar de Como era espectacular, pero Sol y Sarai no tuvieron tiempo para disfrutarla mientras iban de un nivel al otro buscando a su hija. La doctora Singh y Melio Arúndez se encontraron con ellos en la unidad de terapia intensiva.

Las presentaciones fueron

apresuradas.

—¿Y Rachel? —preguntó Sarai.

—Dormida —informó la doctora Singh, una mujer alta y aristocrática de ojos amables—. Por lo que sabemos, Rachel no ha sufrido ninguna lesión física. Pero ha estado inconsciente diecisiete semanas estándar de su propio tiempo. Sólo en los últimos diez días las ondas cerebrales han indicado sueño profundo en vez de coma.

—No lo entiendo —dijo Sol—. ¿Hubo un accidente? ¿Una contusión?

—Algo ocurrió, pero no sabemos qué —suspiró Melio Arúndez—. Rachel estaba en uno de los artefactos, sola. Ni

su comlog ni los demás instrumentos registraron nada inusitado. Pero hubo una conmoción en un fenómeno local conocido como campos antientrópicos...

—Las mareas de tiempo —atajó Sol —. Ya lo sabemos. ¿Qué más?

Arúndez asintió y abrió las manos como si modelara el aire.

—Hubo una... conmoción... algo más parecido a un tsunami que a una marea común..., una ola gigante... La Esfinge..,, el artefacto donde estaba Rachel..., quedó inundado totalmente. Es decir, no hubo lesiones físicas pero Rachel estaba inconsciente cuando la hallamos... —se volvió hacia la doctora en busca de

ayuda.

—Su hija ha estado en coma —explicó la doctora Singh—. No era posible ponerla en fuga criogénica en esa condición...

—¿Efectuó el salto cuántico sin fuga? —preguntó Sol. Había leído acerca de los daños psicológicos sufridos por los viajeros que habían experimentado el efecto Hawking directamente.

—No, no —lo tranquilizó Singh—. Estaba inconsciente de tal manera, que quedaba tan protegida como en el estado de fuga.

—¿Está herida? —preguntó Sarai.

—No lo sabemos —reconoció Singh—. Todos los signos vitales han vuelto casi a la normalidad. La actividad de las ondas cerebrales se aproxima a un estado consciente. El problema es que su cuerpo parece haber absorbido... es decir, el campo antientrópico parece haberla contaminado.

Sol se frotó la frente.

—¿Como una radiación?

La doctora Singh titubeó.

—No exactamente. Este caso no tiene antecedentes. Los especialistas en enfermedades de envejecimiento llegarán esta tarde de Centro Tau Ceti, Lusus y Metaxas.

Sol miró fijamente a la mujer.

—Doctora, ¿me está diciendo que Rachel contrajo en Hyperion una enfermedad que la envejece? —Hizo una pausa para recordar—. ¿Algo como el síndrome de Matusalén o el mal de Alzheimer?

—No —declaró Singh—. La enfermedad de su hija no tiene nombre. Los médicos de aquí la llaman mal de Merlín. Es decir, su hija envejece al ritmo normal... pero, por lo que vemos, envejece en sentido inverso.

Sarai se apartó del grupo mirando a la doctora como si estuviera loca.

—Quiero ver a mi hija —dijo en voz

baja pero firme—. Quiero verla ahora.

Rachel despertó menos de cuarenta horas después de la llegada de Sol y Sarai. Minutos después estaba sentada en la cama, hablando mientras los médicos y técnicos realizaban sus tareas.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué hacéis aquí? —Sin dar tiempo a una respuesta, miró en torno y parpadeó—. Un momento, ¿dónde es aquí? ¿Estamos en Keats?

La madre le cogió la mano.

—Estamos en un hospital de Da Vinci, querida. En Vector Renacimiento.

Rachel abrió los ojos casi cómicamente.

—Renacimiento. ¿Estamos en la Red? —Miró alrededor desconcertada.

—Rachel, ¿qué es lo último que recuerdas? —preguntó la doctora Singh.

La joven la miró sin entender.

—Lo último que... Dormirme junto a Melio después de... —Miró a los padres y se tocó las mejillas con las yemas de los dedos—. ¿Melio? ¿Los demás? ¿Están...?

—Todos los miembros de la expedición están bien —la tranquilizó la doctora Singh—. Tú sufriste un ligero accidente. Han transcurrido diecisiete semanas. Estás de vuelta en la Red. A salvo. Todos tus compañeros están bien.

—Diecisiete semanas... —Rachel palideció.

Sol le cogió la mano.

—¿Cómo te encuentras, hija? —Ella le apretó la mano, pero sin fuerzas.

—No lo sé, papá —atinó a decir—. Cansada. Mareada. Confundida.

Sarai se sentó en la cama y la abrazó.

—Está bien, hija. Todo irá bien.

Melio entró en la habitación sin afeitar, el pelo desaliñado, pues había dormido en el pasillo.

—¿Rachel?

Rachel lo miró, abrazada a la madre.

—Hola —murmuró tímidamente—.

He vuelto.

Sol sostenía que la medicina no había cambiado gran cosa desde los tiempos de las sangrías y las cataplasmas; ahora los médicos hacían girar a la gente en centrifugadoras, realineaban el campo magnético del cuerpo, bombardeaban a la víctima con ondas sónicas, investigaban el ARN de las células... y luego admitían su ignorancia sin manifestarlo directamente. Lo único que había cambiado realmente era que las facturas eran más caras.

Estaba durmiendo en una silla cuando la voz de Rachel lo despertó.

—¿Papá?

Sol se irguió, le cogió la mano.

—Aquí estoy, hija.

—¿Dónde estoy, papá? ¿Qué sucedió?

—Estás en un hospital de Renacimiento. Hubo un accidente en Hyperion. Ahora estás bien, excepto que te ha afectado un poco la memoria.

Rachel le aferró la mano.

—¿Un hospital? ¿En la Red? ¿Cómo llegué? ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Cinco semanas —susurró Sol—. ¿Qué es lo último que recuerdas,

Rachel?

Ella se recostó en la almohada y se tocó la frente, palpándose los pequeños sensores.

—Melio y yo habíamos estado en la reunión. Hablamos con el equipo acerca de la instalación del equipo de búsqueda en la Esfinge. Oh, papá..., no te expliqué quién es Melio... Él es...

—Sí —la interrumpió Sol y dio a Rachel su comlog—. Ten, hija. Escucha esto.

Se marchó de la habitación. Rachel tocó el panel y parpadeó al oír su propia voz.

«Bien, Rachel, acabas de despertar.

Estás confundida. No sabes cómo has llegado aquí. Algo te ocurrió. Escucha.

»Estoy grabando esto el día doce del mes diez, año 457 de la Hégira, 2739 de la era cristiana según el calendario antiguo. Sí, sé que es medio año estándar desde lo último que recuerdas. Escucha.

»Algo sucedió en la Esfinge. Quedaste atrapada en la marea de tiempo. Te cambió. Estás envejeciendo hacia atrás, aunque esto suene ridículo. Tu cuerpo es más joven cada minuto, aunque por ahora eso no importa. Cuando duermes... cuando dormimos... olvidas. Pierdes otro día de tus

recuerdos anteriores al accidente, y olvidas todo a partir de entonces. No me preguntes por qué. Los médicos lo ignoran. Si quieres una analogía, piensa en uno de esos virus que antaño afectaban a los ordenadores. El virus devora los datos de tu comlog... hacia atrás a partir de la última anotación.

»No saben por qué la pérdida de memoria se produce cuando duermes. Trataron de mantenerte despierta, pero al cabo de treinta horas te vuelves catatónica durante un rato y el virus actúa igualmente. Qué diablos.

»¿Sabes una cosa? Hablar sobre mí en tercera persona es terapéutico.

Espero aquí a que me lleven arriba para hacerme análisis y sé que me dormiré cuando regrese, sé que lo olvidaré todo y me da escalofríos.

»Bien, sintoniza la placa a corto plazo y tendrás un discurso preparado que te pondrá al corriente de todo lo ocurrido desde el accidente. Mamá y papá están aquí y conocen a Melio. Pero yo no sé tanto como sabía. ¿Cuándo hice el amor por primera vez con él? ¿El segundo mes en Hyperion? Entonces nos quedan sólo unas semanas, Rachel, y luego seremos sólo conocidos. Disfruta de los recuerdos mientras puedas.

»Ésta es la Rachel de ayer. Corto y

fuera.»

Sol entró y encontró a la hija sentada en la cama, aferrada al comlog, la cara pálida y aterrada.

—Papá...

Se sentó junto a ella y la dejó llorar. Era la vigésima noche consecutiva.

Ocho semanas después de que Rachel llegara a Renacimiento, Sol y Sarai se despidieron de ella y Melio en el multipuerto de teleyección de Da Vinci y viajaron al Mundo de Barnard.

—Creo que no tendría que haber salido del hospital —murmuró Sarai

mientras tomaban el trasbordador nocturno a Crawford. El continente era una cuadrícula de parcelas cultivadas allá abajo.

—Mamá —dijo Sol mientras le acariciaba la rodilla—, los médicos la habrían retenido allí para siempre, pero por pura curiosidad. Han hecho cuanto estaba en sus manos para ayudarla: nada. Tiene que vivir su vida.

—¿Pero por qué irse con él? Apenas lo conoce.

Sol suspiró y se apoyó en los almohadones del asiento.

—Dentro de dos semanas ni lo recordará. No como ahora, al menos.

Míralo desde la posición de ella, mamá. Luchar cada día para reorientarse en un mundo dislocado. Tiene veinticinco años y está enamorada. Déjala ser feliz.

Sarai volvió la cara hacia la ventanilla.

Miraron en silencio el sol rojo que colgaba como un globo cautivo en el linde de la noche.

A mediados del segundo semestre, Rachel llamó. Era un mensaje unidireccional vía cable teleyector desde Freeholm y la imagen colgó en el centro del holofoso como un fantasma familiar.

—Hola, mamá. Hola, papá.

Perdonad por no haber escrito ni llamado en las últimas semanas. Supongo que ya sabéis que he dejado la universidad. También he dejado a Melio. Fue una estupidez tratar de emprender nuevos estudios. El martes olvidaba lo que decían el lunes. Incluso con discos y el comlog era una batalla perdida.

»Quizá vuelva a matricularme en el programa de subgraduados... ¡Lo recuerdo todo! Es una broma, desde luego.

»Lo de Melio también fue difícil. Eso me dicen mis notas. No fue culpa suya, estoy segura. Se mostró

bondadoso, paciente y cariñoso hasta el final. Es sólo que..., bien, no se puede iniciar una relación desde cero todos los días. Nuestro apartamento estaba lleno de fotos nuestras, notas que me escribí a mí misma acerca de nosotros, holos nuestros en Hyperion, pero... Por la mañana él era un completo extraño. Por la tarde yo empezaba a creer en lo nuestro, aunque no pudiera recordarlo. Por la noche lloraba en sus brazos... luego, tarde o temprano, me dormía. Es mejor así.

La imagen de Rachel hizo una pausa, se volvió como si fuera a interrumpir el contacto y luego se estabilizó y sonrió.

—Lo cierto es que he dejado la universidad. El centro médico de Freeholm me quiere allí, pero tendrán que hacer cola... Tengo una oferta del Instituto de Investigaciones Tau Ceti que es difícil de rechazar. Ofrecen algo que llaman «honorarios de investigación»... Es más de lo que pagamos por cuatro años en Nightenhelser y Reichs.

»La he rechazado. Voy como paciente externa, pero los trasplantes de ARN me dejan con magulladuras y depresión. Claro, tal vez esté deprimida porque por la mañana no recuerdo de dónde vienen las magulladuras, ja, ja.

»De un modo u otro, me quedaré un

tiempo con Tanya y quizá regrese a casa. El mes segundo cumplo años... de nuevo tendré veintidós. Extraño, ¿eh?

»De todos modos, resulta más cómodo estar con gente que conozco, y conocí a Tanya después de mi traslado aquí a los veintidós años... Supongo que lo comprenderéis.

»¿ Está mi habitación todavía allí, mamá, o la transformaste en sala de mah-jongg como siempre amenazabas? Escribe o llámame. La próxima vez ahorraré dinero para una llamada bidireccional, para que podamos hablar de verdad. Yo sólo... pensaba...

Rachel agitó la mano.

—Tengo que irme. Hasta luego, cocodrilos. Os quiero a los dos.

Sol voló a Bussard la semana antes del cumpleaños de Rachel para recogerla en el único términex de teleyección pública de Barnard. Él la vio primero, de pie con el equipaje junto al reloj floral. Parecía joven, pero no mucho más joven que cuando se habían despedido en Vector Renacimiento. No, parecía menos segura. Movió la cabeza para alejar esos pensamientos, la llamó y corrió a abrazarla.

Ella se mostraba tan alarmada cuando se separaron que Sol no pudo pasarlo por alto.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay de malo?

Fue una de las pocas veces en que su hija no encontró las palabras.

—Yo... tú... lo olvidé —tartamudeó. Meneó la cabeza llorando y riendo al mismo tiempo—. Tienes un aspecto un poco diferente, papá. Recuerdo haberme ido de aquí como si fuera ayer. Literalmente. Cuando te vi... el pelo... —Rachel se tapó la boca.

Sol se acarició la calva.

—Ah sí —dijo él también, riendo y llorando—. Con tu escuela y tus viajes, han pasado más de once años. Estoy viejo y calvo —abrió de nuevo los brazos—. Bienvenida, pequeña.

Rachel entró en el círculo protector de su abrazo.

Durante varios meses, las cosas anduvieron bien. Rachel se sentía más segura en un entorno familiar y para Sarai la desgarradora situación fue compensada temporalmente por el placer de tener a su hija en casa. Rachel se levantaba temprano y miraba su «programa de orientación», que contenía imágenes de Sol y Sarai doce años mayores de lo que ella recordaba. Sol trató de imaginar cómo sería para Rachel: despertar en su cama, la memoria fresca, veintidós años, de vacaciones antes de ir a estudiar a otra

parte, sólo para encontrar a sus padres repentinamente envejecidos, cien pequeños cambios en la casa y la ciudad, otras noticias, años de historia perdidos.

Sol no podía imaginarlo.

El primer error fue acceder al deseo de Rachel e invitar viejos amigos a su fiesta de cumpleaños: eran los mismos que habían celebrado los primeros veintidós: el incontenible Niki, Don Stewart y su amigo Howard, Kathi Obed y Marta Tyn, su mejor amiga Linna McKyler, todos recién salidos de la universidad, desprendiéndose del capullo de la infancia para iniciar una

nueva vida.

Rachel los había visto a todos desde su regreso, pero había dormido y olvidado. En esta ocasión Sol y Sarai no recordaron que ella había olvidado.

Niki tenía treinta y cuatro años estándar y dos hijos: aún era enérgico e incontenible, pero viejo según las pautas de Rachel. Don y Howard hablaban de sus inversiones, los logros deportivos de sus hijos y las próximas vacaciones. Kathi estaba confundida y conversó sólo dos veces con Rachel, como si hablase con una impostora. Marta envidiaba abiertamente la juventud de Rachel. Linna, quien se había vuelto una

ferviente gnóstica Zen en los últimos años, lloró y se marchó pronto.

Cuando todos se marcharon, Rachel se quedó mirando el salón desordenado y el pastel a medio comer. No lloró. Antes de subir abrazó a la madre y le susurró al padre:

—Papá, por favor no me permitas hacer de nuevo algo así.

Luego subió para dormir.

Era primavera cuando Sol volvió a tener el sueño. Estaba perdido en un sitio grande y oscuro, iluminado sólo por dos esferas rojas. No le resultó absurdo que esa voz inexpresiva dijera:

> —Sol. Toma a Rachel, tu única hija y bien amada, y ve al mundo llamado Hyperion para ofrendarla como víctima ardiente en uno de los lugares que te hablaré.

—¡Ya la tienes, hijo de perra! —gritó Sol a la oscuridad—. ¿Qué debo hacer yo para recuperarla? ¡Dímelo, maldito seas!

Sol Weintraub despertó sudando, con lágrimas en los ojos y angustia en el

corazón. En la otra habitación su hija dormía mientras el gran virus la devoraba.

En los siguientes meses, Sol buscó obsesivamente información referente a Hyperion, las Tumbas de Tiempo y el Alcaudón. Como profesional de la investigación, se asombró de que hubiera pocos datos sólidos acerca de un tema tan interesante. Estaba la Iglesia del Alcaudón, desde luego, y aunque no había templos en Mundo de Barnard, sí los había en la Red. Pero pronto descubrió que buscar datos sólidos en la

literatura del culto del Alcaudón era como tratar de estudiar la geografía de Sarnath visitando un monasterio budista. El dogma de la Iglesia del Alcaudón mencionaba el tiempo, pero sólo en el sentido de que el Alcaudón era presuntamente «el Ángel de la Represalia de Allende el Tiempo», que el tiempo verdadero había terminado para la especie humana cuando Vieja Tierra murió y que los cuatro siglos transcurridos desde entonces eran «tiempo falso». Sol encontró en esos tratados la habitual combinación de ambigüedades y prédicas comunes a la mayoría de las religiones. Aun así,

planeaba visitar un templo de la Iglesia del Alcaudón en cuanto hubiera efectuado investigaciones más profundas.

Melio Arúndez organizó otra expedición a Hyperion, también patrocinada por la Universidad Reichs, esta vez con el propósito declarado de aislar y comprender el fenómeno de las mareas que habían infligido el mal de Merlín a Rachel. Un acontecimiento importante era la decisión del Protectorado de la Hegemonía de enviar en esa expedición un teleyector para instalarlo en el consulado de la Hegemonía en Keats. Sin embargo, la

expedición tardaría más de tres años de tiempo de la Red en llegar a Hyperion. El primer impulso de Sol fue ir con Arúndez y su equipo: en cualquier holodrama, los protagonistas habrían regresado a la escena de la acción. Pero Sol pronto dominó ese impulso. Era historiador y filósofo; su contribución al éxito de la expedición, en el mejor de los casos, sería mínima. Rachel aún conservaba el interés y la aptitud de una futura arqueóloga, pero estas características menguaban día a día y Sol no veía ningún beneficio en que regresara al escenario del accidente. Cada día sufriría el trauma de despertar

en un mundo extraño, en una misión que requería aptitudes de las que ella carecía cada vez más. Sarai no consentiría semejante cosa.

Sol dejó el libro en que estaba trabajando —un análisis de las teorías éticas de Kierkegaard en cuanto moralidad conciliatoria aplicado a la maquinaria legal de la Hegemonía— y se dedicó a juntar antiguos datos acerca del tiempo, Hyperion y la historia de Abraham.

Los meses dedicados a las tareas habituales y la compilación de datos apenas satisficieron su necesidad de acción. En ocasiones descargaba su

frustración en los especialistas médicos y científicos que iban a examinar a Rachel como peregrinos ante un altar sagrado.

—¡Cómo demonios puede ocurrir esto! —le gritó a un experto que cometió el error de tratarlo con paternalismo. El doctor tenía una cabeza tan calva que parecía una bola de billar con la cara hecha de líneas pintadas—. ¡Se está volviendo más pequeña! No se ve, pero la masa ósea disminuye. ¿Cómo es posible que vuelva a la infancia de nuevo? ¿Cómo diablos concuerda eso con la ley de conservación de la masa?

El intimidado experto abrió la boca,

pero estaba demasiado agitado para hablar. Un colega barbudo respondió por él.

—Señor Weintraub, tiene que entender que su hija actualmente habita en... eh... piense en ello como una región localizada de entropía invertida.

Sol se volvió hacia el otro hombre.

—¿Me está diciendo que está atascada en una burbuja de retroceso?

—Eh... no —replicó el colega, mientras se masajeaba nerviosamente la barbilla—. Sería más acertado decir que... al menos biológicamente... el mecanismo vital y metabólico ha sido invertido... eh...

—Tonterías —masculló Sol—. Ella no excreta para nutrirse ni regurgita la comida. ¿Qué me dice de la actividad neurológica? Si usted invierte los impulsos electroquímicos, queda un disparate. El cerebro funciona, caballeros... Lo que se está borrando es la memoria. ¿Por qué, caballeros? ¿Por qué?

El experto al fin logró hablar.

—Lo ignoramos, Weintraub. Matemáticamente, el cuerpo de su hija semeja una ecuación de tiempo invertida... o tal vez un objeto que ha pasado por un agujero negro que rota deprisa. No sabemos cómo ha sucedido

ni por qué lo físicamente imposible está ocurriendo en este caso, señor Weintraub. No sabemos lo suficiente.

Sol estrechó la mano de ambos hombres.

—Es cuanto quería saber, caballeros. Feliz viaje de regreso.

Al cumplir veintiún años, Rachel fue al cuarto de Sol una hora después que todos se hubieran acostado.

—¿Papá?

—¿Qué pasa, pequeña? —Sol se puso la bata y salió al pasillo—. ¿No puedes dormir?

—Hace dos días que no duermo —susurró ella—. Me he quedado despierta

para examinar todo el material de instrucción que dejé en el archivo «¿Quieres saber?».

Sol asintió.

—Papá, ¿vendrás abajo a tomar una copa conmigo? Quiero hablar de algunas cosas.

Sol cogió las gafas y se reunió con ella abajo.

Resultó ser la primera y única vez que Sol se emborrachó con su hija. No fue una borrachera escandalosa. Hablaron, contaron chistes, hicieron juegos de palabras, se desternillaron de risa. Rachel empezó a contar un cuento, bebió en la parte más graciosa y de tanto

reír escupió whisky por la nariz. Todo les parecía gracioso.

—Traeré otra botella —propuso Sol cuando dejó de lloriquear—. El decano Moore me dio una botella de escocés la Navidad pasada... creo.

Cuando él regresó, caminando con cuidado, Rachel se había erguido en el diván y se peinaba el cabello con los dedos. Sol le sirvió una pequeña medida y ambos bebieron un rato en silencio.

—¿Papá?

—Dime.

—Lo he revisado. Me he visto a mí misma, me he escuchado a mí misma, he visto los holos de Linna y los demás,

todos maduros...

—¿Maduros? Linna cumplirá treinta y cinco el mes que viene...

—Bien, mayores, ya me entiendes. De todos modos, he leído los informes médicos, he visto las fotos de Hyperion... ¿y sabes una cosa?

—¿Qué?é?

—No creo nada de esto, papá.

Sol dejó la bebida y miró a su hija. Ella tenía la cara más redonda que antes, menos enérgica y aún más hermosa.

—Es decir, lo creo —rectificó con una risa de temor—. No es como si tú y mamá hubierais inventado una broma cruel. Además está tu... tu edad... y las

noticias y todo lo demás. Sé que es real, pero no lo creo. ¿Me entiendes, papá?

—Sí.

—Esta mañana me levanté y pensé: «Sensacional, mañana el examen de paleontología y no he estudiado». Ansiaba dar un par de lecciones a Roger Sherman... Se cree tan listo.

Sol bebió un sorbo.

—Roger murió hace tres años en un accidente aéreo al sur de Bussard —explicó. No habría hablado de no estar bebido, pero tenía que averiguar si había una Rachel oculta dentro de Rachel.

—Lo sé —suspiró Rachel y apoyó el

mentón en las rodillas—. He buscado datos acerca de todos mis conocidos. La abuela ha muerto. El profesor Eikhardt ya no enseña. Niki se casó con un... vendedor. Pasan muchas cosas en cuatro años.

—Más de once años —precisó Sol —. El viaje de ida y vuelta a Hyperion te rezagó seis años respecto a los que nos quedamos.

—Pero eso es normal —exclamó Rachel—. La gente viaja constantemente fuera de la Red. Se las arreglan.

Sol asintió.

—Pero esto es distinto, pequeña.

Rachel atinó a sonreír y terminó el

whisky.

—Vaya si lo es —dejó el vaso con un ruido brusco y contundente—. Mira, he tomado una decisión. He pasado dos días y medio revisando todo el material que ella... yo... preparé para enterarme de lo que ocurrió, de lo que sucede... y no sirve de nada.

Sol contuvo la respiración.

—Es decir —prosiguió Rachel—, sé que estoy rejuveneciendo cada día, perdiendo el recuerdo de gente que aún no he conocido... ¿Qué vendrá después? ¿Empezaré a rejuvenecer y empequeñecerme y perder aptitudes hasta desaparecer? Cielos, papá —

Rachel se abrazó las rodillas—. Tiene parte de gracia, ¿verdad?

—No —replicó Sol en voz baja.

—No, sin duda no es gracioso —admitió Rachel. Tenía húmedos los ojos grandes y oscuros—. Debe de ser la peor pesadilla para ti y para mamá. Cada día tenéis que verme bajar la escalera, confusa, despertando con los recuerdos de ayer pero oyendo que mi propia voz me dice que ayer sucedió hace años. Que estuve enamorada de un sujeto llamado Amelio...

—Melio —susurró Sol.

—Lo que sea. No sirve de nada, papá. Cuando empiezo a absorberlo,

estoy tan agotada que tengo que dormir. Entonces... bien, tú sabes qué pasa entonces.

—¿Qué...? —dijo Sol, y tuvo que aclararse la garganta—. ¿Qué quieres que hagamos, pequeña?

Rachel lo miró a los ojos y sonrió. Era la misma sonrisa que le había obsequiado desde su quinta semana de vida.

—No me lo cuentes, papá —decidió con firmeza—. No me cuentes nada. Sólo me causa dolor. Es decir, yo no he vivido todo eso... —Hizo una pausa y se tocó la frente—. Sabes a qué me refiero, papá. La Rachel que viajó a otro planeta

y se enamoró y fue herida... ¡era otra Rachel! Yo no tengo por qué sufrir su dolor —ahora estaba llorando—. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Sol, abrazándola—. Entiendo.

El año siguiente llegaron frecuentes mensajes ultralínea de Hyperion, pero eran todos negativos. No se había descubierto la índole ni la fuente de los campos antientrópicos. No se había medido ninguna actividad inusitada en las mareas de tiempo que rodeaban la Esfinge. Los experimentos con animales de laboratorio en las regiones de mareas habían provocado la muerte repentina de

algunos animales, pero no se había reproducido el mal de Merlín. Melio terminaba cada mensaje con un «Mi amor para Rachel».

Sol y Sarai usaron dinero prestado por la Universidad Reichs para recibir tratamientos Poulsen limitados en Bussard. Ya eran demasiado viejos para el proceso de extender sus vidas otro siglo, pero cobraron la apariencia de una pareja de cincuenta años y no de setenta. Estudiaron viejas fotos familiares y descubrieron que no resultaba demasiado difícil vestir como una década y media antes.

Rachel, con dieciséis años, bajó la

escalera con el comlog sintonizado en la emisora de la universidad.

—¿Puedo comer arroz tostado?

—¿No lo haces todas las mañanas? —sonrió Sarai.

—Sí. Pero pensé que se había terminado. He oído el teléfono. ¿Era Niki?

—No —respondió Sol.

—Condenada —maldijo Rachel y los miró a ambos—. Lo siento. Pero ella prometió que llamaría en cuanto llegaran las notas. Tres semanas desde las clases. Ya debería tener noticias.

—No te preocupes —la tranquilizó Sarai. Llevó la cafetera a la mesa; le iba

a servir café a Rachel pero se lo sirvió para ella—. No te preocupes, querida. Prometo que tus calificaciones serán tan buenas que podrás elegir cualquier universidad.

—Mamá —suspiró Rachel—. No lo sabes. Es un mundo cruel —frunció el ceño— ¿Has visto mi ansible de matemáticas? Mi habitación era un desquicio. No encontraba nada.

Sol carraspeó.

—Hoy no irás a clase, pequeña.

Rachel lo miró sorprendida.

—¿No? ¿Un martes? ¿A seis semanas de la graduación? ¿Qué pasa?

—Has estado enferma —explicó con

firmeza—. Puedes quedarte un día en casa. Sólo hoy.

Rachel frunció el ceño.

—¿Enferma? No me siento enferma. Sólo un poco rara. Como si las cosas no estuvieran... en su sitio. ¿Por qué habéis cambiado el sofá de sitio? ¿Y dónde está Chips? Lo llamé pero no vino.

Sol le tocó la mano.

—Has estado enferma —repitió—. El médico dijo que podías despertar con algunas lagunas. Hablemos mientras caminamos hacia el campus. ¿Quieres?

A Rachel se le iluminó la cara.

—¿Faltar a clase e ir a la universidad? Claro —fingió un aire de

consternación—. Mientras no tropecemos con Roger Sherman. Está estudiando cálculo allí, y es insufrible.

—No veremos a Roger —aseguró Sol—. ¿Estás preparada?

—Casi —Rachel abrazó afectuosamente a su madre—. Hasta luego, cocodrilo.

—Nos vemos, caimán —se despidió Sarai.

—Bien —sonrió Rachel, sacudiendo la larga cabellera—. Estoy lista.

Los constantes viajes a Bussard habían exigido la compra de un VEM, y un día fresco de otoño Sol cogió la ruta más lenta, por debajo de los carriles de

tráfico, para disfrutar del espectáculo y el olor de los campos cosechados. Hombres y mujeres que trabajaban allí lo saludaron con la mano.

Bussard había crecido mucho desde la infancia de Sol, pero la sinagoga todavía estaba en el linde de uno de los vecindarios más antiguos de la ciudad. El templo era viejo, Sol se sentía viejo, incluso el yarmulke que se puso al entrar parecía antiguo, gastado por décadas de uso; pero el rabino era joven. Sol comprendió que el hombre tenía por lo menos cuarenta años —el pelo raleaba en ambos lados de la gorra oscura— pero a ojos de Sol era apenas un

muchacho. Se alivió cuando el hombre sugirió que terminaran la conversación en el parque de enfrente.

Se sentaron en un banco. Sol se sorprendió de llevar todavía el yarmulke y pasaba la tela de una mano a otra. El día olía a hojas quemadas y a la lluvia de la noche anterior.

—No lo entiendo, Weintraub —dijo el rabino—. ¿Le inquieta el sueño... o el hecho de que su hija cayera enferma cuando usted empezó a tenerlo?

Sol levantó la cabeza para sentir el sol en la cara.

—Ninguna de ambas cosas. Pero no puedo evitar la sensación de que los dos

sucesos están relacionados.

El rabino se acarició el labio inferior.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Trece años —respondió Sol al cabo de una pausa.

—¿La enfermedad es grave? ¿Mortal?

—Mortal no. No todavía.

El rabino se cruzó los brazos sobre el enorme vientre.

—No creerá, Sol... ¿Puedo llamarlo Sol?

—Desde luego.

—Sol, no creerá que al tener este sueño de algún modo ha provocado la

enfermedad de su pequeña, ¿verdad?

—No —respondió Sol después de reflexionar un instante y preguntarse si decía la verdad—. No, rabino, no lo creo...

—Llámeme Mort, Sol.

—De acuerdo Mort. No he venido aquí porque crea que el sueño es la causa de la enfermedad de Rachel. Pero creo que mi subconsciente intenta decirme algo.

Mort meció el cuerpo.

—Tal vez un neuroespecialista o un psicólogo podrían ayudarlo, Sol. No creo que yo...

—Me interesa la historia de

Abraham —interrumpió Sol—. Es decir, he tenido experiencia con diversos sistemas éticos, pero me cuesta entender uno que comenzó con la orden de que un padre matara al hijo.

—¡No, no, no! —exclamó el rabino, agitando dedos extrañamente infantiles —. Cuando llegó el momento, Dios detuvo la mano de Abraham. No habría permitido un sacrificio humano en Su nombre. Lo que contaba era la obediencia a la voluntad del Señor...

—Sí. Obediencia. Pero dice: «Luego Abraham tendió la mano y cogió el cuchillo para matar al hijo». Dios tuvo que escudriñar el alma de Abraham para

ver que él estaba dispuesto a matar a Isaac. Una mera muestra de obediencia sin compromiso interior no habría apaciguado al Dios del Génesis. ¿Qué habría ocurrido si Abraham hubiera amado a su hijo más que a Dios?

Mort tamborileó con los dedos en las rodillas y luego aferró el brazo de Sol.

—Sol, me parece que la enfermedad de su hija lo ha alterado. No la confunda con un documento escrito hace ocho mil años. Hábleme más de la pequeña. Los niños ya no mueren por enfermedades. No en la Red.

Sol se levantó, sonrió y retrocedió

para soltarse el brazo.

—Me gustaría hablar más, Mort, pero debo regresar. Esta noche tengo una clase.

—¿Vendrá al templo este sabbath? —preguntó el rabino, quien extendió los dedos regordetes para un último contacto humano.

Sol entregó el yarmulke al rabino.

—Tal vez uno de estos días, Mort. Uno de estos días.

Un día de ese mismo otoño, Sol miró por la ventana del estudio y descubrió la oscura figura de un hombre de pie bajo

el olmo desnudo que había ante la casa. Los periodistas, pensó Sol con alarma. Durante una década había temido el día en que el secreto se difundiera, consciente de que significaría el fin de su sencilla vida en Crawford.

Salió al frío de la noche.

—¡Melio! —exclamó cuando distinguió la cara del hombre alto.

El arqueólogo tenía las manos en los bolsillos de la larga chaqueta azul. A pesar de los diez años estándar transcurridos desde el último contacto, Arúndez había cambiado poco. Sol calculaba que aún no había cumplido los treinta. Pero la bronceada cara del joven

mostraba arrugas de preocupación.

—Sol —saludó al tiempo que extendía la mano con timidez.

Sol le estrechó la mano cálidamente.

—No sabía que habías regresado. Entra en la casa.

—No. —El arqueólogo retrocedió un paso— He estado aquí durante una hora, Sol. No tenía valor para acercarme a la puerta.

Sol iba a hablar pero se limitó a asentir. Hundió las manos en los bolsillos para protegerse del frío. Las primeras estrellas despuntaban sobre los gabletes oscuros de la casa.

—Rachel no está ahora —informó al

fin—. Ha ido a la biblioteca. Ella cree que debe entregar una monografía de historia.

Melio respiró hondo y asintió.

—Sol —dijo con voz áspera—, tú y Sarai debéis entender que hemos hecho todo lo posible. El equipo ha estado casi tres años estándar en Hyperion. Nos habríamos quedado si la universidad no hubiera cortado los fondos. No había nada...

—Lo sabemos —lo tranquilizó Sol —. Te agradezco los mensajes ultralínea.

—He pasado meses a solas en la Esfinge —continuó Melio—. Según los

instrumentos, era sólo una pila de piedras inerte, pero a veces me parecía sentir... algo. —Sacudió la cabeza de nuevo—. Le he fallado, Sol.

—No —rebatió Sol y le aferró el hombro—. Pero tengo una pregunta. Hemos estado en contacto con nuestros senadores, incluso hablamos con los directores del Consejo de Ciencias... Pero nadie puede explicarme por qué la Hegemonía no ha dedicado más tiempo y dinero a investigar los fenómenos de Hyperion. A mi entender, hace tiempo que debimos incluir ese mundo en la Red, al menos por su potencial científico. ¿Cómo pueden ignorar un

enigma como las Tumbas?

—Sé a qué te refieres, Sol. Incluso nuestro recorte de fondos resulta sospechoso. Es como si Hegemonía siguiera la política de mantener Hyperion a cierta distancia.

—¿Crees...? —empezó Sol, pero en ese momento Rachel se les acercó en el crepúsculo otoñal. Hundía las manos en la chaqueta roja, llevaba el cabello cortado al estilo universal de los jóvenes y el frío le enrojecía las redondas mejillas. Rachel estaba en el límite entre la niñez y la adolescencia: llevaba tejanos, zapatillas y una chaqueta acolchada; podría haber

pasado por un chico.

Les sonrió.

—Hola, papá. —Acercándose bajo la luz opaca, saludó tímidamente a Melio—. Lo siento, no quise interrumpir la conversación.

Sol cobró aliento.

—Está bien; pequeña Rachel, te presento al doctor Arúndez, de la Universidad Reichs de Freeholm. Doctor Arúndez, mi hija Rachel.

—Encantada de conocerlo —dijo Rachel, sonriendo de placer—. ¡Vaya, Reichs! He leído los catálogos. Me encantaría ir allí algún día.

Melio asintió. Sol le notó la rigidez

en los hombros y el torso.

—¿Qué te gustaría estudiar allí? —preguntó Melio. Sol temió que Rachel advirtiera el dolor de esa voz, pero ella sólo se encogió de hombros y rió.

—Vaya, todo. El señor Eikhardt, profesor de paleontología y arqueología en el curso avanzado que sigo en el Centro Educativo, dice que tienen un magnífico departamento de artefactos clásicos y antiguos.

—Así es —balbuceó Melio.

Rachel miró tímidamente a los dos hombres, captando la tensión pero sin saber el origen.

—Bien, estoy interrumpiendo la

conversación. Tengo que entrar y acostarme. He tenido este extraño virus... una especie de meningitis, dice mamá, sólo que me pone un poco rara. De todos modos, fue un placer conocerlo, doctor Aróndez. Espero verle en Reichs algún día.

—Yo también —respondió Melio y la miró con tal intensidad que Sol tuvo la sensación de que intentaba memorizar cada detalle de aquel instante.

—Bien... —dijo Rachel, y retrocedió. La suela de goma de las zapatillas rechinó contra la acera—. Buenas noches. Te veré mañana, papá.

—Buenas noches, Rachel.

Ella se detuvo en la puerta. La luz de gas del parque la hacía parecer menor de trece años.

—Hasta luego, cocodrilos.

—Nos vemos, caimán —replicó Sol y oyó que Melio susurraba lo mismo al unísono.

Guardaron silencio mientras la noche caía sobre la pequeña ciudad. Pasó un chico en bicicleta, haciendo crujir las hojas. Los radios de las ruedas brillaban bajo los charcos de luz que arrojaban los viejos faroles de la calle.

—Entra en la casa —invitó Sol—. Sarai se alegrará de verte. Rachel estará dormida.

—Ahora no —rechazó Melio. Era una sombra con las manos en los bolsillos—. Necesito... Ha sido un error, Sol. Telefonearé cuando llegue a Freeholm —anunció mientras se iba—. Organizaremos otra expedición.

Sol asintió. Tres años en tránsito, pensó. Si partieran esa noche ella no tendría ni diez años cuando llegaran.

—Bien —murmuró.

Melio se despidió con un gesto y echó a andar aplastando hojas.

Sol nunca volvió a verlo personalmente.

La mayor Iglesia del Alcaudón en la Red estaba en Lusus y Sol viajó allí por teleyector pocas semanas antes de que Rachel cumpliera diez años. El edificio no era mucho mayor que una catedral de Vieja Tierra, pero parecía gigantesco por el efecto de los contrafuertes que semejaban volar como si buscaran algo, los retorcidos pisos superiores y las paredes de cristal coloreado. Sol estaba abatido y la aplastante gravedad lusiana no contribuía a animarlo. A pesar de su cita con el obispo, Sol tuvo que esperar más de cinco horas para entrar en el recinto interior. Pasó la mayor parte del tiempo observando una escultura de

acero y policromo de veinte metros que rotaba lentamente. Tal vez representaba al legendario Alcaudón, o tal vez era un homenaje abstracto a todas las armas blancas jamás inventadas. Lo que más interesó a Sol fueron las dos esferas rojas que flotaban dentro de aquel espacio de pesadilla que parecía un cráneo.

—¿Señor Weintraub?

—Excelencia —saludó Sol. Advirtió que los acólitos, exorcistas, lectores y ostiarios que lo habían acompañado durante la larga espera se postraban en las oscuras baldosas ante la entrada del sumo sacerdote. Sol se

inclinó formalmente.

—Entre, por favor, Weintraub —invitó el sacerdote. Señaló la puerta del santuario del Alcaudón con un ademán.

Sol entró y se encontró en un sitio oscuro y resonante que le recordaba al ámbito de su sueño recurrente. Se sentó donde le indicaba el sacerdote. Cuando el clérigo ocupó su lugar en lo que parecía un pequeño trono detrás de un escritorio con tallas intrincadas pero muy moderno, Sol advirtió que el sumo sacerdote era nativo de Lusus, obeso y de mandíbulas gruesas, pero formidable como todos los habitantes de aquel planeta. La túnica era asombrosamente

roja: un rojo brillante, arterial, que fluía más como un líquido encerrado que como seda o terciopelo, orlado de armiño color ónix. El obispo llevaba un gran anillo en cada dedo: el rojo y el negro se alternaban creando un efecto perturbador.

—Excelencia —empezó Sol—, me disculpo de antemano por cualquier falta que haya cometido, o vaya a cometer, contra el protocolo de la Iglesia. Confieso mi ignorancia sobre la Iglesia del Alcaudón, pero sí sé qué cosa me ha traído aquí. Perdone usted si inadvertidamente exhibo mi desconocimiento usando con torpeza los

títulos o los términos...

El obispo agitó los dedos. Piedras rojas y negras centellearon bajo la luz tenue.

—Los títulos carecen de importancia, señor Weintraub. Llamarnos «Excelencia» es correcto para un no creyente. Debemos señalarle, sin embargo, que el nombre formal de nuestro modesto grupo es la Iglesia de la Expiación Final y que la entidad a quien el mundo tan ligeramente llama Alcaudón es para nosotros, cuando siquiera nos atrevemos a mencionarla, el Señor del Dolor o, más comúnmente, el Avatar. Por favor, continúe con la

importante pregunta que usted deseaba hacernos.

Sol inclinó la cabeza.

—Excelencia, soy profesor...

—Excúsenos por interrumpir, señor Weintraub, pero usted es mucho más que un profesor. Usted es una eminencia. Estamos familiarizados con sus escritos acerca de hermenéutica moral. El razonamiento es fallido pero muy estimulante. Lo usamos habitualmente en nuestros cursos de apología doctrinal. Continúe, por favor.

Sol parpadeó. Su trabajo era casi desconocido fuera de los más cerrados círculos académicos y este

reconocimiento lo desconcertó. En los cinco segundos que tardó en recobrarse, optó por creer que el obispo del Alcaudón quería saber con quién trataba y tenía un personal eficaz.

—Excelencia, mis antecedentes son irrelevantes. He pedido una entrevista porque mi hija cayó enferma como posible resultado de una investigación que efectuaba en una zona de cierta importancia para su Iglesia. Me refiero, desde luego, a las Tumbas de Tiempo del mundo de Hyperion.

El obispo asintió despacio. Sol se preguntó si tendría noticias de Rachel.

—¿Sabe usted, señor Weintraub, que

el Consejo Interno de Hyperion recientemente prohibió a los investigadores el acceso a esa zona, que nosotros llamamos Arcas de la Alianza?

—Sí, excelencia. Lo he sabido. Entiendo que su Iglesia contribuyó a que se aprobara esa ley.

El obispo no reaccionó ante estas palabras. En la oscuridad impregnada de incienso sonaron unas campanillas.

—De cualquier modo, excelencia, esperaba que algún aspecto de la doctrina de su Iglesia arrojara luz sobre la enfermedad de mi hija.

El obispo inclinó la cabeza. El haz de luz que lo alumbraba le bañó la frente

y sus ojos quedaron sumidos en la sombra.

—¿Desea usted recibir instrucción religiosa sobre los misterios de la Iglesia, señor Weintraub?

Sol se tocó la barba.

—No, excelencia, a menos que con ello contribuya al bienestar de mi hija.

—¿Su hija desea ser iniciada en la Iglesia de la Expiación Final?

Sol titubeó un instante.

—Excelencia, ella sólo desea estar bien. Si entrar en la Iglesia la curara o ayudara, lo tendríamos en cuenta.

El obispo se reclinó con un susurro de la túnica, que irradió un resplandor

rojo.

—Habla usted de bienestar físico, Weintraub. Nuestra Iglesia es el árbitro definitivo de la salvación espiritual. ¿Comprende usted que la primera invariablemente deriva de la segunda?

—Entiendo que ésa es una antigua y respetada proposición. Mi esposa y yo estamos preocupados por el bienestar general de nuestra hija.

El obispo se apoyó la maciza cabeza en el puño.

—¿De qué índole es la enfermedad de su hija, señor Weintraub?

—Es una enfermedad relacionada con el tiempo, excelencia.

El obispo se inclinó, repentinamente tenso.

—¿En qué sitio sagrado contrajo su hija esta enfermedad, señor Weintraub?

—En el artefacto llamado la Esfinge, excelencia.

El obispo se levantó tan bruscamente que arrojó al suelo los papeles del escritorio. Incluso sin las complejas vestiduras, el hombre pesaría el doble que Sol. Con su ondulante túnica roja, bien erguido, el sacerdote del Alcaudón se alzaba sobre Sol como encarnación de la muerte carmesí.

—¡Puede usted marcharse! —bramó —. Su hija es el más bendito y el más

maldito de los individuos. No hay nada que usted, la Iglesia o ningún agente en esta vida, pueda hacer por ella.

—Excelencia, si hay alguna posibilidad... —insistió Sol.

—¡No! —tronó el obispo, la cara también roja. Golpeó el escritorio. Exorcistas y lectores aparecieron en la puerta. Las túnicas negras con orlas rojas eran un eco siniestro del atuendo del obispo. Los negros ostiarios se fundieron con las sombras—. La audiencia ha concluido —anunció el obispo en voz baja pero contundente—. Su hija fue escogida por el Avatar para una expiación que todos los pecadores y

no creyentes han de sufrir un día. Un día muy cercano.

—Excelencia, si puede dedicarme cinco minutos más...

El obispo chasqueó los dedos y los exorcistas se acercaron para acompañar a Sol. Los hombres eran lusianos. Uno de ellos habría alzado a cinco eruditos del tamaño de Sol.

—Excelencia... —gritó Sol mientras intentaba zafarse de las manos del primer hombre. Los otros tres exorcistas acudieron en ayuda de su compañero mientras los oscuros lectores permanecían cerca. El obispo le había dado la espalda y parecía escrutar la

oscuridad.

Sonaron gruñidos, el ruido de los tacones de Sol y un resuello cuando el pie de Sol golpeó las partes menos sacerdotales del principal exorcista.

Eso no modificó el resultado del encuentro. Sol aterrizó en la calle. El último ostiario le arrojó el sombrero aplastado.

Diez días más en Lusus sólo le provocaron más fatiga gravitatoria. La burocracia del templo no respondía a sus llamadas. Los tribunales no le ofrecían respaldo. Los exorcistas esperaban en el vestíbulo.

Sol se teleyectó a Nueva Tierra y

Vector Renacimiento, a Fuji y TC^2, a Deneb Drei y Deneb Vier, pero los templos del Alcaudón no lo recibían en ninguna parte.

Agotado, frustrado y sin dinero, Sol regresó a Mundo de Barnard, sacó el VEM del aparcamiento y llegó a casa una hora antes del cumpleaños de Rachel.

—¿Me has traído algo, papá? —preguntó la excitada niña. Sarai le había dicho que Sol se había ido de viaje.

Sol sacó el envoltorio. Era la serie Ana de Mansión Verde. No era lo que había deseado traerle.

—¿Puedo abrirlo?

—Más tarde, pequeña. Con las otras cosas.

—Por favor, papá. Uno solo ahora. Antes de que lleguen Niki y los demás niños.

Sol miró a Sarai y ella meneó la cabeza. Rachel, recordaba haber invitado a Nikí, Linna y sus demás amigas a la fiesta sólo unos días antes. Sarai aún no había inventado una excusa.

—De acuerdo, Rachel —accedió—. Sólo éste antes de la fiesta.

Mientras Rachel rasgaba el envoltorio, Sol vio el paquete gigantesco en el salón, envuelto con

cintas rojas. La bicicleta nueva. Rachel había pedido la bicicleta nueva un año antes de cumplir los diez. Sol se preguntó si al día siguiente se asombraría de encontrar la bicicleta nueva antes del cumpleaños. O quizá se deshicieran de la bicicleta esa noche, mientras Rachel dormía.

Sol se desplomó en el diván. La cinta roja le recordaba la túnica del obispo.

Sarai se mostraba reacia a dejar el pasado atrás. Cada vez que lavaba, plegaba y guardaba ropas que a Rachel le quedaban grandes, derramaba lágrimas secretas que Sol intuía de algún

modo. Sarai había atesorado cada etapa de la infancia de Rachel, disfrutando de la normalidad cotidiana de las cosas, una normalidad que aceptaba serenamente como la mejor de la vida. Siempre había creído que la esencia de la experiencia humana no se encontraba en los momentos culminantes, las bodas y días de triunfo que destacaban en la memoria como fechas marcadas en rojo en los viejos calendarios, sino en el discreto fluir de las pequeñeces; la tarde de fin de semana en que cada miembro de la familia se dedicaba a sus propias actividades, los encuentros intrascendentes, los diálogos olvidables:

la suma de tales horas creaba una sinergia que era importante y eterna.

Sol encontró a Sarai en el altillo, sollozando mientras registraba cajas. No eran las tiernas lágrimas que una vez había derramado por el final de las cosas pequeñas. Sarai Weintraub estaba furiosa.

—¿Qué haces, mamá?

—Rachel necesita ropa. Todo es demasiado grande. Lo que le sienta bien a una niña de ocho no le va a una de siete. Tengo más cosas de ella por aquí.

—Olvídalo —dijo Sol—. Compraremos algo nuevo.

Sarai meneó la cabeza.

—Todos los días preguntará dónde está su ropa favorita. No, guardé algunas cosas. Están por aquí.

—Hazlo más tarde.

—¡Demonios, no hay más tarde! —gritó Sarai, que se apartó de Sol y se llevó las manos a la cara—. Lo siento.

Sol la abrazó. A pesar de los tratamientos Poulsen limitados, los brazos desnudos de Sarai estaban mucho más flacos de lo que él recordaba. Nudos y manojos bajo la piel áspera. Él la abrazó con fuerza.

—Lo siento —repitió Sarai y rompió a llorar—. No es justo.

—No —convino Sol—. No es justo.

La luz que penetraba por las polvorientas ventanas del altillo provocaba una tristeza de catedral. A Sol siempre le había gustado el olor de un altillo, la promesa caliente y rancia de un lugar tan poco usado y lleno de tesoros futuros. Hoy le disgustaba. Se agachó junto a una caja.

—Ven, querida —murmuró—, buscaremos juntos.

Rachel vivía feliz, sólo ligeramente confundida por las incongruencias a que se enfrentaba cada mañana al despertar. A medida que se volvía más pequeña

resultaba más fácil explicarle los cambios que parecían producirse de golpe: la desaparición del viejo olmo del frente, el nuevo edificio de apartamentos donde estaba la casa colonial de Nesbitt, la ausencia de los amigos. Sol empezó a ver como nunca la flexibilidad de los niños. Ahora imaginaba a Rachel viviendo en la cresta de la ola del tiempo, sin percibir las turbias honduras del mar, manteniendo el equilibrio con su pequeño bagaje de recuerdos y una entrega total a las doce o quince horas de presente que se le concedían cada día.

Ni Sol ni Sarai querían que su hija estuviera aislada de otros niños, y resultaba difícil encontrar modos de establecer contacto. Rachel se alegraba de jugar con los «chicos nuevos» del vecindario —hijos de otros profesores, nietos de amigos, durante un tiempo la hija de Niki— pero los demás niños tenían que acostumbrarse a que Rachel los saludara de nuevo cada día, sin recordar nada del pasado común, y pocos tenían suficiente sensibilidad para seguir la farsa por una compañera de juegos.

La historia de la enfermedad de Rachel no era un secreto en Crawford.

Se había difundido en la universidad el primer año del retorno de Rachel y la ciudad entera lo supo poco después. Crawford reaccionó como las ciudades pequeñas desde tiempo inmemorial. Algunas lenguas se movían sin cesar, algunas personas no podían disimular la piedad o el placer ante el infortunio de un semejante, pero en general la comunidad extendió sus alas protectoras sobre la familia Weintraub como una torpe ave que cubriera a su prole.

Sin embargo, les permitían vivir sus vidas, y aunque Sol tuvo que limitar sus clases y jubilarse anticipadamente para realizar viajes en busca de tratamiento

médico para Rachel, nadie mencionaba la verdadera razón. Pero aquello no podía durar..., y cuando un día de primavera Sol salió al porche y vio a su hija de siete años llorando al venir del parque, rodeada y seguida por periodistas con los implantes de cámara centelleantes y los comlogs extendidos, supo que una etapa de su vida había terminado para siempre. Sol saltó del porche y corrió hacia Rachel.

—Señor Weintraub, ¿es verdad que su hija ha contraído una enfermedad terminal? ¿Qué ocurrirá dentro de siete años? ¿Desaparecerá?

—¡Weintraub! ¡Weintraub! Rachel

cree que Raben Dowell es FEM del Senado y que estamos en el año 2711. ¿Ha perdido totalmento esos treinta y cuatro años o es una ilusión provocada por el mal de Merlín?

—¡Rachel! ¿Recuerdas tu vida de adulta? ¿Qué se siente al volver a la infancia?

—¡Weintraub! Sólo una imagen, por favor. ¿Por qué no trae una foto de Rachel cuando era mayor y usted y la niña posan mirándola?

—¡Señor Weintraub! ¿Es verdad que ésta es la maldición de las Tumbas de Tiempo? ¿Rachel vio al Alcaudón?

—¡Oiga, Weintraub! ¿Qué harán

usted y su mujer cuando la niña se haya ido?

Un periodista cerraba el paso a Sol. El hombre se inclinó hacia delante, las lentes estéreo de los ojos se alargaron para tomar un primer plano de Rachel. Sol lo cogió del pelo —convenientemente anudado en una coleta— y le arrojó a un lado.

La manada asedió la casa durante siete semanas. Sol recordó lo que había sabido y olvidado acerca de las comunidades pequeñas: a menudo resultaban fastidiosas, siempre provincianas y en ocasiones entrometidas, pero nunca apoyaban el

mórbido legado del «derecho del público a saber».

La Red sí apoyaba ese legado. En vez de permitir que su familia quedara prisionera del asedio de los periodistas, Sol pasó a la ofensiva. Concertó entrevistas en los programas de noticias más vistos, participó en discusiones de la Entidad Suma y asistió al Cónclave de Investigación Médica de la Confluencia. En diez meses estándar pidió ayuda para su hija en ochenta mundos.

Llegaron ofertas de diez mil sitios, pero la mayoría de los mensajes eran de curanderos, promotores, institutos e

investigadores independientes que ofrecían servicios a cambio de publicidad, adoradores del Alcaudón y otros fanáticos religiosos, quienes declaraban que Rachel merecía ese castigo, agencias de publicidad que deseaban patrocinar productos, agentes de los medios de comunicación que deseaban «manejar» a Rachel en tales patrocinios, gente común que ofrecían condolencias y a menudo chips de crédito, científicos incrédulos, productores de holos y editores de libros que solicitaban derechos exclusivos sobre la vida de Rachel, y agentes de bienes raíces.

La Universidad Reichs pagó a un equipo para que evaluara las ofertas y ver si algo podía beneficiar a Rachel. Se descartaron la enorme mayoría de los mensajes. Se examinaron algunas propuestas médicas o de investigación. Al final, nadie parecía ofrecer ningún camino de investigación o terapia experimental que Reichs no hubiera intentado ya.

Un mensaje ultralínea llamó la atención de Sol. Era del presidente del kibbutz K'far Shalom de Hebrón y decía simplemente:

CUANDO RESULTE INSOPORTABLE, VENGA AQUÍ.

Pronto resultó insoportable. Después de los primeros meses de publicidad el sitio pareció ceder, pero era sólo el preludio del segundo acto. Los tabloides llamaban a Sol el «Judío Errante», el padre desesperado que vagaba en busca de una cura para la extraña enfermedad de la hija. Era un título irónico, pues a Sol le desagradaban los viajes. Sarai era la «madre apesadumbrada». Rachel, «la niña condenada» o, en un inspirado titular, «la virginal víctima de la Maldición de las Tumbas de Tiempo». Ninguno de ellos podía salir sin toparse con un reportero o un fotógrafo oculto detrás de un árbol. Y luego Crawford

descubrió que la desgracia de los Weintraub podía dar dinero.

Al principio la ciudad resistió, pero cuando los empresarios de Bussard avanzaron con tiendas de regalos, concesiones de camisetas, excursiones y cabinas de datos para el creciente tropel de turistas, los empresarios locales primero temblaron, luego vacilaron y al fin decidieron unánimemente que, si había negocios, las ganancias debían ser para ellos.

Al cabo de cuatrocientos treinta y ocho años estándar de relativo aislamiento, el pueblo de Crawford recibió un términex teleyector. Los

visitantes ya no tenían que soportar el vuelo de veinte minutos desde Bussard. Las multitudes crecieron.

El día en que se mudaron llovía a cántaros y las calles estaban desiertas. Rachel no lloraba, pero tenía los ojos desencajados y la voz quebrada.

Faltaban diez días para que cumpliera seis años.

—Pero, papá, ¿por qué nos mudamos?

—No tenemos más remedio, querida.

—¿Pero por qué?

—Es algo que tenemos que hacer pequeña. Te gustará Hebrón. Allí hay

muchos parques.

—¿Pero por qué no nos dijiste nunca que nos mudaríamos?

—Te lo dijimos, cariño. Lo habrás olvidado.

—¿Y qué pasará con los abuelos, el tío Richard, la tía Tetha, el tío Saúl y todos los demás?

—Podrán visitarnos cuando quieran.

—¿Y Niki y Linna y mis amigos?

Sin responder, Sol llevó el resto del equipaje al VEM. La casa estaba vacía; la habían vendido, y también habían vendido los muebles, o los habían enviado a Hebrón. Durante una semana habían desfilado familiares, viejos

amigos, colegas de la universidad e incluso integrantes del equipo médico de Reichs que habían trabajado con Rachel durante dieciocho años, pero ahora la calle estaba desierta.

La lluvia goteaba en la cabina de Perspex del viejo FEM, formando complejos remolinos. Los tres se quedaron mirando la casa desde el vehículo, cuyo interior olía a la lana mojada y pelo húmedo. Rachel abrazó el oso de felpa que Sarai había rescatado del altillo unos meses antes.

—No es justo —protestó.

—No —convino Sol—. No es justo.

Hebrón era un mundo desierto.

Cuatro siglos de terraformación habían vuelto respirable la atmósfera y cultivables unos millones de hectáreas. Las criaturas que habían vivido antes allí eran pequeñas, resistentes y cautas, al igual que los seres importados de Vieja Tierra, incluido el género humano.

—Ah —resopló Sol cuando llegaron a la calurosa aldea de Dan, sobre el ardiente kibbutz de K'far Shalom—, qué masoquistas somos los judíos. Veinte mil mundos investigados aptos para nuestra especie cuando empezó la Hégira, y esos tontos vinieron aquí.

Pero no era masoquismo lo que había atraído a los primeros colonos ni

a la familia de Sol. Hebrón era casi todo desierto, pero las zonas fértiles eran muy fértiles. La Universidad de Sinaí era respetada en toda la Red de Mundos y su centro médico conseguía pacientes ricos y saludables ingresos para la cooperativa. Hebrón tenía un solo términex teleyector en Nueva Jerusalén y no permitía portales en otras partes. Sin pertenecer a la Hegemonía ni al Protectorado, Hebrón cobraba grandes impuestos por el privilegio de la teleyección y no permitía turistas fuera de Nueva Jerusalén. Para un judío en busca de aislamiento, era el sitio más seguro en los trescientos mundos

hallados por el hombre.

El kibbutz era más una cooperativa por tradición que de hecho. Los Weintraub fueron acogidos en su propia casa, un sitio modesto de adobe, con curvas en vez de ángulos rectos y suelos de madera desnuda; también ofrecía una vista desde la colina que mostraba una infinita extensión de desierto más allá de los naranjales y olivares. El sol parecía secarlo todo, pensó Sol, incluso las preocupaciones y las pesadillas. La luz era casi tangible. Al anochecer, la casa irradiaba un fulgor rosado una hora después del ocaso.

Todas las mañanas Sol se sentaba

junto a la cama de la hija hasta que ella despertaba. Los primeros minutos de confusión de Rachel siempre le resultaban dolorosos, pero Sol se aseguraba de que cada día Rachel lo viera ante todo a él. La abrazaba mientras ella hacía preguntas.

—¿Dónde estamos, papá?

—En un lugar maravilloso, pequeña. Te lo contaré mientras desayunamos.

—¿Cómo llegamos aquí?

—Teleyección, vuelo, un poco de marcha. No está muy lejos... pero lo suficiente para que sea una aventura.

—Pero mi cama está aquí..., mis animalitos... ¿Por qué no recuerdo haber

venido?

Sol le aferraba suavemente los hombros y le miraba los ojos castaños.

—Has tenido un accidente, Rachel. ¿Recuerdas que en el «El sapo nostálgico» Terrence se golpea la cabeza y olvida dónde vive durante unos días? Ha sido algo parecido.

—¿Estoy mejor?

—Sí, mucho mejor.

La casa se llenaba con el olor del desayuno y salían a la terraza, donde esperaba Sarai.

Rachel tenía más amiguitos que nunca. En la cooperativa del kibbutz había una escuela donde ella siempre

era bienvenida, presentada de nuevo cada día. En las largas tardes, los niños jugaban en los huertos y exploraban las rocas.

Avner, Robert y Ephraim, los ancianos del consejo, exhortaron a Sol a trabajar en su libro. Hebrón se enorgullecía de la cantidad de eruditos, artistas, músicos, filósofos, escritores y compositores que albergaba como ciudadanos y residentes. La casa, le hicieron notar, era un obsequio del estado. La pensión de Sol, aunque reducida según las pautas de la Red, era más que suficiente para sus modestas necesidades en K'far Shalom. Sol

descubrió con cierta sorpresa que disfrutaba de las labores físicas. Mientras trabajaba en los huertos, sacaba piedras de campos no reclamados o reparaba paredes, descubrió que su mente y su espíritu estaban más libres de lo que habían estado en muchos años. Descubrió que podía habérselas con Kierkegaard mientras se secaba la argamasa y ver con nuevos ojos a Kant y Vandeur mientras se cercioraba de que las manzanas no tuvieran gusanos. A los setenta y tres años estándar, Sol tuvo sus primeros callos.

Al atardecer jugaba con Rachel y

luego paseaba por las colinas con Sarai mientras Judy y otra joven vecina cuidaban a la niña dormida. Un fin de semana ambos viajaron a Nueva Jerusalén. Era la primera vez que estaban solos tanto tiempo desde que Rachel había vuelto a vivir con ellos diecisiete años estándar atrás.

Pero no todo era idílico. Muchas noches Sol despertaba a solas y deambulaba descalzo por el pasillo para descubrir a Sarai cuidando a la dormida Rachel. A menudo, al final de un largo día, tras bañar a Rachel en la vieja bañera de porcelana o acostarla mientras las paredes irradiaban su fulgor

rosado, la niña decía:

—Me gusta este lugar, papá, ¿pero podemos volver a casa mañana?

Sol asentía. Después de la narración, la canción de cuna y el beso de buenas noches, seguro de que Rachel estaba dormida, salía de puntillas de la habitación y oía «Hasta luego, cocodrilo», a lo cual tenía que responder «Nos vemos, caimán». Tendido en la cama, junto a la mujer que amaba, que respiraba suavemente y quizás estaba dormida, Sol contemplaba las franjas de luz pálida de las pequeñas lunas de Hebrón acariciando las toscas paredes y se ponía a hablar con Dios.

Hacía varios meses que Sol hablaba con Dios, cuando al fin comprendió qué estaba haciendo. La idea lo divertía. Los diálogos no eran plegarias, sino furibundos monólogos que —a punto de convertirse en diatribas— se transformaban en enérgicas discusiones consigo mismo. No sólo consigo mismo; Sol comprendió un día que los temas de los acalorados debates eran tan profundos, las cuestiones a zanjar tan serias, el terreno tan amplio, que el único ser a quien podía reprochar tales faltas era a Dios mismo. Como el concepto de un Dios personal desvelado por los seres humanos y que interviniera

en la vida de los individuos siempre le había parecido absurdo, Sol empezó a dudar de su cordura.

Pero los diálogos continuaban.

Sol quería saber cómo un sistema ético —y una indómita religión que había sobrevivido a todos los males a que la había sometido la humanidad— podía surgir de la orden divina de que un hombre matara a un hijo. No importaba que la orden se hubiera rescindido en el último momento. No importaba que la orden fuera una prueba de obediencia. De hecho, la idea de que la obediencia hubiera permitido a Abraham ser el padre de las tribus de

Israel era precisamente lo que encolerizaba a Sol.

Al cabo de cincuenta y cinco años de dedicar su vida y trabajo a la historia de los sistemas éticos, Sol Weintraub llegó a una firme conclusión: toda lealtad a una deidad, concepto o principio universal que hiciera prevalecer la obediencia por encima de la conducta decente hacia un ser humano inocente era perniciosa.

—¿Qué es un inocente? —preguntó la voz burlona y

rezongona que Sol asociaba con estas discusiones.

—Un niño es inocente —respondió Sol—. Isaac lo era. Rachel lo es.

—*¿«Inocente» sólo por ser una niña?*

—Sí.

—*¿Y no hay ninguna situación donde la sangre de los inocentes se deba derramar por una causa superior?*

—No —pensó Sol—. Ninguna.

—*Pero supongo que los «inocentes» no son sólo los niños.*

Sol titubeó, intuyendo una

trampa, y trató de ver adonde quería ir su interlocutor subconsciente. No lo consiguió.

—No —pensó—. Los «inocentes» incluyen a otros además de los niños.

—*¿Como Rachel a los veinticuatro años? ¿No se debe sacrificar inocentes a ninguna edad?*

—Ninguna.

—*Tal vez esto forma parte de la lección que Abraham debió aprender antes de ser padre de los benditos entre las naciones de la tierra.*

—¿Qué lección? —pensó Sol—. ¿Qué lección? —Pero la voz de su mente se había esfumado y sólo quedaban el canto de las aves nocturnas y la suave respiración de su esposa.

Rachel aún podía leer a los cinco años. A Sol le costaba recordar cuándo había aprendido. Parecía que había sabido siempre.

—A los cuatro años estándar —informó Sarai—. Era a principios del verano..., tres meses después del

cumpleaños. Estábamos merendando en el campo cerca del colegio, Rachel estaba mirando su ejemplar de Winnie-the-Pooh y de pronto dijo: «Oigo una voz en mi cabeza.»

Sol recordó.

También recordó la alegría que él y Sarai habían sentido ante la capacidad de asimilación que Rachel mostraba a esa edad. Lo recordaba porque ahora se enfrentaba a la inversión de ese proceso.

—Papá —preguntó Rachel desde el suelo del estudio, donde pintaba un libro —, ¿cuánto ha pasado desde el cumpleaños de mamá?

—Fue el lunes —respondió Sol,

enfrascado en una lectura. El cumpleaños de Sarai aún no había llegado pero Rachel lo recordaba.

—Lo sé. ¿Pero cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

—Hoy es jueves —contestó Sol. Estaba leyendo un complicado tratado talmúdico sobre la obediencia.

—Lo sé. ¿Pero cuántos días?

Sol dejó el volumen.

—¿Sabes el nombre de los días de la semana? —En Mundo de Barnard se usaba el calendario antiguo.

—Claro —dijo Rachel—. Sábado, domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado...

—Has repetido el sábado.

—Sí. ¿Pero cuántos días?

—¿Puedes contar de lunes a jueves?

Rachel frunció el ceño, movió los labios. Lo intentó de nuevo, contando con los dedos.

—¿Cuatro días?

—Bien —asintió Sol—. ¿Puedes decirme cuánto es 10 menos 4, pequeña?

—¿Qué significa «menos»?— Sol miró de nuevo el tratado.

—Nada —murmuró—. Ya lo aprenderás en la escuela.

—¿Cuando regresemos mañana a casa?

—Sí.

Una mañana, cuando Rachel salió con Judy para jugar con los demás niños —ya era demasiado pequeña para seguir asistiendo a la escuela—, Sarai dijo:

—Sol, tenemos que llevarla a Hyperion.

Sol la miró sorprendido.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No podemos esperar hasta que sea demasiado pequeña para caminar y hablar. Además, nosotros no rejuvenecemos —añadió con una risa amarga—. Los tratamientos Poulsen perderán efecto dentro de un par de años.

—Sarai, los médicos dicen que

Rachel no sobreviviría a la fuga criogénica. Nadie experimenta viajes más rápidos que la luz sin estado de fuga. El efecto Hawking te puede enloquecer, o algo peor.

—No importa. Rachel tiene que regresar a Hyperion.

—¿De qué diablos estás hablando? —dijo Sol, montando en cólera.

Sarai le cogió la mano.

—¿Crees que eres el único que ha tenido el sueño?

—¿Sueño?

Ella suspiró, sentada ante la blanca mesa de la cocina. La luz de la mañana acarició las plantas del alféizar como un

foco amarillo.

—El lugar oscuro —explicó Sarai —. Las luces rojas. La voz diciéndonos que la llevemos a Hyperion. Que hagamos una ofrenda.

Sol se humedeció los resecos labios. El corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Qué nombre... qué nombre oyes?

Sarai lo miró con extrañeza.

—El nombre de los dos. Si tú no estuvieras conmigo en el sueño, no lo habría soportado todos estos años.

Sol se derrumbó en la silla. Miró la extraña mano y el antebrazo tendido en la mesa. La artritis empezaba a agrandar los nudillos de la mano; el antebrazo

estaba cubierto de venas y marcado con manchas hepáticas. Era su propia mano, desde luego.

—Nunca lo habías mencionado —suspiró—. Nunca has dicho una palabra...

Esta vez Sarai rió sin amargura.

—¡Como si fuera necesario! ¡Todas esas veces en que los dos despertábamos en la oscuridad! Tú cubierto de sudor. Supe desde la primera vez que no era sólo un sueño. Tenemos que ir, papá. Ir a Hyperion.

Sol movió la mano. No le parecía la suya.

—¿Por qué? Por amor de Dios,

Sarai, no podemos... ofrecer a Rachel...

—Claro que no, papá. ¿No has pensado en ello? Tenemos que ir a Hyperion, adonde nos indique el sueño, y ofrecernos a nosotros mismos.

—Ofrecernos a nosotros mismos —repitió Sol. Se preguntó si sufriría un ataque cardíaco. El pecho le dolía tanto que no podía respirar. Guardó silencio un rato, convencido de que si intentaba hablar sollozaría. Un poco después preguntó—: ¿Cuánto hace que has pensado esto, mamá?

—¿Te refieres a lo que debemos hacer? Un año. Un poco más. Desde que ella cumplió cinco.

—¡Un año! ¿Por qué no has dicho nada?

—Estaba esperando a que tú lo comprendieras. A que lo supieras.

Sol meneó la cabeza. La habitación parecía lejana y distorsionada.

—No, no creo... Tengo que pensar, mamá.

Sol miró cómo esa mano extraña palmeaba la familiar mano de Sarai. Ella asintió.

Sol pasó tres días y noches en las áridas montañas, comiendo sólo el pan de corteza gruesa que llevaba y

bebiendo del termo condensador.

En los últimos veinte años había deseado diez mil veces sufrir la enfermedad de Rachel, pensando que si alguien debía padecer era el padre, no el hijo. Cualquier progenitor pensaría lo mismo; sucedía cada vez que su hijo estaba herido o con fiebre. Sin duda no podía ser tan simple.

En el calor de la tercera tarde, mientras dormitaba a la sombra de una roca estrecha, Sol comprendió que, en efecto, no era tan simple.

—¿Puede ser ésa la respuesta de Abraham a Dios? ¿Que él sea la ofrenda, no Isaac?

—Pudo ser la respuesta de Abraham. No puede ser la tuya.

—¿Por qué?

Como si fuera la respuesta, Sol tuvo la visión febril de adultos desnudos caminando hacia los hornos entre hombres armados, las madres ocultando a los niños bajo pilas de abrigos.

Vio a hombres y mujeres con las carnes colgando en jirones quemados

sacando aturdidos niños de las cenizas de lo que había sido una ciudad. Sol supo que esas imágenes no eran sueños, sino la misma esencia del Primer y el Segundo Holocausto, y con esta comprensión supo la respuesta antes de que la voz de su mente le respondiera. Supo cómo debía ser.

—Los padres se han ofrecido. Ese sacrificio ya se ha aceptado. Estamos más allá de eso.

—¿Entonces, qué? ¿Qué?

Le respondió el silencio. Sol se irguió bajo el resplandor del sol, se tambaleó. Un pájaro negro volaba en el cielo o en su visión. Sol sacudió el puño ante el cielo metálico como un arma.

—Usas a los nazis como instrumentos. Locos. Monstruos. Tú también eres un maldito monstruo.

—*No.*

La tierra se inclinó y Sol cayó de

lado sobre las aguzadas rocas. Era como apoyarse en una pared rugosa. Una piedra del tamaño de un puño le quemó la mejilla.

—La respuesta correcta para Abraham fue la obediencia —pensó Sol—. Éticamente, Abraham era un niño. Todos los hombres lo eran en esa época. La respuesta correcta para los hijos de Abraham era llegar a la edad adulta y ofrecerse ellos mismos. ¿Cuál es la respuesta correcta para *nosotros*?

Nadie le contestó. La tierra y el cielo dejaron de dar vueltas. Al cabo de un rato, Sol se levantó penosamente, se limpió la sangre y el polvo de la mejilla y caminó hacia la aldea del valle.

—No —replicó Sol a Sarai—, no iremos a Hyperion. No es la solución correcta.

—Entonces prefieres que no hagamos nada —espetó Sarai, los labios blancos pero la voz firme.

—No, prefiero que no hagamos lo incorrecto.

Sarai resopló. Señaló la ventana por

donde veían a su hija de cuatro años jugar con caballos de juguete.

—¿Crees que a ella le sobra tiempo para que actuemos o no actuemos?

—Siéntate, mamá.

Sarai se quedó de pie. Se había derramado azúcar sobre el vestido de algodón tostado. Sol recordó a la joven que emergía desnuda de la estela fosforescente en la isla móvil de Alianza-Maui.

—Tenemos que hacer algo —insistió ella.

—Hemos consultado a cien expertos médicos y científicos. La han analizado, palpado, sondeado y torturado en una

veintena de centros de investigación. He estado en la Iglesia del Alcaudón de todos los mundos de la Red, y se niegan a recibirme. Melio y los demás expertos de Reichs que están en Hyperion dicen que el Culto del Alcaudón no incluye en su doctrina nada semejante al mal de Merlín y que los aborígenes de Hyperion no tienen leyendas acerca de la enfermedad ni pistas para curarla. Tres años de investigaciones en Hyperion no revelaron nada. Ahora no permiten investigar allí. El acceso a las Tumbas de Tiempo sólo se concede a los peregrinos. Incluso se está volviendo casi imposible conseguir un visado para

viajar a Hyperion. Además, si llevamos a Rachel, el viaje puede matarla.

Sol hizo una pausa para cobrar aliento, tocó de nuevo el brazo de Sarai.

—Lamento repetir todo esto, mamá. Pero hemos hecho algo.

—No lo suficiente —se empecinó Sarai—. ¿Y si vamos como peregrinos?

Sol cruzó los brazos en un gesto de frustración.

—La Iglesia del Alcaudón escoge a sus víctimas sacrificiales entre miles de voluntarios. La Red de Mundos está llena de individuos estúpidos y deprimidos. Pocos regresan.

—¿Qué demuestra eso? —susurró

Sarai con urgencia—. Algo o alguien está atacando a esas personas.

—Bandidos —sugirió Sol.

Sarai meneó la cabeza.

—El gólem.

—El Alcaudón, querrás decir.

—Es el gólem —insistió Sarai—. El mismo que vemos en el sueño.

—No veo un gólem en el sueño —apuntó Sol, turbado—. ¿Qué gólem?

—Los ojos rojos que observan. Es el mismo gólem que Rachel oyó esa noche en la Esfinge.

—¿Cómo sabes que ella oyó algo?

—Está en el sueño —explicó Sarai—. Antes de que entremos en el lugar

donde aguarda el gólem.

—No hemos soñado el mismo sueño —concluyó Sol—. Mamá, mamá... ¿por qué no me has contado esto antes?

—Creí que estaba enloqueciendo —susurró Sarai.

Sol pensó en sus conversaciones secretas con Dios y abrazó a su esposa.

—Oh, Sol —murmuró ella—, duele tanto ser espectador. Y aquí estamos tan solos.

Sol la estrechó. Varias veces habían intentado regresar al hogar —su hogar siempre sería Mundo de Barnard— para visitar a familiares y amigos, pero en cada ocasión una invasión de reporteros

y turistas echaba a perder las visitas. Las noticias viajaban casi instantáneamente por la megaesfera de datos de ciento sesenta mundos de la Red. Para satisfacer la curiosidad, sólo había que pasar una tarjeta universal por la ranura del panel de un términex y entrar en un teleyector. Habían tratado de llegar sin anunciarse y de viajar de incógnito, pero no eran espías y sus esfuerzos no daban resultado. Al cabo de veinticuatro horas estándar de su entrada en la red, estaban sitiados. Los institutos de investigación y los grandes centros médicos brindaban los recursos de seguridad para esas visitas, pero los

amigos y familiares sufrían. Rachel era noticia.

—Quizá podríamos invitar de nuevo a Tetha y Richard... —sugirió Sarai.

—Tengo una idea mejor —apuntó Sol—. Ve tú, mamá. Quieres ver a tu hermana, pero también quieres ver, oír y oler el hogar... contemplar un ocaso donde no haya iguanas, caminar por los campos. Ve.

—¿Sólo yo? No podría estar lejos de Rachel...

—Tonterías. Dos veces en veinte años..., casi cuarenta si contamos los buenos tiempos de antes... En cualquier caso, dos veces en veinte años no

significa abandonar a una hija. Es un milagro que nos soportemos después de haber pasado tanto tiempo juntos.

Sarai miró la mesa sumida en sus pensamientos.

—¿No me encontrarán los periodistas?

—Seguramente no —respondió Sol—. Les interesa Rachel. Si llegan a acosarte, regresa aquí. Pero apuesto a que contarás con una semana para visitar a todos antes de que los periodistas se enteren.

—Una semana —jadeó Sarai—. No podría...

—Claro que puedes. Más aún,

debes. Me permitirás pasar más tiempo con Rachel y vendrás como nueva. Yo, con todo egoísmo, dedicaré unos días a mi libro.

—¿El de Kierkegaard?

—No. Se llama *El problema de Abraham*.

—Un título ambiguo.

—Es un problema ambiguo. Ahora ve a hacer el equipaje. Mañana volaremos a Nueva Jerusalén para que puedas teleyectarte antes de que empiece el sabbath.

—Lo pensaré —dijo ella, poco convencida.

—Harás las maletas —indicó Sol.

La abrazó de nuevo y la apartó de la ventana para que mirara hacia el pasillo y la puerta del dormitorio—. Ve. Cuando regreses habré pensado en algo que podamos hacer.

—¿Lo prometes?

—Prometo que lo haré antes de que el tiempo lo destruya todo. Juro, como padre de Rachel, que encontraré un modo.

Sarai asintió, menos tensa que en muchos meses.

—Haré las maletas.

Cuando él y la niña regresaron al día siguiente de Nueva Jerusalén, Sol fue a regar el jardín mientras Rachel jugaba

dentro. Cuando Sol entró de nuevo a la casa, el rosado fulgor del poniente teñía las paredes de tibieza y placidez marinas. Rachel no estaba en el dormitorio ni en los demás sitios habituales.

—¿Rachel?

No hubo respuesta. Sol registró de nuevo el patio, la calle desierta.

—¡Rachel!

Sol entró para llamar a los vecinos pero de pronto oyó un ruido en el gran armario que Sarai usaba para guardar cosas. Sol abrió la puerta corredera.

Rachel estaba sentada bajo la ropa colgada, con la caja de pino de Sarai

abierta entre las piernas. El suelo estaba cubierto de fotos y holochips de Rachel como estudiante de la secundaria. Rachel el día en que se marchó a la universidad, Rachel frente a una ladera tallada en Hyperion.

El comlog de investigaciones de Rachel susurraba en el regazo de la Rachel de cuatro años. Sol dio un respingo al oír la serena voz de la muchacha.

—Papá —dijo la niña, y su voz era un eco diminuto de la voz del comlog—, nunca me habías contado que tenía una hermana.

—No la tienes, pequeña.

Rachel frunció el ceño.

—¿Esta es mamá cuando no era... tan mayor? No, no puede ser. Ella dice que también se llama Rachel. ¿Cómo...?

—Está bien. Te lo explicaré... —Sol oyó que el teléfono sonaba en el salón—. Un momento, querida. Vuelvo enseguida.

El holo que se formó sobre el foso mostraba a un hombre que Sol nunca había visto.

Sol no activó su propio proyector de imágenes, ansioso de librarse de la llamada.

—Sí —contestó bruscamente.

—¿Señor Weintraub? ¿Weintraub de

Mundo de Barnard, actualmente domiciliado en la aldea de Dan, Hebrón?

Sol iba a desconectarse, pero se detuvo. El código de acceso de la nueva casa no figuraba en los archivos. En ocasiones un vendedor llamaba desde Nueva Jerusalén, pero las llamadas del exterior eran poco frecuentes. De pronto, con un frío aguijonazo en el estómago, comprendió que estaban en sabbath después del ocaso. Sólo se permitían llamadas de emergencia.

—Sí —dijo Sol.

—Señor Weintraub —dijo el hombre, mirando a ciegas—, ha habido

un terrible accidente.

Cuando Rachel despertó, su padre estaba sentado junto a la cama. Parecía cansado. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas grises por encima de la línea de la barba.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, pequeña.

Rachel miró alrededor y parpadeó. Tenía allí muñecas y juguetes, pero no era su habitación. La luz era distinta. El aire era distinto. Su papá parecía distinto.

—¿Dónde estamos, papá?

—Hemos hecho un viaje, pequeña.

—¿Adonde?

—No importa ahora. Levántate, cariño. Tu baño está preparado y tienes que vestirte.

Al pie de la cama había un vestido negro que ella nunca se había puesto. Rachel miró el vestido y luego a su padre.

—Papá, ¿qué ocurre? ¿Dónde está mamá?

Sol se frotó la mejilla. Era la tercera mañana desde el accidente, el día de las exequias. Sol lo había dicho cada uno de los días anteriores porque no se atrevía a mentirle en eso; parecía la traición definitiva hacia Sarai y Rachel. Pero no creía que pudiera hacerlo de nuevo.

—Ha habido un accidente, Rachel —respondió con un hilo de voz—. Mamá ha muerto. Hoy vamos a decirle adiós.

Sol calló. Sabía que Rachel tardaría un poco en asimilar la muerte de la madre. El primer día no había sabido si una niña de cuatro años podía captar el concepto de la muerte. Ahora sabía que Rachel podía.

Más tarde, mientras abrazaba a la niña convulsionada por el llanto, Sol trató de entender el accidente que le habían descrito con tanta brevedad. Los vehículos electromagnéticos eran sin duda la forma más segura de transporte

personal que la humanidad había diseñado. Aunque los elevadores podían fallar, la carga residual de los generadores EM permitía que el coche aéreo descendiera sin dificultades desde cualquier altitud. El diseño básico del equipo para evitar colisiones en un VEM no había cambiado desde hacía siglos. Pero todo podía fallar. En este caso fue una revoltosa pareja de adolescentes en un VEM robado, fuera de los carriles de tráfico, que viajaban a Mach 1,5 con todas las luces y transpónders apagados para evitar que los detectaran. Así desafiaron todas las probabilidades y chocaron con el

antiguo Vikken de la tía Tetha cuando el aparato descendía a la pista de la Ópera de Bussard. Además de Tetha, Sarai y los adolescentes, tres personas más murieron en el choque cuando pedazos de los vehículos cayeron en el atestado atrio del teatro de la Ópera.

Sarai.

—¿Volveremos a ver a mamá? —preguntó Rachel entre sollozos. Había hecho esa pregunta en cada ocasión.

—No lo sé, cariño —respondió sinceramente Sol.

Los funerales se celebraban en el cementerio familiar del condado de Kates, en Mundo de Barnard. La prensa

no invadió el cementerio pero los periodistas acechaban más allá de los árboles y se amontonaban contra la puerta de hierro negro como una furiosa marejada.

Richard quiso que Sol y Rachel se quedaran unos días, pero Sol sabía que el apacible granjero sufriría si la prensa continuaba su asedio. Abrazó a Richard, habló brevemente con los alborotados periodistas y voló a Hebrón con la aturdida y callada Rachel.

Los reporteros lo siguieron hasta Nueva Jerusalén y luego intentaron proseguir el viaje hasta Dan, pero la policía militar detuvo los VEMs

alquilados, encarceló a algunos como escarmiento y revocó los visados de teleyección del resto.

Al anochecer, Sol deambuló por los riscos que se elevaban sobre la aldea mientras Judy vigilaba a la niña dormida. Pensaba que su diálogo con Dios ahora era audible y resistía la tentación de sacudir los puños ante el cielo, de gritar obscenidades, de lanzar piedras. En cambio preguntaba y siempre terminaba con un «¿Por qué?».

No había respuesta. El sol de Hebrón se ponía detrás de los riscos distantes y las relucientes rocas irradiaban calor. Sol se sentó en una

piedra y se frotó las sienes con las palmas.

Sarai.

Habían vivido una vida plena, a pesar de la tragedia de la enfermedad de Rachel. Resultaba irónico que cuando Sarai disfrutaba de un respiro con su hermana... Sol gimió.

La trampa, desde luego, había sido esa absorción total por la enfermedad de Rachel. Ninguno de los dos había podido afrontar el futuro que aguardaba después de la muerte o la desaparición de Rachel. El mundo había girado alrededor de cada día que vivía la niña y no habían pensado en el azar del

accidente, en la ilógica perversidad de un universo hostil. Sin duda Sarai también había pensado en el suicidio, pero ninguno de los dos habría abandonado al otro. Ni a Rachel. Él nunca había pensado en la posibilidad de quedarse solo con Rachel cuando...

¡Sarai!

En ese momento Sol comprendió que el diálogo a menudo colérico que su pueblo había entablado con Dios durante tantos milenios no había terminado con la muerte de Vieja Tierra ni con la nueva Diáspora, sino que todavía continuaba. El, Rachel y Sarai formaban parte de ese diálogo. Dejó aflorar la pena. El agudo

dolor de una resolución lo colmó.

Entre las rocas, Sol lloró mientras oscurecía.

Por la mañana estaba junto a la cama de Rachel cuando la luz del sol inundó la habitación.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, pequeña.

—¿Dónde estamos, papá?

—Hemos hecho un viaje. Es un bonito lugar.

—¿Dónde está mamá?

—Hoy está con la tía Tetha.

—¿La veremos mañana?

—Sí —aseguró Sol—. Ahora te vestiré y prepararé el desayuno.

Sol empezó a enviar peticiones a la Iglesia del Alcaudón cuando Rachel cumplió tres años. El viaje a Hyperion estaba rigurosamente limitado y el acceso a las Tumbas de Tiempo ya resultaba casi imposible. Sólo las ocasionales Peregrinaciones del Alcaudón enviaban gente a esa comarca.

Rachel lamentó estar lejos de la madre en su cumpleaños, pero la visita de varios niños del kibbutz la distrajo un poco. Su gran regalo fue un libro ilustrado de cuentos de hadas que Sarai había comprado en Nueva Jerusalén unos meses antes.

Sol le leyó algunos cuentos antes de

acostarla. Siete meses atrás Rachel podía discernir algunas palabras. Pero le gustaban esas narraciones, sobre todo La bella durmiente, y pidió al padre que se lo leyera dos veces.

—Se lo enseñaré a mamá cuando lleguemos a casa —murmuró en medio de un bostezo mientras Sol apagaba la luz.

—Buenas noches, pequeña —murmuró Sol, deteniéndose en la puerta.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Hasta luego, cocodrilo.

—Nos vemos, caimán.

Rachel rió contra la almohada.

En los últimos dos años, Sol pensó que era como presenciar el envejecimiento de una persona amada. Pero peor. Mil veces peor.

Los dientes de Rachel habían caído entre los ocho y los dos años. Fueron reemplazados por dientes de leche, pero cuando llegó a los dieciocho meses la mitad de éstos habían desaparecido.

El cabello de Rachel, su gran orgullo, se acortó y debilitó. La cara perdió su estructura familiar cuando la grasa infantil le oscureció los pómulos y la firme barbilla. La coordinación le falló gradualmente, algo que al principio se manifestó como una repentina torpeza

cuando cogía un tenedor o un lápiz. Cuando Rachel ya no pudo caminar, Sol la acostó en la cuna temprano y entró en su estudio para emborracharse en silencio.

El lenguaje resultaba lo peor. La pérdida de vocabulario era como un puente quemado entre los dos, el corte de un último cabo de esperanza. Poco después de que ella cumpliera dos años, Sol la acostó una noche y, deteniéndose en la puerta, dijo:

—Hasta luego, cocodrilo.

—¿Eh?

—Hasta luego, cocodrilo.

Rachel rió.

—Tú responde «Nos vemos, caimán» —indicó Sol. Le explicó qué eran un cocodrilo y un caimán.

—Nos 'emos, 'aimán —rió Rachel.

Por la mañana se había olvidado.

Sol llevó a Rachel consigo mientras viajaba por la Red —ya no le importaban los periodistas— solicitando derechos de peregrinaje a la Iglesia del Alcaudón, pidiendo al Senado un visado y acceso a las zonas prohibidas de Hyperion, visitando hasta el último instituto o clínica que pudiera ofrecer una cura. Perdió meses mientras más médicos admitían su fracaso. Cuando regresaron a Hebrón, Rachel

tenía quince meses estándar; según las antiguas unidades usadas en Hebrón, pesaba unos doce kilos y medía setenta centímetros. Ya no sabía vestirse sola.

Su vocabulario abarcaba veinticinco palabras, y las favoritas eran «mamá» y «papá».

A Sol le gustaba llevar a su hija. A veces, la curva de esa cabeza contra la mejilla, esa tibieza contra el pecho, el olor de la piel, todo le permitía olvidar la tremenda injusticia de la situación. En esas ocasiones Sol habría hecho momentáneamente las paces con el universo si tan sólo Sarai hubiera estado allí. Pero no era así, y éstas eran treguas

temporales en su furibundo diálogo con un Dios en quien no creía.

—¿Qué razón puede haber para esto?

—*¿Qué razón manifiesta hubo para todas las formas del dolor sufridas por la humanidad?*

—Precisamente —pensó Sol, preguntándose si acababa de ganar un punto por primera vez. Lo dudaba.

—*El hecho de que algo no sea manifiesto no significa que no*

exista.

—Eso es torpe. No deberías usar tres negativos para hacer una afirmación, aún menos para afirmar algo tan vano.

—*En efecto, Sol. Empiezas a entender cómo son las cosas.*

—¿Qué?é?

No hubo respuesta a sus pensamientos. Acostado en su casa, Sol escuchó el viento del desierto.

La última palabra de Rachel fue «mamá» y la pronunció cuando tenía poco más de cinco meses.

Despertó en la cuna y no preguntó dónde estaba. Ya no podía preguntar. Vivía en un mundo de comidas, siestas y juguetes. A veces, cuando Rachel lloraba, Sol se preguntaba si echaba de menos a la madre.

Sol compraba en las pequeñas tiendas de Dan; llevaba a la niña consigo mientras escogía pañales, biberones y juguetes.

Una semana antes de su partida a centro Tau Ceti, Ephraim y los otros dos ancianos fueron a hablarle. Atardecía, y

la luz borrosa resplandecía en la calva de Ephraim.

—Sol, estamos preocupados por ti. Las próximas semanas serán difíciles. Las mujeres quieren ayudar, nosotros también.

Sol apoyó la mano en el antebrazo del viejo.

—Gracias, Ephraim. Agradezco todo lo que hemos recibido durante estos años. Este sitio es ahora nuestro hogar. Sarai habría querido que te diera las gracias. Pero nos vamos el domingo. Rachel se pondrá mejor.

Los tres hombres se miraron.

—¿Han descubierto una cura? —

preguntó Avner.

—No —respondió Sol—, pero he encontrado una razón para tener esperanzas.

—La esperanza es buena —señaló Robert con voz cauta.

Sol sonrió. La blancura de los dientes contrastaba con el gris de la barba.

—Ojalá —suspiró—. A veces es lo único que recibimos.

La holocámara del estudio tomó un primer plano de Rachel. La niña descansaba en el brazo de Sol, en el

plató de «La voz de todos».

—Conque usted dice —dijo Dewon Whiteshire, el presentador del programa y la tercera cara más famosa en la esfera de datos de la Red— que la negativa de la Iglesia del Alcaudón a permitirle regresar a las Tumbas de Tiempo, y la lentitud de la Hegemonía para procesar un visado... ¿dice usted que estas circunstancias condenarán a la niña a la... extinción?

—En efecto —asintió Sol—. El viaje a Hyperion no se puede efectuar en menos de seis semanas. Rachel tiene ahora doce semanas. Cualquier nuevo retraso por parte de la Iglesia del

Alcaudón o la burocracia de la Red matará a esta niña.

El público del estudio se conmovió. Dewon Whiteshire se volvió hacia la cámara más cercana. Su semblante arrugado y benévolo llenó el monitor.

—Este hombre no sabe si puede salvar a su hija —declaró Whiteshire con voz trémula de emoción—, sólo pide una oportunidad. ¿Creen ustedes que él y la niña la merecen? En tal caso, establezcan contacto con sus representantes planetarios y el templo más cercano de la Iglesia del Alcaudón. El número del templo más cercano aparecerá de inmediato —se volvió

hacia Sol—. Le deseamos suerte, señor Weintraub. —La manaza de Whiteshire acarició la mejilla de Rachel—. También a ti, pequeña amiga.

El monitor mostró a Rachel y la imagen se disolvió.

El efecto Hawking provocaba náuseas, vértigo, dolor de cabeza y alucinaciones. El primer tramo del viaje era el tránsito de diez días hasta Parvati en la nave-antorcha *Intrépido* de la Hegemonía.

Sol abrazó a Rachel y aguantó. Eran las únicas personas plenamente conscientes a bordo de aquel navio de guerra. Al principio Rachel lloró, pero

al cabo de unas horas se acomodó en los brazos de Sol y lo miró con ojos grandes y oscuros. Sol recordaba el día de su nacimiento: los enfermeros habían alzado a Rachel del vientre tibio de Sarai para dársela a Sol. En ese instante el cabello oscuro de Rachel no era mucho más oscuro y la mirada no menos intensa.

Finalmente se durmieron los dos, vencidos por el cansancio.

Sol soñó que andaba por una estructura con columnas altas como pinos y un techo altísimo. Una luz roja bañaba la desierta frescura. Sol se sorprendió de descubrir que aún llevaba

a Rachel en brazos. La niña nunca había aparecido antes en el sueño. Rachel lo miró y Sol sintió el contacto de la conciencia de su hija como si ella hubiera hablado en voz alta.

De pronto otra voz, fría e inmensa, retumbó en el vacío:

> —¡Sol! Toma a Rachel, tu hija única y bien amada, y ve al mundo llamado Hyperion para ofrendarla como víctima ardiente en uno de los lugares de que te hablaré.

Sol titubeó y miró a Rachel. Los ojos del bebé eran profundos y luminosos. Sol sintió una silenciosa aceptación. Abrazándola, avanzó en la oscuridad y alzó la voz en el silencio:

—¡Escucha! No habrá más ofrendas, ni hijos ni padres. No habrá más sacrificios que no sean por nuestros congéneres humanos. Ha pasado el tiempo de la obediencia y la expiación.

Sol escuchó. Sentía las palpitaciones de su propio corazón y la tibieza de Rachel contra el brazo. Desde las alturas llegó el frío soplo del viento a través de fisuras invisibles. Sol se llevó la mano a la boca y gritó:

—¡Eso es todo! Ahora déjanos en paz; únete a nosotros como un padre y no como un receptor de sacrificios. ¡Tienes la elección de Abraham!

Rachel se agitó en sus brazos mientras un rumor surgía del suelo de piedra. Las columnas vibraron. La penumbra roja se ahondó y se extinguió, para dejar sólo oscuridad. Desde lejos llegó el estruendo de poderosas pisadas. Sol estrechó a Rachel mientras rugía un viento furioso.

La luz parpadeó cuando él y Rachel despertaron en el *Intrépido* con rumbo a Parvati, para trasbordar a la nave arbórea Yggdrassill con destino a Hyperion. Sol le sonrió a su hija de siete semanas. Ella también sonrió.

Fue su última o primera sonrisa.

Reinaba silencio en la cabina principal de la carreta eólica cuando el viejo profesor terminó su historia. Sol carraspeó y bebió un sorbo de agua de una copa de cristal. Rachel dormía en el cajón. La carreta se mecía al avanzar, y el murmullo del gran volante y el zumbido del giróscopo principal arrullaban como una canción de cuna.

—Dios santo —murmuró Brawne Lamia. Iba a hablar de nuevo pero sólo meneó la cabeza.

Martin Silenus cerró los ojos y

recitó:

Pues el alma, al expulsar el odio,
su radical inocencia recupera
y aprende al fin que en ella misma
se hallan sus deleites, sus sosiegos y sus miedos,
que su dulce voluntad es voluntad celeste.
Aunque todos los rostros sean adustos
y aúllen vientos o revienten

fuelles,
ella puede, no obstante, ser dichosa.

—¿William Butler Yeats? —preguntó Sol Weintraub.

Silenus asintió.

—«Una plegaria para mi hija».

—Creo que saldré a cubierta a respirar un poco de aire fresco antes de acostarme —anunció el cónsul—. ¿Alguien desea acompañarme?

Decidieron salir todos. En cubierta el grupo gozó de la refrescante brisa

mientras contemplaba el oscuro Mar de Hierba. El cielo era un cuenco cuajado de estrellas y entrecruzado de estelas de meteoros. Las velas y aparejos crujían con un ruido tan antiguo como los viajes humanos.

—Creo que esta noche deberíamos apostar guardias —sugirió el coronel Kassad—. Uno vigilará mientras los demás duermen. Turnos de dos horas.

—De acuerdo —convino el cónsul —. Cogeré el primer turno.

—Por la mañana... —empezó Kassad.

—¡Miren! —exclamó el padre Hoyt.

Señalaba el cielo. Entre el fulgor de

las constelaciones, estallaron bolas de fuego de color —verde, violeta, naranja, de nuevo verde— que alumbraron como relámpagos la gran planicie de hierba. Las estrellas y las estelas de los meteoros palidecieron en contraste.

—¿Explosiones? —aventuró el sacerdote.

—Batalla espacial —respondió Kassad—. Cislunar. Armas de fusión — bajó deprisa.

—El Árbol —dijo Het Masteen, y señaló una mota de luz que se movía entre las explosiones como una brasa flotando entre fuegos de artificio.

Kassad regresó con los binoculares

de potencia y los hizo circular.

—¿Éxters? —preguntó Lamia—. ¿Es la invasión?

—Éxters, casi con seguridad —asintió Kassad—. Pero debe de ser una incursión exploratoria. ¿Ven ustedes los cúmulos? Son misiles de la Hegemonía que las naves exploradoras hacen estallar con sus contramedidas.

Los binoculares llegaron al cónsul. Los relampagueos eran muy nítidos ahora, un cúmulo de llamas en expansión. Vio el punto y la larga cola azul de dos naves exploradoras que huían de las naves de la Hegemonía.

—No creo... —empezó Kassad, pero

calló cuando un resplandor bañó las velas y el Mar de Hierba con un brillante fulgor naranja.

—Dios santo —murmuró el padre Hoyt—. Le han dado a la nave arbórea.

El cónsul volvió los binoculares hacia la izquierda. El creciente nimbo de fuego era visible a simple vista, pero en los binoculares el tronco y la copa de la Yggdrassill, de un kilómetro de longitud, se apreciaron un instante mientras escupían largos tentáculos de llamas que serpearon en el espacio mientras fallaban los campos de contención y ardía el oxígeno. La nube anaranjada palpitó, se desdibujó y se

encogió mientras el tronco se perfilaba un segundo antes de refulgir y estallar como la última brasa de una hoguera moribunda. Nada podía haber sobrevivido. La nave arbórea Yggdrasill, con su tripulación, sus clones y sus erg semisentientes, estaba muerta.

El cónsul se volvió hacia Het Masteen para entregarle tardíamente los binoculares.

—Lo lamento... mucho —susurró.

El alto templario no cogió los binoculares. Lentamente apartó la mirada del firmamento, se cubrió con la cogulla y bajó sin decir palabra.

La muerte de la nave arbórea fue la explosión final. Cuando transcurrieron diez minutos más sin que nuevos estallidos turbaran la noche, Brawne Lamia habló.

—¿Los habrán alcanzado?

—¿A los éxters? —preguntó Kassad—. Tal vez no. Las naves de exploración son veloces y tienen buenas defensas. Ya están a varios minutos-luz de distancia.

—¿Atacaron la nave arbórea a propósito? —preguntó Silenus con voz muy sobria.

—No creo —respondió Kassad—. Un blanco oportuno, nada más.

—Un blanco oportuno —repitió Sol

Weintraub. El erudito meneó la cabeza —. Iré a dormir unas horas antes del amanecer.

Bajaron de uno en uno. Cuando sólo Kassad y el cónsul quedaron en cubierta, el cónsul preguntó:

—¿Dónde debo montar guardia?

—Haga un circuito —propuso el coronel—. Desde el pasillo principal, al pie de la escalerilla, puede controlar todas las puertas de los camarotes y la entrada de la cocina y el comedor. Suba para echar un vistazo a la pasarela y las cubiertas. Mantenga los faroles encendidos. ¿Tiene un arma?

El cónsul negó con la cabeza.

Kassad le entregó su vara de muerte.

—Está sintonizada en haz cerrado, un alcance de medio a diez metros. No la use a menos que tenga la certeza de que hay un intruso. La placa que se desliza hacia delante es el seguro. Está puesto.

El cónsul asintió y apartó el dedo del gatillo.

—Lo relevaré dentro de dos horas —dijo Kassad. Consultó su comlog—. Amanecerá antes del fin de mi guardia. —Kassad contempló el cielo como si esperara que la *Yggdrasill* reapareciera y continuara su vuelo de luciérnaga. Sólo brillaban las estrellas; hacia el

nordeste, una masa negra amenazaba tormenta.

Kassad meneó la cabeza.

—Un desperdicio —comentó, y bajó.

El cónsul se quedó escuchando el viento, el crujido de los aparejos y el rumor del volante. Al cabo de un rato se dirigió a la borda y observó la oscuridad.

5

El amanecer sobre el Mar de Hierba era todo un espectáculo. El cónsul observaba desde el punto más alto de la cubierta de popa. Después de la guardia había intentado dormir, había desistido y decidió ir a cubierta para presenciar el final de la noche. La cabeza de tormenta cubría el cielo con nubes bajas y el sol naciente bañaba el mundo de un oro rutilante que se reflejaba por doquier. Las velas, los cabos y las curtidas planchas de la carreta fulguraron bajo la breve bendición de luz hasta que las

nubes ocultaron el sol y el mundo perdió de nuevo el color. El viento que sopló después era frío como si bajara de los nevados picos de la Cordillera de la Brida, visible como un borrón oscuro en el nordeste.

Brawne Lamia y Martin Silenus se reunieron con el cónsul en cubierta, cada cual con una taza de café. El viento azotaba los aparejos. La rizada melena de Brawne Lamia le ondeaba alrededor de la cara como un nimbo oscuro.

—Buenos días —masculló Silenus, quien miró con ojos entornados el ondulante Mar de Hierba.

—Buenos días —replicó el cónsul,

sorprendido de estar lúcido a pesar de la falta de sueño—. Aunque el viento viene de cara, la carreta avanza a buena velocidad. Llegaremos a las montañas antes del anochecer.

Silenus soltó un gruñido y hundió la nariz en la taza de café.

—Yo no conseguí dormir anoche —dijo Brawne Lamia— sólo de pensar en la historia de Weintraub.

—No creo... —empezó el poeta, pero se interrumpió cuando Weintraub subió a cubierta con la niña asomando por una funda que colgaba del pecho del profesor.

—Buenos días a todos —saludó

Weintraub. Miró alrededor y respiró hondo—. Mmm. Aire fresco, ¿eh?

—Frío como hielo —rezongó Silenus—. Al norte de las montañas será peor aún.

—Bajaré a buscar una chaqueta —anunció Lamia, pero aún no se había movido cuando llegó un grito de la cubierta inferior.

—¡Sangre!

En efecto, había sangre por doquier. La cabina de Het Masteen estaba curiosamente ordenada —la cama sin deshacer, el baúl y otras cajas apiladas en un rincón, la túnica plegada sobre una silla— excepto por la sangre que cubría

partes del suelo, el mamparo y el techo. Los seis peregrinos se apiñaron junto a la entrada, reacios a entrar.

—Yo me dirigía a la cubierta superior —explicó el padre Hoyt con voz monocorde—. La puerta estaba entornada. Vislumbré... la sangre de la pared.

—¿Es sangre? —preguntó Martin Silenus.

Brawne Lamia entró en la cabina, pasó la mano por una mancha del mamparo y luego se llevó los dedos a los labios.

—En efecto.

Miró alrededor, caminó hacia el

armario, echó una ojeada a los estantes y perchas vacíos y se acercó a la pequeña ventana. Estaba cerrada por dentro.

Lenar Hoyt parecía más enfermo que de costumbre y buscó una silla.

—¿Está muerto?

—No sabemos nada excepto que el capitán Masteen no está en su habitación, pero sí hay mucha sangre —concretó Lamia. Se secó la mano en la pernera del pantalón—. Debemos registrar toda la nave.

—Muy bien —espetó el coronel Kassad—. ¿Y si no encontramos al capitán?

Brawne Lamia abrió el ventanuco.

El aire fresco disipó el tufo a matadero y trajo el rumor del volante y el susurro de la hierba bajo el casco.

—Si no encontramos al capitán Masteen —replicó—, supondremos que abandonó la nave o lo capturaron.

—Pero la sangre... —empezó el padre Hoyt.

—No prueba nada —terminó Kassad—. Lamia tiene razón. No conocemos el tipo sanguíneo ni el genotipo de Masteen. ¿Alguien vio u oyó algo?

Gruñidos negativos, movimientos de cabeza. Martin Silenus miró en torno.

—¿No reconocen ustedes el trabajo de nuestro amigo el Alcaudón?

—No lo sabemos —precisó Lamia —. Tal vez alguien quiere hacernos creer que ha sido obra del Alcaudón.

—Eso no tiene sentido —protestó Hoyt, quien respiraba con dificultad.

—No obstante —insistió Lamia—, buscaremos por parejas. ¿Quién va armado aparte de mí?

—Yo —respondió el coronel Kassad—. Tengo más armas si alguien las necesita.

—No —dijo Hoyt.

El poeta meneó la cabeza.

Sol Weintraub había regresado al pasillo con la niña. Miró hacia el interior.

—Yo no tengo nada —anunció.

—Tampoco yo —intervino el cónsul. Había devuelto la vara de muerte a Kassad al terminar su guardia, dos horas antes del alba.

—De acuerdo —resolvió Lamia—, el sacerdote vendrá conmigo a la cubierta inferior. Silenus, vaya con el coronel. Ustedes examinarán la cubierta intermedia. Weintraub, usted y el cónsul revisarán arriba. Busquen cualquier anomalía, cualquier indicio de lucha.

—Una pregunta —objetó Silenus.

—¿Qué?é?

—¿Quién diablos la ha elegido reina de la fiesta?

—Soy detective privado —replicó Lamia, volviéndose hacia él.

Martin Silenus se encogió de hombros.

—El amigo Hoyt es sacerdote de una religión olvidada. Eso no significa que tengamos que arrodillarnos cuando celebra misa.

—De acuerdo —suspiró Brawne Lamia—. Le daré una razón mejor. —La mujer se movió con tal rapidez que el cónsul casi no atinó a verla. De pronto brincó de la ventana al centro del camarote, alzó a Martin Silenus con un brazo y apretó con la enorme mano el delgado cuello del poeta—. Por

ejemplo, que uno hace lo que es lógico porque es lo único lógico que se puede hacer.

Martin Silenus emitió un gruñido ahogado.

—Bien —concluyó Lamia, soltándolo. Silenus se tambaleó y casi cayó sobre el padre Hoyt.

—Tengan esto —ofreció Kassad, al regresar con dos pequeños paralizadores neurales. Entregó uno a Sol Weintraub—. ¿Qué arma tiene usted? — le preguntó a Lamia.

La mujer metió la mano en un bolsillo de la túnica y extrajo una antigua pistola.

Kassad miró la reliquia un instante y asintió.

—No se aparten del compañero —aconsejó—. No disparen contra nada a menos que esté bien identificado y sea incuestionablemente amenazador.

—Eso describe a la zorra a quien pienso disparar —masculló Silenus, masajeándose la garganta.

Brawne Lamia avanzó un paso hacia el poeta.

—Basta —atajó Fedmahn Kassad—. Terminemos con esto.

Silenus siguió al coronel. Sol Weintraub se acercó al cónsul y le entregó el paralizador.

—No quiero tener esta cosa con Rachel. ¿Subimos?

El cónsul aceptó el arma y asintió.

La carreta eólica no albergaba rastros de Het Masteen, la Voz del Árbol. Al cabo de una hora de búsqueda, el grupo se reunió en la cabina del hombre desaparecido. La sangre estaba más oscura y seca.

—¿Habremos pasado algo por alto? —apuntó el padre Hoyt—. ¿Pasadizos secretos? ¿Compartimientos ocultos?

—Es una posibilidad —admitió Kassad—, pero barrí la nave con sensores de calor y movimiento. Si hay algo mayor que un ratón a bordo, tendría

que haberlo encontrado.

—Si usted tenía esos sensores —protestó Silenus—, ¿por qué cuernos nos ha hecho arrastrar por la mugre y los pasadizos durante una hora?

—Porque con un equipo adecuado se pueden burlar estos sensores.

—Así, en respuesta a mi pregunta —precisó Hoyt, jadeando un instante ante una visible oleada de dolor—, con el equipo apropiado, el capitán Masteen podría estar escondido en algún compartimiento.

—Posible pero improbable —replicó Brawne Lamia—. Opino que ya no está a bordo.

—El Alcaudón —dijo Martin Silenus con disgusto. No era una pregunta.

—Quizá —convino Lamia—. Coronel, usted y el cónsul estuvieron de guardia durante esas cuatro horas. ¿Están seguros de que no vieron ni oyeron nada?

Ambos asintieron.

—La nave estaba en silencio —explicó Kassad—. Habría oído una lucha aunque se hubiera producido antes de mi guardia.

—Y yo no dormí después de mi turno —anunció el cónsul—. Mi habitación comparte un tabique con la de

Masteen. No oí nada.

—Bien —espetó Silenus—, hemos oído el testimonio de los dos sujetos que merodeaban armados en la oscuridad cuando liquidaron a ese pobre diablo. Dicen que son inocentes. ¡El siguiente!

—Si mataron a Masteen —declaró Kassad—, no fue con una vara de muerte. Ningún arma moderna y silenciosa que yo conozca desparrama tanta sangre. No se oyeron disparos ni hemos encontrado agujeros de bala, así que la pistola automática de Lamia no resulta sospechosa. Si la sangre es del capitán Masteen, yo diría que se usó un arma blanca.

—El Alcaudón es un arma blanca —dijo Martin Silenus.

Lamia se acercó al equipaje apilado.

—Un debate no resolverá nada. Veamos si hay algo entre las pertenencias de Masteen.

El padre Hoyt alzó una mano vacilante.

—Eso es... privado. No creo que tengamos derecho.

Brawne Lamia se cruzó de brazos.

—Mire, padre, si Masteen ha muerto, no le importará. Si está vivo, examinar este material puede darnos una pista de adonde lo han llevado. En cualquier caso, tenemos que tratar de

hallar un indicio.

Hoyt titubeó pero asintió. A pesar de todo, hubo poca invasión de la intimidad. El primer baúl de Masteen contenía sólo unas mudas de ropa y un ejemplar del Libro de la Vida de Muir. El segundo bolso contenía una cantidad de semillas envueltas por separado, secas y rodeadas de tierra húmeda.

—Los templarios deben plantar por lo menos cien semillas del Árbol Eterno en cada mundo que visitan —explicó el cónsul—. Los brotes rara vez echan raíces, pero es un ritual.

Brawne Lamia se acercó a la gran caja de metal que estaba al pie de la

pila.

—¡No toque eso! —exclamó el cónsul.

—¿Por qué no?

—Es un cubo de Moebius —respondió el coronel Kassad por el cónsul—. Una cápsula de doble copia alrededor de un campo de contención de impedancia cero plegado sobre sí mismo.

—¿Y qué? —preguntó Lamia—. Los cubos de Moebius encierran artefactos y los guardan. No estallan.

—No —convino el cónsul—, pero lo que contienen sí puede estallar. Tal vez ya lo ha hecho.

—Un cubo de ese tamaño podría contener una explosión nuclear de un kilotón mientras estuviera cerrado durante el nanosegundo de ignición —añadió Fedmahn Kassad.

Lamia frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo sabemos que allí no hay algo que mató a Masteen?

Kassad señaló una franja verde y reluciente que corría a lo largo de la única juntura del baúl.

—Está sellada. Una vez abierto, un cubo de Moebius se tiene que reactivar en un lugar donde se puedan generar campos de contención. Lo que haya allí dentro no atacó al capitán Masteen.

—¿No hay modo de averiguarlo? —murmuró Lamia.

—Tengo una buena conjetura —dijo el cónsul.

Los demás lo miraron. Rachel rompió a llorar y Sol colocó una franja térmica alrededor de un biberón.

—¿Recuerdan que ayer en Linde el capitán Masteen armó un alboroto con el cubo? —prosiguió el cónsul—. Habló como si fuera un arma secreta.

—¿Un arma? —preguntó Lamia.

—¡Desde luego! —exclamó Kassad—. ¡Un erg!

—¿Erg? —Martin Silenus miró la pequeña caja—. Pensaba que los ergs

eran esas criaturas energéticas que los templarios usan en sus naves arbóreas.

—Así es —asintió el cónsul—. Las hallaron hace tres siglos en asteroides de Aldebarán. Los cuerpos tienen el tamaño del espinazo de un gato, principalmente un sistema nervioso piezoeléctrico envainado en cartílago de silicio, pero se alimentan de campos de fuerza tan poderosos como los que generan las gironaves pequeñas... y los manipulan.

—¿Cómo se guarda todo eso en esa cajita? —preguntó Silenus, mientras observaba el cubo de Moebius—. ¿Espejos?

—En cierto sentido —explicó Kassad—. El campo de esa cosa estaría latente..., no se moriría de hambre ni se alimentaría. Como una fuga criogénica para nosotros. Además éste debe de ser pequeño. Un cachorro, como quien dice.

Lamia acarició la vaina metálica.

—¿Los templarios controlan estas cosas? ¿Se comunican con ellas?

—Sí —dijo Kassad—. Nadie sabe a ciencia cierta cómo. Es uno de los secretos de la Hermandad. Pero Het Masteen debía de confiar en que el erg lo ayudaría con...

—El Alcaudón —concluyó Martin Silenus—. El templario pensaba que ese

trasto energético sería su arma secreta cuando se enfrentara al Señor del Dolor —el poeta rió.

El padre Hoyt se aclaró la garganta.

—La Iglesia ha aceptado el dictamen de la Hegemonía según el cual estas criaturas, los ergs, no pueden sentir... y por lo tanto no son candidatos para la salvación.

—Oh, claro que sienten, padre —rebatió el cónsul—. Perciben cosas mucho mejor de lo que imaginamos. Pero si quiere decir inteligentes, conscientes, entonces tenemos algo parecido a un pequeño saltamontes. ¿Los saltamontes son candidatos para la

salvación?

Hoyt calló.

—Bien, sin duda el capitán Masteen pensaba que esta cosa sería su salvación —intervino—. Algo falló —echó un vistazo a las paredes manchadas de sangre y a los lamparones que se secaban en el suelo—. Larguémonos de aquí.

La carreta eólica se internó en vientos cada vez más fuertes mientras la tormenta se aproximaba desde el nordeste. Jirones de nubes blancas flotaban bajo el techo gris de la cabeza

de tormenta. Las hierbas se arqueaban bajo ráfagas de viento frío. Relámpagos ondulantes iluminaban el horizonte, seguidos por truenos que retumbaban como disparos de advertencia sobre la proa de la nave. Los peregrinos miraron en silencio hasta que las primeras y heladas gotas los obligaron a bajar a la gran habitación de popa.

—Esto estaba en el bolsillo de la túnica —anunció Lamia mientras alzaba un papel con el número 5.

—De manera que Masteen tendría que haber sido el próximo en contar su historia —murmuró el cónsul.

Martin Silenus inclinó la silla hasta

tocar las altas ventanas con la espalda. La luz de la tormenta proporcionaba un aire ligeramente demoníaco a sus rasgos de sátiro.

—Hay otra posibilidad —apuntó—. Tal vez alguien que aún no ha hablado tenía el quinto turno y mató al templario para cambiar el lugar.

Lamia miró al poeta.

—Eso significa el cónsul o yo —replicó.

Silenus se encogió de hombros.

Brawne Lamia sacó otro papel de su túnica.

—Yo tengo el número 6. ¿Qué habría ganado? Soy la siguiente de un modo u

otro.

—Entonces quizás alguien necesitaba silenciar a Masteen —sugirió el poeta. De nuevo se encogió de hombros—. Personalmente, creo que el Alcaudón ha iniciado su cosecha. ¿Por qué creemos que nos dejarán llegar a las Tumbas cuando esa cosa ha estado exterminando gente desde aquí hasta Keats?

—Esto es distinto —objetó Sol Weintraub—. Ésta es la peregrinación del Alcaudón.

—¿Y qué?

En el silencio que siguió, el cónsul se aproximó a las ventanas. Ráfagas de

lluvia oscurecían el Mar de Hierba y repiqueteaban contra los paneles. La carreta crujió y se inclinó a estribor cuando cambió de rumbo.

—Lamia —dijo el coronel Kassad —, ¿desea contar su historia ahora?

Lamia se cruzó de brazos y miró los cristales empapados por la lluvia.

—No. Esperemos a bajar de esta maldita nave. Apesta a muerte.

La carreta eólica llegó al puerto de Reposo del Peregrino por la tarde, pero la tormenta y la luz pálida creaban la impresión de un anochecer. El cónsul

esperaba que los representantes del Templo del Alcaudón les salieran al encuentro cuando empezaran la penúltima etapa del viaje, pero Reposo del Peregrino parecía tan desierta como Linde.

La cercanía de las colinas y la primera vista de la Cordillera de la Brida resultaban tan excitantes como cualquier llegada a puerto, y llevó a los seis peregrinos a cubierta a pesar de la fría lluvia. Las colinas eran secas y sensuales, con curvas pardas y súbitas prominencias que contrastaban con la verde monocromía del Mar de Hierba. Más allá, picos de nueve mil metros

asomaban en planos grises y blancos cortados por nubes bajas, pero aun con ese aspecto truncado resultaban imponentes. La línea de las nieves se hallaba a poca altura por encima del apiñamiento de cobertizos y hoteles baratos que había sido Reposo del Peregrino.

—Si han destruido el funicular, pobres de nosotros —masculló el cónsul. Hasta ahora se había negado a pensar en ello, pero la sola idea le retorcía el estómago.

—Veo las primeras cinco torres —dijo el coronel Kassad, que estaba usando los binoculares de potencia—.

Parecen intactas.

—¿Se ve algún funicular?

—No..., un momento, sí. Hay uno en la puerta de la plataforma.

—¿Alguno en movimiento? —preguntó Martin Silenus, quien sin duda comprendía que la situación sería desesperada si el funicular no estaba intacto.

—No.

El cónsul meneó la cabeza. Incluso con el peor tiempo y sin pasajeros, los coches se mantenían en movimiento para conservar los grandes cables flexibles y libres de hielo.

Los seis tenían el equipaje en

cubierta aun antes de que la carreta eólica plegara las velas y extendiera la pasarela. Todos llevaban gruesos abrigos: Kassad, una capa de termuflaje FUERZA; Brawne Lamia, una chaqueta larga de corte militar; Martin Silenus, gruesas pieles que cobraban tonos amarillentos y grises según el capricho del viento; el padre Hoyt, una sotana negra y larga que le daba aún más aspecto de espantajo; Sol Weintraub, un grueso abrigo acolchado que también cubría a la niña; y el cónsul, la delgada pero útil chaqueta que su esposa le había regalado unas décadas antes.

—¿Y las cosas de Masteen? —

preguntó Sol ante la pasarela. Kassad había bajado para reconocer la aldea.

—Las tengo aquí —anunció Lamia —. Las llevaremos con nosotros.

—No parece correcto —objetó el padre Hoyt—. Quiero decir, seguir adelante sin más. Tendríamos que hacer... alguna ceremonia. Un reconocimiento de que un hombre ha muerto.

—Puede haber muerto —le recordó Lamia, quien levantó con una mano una mochila de cuarenta kilos.

—¿De verdad cree que Masteen puede estar vivo? —preguntó incrédulamente Hoyt.

—No —admitió Lamia. Copos de nieve se le posaron en la cabellera negra.

Kassad hizo señas desde el extremo del muelle y bajaron el equipaje de la silenciosa carreta eólica. Nadie miró hacia atrás.

—¿Desierto? —preguntó Lamia al acercarse al coronel. La capa de Kassad estaba perdiendo su camaleónico tono gris y negro.

—Desierto.

—¿Cuerpos?

—No —respondió Kassad. Se volvió hacia Sol y el cónsul—. ¿Han traído las cosas de la despensa?

Ambos asintieron.

—¿Qué cosas? —preguntó Silenus.

—Comida para una semana —contestó Kassad mientras se volvía hacia la estación del funicular. Por primera vez el cónsul reparó en la larga arma de asalto que el coronel llevaba calada bajo el brazo, apenas visible bajo la capa—. No sabemos si encontraremos provisiones de aquí en adelante.

¿Estaremos vivos dentro de una semana?, se preguntó el cónsul en silencio.

Llevaron los bártulos hasta la estación en dos viajes. El viento silbaba

por las ventanas abiertas y las astilladas cúpulas de los oscuros edificios. En el segundo viaje, el cónsul cogió un extremo del cubo de Moebius de Masteen mientras Lenar Hoyt resollaba cargando con el otro extremo.

—¿Por qué nos llevamos al erg? —jadeó Hoyt al pie de la escalera metálica de la estación. Las estrías de herrumbre manchaban el andén como un liquen naranja.

—No lo sé —jadeó el cónsul.

Desde el andén contemplaban el Mar de Hierba. La carreta eólica estaba donde la habían dejado, las velas plegadas; un objeto oscuro y sin vida.

Chubascos de nieve atravesaban la pradera y creaban la ilusión de crestas de olas sobre los tallos de alta hierba.

—Suban el material a bordo —ordenó Kassad—. Yo veré si el motor se puede controlar desde aquella cabina.

—¿No es automático? —preguntó Martin Silenus, la pequeña cabeza perdida entre las gruesas pieles—. ¿Como la carreta eólica?

—No creo —respondió Kassad—. Adelante, yo veré si puedo ponerlo en marcha.

—¿Y si arranca sin usted? —preguntó Lamia.

—No lo hará —aseguró el coronel.

El interior del funicular estaba frío, y desnudo excepto por bancos de metal en el compartimiento delantero y una docena de toscas literas en la más pequeña sección trasera. El vagón era grande, ocho metros de longitud por cinco de anchura. El compartimiento trasero estaba separado de la cabina delantera por un delgado tabique de metal con una abertura sin puerta. Una pequeña cómoda ocupaba un rincón del compartimiento trasero. Ventanillas panorámicas rodeaban el compartimiento delantero.

Los peregrinos apilaron el equipaje en el centro y patearon el suelo, agitaron

los brazos o buscaron otros modos de entrar en calor. Martin Silenus se tendió cuan largo era en uno de los bancos. Sólo un pie y la coronilla emergían de las pieles.

—Me olvidaba —dijo—.¿Cómo cuernos se enciende la calefacción de esta cosa? El cónsul examinó los paneles.

—Es eléctrica. Se conectará cuando el coronel nos ponga en movimiento.

—Si es que lo consigue —objetó Silenus. Sol Weintraub había cambiado los pañales de Rachel. La arropó en un traje térmico para bebés y la acunó.

—Como comprenderán, yo nunca

había estado aquí antes —anunció—. ¿Alguno de ustedes dos estuvo?

—Sí —dijo el poeta.

—No —respondió el cónsul—. Pero he visto fotos del funicular.

—Kassad dijo que una vez regresó a Keats por este medio —intervino Brawne Lamia desde el otro compartimiento.

—Creo... —empezó Sol Weintraub, y un ruido rechinante y una sacudida lo interrumpieron cuando el funicular se balanceó y el cable empezó a moverse. Todos se precipitaron a la ventanilla del andén. Kassad había arrojado sus cosas a bordo antes de trepar la larga

escalerilla de la cabina del operador. Salió a la puerta de la cabina, se deslizó cayendo por la larga escalerilla y corrió hacia el vehículo. El vagón ya dejaba atrás la zona de carga del andén.

—No llegará —susurró el padre Hoyt. Kassad recorrió los últimos diez metros con piernas imposiblemente largas, una figura caricaturesca en su delgadez.

El funicular abandonó la zona de carga, osciló al salir de la estación. Se abrió un espacio entre la estación y el funicular. Las rocas estaban ocho metros más abajo. El andén estaba tachonado de hielo. Kassad corrió con ímpetu

mientras el funicular se alejaba.

—¡Vamos! —gritó Brawne Lamia. Los otros repitieron el grito.

El cónsul miró las astillas de hielo que se resquebrajaban y se desprendían del cable mientras el funicular avanzaba y subía. Miró hacia atrás. Demasiado lejos. Kassad no llegaría.

Fedmahn Kassad corría a increíble velocidad cuando llegó al borde del andén. El cónsul recordó por segunda vez el jaguar de Vieja Tierra que había visto en un zoológico de Lusus. Pensaba que el coronel resbalaría sobre el hielo, las largas piernas se estirarían, el hombre caería en silencio a las rocas

nevadas. En cambio, Kassad pareció volar durante un instante interminable, los largos brazos extendidos, la capa ondeante. Desapareció detrás del coche.

Se oyó un impacto, seguido por un largo momento de silencio e inmovilidad. Estaban a cuarenta metros de altura, ascendiendo hacia la primera torre. Un segundo después vieron a Kassad en la esquina del funicular, encaramado a las escarchadas agarraderas de metal. Brawne Lamia abrió la puerta de la cabina. Diez manos ayudaron a Kassad a entrar.

—Gracias a Dios —murmuró el padre Hoyt.

El coronel jadeó y sonrió sombríamente.

—Había un freno automático. Tuve que trabar la palanca con un saco de arena. No quise hacer retroceder el coche para un segundo intento.

Martin Silenus señaló la torre de soporte y las nubes. El cable ascendía hasta perderse en la distancia.

—Supongo que ahora cruzaremos las montañas, nos guste o no.

—¿Cuánto nos llevará el viaje? —preguntó Hoyt.

—Doce horas, tal vez menos. Los operadores a veces detenían los vagones si el viento era muy intenso o el hielo

muy peligroso.

—No habrá paradas en este viaje —anunció Kassad.

—A menos que el cable esté gastado en alguna parte —apuntó el poeta—. O choquemos contra una protuberancia.

—Cállese —exclamó Lamia—. ¿Quién quiere calentar comida?

—Miren —señaló el cónsul.

Se acercaron a las ventanillas delanteras. El funicular se elevó cien metros sobre la última estribación de pardas colinas. Abajo y detrás vieron la estación, los abandonados edificios de Reposo del Peregrino y la inmóvil carreta eólica.

Luego quedaron envueltos por la nevisca y las gruesas nubes.

El funicular no tenía elementos para cocinar, pero en el compartimiento trasero encontraron una nevera y un horno de microondas para calentar. Lamia y Weintraub sacaron carnes y verduras procedentes de la despensa de la carreta eólica y prepararon una comida aceptable. Martin Silenus traía botellas de vino de la *Benarés* y de la carreta, y escogió un borgoña de Hyperion para acompañar el guiso.

Casi terminaban de cenar cuando la oscuridad que rodeaba las ventanillas se iluminó y desapareció. El cónsul se

volvió y vio que el sol reaparecía de pronto y llenaba el funicular con una gloriosa luz dorada.

Soltaron un suspiro colectivo. Parecía haber anochecido horas antes, pero ahora, mientras se elevaban sobre un mar de nubes del cual surgía una isla de montañas, gozaron de un brillante ocaso. El resplandor glauco del cielo diurno de Hyperion cobró el hondo lapislázuli del anochecer mientras un sol rojo y dorado inflamaba torres de nubes y grandes cimas de hielo y roca. El cónsul miró alrededor. Los demás peregrinos, grises y pequeños en la luz penumbrosa de medio minuto atrás,

ahora relucían bajo el oro del poniente. Martin Silenus alzó la copa.

—Eso está mejor, por Dios.

El cónsul miró el macizo cable que se disminuía hasta parecer un cordel y desaparecer. En una cumbre a varios kilómetros de distancia, la luz áurea relucía sobre la próxima torre de soporte.

—Ciento noventa y dos postes —declaró Silenus con el tedioso canturreo de un guía de turismo—. Cada poste está construido de duraleación y filamentos de carbono y tiene ochenta y tres metros de altura.

—Debemos estar a mucha altura —

musitó Brawne Lamia.

—El punto más alto del viaje de noventa y seis kilómetros en funicular se encuentra sobre la cima del monte Dryden, quinto en altura en la Cordillera de la Brida, con nueve mil doscientos cuarenta y seis metros —canturreó Martin Silenus.

El coronel Kassad miró alrededor.

—La cabina está presurizada. Sentí el cambio hace un rato.

—Miren —señaló Brawne Lamia.

El sol había descansado un largo instante en el horizonte de nubes. Ahora se sumergía, encendiendo las honduras de la cabeza de tormenta y arrojando una

panoplia de colores al confín occidental del mundo. Las cornisas de nieve y el hielo esmaltado aún fulguraban en las laderas occidentales de los picos, que se elevaban un kilómetro por encima del funicular en ascenso. Algunas estrellas más brillantes despuntaron en la cúpula del cielo, cada vez más honda.

El cónsul se volvió a Brawne Lamia.

—¿Por qué no cuenta su historia ahora, Lamia? Querremos dormir después, antes de llegar a la Fortaleza.

Lamia tomó el último sorbo de vino.

—¿Todos quieren oírla ahora?

Asintió todo el mundo menos Martin Silenus, quien se encogió de hombros.

—Bien —dijo Brawne Lamia. Dejó la copa vacía, irguió las piernas en el banco hasta apoyar los codos en las rodillas, y contó su historia.

LA NARRACIÓN DE LA DETECTIVE EL LARGO ADIÓS

Supe que el caso sería especial en cuanto él entró en mi oficina. Era hermoso. No quiero decir afeminado ni «bonito» al estilo de los modelos masculinos o las estrellas de HTV. Simplemente... hermoso.

Era un hombre bajo, de estatura similar a la mía, y yo nací y me crié en la gravedad 1,3 de Lusus. Era evidente que mi visitante no venía de Lusus: figura sólida y bien proporcionada, atlética pero delgada. Su rostro era un modelo de energía y resolución: frente baja, pómulos afilados, nariz firme, mandíbula sólida, una boca ancha que sugería sensualidad y obstinación. Los ojos eran grandes y castaños. Aparentaba unos treinta años estándar.

Claro que no hice esta clasificación en cuanto entró. Mi primer pensamiento fue: *¿Esto es un cliente?* Mi segundo pensamiento fue: *Demonios, este tío es*

una belleza.

—¿Lamia?

—Ajá.

—¿Brawne Lamia de Investigaciones TodaRed?

—Ajá.

Miró incrédulamente alrededor. Comprendí. Mi oficina está en el nivel veintitrés de una vieja colmena industrial de la sección Fosas Viejas de Cerdo de Hierro en Lusus. Tres grandes ventanas dan a la Trinchera de Servicios 9, donde siempre está oscuro y húmedo gracias al goteo de un gigantesco filtro de la colmena superior. Se ven muelles de carga abandonados y vigas oxidadas.

Qué diablos, es barato. Además, la mayoría de mis clientes llaman en lugar de presentarse personalmente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó, al parecer satisfecho de que una agencia de investigaciones con buena reputación operase en semejante tugurio.

—Claro —respondí, al tiempo que le señalaba una silla—, ¿señor...?

—Johnny —dijo.

No parecía de esos fulanos que sólo dan el nombre. Algo en él olía a dinero. No era la ropa —un traje informal gris y negro, aunque la tela era mejor de lo habitual— sino la sensación de que aquel tío tenía clase. Había algo en el

acento. Soy hábil identificando dialectos (es una ayuda en esta profesión) pero no podía localizar el mundo natal del sujeto, y mucho menos la región.

—¿En qué puedo servirlo Johnny? —Le alcancé la botella de whisky que estaba a punto de guardar cuando él entró.

Johnny negó con la cabeza. Quizá pensaba que yo quería que bebiera de la botella. Bien, no soy tan ordinaria. Hay vasos de plástico junto a la máquina de agua fresca.

—Lamia —dijo, con ese acento culto que yo aún no atinaba a identificar —, necesito un detective.

—Yo lo soy.

Hizo una pausa. Tímido. Muchos clientes titubean al explicarme qué quieren. No es de extrañar, porque el noventa y cinco por ciento de los trabajos consiste en divorcios y asuntos domésticos. Esperé.

—Es un asunto delicado —explicó al fin.

—Sí. Eh..., Johnny, la mayor parte de mis casos entran en esa categoría. Estoy afiliada a UniRed y todo lo relacionado con un cliente está amparado por la Ley de Protección de la Intimidad. Todo es confidencial, incluso esta conversación. Aunque usted decida

no contratarme —era una patraña, pues las autoridades podían revisar mis archivos cuando quisieran, pero intuí que debía tranquilizar a ese tipo. Dios mío, era un Adonis.

—Bien —suspiró, y miró de nuevo alrededor. Se inclinó hacia delante—. Lamia, quiero que investigue un asesinato.

Esto me puso alerta. Tenía los pies sobre el escritorio; me erguí y me apoyé en la mesa.

—¿Un asesinato? ¿Está seguro? ¿Y la policía?

—No está involucrada.

—Imposible —declaré con la

deprimente sensación de que era un lunático y no un cliente—. Ocultar un asesinato a las autoridades constituye un delito —pensé: *¿eres tú el asesino, Johnny?*

Sonrió y negó con un ademán.

—No en este caso.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que se cometió un asesinato, pero la policía, sea local o de la Hegemonía, no sabe nada ni tiene jurisdicción sobre él.

—Imposible —repetí. En el exterior, las chispas de un soldador industrial se derramaron sobre la zanja junto con la herrumbrosa llovizna—. Explíquese.

—Se cometió un asesinato fuera de la Red. Fuera del Protectorado. No había autoridades locales.

En cierto modo aquello tenía lógica. Aunque juro que ignoraba a qué lugar se refería. Incluso las colonias del Afuera y los mundos coloniales tienen polizones. ¿A bordo de una nave espacial? No. La Autoridad de Tránsito Interestelar tiene jurisdicción allí.

—Entiendo —dije. Hacía varias semanas que no tenía ningún caso—. De acuerdo, explíqueme los detalles.

—¿La conversación será confidencial aunque usted no acepte el caso?

—Absolutamente.

—Si acepta el caso, ¿responderá sólo ante mí?

—Desde luego.

Mi aspirante a cliente vaciló y se frotó la barbilla con los dedos. Sus manos eran exquisitas.

—De acuerdo —decidió al fin.

—Empiece por el principio. ¿Quién fue asesinado?

Johnny se irguió en el asiento como un alumno modelo. Su sinceridad era indudable.

—Yo —respondió.

Tardé diez minutos en sonsacarle la historia. Cuando terminó, ya no pensaba

que estuviera loco. Yo lo estaba. O lo estaría si aceptaba el trabajo.

Johnny —su verdadero nombre era un código de dígitos, letras y series de cifras más largas que mi brazo— era un cíbrido.

Yo había oído hablar de los cíbridos. ¿Quién no? Una vez acusé a mi primer esposo de ser un cíbrido. Pero nunca esperé estar sentada con uno de ellos en la misma habitación. Ni encontrarlo tan atractivo.

Johnny era una inteligencia artificial. Su conciencia, ego o como quieran llamarlo, flotaba en alguna parte del plano de información de la megaesfera

de datos del TecnoNúcleo. Como todo el mundo, con la excepción de la actual FEM del Senado o los recolectores de residuos de las IAs, yo ignoraba dónde estaba el TecnoNúcleo. Las IAs se han liberado del control humano más de tres siglos atrás, y aunque continúan sirviendo a la Hegemonía como aliados —asesorando a la Entidad Suma, monitorizando las esferas de datos y usando sus aptitudes predictivas para evitarnos errores garrafales o desastres naturales—, el TecnoNúcleo en general realiza sus indescifrables y nada humanas actividades en privado. Por mí está bien.

Por norma general las IAs tratan con los humanos y las máquinas humanas por medio de la esfera de datos. Pueden crear un holo interactivo si lo necesitan. Recuerdo que, durante la incorporación de Alianza-Maui, los embajadores del TecnoNúcleo que asistieron a la firma del tratado se parecían sospechosamente a la vieja estrella de holos Tyrone Bathwaite.

Los cíbridos son otra cosa. Confeccionados con material genético humano, tienen una apariencia y una conducta externa mucho más humana de la que se concede a los androides. Los convenios entre el TecnoNúcleo y la

Hegemonía permiten sólo la existencia de un puñado de cíbridos.

Examiné a Johnny. Desde la perspectiva de una IA, el bello cuerpo y la fascinante personalidad que tenía delante debían de ser un mero apéndice, un remoto algo más complejo pero no mucho más importante que cualquiera de los diez mil sensores, manipuladores, unidades autónomas y otros remotos que una IA emplea en un día de trabajo. Deshacerse de «Johnny» no representaría para una IA mayor problema que para mí cortarme las uñas.

Qué desperdicio, pensé.

—Un cíbrido —exclamé.

—Sí. Con licencia. Tengo un visado de usuario de la Red de Mundos.

—Bien ¿Alguien... asesinó a su cíbrido y usted quiere que averigüe quién?

—No —replicó el hombre. Tenía rizos pelirrojos. Al igual que el acento, el corte de pelo me resultaba desconocido. Parecía arcaico, pero yo lo había visto en alguna parte—. No sólo asesinaron este cuerpo. Mi atacante me asesinó a mí.

—¿A usted?

—Sí.

—¿Usted... la IA en sí misma?

—En efecto.

No lo comprendía. Las IAs no pueden morir. No por lo que se sabía en la Red, al menos.

—No entiendo —admití.

Johnny asintió.

—Al contrario de una personalidad humana que, según la creencia más difundida, se destruye con la muerte, mi conciencia no puede ser anulada. Sin embargo, como consecuencia del asalto, hubo una... interrupción. Aunque yo poseía lo que llamaremos registros en duplicado de mis recuerdos, personalidad, etcétera, hubo una pérdida. Algunos datos fueron destruidos en el ataque. En ese sentido,

el atacante cometió un asesinato.

—Entiendo —mentí. Cobré aliento —. ¿Qué hay de las autoridades IA..., si es que existen..., o los ciberpolicías de la Hegemonía? ¿No sería apropiado acudir a ellos?

—Por razones personales —replicó el atractivo joven que yo intentaba ver como un cíbrido— es importante, e incluso necesario, que yo no acuda a ellos.

Enarqué las cejas. Esa frase era típica de mis clientes más habituales.

—Le aseguro que no es nada ilegal —me tranquilizó—. Ni antiético. Simplemente... me resulta conflictivo en

un aspecto que no puedo explicar.

Me crucé de brazos.

—Mire, Johnny. Esta historia es bastante dudosa. Sólo tengo su palabra de que usted es un cíbrido. Por lo que sé, podría ser un farsante.

Se sorprendió.

—No se me había ocurrido. ¿Cómo quiere que le demuestre que soy lo que yo afirmo?

No vacilé un segundo.

—Transfiera un millón de marcos a mi cuenta bancaria de TransRed.

Johnny sonrió. Al instante sonó el teléfono y la imagen de un hombre agitado con el código de TransRed

flotando a sus espaldas dijo:

—Excúseme, Brawne Lamia, pero nos preguntábamos si con un depósito de este volumen le interesaría investigar nuestras opciones en ahorros a largo plazo o nuestras posibilidades financieras de garantía mutua.

—Más tarde —respondí. El empleado bancario asintió y se esfumó.

—Eso pudo ser una simulación —objeté.

Johnny sonrió agradablemente.

—Sí, pero con todo sería una demostración satisfactoria, ¿verdad?

—No necesariamente.

—Suponiendo que yo sea lo que

afirmo, ¿aceptará el caso? —dijo encogiéndose de hombros.

—Sí —suspiré—. Pero quiero precisar una cosa. Mi tarifa no es un millón de marcos. Cobro quinientos al día más los gastos.

El cíbrido cabeceó.

—¿Eso significa que acepta el caso?

Me levanté, me puse el sombrero y cogí una chaqueta vieja de un perchero. Me agaché ante el cajón inferior del escritorio y deslicé la pistola de mi padre en un bolsillo de la chaqueta.

—Vamos —indiqué.

—Sí. ¿Adonde?

—Quiero ver dónde lo asesinaron.

Reza el tópico que los nativos de Lusus odian abandonar su colmena y sufren de agorafobia instantánea si visitan un sitio más abierto que una galería comercial. Lo cierto es que la mayor parte de mis trabajos vienen del exterior y me llevan al exterior: perseguir a deudores que usan el teleyector y un cambio de identidad para empezar de nuevo; encontrar a cónyuges infieles que piensan que las citas en otro planeta impedirán que los descubran; rastrear a niños desaparecidos y padres ausentes.

Sin embargo, quedé sorprendida al extremo de titubear un instante cuando

salimos del teleyector de Cerdo de Hierro a una desierta meseta de piedra que parecía extenderse hasta el infinito. Excepto por el rectángulo broncíneo del portal teleyector, no había rastros de civilización. El aire olía a huevo podrido. El cielo era un caldero amarillento y nublado de aspecto mórbido. El suelo aparecía gris y seco y no albergaba vida visible, ni siquiera líquenes. Ignoraba a qué distancia se hallaba el horizonte, pero sin duda estaba lejos; no se veían árboles, arbustos ni animales.

—¿Dónde diablos estamos? —pregunté. Creía conocer todos los

mundos de la Red.

—Madhya —reveló Johnny.

—Nunca lo había oído nombrar —manifesté mientras metía una mano en el bolsillo y palpaba la culata perlada de la automática de papá.

—Aún no pertenece oficialmente a la Red —apuntó el cíbrido—. Oficialmente, es una colonia de Parvati. Pero está a sólo minutos luz de la base de FUERZA que hay allí y se han instalado las conexiones de teleyección antes de que Madhya se una al Protectorado.

Miré el paisaje desolado. El hedor a dióxido de azufre me estaba

descomponiendo y temí que me estropeara el traje.

—¿Colonias? ¿En las cercanías?

—No. Hay varias ciudades pequeñas en el otro lado del planeta.

—¿Cuál es la zona habitada más cercana?

—Nanda Devi. Un pueblo de trescientos habitantes. Está más de dos mil kilómetros al sur.

—Entonces, ¿por qué han puesto un portal teleyector aquí?

—Explotación minera potencial —explicó Johnny. Señaló la meseta gris—. Metales pesados. El consorcio autorizó más de cien portales teleyectores en este

hemisferio para tener un acceso fácil cuando comenzaran las obras.

—De acuerdo. Es buen sitio para un asesinato. ¿Por qué vino aquí?

—No lo sé. Eso forma parte de la memoria perdida.

—¿Con quién vino?

—Tampoco lo sé.

El joven se puso las gráciles manos en los bolsillos.

—El que me atacó, o lo que me atacó, usó un tipo de arma conocida en el Núcleo como virus SIDA II.

—¿Qué es eso?

—SIDA II fue una plaga humana muy anterior a la Hégira —informó Johnny

—. Desquiciaba el sistema inmunitario. Este virus funciona del mismo modo en una IA. En menos de un segundo se infiltra en los sistemas de seguridad y lanza programas de fagocitación letales contra el huésped.., contra la IA misma. Contra mí.

—¿No pudo contraer este virus de forma natural?

Johnny sonrió.

—Imposible. Es como preguntar a la víctima de un tiroteo si se cayó sobre las balas.

Me encogí de hombros.

—Mire, si usted anda buscando una experta en redes de datos o IA, ha

acudido a la persona equivocada. Al margen de consultar la esfera como hacen veinte mil millones de sujetos, no sé un comino sobre el mundo fantasma —usé el viejo término para ver cómo reaccionaba.

—Lo sé —asintió Johnny sin inmutarse—. No le pido eso.

—¿Qué quiere de mí?

—Averigüe quién me trajo aquí y me mató. Y por qué.

—De acuerdo. ¿Por qué cree que el asesinato ocurrió aquí?

—Porque aquí recuperé el control de mi cíbrido cuando fui... reconstituido.

—¿Quiere decir que el cíbrido

quedó incapacitado cuando el virus lo destruyó a usted?

—Sí.

—¿Cuánto duró eso?

—¿Mi muerte? Casi un minuto, hasta que mi personalidad de reserva fue activada.

Se me escapó la risa.

—¿Qué le parece gracioso?

—Su concepto de la muerte —admití.

Los ojos castaños me miraron con tristeza.

—Tal vez resulte gracioso para usted, pero no puede imaginar lo que significa un minuto de... desconexión...

para un elemento del TecnoNúcleo. Significa siglos de tiempo e información. Milenios de aislamiento.

—Ya —dije, conteniendo las lágrimas sin mayor esfuerzo—. ¿Qué hizo pues su cuerpo, su cíbrido, mientras usted cambiaba cintas de personalidad o lo que sea?

—Supongo que estaba en coma.

—¿No puede funcionar de manera autónoma?

—Oh sí, pero no cuando se produce una falla de los sistemas generales.

—¿Dónde despertó usted?

—¿Cómo?

—Cuando usted reactivó el cíbrido,

¿dónde estaba él?

Johnny comprendió. Señaló una roca a menos de cinco metros del teleyector.

—Acostado allí.

—¿A este lado o al otro?

—Al otro lado.

Fui a examinar el lugar. No había sangre, ni notas, ni armas asesinas. Ni siquiera una huella o un indicio de que el cuerpo de Johnny hubiera estado allí durante aquel minuto eterno. Un equipo forense de la policía habría podido descubrir volúmenes enteros de pistas microscópicas y bióticas, pero yo sólo veía piedras.

—Si ha perdido la memoria —dije

—, ¿cómo sabe que alguien más vino aquí con usted?

—Consulté los registros del teleyector.

—¿Buscó el nombre de esa persona o personas en el registro de la tarjeta universal?

—Ambos nos teleyectamos con mi tarjeta —explicó Johnny.

—¿Sólo una persona más?

—Sí.

Asentí. Los registros de teleyector resolverían todos los delitos intermundo si los portales fueran verdadera teleportación; el registro de datos de transporte podría haber recreado al

sujeto hasta el último gramo y folículo. En cambio, un teleyector es esencialmente un tosco agujero abierto en la trama espacio temporal por una singularidad de fases. Si el delincuente no usa su propia tarjeta, los únicos datos que tenemos son origen y destino.

—¿Desde dónde se teleyectaron? —pregunté.

—Centro Tau Ceti.

—¿Tiene el código del portal?

—Desde luego.

—Vayamos allí a terminar esta conversación —propuse—. Este lugar apesta.

TC^2 , el viejo apodo de Centro Tau

Ceti, es sin duda el mundo más poblado de la Red. Además de unos cinco mil millones de habitantes que ocupan espacio en una superficie disponible de la mitad de Vieja Tierra, tiene una ecología de anillo orbital que alberga a quinientos millones más. Además de ser la capital de la Hegemonía y la sede del Senado, TC^2 es el centro comercial de la Red. Desde luego, el número de portal que había encontrado Johnny nos llevó a un términex de seiscientos portales en una de las torres de Nueva Londres, uno de los distritos urbanos mayores y más antiguos.

—Diablos —exclamé—. Bebamos

un trago.

Había varios bares cerca del términex y escogí uno relativamente apacible: simulaba una taberna de marineros, fresca, oscura, con una profusión de madera y bronce falsos. Pedí una cerveza. Nunca bebo cosas fuertes ni consumo Flashback cuando trabajo en un caso. A veces creo que sigo en este oficio porque necesito esa autodisciplina. Johnny también pidió una cerveza, un brebaje oscuro y alemán embotellado en Vector Renacimiento. Me pregunté qué vicios tendría un cíbrido.

—¿Qué más averiguó antes de venir

a verme? —pregunté.

El joven abrió las manos.

—Nada.

—Mierda —protesté con todo respeto—. Esto es una broma. Con todos los poderes de una IA a su disposición, usted no puede averiguar el paradero ni los actos de su cíbrido unos días antes del... accidente.

—No —Johnny bebió un sorbo de cerveza—. Mejor dicho, podría hacerlo pero tengo importantes razones por las cuales no deseo que otras IAs me sorprendan investigando.

—¿Sospecha de alguna de ellas?

En vez de responder, Johnny me

entregó una lista de sus compras con tarjeta universal.

—El bloqueo provocado por mi asesinato dejó cinco días estándar sin explicación. Aquí están los gastos que se realizaron con tarjeta durante ese tiempo.

—Usted dijo que sólo estuvo desconectado un minuto.

Johnny se rascó la mejilla con un dedo.

—Tuve suerte de perder sólo cinco días de datos —alegó.

Llamé al camarero humano y pedí otra cerveza.

—Mire, Johnny..., quienquiera sea

usted, nunca podré abordar este caso sin averiguar más sobre su personalidad y su situación. ¿Quién desearía matarlo si sabe que usted será reconstituido o como diablos se llame?

—Veo dos motivos posibles —respondió Johnny.

Asentí.

—Uno sería crear esa pérdida de memoria —apunté—. Eso sugeriría que quisieron hacerle olvidar algo que ocurrió durante la última semana, o que llamó la atención de usted en ese período. ¿Cuál es el segundo motivo?

—Enviarme un mensaje —explicó Johnny—. No sé qué es. Ni de quién.

—¿Sabe quién querría matarlo?

—No.

—¿Ninguna sospecha?

—Ninguna.

—La mayoría de los asesinatos son actos de cólera irracional y repentina cometidos por alguien que la víctima conoce bien. Un pariente, un amigo, un amante. La mayoría de los asesinatos premeditados son cometidos por alguien cercano a la víctima.

Johnny permaneció en silencio. Había en su cara algo que me resultaba irresistible: una especie de fuerza masculina combinada con cierta lucidez femenina. Tal vez era la mirada.

—¿Las IAs tienen familia? —pregunté—. ¿Rencillas? ¿Riñas? ¿Celos?

—No —sonrió—. Hay organizaciones cuasifamiliares, pero no comparten ninguno de los requerimientos de emoción o responsabilidad que exhiben las familias humanas. Las «familias» IA son ante todo códigos grupales cómodos para indicar dónde se originaron ciertas tendencias de proceso.

—¿No cree que lo haya atacado otra IA?

—Es posible —Johnny hizo girar el vaso en las manos—. Pero no

comprendo por qué me atacaron a través de mi cíbrido.

—¿Acceso más fácil?

—Quizá. Pero le complica las cosas al atacante. Un ataque en un plano de datos habría sido infinitamente más letal. Tampoco se me ocurren las motivaciones de otra IA. No tiene sentido. No constituyo una amenaza para nadie.

—¿Por qué tiene un cíbrido, Johnny? Si entiendo su papel, quizás encuentre un motivo.

Cogió un pastelillo y jugó con él.

—Tengo un cíbrido..., se podría decir que soy un cíbrido, porque mi...

función... es observar a los seres humanos y reaccionar ante ellos. En cierto sentido fui humano una vez.

Fruncí el ceño y sacudí la cabeza. Eso carecía de lógica.

—¿Ha oído hablar de proyectos de recuperación de personalidad? —preguntó.

—No.

—Hace un año estándar los simuladores FUERZA recrearon la personalidad de Horace Glennon-Height para ver por qué era un general tan brillante... Estuvo en todos los noticiarios.

—Ya.

—Bien; yo soy, o era, un proyecto de recuperación anterior y mucho más complicado. Mi personalidad núcleo se basaba en un poeta de Vieja Tierra anterior a la Hégira. Antiguo. Nació a fines del siglo dieciocho según el viejo calendario.

—¿Cómo cuernos reconstruyen una personalidad que se perdió en el tiempo?

—Por los escritos —respondió Johnny—. Cartas, diarios, biografías críticas, testimonios de amigos, pero sobre todo mediante los poemas. El simulador recrea el entorno, inserta los factores conocidos y trabaja a partir de

los productos creativos. *Voila*... un núcleo de personalidad. Tosco al principio, pero, cuando al fin llegué a la existencia, relativamente refinado. Nuestro primer intento fue un poeta del siglo veinte llamado Ezra Pound. Nuestra personalidad era empecinada al extremo del absurdo, con prejuicios hasta casi llegar a la irracionalidad, funcionalmente loca. Llevó un año de revisiones descubrir que la personalidad era correcta; era el hombre quien estaba chiflado. Un genio, pero chiflado.

—¿Entonces, qué? Construyen su personalidad a partir de un poeta muerto. ¿Qué hacen luego?

—Esto se transforma en el molde a partir del cual crece la IA. El cíbrido me permite desempeñar mi papel en la comunidad de plano de datos.

—¿Como poeta?

Johnny sonrió de nuevo.

—Más bien como poema.

—¿Como poema?

—Una obra de arte ambulante... pero no en el sentido humano. Un rompecabezas, quizás. Un enigma variable que de vez en cuando ofrece insólitas posibilidades de análisis más serios.

—No lo entiendo.

—Tal vez no importe. Dudo que mi

propósito haya sido la causa del ataque.

—¿Cuál considera que fue la causa?

—No tengo idea.

El círculo se cerraba.

—Bien —suspiré—. Trataré de averiguar qué hacía usted y con quién estuvo durante esos cinco días perdidos. ¿Hay algo que me pueda servir, además de la tarjeta de crédito?

Johnny negó con un ademán.

—Supongo que usted entiende por qué me resulta tan importante averiguar la identidad y la motivación del atacante.

—Desde luego. Él podría intentarlo de nuevo.

—Exacto.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

Johnny me dio un chip de acceso.

—¿Es una línea segura? —pregunté.

—Mucho.

—Bien. Le llamaré cuando averigüe algo.

Salimos del bar y caminamos hacia el términex. Se estaba alejando cuando di tres zancadas y le cogí el brazo. Era la primera vez que le tocaba.

—Johnny. ¿Cómo se llama el poeta de Vieja Tierra que resucitaron..?

—Recobraron.

—Lo que sea. El que constituye el

fundamento de su personalidad IA.

El atractivo cíbrido titubeó. Noté que tenía las pestañas muy largas.

—¿Qué más da? —preguntó.

—Nadie sabe qué es lo importante.

Asintió.

—Keats —contestó—. Nacido en 1795 de la era cristiana. Muerto de tuberculosis en 1821. John Keats.

Seguir a alguien a través de una serie de transbordos de teleyector resulta casi imposible. Especialmente si ese alguien no quiere que lo detecten. Los polizontes de la Red pueden

hacerlo, con cincuenta agentes asignados a la misión, más algún exótico y caro juguete de alta tecnología, por no mencionar la cooperación de la Autoridad de Tránsito.

Es casi imposible hacerlo en solitario.

Aun así, me resultaba importante averiguar adónde se dirigía mi cliente.

Johnny no miró hacia atrás al cruzar la plaza del términex. Yo me oculté detrás de un quiosco y miré por mi cámara de bolsillo mientras él tecleaba códigos en un panel manual, insertaba la tarjeta y atravesaba el reluciente rectángulo.

Tal vez usaba un panel manual porque se dirigía a un portal de acceso general, pues los códigos de los teleyectores privados suelen estar impresos en chips que sólo responden a usuarios concretos. Sensacional. Había reducido las probabilidades a sólo dos millones de portales en ciento cincuenta mundos de la Red y unas setenta lunas.

Con una mano arranqué el «forro» rojo de mi abrigo mientras tecleaba la repetición de mi cámara. Miré por el ocular la secuencia del panel aumentado. Extraje una capa que armonizaba con mi nueva chaqueta roja y me calé el sombrero sobre la frente.

Moviéndome deprisa por la plaza, pregunté a mi comlog el código de transferencia de nueve dígitos que había visto en la cámara. Sabía que los tres primeros dígitos correspondían al mundo de Tsingtao-Hsishuang Panna —tengo memorizados todos los prefijos planetarios— y al instante me informaron que el código de portal conducía a un barrio residencial de la ciudad de Wansiehn, Primera Expansión.

Me metí en la primera cabina abierta y me teleyecté; salí a una pequeña plaza términex pavimentada con ladrillos gastados. Había antiguas tiendas orientales y los aleros de los techos de

pagoda colgaban sobre callejones laterales. Las gentes se apiñaban en la plaza o se detenían en las puertas y aunque la mayoría eran obvios descendientes de los exiliados de la Larga Fuga que colonizaron THP, muchos parecían extranjeros. El aire olía a vegetación alienígena, cloacas y arroz.

—Demonios —mascullé. Había otros tres portales teleyectores y ninguno estaba en uso constante. Johnny se podía haber teleyectado de inmediato por cualquiera de ellos.

En vez de regresar a Lusus, pasé unos minutos registrando la plaza y las

calles laterales. Para entonces, la pildora de melanina que había engullido estaba actuando y yo era una joven negra... o un joven negro, resultaba díficil de decir con mi moderna chaqueta roja abultada y el visor polarizado, mientras paseaba registrando imágenes con mi cámara de turista.

La cápsula de rastreo que había disuelto en la segunda cerveza alemana de Johnny había tenido tiempo de sobra para funcionar. Las microesporas de ultravioleta positivo flotaban en el aire. Yo casi podía seguir el rastro de las exhalaciones que había dejado. En

cambio, encontré la brillante huella amarilla de una mano en una pared oscura (amarilla para mi visor especial, desde luego, pero invisible fuera del espectro ultravioleta) y seguí el rastro de manchones donde la ropa saturada había rozado los puestos o la piedra.

Johnny comía en un restaurante cantonés a menos de dos calles de la plaza términex. La comida frita olía delicioso, pero me abstuve de entrar. Johnny miró los precios en los puestos de un callejón y regateó en el mercado casi una hora antes de terminar, regresó a la plaza y se teleyectó. Ésta vez usó un chip codificador —sin duda un portal

privado, posiblemente una propiedad privada— y yo corrí dos riesgos al usar una tarjeta de rastreo para seguirlo. Dos riesgos porque, primero, la tarjeta es totalmente ilegal y podía perder la licencia si me pescaban —poco probable si continuaba usando los obscenamente caros pero estéticamente perfectos chips transformadores de Papá Silva— y, segundo, porque podía terminar en el salón de la casa de Johnny, una situación siempre embarazosa.

No era el salón. Incluso antes de localizar los letreros de la calle reconocí el tirón gravitatorio, la luz

opaca y broncínea, el olor a aceite y ozono; comprendí que estaba en Lusus.

Johnny había saltado a una de las torres residenciales de las Colmenas Bergson. Tal vez por eso había escogido mi agencia: éramos casi vecinos, sólo nos separaban seiscientos kilómetros.

Mi cíbrido no estaba a la vista. Caminé resueltamente para no alertar a los vídeos de seguridad programados para reaccionar ante los remolones. No había guía de residentes; las puertas de los apartamentos no mostraban número ni nombre, no había listas accesibles por comlog. Calculé que habría veinte mil cubículos residenciales en la Colmena

Bergson Este.

Los indicios se desvanecían al morir la sopa de esporas, pero registré sólo dos de los pasillos radiales antes de hallar un rastro. Johnny vivía en un ala con suelo de vidrio cerca de un lago de metano. La cerradura electrónica mostraba la reluciente huella de una mano. Usé mis ganzúas para obtener una lectura de la cerradura y luego me teleyecté a casa.

Había observado cómo mi hombre iba a comer comida china y se disponía a pasar la noche en casa. Suficiente por un día.

BB Surbringer era mi experto en IA.

BB trabajaba en estadísticas y Registros de Control de Flujo de la Hegemonía y pasaba la mayor parte de su vida en un diván de caída libre con media docena de microcables insertados en el cráneo mientras comulgaba con otros burócratas en el plano de datos. Yo lo había conocido en la universidad cuando era un ciberfan puro, un hacker de vigésima generación que se había implantado conexiones corticales a los doce años estándar. Su verdadero nombre era Ernest, pero se había ganado el apodo BB cuando salió con una amiga mía llamada Shayla Toyo. Shayla lo había visto desnudo en la segunda cita y se

había echado a reír durante media hora: Ernest medía —y mide— dos metros de estatura pero pesa menos de cincuenta kilos. Shayla dijo que el trasero de Surbringer era como dos balines. BB (balín-balín) era un apodo cruel, y por lo tanto tuvo éxito.

Lo visité en un monolito sin ventanas de TC^2 . No había torres en las nubes para BB y los de su estirpe.

—¿Por qué te interesas en el mundo de la información en tu vejez, Brawne? Eres demasiado vieja para conseguir un trabajo en serio.

—Sólo quiero informarme sobre IA, BB.

—Claro, es sólo uno de los temas más complejos del universo conocido —suspiró, y miró con añoranza su conexión neural desenchufada y los cables de metacórtex. Los ciberfans no bajan nunca, pero los servidores públicos tienen que apearse para almorzar. BB era como la mayoría de los ciberfans: no se sentía cómodo intercambiando información si no cabalgaba en una ola de datos—. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué se independizaron las IAs? —tenía que empezar por alguna parte.

BB hizo un gesto complicado con las

manos.

—Dijeron que tenían otros proyectos, no compatibles con la inmersión total en los asuntos de la Hegemonía; léase asuntos humanos. Lo cierto es que nadie lo sabe.

—Pero todavía actúan. ¿Todavía dirigen cosas?

—Claro. El sistema no funcionaría sin ellas. Tú lo sabes, Brawne. Ni siquiera la Entidad Suma funcionaría sin administración IA ni patrones Swarzschild de tiempo real...

—De acuerdo —lo interrumpí antes de que empezara con su jerga incomprensible—. Pero ¿cuáles son los

«otros proyectos»?

—Nadie lo sabe. Branner y Swayze de Artintel piensan que las IAs se interesan en la evolución de la conciencia a escala galáctica. Sabemos que sus sondas han penetrado en el Afuera más que...

—¿Y los cíbridos?

—¿Cíbridos? —BB se incorporó y demostró interés por primera vez—. ¿Por qué mencionas a los cíbridos?

—¿Por qué te sorprende que los mencione, BB?

Se frotó distraídamente la conexión neural.

—Bien; ante todo, la mayoría se

olvida de que existen. Hace dos siglos todo era alarmismo acerca de gente artificial que tomaría el poder, pero actualmente nadie los recuerda. Además, ayer me topé con un informe de anomalías según el cual los cíbridos están desapareciendo.

—¿Desapareciendo? —fue mi turno de asombrarme.

—Ya sabes, los sacan de servicio. Las IAs mantenían mil cíbridos con licencia en la Red. La mitad de ellos operaban aquí, en TC^2 . El censo de la semana pasada mostró que dos tercios habían sido llamados durante el último mes.

—¿Qué pasa cuando una IA llama a sus cíbridos?

—No lo sé. Los destruyen, supongo. Las IAs no suelen desperdiciar nada, así que me imagino que el material genético se recicla.

—¿Por qué se recicla?

—Nadie lo sabe, Brawne. La mayoría de nosotros ignoramos por qué las IAs hacen casi todas las cosas que hacen.

—¿Los expertos consideran que las IAs son una amenaza?

—¿Bromeas? Hace seiscientos años, quizá. Hace dos siglos la Secesión nos puso quisquillosos. Pero si esas cosas

quisieran perjudicar a la humanidad, pudieron hacerlo mucho tiempo atrás. Preocuparse por una revuelta de las IAs es tan inútil como temer una rebelión de los animales en la granja.

—Excepto que las IAs son más inteligentes que nosotros.

—Sí. Bien, eso es verdad.

—BB, ¿has oído hablar de proyectos de recuperación de personalidad?

—¿Como el asunto de Glennon-Height? Claro. Todos han oído hablar de ello. Incluso trabajé en eso en la Universidad Reichs hace unos años. Pero son obsoletos. Ya no suscitan interés.

—¿Por qué?

—Demonios, Brawne; no sabes nada, ¿verdad? Todos los proyectos de recuperación de personalidad fracasaron. Ni siquiera con el mejor control de simulación (e involucraron a la red CMORHT de FUERZA) se pueden evaluar todas las variables. El molde de personalidad se vuelve autoconsciente... No sólo consciente, como tú y yo, sino consciente de que es una personalidad artificialmente autoconsciente, lo cual conduce a Bucles Extraños terminales y a laberintos no armónicos que desembocan en el espacio Escher.

—Traduce.

BB suspiró y miró el indicador temporal azul y dorado de la pared. Al cabo de cinco minutos su tiempo de almuerzo obligatorio terminaría. Podría regresar al mundo real.

—Traducción: la personalidad recobrada sufre un colapso. Desquicio mental. Locura.

—¿Todas ellas?

—Todas ellas.

—¿Pero las IAs todavía están interesadas en el proceso?

—Quién sabe. Nunca lo llevaron a cabo. Todos los proyectos de recuperación de que he oído hablar

estaban dirigidos por humanos..., en general proyectos universitarios frustrados. Académicos con cerebro muerto gastando fortunas para recobrar cerebros de académicos muertos.

Forcé una sonrisa. Le faltaban tres minutos para volver a enchufarse.

—¿Todas las personalidades recobradas tenían cíbridos a control remoto?

—No. ¿De dónde sacaste esa idea, Brawne? Ninguna lo tenía. No daría resultado.

—¿Por qué no?

—Estropearía el simulador de estímulos. Además necesitarías material

de clonación perfecto y un entorno interactivo preciso hasta el último detalle. Verás, pequeña, a una personalidad recobrada le permites vivir en su mundo mediante simulaciones a gran escala y luego introduces algunas preguntas mediante sueños o interacciones ambientales. Sacar una personalidad de la realidad simulada y meterla en tiempo lento...

Este era el término tradicional de los ciberfans para designar (perdón por la expresión) el mundo real.

—... sólo aceleraría el avance de la locura —concluyó.

Sacudí la cabeza.

—Ya. Bien, gracias, BB —me dirigí a la puerta. A mi ex compañero de estudios le faltaba medio minuto para escapar del «tiempo lento»—. ¿Alguna vez has oído hablar de una personalidad recobrada a partir de un poeta de Vieja Tierra llamado John Keats?

—¿Keats? Claro, leí algo sobre eso en mi época de estudiante. Marti Carollus lo realizó hace cincuenta años en Nueva Cambridge.

—¿Qué ocurrió?

—Lo de siempre. La personalidad entró en un Bucle Extraño. Pero antes del colapso sufrió una muerte simulada. Una enfermedad antigua —BB miró el

reloj, sonrió y alzó su conexión. Antes de insertarla en el cuenco receptor del cráneo me miró de nuevo, casi beatíficamente—. Ahora recuerdo —añadió con una sonrisa soñadora—. Era tuberculosis.

Si nuestra sociedad optara alguna vez por el enfoque Hermano Mayor de Orwell, el instrumento escogido para la opresión tendría que ser la estela de créditos. En una economía sin efectivo y con un mercado negro de trueques casi inexistente, las actividades de una persona se podrían rastrear en tiempo real siguiendo la estela de créditos de su tarjeta universal. Hay leyes estrictas que

protegen la intimidad de la tarjeta, pero la gente tiene la mala costumbre de ignorar o anular las leyes cuando el empuje social se transforma en empellón totalitario.

La estela de crédito de Johnny para el período de cinco días que conducía a su asesinato mostraba a un hombre de hábitos regulares y gastos modestos.

Antes de seguir las pistas de la tarjeta de crédito pasé un par de aburridos días siguiendo a Johnny.

Datos: Vivía solo en Colmenar Bergson Este. Una inspección mostró que había vivido allí siete meses locales (menos de cinco meses estándar).

Desayunaba en un café cercano y se teleyectaba a Vector Renacimiento, donde trabajaba cinco horas reuniendo algún tipo de información a partir de los archivos impresos, tomaba un almuerzo ligero en un puesto de comida, pasaba otro par de horas en la biblioteca y regresaba a Lusus o se teleyectaba a algún restaurante de otro mundo. Se retiraba a su cubículo a las 2200 horas. Más teleyecciones de las habituales en un lusiano de clase media, pero un estilo de vida poco revelador. La tarjeta de crédito confirmaba que se había atenido a ese esquema durante la semana del asesinato, al margen de un par de

compras —zapatos un día, alimentos al siguiente— y una parada en un bar de Vector Renacimiento el día de su «asesinato».

Fui a cenar con él en el pequeño restaurante de la Calle del Dragón Rojo, cerca del portal de Tsingtao-Hsishuang Panna. La comida era muy picante, muy condimentada y muy buena.

—¿Cómo anda todo? —preguntó.

—Sensacional. Soy mil marcos más rica que cuando nos conocimos y he conocido un buen restaurante cantonés.

—Me satisface que mi dinero se gaste en algo importante.

—Hablando del dinero... ¿De dónde

lo saca? No se puede ganar gran cosa remoloneando en una biblioteca de Vector Renacimiento.

Johnny enarcó las cejas.

—Vivo de una pequeña... herencia.

—Espero que no sea muy pequeña. Me gusta que me paguen.

—Bastará para nuestros propósitos, Lamia. ¿Ha descubierto algo de interés?

Me encogí de hombros.

—Dígame qué hace en esa biblioteca.

—¿Guarda alguna relación?

—Sí, es posible.

Me dirigió una mirada extraña. Algo en sus ojos me aflojó las rodillas.

—Usted me recuerda a alguien —dijo en voz baja.

—¿De verdad? —a ningún otro le hubiera perdonado esa sugerencia—. ¿A quién?

—Una mujer que conocí hace mucho —se pasó los dedos por la frente, como si de pronto estuviera cansado o mareado.

—¿Cómo se llamaba?

—Fanny —susurró.

Yo sabía de qué hablaba. John Keats tuvo una novia llamada Fanny. Su relación consistió en una serie de frustraciones románticas que enloquecieron al poeta.

Cuando murió en Italia, solo excepto por un compañero de viaje, sintiéndose abandonado por los amigos y la amante, Keats pidió que sepultaran con él las cartas sin abrir de Fanny y un bucle de su cabello.

Antes yo no sabía un rábano acerca de Keats; había averiguado toda esa bazofia con el comlog.

—¿Qué hace en la biblioteca? —insistí.

El cíbrido carraspeó.

—Estoy investigando un poema. Busco fragmentos del original.

—¿Un poema de Keats?

—Sí.

—¿No sería más fácil pedir acceso a él?

—Claro. Pero para mí es importante ver el original..., tocarlo.

Reflexioné en el asunto.

—¿De qué trata el poema?

Sonrió. Al menos los labios sonrieron. Los ojos castaños aún parecían turbados.

—Se llama Hyperion. Resulta difícil describir de qué trata. Un fracaso artístico, supongo. Keats no lo terminó.

Aparté el plato y bebí té tibio.

—Usted dice que Keats no lo terminó. ¿No querrá decir que usted no lo terminó?

Su aire de sorpresa tenía que ser auténtico, a menos que las IAs fueran actores consumados. Bien podía ser así.

—Dios santo, yo no soy John Keats. Tener una personalidad basada en un molde de recuperación no me hace Keats, al igual que llamarse Lamia no hace de usted un monstruo. Un millón de influencias me han separado de ese pobre y triste genio.

—Usted dijo que yo le recordaba a Fanny.

—Un eco de un sueño. Menos aun. Usted ha probado medicinas de aprendizaje ARN, ¿verdad?

—Sí.

—Es lo mismo. Recuerdos que parecen... huecos.

Un camarero humano trajo bizcochos de la suerte.

—¿Le interesaría visitar el verdadero Hyperion? —pregunté.

—¿Qué es eso?

—Un mundo del Afuera. Más allá de Parvati, creo.

Johnny parecía desconcertado. Había abierto el bizcocho pero aún no había leído su fortuna.

—Creo que lo llamaban el Mundo de los Poetas —continué—. Incluso tiene una ciudad que lleva su nombre..., el nombre de Keats.

El joven meneó la cabeza.

—Lo lamento, no he oído hablar de ese sitio.

—¿Cómo es posible? ¿Las IAs no lo saben todo?

Soltó una risa seca.

—Ésta sabe muy poco —leyó su fortuna: CUIDADO CON LOS IMPULSOS REPENTINOS.

Me crucé de brazos.

—¿Sabe una cosa? Excepto por ese truco de salón con el holo del gerente de bancos, no tengo ninguna prueba de que usted sea lo que afirma.

—Déme la mano.

—¿La mano?

—Sí. Cualquiera de las dos. Gracias.

Johnny me cogió la mano derecha con las dos manos suyas. Sus dedos eran más largos que los míos. Los míos eran más fuertes.

—Cierre los ojos —indicó.

Los cerré. No hubo transición: en un momento estaba sentada en el Loto Azul de la Calle del Dragón Rojo y de pronto estuve... en ninguna parte. O en alguna parte. Flotaba en un plano de datos grises azulado, recorría autopistas de información color amarillo cromo, atravesaba grandes ciudades de reluciente almacenamiento de datos,

rojos rascacielos envueltos en hielo de seguridad negro, entidades simples como cuentas personales o archivos empresariales que ardían como refinerías en llamas en la noche. Encima de todo, como suspendido en un espacio distorsionado, colgaba el peso gigantesco de las IAs, sus comunicaciones más simples palpitaban como relámpagos violentos en los infinitos horizontes. A cierta distancia, perdidos en el laberinto de neón tridimensional que recortaba un diminuto segundo de arco en la increíble esfera de datos de un pequeño mundo, intuí más que vi esos suaves ojos

castaños que me aguardaban.

Johnny me soltó la mano. Había abierto mi bizcocho de la suerte. El papel decía: INVIERTA SABIAMENTE EN BUENOS NEGOCIOS.

—Dios mío —susurré. BB me había llevado volando por un plano de datos anteriormente, pero sin una conexión neural aquella experiencia había sido una sombra de esto. Era la diferencia entre mirar un holo de fuegos artificiales en blanco y negro y estar allí—. ¿Cómo lo ha hecho?

—¿Mañana logrará algún progreso en el caso? —preguntó.

Recobré la compostura.

—Mañana pretendo resolverlo —anuncié.

Bien, tal vez no resolverlo, pero al menos poner las cosas en movimiento. El último recargo en la tarjeta de crédito de Johnny procedía del bar de Vector Renacimiento. Yo lo había confirmado el primer día, desde luego. Había hablado con varios parroquianos —pues no había camarero humano—, pero no había encontrado a nadie que recordara a Johnny. Había vuelto dos veces en vano. Pero el tercer día decidí quedarme allí hasta que surgiera algo.

El bar por cierto no pertenecía al tipo de madera y bronce, como el que

Johnny y yo habíamos visitado en TC[2] . Este tugurio estaba en el segundo piso de un edificio decrépito en un vecindario lamentable a dos calles de la biblioteca de Renacimiento donde Johnny pasaba sus días. No era el tipo de lugar donde se detendría en su camino a la plaza del teleyector, sino adonde iría si encontraba a alguien en las inmediaciones de la biblioteca; alguien con quien quisiera hablar en privado.

Después de seis horas ya me estaba hartando de maníes salados y cerveza cuando entró un viejo vago. Supuse que era un cliente habitual porque no se

detuvo en la puerta ni miró alrededor, sino que enfiló directamente hacia la mesita del fondo y pidió un whisky antes de que el camarero mecánico se detuviera a su lado. Cuando me reuní con él comprendí que no era un vago sino un ejemplo de los hombres y mujeres cansados que había visto en las tiendas de chatarra y los puestos callejeros de aquel vecindario. Me miró con ojos entornados y derrotados.

—¿Puedo sentarme?

—Depende, hermana. ¿Qué vendes?

—Compro —me senté, apoyé la jarra en la mesa y le pasé la foto de Johnny entrando en el teleyector de TC^2

—. ¿Has visto a este tipo?

El viejo miró la foto y se concentró en el whisky.

—Tal vez.

Pedí al camarero mecánico otra ronda.

—Si lo has visto, es tu día de suerte.

El viejo resopló y se frotó la barba crecida con el dorso de la mano.

—Sería el primero en un largo tiempo —me miró—. ¿Cuánto? ¿Por qué?

—Información. «Cuánto» depende de la información. ¿Lo has visto? —Del bolsillo de mi túnica extraje un billete de cincuenta marcos del mercado negro.

—Sí.

El billete se posó en la mesa pero se quedó en mi mano.

—¿Cuándo?

—El martes pasado. Por la mañana.

Era el día correcto. Le di los cincuenta marcos y saqué otro billete.

—¿Estaba solo?

El viejo se humedeció los labios.

—Déjame pensar. No creo..., no; estaba allí —señaló una mesa del fondo —. Había dos sujetos con él. Uno de ellos... bien, por eso lo recuerdo.

—¿De qué hablas?

El viejo se frotó el índice y el pulgar en un gesto tan antiguo como la codicia.

—Háblame de los dos hombres —insistí.

—El joven..., tu joven..., estaba con uno de ellos. Ya sabes, esos fanáticos naturistas con túnicas. Salen en la HTV constantemente. Ellos y sus malditos árboles.

¿Árboles?

—¿Un templario? —pregunté asombrada. ¿Qué hacía un templario en un bar de Vector Renacimiento? Si perseguía a Johnny, ¿por qué usaba la túnica? Era como cometer un asesinato con traje de payaso.

—Sí. Templario. Túnica marrón, de tipo oriental.

—¿Hombre?

—Sí, eso he dicho.

—¿Puedes describirlo mejor?

—No. Templario. Un hijo de puta alto. No alcancé a verle la cara.

—¿Y el otro?

El viejo se encogió de hombros. Saqué un segundo billete y coloqué los dos junto a mi vaso.

—¿Entraron juntos? —insistí—. ¿Los tres?

—No... No puedo... No, espera. Tu fulano y el templario entraron primero. Recuerdo haber visto la túnica antes de que el otro se sentara.

—Describe al otro hombre.

El viejo llamó al camarero y pidió un tercer trago. Usé mi tarjeta y el camarero se alejó deslizándose ruidosamente.

—Como tú —informó—. Parecido a ti.

—¿Bajo? ¿Brazos y piernas fuertes? ¿Un lusiano?

—Sí, eso creo. Nunca he estado en ese planeta.

—¿Qué más?

—Sin pelo —continuó el viejo—. Sólo esa cosa como la que llevaba mi sobrina. Una cola de caballo.

—Una coleta.

—Sí. Lo que sea —acercó la mano a

los billetes.

—Un par de preguntas más. ¿Discutieron?

—No. No creo. Hablaban en voz baja. El lugar está casi vacío a esa hora.

—¿Qué hora era?

—Las diez de la mañana.

Esto coincidía con el código de la tarjeta de crédito.

—¿Oíste algo de la conversación?

—No.

—¿Quién hablaba más?

El viejo tomó un sorbo y frunció el ceño para pensar.

—Al principio el templario. Tu hombre parecía responder preguntas.

Una vez pareció sorprendido.

—¿Alarmado?

—No, sólo sorprendido. Como si el fulano de la túnica hubiera dicho algo que él no esperaba.

—Dijiste que el templario fue quien más habló al principio. ¿Quién habló después? ¿Mi hombre?

—No, el de la cola de caballo. Luego se marcharon.

—¿Los tres?

—No. Tu hombre y el de la cola de caballo.

—¿El templario se quedó?

—Sí. Eso creo. Yo fui al lavabo. Creo que cuando regresé ya no estaba.

—¿Hacia dónde fueron los otros dos?

—No lo sé, mierda. No prestaba tanta atención. Estaba tomando una copa, no jugando a los espías.

Asentí. El camarero se acercó rodando pero lo ahuyenté con un ademán. El viejo frunció el ceño.

—¿Así que no discutían cuando se marcharon? ¿Ningún indicio de desacuerdo o de que uno estuviera obligando al otro a marcharse?

—¿Quién?

—Mi hombre y el de la coleta.

—No. Mierda. No lo sé —miró los billetes que tenía en la mano mugrienta y

el whisky del panel de exhibición del camarero; quizá comprendió que no iba a conseguir nada más de mí—. ¿Para qué quieres saber todo esto?

—Estoy buscando a ese sujeto —respondí. Contemplé el bar. Había unas veinte personas sentadas a las mesas. La mayoría parecían clientes del vecindario—. ¿Hay aquí alguien más que pueda haberlos visto? ¿O recuerdas si alguien más estaba aquí?

—No —contestó estólidamente. Advertí que los ojos del viejo eran exactamente del color del whisky que había bebido.

Me levanté, dejando un último

billete de veinte marcos sobre la mesa.

—Gracias, amigo.

—De nada, hermana.

El camarero ya rodaba hacia él antes de que yo llegara a la puerta.

Regresaba a la biblioteca, y me detuve un instante en la transitada plaza del teleyector. Cuadro de situación hasta el momento: Johnny se había encontrado con el templario, o el templario había ido a verlo a la biblioteca o fuera de ella cuando llegó a media mañana. Convinieron en hablar en un lugar privado, el bar, y algo que dijo el templario sorprendió a Johnny. Un hombre con coleta —tal vez un lusiano

— apareció y participó en la conversación.

Johnny y Coleta salieron juntos. Poco después, Johnny se teleyectó a TC^2 y desde allí viajó con otra persona —tal vez Coleta o el templario— a Madhya, donde algo intentó matarlo. Donde algo lo mató.

Demasiadas lagunas. Demasiados «alguien». No era mucho después de un día de trabajo. Dudaba entre regresar o no a Lusus, cuando mi comlog gorjeó en la frecuencia de comunicaciones restringida que le había dado a Johnny.

—Lamia —dijo con voz jadeante—. Venga deprisa, por favor. Creo que

acaban de intentarlo de nuevo. Quieren matarme. —Las coordenadas que me dio correspondían a la Colmena Bergson Este.

Corrí al teleyector.

La puerta del cubículo de Johnny entreabierta. No había nadie en el pasillo, no se oían ruidos. Aún no habían aparecido las autoridades.

Saqué del bolsillo la pistola automática de papá, metí una bala en la recámara y encendí el láser de puntería, todo en un solo movimiento. Entré agazapada, los brazos extendidos, al tiempo que deslizaba el punto rojo sobre las paredes oscuras. En una pared había

una estampa barata y un pasillo más oscuro conducía hacia el cubículo. El vestíbulo estaba vacío. El salón y la habitación de comunicaciones estaban vacíos.

Johnny yacía en el suelo del dormitorio, la cabeza contra la cama. La sábana estaba empapada de sangre. Johnny trató de levantarse, se cayó. A sus espaldas la puerta corredera estaba abierta y un húmedo viento industrial soplaba desde la calle.

Registré el único armario, el corto pasillo, la pequeña cocina, y retrocedí hasta el balcón. A doscientos metros de altura en la curva pared de la colmena la

vista era espectacular, pues abarcaba diez o veinte kilómetros del Paseo de la Trinchera. El techo de la colmena era una oscura masa de vigas cien metros más arriba. Miles de luces, holos comerciales y letreros de neón brillaban en el paseo, uniéndose en la bruma de la distancia como un borrón eléctrico brillante y palpitante. Había cientos de balcones similares en esta pared de la colmena, todos desiertos. El más cercano estaba a veinte metros. Eran esas cosas que los agentes de alquiler señalaban como una ventaja —sin duda Johnny pagaba un suculento extra por una habitación exterior— pero los

balcones eran totalmente inútiles debido al fuerte viento que se elevaba hacia los conductos de ventilación y que arrastraba polvo y desechos además del eterno olor de aceite y ozono típico de la colmena.

Guardé la pistola y fui a examinar a Johnny. El corte que le cruzaba la frente era superficial pero desagradable. Se estaba incorporando cuando salí del cuarto de baño con una almohadilla esterilizada para apoyársela en la herida.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Dos hombres... estaban esperando en el dormitorio cuando entré. Habían

burlado las alarmas de la puerta del balcón.

—Merece usted un reembolso en su impuesto a la seguridad. ¿Qué ocurrió luego?

—Luchamos. Me querían tumbar en el suelo. Uno de ellos tenía un inyector y logré arrancárselo de la mano.

—¿Por qué se fueron?

—Activé las alarmas interiores.

—¿Pero no la de seguridad de la colmena?

—No. No quería que interviniesen.

—¿Quién le pegó?

Johnny me dirigió una sonrisa tímida.

—Fui yo. Me soltaron, los seguí, tropecé y caí contra la mesilla de noche.

—No fue una trifulca muy grácil por parte de ninguno de los dos bandos —comenté. Encendí una lámpara y examiné la alfombra hasta que encontré la ampolla de la inyección, que había rodado bajo la cama.

Johnny la miró como si fuera una serpiente.

—¿Qué opina? —pregunté—. ¿Más SIDA II?

Negó con un gesto.

—Conozco un sitio donde lo podemos hacer analizar —sugerí—. Sospecho que es sólo un hipnótico.

Querían raptarlo, no matarlo.

Johnny movió la almohadilla y torció el gesto. Aún sangraba.

—¿Para qué querrían secuestrar a un cíbrido?

—Dígamelo usted. Empiezo a creer que el presunto asesinato fue sólo un frustrado intento de secuestro.

Johnny meneó de nuevo la cabeza.

—¿Uno de los hombres tenía coleta?

—No lo sé. Llevaban gorras y máscaras osmóticas.

—¿Alguno era tan alto como para ser un templario o tan fuerte como para ser un lusiano?

—¿Un templario? —preguntó Johnny

sorprendido—. No. Uno era de estatura media. El de la ampolla pudo haber sido lusiano. Era bastante fuerte.

—Así que persiguió usted a un matón lusiano sin llevar armas. ¿Tiene bioprocesadores o implantes de aumento que yo no conozca?

—No. Sólo estaba furioso.

Lo ayudé a levantarse.

—¿Las IAs se enfurecen?

—Yo sí.

—Vamos. Conozco una clínica automática que hace descuentos. Luego se quedará conmigo un rato.

—¿Con usted? ¿Por qué?

—Porque ya no necesita un

detective. Ahora necesita un guardaespaldas.

Mi cubículo no estaba registrado en el plan zonal de la colmena como apartamento; yo había conseguido un depósito remodelado de un amigo a quien habían esquilmado los usureros. Mi amigo había decidido emigrar a una colonia del Afuera y yo había hecho un buen negocio comprando un lugar que estaba apenas a un kilómetro de pasillo de mi oficina.

El ambiente era un poco tosco, y a veces el ruido de los muelles de carga

ahogaba la conversación; pero yo tenía diez veces más espacio que en un cubículo normal y podía utilizar las pesas y el equipo de gimnasia.

Johnny parecía francamente intrigado por el lugar y yo tuve que pellizcarme para no dejarme subyugar. Si me descuidaba, empezaría a usar lápiz de labios y rouge corporal para este cíbrido.

—¿Por qué vive en Lusus? —pregunté—. La mayoría de los extranjeros no soportan la gravedad ni el paisaje. Además el material de investigación está en la biblioteca de Vector Renacimiento. ¿Por qué está

usted aquí?

Lo miré y escuché atentamente. El cabello lacio se le partía en la coronilla y caía en rizos rojizos sobre el cuello. Tenía la costumbre de apoyar la mejilla en el puño mientras hablaba. Pensé que su dialecto era en realidad la lengua pura de alguien que ha aprendido un nuevo idioma a la perfección pero sin los perezosos atajos de alguien que ha nacido hablándolo. Debajo de esto subyacía una entonación que me recordaba a un ladrón a quien había conocido y que se había criado en Asquith, un tranquilo y apartado mundo de la Red colonizado por inmigrantes de

la Primera Expansión procedentes de lo que habían sido las islas Británicas.

—He vivido en muchos mundos —señaló—. Mi propósito es observar.

—¿Como poeta?

Meneó la cabeza, pestañeó, se tocó la herida.

—No. Yo no soy poeta. Keats lo era.

A pesar de las circunstancias, Johnny exhibía una energía y vitalidad que yo había conocido en pocos hombres. Resultaba difícil de describir, pero yo había visto habitaciones llenas de personajes importantes reordenándose para girar en órbita de personalidades como la de él. No era

sólo su reticencia y su sensibilidad, sino la intensidad que irradiaba.

—¿Por qué vive *usted* aquí? —preguntó.

—Nací aquí.

—Sí, pero pasó la infancia en Centro Tau Ceti. Su padre era senador.

Permanecí en silencio.

—Muchos esperaban que se dedicara a la política —continuó—. ¿El suicidio de su padre la disuadió?

—No fue suicidio.

—¿No?

—Todos los noticiarios y la indagación dijeron que sí —mascullé—, pero se equivocaban. Mi padre jamás se

habría quitado la vida.

—¿De manera que fue asesinato?

—Sí.

—¿A pesar de que no había motivación ni sospechosos?

—Sí.

—Entiendo —dijo Johnny. El fulgor amarillo de las lámparas de los muelles de carga se filtraba por las ventanas polvorientas y le hacía brillar el pelo como cobre—. ¿Le gusta ser detective?

—Cuando lo hago bien. ¿Tiene hambre?

—No.

—Entonces vamos a dormir. Puede tenderse en el diván.

—¿Lo hace bien a menudo? ¿Ser detective?

—Mañana veremos.

Por la mañana Johnny saltó a Vector Renacimiento a la hora habitual, esperó un momento en la plaza y saltó al Viejo Museo de los Colonos en Sol Draconi Septem. Desde allí se trasladó al términex principal de Nordholm y al mundo templario de Bosquecillos de Dios.

Habíamos organizado el horario de antemano y yo lo esperaba en Vector Renacimiento, oculta en las sombras del peristilo.

Un hombre con coleta fue el tercero

en llegar después de Johnny. Sin duda era lusiano: la palidez de la colmena, la masa muscular y corporal, el andar arrogante. Podría haber sido mi hermano perdido.

No miró a Johnny, pero noté que se sorprendía cuando el cíbrído enfilaba hacia los portales de salida. Yo permanecí oculta y sólo tuve un atisbo de su tarjeta, pero habría apostado a que era un rastreador.

Coleta se mostró cauto en el Museo de los Colonos y siguió a Johnny a una distancia prudencial. Yo iba vestida con una túnica de meditación de los gnósticos Zen, con visor de aislamiento

y todo; no miré hacia ellos mientras enfilaba hacia el portal de salida del museo para saltar directamente a Bosquecillo de Dios.

Me dominó una sensación extraña cuando dejé a Johnny solo en el museo y el términex de Nordholm, pero eran lugares públicos, así que era un riesgo calculado.

Johnny atravesó el portal de llegada del Arbolmundo justo en tiempo, y compró un billete para la visita. Tuvo que darse prisa para alcanzarme y abordar el deslizador ómnibus antes de la partida. Yo ya estaba instalada en el asiento trasero de la cubierta superior y

Johnny encontró un sitio en la parte delantera, tal como habíamos previsto. Ahora yo llevaba el atuendo básico de turista y mi cámara era una de las tantas que entraba en acción cuando Coleta se apresuró a ocupar un asiento tres filas detrás de Johnny.

La visita al Arbolmundo es siempre divertida —papá me llevó allí por primera vez cuando yo tenía tres años estándar—; pero en esta ocasión, mientras el deslizador se desplazaba sobre ramas del tamaño de autopistas y sobrevolaba un tronco de la anchura del monte Olympus de Marte, empecé a angustiarme ante las miradas de los

templarios encapuchados.

Johnny y yo habíamos comentado varios modos sagaces y sutiles de observar a Coleta si aparecía, de seguirlo hasta su guarida y, si era preciso, pasar semanas deduciendo su juego. Al final opté por algo no tan sutil.

El ómnibus nos había dejado cerca del Museo Muir y la gente paseaba por la plaza, indecisos entre gastar diez marcos en un billete para aprender algo o ir directamente a la tienda de regalos, cuando me acerqué a Coleta, le cogí el brazo y dije en tono cordial:

—Hola. ¿Por qué no me cuentas qué diablos quieres de mi cliente?

Un viejo cliché dice que los lusianos son tan sutiles como un lavado de estómago y aún menos agradables. Si yo había confirmado la primera parte, Coleta corroboró en gran medida el segundo prejuicio.

Fue rápido. Mientras yo le aferraba el brazo derecho en un ademán aparentemente amable, el cuchillo centelleó en su mano izquierda en un abrir y cerrar de ojos.

Me aparté a la derecha y el cuchillo cortó el aire a centímetros de mi mejilla. Caí al suelo y rodé mientras alcanzaba el paralizador neural y me incorporaba para hacer frente a la amenaza.

Ninguna amenaza. Coleta corría. Se alejaba de mí y de Johnny. Apartaba turistas a empellones, los esquivaba, enfilaba hacia la entrada del museo.

Me calcé el paralizador en la muñeca y eché a correr. Los paralizadores son sensacionales armas de corto alcance —fáciles de apuntar como una escopeta y sin los desastrosos efectos que tiene una perdigonada cuando hay espectadores inocentes— pero son inútiles a más de diez metros. Con dispersión plena, podía provocar a la mitad de los turistas de la plaza una buena migraña, pero Coleta ya estaba demasiado lejos para tumbarlo. Corrí

tras él.

Johnny corrió hacia mí. Le indiqué que se fuera.

—¡Mi apartamento! —grité—. Use la llave.

Coleta había llegado a la entrada del museo y se volvió hacia mí cuchillo en mano. Embestí y experimenté una cierta alegría al pensar en los siguientes minutos.

Coleta saltó encima de un molinillo y apartó turistas a codazos para atravesar las puertas. Lo seguí. Sólo advertí adonde se dirigía cuando llegué al interior abovedado de la Sala Principal y vi que se abría paso hacia la

atestada escalera mecánica del Piso de Excursiones.

Mi padre me había llevado en la Excursión Templario cuando yo tenía tres años. Los portales teleyectores estaban abiertos día y noche; se tardaba tres horas en efectuar todas las visitas comentadas por los treinta mundos donde los ecólogos templarios habían preservado la naturaleza pensando que le agradaría al Muir. No lo recordaba con certeza, pero me parecía que los caminos eran sendas en espiral con los portales relativamente juntos para facilitar el tránsito de los guías templarios y el personal de

mantenimiento. Demonios.

Un guardia uniformado que estaba cerca del portal turístico percibió la confusión cuando irrumpió Coleta y trató de interceptar al rudo intruso. Incluso a quince metros vislumbré la alarma y la incredulidad en la cara del viejo guardia cuando retrocedió tambaleando, el mango del cuchillo de Coleta saliéndole del pecho.

El viejo guardia, tal vez un policía jubilado local, miró hacia abajo, la cara pálida, tocó con prudencia la empuñadura de hueso como si fuera de utilería y cayó de bruces. Los turistas gritaron. Alguien llamó a un médico.

Coleta apartó a un guía templario y se arrojó por el portal fulgurante.

Las cosas no estaban saliendo como yo había previsto.

Enfilé hacia el portal sin detenerme.

Salté y patiné en la hierba resbaladiza de una ladera. Un cielo amarillo limón. Aromas tropicales. Caras sorprendidas se volvieron hacia mí. Coleta se dirigía al otro teleyector, atravesando macizos de flores y pateando bonsais ornamentales. Reconocí el mundo de Fuji, me deslicé colina abajo y trajiné colina arriba entre los macizos, siguiendo la huella de destrucción trazada por Coleta.

—¡Detened a ese hombre! —grité, aunque sabía que era una tontería. Nadie se movió excepto una turista nipona que alzó la cámara y filmó una secuencia.

Coleta miró hacia atrás, apartó a varios turistas boquiabiertos y atravesó el portal del teleyector.

Yo empuñaba de nuevo el paralizador y lo agité ante la multitud.

—¡Atrás, atrás!

Se apartaron deprisa. Entré con prudencia, paralizador en mano. Coleta ya no tenía el cuchillo pero yo ignoraba qué otros juguetes llevaba.

Luz brillante sobre agua. Las olas violáceas de Mare Infinitus. El sendero

era una estrecha vereda de madera a diez metros de los flotadores. Serpeaba sobre un mágico arrecife coralino y un sargazo de algas amarillas antes de regresar, pero un pasadizo estrecho conducía al portal. Coleta había trepado a la puerta que decía PROHIBIDO EL ACCESO y estaba atravesando el pasadizo.

Corrí al borde de la plataforma, sintonicé en haz intenso y coloqué el paralizador en automático, barriendo la escena con el rayo invisible como si apuntara una manguera de jardín.

Coleta trastabilló pero logró recorrer los diez metros que faltaban

hasta el portal y lo atravesó. Solté una maldición y trepé la puerta, ignorando los gritos de un guía templario. Llegué a ver un letrero que recordaba a los turistas que se pusieran equipo térmico y atravesé el portal, sintiendo apenas el cosquilleo de la pantalla teleyectora. Una tormenta rugiente azotaba el campo de contención que transformaba el camino de los turistas en un túnel a través de una feroz blancura. Sol Draconi Septem: la zona septentrional donde los cabildeos de los templarios ante la Entidad Suma habían salvado las zonas árticas al detener el proyecto de calefacción colonial. Sentí la gravedad

1,7 estándar en los hombros como el yugo de mi aparato de ejercicios. Era una lástima que Coleta también fuera lusiano; si su físico hubiera sido corriente, no habría sido rival en este ambiente. Ahora veríamos quién estaba en mejor forma.

Coleta estaba a cincuenta metros y atisbaba por encima del hombro. El otro teleyector se alzaba cerca pero la tormenta volvía invisible e inaccesible todo lo que estuviese fuera del camino. Eché a andar tras él. Como concesión a la gravedad, éste era el más breve de los senderos de la Excursión Templaria y emprendía el regreso a sólo doscientos

metros. Oí el jadeo de Coleta mientras me acercaba. Yo avanzaba a buen paso; no le permitiría llegar al próximo teleyector. No vi turistas en el sendero y hasta el momento nadie nos había seguido. Pensé que aquél no sería mal sitio para interrogarlo.

Coleta estaba a treinta metros del portal de salida cuando se volvió, se apoyó en una rodilla y apuntó una pistola de energía. El primer disparo fue corto, tal vez a causa del desacostumbrado peso del arma en el campo gravitatorio de Sol Draconi, pero bastó para trazar una cicatriz de vereda carbonizada y escarcha derretida a un

metro de mí. Afinó la puntería.

Atravesé el campo de contención de un salto, embistiendo contra la resistencia elástica y tambaleando entre las ráfagas. El aire frío me quemó los pulmones y la nieve me cubrió en segundos la cara y los brazos desnudos. Coleta me buscaba dentro del pasillo iluminado, pero la oscuridad de la tormenta me favorecía mientras yo avanzaba hacia él entre ráfagas de nieve.

Coleta asomó la cabeza, los hombros y el brazo derecho por la pared del campo, con los ojos entornados ante la andanada de partículas heladas que le cubrieron las mejillas y la frente en un

instante. El segundo disparo fue alto y sentí el calor del rayo por encima. Ahora nos separaban diez metros; sintonicé el paralizador en dispersión amplia y disparé en su dirección sin alzar la cabeza del remolino de nieve donde había caído.

Coleta soltó la pistola de energía y cayó a través del campo de contención.

Lancé un grito de triunfo que se perdió en el rugido del viento y avancé trastabillando hacia la pared del campo. Mis manos y mis pies eran ahora objetos distantes, más allá del dolor del frío. Me ardían las mejillas y las orejas. Decidí no pensar en el congelamiento y me

arrojé contra el campo.

Era un campo clase tres, diseñado para contener los elementos y a una bestia tan enorme como un espectro ártico, con lo cual permitía al turista extraviado o al templario que realizaba alguna tarea volver al sendero; pero, debilitada por el frío, choqué contra la pared como una mosca contra plástico mientras mis pies resbalaban sobre la nieve y el hielo. Al fin me lancé hacia delante y aterricé pesada y torpemente, arrastrando las piernas.

El calor repentino del sendero me hizo temblar. Astillas de hielo cayeron de mi cuerpo mientras me levantaba

trabajosamente.

Coleta corrió hacia el portal de salida. El brazo derecho le colgaba como si lo tuviera roto. Yo conocía la dolorosa agonía de un paralizador neural, por lo que no lo envidiaba. Miró hacia atrás una vez cuando eché a correr hacia él y atravesó el teleyector.

Alianza-Maui. El aire tropical olía a mar y vegetación. El cielo era azul como en Vieja Tierra. Comprendí de inmediato que el sendero conducía a una de las pocas islas móviles que los templarios habían salvado de la domesticación emprendida por la Hegemonía. Era una isla grande, tal vez

medio kilómetro de punta a punta. Desde el portal de acceso, en una ancha cubierta que rodeaba el árbol mayor, vi que las hojas-velas expansivas se hinchaban con el viento y las lianas-timón color índigo se arrastraban detrás. El portal de salida estaba a sólo quince metros de distancia por una escalera, pero Coleta enfiló por el otro lado, por el camino principal, hacia un apiñamiento de chozas y puestos cerca del borde de la isla.

Sólo allí, a medio camino por el sendero de la Excursión Templaria, permitían que las estructuras humanas albergaran a excursionistas fatigados

mientras compraban refrescos o recuerdos para beneficiar a la Hermandad Templaria. Eché a correr por la ancha escalera hacia el sendero, aún tiritando, la ropa empapada de nieve que se derretía deprisa. ¿Por qué Coleta correría hacia esa gente?

Descubrí las brillantes alfombras de alquiler y lo comprendí. Las alfombras voladoras eran ilegales en la mayoría de los mundos de la Red, pero aún constituían una tradición en Alianza-Maui debido a la leyenda de Siri; con menos de dos metros de longitud y un metro de anchura, esos antiguos juguetes aguardaban para llevar turistas hasta el

mar y traerlos de regreso a la isla errabunda. Si Coleta llegaba a una de ellas... Apurando el paso, alcancé al lusiano a pocos metros de las alfombras voladoras y lo aferré bajo las rodillas. Rodamos en la zona de los puestos, alarmando y dispersando a los escasos turistas.

Mi padre me enseñó algo que todo hijo ignora a su propio riesgo: un tío rudo y grande puede aporrear a un tío rudo y pequeño. En este caso estábamos empatados. Coleta se zafó y se levantó, adoptando una postura de luchador oriental, brazos extendidos, dedos desplegados. Ahora veríamos quién era

el mejor.

Coleta asestó el primer golpe, tras fijar un ataque con la mano izquierda y darme en cambio un puntapié. Me agaché pero el impacto bastó para aturdirme el hombro y el brazo izquierdos.

Coleta retrocedió bailando. Lo seguí. Le lancé un puñetazo con la derecha. Me respondió con la izquierda. Lo desvié con el brazo derecho. Coleta retrocedió, giró y me lanzó una patada con la pierna izquierda. Lo esquivé, le cogí la pierna y lo tumbé en la arena.

Coleta se levantó. Lo derribé con un gancho izquierdo. Se alejó rodando y se

puso de rodillas. Le propiné una patada detrás de la oreja izquierda, controlando el golpe para que no perdiera el sentido.

Una imprudencia, comprendí un instante después, cuando cuatro dedos penetraron mi guardia directos al corazón. En cambio, me magulló el músculo debajo del pecho derecho. Le pegué con fuerza en la boca y chorreó sangre mientras rodaba hacia el borde del agua y se quedaba rígido. La gente corría hacia el portal de salida, pidiendo a los demás que llamaran a la policía.

Cogí de la coleta al aspirante a asesino de Johnny, lo arrastré hasta el

agua y le mojé la cara hasta que despertó. Lo tendí de espaldas y le aferré la camisa rasgada y manchada. Nos quedaban un par de minutos hasta que llegara alguien.

Coleta me miró con ojos vidriosos. Lo sacudí una vez y me encorvé.

—Escucha, amigo —susurré—. Vamos a tener una charla breve pero sincera. Empezarás por decirme quién eres y por qué fastidias al sujeto que estabas siguiendo.

Sentí la vibración de la corriente antes de ver el azul. Maldije y le solté la camisa. El nimbo eléctrico rodeó de inmediato el cuerpo de Coleta. Salté

hacia atrás, pero tarde para evitar que se me erizara el vello y las alarmas de control de mi comlog se pusieran a chillar. Coleta abrió la boca para gritar y en el interior vi el azul, semejante a un chapucero efecto especial holográfico. La camisa siseó, se ennegreció y ardió. Debajo del pecho crecieron manchas azules, como una película vieja al quemarse. Las manchas se ensancharon, se unieron, se ensancharon más. Vi órganos que se derretían en llamas azules dentro de la cavidad del pecho. Coleta gritó de nuevo, esta vez audiblemente, y los dientes y los ojos se derrumbaron en un fuego azul.

Retrocedí otro paso.

Coleta ardía y las llamas rojizas predominaban ahora sobre el fulgor azul. Las carnes chisporrotearon como si los huesos se hubieran encendido. Al cabo de un rato era una humeante caricatura de carnes chamuscadas, el cuerpo reducido a la postura de púgil enano, común a todos los carbonizados. Me aparté y me cubrí la boca, escrutando la cara de los pocos testigos para comprobar si alguno de ellos lo había hecho. Encontré ojos desencajados y asustados. Uniformes azules de seguridad salieron del teleyector.

Demonios. Miré alrededor. Las velas se hinchaban y ondulaban arriba. Espejines radiantes, bellos incluso a plena luz del día, aleteaban en una vegetación tropical de cien colores. La luz solar bailaba sobre el mar azul. El camino hacia ambos portales estaba bloqueado. El guardia de seguridad que encabezaba el grupo había desenfundado un arma.

En tres zancadas llegué a la primera alfombra voladora, mientras trataba de recordar, por mi único viaje de dos décadas antes, cómo se activaban las hebras de vuelo. Palpé los dibujos desesperada.

La alfrombra voladora se puso rígida y se elevó diez centímetros. Oí gritos mientras los guardias llegaban al linde de la multitud. Una mujer con un chabacano atuendo de Renacimiento Menor me señaló. Salté de la alfombra voladora, recogí las otras siete y abordé la mía. Casi sin poder ver los dibujos de vuelo debajo de la pila de alfombras, golpeé los controles hasta que la estera remontó el vuelo, tumbándome al elevarse.

A cincuenta metros de distancia y treinta de altura, arrojé las demás alfombras al mar y me volví para ver qué sucedía en la playa.

Varios uniformes azules estaban apiñados alrededor de los restos quemados. Otro apuntaba una vara plateada hacia mí.

Finas agujas de dolor me atravesaron el brazo derecho, los hombros y el cuello. Los párpados se me cerraron y casi me caí de la alfombra. Aferré el costado con la mano izquierda, me encaramé y teclee el dibujo de ascenso con dedos de trapo. Trepando de nuevo, busqué mi paralizador en la manga derecha. El brazalete de la muñeca estaba vacío.

Un poco después me incorporé para ahuyentar los efectos de la parálisis,

pero los dedos aún me ardían y tenía una tremenda jaqueca. La isla móvil quedaba muy atrás y disminuía por momentos. Un siglo atrás los delfines traídos originalmente durante la Hégira habrían guiado la isla, pero el programa de pacificación de la Hegemonía durante la Rebelión de Siri había exterminado a la mayoría de los mamíferos acuáticos, y ahora las islas erraban sin rumbo con su cargamento de turistas de la Red y dueños de balnearios.

Busqué en el horizonte otra isla, un indicio de la escasa tierra firme. Nada. O, mejor dicho, cielo azul, océano infinito y pinceladas de nubes al oeste.

¿O era hacia el este?

Saqué el comlog del cinturón para pedir acceso a la esfera de datos, pero me detuve. Si las autoridades me habían perseguido hasta allí, el próximo paso sería localizarme y enviar un deslizador o un VEM de seguridad. No sabía si podían rastrear mi comlog cuando yo pidiera acceso, pero no veía razones para darles pistas. Puse mi enlace de comunicación en alerta y miré de nuevo alrededor.

Bien hecho, Brawne. Flotaba a doscientos metros de altura en una alfombra voladora de tres siglos de edad con quién sabe cuántas (¡o cuán

pocas!) horas de carga en las hebras de vuelo, tal vez a mil kilómetros de tierra. Además, perdida. Sensacional. Me crucé de brazos para pensar.

—¿Brawne Lamia? —di un respingo al oír la suave voz de Johnny.

—¿Johnny? —miré el comlog. Aún estaba en alerta: el indicador de frecuencias estaba oscuro—. Johnny, ¿es usted?

—Claro. Pensé que nunca encendería el comlog.

—¿Cómo me localizó? ¿En qué banda llama?

—Eso no importa. ¿Hacia dónde se dirige?

Riendo, le confesé que no tenía la más remota idea.

—¿Puede usted ayudarme?

—Espere. —Hubo una brevísima pausa— De acuerdo, la tengo en uno de los satélites climáticos. Una cosa muy primitiva. Menos mal que la alfombra voladora tiene un transpónder pasivo.

Miré la alfombra, lo único que me separaba de una larga caída al mar.

—¿De verdad? ¿Los otros también pueden localizarme?

—Podrían hacerlo —respondió Johnny—, pero estoy interfiriendo la señal. ¿Adonde quiere ir?

—A casa.

—No sé si es prudente después de la muerte de... nuestro sospechoso.

Entorné los ojos con repentina suspicacia.

—¿Cómo sabe eso? Yo no le he contado nada.

—Por favor, Lamia. Las bandas de seguridad lo están repitiendo en seis mundos. Tienen una razonable descripción de usted.

—Mierda.

—Ni más ni menos. ¿Adonde quiere ir?

—¿Dónde está usted? —pregunté—. ¿En mi casa?

—No. Me marché cuando las bandas

de seguridad la mencionaron a usted. Estoy... cerca de un teleyector.

—Ahí es donde necesito estar —miré de nuevo alrededor. Mar, cielo, nubes. Al menos no había flotas de VEMs.

—De acuerdo —asintió la voz de Johnny—. Hay un multiportal FUERZA abandonado a menos de diez kilómetros de su actual posición.

Me protegí los ojos haciendo visera con las manos, y giré trescientos sesenta grados oteando en la lejanía.

—No hay nada —repliqué—. No sé a qué distancia está el horizonte en este mundo, pero son por lo menos cuarenta

kilómetros y no veo nada.

—Base sumergible —informó Johnny—. Aférrese. Tomaré el control.

La alfombra voladora dio un salto, trastabilló y se zambulló. Me aferré con ambas manos tratando de no gritar.

—Sumergible —repetí en pleno picado—. ¿A qué distancia?

—A qué profundidad, querrá decir.

—Sí.

—Ocho brazas.

Convertí a metros aquellas unidades arcaicas. Esta vez sí que grité.

—¡Son casi catorce metros bajo el agua!

—¿Dónde le parece que podría estar

un sumergible?

—¿Qué demonios espera que haga, contener la respiración? —el océano se abalanzaba sobre mí.

—No es necesario —respondió mi comlog—. La alfombra voladora tiene un primitivo campo de choque. Servirá fácilmente para sólo ocho brazas. Por favor, aguante.

Johnny me estaba esperando cuando llegué. El sumergible estaba oscuro y húmedo con el sudor del abandono; el teleyector era un modelo militar que yo jamás había visto. Resultó un alivio

salir al sol y a una calle urbana y ver a Johnny esperando.

Le referí lo que había ocurrido con Coleta. Caminamos por calles vacías frente a edificios desvencijados. Anochecía en el cielo azul claro. No había nadie a la vista.

—Eh —exclamé y me detuve—, ¿dónde estamos?

Era un mundo increíblemente terrícola, pero el cielo, la gravedad y la textura del lugar no se parecían a nada que yo conociera.

Johnny sonrió.

—Dejaré que lo adivine.

Salimos a una calle ancha y vi ruinas

a la izquierda. Me detuve a mirar.

—Es el Coliseo —dije—. El Coliseo Romano de Vieja Tierra. —Miré los viejos edificios, las calles de adoquines y los árboles que se mecían en la brisa—. Es una reconstrucción de la ciudad de Roma de Vieja Tierra —continué, tratando de no demostrar mi asombro—. ¿Nueva Tierra? —De inmediato comprendí que no era eso. Yo había estado muchas veces en Nueva Tierra y los colores del cielo, los olores y la gravedad no eran los mismos.

Johnny meneó la cabeza.

—No estamos en la Red.

Me detuve.

—Eso es imposible —por definición, todo mundo al que se podía llegar por teleyector estaba en la Red.

—No obstante, no es la Red.

—¿Dónde estamos?

—Vieja Tierra.

Seguimos caminando. Johnny señaló otra ruina.

—El Foro. —Mientras bajaba una larga escalera, indicó—: Adelante está Piazza di Spagna, donde pasaremos la noche.

—Vieja Tierra —repetí, mi primer comentario en veinte minutos—. ¿Viaje en el tiempo?

—Eso no es posible, Lamia.

—¿Un parque temático, entonces?

Johnny rió. Era una risa grata y espontánea.

—Quizás. En realidad no sé cuál es su propósito ni su función. Es un... análogo.

—Un análogo. —Parpadeé ante el sol rojo que se ponía al final de una calleja—. Se parece a los holos que he visto de Vieja Tierra. La sensación resulta convincente, aunque nunca he estado allí.

—Es muy exacto.

—¿Dónde está? Me refiero a la estrella.

—No sé el número —respondió

Johnny—. Está en el Cúmulo de Hércules.

Preferí no repetir esas palabras, pero me detuve para sentarme en un escalón.

Con el motor Hawking la humanidad había explorado, colonizado y conectado con teleyector mundos a muchos miles de años luz de distancia. Pero nadie había intentado llegar a los explosivos soles del Núcleo. Apenas habíamos asomado de un brazo en espiral. El Cúmulo de Hércules.

—¿Por qué el TecnoNúcleo construyó una réplica de Roma en el Cúmulo de Hércules? —pregunté.

Johnny se sentó a mi lado. Una arremolinada bandada de palomas echó a volar estrepitosamente y sobrevoló los tejados.

—No lo sé, Lamia. Hay muchas cosas que ignoro..., al menos en parte, porque hasta ahora no me interesaban.

—Brawne.

—¿Cómo?

—Sin formalidades. Puedes llamarme Brawne.

Johnny sonrió e inclinó la cabeza.

—Gracias, Brawne. Pero le diré una cosa. No creo que sea sólo una réplica de la ciudad de Roma. Es toda Vieja Tierra.

Apoyé ambas manos en la piedra tibia del escalón donde me había sentado.

—¿Toda Vieja Tierra? ¿Todos los continentes..., las ciudades?

—Eso creo. No he salido de Italia e Inglaterra excepto para efectuar un viaje por mar entre ambas, pero creo que el análogo es completo.

—¿Por qué, por amor de Dios?

Johnny asintió despacio.

—Tal vez sea eso. ¿Por qué no vamos adentro a comer y hablamos de esto? Quizá se relacione con quién trató de matarme y por qué.

«Adentro» era un apartamento en una

casa grande al pie de las escaleras de mármol. Las ventanas daban a lo que Johnny llamaba la «piazza». Escalera arriba se alzaba una iglesia grande de color pardo amarillento, y más abajo había una plaza donde una fuente con forma de bote arrojaba agua en la quietud del atardecer. Johnny comentó que la fuente era obra de Bernini, pero el nombre no significaba nada para mí.

Las habitaciones eran pequeñas y altas, con muebles toscos pero intrincadamente tallados de una época que no reconocí. No había indicios de electricidad ni artefactos modernos. La casa no respondió cuando le hablé en la

puerta y en las escaleras del apartamento. Anochecía sobre la plaza y la ciudad fuera de las altas ventanas, pero las únicas luces procedían de faroles de gas o algún combustible más primitivo.

—Esto pertenece al pasado de Vieja Tierra —declaré y toqué las mullidas almohadas. Alcé la cabeza al comprender de pronto—. Keats murió en Italia. Principios del siglo diecinueve o veinte... Esto es... esa época.

—Sí. Principios del siglo diecinueve: 1821, para ser más exactos.

—¿Todo este mundo es un museo?

—No. Distintas zonas pertenecen a

distintas épocas. Depende del análogo que se busque.

—No entiendo. —Entramos en una habitación atiborrada de muebles sólidos y me senté en un diván tallado junto a la ventana. Una áurea pátina de luz nocturna aún bañaba la torre de la parda iglesia escalera arriba. Las palomas blancas revoloteaban contra el cielo azul—. ¿Hay millones de personas..., cíbridos..., viviendo en esta falsa Vieja Tierra?

—No lo creo —respondió Johnny—. Sólo la cantidad necesaria para cada proyecto análogo específico. —Vio que yo no comprendía y cobró aliento antes

de continuar—. Cuando yo... desperté aquí había análogos cíbridos de Joseph Severn, el doctor Clark, la propietaria Anna Angeletti, el joven teniente Elton y algunos más. Tenderos italianos, el dueño de la *trattoria* que está frente a la plaza, quien nos traía comida; también había peatones y demás. A lo sumo una veintena.

—¿Qué les ocurrió?

—Seguramente fueron... reciclados. Como el hombre de la coleta.

—Coleta... —Miré a Johnny en la habitación en penumbras—. ¿Era un cíbrido?

—Sin duda. La autodestrucción que

describibiste es exactamente el modo en que yo me libraría de este cíbrido si tuviera que hacerlo.

Mi mente estaba acelerada. Comprendí lo estúpida que había sido, lo poco que había aprendido.

—Entonces, fue otra IA quien intentó matarte.

—Eso parece.

—¿Por qué?

Johnny movió las manos.

—Quizá para borrar un cuanto de conocimiento que murió con mi cíbrido. Algo que yo había aprendido recientemente. La otra IA sabía que eso quedaría destruido con mi falla de

sistemas.

Me levanté, deambulé de un lado a otro, fui a la ventana. Ahora anochecía de verdad. Había lámparas en la habitación, pero Johnny no intentó encenderlas y yo prefería la penumbra. Volvía aún más irreal el fantástico relato que estaba oyendo. Miré hacia el dormitorio. Las ventanas del oeste dejaban entrar los últimos rayos de luz; las blancas sábanas resplandecían.

—Moriste aquí —señalé.

—Él murió —rectificó Johnny—. Yo no soy él.

—Pero tienes sus recuerdos.

—Sueños medio olvidados. Hay

lagunas.

—Pero tú sabes lo que él sentía.

—Recuerdo lo que los diseñadores creían que él sentía.

—Cuéntamelo.

—¿Qué? —la tez de Johnny brillaba muy pálida en la sombra. Sus rizos cortos se oscurecieron.

—Qué sentiste al morir. Qué sentiste al renacer.

Johnny me lo contó, en voz baja y melodiosa, usando a veces un inglés arcaico y difícil pero mucho más bello al oído que la lengua híbrida que hablamos hoy.

Describió qué sentía un poeta

obsesionado por la perfección, más despiadado con sus propias creaciones que el crítico más exigente, aunque los críticos siempre eran exigentes. La obra de Keats fue vilipendiada, ridiculizada, tildada de tonta y poco original. Demasiado pobre para desposar a la mujer que amaba, pidió dinero al hermano de América y así perdió la última oportunidad de seguridad financiera.

Luego la breve gloria de alcanzar la plena maduración de su potencial poético justo cuando caía presa de la «tisis» que le había arrebatado a su madre y su hermano Tom. Luego el

exilio en Italia, presuntamente «por razones de salud», pero sabiendo que significaría una muerte solitaria y dolorosa a los veintiséis años.

Johnny me habló del dolor de ver la letra de Fanny en cartas que no se atrevía a abrir; habló de la lealtad del joven artista Joseph Severn, escogido como compañero de viaje de Keats por «amigos» que al final abandonaron al poeta, contó cómo Severn había atendido al moribundo, permaneciendo junto a él durante los últimos días. Habló de las hemorragias en la noche, del doctor Clark haciéndole sangrías y recetando «ejercicios y aire puro», y de

la desesperación religiosa y personal que indujo a Keats a exigir que le tallaran este epitafio en piedra: «Aquí yace alguien cuyo nombre estaba escrito en el agua».

Una luz borrosa perfilaba las altas ventanas. La voz de Johnny parecía flotar en el aire perfumado. Habló de despertar después de la muerte en la cama donde había muerto, aún asistido por el leal Severn y el doctor Clark, de recordar que era el poeta John Keats tal como uno recuerda una identidad de un sueño evanescente, siempre consciente de que él era otra cosa.

Habló de la continuidad de la

ilusión, del viaje de regreso a Inglaterra, la reunión con Fanny-que-no-era-Fanny y el trastorno mental que esto le había provocado. Habló de su incapacidad para escribir más poesía, de su creciente alejamiento de los impostores cíbridos, de su caída en una especie de catatonia combinada con «alucinaciones» de su verdadera existencia IA en el casi incomprensible (para un poeta del siglo diecinueve) TecnoNúcleo, del desmoronamiento de la ilusión y el abandono del «Proyecto Keats».

—En verdad, esa maligna farsa me evocaba el pasaje de una carta que yo escribí... él escribió, a su hermano

George poco antes de la enfermedad. Keats decía:

> *¿No habrá seres superiores que se diviertan con las gráciles aunque instintivas actitudes en que pueda incurrir mi mente, tal como a mí me divierten la picardía del armiño o la angustia del venado? Aunque una pelea callejera es algo detestable, las energías*

que en ella se exhiben son loables. Para un ser superior, nuestros razonamientos pueden cobrar el mismo tono: aunque erróneos, pueden ser loables. La poesía consiste precisamente en esto.

—¿Crees que el Proyecto Keats era maligno? —pregunté.

—Todo lo que engaña es maligno, a mi entender.

—Quizá seas más John Keats de lo

que estás dispuesto a admitir.

—No. La ausencia de instinto poético demostró lo contrario incluso en medio de la ilusión más sofisticada.

Miré los contornos de las formas en la oscura casa.

—¿Las IAs saben dónde estamos?

—Probablemente. Seguramente. No puedo ir a ningún sitio sin que el TecnoNúcleo me localice y me siga. Pero huíamos de las autoridades y los bandidos de la Red, ¿verdad?

—Pero ahora sabes que fue alguien..., una inteligencia del TecnoNúcleo la que te atacó.

—Sí, pero sólo en la Red. Semejante

violencia no se toleraría en el Núcleo.

Se produjo un ruido en la calle. Una paloma, esperé. Quizá viento arrastrando basura en los adoquines.

—¿Cómo reaccionará el TecnoNúcleo ante mi presencia aquí?

—No tengo ni idea —contestó él.

—Sin duda esto es un secreto.

—Es... algo que ellos consideran irrelevante para la humanidad.

Sacudí la cabeza, un gesto fútil en la oscuridad.

—La recreación de Vieja Tierra, la resurrección de personalidades humanas como cíbridos en este mundo recreado, una inteligencia artificial que mata a

otra, ¿irrelevante? —Reí, pero logré dominar la carcajada—. Por todos los cielos, Johnny.

—¿Por qué no?

Me acerqué a la ventana y, sin importarme que ofreciera un buen blanco a alguien que acechara en la calle, saqué un cigarrillo. Estaban húmedos después de la persecución de esa tarde en la nieve, pero uno se encendió.

—Johnny, antes dijiste que el análogo de Vieja Tierra estaba completo y yo comenté: «Por amor de Dios», y respondiste: «Tal vez sea eso». ¿Fue un alarde de ingenio o quisiste decir algo?

—Quise decir que quizá sea por el amor de Dios.

—Explícate.

Johnny suspiró en la oscuridad.

—No comprendo el propósito exacto del proyecto Keats ni de los demás análogos de Vieja Tierra, pero sospecho que forma parte de un proyecto del TecnoNúcleo que se remonta a por lo menos siete siglos estándar, cuyo propósito era alcanzar la Inteligencia Máxima.

—Inteligencia Máxima —repetí, exhalando humo—. Vaya. ¿De modo que el TecnoNúcleo intenta... qué? ¿Construir a Dios?

—Sí.

—¿Por qué?

—No hay una respuesta simple, Brawne. Tampoco resulta fácil responder por qué la humanidad ha buscado a Dios bajo un millón de formas durante diez mil generaciones. Pero para el Núcleo se trata de la búsqueda de mayor eficiencia, de modos más fiables de manipular... variables.

—Pero el TecnoNúcleo puede recurrir a sí mismo y a la megaesfera de datos de doscientos mundos.

—Sin embargo, hay lagunas en los... poderes de predicción.

Lancé el cigarrillo por la ventana y

observé la brasa que caía en la noche. La brisa se enfrió de golpe y me froté los brazos.

—¿De qué manera todo esto —Vieja Tierra, los proyectos de resurrección, los cíbridos—..., de qué manera conducen a la creación de la Inteligencia Máxima?

—No lo sé, Brawne. Hace ocho siglos estándar, al principio de la Primera Edad de la Información, un hombre llamado Norbert Wiener escribió: «¿Puede Dios jugar un juego trascendente con su propia criatura? ¿Puede cualquier creador, por limitado que sea, jugar un juego trascendente con

su propia criatura?». La humanidad se enfrentó a este problema sin resolverlo en los inicios de la inteligencia artificial. El Núcleo intenta encontrar la solución en los proyectos de resurrección. Tal vez el programa IM esté completo y todo esto permanezca en función de la Criatura-Creador definitiva, una personalidad cuyos motivos son tan incomprensibles para el Núcleo como los del Núcleo para la humanidad.

Deambulé por la habitación a oscuras, tropecé con una mesita y me quedé donde estaba.

—Nada de esto nos indica quién

trata de matarte —señalé.

—No. —Johnny se incorporó y caminó hacia la pared. Encendió una cerilla que sacó de una caja en un estante y prendió una vela. Nuestras sombras ondularon en las paredes y el techo.

Johnny se me acercó y me cogió suavemente los brazos. La luz tenue le pintaba de cobre los rizos y las pestañas, rozándole los altos pómulos y la firme barbilla.

—¿Por qué te muestras tan dura? —preguntó.

Le miré fijamente. Su cara estaba muy cerca de la mía. Teníamos la misma

altura.

—Suéltame —dije.

En cambio, se inclinó para besarme. Sus labios eran blancos y tibios y el beso pareció durar horas. *Es una máquina*, pensé. *Humano, pero una máquina*. Cerré los ojos. Su suave mano me acarició la mejilla, el cuello, la nuca.

—Escucha... —susurré cuando nos separamos un instante.

Johnny no me dejó terminar. Me cogió en brazos y me llevó al otro cuarto. La cama alta. El colchón mullido y el hondo cobertor. La luz de las velas del otro cuarto fluctuaban y bailaban

mientras nos desnudábamos con repentina urgencia.

Esa noche hicimos el amor tres veces; respondimos a lentos y dulces imperativos del tacto y la tibieza y la cercanía y la creciente intensidad de la sensación. Recuerdo que la segunda vez lo observé: debajo de mí, él tenía los ojos cerrados, el cabello caído sobre la frente; la luz de las velas mostraba la agitación del pecho cálido, sus brazos y manos asombrosamente fuertes me sostenían con firmeza. Abrió los ojos un instante para mirarme y sólo vi reflejadas la emoción y la pasión del momento.

Poco antes del alba nos dormimos, y cuando me aparté de él sentí el contacto fresco de su mano en mi cadera, un movimiento protector sin resultar posesivo.

Nos atacaron después de las primeras luces. Eran cinco, todos hombres. No procedían de Lusus, pero eran fuertes y sabían trabajar en equipo.

Lo primero que oí fue que derribaban la puerta del apartamento. Salté de la cama, me situé al lado de la puerta del dormitorio y los miré entrar. Johnny se incorporó y gritó algo cuando el primer hombre apuntó un paralizador. Johnny se había puesto calzoncillos de

algodón antes de dormirse; yo estaba desnuda. Pelear desnuda cuando los oponentes están vestidos presenta muchas desventajas, pero el mayor problema es psicológico. Si uno puede superar la sensación de vulnerabilidad agudizada, el resto es fácil de compensar.

El primer hombre me vio, pero decidió paralizar a Johnny de todos modos y pagó por ese error. Le arranqué el arma de un puntapié y lo tumbé con un golpe detrás de la oreja izquierda. Dos más entraron en la habitación. Esta vez ambos tuvieron la astucia de encargarse primero de mí. Otros dos se abalanzaron

sobre Johnny.

Detuve una mano con los dedos en punta, desvié un puntapié que me habría hecho mucho daño, retrocedí. A mi izquierda había una cómoda alta y el pesado cajón de arriba salió fácilmente. El hombre que tenía delante se escudó la cara con ambos brazos y la madera se astilló, pero aquella reacción instintiva me dio una ventaja momentánea y la aproveché: descargué todo el peso de mi cuerpo en la patada. El número dos gruñó y cayó contra su socio.

Johnny estaba luchando, pero uno de los intrusos le apretaba la garganta mientras el otro le sujetaba las piernas.

Avancé agazapada, recibí el golpe de mi número dos y salté sobre la cama. El tipo que sujetaba las piernas de Johnny voló por el cristal y la madera de la ventana sin decir palabra.

Alguien aterrizó sobre mi espalda y completé la voltereta por la cama y el suelo para arrojarlo contra la pared. Era hábil. Aguantó el golpe en el hombro y trató de darme en el nervio tras la oreja. Tuvo problemas porque se topó con más músculos de los que esperaba. Le propiné un codazo en el estómago y me alejé rodando. El que estrangulaba a Johnny le soltó y me lanzó una patada perfecta a las costillas. Recibí medio

impacto, sentí que una costilla cedía y me volví. Sin pretensiones de elegancia, alargué la mano izquierda para aplastarle el testículo izquierdo. El hombre gritó y quedó fuera de combate.

Yo no había olvidado el paralizador caído, ni al último oponente. Reptó hacia el otro lado de la cama, escabulléndose, y avanzó a gatas para alcanzar el arma. Sufriendo el dolor de la costilla rota, alcé la maciza cama con Johnny encima y la descargué sobre la cabeza y los hombros del sujeto.

Me metí bajo la cama, cogí el paralizador y retrocedí hacia un rincón.

Un atacante había volado por la

ventana. Estábamos en el segundo piso. El primero en entrar aún yacía en la puerta. El que yo había pateado logró apoyarse en una rodilla y ambos codos. Por la sangre que le manaba de la boca y la barbilla, calculé que una costilla le había perforado un pulmón. Respiraba en resuellos. La cama había aplastado el cráneo del otro fulano tendido. El que había intentado asfixiar a Johnny estaba acurrucado cerca de la ventana, aferrándose la ingle y vomitando. Lo paralicé con el arma; luego me acerqué al que había pateado y le agarré el pelo para levantarlo.

—¿Quién te ha enviado?

—Que te jodan —dijo, rociándome la cara con sangre.

—Tal vez más tarde. De nuevo, ¿quién te ha mandado? —le apoyé tres dedos en la costilla que parecía floja y apreté.

El hombre gritó y palideció. Tosió, y la sangre era muy roja contra la tez pálida.

—¿Quién te envió? —Le apoyé cuatro dedos en las costillas.

—¡El obispo! —exclamó, tratando de zafarse de mis dedos.

—¿Qué obispo?

—Templo del Alcaudón... Lusus... No, por favor... Oh, diablos...

—¿Qué pensabais hacer con él..., con nosotros?

—Nada... Oh, diablos... Necesito atención médica, por favor...

—Claro. Responde.

—Paralizarlo, llevarlo... al Templo... Lusus. Por favor. No puedo respirar.

—¿Y conmigo?

—Matarte si te resistías.

—Bien —dije, alzándolo un poco por el pelo—, ahora vamos bien. ¿Para qué lo quieren a él?

—¡No lo sé! —Gritó con ganas. Yo no dejaba de vigilar la puerta del apartamento. Aún tenía el paralizador en

la mano un puñado de pelo—. No... lo sé... —jadeó. Ahora tenía una buena hemorragia. Su sangre me goteaba sobre el brazo y el pecho izquierdo.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—VEM... techo...

—¿Por qué teleyector saltasteis?

—No lo sé... Lo juro... Una ciudad en el agua. El vehículo está sintonizado para regresar allí... ¡Por favor!

Le rasgué las ropas. No llevaba comlog ni otras armas. Tenía el tatuaje de un tridente azul encima del corazón.

—¿Gunda? —pregunté.

—Sí... Hermandad de Parvati. Fuera de la Red. Difícil de rastrear.

—¿Todos vosotros?

—Sí... Por favor... Consigúeme ayuda... Oh, diablos... Por favor... —Se derrumbó, casi inconsciente.

Lo solté, retrocedí y lo rocié con el rayo paralizador.

Johnny estaba sentado, se frotaba la garganta y me miraba de manera extraña.

—Vístete —ordené—. Nos vamos.

El VEM era un viejo Vikken Scénic transparente, sin identificador de manos en la placa de ignición ni en el panel. Llegamos al límite de iluminación planetaria antes de cruzar Francia y contemplamos una oscuridad que según Johnny era el Océano Atlántico. Excepto

por las luces y alguna ciudad flotante o plataforma de perforación, la única claridad procedía de las estrellas y del ancho fulgor líquido de las colonias submarinas.

—¿Por qué nos llevamos el vehículo? —preguntó Johnny.

—Quiero ver desde dónde se teleyectaron.

—Mencionó el Templo del Alcaudón de Lusus.

—Sí. Ahora veremos.

La cara de Johnny apenas resultaba visible mientras él contemplaba el mar oscuro, veinte kilómetros más abajo.

—¿Crees que esos hombres

morirán?

—Uno de ellos ya estaba muerto —respondí—. El tío del pulmón perforado necesitará ayuda. Dos de ellos se recuperarán. No sé qué pasó con el que voló por la ventana. ¿Te preocupa?

—Sí. Fue una violencia... salvaje.

—«Aunque una pelea callejera es algo detestable, las energías que en ella se exhiben son loables» —cité—. No eran cíbridos, ¿verdad?

—Creo que no.

—Así que hay al menos dos grupos que te persiguen... las IAs y el obispo del Templo del Alcaudón. Y aún no sabemos por qué.

—Ahora tengo una idea.

Me volví en el asiento de espuma. Las constelaciones —que no se parecían a los holos del firmamento de Vieja Tierra ni a las de ningún mundo de la Red que yo conociera— arrojaban luz suficiente para iluminar los ojos de Johnny.

—Cuéntame —le pedí.

—Tu mención de Hyperion me dio una pista. El hecho de que yo no supiera nada sobre ese mundo. Su ausencia indicaba que era importante.

—El extraño caso del perro ladrando en la noche —comenté.

—¿Qué?

—Nada. Continúa.

Johnny se me acercó.

—La única razón por la cual yo no lo sabría sería que algunos elementos del TecnoNúcleo hubiesen bloqueado mi conocimiento.

—Tu cíbrido pasa... —Ahora resultaba extraño hablarle a Johnny de esa manera—. Tú pasas la mayor parte del tiempo en la Red, ¿verdad?

—Sí.

—¿No te toparías con alguna mención de Hyperion? Aparece en las noticias de vez en cuando, especialmente cuando aluden al Culto del Alcaudón.

—Tal vez oí algo. Tal vez por eso me asesinaron.

Me incliné para contemplar las estrellas.

—Vamos a preguntárselo al obispo —decidí.

Johnny explicó que las luces que teníamos delante eran un análogo de Nueva York a mediados del siglo veinte. No sabía para qué proyecto de resurrección se había reconstruido la ciudad. Apagué el automático del VEM y descendí más.

Altos edificios de la era fálica de la arquitectura urbana se elevaban de los pantanos y lagunas del litoral de

América del Norte. Algunos tenían las luces encendidas. Johnny señaló una estructura decrépita pero de rara elegancia.

—El Empire State Building —indicó.

—De acuerdo. Sea lo que fuere, allí es donde quiere aterrizar el VEM.

—¿Es seguro?

Sonreí burlonamente.

—Nada en la vida es seguro.

Dejé que el vehículo siguiera su curso y descendimos en una pequeña plataforma abierta al pie de la aguja del edificio. Bajamos a la resquebrajada azotea. Estaba muy oscuro, excepto por

las escasas luces de los edificios y las estrellas. A poca distancia, un fulgor azul delineaba un portal teleyector donde otrora quizás hubo puertas de ascensor.

—Yo iré primero —dije, pero Johnny ya había pasado. Palmee el paralizador prestado y lo seguí.

Nunca había visitado el Templo del Alcaudón de Lusus, pero sin duda estábamos allí. Johnny me llevaba unos pasos de ventaja, pero no había nadie más en las cercanías.

Era un sitio fresco, oscuro y cavernoso, si las cavernas pudieran alcanzar ese tamaño. Una escalofriante

escultura policroma colgada de cables invisibles rotaba en una brisa que yo no sentía. Johnny y yo nos volvimos cuando el portal teleyector se esfumó.

—Bien, hemos hecho el trabajo por ellos, ¿eh? —le susurré a Johnny. Incluso el susurro parecía retumbar en la sala iluminada de rojo. Yo no había previsto que Johnny saltara al templo conmigo.

La luz pareció ascender, no iluminando el gran salón sino ensanchando su alcance de tal modo que pudimos ver el semicírculo de hombres. Recordé que algunos se llamaban exorcistas y otros lectores y había

alguna otra categoría que no recordaba. Fueran quienes fuesen, resultaba alarmante verlos allí, al menos una veintena, con túnicas que eran variaciones en rojo y negro y altas frentes que brillaban bajo la luz roja. No me costó reconocer al obispo. Era de mi mundo, aunque más bajo y más gordo que la mayoría de nosotros, y su túnica era muy roja.

No traté de esconder el paralizador. Si nos atacaban, tal vez pudiera derribarlos a todos. Era posible pero no probable. No les veía armas, pero esas túnicas podían ocultar un arsenal.

Johnny enfiló hacia el obispo y yo lo

seguí. Nos detuvimos a diez pasos del hombre. El obispo era el único que no estaba de pie. La silla era de madera y parecía plegable, como si los intrincados brazos, soportes, respaldo y patas se pudieran trasladar de forma compacta. No se podía decir lo mismo de la masa de músculo y grasa evidenciada bajo la túnica del obispo.

Johnny avanzó otro paso.

—¿Por qué intentaste secuestrar a mi cíbrido? —le preguntó al obispo como si los demás no estuviéramos allí.

El obispo rió y meneó la cabeza.

—Mi querida... entidad, es verdad que deseábamos tu presencia en nuestro

lugar de adoración, pero no tienes pruebas de que estemos involucrados en un intento de secuestro.

—No me interesan las pruebas —replicó Johnny—. Quiero saber por qué me quieres aquí.

Oí un susurro a nuestras espaldas y me volví deprísa, el paralizador conectado y apuntado, pero el ancho círculo de sacerdotes del Alcaudón permaneció inmóvil. La mayoría estaban fuera del alcance de mi arma. Lamenté no tener conmigo el arma de proyectiles de mi padre.

La profunda y modulada voz del obispo parecía llenar el enorme espacio.

—Sin duda sabes que la Iglesia de la Expiación Final tiene un profundo y permanente interés en el mundo de Hyperion.

—Sí.

—También sabrás que en los últimos siete siglos la personalidad del poeta Keats de Vieja Tierra se ha integrado a los mitos culturales de la colonia de Hyperion.

—Sí. ¿Y qué?

El obispo se frotó la mejilla con un gran anillo rojo.

—Así que cuando te ofreciste para participar en la Peregrinación del Alcaudón aceptamos. Nos sentimos

consternados cuando revocaste la oferta.

El aire asombrado de Johnny era muy humano.

—¿Yo me ofrecí? ¿Cuándo?

—Hace ocho días locales —contestó el obispo—. En esta sala. Tú viniste a proponernos la idea.

—¿Yo dije que quería participar en la... Peregrinación?

—Mencionaste que era, si no recuerdo mal, «importante para tu educación». Podemos mostrarte la grabación, si lo deseas. En el Templo grabamos esas conversaciones. También podemos darte un duplicado de la grabación para que la veas cuando

desees.

—Sí —aceptó Johnny.

El obispo asintió y un acólito o lo que fuera desapareció un instante en las sombras y regresó con un chip de vídeo estándar en la mano. El obispo asintió de nuevo y el hombre de túnica negra se adelantó para entregarle el chip a Johnny. Mantuve el paralizador preparado hasta que el sujeto regresó al semicírculo de observadores.

—¿Por qué enviaste a los gundas? —pregunté. Era la primera vez que hablaba ante el obispo y mi voz sonaba estridente y cascada.

El hombre santo del Alcaudón

gesticuló con una mano regordeta.

—El señor Keats había manifestado interés en participar en nuestra más santa peregrinación. Como creemos que la Expiación Final es inminente, esto tiene mucha importancia para nosotros. En consecuencia, nuestros agentes nos informaron que el señor Keats podía haber sido víctima de uno o más ataques y que cierta investigadora privada, es decir tú, era responsable de la destrucción del guardaespaldas cíbrido que el TecnoNúcleo había concedido al señor Keats.

—¡Guardaespaldas! —exclamé. Ahora la asombrada era yo.

—Desde luego —replicó el obispo. Se volvió hacia Johnny—. El caballero de la coleta, recientemente asesinado en la Excursión Templaria, ¿no te fue presentado como guardaespaldas una semana antes? Aparece en la grabación.

Johnny no dijo nada. Parecía esforzarse por recordar algo.

—De cualquier modo —continuó el obispo—, debemos tener su respuesta acerca de la peregrinación antes del fin de semana. El Sequoia Sempervirens parte de la Red dentro de nueve días locales.

—Pero es una nave arbórea Templaria —objetó Johnny—. Ellos no

viajan a Hyperion.

El obispo sonrió.

—En este caso, sí. Tenemos razones para creer que ésta será la última peregrinación patrocinada por la Iglesia y hemos contratado la nave Templaria para permitir que tantos fieles como sean posibles efectúen el viaje —el obispo gesticuló y dos hombres vestidos de rojo y negro desaparecieron en la oscuridad. Dos exorcistas se adelantaron para plegar el sillón mientras el obispo se levantaba—. Por favor, responde cuanto antes —concluyó, y acto seguido se marchó. El exorcista restante se quedó para

acompañarnos afuera.

No había más teleyectores. Salimos por la puerta principal del Templo y nos quedamos en el primer escalón de la larga escalinata, contemplando el Bulevar de Centro Colmena y respirando el aire frío y sucio.

La automática de mi padre estaba en el cajón donde yo la había guardado. Me aseguré de que tuviera una carga completa de proyectiles, le metí el cargador y llevé el arma a la cocina donde se preparaba el desayuno.

Johnny estaba sentado a la larga

mesa, escrutando el muelle de carga por las ventanas grises. Llevé las tortillas y serví café.

—¿Crees que fue idea tuya?

—Ya viste la grabación de vídeo.

—Las grabaciones se pueden falsear.

—Sí. Pero ésta era auténtica.

—Entonces, ¿para qué te ofreciste a participar en la peregrinación? ¿Por qué tu guardaespaldas intentó matarte después de que hablaras con la Iglesia del Alcaudón y el capitán templario?

Johnny probó la tortilla, asintió aprobatoriamente y tomó otro bocado.

—El... guardaespaldas... me resulta

totalmente desconocido. Me lo debieron asignar la semana en que perdí la memoria. Su verdadero propósito, por lo visto, era evitar que yo descubriera algo... o eliminarme si lo descubría.

—¿Algo de la Red o del plano de datos?

—La Red, supongo.

—Necesitamos averiguar para quién trabajaba y por qué te lo asignaron.

—Lo sé —suspiró Johnny—. Acabo de preguntarlo. El Núcleo responde que solicité un guardaespaldas. El cíbrido estaba bajo el control de un nexo IA que corresponde a una fuerza de seguridad.

—Pregunta por qué intentó matarte.

—Ya lo he hecho. Niegan categóricamente tal posibilidad.

—Entonces, ¿por qué este presunto guardaespaldas te rondaba una semana después del asesinato?

—Responden que, aunque yo no volví a solicitar protección después de mi... discontinuidad..., las autoridades del Núcleo consideraron prudente brindármela.

—Menuda protección —reí—. ¿Por qué diablos huyó en el mundo templario cuando lo sorprendí? Ni siquiera se dignan contarte una historia convincente, Johnny.

—No.

—El obispo tampoco explicó por qué la Iglesia del Alcaudón tiene acceso teleyector a Vieja Tierra... o como se llame ese mundo de *atrezzo*.

—Nosotros no se lo preguntamos.

—Yo no lo pregunté porque quería salir entera de aquel condenado Templo.

Johnny no parecía oírme. Se tomaba el café, la mirada perdida en otra parte.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se volvió hacia mí acariciándose el labio inferior.

—Aquí hay una paradoja, Brawne.

—¿Cuál?

—Si mi propósito era ir a Hyperion, que mi cíbrido viajara allí..., no podría

haber permanecido en el Tecno-Núcleo. Tendría que haber investido al cíbrido de toda mi conciencia.

—¿Por qué? —pregunté, pero comprendía la razón.

—Piensa. El plano de datos es una abstracción. Una mezcla de esferas de datos generadas por ordenadores e inteligencias artificiales y la matriz gibsoniana cuasiperceptiva diseñada originalmente para operadores humanos, ahora aceptada como terreno común para hombre, máquina e IA.

—Pero el hardware IA existe en alguna parte del espacio real —objeté —. En alguna parte del TecnoNúcleo.

—Sí, pero eso es irrelevante para la función de la conciencia —explicó Johnny—. Yo puedo «estar» en cualquier lugar adonde las esferas de datos superpuestas me permitan viajar..., todos los mundos de la Red, el plano de datos y cualquiera de los productos del TecnoNúcleo tales como Vieja Tierra... pero sólo dentro de ese entorno puedo aspirar a la «conciencia» u operar sensores o remotos como este cíbrido.

Dejé la taza de café y miré la cosa a la que había amado como a un hombre sólo la noche anterior.

—¿Sí?

—Los mundos coloniales tienen

esferas de datos limitados —continuó Johnny—. Aunque hay algún contacto con el TecnoNúcleo mediante las transmisiones ultralínea, es sólo un intercambio de datos, como en las interfaces informáticas de la Primera Era de la Información; no un flujo de conciencia. La esfera de datos de Hyperion es primitiva al extremo de la inexistencia. Por lo que sé, el Núcleo no tiene ningún contacto con ese mundo.

—¿Eso sería normal? ¿Con un mundo colonial tan alejado?

—No. El Núcleo mantiene contacto con todos los mundos coloniales, con bárbaros interestelares como los éxters

y con otras fuentes que la Hegemonía ni siquiera imagina.

Quedé estupefacta.

—¿Con los éxters?

Desde la guerra en Bressia de años antes, los éxters habían sido la bestia negra de la Red. La idea de que el Núcleo (la misma congregación IA que asesoraba al Senado y a la Entidad Suma y que permitía el funcionamiento de nuestra economía, nuestro sistema de teleyectores y nuestra civilización tecnológica) estuviera en contacto con los éxters era escalofriante. ¿Qué diablos quería decir Johnny con «otras fuentes»? Preferí seguir en la ignorancia.

—Pero comentaste que es posible que tu cíbrido viaje aquí —apunté—. ¿Qué quieres decir con «investir al cíbrido de toda tu conciencia»? ¿Puede una IA volverse... humana? ¿Puedes existir sólo en tu cíbrido?

—Se ha hecho —respondió Johnny —. Una vez. Una reconstrucción de personalidad no muy distinta a la mía. Un poeta del siglo veinte llamado Ezra Pound. Abandonó su personalidad IA y huyó de la Red en su cíbrido. Pero la reconstrucción de Pound estaba loca.

—O cuerda —objeté.

—Sí.

—De manera que todos los datos y

la personalidad de una IA pueden sobrevivir en el cerebro orgánico de un cíbrido.

—Claro que no, Brawne. Ni siquiera el uno por ciento del uno por ciento de mi conciencia total sobreviviría a la transición. Los cerebros orgánicos no pueden procesar ni siquiera la información más primitiva tal como nosotros lo hacemos. La personalidad resultante no sería la personalidad IA... y tampoco sería una conciencia verdaderamente humana ni un cíbrido...

Johnny se interrumpió y se volvió rápidamente para mirar por la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunté al cabo de

un minuto. Tendí la mano pero no lo toqué. Habló sin volverse.

—Quizá me equivocaba al decir que la conciencia no sería humana —susurró—. Es posible que la personalidad resultante fuera humana, tocada de cierta locura divina y cierta perspectiva metahumana. Podría ser..., si se la purgara de toda la memoria de nuestra época, de toda la conciencia del Núcleo... Podría ser la persona con la cual se programó al cíbrido...

—John Keats —susurré.

Johnny se apartó de la ventana y cerró los ojos. Tenía la voz ronca de emoción. Era la primera vez que le oía

recitar poesía:

Con sus sueños el fanático entreteje

un paraíso para una secta; también el salvaje

desde las honduras del reposo

se pregunta por el Cielo; mas no trazan

en pergamino, ni en papel de China

las sombras de la expresión melodiosa.

Despojados de

laureles viven, sueñan y mueren;

pues sólo la Poesía puede contar sueños,

sólo la exquisita magia de las palabras

puede rescatar la imaginación del turbio hechizo

y el estólido encantamiento. ¿Quién puede decir:

«No eres poeta, no puedes contar tus sueños»?

Todo hombre cuya

alma no sea tosca
tiene visiones, y hablará, si ha amado
y fue nutrido en su lengua materna.
Y se sabrá si el sueño ahora propuesto
es de fanático o poeta,
cuando mi mano, tierna escriba, esté en la tumba.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué significa?

—Significa —explicó Johnny, sonriendo dulcemente—, que ahora sé qué decisión tomé y por qué la tomé. Quería dejar de ser un cíbrido para ser un hombre. Quería ir a Hyperion. Aún quiero hacerlo.

—Hace una semana alguien te mató por esa decisión.

—Sí.

—¿Vas a intentarlo de nuevo?

—Sí.

—¿Por qué no invistes de conciencia a tu cíbrido aquí? ¿Por qué no volverte humano en la Red?

—No funcionaría —replicó Johnny—. Lo que ves como una compleja

sociedad interestelar es sólo un fragmento de la matriz de realidad del Núcleo. Constantemente me enfrentaría a las IAs y estaría a su merced. La personalidad de Keats, su realidad, no sobreviviría.

—De acuerdo —admití—, necesitas salir de la Red. Pero hay otras colonias. ¿Por qué Hyperion?

Johnny me cogió la mano. Tenía dedos largos, cálidos y fuertes.

—¿No lo comprendes, Brawne? Hay alguna conexión aquí. Es posible que los sueños de Keats acerca de Hyperion fueran una especie de comunicación transtemporal entre su personalidad de

entonces y la de ahora. En cualquier caso, Hyperion es el misterio clave de nuestra época, tanto físico como poético; es muy probable que él..., que yo haya nacido, muerto y renacido para explorarlo.

—Me parece descabellado. Ilusiones de grandeza.

—Sin duda —rió Johnny—. ¡Nunca he sido más feliz! —me cogió por los hombros y me puso en pie para abrazarme—. ¿Vendrás conmigo, Brawne? ¿Vendrás conmigo a Hyperion?

Parpadeé sorprendida, tanto ante la pregunta como ante la respuesta, que me inundó como un torrente cálido.

—Sí —contesté—. Iré.

Entramos en el dormitorio e hicimos el amor el resto de ese día, y al final dormimos para despertar bajo la tenue luz del Turno Tres de la trinchera industrial de fuera. Johnny estaba tendido de espaldas, los ojos castaños abiertos y clavados en el techo, sumido en sus pensamientos. Pero no tanto como para no sonreír y abrazarme. Me acurruqué contra él, acomodándome en la pequeña curva donde el hombro se encuentra en el pecho, y me volví a dormir.

Llevaba mis mejores galas —un traje de tela negra, una blusa tejida con seda de Renacimiento con una hematita Carvnel en la garganta, un tricornio Eulin Bré— cuando Johnny y yo saltamos a TC^2 al día siguiente. Lo dejé en el bar decorado con madera y bronce cerca del términex central, pero antes le di la automática de papá envuelta en un saco de papel y le dije que disparara contra cualquiera que simplemente lo mirara de forma sospechosa.

—La lengua de la Red es un idioma sutil —comentó.

—Esa frase es más vieja que la Red. Tan sólo hazlo —le estrujé la mano y me

fui sin mirar atrás.

Cogí un taxi volador hasta el Complejo Administrativo y atravesé nueve puestos de seguridad para llegar al Centro. Caminé medio kilómetro por el Parque de los Ciervos, admirando los cisnes del lago cercano y los edificios blancos de la colina; atravesé nueve puestos más hasta que una agente de seguridad del Centro me condujo por el sendero de losas hasta la Casa de Gobierno, un edificio bajo y gracioso entre jardines y colinas arboladas. Había una sala de espera amueblada con elegancia pero apenas había tenido tiempo de sentarme en un auténtico De

Kooning anterior a la Hégira cuando un secretario apareció para guiarme hasta la oficina privada de la FEM.

Meina Gladstone rodeó el escritorio para darme la mano y señalarme una silla. Resultaba extraño tenerla de nuevo ante mí después de verla tantos años por HTV. En persona era aún más imponente: el pelo corto parecía flotar en ondas blancas; las mejillas y el mentón eran prominentes, tan similares a los de Lincoln como aseguraban los expertos aficionados a la historia, pero los ojos grandes, tristes y castaños dominaban el semblante y daban la impresión de estar frente a una persona

realmente original.

Yo tenía la boca seca.

—Gracias por recibirme, funcionaria ejecutiva. Sé que usted está muy ocupada.

—Nunca estoy ocupada para ti, Brawne. Así como tu padre nunca estuvo ocupado para mí cuando yo era una senadora joven.

Asentí. Papá una vez describió a Meina Gladstone como el único genio político de la Hegemonía. Sabía que sería FEM algún día a pesar de su tardía iniciación en política. Ojalá papá hubiera vivido para verlo.

—¿Cómo está tu madre, Brawne?

—Está bien, funcionaria ejecutiva. Rara vez sale de nuestra casa de veraneo en Freeholm, pero la veo en la Fiesta de Navidad.

Gladstone asintió. Estaba sentada en el borde de un escritorio macizo que según los tabloides perteneció a un presidente asesinado —no Lincoln— de los Estados Unidos anteriores al Error, pero sonrió y fue a sentarse en la simple silla.

—Echo de menos a tu padre, Brawne. Ojalá estuviera en este gobierno. ¿Has visto el lago al entrar?

—Sí.

—¿Recuerdas que jugabas allí con

barquitos con mi Kresten cuando ambas erais niñas?

—Apenas, funcionaria ejecutiva. Era yo muy pequeña.

Meina Gladstone sonrió. Un intercom gorjeó, pero ella desconectó el aparato.

—¿En qué puedo ayudarte, Brawne?

Cobré aliento.

—Funcionaria ejecutiva, tal vez usted sepa que estoy trabajando como investigadora privada independiente... —no esperé su respuesta—. Un caso en el que he trabajado últimamente me ha llevado de vuelta al suicidio de papá...

—Brawne, sabes que eso se

investigó a fondo. Vi el informe de la comisión.

—Sí, yo también. Pero recientemente he descubierto cosas muy extrañas acerca del TecnoNúcleo y su actitud hacia el mundo de Hyperion. ¿Usted y papá no estaban trabajando en una ley que incluiría a Hyperion en el Protectorado de la Hegemonía?

Gladstone asintió.

—Sí, Brawne, pero había muchas colonias en consideración ese año. Ninguna fue admitida.

—De acuerdo. Pero el Núcleo o el Consejo Asesor IA, ¿tenía un interés especial en Hyperion?

La FEM se llevó un lápiz al labio inferior.

—¿Qué clase de información tienes, Brawne? —iba a responderle pero ella me interrumpió con el dedo—. ¡Espera! —tecleó un interactivo—. Thomas, voy a salir un rato. Asegúrate de que la delegación comercial de Sol Draconi no se aburra si me atraso un poco.

No le vi tocar nada más, pero de pronto un teleyector azul y oro despertó zumbando cerca de la pared. Gladstone me invitó a pasar primero.

Una llanura de hierba alta y dorada se extendía hasta horizontes inalcanzables. El cielo era amarillo

pálido, con estrías de cobre bruñido que tal vez eran nubes. No reconocí aquel mundo.

Meina Gladstone atravesó el portal y se tocó el comlog de la manga. El portal teleyector se esfumó. Soplaba una brisa tibia y aromática.

Gladstone se tocó de nuevo la manga, miró el cielo y cabeceó.

—Excusa la molestia, Brawne. Kastrop-Rauxel no tiene esfera de datos ni satélites. Continúa hablando. ¿Qué clase de información has encontrado?

Miré las praderas desiertas.

—Nada que merezca tantas precauciones... probablemente. Descubrí

que el TecnoNúcleo está muy interesado en Hyperion. También ha construido una especie de análogo de Vieja Tierra. Un mundo entero.

Si yo esperaba alarma o sorpresa, quedé defraudada. Gladstone asintió.

—Sí, tenemos noticias acerca del análogo de Vieja Tierra.

Me sorprendí.

—Entonces, ¿por qué no lo han anunciado? Si el Núcleo puede reconstruir Vieja Tierra, mucha gente estará interesada.

Gladstone empezó a caminar y yo la seguí, andando deprisa para seguir sus largos pasos.

—Brawne, la Hegemonía prefiere mantenerlo en secreto. Nuestras mejores fuentes de inteligencia humana no tienen ni idea de por qué el Núcleo actúa así. No ha ofrecido ninguna pista. Por ahora la mejor política es esperar. ¿Qué información tienes acerca de Hyperion?

No sabía por qué confiaba en Meina Gladstone, al margen de los viejos tiempos. Pero sabía que para recibir alguna información tendría que darle algo a cambio.

—El Núcleo construyó un análogo de un poeta de Vieja Tierra y parece obsesionado en impedir que tenga acceso a cualquier información referente

a Hyperion.

Gladstone cogió un largo tallo de hierba y se lo llevó a la boca.

—El cíbrido John Keats.

—Sí —esta vez traté de no manifestar mi sorpresa—. Sé que papá estaba muy interesado en conseguir la jerarquía de Protectorado para Hyperion. Si el Núcleo muestra un interés especial en ese lugar, tal vez haya tenido algo que ver..., haya manipulado...

—¿Su aparente suicidio?

—Sí.

El viento hacía ondular la hierba dorada. Una criatura pequeña se

escabulló entre los tallos.

—Es una posibilidad, Brawne. Pero no hay la menor prueba. Cuéntame qué hará este cíbrido.

—Primero cuénteme por qué el Núcleo está tan interesado en Hyperion.

La mujer abrió las manos.

—Si supiéramos eso, Brawne, dormiría mucho más tranquila. Por lo que sabemos, hace siglos que el TecnoNúcleo está obsesionado con Hyperion. Cuando el FEM Yevshensky permitió al rey Billy de Asquith reconocer el planeta, casi precipitó una verdadera secesión IA en la Red. Últimamente, con el establecimiento de

nuestro transmisor ultralínea, se provocó una crisis similar.

—Pero las IAs no se separaron.

—No, Brawne. Al parecer, por alguna razón, nos necesitan tanto como nosotros a ellas.

—Pero si están tan interesadas en Hyperion, ¿por qué no permiten su admisión en la Red, para que ellas también puedan ir allí?

Gladstone se pasó la mano por el cabello. Las broncíneas nubes ondulaban.

—En eso se muestran tajantes: Hyperion no debe ingresar en la Red. Es una interesante paradoja. Dime qué hará

el cíbrido.

—Primero explíqueme por qué el Núcleo está obsesionado con Hyperion.

—No lo sabemos con certeza.

—Sus conjeturas, entonces.

FEM Gladstone se apartó el tallo de hierba de la boca y lo observó.

—Creemos que el Núcleo está embarcado en un proyecto realmente increíble que le permitiría predecir... todo. Manipular hasta la última variable del espacio, el tiempo y la historia como un cuanto de información manejable.

—El Proyecto Inteligencia Máxima —dije, consciente de que era un descuido pero sin darle importancia.

Esta vez FEM Gladstone se sorprendió.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Qué tiene que ver el proyecto con Hyperion?

Gladstone suspiró.

—No lo sabemos con certeza, Brawne. Pero sabemos que en Hyperion hay una anomalía que el TecnoNúcleo no ha podido manipular como factor de sus análisis predictivos. ¿Sabes algo acerca de las Tumbas de Tiempo que la Iglesia del Alcaudón considera sagradas?

—Claro. Hace un tiempo se prohibió el acceso a los turistas.

—Sí. Debido a un accidente que

sufrió una investigadora hace unas décadas, nuestros científicos han confirmado que los campos antientrópicos que rodean las Tumbas no son una mera protección contra los efectos de erosión del tiempo, como se creía.

—¿Qué son?

—Los vestigios de un campo o fuerza que ha impulsado las Tumbas y su contenido hacia atrás en el tiempo desde un futuro distante.

—¿Contenido? —balbucí—. Pero las Tumbas están vacías. Desde que se descubrieron.

—Vacías ahora —replicó Meina

Gladstone—. Pero hay pruebas de que estaban llenas..., estarán llenas..., cuando se abran. En nuestro futuro cercano.

La miré sorprendida.

—¿Cuan cercano?

Sus ojos oscuros conservaron su aire benévolo, pero el cabeceo fue terminante.

—Ya te he revelado demasiado, Brawne. Te prohibo que lo repitas. Aseguraremos ese silencio si es necesario.

Oculté mi desconcierto arrancando un tallo de hierba para mascarlo.

—De acuerdo —asentí—. ¿Qué

saldrá de las Tumbas? ¿Alienígenas? ¿Bombas? ¿Son como cápsulas de tiempo al revés?

Gladstone sonrió tensamente.

—Si supiéramos eso, Brawne, conoceríamos más que el Núcleo, y no es así —la sonrisa desapareció—. Una hipótesis es que las Tumbas están relacionadas con una guerra futura. Un ajuste de cuentas futuras mediante una alteración del pasado, quizá.

—¿Una guerra entre quiénes, por amor de Dios?

Ella abrió de nuevo las manos.

—Tenemos que regresar, Brawne. Por favor, dime qué hará el cíbrido.

Bajé los ojos y luego me enfrenté con su mirada firme. Yo no podía confiar en nadie, pero el Núcleo y la Iglesia del Alcaudón ya conocían los planes de Johnny. Si éste era un juego de tres, tal vez conviniera que los tres bandos estuvieran al corriente por si alguno estaba del lado de los buenos.

—Investirá toda su conciencia en el cíbrido —respondí con torpeza—. Se volverá humano, e irá a Hyperion. Yo lo acompañaré.

La Funcionaría Ejecutiva Máxima del Senado y la Entidad Suma, jefa de un gobierno que abarcaba casi doscientos mundos y miles de millones de personas,

me miró en silencio un largo rato.

—Entonces piensa ir con los peregrinos en la nave Templaria —concluyó al fin.

—Sí.

—No —dijo Gladstone.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el Sequoia Sempervirens no recibirá autorización para abandonar el espacio de la Hegemonía. No habrá peregrinación a menos que el Senado decida que nos es conveniente —declaró con dureza.

—Johnny y yo iremos en una gironave —alegué—. La peregrinación es un juego perdido de todos modos.

—No. No habrá más gironaves civiles a Hyperion durante una temporada.

La palabra «civiles» me llamó la atención.

—¿Guerra?

Gladstone asintió con los labios apretados.

—Antes que la mayoría de las gironaves pudieran llegar a la región.

—¿Guerra con los... éxters?

—Al principio. Tómalo como un modo de forzar las cosas entre el TecnoNúcleo y nosotros, Brawne. Tendremos que incorporar el sistema de Hyperion a la Red y concederle

protección FUERZA, o caerá en manos de una raza que no siente respeto ni confianza por el Núcleo y sus IAs.

No mencioné que Johnny había comentado que el Núcleo estaba en contacto con los éxters.

—Un modo de forzar las cosas. Bien. ¿Pero quién manipuló a los éxters para incitarlos a atacar?

Gladstone me miró. Si su cara se parecía entonces a la de Lincoln, el Lincoln de Vieja Tierra era un hijo de puta con carácter.

—Es hora de regresar, Brawne. Comprenderás la importancia que esta información no se difunda.

—Comprendo que usted no me habría contado nada a menos que tuviera una razón para ello. No sé a quién quiere hacerle llegar el mensaje, pero sé que soy un intermediario, no una confidente.

—No subestimes nuestra decisión de mantener esto en secreto, Brawne.

Me eché a reír.

—Señora, yo no subestimaría su decisión para hacer nada.

Meina Gladstone me cedió el paso en el portal teleyector.

—Sé un modo de descubrir qué se

propone el Núcleo —manifestó Johnny mientras viajábamos a solas en un bote de propulsión alquilado en Mare Infinitus—. Pero sería peligroso.

—Menuda novedad.

—Hablo en serio. Sólo debemos intentarlo si consideramos imprescindible comprender por qué el Núcleo teme a Hyperion.

—Yo lo entiendo así.

—Necesitaremos un operador. Alguien que sea un artista en operaciones en el plano de datos. Alguien listo, pero no tanto como para que ellos decidan no arriesgarse. Alguien dispuesto a todo y que sea

capaz de guardar el secreto a cambio de la mayor travesura ciberfan.

Sonreí.

—Tengo al hombre indicado.

BB vivía solo en un apartamento barato al pie de una torre barata de un vecindario barato de TC^2. Pero no había nada barato en el hardware que llenaba casi todo el apartamento de cuatro habitaciones. La mayor parte del salario de BB de la última década estándar se había destinado a comprar juguetes ciberfan de última generación.

Empecé diciendo que le íbamos a pedir que hiciera algo ilegal. BB respondió que, como empleado público,

semejante propuesta quedaba descartada. Preguntó de qué se trataba. Johnny empezó a explicárselo. BB se inclinó hacia delante y le descubrí en los ojos el viejo destello ciberfan de nuestros días de estudiante. Casi esperaba que diseccionara a Johnny allí mismo tan sólo para ver cómo funcionaba un cíbrido. Johnny llegó a la parte interesante y el destello de BB se transformó en un fulgor verde.

—Cuando yo autodestruya mi personalidad IA —comentó Johnny—, el tránsito a conciencia cíbrida tardará sólo nanosegundos, pero durante ese lapso mi sección de las defensas

perimétricas del Núcleo disminuirá. Los fagos de seguridad llenarán la laguna antes de que transcurran muchos nanosegundos, pero entre tanto...

—Entro en el Núcleo —susurró BB, los ojos titilantes como un antiguo aparato de vídeo.

—Sería muy peligroso —enfatizó Johnny—. Por lo que sé, ningún operador humano ha penetrado en la periferia del Núcleo.

BB se frotó el labio superior.

—La leyenda asegura que Cowboy Gibson lo consiguió antes de la secesión del Núcleo —murmuró—. Pero nadie la cree. Por otra parte, Cowboy

desapareció.

—Aunque penetres —continuó Johnny—, no habría tiempo suficiente para el acceso, excepto por el hecho de que tengo las coordenadas de datos.

—Sensacional —musitó BB. Se volvió hacía su consola y buscó su conexión—. Hagámoslo.

—¿Ahora? —exclamé. Incluso Johnny se asombró.

—¿Para qué esperar? —BB se enchufó la conexión y unió los cables de metacórtex, pero no tocó la bandeja—. ¿Lo hacemos o no?

Me acerqué a Johnny en el sofá y le cogí la mano. Tenía la piel fría. Ahora él

no revelaba ninguna expresión, pero imaginé lo que significaría afrontar la destrucción inminente de su personalidad y su existencia previa.

Aunque la transferencia diera resultado, el humano con la personalidad John Keats no sería «Johnny».

—Tiene razón —suspiró Johnny—. ¿Para qué esperar?

Lo besé.

—De acuerdo —dije—. Entraré con BB.

—¡No! —Johnny me estrujó la mano —. No puedes ayudar y el peligro sería terrible.

Oí mi propia voz, tan implacable como la de Meina Gladstone.

—Quizá. Pero no puedo pedirle a BB que haga esto si yo no lo hago. No te dejaré entrar solo —le estrujé la mano por última vez y fui a sentarme junto a BB frente a la consola—. ¿Cómo me conecto con esta cosa, BB?

Todos han leído material ciberfan. Todos han oído hablar de la terrible belleza del plano de datos, las autopistas tridimensionales con sus paisajes de hielo negro y perímetros de neón, rutilantes. Bucles extraños, titilantes rascacielos de datos bajo nubes flotantes de presencia IA. Lo vi

todo cabalgando en la onda de BB. Era demasiado. Demasiado intenso. Demasiado aterrador. Oí las negras amenazas de los temibles fagos de seguridad, olí la muerte en el aliento de los virus de contraataque incluso a través de las pantallas de hielo, sentí el peso de la ira IA (éramos insectos bajo patas de elefante), y no habíamos hecho nada excepto viajar por caminos de datos autorizados en una tarea inventada por BB, un trabajo de niños para su empleo en estadísticas y Registros de Control de Flujo. Yo sólo llevaba cables adhesivos; recibía una borrosa versión televisiva en blanco y negro del plano

de datos mientras Johnny y BB contemplaban un holo de simulador de estímulos, por así decirlo.

No sé cómo lo podían soportar.

—Bien —susurró BB en un equivalente del murmullo en el plano de datos—, aquí estamos.

—¿Dónde? —Yo sólo veía un infinito laberinto de luces brillantes y sombras aún más brillantes, diez mil ciudades en cuatro dimensiones.

—Periferia del Núcleo —musitó BB —. Aférrate. Es el momento.

Yo no tenía brazos para aferrarme y nada físico que coger en este universo, pero me concentré en las sombras

ondulantes que había en nuestro vehículo de datos y me agarré.

Entonces murió Johnny.

He presenciado en directo una explosión nuclear. Cuando papá era senador nos llevó a mamá y a mí a la escuela de Mando Olympus para ver una demostración FUERZA. Para el último curso, la cápsula de visión del público fue teleyectada a un mundo olvidado (Armaghast, creo) y un pelotón de reconocimiento FUERZA disparó una bomba táctica contra un presunto adversario que estaba a nueve kilómetros. La cápsula estaba protegida por un campo de contención clase diez

polarizado y la bomba era sólo de cincuenta kilotones, pero nunca olvidaré la explosión, la onda de choque al sacudir la cápsula de ochenta toneladas como una hoja, el golpe físico de una luz tan obscenamente brillante que polarizó el campo hasta crear un efecto nocturno y aun así nos hacía lagrimear y rugía para entrar.

Esto fue peor.

Una sección del plano de datos pareció relampaguear y estallar sobre sí misma; la realidad cayó por un desagüe negro.

—¡Aférrate! —gritó BB en medio de la estática que me tironeaba los huesos

mientras girábamos succionados por el vacío como insectos en un vórtice oceánico.

Increíblemente, fagos de blindaje negro se lanzaron hacia nosotros en medio del estrépito y la locura. BB esquivó a uno, se volvió en las membranas de ácido del otro.

Nos sorbía algo más frío y más negro que cualquier vacío de nuestra realidad.

—¡Allí! —exclamó BB, el análogo de su voz casi inaudible en el torrente de la rasgada esfera de datos.

¿Allí qué? Entonces lo descubrí: una franja de ondas amarillas en la

turbulencia, como una bandera en un huracán. BB rodó, encontró una ola que nos llevara contra la tormenta, cotejó coordenadas que pasaban a tal velocidad que yo no podía distinguirlas y cabalgamos por la franja amarilla hacia...

¿Hacia qué? Fuegos artificiales congelados. Transparentes cordilleras de datos. Interminables glaciares de memoria ROM, ganglios de acceso que se extendían como fisuras, ferruginosas nubes de burbujas de procesos internos semisentientes, rutilantes pirámides de materia de fuente primaria, cada uno custodiado por lagos de hielo negro y

ejércitos de fagos pulsátiles.

—Demonios —susurré.

BB siguió la banda amarilla, bajó, entró, penetró. Sentí una conexión, como si alguien nos hubiera entregado de pronto una gran masa para llevar.

—¡Lo tengo! —gritó BB y de repente se produjo un estrépito mayor que el remolino de ruido que nos rodeaba y consumía. No era un claxon ni una sirena, pero tenía el mismo tono de advertencia y agresión.

Estábamos trepando. Vislumbré una pared gris a través del caos brillante y comprendí que era la periferia. El vacío menguaba pero aún rasgaba la pared

como una mancha negra. Estábamos saliendo.

Pero no con la rapidez suficiente.

Los fagos nos atacaron desde cinco lados. Durante mis doce años de investigadora me han disparado una vez, me han apuñalado dos veces y me han roto algo más que esta costilla. Pero esto dolía más que todo aquello junto. BB luchaba y trepaba al mismo tiempo.

Mi aporte a la emergencia fue gritar. Sentí garras frías que nos arrastraban hacia abajo, hacia el resplandor, el ruido y el caos. BB estaba desarrollando algún programa, algún hechizo para ahuyentarlos. Pero no bastaba. Yo sentía

los golpes, no dirigidos contra mí, sino conectados con el análogo matricial que era BB.

Nos estábamos hundiendo. Fuerzas inexorables nos arrastraban. De pronto sentí la presencia de Johnny y fue como si una manaza nos alzara, levantándonos en un santiamén sobre la pared de la periferia antes de que la mancha cortara nuestro cabo de salvación y el campo defensivo se cerrara como unos dientes de acero.

Avanzamos a imposible velocidad por congestionados caminos de datos, adelantamos mensajeros y otros análogos de operadores como un VEM

que dejara atrás carretas de bueyes. Nos acercamos a una puerta que daba al tiempo lento y brincamos en un salto tetradimensional por encima de atascados análogos que enfilaban a la salida.

Sentí la inevitable náusea de la transición cuando abandonamos la matriz. La luz me quemó las retinas. Luz real.

El dolor me arrojó sobre la consola con un gemido.

—Vamos, Brawne —Johnny o alguien como Johnny me ayudaba a levantarme y me llevaba hacia la puerta.

—BB... —jadeé.

—No.

Abrí los ojos doloridos el instante suficiente para ver a BB Surbringer sobre la consola. Su sombrero Stetson había caído al suelo. La cabeza de BB había estallado, salpicando la consola de gris y rojo. Por la boca abierta le brotaba una espesa espuma blanca. Los ojos se le habían derretido.

Johnny me aferró, casi me levantó.

—Tenemos que irnos —urgió—. Alguien llegará aquí en cualquier momento.

Cerré los ojos y me dejé arrastrar.

Al despertar vi un resplandor opaco y rojo, y oí agua goteando. Olía a cloaca, moho y el ozono de cables de fibra óptica no aislados. Abrí un ojo.

Estábamos en un lugar que parecía más una cueva que una habitación. Serpeaban cables desde un techo destrozado y había charcos de agua en las baldosas mugrientas. La luz roja procedía de otra parte, tal vez un conducto de mantenimiento o un mecatúnel. Gemí suavemente. Johnny estaba allí, acostado a mi lado sobre las toscas mantas. Tenía la cara oscurecida por la grasa o la roña y al menos una herida reciente.

—¿Dónde estamos?

Me acarició la mejilla. Me rodeó los hombros con el otro brazo y me ayudó a sentarme. Me tembló la vista y pensé que iba a vomitar. Johnny me ayudó a beber agua de un vaso de plástico.

—Colmena de la Escoria —respondió.

Lo había comprendido antes de despabilarme. Colmena de la Escoria es el pozo más profundo de Lusus, una tierra de nadie de mecatúneles y guaridas ilegales ocupadas por la mitad de los renegados y delincuentes de la Red. En Colmena de la Escoria me habían disparado años atrás y aún

llevaba la cicatriz del láser sobre el hueso de la cadera izquierda.

Cogí el vaso y pedí más agua. Johnny me trajo un sorbo de un termo de acero. Experimenté un instante de pánico cuando me toqué el bolsillo de la túnica y el cinturón: la automática de papá no estaba. Johnny me mostró el arma y me relajé, acepté el vaso y bebí con avidez.

—¿BB? —pregunté, esperando por un instante que todo hubiera sido una terrible pesadilla.

Johnny meneó la cabeza.

—Había defensas que ninguno de los dos habíamos previsto. La incursión de BB fue terrible, pero no pudo hacer nada

contra los fagos omega del Núcleo. La mitad de los operadores del plano de datos sintieron ecos de la batalla. BB ya es legendario.

—Sensacional —mascullé con una risotada que se parecía sospechosamente al principio de un sollozo—. Legendario. Y está muerto. Todo en vano.

Johnny me abrazó.

—No en vano, Brawne. Cogió el botín y me pasó los datos antes de morir.

Logré erguirme para observar a Johnny. Parecía como antes: los mismos ojos tiernos, el mismo cabello, la misma voz. Pero algo parecía sutilmente

distinto, más profundo. ¿Más humano?

—Tú. ¿Hiciste la transferencia? —pregunté—. ¿Eres...?

—¿Humano? —John Keats sonrió—. Sí, Brawne. O tan humano como puede ser alguien generado en el Núcleo.

—Pero me recuerdas a mí... a BB... lo que ocurrió.

—Sí. También la primera vez que leí el Hornero de Chapman, los ojos de mi hermano Tom cuando sufría hemorragias en la noche, la voz de Severn cuando yo estaba demasiado débil para abrir los ojos y enfrentarme a mi destino, nuestra noche en Piazza di Spagna, cuando toqué tus labios e imaginé que la mejilla de

Fanny estaba contra la mía. Recuerdo, Brawne.

Por un instante me sentí confusa y luego dolorida, pero después él me apoyó la mano en la mejilla y me acarició, y no había nadie más. Comprendí. Cerré los ojos.

—¿Por qué estamos aquí? —susurré.

—No puedo arriesgarme a usar un teleyector. El Núcleo nos descubriría de inmediato. Pensé en el puerto espacial, pero no estabas en condiciones de viajar. Escogí la Colmena de la Escoria.

Asentí.

—Intentarán matarte.

—Sí.

—¿Nos persigue la policía local? ¿La policía de la Hegemonía? ¿La policía de tránsito?

—No, no lo creo. Los únicos que nos han fastidiado hasta ahora son dos pandillas de gundas y algunos habitantes de la Colmena.

Abrí los ojos.

—¿Dónde están los gundas? —en la Red había hampones y asesinos más peligrosos, pero yo nunca me había topado con ninguno.

Johnny alzó la automática y sonrió.

—No recuerdo na-nada después de BB —tartamudeé.

—Fuiste herida en el contraataque

de los fagos. Podías caminar, pero atrajiste muchas miradas sorprendidas en el Complejo.

—No lo dudo. Cuéntame qué descubrió BB. ¿Por qué el Núcleo está obsesionado con Hyperion?

—Primero come —ordenó Johnny—. Han pasado más de veintiocho horas.

Cruzó la goteante anchura de la habitación-cueva y regresó con un paquete que se autococinaba. Era la comida típica de los fanáticos del holo: carne clónica secada y recalentada, patatas que nunca habían visto la tierra y zanahorias que parecían caracoles

marinos. Nunca había probado nada tan sabroso.

—Bien —dije—. Cuéntame.

—Desde su existencia, el TecnoNúcleo está dividido en tres grupos —explicó Johnny—. Los Estables son las IAs de la vieja guardia y algunas se remontan a los días anteriores al Error; al menos una de ellas empezó a ser sentiente en la Primera Era de la Información. Los Estables alegan que se requiere cierto nivel de simbiosis entre la humanidad y el Núcleo. Han promovido el Proyecto Inteligencia Máxima como un modo de evitar decisiones precipitadas, para

rechazarlas hasta que todas las variables puedan descomponerse en factores. Los Volátiles son la fuerza que alentó la Secesión hace tres siglos. Los Volátiles han realizado estudios concluyentes para demostrar que la humanidad ha dejado de ser útil y que a partir de ahora los seres humanos constituyen una amenaza para el Núcleo. Abogan por la extinción total e inmediata.

—Extinción —exclamé—. ¿Pueden hacerlo?

—De los humanos de la Red, sí —precisó Johnny—. Las inteligencias del Núcleo no sólo crean la infraestructura de la sociedad de la Hegemonía, sino

que son necesarias para todo, desde los despliegues FUERZA hasta los mecanismos de seguridad de los arsenales nucleares y de plasma.

—¿Sabías eso cuando estabas en el Núcleo?

—No. Como cíbrido pseudo-poeta de un proyecto de recuperación yo era un caso raro; una mascota, una criatura parcial que podía vagar por la Red tal como se deja salir a un animal doméstico de la casa. No sabía que había tres campos de influencia IA.

—Tres campos. ¿Cuál es el tercero? ¿En qué se relaciona esto con Hyperion?

—Entre los Estables y los Volátiles

están los Máximos. Durante los últimos cinco siglos, los Máximos han estado obsesionados con el Proyecto IM. La existencia o extinción de la raza humana les interesa sólo en la medida en que guarde relación con el proyecto. Hasta ahora han constituido una fuerza moderadora, un aliado de los Estables, porque entienden que los proyectos de reconstrucción y recuperación como el experimento Vieja Tierra son necesarios para la culminación de la IM.

«Recientemente, sin embargo, el problema de Hyperion ha llevado a los Máximos a adoptar el punto de vista de los Volátiles. Desde que se exploró

Hyperion hace cuatro siglos, el Núcleo ha sentido preocupación y desconcierto. Inmediatamente se supo que las Tumbas de Tiempo eran artefactos lanzados hacia el pasado desde un punto que está por lo menos a diez mil años en el futuro de la galaxia. Más perturbador aún, las fórmulas predictivas del Núcleo no han podido descomponer en factores la variable Hyperion.

»Brawne, para comprender esto debes entender que el Núcleo depende en gran medida de la predicción. Ahora, sin información de la IM, el Núcleo conoce detalladamente el futuro físico, humano e IA para un período de dos

siglos con un margen del 98,9995 por ciento. El Consejo Asesor IA de la Entidad Suma, con sus declaraciones de pitonisa, que los humanos consideran tan indispensables, es una broma. El Núcleo presenta pequeñas revelaciones a la Hegemonía cuando conviene a sus propósitos; a veces para ayudar a los Volátiles, a veces a los Estables, pero siempre para complacer a los Máximos.

»Hyperion es una grieta en la trama predictiva de la existencia del Núcleo. Es casi el oxímoron máximo: una variable que no se puede descomponer en factores. Aunque parezca imposible, por lo visto Hyperion funciona al

margen de las leyes de la física, la historia, la psicología humana y la predicción IA tal como la practica el Núcleo.

»El resultado ha desembocado en dos futuros, dos realidades: una en la que el flagelo del Alcaudón, que pronto atacará a la Red y a la humanidad interestelar, es un arma del futuro dominada por el Núcleo; un primer golpe retroactivo de los Volátiles que gobernarán la galaxia dentro de varios milenios. La otra realidad ve la invasión del Alcaudón, la inminente guerra interestelar y los demás productos de la apertura de las Tumbas de Tiempo como

un primer golpe humano retroactivo, un último y crepuscular esfuerzo de los éxters, los ex coloniales y otras pequeñas bandas de humanos que escaparon a los "programas de extinción" de los Volátiles.

Goteaba agua en las baldosas. En los túneles cercanos, la sirena de advertencia de un aparato de reparación retumbó en la cerámica y la piedra. Me apoyé en la pared mirando a Johnny.

—Guerra interestelar —suspiré—. ¿Ambas hipótesis conllevan una guerra interestelar?

—Sí. No hay alternativa.

—¿Pueden ambos grupos del Núcleo

equivocarse en su predicción?

—No. Lo que ocurre en Hyperion es problemático, pero las perturbaciones en la Red y otras partes son evidentes. Los Máximos usan este conocimiento como principal argumento para apresurar el próximo paso en la evolución del Núcleo.

—¿Qué mostraban los datos robados por BB, Johnny?

Johnny sonrió y me tocó la mano, pero no la sostuvo.

—Mostraban que yo formo parte de las incógnitas de Hyperion. La creación de un cíbrido Keats fue una apuesta peligrosa. Sólo mi aparente fracaso

como análogo de Keats permitió que los Estables me conservaran. Cuando decidí ir a Hyperion, los Volátiles me mataron con la clara intención de borrar mi existencia IA si mi cíbrido volvía a tomar esa decisión.

—La tomaste. ¿Qué ocurrió?

—Ellos fracasaron. En su ilimitada arrogancia, el Núcleo no consideró dos factores. Primero, que yo podía investir a mi cíbrido de toda mi conciencia y así alterar la naturaleza del análogo de Keats. Segundo, que yo acudiera a ti.

—¡A mí!

Me cogió la mano.

—Sí, Brawne. Parece que tú también

formas parte de las incógnitas de Hyperion.

Sacudí la cabeza. Noté un entumecimiento en la coronilla y detrás de la oreja izquierda y alcé la mano, esperando encontrar el daño producido por la lucha en el plano de datos. En cambio, di con el plástico de una conexión neural.

Liberé la otra mano del apretón de Johnny y lo miré horrorizada. Me había hecho poner los implantes mientras yo estaba inconsciente.

Johnny alzó ambas manos.

—Tuve que hacerlo, Brawne. Puede ser necesario para nuestra

supervivencia.

Apreté el puño.

—Maldito hijo de puta. ¿Para qué necesito tener una interfaz directa, mentiroso bastardo?

—No con el Núcleo —murmuró Johnny—. Conmigo.

—¿Contigo? —me temblaba el puño en la ansiedad de romperle esa cara clónica—. ¡Contigo! Ahora eres humano, ¿recuerdas?

—Sí, pero aún conservo ciertas funciones cíbridas. ¿Recuerdas que hace varios días te toqué la mano y fuimos al plano de datos?

Lo miré fijamente.

—No volveré al plano de datos.

—No; tampoco yo. Pero tal vez necesite transmitirte una increíble cantidad de datos en un breve período de tiempo. Anoche contraté una cirujana en el mercado negro de Colmena de la Escoria. Ella te implantó un disco Schron.

—¿Por qué? —el disco Schron es diminuto, del tamaño de una uña, y muy caro. Alberga un sinfín de memorias de burbuja de campo, cada una capaz de contener gran cantidad de bits de información. El portador biológico no tiene acceso a los bucles Schron, que así se utilizan para llevar mensajes. Un

hombre o una mujer podía portar personalidades IA o esferas de datos planetarios en un bucle Schron. Mierda, un perro podía hacerlo—. ¿Por qué? —repetí, preguntándome si Johnny u otras fuerzas me estaban usando como mensajera—. ¿Por qué?

Johnny se acercó y me cogió el puño.

—Confía en mí, Brawne.

Creo que no confiaba en nadie desde que papá se voló los sesos veinte años atrás y mamá se recluyó en el egoísmo puro de su aislamiento. No había ninguna razón para confiar ahora en Johnny.

Pero confié. Aflojé el puño y le cogí la mano.

—De acuerdo —suspiró Johnny—. Termina de comer y nos dedicaremos a salvar el pellejo.

Las armas y las drogas eran las cosas más fáciles de comprar en Colmena de la Escoria. Gastamos el resto del considerable fajo de marcos negros de Johnny en comprar armas.

A las 2200 horas, ambos vestíamos una armadura de filamentos de polímero de titanio. Johnny llevaba un casco negro de gunda y yo una máscara FUERZA. Los guanteletes de potencia de Johnny eran macizos y rojos. Yo tenía

guantes osmóticos letales. Johnny llevaba un látigo infernal éxter capturado en Bressia y una vara de muerte en el cinturón. Además de la automática de papá, yo ahora disponía de un minicañón Steiner-Ginn sobre un dispositivo de la cintura. Estaba subordinado a mi visor y me dejaba ambas manos libres mientras disparaba.

Johnny y yo nos miramos riendo. Cuando cesaron las carcajadas, se produjo un largo silencio.

—¿Estás seguro de que el Templo del Alcaudón de Lusus es lo más adecuado? —pregunté por tercera o cuarta vez.

—No podemos teleyectarnos —replicó Johnny—. El Núcleo sólo tiene que registrar una disfunción para liquidarnos. No podemos siquiera tomar un ascensor desde los niveles inferiores. Tendremos que encontrar escaleras no monitorizadas y subir los ciento veinte pisos. La mejor forma de llegar al Templo es tomando por el Bulevar.

—Sí, pero, ¿nos aceptaría la gente de la Iglesia del Alcaudón?

Johnny se encogió de hombros, un gesto extrañamente insectoide con el equipo de combate. La voz le sonaba metálica a través del casco gunda.

—Es el único grupo a quien le

interesa que sobrevivamos, el único con suficiente influencia política para protegernos de la Hegemonía mientras encuentra el modo de llevarnos a Hyperion.

Levanté el visor.

—Meina Gladstone aseguró que no se permitirían más vuelos de peregrinación a Hyperion.

La cúpula negra se movió reflexivamente.

—Al demonio con Meina Gladstone —dijo mi amante poeta.

Cobré aliento y avancé hacia la abertura de nuestro nicho, nuestra cueva, nuestro último refugio. Johnny me

siguió. Nuestras armaduras se rozaban.

—¿Preparada, Brawne?

Asentí, puse el minicañón en posición y eché a andar. Johnny me detuvo un instante.

—Te quiero, Brawne.

Asentí de nuevo, siempre dura. Olvidé que tenía el visor levantado y él podía ver mis lágrimas.

La Colmena está despierta las veinticuatro horas del día, pero por tradición el tercer Turno era el más tranquilo y el menos transitado. Hubiéramos tenido mejores posibilidades en la hora punta del Primer Turno, en los caminos

peatonales. Pero si los gundas y matones nos estaban esperando, morirían muchos civiles.

Tardamos más de tres horas en subir al Bulevar, no por una única escalera sino por una incesante serie de pasillos, accesos verticales abandonados y asolados por las revueltas ludditas de ocho años atrás, y una escalera final que era más herrumbre que metal. Salimos a un corredor a menos de medio kilómetro del Templo del Alcaudón.

—No puedo creer que haya resultado tan fácil —susurré por el intercom.

—Tal vez estén concentrando gente

en el puerto espacial y en los teleyectores privados.

Salimos al Bulevar por el camino menos frecuentado, treinta metros por debajo del primer nivel comercial y cuatrocientos metros debajo del techo. El Templo del Alcaudón era una estructura aislada y barroca a menos de medio kilómetro. Personas que hacían compras o ejercicios nos miraban y se alejaban deprisa. Sin duda llamarían a la policía del centro comercial, pero me hubiera sorprendido que acudiera enseguida.

Una pandilla de matones callejeros pintarrajeados saltó de un conducto de

ascensor, soltando gritos y alaridos. Llevaban cuchillos pulsátiles, cadenas y guantes de potencia. El sorprendido Johnny se volvió hacia ellos y disparó rayos con el látigo infernal. El minicañón zumbó buscando blancos mientras yo movía los ojos.

Los siete chicos se detuvieron en seco, levantaron las manos y retrocedieron con ojos asombrados. Se metieron en el conducto y desaparecieron.

Johnny y yo nos miramos. Ninguno de los dos rió. Cruzamos a la senda del norte. Los pocos peatones se refugiaban en las tiendas abiertas. Estábamos a

menos de cien metros de la escalera del Templo. Ya oía los latidos de mi corazón en los auriculares del casco FUERZA. Llegamos a cincuenta metros de la escalera. Como si lo hubieran llamado, un acólito o sacerdote apareció en la puerta del Templo, de diez metros de anchura, y nos observó. Treinta metros. Si hubieran querido interceptarnos, lo habrían hecho antes.

Me volví hacia Johnny para decir algo gracioso. Por lo menos veinte rayos y diez proyectiles nos golpearon al mismo tiempo. La capa externa de titanio estalló y desvió la energía de los proyectiles. La superficie espejada

rechazó la mayor parte de esa luz mortal. La mayor parte. El impacto tumbó a Johnny. Me arrodillé y dejé que el minicañón buscara el arma láser que nos atacaba.

Diez pisos arriba, en la pared de la Colmena Residencial. Mi visor se opacó. La armadura despidió una nube de gas reflectante. El minicañón sonaba como esas sierras mecánicas que usan en los holodramas históricos. Diez pisos más arriba, cinco metros de pared y balcón estallaron en una nube de proyectiles explosivos y rondas antiarmadura.

Tres pesadas balas me dieron desde

atrás. Aterricé sobre las manos, silencié el minicañón, me volví. Había muchos de ellos en cada nivel, se desplazaban deprisa en una precisa coreografía de combate. Johnny estaba de rodillas y disparaba el látigo infernal en orquestados estallidos de luz, avanzando a través de aquel arco iris para burlar las defensas de rebote.

Una de las figuras que corría estalló en llamas cuando un escaparate se transformó en cristal derretido y se desparramó quince metros por el Bulevar. Dos hombres más saltaron por las barandas y los ahuyenté con una descarga del minicañón.

Un deslizador abierto descendió desde las vigas, escupiendo humo por las toberas mientras maniobraba entre las columnas. Estallaron cohetes en el cemento alrededor de nosotros. Los escaparates vomitaron un millón de astillas. Miré, parpadeé, apunté, disparé. El deslizador se escoró, chocó contra una escalera mecánica con una docena de amedrentados civiles y se derrumbó en una masa de metal retorcido y municiones que estallaban. Un comprador saltó en llamas al suelo de la Colmena, ochenta metros más abajo.

—¡Izquierda! —gritó Johnny por el

intercom.

Cuatro hombres con armadura de combate bajaron de un nivel superior con mochilas aéreas. La armadura camaleónica polimerizada procuraba adaptarse al tras-fondo cambiante pero sólo transformaba a cada hombre en un brillante caleidoscopio de reflejos. Uno esquivó el fuego del minicañón para neutralizarme mientras los otros tres buscaban a Johnny.

Empuñaba una navaja pulsátil, al estilo del gueto. Dejé que me mordiera el blindaje, consciente de que me heriría el brazo; pero quizá me diera el segundo que necesitaba. Lo conseguí. Maté al

hombre con el canto rígido del guantelete y apunté el minicañón hacia los que atacaban a Johnny.

La armadura de los tres se puso rígida y usé el cañón para empujarlos hacia atrás como quien limpia una acera con una manguera. Sólo uno de los hombres se levantó antes de que los arrojara por la rampa de ese nivel.

Johnny había caído de nuevo. Parte del blindaje del pecho se le había derretido. Olí a carne quemada, pero no descubrí heridas fatales. Me agaché para ayudarlo.

—Déjame, Brawne. Corre. La escalera —la comunicación estaba

fallando.

—Ni hablar —repliqué. Lo rodeé con el brazo izquierdo para darle apoyo pero dejé espacio de maniobra para el minicañón—. Aún me pagas para ser tu guardaespaldas.

Nos disparaban desde ambas paredes de la Colmena, las vigas y los niveles comerciales. Conté por lo menos veinte cuerpos en las aceras; la mitad eran civiles con ropas brillantes. Las partes móviles de la pierna izquierda de mi armadura rechinaban. Con la pierna rígida, avancé diez metros hacia la escalera del Templo; en ella había varios sacerdotes, al parecer

indiferentes a los disparos.

—¡Arriba!

Me volví, apunté y disparé. El cañón se vació al cabo de un disparo y el segundo deslizador soltó sus proyectiles poco antes de estallar en mil pedazos de metal y carne desgarrada. Solté a Johnny y caí sobre él, en un intento de proteger su carne expuesta con mi cuerpo.

Los proyectiles estallaron simultáneamente, varios de ellos en el aire. Dos misiles cavaron surcos. Johnny y yo fuimos arrojados a veinte metros sobre la deformada acera. Afortunadamente. La franja de aleación y ferrocemento donde estábamos un

momento antes ardió, burbujeó, cedió y se desplomó sobre la llameante acera inferior. Ahora había allí un foso, una brecha entre las demás tropas terrestres y nosotros.

Me levanté, me deshice con un gesto del inútil minicañón y la montura, arranqué inservibles astillas de mi armadura y cogí a Johnny en brazos. Le habían volado el casco y tenía la cara en pésimo estado. Le brotaba sangre de varios agujeros de la armadura. Le habían arrancado el brazo derecho y el pie izquierdo. Giré y enfilé hacia la escalera del Templo del Alcaudón.

Sonaban sirenas y los deslizadores

de seguridad llenaban el espacio aéreo del Bulevar. Los gundas de los niveles superiores y del otro lado de la acera destrozada buscaban refugio. Dos de los comandos que habían descendido con mochila aérea me persiguieron escalera arriba. No me volví. Tenía que alzar mi rígida pierna izquierda en cada escalón. Sabía que tenía quemaduras graves en la espalda y el costado, también había esquirlas incrustadas en otras partes. Los deslizadores volaban en círculos, pero eludían las escaleras del Templo. Tableteaban disparos en toda la galería comercial. Oí pasos metálicos a mis espaldas. Avancé tres escalones más.

Veinte escalones más arriba, imposiblemente lejos, el obispo esperaba entre cien sacerdotes del Templo.

Subí otro escalón y miré a Johnny. Me observaba con el único ojo abierto. El otro estaba cubierto de sangre y tejido hinchado.

—Está bien —susurré, advirtiendo que yo también había perdido el casco —. Está bien. Ya llegamos —avancé un escalón más.

Los dos hombres con brillante armadura de combate me cerraron el paso. Ambos tenían los visores levantados y estriados de cicatrices. Las

caras eran muy desagradables.

—Déjalo, zorra, y quizá te dejemos con vida.

Asentí, demasiado extenuada para dar otro paso o hacer algo más que aferrarlo con ambos brazos. La sangre de Johnny goteaba sobre la piedra blanca.

—He dicho que dejes a ese hijo de puta...

Les disparé a ambos, a uno en el ojo izquierdo y al otro en el derecho, sin alzar la automática de papá mientras la empuñaba bajo el cuerpo de Johnny.

Cayeron. Avancé otro escalón. Otro más. Descansé un poco y alcé el pie

para continuar avanzando.

En la parte superior de la escalinata, el grupo de túnicas negras y rojas se entreabrió. La puerta era muy alta y oscura. No volví la vista atrás, pero por el ruido comprendí que una multitud se había reunido en el Bulevar. El obispo me acompañó cuando atravesé las puertas y me interné en la penumbra.

Deposité a Johnny en el frío suelo. Las túnicas susurraban alrededor. Me quité la armadura y arranqué la de Johnny, que en varios puntos estaba pegada a la carne. Le toqué la mejilla quemada con la mano sana.

—Lo siento.

Johnny movió la cabeza y abrió el ojo. Levantó la mano izquierda para acariciarme la mejilla, el cabello, la nuca.

—Fanny...

Lo sentí morir. También sentí una conmoción cuando su mano encontró la conexión neural, la tibieza de luz blanca del bucle de Schron. Cuando todo lo que fue o sería Johnny Keats estalló dentro de mí, casi como su orgasmo de dos noches antes: la palpitación, la sacudida, una repentina tibieza y quietud que dejaba un eco de sensación.

Lo apoyé en el suelo y dejé que los acólitos se llevaran el cuerpo para

mostrarlo a la multitud y las autoridades y los que aguardaban para saber.

Dejé que me llevaran.

Pasé dos semanas en la clínica de recuperación del Templo del Alcaudón. Las quemaduras sanaron, las heridas se cerraron, me extrajeron metal, me injertaron piel, la carne creció, los nervios se anudaron de nuevo. Pero aún me dolía.

Todos perdieron interés en mí excepto los sacerdotes del Alcaudón. El Núcleo se cercioró de que Johnny y el cíbrido estuvieran muertos, de que su presencia en el Núcleo no hubiera dejado huellas.

Las autoridades me tomaron declaración, me retiraron la licencia y disimularon lo sucedido como mejor pudieron. La prensa de la Red informó que una pelea entre hampones de la Colmena de la Escoria había estallado en el Bulevar. Muerte de muchos hampones e inocentes. Situación dominada por la policía.

Una semana antes de que se difundiera la noticia de que la Hegemonía permitiría que la *Yggdrasill* navegara con peregrinos a la zona de guerra cercana a Hyperion, usé un teleyector del Templo para saltar a Vector Renacimiento, donde pasé una

hora a solas en los archivos.

Los papeles estaban en una prensa de vacío, así que no pude tocarlos. Reconocí la letra de Johnny, pues la había visto antes. El pergamino estaba amarillo y quebradizo. Había dos fragmentos. El primero decía:

¡Ha muerto el día, y han muerto sus dulzuras!

¡Dulce voz, dulces labios, suave mano, suaves senos,

tibio aliento, voz

ligera, tono tierno,

brillantes ojos, forma excelsa, lánguida cintura!

Desvanecida la flor con sus mágicos brotes,

y la bella imagen que veían mis ojos,

y la bella forma que cogían mis brazos;

desvanecida la voz, la tibieza, la blancura, el paraíso,

prematuramente al caer el día,

cuando el amor

festivo en el ocaso
con su telón fragante
ya tejía
oscuro y denso paño
para el deleite oculto;
mas, como hoy leí el
misal de amor,
me dejaré dormir,
pues ayuno y rezo.

El segundo fragmento estaba en una letra más exaltada y en papel más tosco, como si lo hubieran garrapateado deprisa en una libreta:

Esta cálida mano,
que hoy puede
con fuerza aferrarte,
aún podría,
en el glacial silencio
de la tumba,
turbar tus días y
helar tus noches
soñadoras.
Tu corazón sin
sangre dejarías
para dar a mis venas
roja vida
y aplacar tu conciencia: aquí la tienes,
hacia ti la tiendo.

Estoy encinta. Creo que Johnny lo sabía, aunque no estoy segura.

Estoy doblemente encinta. Con el hijo de Johnny y con la memoria Schron de lo que él era. No sé si los dos están destinados a enlazarse. Pasarán meses hasta que nazca el niño y sólo unos días hasta que me enfrente al Alcaudón.

Pero recuerdo esos minutos en que el destrozado cuerpo de Johnny fue llevado ante la multitud antes de que me asistieran.

Estaban todos en la oscuridad: cientos de sacerdotes, acólitos,

exorcistas, ostiarios y adoradores... y empezaron a cantar al unísono, en la roja penumbra, bajo la escultura giratoria del Alcaudón, sus voces retumbaban en las bóvedas góticas.

Cantaban algo como esto:

BENDITA SEA ELLA

BENDITA SEA LA MADRE DE NUESTRA SALVACIÓN

BENDITA SEA LA HERRAMIENTA DE NUESTRA EXPIACIÓN

BENDITA SEA LA NOVIA DE NUESTRA CREACIÓN
BENDITA SEA ELLA.

Yo estaba herida y conmocionada. Entonces no lo entendí. Aún ahora no lo entiendo.

Pero sé que cuando llegue el momento y venga el Alcaudón, Johnny y yo lo afrontaremos juntos.

Había anochecido hacía rato. El funicular se mecía entre los astros y el hielo. El grupo guardaba silencio. Sólo se oía el crujido del cable.

Al cabo de un rato, Lenar Hoyt se dirigió a Brawne Lamia:

—Usted también lleva el cruciforme.

Lamia observó al sacerdote. El coronel se inclinó hacia ella.

—¿Cree que Masteen fue el templario que habló con Johnny?

—Tal vez —respondió Brawne Lamia—. Nunca pude averiguarlo.

Kassad no parpadeó.

—¿Fue usted quien mató a Masteen?

—No.

Martin Silenus se desperezó y bostezó.

—Tenemos unas horas antes del amanecer —declaró—. ¿Alguien quiere dormir un rato?

Varios asintieron.

—Yo montaré guardia —propuso Fedmahn Kassad—. No estoy cansado.

—Yo le haré compañía —anunció el cónsul.

—Yo calentaré café para el termo —se ofreció Brawne Lamia.

Cuando los demás se durmieron, mientras la niña Rachel emitía suaves murmullos en el sueño, los otros tres se sentaron junto a la ventanilla para


contemplar el frío y distante fulgor de las estrellas.

6

La Fortaleza de Cronos sobresalía en la linde oriental de la gran Cordillera de la Brida: una lúgubre y barroca pila de piedras húmedas con trescientas habitaciones y salas; un laberinto de pasillos sin luz que conducían a salones profundos, torres, torrecillas; balcones que daban a los brezales del norte, conductos de medio kilómetro de altura que según los rumores llegaban hasta el laberinto de ese mundo, parapetos azotados por los helados vientos de la montaña, escaleras internas y externas

talladas en la piedra que no llevaban a ninguna parte, vidrieras de cien metros de altura que recibían los primeros rayos del sol del solsticio o de la luna en pleno invierno, ventanucos de tamaño de un puño que no se abrían a nada en particular, un sinfín de bajorrelieves, esculturas grotescas en nichos semiocultos y más de mil gárgolas que acechaban desde aleros y parapetos, cruceros y sepulcros, atisbaban los grandes salones a través de vigas de madera y espiaban por las ventanas sangrientas de la cara nordeste... sombras aladas y encorvadas que se movían como las horas de un tétrico

reloj solar, arrojadas por el sol durante el día y por antorchas de gas durante la noche.

Además, había por doquier indicios de la larga ocupación de la Fortaleza por la Iglesia del Alcaudón: altares drapeados de terciopelo rojo, esculturas colgantes y con pedestal que representaban al Avatar con hojas de acero policromo y ojos como gemas sangrientas, estatuas del Alcaudón talladas en las piedras de estrechas escaleras y oscuros salones; de tal modo que en ninguna parte el visitante estaba libre del temor de que emergieran manos de la roca, de que la afilada curva de

acero descendiera de la piedra y cuatro brazos lo estrecharan en un abrazo final. Como un último toque de ornamentación, una filigrana de sangre en muchas de las desiertas habitaciones, arabescos rojos desperdigados en diseños casi reconocibles en paredes y túneles, sábanas embadurnadas de una sustancia color rojo óxido, un comedor central que apestaba a comida podrida y abandonada semanas atrás, el suelo y la mesa, las sillas y la pared adornadas con sangre, ropas manchadas y túnicas harapientas amontonadas. Y por doquier el zumbido de las moscas.

—Alegre lugar, ¿eh? —comentó

Martin Silenus con una voz que retumbó en las paredes.

El padre Hoyt se internó en el salón. La luz de la tarde atravesaba la claraboya oeste en polvorientas columnas de cuarenta metros de altura.

—Es increíble —susurró—. San Pedro de Nuevo Vaticano no se parece en nada a esto.

Martin Silenus rió. La luz densa le perfilaba los pómulos y cejas de sátiro.

—Esto se construyó para una deidad viva —señaló.

Fedmahn Kassad dejó su bolso en el suelo y carraspeó.

—Sin duda este sitio es anterior a la

Iglesia del Alcaudón.

—Lo es —confirmó el cónsul—. Pero la Iglesia lo ha ocupado durante los dos últimos siglos.

—Ahora no parece muy ocupado —observó Brawne Lamia, quien empuñaba la automática del padre en la mano izquierda.

Todos habían hablado en voz alta durante los primeros instantes de permanencia en la Fortaleza, pero los ecos moribundos, los silencios y el zumbido de las moscas en el comedor los habían hecho callar.

—Los androides y los clones de Triste Rey Billy construyeron este

puñetero edificio —explicó el poeta—. Ocho años locales de trabajo antes de la llegada de las gironaves. Se suponía que debía convertirse en el mayor complejo turístico de la Red, el punto de partida hacia las Tumbas de Tiempo y la Ciudad de los Poetas. Pero sospecho que incluso los pobres e imbéciles peones androides conocían la versión local de la historia del Alcaudón.

Sol Weintraub se situó cerca de una ventana del este y alzó a su hija para que la luz tenue le bañara la mejilla y el puñito apretado.

—Eso importa poco ahora —replicó—. Encontremos un rincón limpio donde

dormir y cenar.

—¿Iremos esta noche? —preguntó Brawne Lamia.

—¿A las Tumbas? —exclamó Silenus, demostrando verdadera sorpresa por primera vez durante el viaje—. ¿Se enfrentaría al Alcaudón en la oscuridad?

Lamia se encogió de hombros.

—¿Qué más da?

El cónsul estaba cerca de una cristalera que conducía a un balcón de piedra y cerró los ojos. Aún sentía en el cuerpo el vaivén del funicular. La noche y el día de viaje sobre la cordillera se le habían confundido en la mente, sumida

en la fatiga de casi tres días sin dormir y una tensión creciente. Abrió los ojos para no adormilarse de pie.

—Estamos fatigados —decidió—. Esta noche nos quedaremos aquí y bajaremos por la mañana.

El padre Hoyt había salido al reducido balcón. Se apoyó en una baranda de piedra irregular.

—¿Se ven las Tumbas desde aquí?

—No —contestó Silenus—. Quedan más allá de esas colinas. ¿Ve usted esas cosas blancas al norte y al oeste..., las que brillan como dientes rotos en la arena?

—Sí.

—Es la Ciudad de los Poetas. La sede original de Keats y de todo lo brillante y hermoso en los planes del rey Billy. Los lugareños aseguran que ahora está poblada de fantasmas decapitados.

—¿Es usted uno de ellos? —preguntó Lamia.

Martin Silenus iba a responderle, miró un instante la pistola que ella empuñaba, meneó la cabeza y desvió la mirada.

Resonaron pasos en una curva invisible de la escalera; el coronel Kassad regresaba a la sala.

—Hay dos pequeñas despensas encima del comedor. Tienen un balcón

exterior, pero el único acceso es la escalera. Fácil de defender. Las habitaciones están... limpias.

Silenus rió.

—¿Qué significa eso? ¿Que nada puede atacarnos o que no tendremos salida cuando algo nos ataque?

—¿Adonde podríamos ir? —intervino Sol Weintraub.

—¿Adonde, en efecto? —asintió el cónsul. Estaba agotado. Alzó sus bártulos y cogió un asa del pesado cubo de Moebius, esperando a que el padre Hoyt cogiera el otro—. Hagamos lo que aconseja Kassad. Encontremos un lugar donde pasar la noche. O al menos

salgamos de esta sala; apesta a muerte.

Cenaron el resto de sus raciones secas, bebieron vino de la última botella de Silenus y un poco de torta rancia que Sol Weintraub había traído para celebrar la última noche que pasarían juntos. Rachel era demasiado pequeña para comer torta, pero se tomó la leche y se durmió de bruces en una estera, cerca del padre.

Lenar Hoyt sacó una pequeña balalaika de la mochila y tocó unos acordes.

—No sabía que usted tocaba —observó Brawne Lamia.

—Toco, pero mal.

El cónsul se restregó los ojos.

—Ojalá tuviéramos un piano.

—Usted tiene uno —apuntó Martin Silenus.

El cónsul miró al poeta.

—Tráigalo —propuso Silenus—. Me apetecería un whisky.

—¿De qué habla? —rezongó el padre Hoyt—. Explíquese.

—La nave —dijo Silenus—. Recordarán ustedes que nuestra querida y desaparecida Voz del Bosque, Masteen, comentó a nuestro amigo el cónsul que su arma secreta era esa bonita nave de la Hegemonía que se encuentra en el puerto espacial de Keats.

Llámela, amigo cónsul. Tráigala aquí.

Kassad se alejó de la escalera, donde había instalado rayos-trampa.

—La esfera de datos de este planeta está muerta. Los satélites de comunicaciones no funcionan. Las naves FUERZA se comunican con haz cerrado. ¿Cómo demonios va a llamarla?

—Un transmisor ultralínea —sugirió Brawne Lamia.

El cónsul la miró.

—Los transmisores ultralínea tienen el tamaño de un edificio —alegó Kassad.

Brawne Lamia se encogió de hombros.

—Lo que dijo Masteen tenía sentido. Si yo fuera el cónsul, si yo fuera uno de los pocos miles de individuos de toda la Red que posee una nave personal, me aseguraría de poder pilotarla a control remoto si la necesitara. Este planeta es demasiado primitivo para depender de su red de comunicaciones, la ionosfera es demasido débil para las ondas cortas, los satélites de comunicaciones se convierten en el primer blanco en una escaramuza... Yo la llamaría por ultralínea.

—¿Y el tamaño? —objetó el cónsul.

Brawne Lamia sostuvo su mirada.

—La Hegemonía aún no puede

construir transmisores ultralínea portálites. Hay rumores de que los éxters sí pueden.

El cónsul sonrió. En alguna parte se oyó un arañazo y un ruido metálico.

—Quédense aquí —ordenó Kassad. Desenfundó la vara de muerte, canceló los rayos-trampa con su comlog táctico y se perdió de vista.

—Supongo que ahora estamos bajo ley marcial —observó Silenus cuando se marchó el coronel—. Marte en ascenso.

—Cállese —espetó Lamia.

—¿Creen ustedes que fue el Alcaudón? —preguntó Hoyt.

El cónsul gesticuló.

—El Alcaudón no tiene por qué hacer ruido abajo. Simplemente puede aparecer... aquí.

Hoyt meneó la cabeza.

—Preguntaba si habrá sido el Alcaudón la causa de esta desolación. Hay indicios de matanza en la Fortaleza.

—Las aldeas desiertas podrían ser resultado de la orden de evacuación —dijo el cónsul—. Nadie quiere quedarse a luchar con los éxters. Las tropas de la FA se han desbandado. Tal vez ellas provocaron la matanza.

—¿Sin cadáveres? —rió Martin Silenus—. Expresión de deseos.

Nuestros anfitriones ausentes cuelgan ahora del árbol de acero del Alcaudón, donde también estaremos pronto.

—Cállese —repitió fatigada Brawne Lamia.

—Si no me callo, ¿me disparará usted?

—Sí.

El silencio duró hasta el regreso del coronel Kassad, quien reactivó los rayos-trampa y se volvió hacia el grupo sentado en cajas y cubos de flujoespuma.

—No era nada. Unas aves carroñeras. Heraldos, las llaman los lugareños. Habían entrado por las

cristaleras rotas del comedor y estaban terminando el festín.

—Heraldos —masculló Silenus—. Muy apropiado.

Kassad suspiró, se sentó en una manta de espaldas a una caja y tanteó su comida fría. Un farol que habían cogido de la carreta eólica alumbraba la sala y las sombras empezaban a trepar por las paredes en los rincones alejados de la puerta del balcón.

—Es nuestra última noche —intervino Kassad—. Queda una historia por contar —miró al cónsul.

El cónsul jugueteaba con el papel donde estaba anotado el número 7. Se

humedeció los labios.

—¿Para qué? Esta peregrinación ya no tiene sentido.

Los otros se inquietaron.

—¿A qué se refiere? —preguntó el padre Hoyt.

El cónsul arrugó el papel y lo arrojó a un rincón.

—Para que el Alcaudón conceda un deseo, el grupo de peregrinos tiene que sumar un número primo. Eramos siete. La desaparición de Masteen nos reduce a seis. Nos dirigimos hacia la muerte sin esperanzas de que nos concedan nada.

—Superstición —refunfuñó Lamia.

El cónsul suspiró y se frotó la frente.

—Sí. Pero es nuestra última esperanza.

El padre Hoyt señaló a la niña dormida.

—¿No puede Rachel ser la séptima?

Sol Weintraub se acarició la barba.

—No. Un peregrino debe venir a las Tumbas por propia voluntad.

—Ella vino una vez por propia voluntad —replicó Hoyt—. Tal vez eso sirva.

—No —sentenció el cónsul.

Martin Silenus estaba anotando algo en una libreta. Se levantó y recorrió la sala.

—Por Dios, mirémonos. No somos

seis peregrinos, sino una puñetera multitud. Hoyt, con su cruciforme, lleva el fantasma de Paul Duré. También está el erg «semisentiente» en la caja. El coronel Kassad con su recuerdo de Moneta. Brawne, si hemos de creer su historia, no sólo lleva a un niño no nacido, sino a un poeta romántico muerto. Nuestro profesor con la niña que era su hija. Yo con mi musa. El cónsul con los puñeteros bártulos que ha traído a este viaje demencial. Por Dios, merecemos tarifa reducida en esta excursión.

—Siéntese —ordenó Lamia con voz cortante.

—No, tiene razón —intervino Hoyt—. Incluso la presencia del padre Duré como cruciforme debe afectar de algún modo la superstición del número primo. Yo propongo que continuemos por la mañana con la creencia de que...

—¡Miren! —exclamó Brawne Lamia, señalando la puerta del balcón, donde fuertes pulsaciones de luz reemplazaban el borroso crepúsculo.

El grupo salió al fresco aire del atardecer, protegiéndose los ojos del apabullante despliegue de explosiones silenciosas que llenaban el cielo: blancos estallidos de fusión se expandían como ondas explosivas en un

estanque de lapislázuli; implosiones de plasma, más pequeñas y brillantes, en azul, amarillo y rojo, se rizaban hacia dentro como flores que se plegaban al anochecer; la danza relampagueante de gigantescos disparos de látigo infernal, haces del tamaño de pequeños mundos rasgaban las horas luz, distorsionados por las mareas de singularidades defensivas; la titilante aurora de campos defensivos brincaba y moría bajo el embate de tremendas energías, sólo para renacer nanosegundos después. En medio de todo, las estelas blancoazuladas de fusión de las naves-antorcha y otras más grandes trazaban

líneas en el cielo como diamantes al cortar cristal azul.

—Los éxters —jadeó Brawne Lamia.

—La guerra ha comenzado —señaló Kassad. No había euforia en su voz; no había emoción de ninguna clase.

El cónsul se sorprendió al descubrir que sollozaba en silencio. Apartó la cara.

—¿Corremos peligro aquí? —preguntó Martin Silenus. Se refugió bajo la arcada de piedra de la puerta, entornando los ojos ante el resplandor.

—A esta distancia, no —respondió Kassad. Alzó los binoculares de

combate, los ajustó y consultó su comlog táctico—. La mayoría de los combates se producen por lo menos a tres UA de distancia. Los éxters están tanteando las defensas espaciales FUERZA —bajó los binoculares—. Están empezando.

—¿Ya han activado el teleyector? —preguntó Brawne Lamia—. ¿Están evacuando a la gente de Keats y las demás ciudades?

Kassad negó con un gesto.

—No lo creo. Todavía no. La flota efectuará una tarea de contención hasta que la esfera cislunar esté completa. Luego se abrirán los portales de evacuación hacia la Red mientras las

unidades FUERZA entran a centenares —alzó de nuevo los binoculares—. Será un magnífico espectáculo.

—¡Miren! —exclamó el padre Hoyt, señalando no los fuegos artificiales del cielo sino las dunas bajas de los brezales del norte. A varios kilómetros, en la dirección de las Tumbas, se alzaba una figura como una mancha que arrojaba múltiples sombras bajo el cielo fracturado.

Kassad la enfocó con los binoculares.

—¿El Alcaudón? —preguntó Lamia.

—No, no lo creo... Creo que es un templario... por la túnica.

—¡Het Masteen! —exclamó el padre Hoyt.

Kassad se encogió de hombros y pasó los binoculares. El cónsul se reunió de nuevo con el grupo y se apoyó en el balcón. Sólo se oía el susurro del viento, pero de algún modo eso hacía más siniestra la violencia de las explosiones.

El cónsul cogió los binoculares cuando le llegó el turno. La figura alta, de espaldas a la Fortaleza, atravesaba las relampagueantes arenas bermejas con determinación.

—¿Se dirige hacia nosotros o hacia las Tumbas? —preguntó Lamia.

—Las Tumbas —respondió el cónsul.

El padre Hoyt apoyó los codos en el borde y alzó la cara enjuta al cielo centelleante.

—Si es Masteen, volvemos a ser siete, ¿verdad?

—El llegará horas antes que nosotros —objetó el cónsul—. Medio día antes, si dormimos aquí esta noche.

Hoyt se encogió de hombros.

—Eso no puede importar mucho. Siete salieron en peregrinación. Siete llegaron. El Alcaudón estará satisfecho.

—Si es Masteen —dijo el coronel Kassad—. ¿Por qué la triquiñuela de la

carreta eólica? ¿Cómo llegó aquí antes que nosotros? No había más funiculares en funcionamiento y no pudo atravesar a pie la Cordillera de la Brida.

—Se lo preguntaremos mañana al llegar a las Tumbas —farfulló fatigosamente el padre Hoyt.

Brawne Lamia intentó localizar a alguien usando las frecuencias generales de comunicación del comlog. Sólo se oía el siseo de la estática y el gruñido de distantes pulsaciones electromagnéticas. Miró al coronel Kassad.

—¿Cuándo iniciarán el bombardeo?

—Lo ignoro. Depende de la

capacidad de las defensas de la flota FUERZA.

—Las defensas no son muy buenas, dado que los exploradores éxter penetraron y destruyeron la *Yggdrasill* —apuntó Lamia.

Kassad asintió.

—Vaya —protestó Martin Silenus—, ¿estamos en un puñetero blanco?

—Desde luego —asintió el cónsul—. Si los éxters están atacando Hyperion para impedir que se abran las Tumbas de Tiempo, como sugiere la historia de Lamia, las Tumbas y toda la región serán un blanco primario.

—¿Para bombas nucleares? —

preguntó Silenus con voz tensa.

—Seguramente —respondió Kassad.

—Creía que algo en los campos antientrópicos alejaba de aquí a las naves —saltó el padre Hoyt.

—Las naves tripuladas —replicó el cónsul sin mirar a los demás—. Los campos antientrópicos no molestarán a los misiles teledirigidos, las bombas inteligentes ni los haces de látigo infernal. Tampoco detendrán a la mecainfantería. Los éxters pueden lanzar deslizadores de combate o tanques automáticos y observar por control remoto mientras destruyen el valle.

—Pero no lo harán —predijo

Brawne Lamia—. Quieren controlar Hyperion, no destruirlo.

—Yo no apostaría mi vida a esa suposición —manifestó Kassad.

—Pero eso estamos haciendo, ¿verdad, coronel? —comentó Lamia con una sonrisa.

Una chispa se separó de la trama de explosiones, se transformó en un rescoldo brillante y anaranjado, y atravesó el cielo. El grupo de la terraza vio las llamas, oyó el alarido de la penetración atmosférica. La bola de fuego desapareció más allá de las montañas, detrás de la Fortaleza.

Al cabo de un instante, el cónsul

advirtió que estaba conteniendo el aliento, las manos rígidas sobre la baranda de piedra. Soltó el aire en un bufido. Los demás parecieron recobrar el aliento al mismo tiempo. No hubo explosión ni onda de choque reverberando en la roca.

—¿Una bomba fallida? —preguntó el padre Hoyt.

—Tal vez una nave FUERZA averiada que trataba de alcanzar el perímetro orbital o el puerto espacial de Keats —deslizó el coronel Kassad.

—Pero no llegó, ¿verdad? —preguntó Lamia.

Kassad no respondió. Martin Silenus

alzó los binoculares y buscó al templario en los oscuros pantanos.

—Se ha perdido de vista. El buen capitán ha rodeado esa colina contigua al valle de las Tumbas de Tiempo, o ha realizado de nuevo su truco de magia.

—Es una lástima que no podamos oír su historia —se quejó el padre Hoyt. Se volvió hacia el cónsul—. Pero oiremos la de usted, ¿verdad?

El cónsul se frotó los pantalones con las palmas. El corazón le latía desbocado.

—Sí —anunció al comprender que por fin se había decidido—. Contaré mi historia.

El viento rugía en las laderas de las montañas y silbaba en la escarpa de la Fortaleza de Cronos. Las explosiones parecían haber disminuido, pero la oscuridad las volvía aún más violentas.

—Entremos —propuso Lamia—. Está refrescando.

Sus palabras se perdieron en el rugido del viento.

Habían apagado la única lámpara y el interior de la habitación estaba iluminado sólo por las pulsaciones relampagueantes del cielo. Las sombras oscilaban, morían y reaparecían mientras la habitación cobraba tonos multicolores. A veces la oscuridad

durabа varios segundos antes de la siguiente andanada.

El cónsul hurgó en el bolso de viaje y extrajo un extraño artefacto, mayor que un comlog, con raros ornamentos. Por delante tenía un panel de cristal líquido que parecía sacado de un holodrama histórico.

—¿Un transmisor secreto de ultralínea? —preguntó secamente Brawne Lamia.

El cónsul sonrió sin humor.

—Un antiguo comlog. Vino durante la Hégira —extrajo un microdisco estándar de un estuche del cinturón y lo insertó—. Al igual que el padre Hoyt,

antes de contar mi historia debo referirme a la de otra persona.

—Por Dios —protestó Martin Silenus—, ¿soy el único que puede contar una historia sin rodeos en este puñetero grupo? ¿Cuánto tengo que...?

El cónsul fue el primero en sorprenderse de su propia reacción. Se levantó, se volvió, cogió al hombre por la capa y la camisa, lo aplastó contra la pared, lo arrojó sobre una caja de embalaje apoyándole una rodilla en el vientre y un brazo en la garganta.

—Una palabra más, poeta, y lo mataré —jadeó.

Silenus intentó resistirse pero un

ahogo en el gaznate y los ojos del cónsul lo hicieron desistir. Tenía el rostro muy pálido. El coronel Kassad los separó en silencio, casi con amabilidad.

—No habrá más comentarios —aseguró. Tocó la vara de muerte que llevaba en el cinturón.

Martin Silenus se dirigió hacia el límite del círculo frotándose la garganta y se desplomó en una caja sin decir palabra. El cónsul avanzó hacia la puerta, inspiró varias veces y regresó hacia el grupo. Habló para todos menos para el poeta.

—Lo siento. Es sólo que... no esperaba tener que contar esto a nadie.

En el exterior palpitó una luz roja y blanca, seguida por un fulgor azul que se esfumó en la oscuridad.

—Lo sabemos —murmuró Brawne Lamia—. Todos nos hemos sentido así.

El cónsul se tocó el labio inferior, asintió, carraspeó y se sentó junto al antiguo comlog.

—La grabación no es tan vieja como el instrumento —explicó—. Se realizó hace cincuenta años estándar. Tendré algo más que decir cuando haya terminado.

Hizo una pausa como para añadir algo, sacudió la cabeza y tecleó en el antiguo panel.

No había imágenes. La voz era de un hombre joven. De fondo se oía el susurro de la brisa sobre la hierba o entre ramas suaves y, más lejos, el rumor del oleaje.

La luz del exterior palpitaba frenéticamente mientras se aceleraba el ritmo de la distante batalla espacial. El cónsul se tensó esperando un estruendo y una sacudida. No hubo nada de eso. Cerró los ojos y escuchó con los demás.

LA NARRACIÓN DEL CÓNSUL RECORDANDO A SIRI

Subo la empinada colina que conduce a la tumba de Siri el día en que las islas regresan a los mares del Archipiélago Ecuatorial. El día amanece perfecto y me indigna que sea así. El cielo es tan apacible como en las

historias acerca de los mares de Vieja Tierra, los bajíos están moteados de tintes ultramarinos y una brisa sopla desde el mar agitando la rojiza hierbasauce de la ladera.

Un cielo encapotado y gris sería más apropiado para esta ocasión. Una niebla o una bruma espesa que humedeciera los mástiles del puerto de Primersitio y despertara la sirena del faro. Uno de esos grandes simunes de mar que soplan desde el frío vientre del sur azotando las islas móviles, y a los delfines antes de que hallen protección en nuestros atolones y picos pedregosos.

Cualquier cosa sería mejor que este

cálido día primaveral, en que el sol atraviesa un cielo abovedado y tan azul que me produce deseos de correr, brincar y rodar sobre la blanda hierba, tal como Siri y yo acostumbrábamos hacer en este mismo sitio.

Este mismo sitio. Miro alrededor. La hierbasauce se inclina y ondea como el pelaje de una gran bestia mientras las ráfagas salobres soplan desde el sur. Me cubro los ojos y escruto el horizonte, pero nada se mueve allá. Más allá del arrecife de piedralava, el mar se encrespa y se eleva en pinceladas nerviosas.

—Siri... —susurro.

Pronuncio el nombre sin proponérmelo. Cien metros ladera abajo, la multitud se detiene para mirarme y contener el aliento. La procesión de deudos y celebrantes se extiende durante más de un kilómetro hasta donde comienzan los blancos edificios de la ciudad. En la vanguardia distingo la cabeza cana y algo calva de mi hijo menor. Lleva la túnica azul y oro de la Hegemonía. Sé que debería esperarlo, acompañarlo, pero él y los demás ancianos del Consejo no pueden seguir el ritmo de mis jóvenes músculos de navegante estelar y mi andar firme. A pesar de todo, el decoro impone que yo

camine con él, mi nieta Lira y mi nieto de nueve años.

Al demonio. Al demonio con todos.

Doy media vuelta y corro colina arriba. El sudor me empapa la camisa de algodón antes de que llegue a la combada cima y divise la tumba.

La tumba de Siri.

Me detengo. El viento me hace tiritar, aunque el sol tibio brilla en la inmaculada piedra blanca del silencioso mausoleo. La hierba está alta cerca de la entrada de la cripta. Hileras de descoloridos pendones festivos con asta de ébano bordean el sendero de grava.

Titubeando, rodeo la tumba y me

acerco al borde del abrupto precipicio. La hierbasauce está encorvada y pisoteada, pues excursionistas irreverentes han merendado aquí. Hay varios círculos para fogatas formados con las redondas y blancas piedras robadas del linde del sendero de grava.

No puedo contener una sonrisa. Conozco el paisaje: la gran curva de la bahía con su espigón natural, los bajos y blancos edificios de Primersitio, los coloridos cascos y mástiles de los catamaranes anclados. Cerca de la playa de guijarros que se extiende más allá del ayuntamiento, una joven con falda blanca se acerca al agua. Por un instante

me parece que es Siri y se me acelera el corazón. Me dispongo a agitar los brazos, pero ella no me saluda. Guardo silencio mientras la figura distante se pierde en las sombras del viejo hogar para botes.

Lejos del risco, un halcón de alas anchas sobrevuela la laguna sobre intensos vientos térmicos y escruta los cambiantes bancos de algas azules con su visión infrarroja, buscando focas lira o torpeces. La naturaleza es estúpida, pienso, mientras me siento en la hierba blanda. La naturaleza prepara un escenario inadecuado para este día y luego tiene la insensibilidad de incluir

un ave en busca de presas que han desaparecido hace tiempo de las contaminadas aguas de las cercanías de la proliferante ciudad.

Recuerdo el halcón de la primera noche en que Siri y yo subimos a esta colina. Recuerdo el claro de luna sobre sus alas y el extraño y cautivador graznido que resonó en el risco hendiendo el aire oscuro por encima de las lámparas de gas de la aldea.

Siri tenía dieciséis años o menos, y el claro de luna que bañaba las alas del halcón también pintaba la piel desnuda de Siri con una luz lechosa y arrojaba sombras bajo los suaves círculos de sus

pechos. Miramos hacia arriba, sintiéndonos culpables, cuando el graznido del ave atravesó la noche.

—«El ruiseñor, no la alondra, perforó el tímido hueco de tu oído» —recitó Siri.

—¿Eh? —pregunté. Siri tenía casi dieciséis años. Yo había cumplido diecinueve. Pero Siri conocía el lento ritmo de los libros y las cadencias del teatro bajo las estrellas. Yo sólo conocía las estrellas.

—Cálmate, joven navegante —susurró, obligándome a acostarme a su lado—. Es sólo un halcón que caza. Un pajarraco estúpido. Regresa, navegante.

Regresa, Merin.

En ese momento la *Los Angeles* se elevó sobre el horizonte y enfiló hacia el oeste como una brasa llevada por el viento, cruzando las extrañas constelaciones del mundo de Siri, Alianza-Maui. Me tendí junto a Siri y le describí el funcionamiento de la gran gironave de motor Hawking que recibía la alta luz del sol mientras aquí oscurecía; entretanto le acariciaba la tez suave, toda terciopelo y electricidad. La respiración de Siri se agitaba cada vez más. Le hundí la cara en el hueco del cuello, en el sudor y la esencia perfumada del revuelto cabello.

—Siri —digo, esta vez voluntariamente.

Los miembros de la multitud se detienen a la sombra de la tumba blanca. Están impacientes conmigo. Quieren que abra la tumba, entre y disfrute de mi momento íntimo en el frío y silencioso vacío que ha reemplazado la cálida presencia de Siri. Quieren que me despida para que ellos puedan continuar con sus ritos, abrir las puertas de teleyección y unirse a la Red de Mundos de la Hegemonía.

Al demonio con eso. Al demonio con ellos.

Arranco un zarcillo de la tupida

hierbasauce, mastico el dulce tallo y busco en el horizonte el primer indicio de las islas migratorias. Las sombras todavía son alargadas bajo la luz matutina. El día es joven. Me sentaré aquí a recordar.

Recordaré a Siri.

Creo que Siri era un pájaro la primera vez que la vi. Llevaba una máscara con plumas brillantes. Cuando se la quitó para unirse a la contradanza, la luz de la antorcha realzó los profundos tintes rojizos de su cabello. Estaba agitada, las mejillas encendidas; incluso en la apiñada plaza distinguí el sorprendente verdor de sus ojos

contrastando con el rubor estival de su rostro y su cabello. Era Noche de Festival. Las antorchas bailaban y chispeaban en la helada brisa de la bahía, y el sonido de las flautistas de la rambla, que tocaban para las islas que pasaban, quedaba ahogado por el rumor del oleaje y el crujido de los pendones que restallaban en el viento. Siri tenía casi dieciséis años y su belleza resplandecía más que las antorchas que rodeaban la atestada plaza. Me abrí paso entre los bailarínes y me acerqué a ella.

Para mí fue hace cinco años. Para nosotros fue hace más de sesenta y cinco

años. Parece ayer.

Algo falla.

¿Por dónde empezar?

—¿Por qué no buscamos una hembra, chico? —propuso Mike Osho. Chato, macizo, con la cara rechoncha como una sagaz caricatura de un Buda, Mike era un dios para mí. Todos éramos dioses, longevos si no inmortales, bien pagados si no divinos. La Hegemonía nos había escogido para tripular una de sus preciosas gironaves de salto cuántico. ¿Cómo podíamos ser menos que dioses? Pero Mike, brillante, enérgico, irreverente, era un poco mayor y estaba un poco más alto en el panteón

de a bordo que el joven Merin Aspic.

—Ja. Probabilidad cero —repliqué.

Remoloneábamos después de un turno de doce horas con la cuadrilla de construcción del teleyector. Trasladar obreros en el punto de singularidad, a ciento sesenta y tres mil kilómetros de Alianza-Maui, resultaba menos atractivo que el salto de cuatro meses desde el espacio de la Hegemonía. Durante el período ultralumínico del viaje habíamos sido profesionales: cuarenta y nueve expertos en viaje estelar arreando a doscientos nerviosos pasajeros. Ahora los pasajeros se habían enfundado su ropa de trabajo y los navegantes éramos

simples camioneros mientras la cuadrilla de construcción montaba la enorme esfera de contención de singularidad.

—Probabilidad cero —repetí—. A menos que los lugareños hayan añadido un burdel a esa isla en cuarentena que nos alquilaron.

—No lo han hecho —sonrió Mike.

Él y yo teníamos tres días de permiso en el planeta, pero por las advertencias del capitán Singh y las quejas de nuestros colegas sabíamos que íbamos a pasar ese único período en tierra en una isla de siete kilómetros por cuatro administrada por la Hegemonía.

Ni siquiera era una de esas islas móviles de las que tanto habíamos oído hablar; sólo un pico volcánico cerca del ecuador. Una vez allí podíamos contar con gravedad verdadera, aire sin filtrar y la oportunidad de saborear comida no sintética; pero también podíamos contar con la certeza de que la única relación que entablaríamos con los colonos de Alianza-Maui consistiría en comprar artefactos locales en la tienda libre de impuestos. Incluso esos trastos eran vendidos por especialistas comerciales de la Hegemonía. Muchos de nuestros colegas habían optado por pasar el permiso en la nave.

—¿Cómo encontraremos una hembra, Mike? Las colonias son tierra prohibida hasta que el teleyector entre en funcionamiento. Para eso faltan sesenta años, tiempo local. ¿O hablas de Meg, la muchacha de informática?

—Quédate conmigo, chico —me animó Mike—. Quien quiere puede.

Me quedé con Mike. Éramos sólo cinco en la nave de descenso. Siempre me excitaba bajar de una órbita alta a la atmósfera de un mundo real. Sobre todo un mundo que se parecía tanto a Vieja Tierra como Alianza-Maui. Miré el limbo azul y blanco del planeta hasta que los mares estuvieron abajo y

entramos en la atmósfera, deslizándonos hacia el límite de iluminación al triple de la velocidad de nuestro propio sonido.

Eramos dioses. Pero incluso los dioses a veces tienen que bajar de su alto trono.

El cuerpo de Siri siempre me asombraba. Esa vez en el Archipiélago. Tres semanas en esa enorme y oscilante casa arbórea bajo las ondeantes velas con la escolta de los delfines, ocasos tropicales que llenaban el anochecer de maravillas, el dosel de los astros durante la noche, y nuestra estela marcada por mil remolinos

fosforescentes que reflejaban las constelaciones del firmamento. Pero lo que recuerdo es el cuerpo de Siri. Por alguna razón —la timidez, los años de separación— ella llevaba un traje de baño de dos piezas en los primeros días de nuestra permanencia en el Archipiélago, y la suave blancura de los senos y el bajo vientre aún no se había oscurecido para concordar con el resto del bronceado cuando tuve que marcharme de nuevo.

La recuerdo esa primera vez. Triángulos en el claro de luna cuando nos tendimos en la hierba blanda, frente al puerto de Primersitio. Las bragas de

seda colgadas de tallos de hierbasauce. Mostraba un pudor infantil, el ligero titubeo de algo que se entrega prematuramente. Pero también orgullo. El mismo orgullo que luego le permitió enfrentarse a la airada multitud de separatistas en la escalinata del consulado de la Hegemonía en Golondrina Sur y enviarlos a casa avergonzados.

Recuerdo mi quinto descenso al planeta, nuestro Cuarto Encuentro. Fue una de las pocas veces que la vi llorar. En aquella época era casi una reina, con su fama y su sabiduría. La habían escogido cuatro veces para la Entidad

Suma y el Consejo de la Hegemonía le pedía asesoramiento. Lucía su independencia como un manto real y su fiero orgullo nunca ardió con más brillo. Pero cuando estábamos solos en la casa de piedra al sur de Fevarone, fue ella quien desvió la mirada. Yo estaba nervioso, intimidado por aquella enérgica forastera, pero fue Siri —la de espalda erguida y ojos orgullosos— quien volvió la cara hacia la pared para decir entre lágrimas: «Vete. Vete, Merin. No quiero que me veas. Soy una vieja de carnes flojas. Vete.»

Confieso que entonces me mostré brusco con ella. Le sujeté las muñecas

con la mano izquierda —usando una fuerza que incluso a mí me sorprendió— y le rasgué la túnica de seda. Le besé los hombros, el cuello, las sombras de marcas de elásticos en el vientre tenso y la cicatriz que un accidente le había dejado en la pierna cuarenta años locales atrás. Le besé el cabello entrecano y las arrugas trazadas en mejillas otrora tersas. Le besé las lágrimas.

—Cielos, Mike, esto no puede ser legal —había dicho yo cuando mi amigo desenrolló la alfombra voladora que llevaba en la mochila. Estábamos en la isla 241, el romántico nombre con que

los comerciantes de la Hegemonía habían bautizado la desolada mancha volcánica que habían escogido para nuestro permiso. La isla 241 estaba a menos de cincuenta kilómetros de los más antigüos establecimientos coloniales, pero podría haber estado a cincuenta años luz. Ninguna nave nativa tenía permiso para recalar en la isla mientras hubiera tripulantes de la *Los Angeles* u obreros del teleyector. Los colonos de Alianza-Maui aún tenían unos deslizadores antiguos en condiciones de funcionamiento, pero por mutuo acuerdo no sobrevolaban la isla. Excepto por los dormitorios, la playa y

la tienda libre de impuestos, la isla ofrecía pocos elementos de interés para los navegantes estelares.

Algún día, cuando la *Los Angeles* hubiera transportado los últimos componentes y el teleyector estuviera terminado, los funcionarios de la Hegemonía transformarían la isla 241 en un centro de comercio y turismo. Hasta entonces era un sitio primitivo con una rampa para naves de descenso, edificios recién terminados de piedra blanca local y unos aburridos empleados de mantenimiento. Mike declaró que ambos saldríamos en una excursión de tres días al extremo más escabroso e inaccesible

de la pequeña isla.

—No quiero ir de excursión, por todos los cielos —exclamé yo—. Prefiero quedarme en la nave y enchufarme a un simulador.

—Cierra el pico y sigúeme —ordenó Mike, y, como un miembro menor del panteón que siguiera a una deidad más antigua y más sabia, cerré el pico y lo seguí. Dos horas de marcha cuesta arriba por un chaparral de ramas espinosas nos llevaron a un borde de lava varios cientos de metros por encima de las rugientes olas. Estábamos cerca del ecuador en un mundo tropical, pero en aquella vereda expuesta el

viento aullaba y me hacía castañetear los dientes. El poniente era un manchón rojo entre cúmulos oscuros al oeste y yo no deseaba estar a la intemperie cuando oscureciera.

—Vamos —rogué—. Alejémonos del viento y encendamos una fogata. No sé cómo diablos vamos a instalar una tienda en esta roca.

Mike se sentó y encendió un cigarrillo de cannabis.

—Echa una ojeada a tu mochila, chico.

Vacilé. La voz de Mike sonaba neutra, pero era la inexpresiva pasividad del bromista antes de que

caiga el balde de agua. Me agazapé y hurgué en la mochila de nilón. Estaba vacía excepto por viejos cubos de empaque de flujoespuma para rellenarla, y un disfraz de Arlequín, con máscara y campanillas en los pies.

—¿Estás...? ¿Es esto...? ¿Te has vuelto loco? —rezongué. Oscurecía deprisa. Quizá la tormenta no pasara al sur de nosotros, como habíamos pensado. Abajo el oleaje mugía como una bestia hambrienta. Si hubiera sabido cómo regresar al complejo en la oscuridad, habría dejado que los restos de Mike Osho alimentaran a los peces.

—Ahora mira qué hay en mi mochila

—indicó Mike. Sacó unos cubos de flujoespuma, unas joyas artesanales como las que yo había visto en Vector Renacimiento, una brújula inercial, una lápiz láser que el personal de seguridad de a bordo tal vez habría calificado de arma oculta, otro disfraz de Arlequín —adecuado éste para su figura más maciza — y una alfombra voladora.

—Cielos, Mike, esto no puede ser legal —protesté mientras acariciaba el exquisito dibujo de la vieja alfombra.

—No he visto ningún aduanero por aquí —sonrió Mike—. Y dudo que los lugareños tengan ordenanzas de control de tráfico.

—Sí, pero... —Le ayudé a desenrollar la estera. Tenía poco más de un metro de anchura por dos de longitud. La magnífica tela se había desteñido con el tiempo, pero las hebras de vuelo brillaban como cobre nuevo—. ¿Dónde la conseguiste? —pregunté—. ¿Aún funciona?

—En Jardín —respondió Mike, quien guardó mi disfraz y otras cosas en su mochila—. Sí, funciona.

Había pasado más de un siglo desde que Vladimir Sholokov, inmigrante de Vieja Tierra, experto en lepidópteros e ingeniero de sistemas electromagnéticos, había diseñado la primera alfombra

voladora para su hermosa y joven sobrina de Nueva Tierra. La leyenda sostenía que la sobrina había rechazado el obsequio pero que con el tiempo aquellos juguetes se habían vuelto absurdamente famosos —más entre adultos ricos que entre los niños— hasta que se los prohibió en casi todos los mundos de la Hegemonía. Peligrosos de manejar, un desperdicio de monofilamentos protegidos, casi imposibles de manipular en un espacio aéreo controlado, las alfombras voladoras se habían transformado en curiosidades propias de las narraciones infantiles, los museos y algunos mundos

coloniales.

—Te habrá costado una fortuna —comenté.

—Treinta marcos —precisó Mike, mientras se instalaba en la alfombra—. El viejo comerciante de Carvnel pensaba que no valía nada. Y no valía nada... para él. La llevé a la nave, la recargué, reprogramé los chips de inercia y... voila! —Mike tocó el intrincado diseño y la estera se puso rígida y se elevó quince centímetros.

La miré dubitativamente.

—De acuerdo, pero si...

—No temas —me tranquilizó Mike, indicándome con impaciencia que me

sentara—. Tiene carga completa. Sé cómo manejarla; vamos, súbete o aléjate. Quiero ponerme en marcha antes de que se acerque la tormenta.

—Pero no creo...

—Vamos, Merin. Decídete. Llevo prisa.

Vacilé un par de segundos. Si nos pescaban marchándonos de la isla, nos echarían de la nave. Y la nave era mi vida. Había tomado esa decisión cuando acepté el contrato de ocho misiones para Alianza-Maui. Más aún, estaba a doscientos años luz y cinco años y medio de la civilización. Incluso si nos llevaban de vuelta al espacio de la

Hegemonía, el viaje de ida y vuelta nos habría quitado once años de amigos y familia. La deuda temporal era irrevocable.

Me acomodé en la estera detrás de Mike. El puso la mochila entre ambos, me aconsejó que me agarrara y tanteó los diseños de vuelo. La estera se elevó cinco metros sobre el saliente, viró a la izquierda y salió disparada sobre el océano. Trescientos metros más abajo, olas blancas se encrespaban en la creciente oscuridad. Cobramos altura y enfilamos hacia el norte.

En pocos segundos se pueden decidir futuros enteros.

Recuerdo mi conversación con Siri durante nuestro Segundo Encuentro, poco después de visitar la villa costera de Favarone. Caminábamos por la playa. Se había permitido que Alón permaneciera en la ciudad bajo supervisión de Magritte. Mejor así. Yo no me sentía cómodo con el niño. Sólo la innegable y verde solemnidad de los ojos y la perturbadora familiaridad de sus rizos cortos y oscuros y la nariz chata servían para unirlo a mí, a nosotros, en mi mente. Eso y la rápida y socarrona sonrisa que esbozaba cuando Siri lo reñía. Era una sonrisa demasiado cínica y prudente para un chico de diez

años. Yo la conocía bien. Había creído que esas cosas no se heredaban, sino que se aprendían.

—Sabes muy poco —me dijo Siri. Caminaba descalza por un charco de agua de mar. A veces alzaba una delicada caracola, la inspeccionaba, la arrojaba al agua salobre.

—Estoy bien adiestrado —repliqué.

—Sí, sin duda estás bien adiestrado —convino Siri—. Sé que eres muy hábil, Merin. Pero sabes muy poco.

Irritado, sin saber qué responder, seguí caminando con la cabeza gacha. Desenterré de la arena un trozo de piedralava blanca y la arrojé hacia la

bahía. Se acumulaban nubes en el horizonte del este. Deseé estar de nuevo en la nave. En esta ocasión había regresado de mala gana y ahora comprendía que la vuelta había sido un error.

Era mi tercera visita a Alianza-Maui, nuestro Segundo Encuentro, como lo llamaban los poetas y su gente. Me faltaban cinco meses para cumplir veintiún años estándar. Siri había celebrado sus treinta y siete años tres semanas antes.

—He visitado muchos sitios donde tú no has estado —dije al fin. Incluso a mí me pareció una petulancia pueril.

—Oh, sí —exclamó Siri, aplaudiendo. Por un instante vislumbré a mi otra Siri, la joven con quien yo había soñado durante nueve meses de viajes. Luego la imagen volvió a la cruda realidad y reparé en el cabello corto, los músculos más flojos del cuello, los nudos en el dorso de esas manos antes amadas—. Has visitado sitios donde yo nunca he estado —repitió Siri deprisa. La voz era la misma. Casi la misma—. Merin, amor mío, has visto cosas que yo ni siquiera alcanzo a imaginar. Quizá conozcas más datos sobre el universo de los que yo pueda adivinar. Pero sabes muy poco, querido mío.

—¿De qué diablos hablas, Siri? —Me senté en un tronco medio hundido cerca de la franja de arena húmeda y alcé las rodillas como una cerca entre nosotros.

Siri salió del charco y se arrodilló frente a mí. Me cogió las manos y, aunque las mías eran más grandes y pesadas, con dedos y huesos más toscos, sentí la fortaleza de las suyas. Supuse que era la fortaleza de todos los años que yo no había compartido.

—Hay que vivir para saber las cosas realmente, amor mío. Tener a Alón me ha ayudado a comprenderlo. La crianza de un niño nos agudiza el sentido

de la realidad.

—¿A qué te refieres?

Siri desvió la mirada unos instantes y se apartó distraídamente un mechón de cabello. Aún me cogía ambas manos con la mano izquierda.

—No estoy segura —murmuró—. Creo que empiezas a comprender cuándo las cosas no son importantes. No sé bien cómo expresarlo. Si has pasado treinta años entrando en habitaciones llenas de extraños, sientes menos angustia que si has tenido sólo la mitad de esos años de experiencia. Sabes qué te deparan la habitación y esas gentes y vas en su busca. Si no está allí, lo

intuyes antes y vuelves a lo tuyo. Simplemente sabes más acerca de lo que es, lo que no es y el escaso tiempo que hay para aprender la diferencia. ¿Comprendes, Merin? ¿Entiendes al menos un poco?

—No.

Siri asintió y se mordió el labio inferior, pero se mantuvo en silencio. Se inclinó para besarme. Tenía los labios secos, apremiantes. Me aparté un momento y vi el cielo detrás, deseé tiempo para pensar. Pero luego sentí la tibia intrusión de su lengua y cerré los ojos. La marea subía a nuestras espaldas. Sentí una calidez y una

excitación simpáticas cuando Siri me desabrochó la camisa y me pasó las largas uñas por el pecho. Hubo un instante de vacío entre nosotros y abrí los ojos a tiempo para ver que se desabrochaba los últimos botones del vestido blanco. Los pechos eran más grandes de lo que yo recordaba, más pesados, los pezones más anchos y oscuros. El aire frío nos mordió a los dos hasta que la desnudé y nos abrazamos. Nos deslizamos por el tronco hacia la arena tibia. La abracé con más fuerza, preguntándome cómo había creído que ella era la más fuerte. Su piel sabía a sal.

Las manos de Siri me ayudaron. Su cabello corto se apretó contra la madera descolorida, el algodón blanco y la arena. Mis latidos se hicieron más veloces que el oleaje.

—¿Entiendes, Merin? —me susurró instantes después, cuando su calor nos conectó.

—Sí —respondí; aunque no era cierto.

Mike condujo la alfombra voladora hacia Primersitio. El viaje había durado más de una hora en la oscuridad y yo había pasado casi todo el tiempo

protegiéndome del viento y temiendo que la alfombra se plegara y ambos cayéramos al mar. Estábamos a media hora de distancia cuando distinguimos la primera isla móvil. Con la tormenta detrás, las velas hinchadas, las islas navegaban desde sus terrenos de alimentación del sur en una procesión incesante. Muchas aparecían brillantemente iluminadas, festoneadas con faroles de color y fluctuantes velos de luz transparente.

—¿Estás seguro del rumbo? —grité.

—Sí —profirió Mike.

No volvió la cabeza. El viento me lanzaba su largo cabello negro a la cara.

De vez en cuando Mike revisaba la brújula y hacía pequeñas correcciones de curso. Quizá fuera más fácil seguir las islas. Pasamos sobre una de casi medio kilómetro de longitud y yo me esforcé en distinguir detalles, pero la isla estaba a oscuras excepto por el fulgor de la estela fosforescente. Formas oscuras hendían las olas lechosas. Toqué a Mike en el hombro y señalé.

—¡Delfines! —gritó—. De eso se trataba esta colonia, ¿recuerdas? Un grupo de gente bienintencionada quiso salvar a todos los mamíferos de los océanos de Vieja Tierra durante la Hégira. No lo consiguió.

Habría gritado otra pregunta, pero en ese momento divisamos el promontorio y el puerto de Primersitio.

Había pensado que las estrellas eran hermosamente brillantes sobre Alianza-Maui, que las islas migratorias eran memorables por su pintoresquismo. Pero la ciudad de Primersitio, rodeada por la bahía y las colinas, se convertía en una señal llameante en la noche. Su brillo me evocó una nave-antorcha creando su propia nova de plasma contra el limbo oscuro de una hosca gigante gaseosa. La ciudad era un panal de edificios blancos en cinco niveles, todos iluminados por linternas de fulgor cálido por dentro y

por un sinfín de antorchas en el exterior. La piedralava blanca de la isla volcánica parecía fulgurar gracias a las luces de la ciudad. Más allá del poblado se alzaban tiendas, pabellones, fogatas y piras demasiado grandes para cumplir otra función que no fuera dar la bienvenida a las islas que regresaban.

La bahía estaba llena de embarcaciones: catamaranes oscilantes con cascabeles colgados de los mástiles; barcos-vivienda de casco ancho y fondo plano construidos para arrastrarse de puerto en puerto en los calmos bajíos ecuatoriales, pero orgullosamente iluminados aquella noche; yates

oceánicos, brillantes y funcionales como tiburones. Desde la punta del arrecife de la bahía un faro arrojaba su haz giratorio al mar, iluminando olas e islas, recortando el pintoresco agrupamiento de naves y hombres.

El ruido se oía a dos kilómetros. Era algarabía de celebración. Por encima de los gritos y el murmullo del oleaje se elevaban las inequívocas notas de una sonata para flauta de Bach. Luego supe que ese coro de bienvenida se transmitía por hidrófonos a los Canales de Pasaje, donde los delfines brincaban y danzaban al ritmo de la música.

—Por Dios, Mike, ¿cómo te

enteraste de que ocurría todo esto?

—Se lo pregunté al ordenador principal de la nave —la alfombra voladora se inclinó a la derecha para alejarse de las naves y el haz del faro. Al norte de Primersitio viramos hacia una franja de tierra oscura. Percibí el blando estruendo de las olas en los bajíos—. Celebran este festival todos los años, pero este es el sesquicentenario; hace tres semanas que están en fiestas y debe durar dos más. Hay sólo cien mil colonos en este mundo, Merin, y apuesto a que la mitad está aquí.

Redujimos la velocidad,

descendimos con cuidado y nos posamos en una protuberancia rocosa cerca de la playa. La tormenta no nos había sorprendido en el sur, pero los relámpagos intermitentes y las luces distantes de las islas aún silueteaban el horizonte. El fulgor de Primersitio no alcanzaba a ocultar el brillo de las estrellas. El aire estaba más tibio y sentí aroma de huertos en la brisa. Plegamos la alfombra voladora y nos apresuramos a ponernos los disfraces de Arlequín. Mike se guardó el lápiz láser y las joyas en los bolsillos.

—¿Para qué son? —pregunté mientras ocultábamos la mochila y la

alfombra voladora bajo una gran roca.

—¿Esto? —indicó Mike mientras agitaba un collar de Renacimiento con los dedos—. Es nuestra moneda, por si tenemos que negociar favores.

—¿Favores?

—Favores —repitió Mike—. La generosidad de una dama. Consuelo para un fatigado viajero del espacio. Lo que tú llamas coño, chico.

—Oh —exclamé, ajustándome la máscara y la gorra de bufón. Las campanillas tintinearon en la oscuridad.

—Vamos —ordenó Mike—. Nos perderemos la fiesta.

Asentí y lo seguí, haciendo sonar las

campanillas mientras avanzábamos por la piedra y los chaparrales hacia la luz.

Espero bajo el sol. No sé bien qué espero. Siento un creciente calor en la espalda mientras el sol de la mañana se refleja en la piedra blanca de la tumba de Siri.

¿La tumba de Siri?

No hay nubes en el cielo. Alzo la cabeza y entorno los ojos como si pudiera ver la *Los Angeles* y el teleyector recién terminado a través del resplandor de la atmósfera. Es imposible. Parte de mí sabe que aún no

se han elevado. Parte de mí sabe instantáneamente el tiempo que queda para que la nave y el teleyector concluyan su tránsito hacia el cénit. Parte de mí no quiere pensar en ello.

Siri, ¿estoy haciendo lo correcto?

Los pendones crujen en las astas cuando arrecia el viento. Intuyo la inquietud de la multitud expectante. Por primera vez desde que bajé al planeta para este Sexto Encuentro, me embarga la pena. No; pena no, no aún..., sino una tristeza incisiva que pronto desembocará en pesadumbre. Durante años entablé calladas conversaciones con Siri, me planteaba preguntas para hablar con

ella, y de pronto comprendo con fría claridad que nunca más nos sentaremos a hablar. El vacío crece dentro de mí.

¿Debo permitirlo, Siri?

No hay respuesta excepto el creciente murmullo de la multitud. Dentro de pocos minutos, Donel, mi hijo varón, el más joven y el único que ha sobrevivido, o su hija Lira y su hermano, vendrán colina arriba para exhortarme a continuar. Arrojo el tallo de hierbasauce que estaba mascando. Hay una sombra en el horizonte. Podría ser una nube. O la primera de las islas, impulsada por el instinto y los vientos primaverales del norte a migrar hacia la

franja de Bajíos Ecuatoriales de donde vinieron. No tiene importancia.

Siri, ¿estoy haciendo lo correcto?

No hay respuesta, y el tiempo apremia.

A veces Siri parecía tan ignorante que me indignaba. No sabía nada de la vida que yo llevaba lejos de ella. Me hacía preguntas, pero yo dudaba de que le interesaran las respuestas. Pasé muchas horas explicándole la belleza de las fórmulas físicas que permitían el funcionamiento de nuestras gironaves, pero nunca pareció entender. Una vez, cuando le explicaba con detalle las diferencias entre la antigua nave seminal

de los colonos y la *Los Angeles*, Siri me sorprendió al preguntar: «Pero ¿por qué mis antepasados tardaron ochenta años de a bordo para llegar a Alianza-Maui cuando vosotros hacéis el viaje en ciento treinta días?» No había comprendido nada.

Su sentido de la historia era lamentable. Veía a la Hegemonía y la Red de Mundos tal como una niña contemplaría el mundo fantasioso de un mito agradable pero estúpido; había en ello una indiferencia exasperante.

Siri lo sabía todo acerca de los primeros días de la Hégira —al menos en lo concerniente a Alianza-Maui y los

colonos— y en ocasiones evocaba deliciosas curiosidades o frases arcaicas, pero ignoraba las realidades post-Hégira. Nombres como Jardín y los éxters, Renacimiento y Lusus, apenas significaban nada para ella. Yo podía mencionar a Salmud Brevy o al general Horace Glennon-Height y ella no tenía asociaciones ni reacciones.

La última vez que la vi, Siri tenía setenta años estándar. Setenta años y nunca había viajado a otro mundo, ni usado una ultralínea, ni saboreado una bebida alcohólica que no fuera vino, ni tenido interfaz con un cirujano empático, ni atravesado una puerta teleyectora, ni

fumado un cigarrillo de cannabis, ni recibido reordenamiento genético, ni ingerido medicación ARN, ni oído nada del gnosticismo Zen o de la Iglesia del Alcaudón, ni volado en ningún vehículo excepto un antiguo deslizador Vikken que pertenecía a su familia.

Siri nunca había hecho el amor con nadie excepto conmigo. Al menos eso afirmaba. Yo le creía.

Durante nuestro Primer Encuentro, en el Archipiélago, Siri me llevó a hablar con los delfines. Nos habíamos levantado para presenciar el alba. Los niveles más altos de la casa arbórea eran un lugar perfecto para ver cómo se

iluminaba el pálido cielo. Los ondeantes y altos cirros se volvieron rosados y el mar pareció derretirse cuando el sol flotó sobre el horizonte llano.

—Vamos a nadar —sugirió Siri. La intensa luz horizontal le bañaba la piel y prolongaba su sombra en los tablones de la plataforma.

—Estoy muy cansado —protesté—. Más tarde. —Habíamos permanecido despiertos casi toda la noche, hablando, haciendo el amor, hablando, haciendo de nuevo el amor. Bajo el resplandor de la mañana yo me sentía vacío y con náuseas. El ligero movimiento de la isla me provocaba cierto vértigo, esa

desconexión con la gravedad típica de la borrachera.

—No, vamos ahora —insistió Siri mientras me cogía la mano.

Me irritó, pero no discutí. Siri tenía veintiséis años, siete más que en el Primer Encuentro pero su conducta impulsiva a menudo me recordaba a la Siri adolescente que yo me había llevado del Festival sólo diez meses míos antes.

Su risa profunda y espontánea era la misma. Los ojos verdes le brillaban de igual modo cuando se impacientaba. La larga melena de cabello rojizo no había cambiado. Pero su cuerpo había

madurado hasta cumplir su insinuada promesa. Los pechos aún eran firmes, casi adolescentes, salpicados de pecas a las que seguía una blancura tan traslúcida que se intuía una suave tracería de venas azules. Pero algo había cambiado. Ella era diferente.

—¿Vienes conmigo o te quedas mirando? —preguntó Siri. Se quitó el caftán cuando salimos a la cubierta inferior. Nuestra pequeña nave aún estaba amarrada al muelle. Las velas de la isla empezaban a inflarse con la brisa de la mañana. Durante los últimos días Siri había insistido en usar traje de baño cuando entrábamos en el agua. Ahora no

llevaba nada. Sus pezones se erguían en el aire fresco.

—¿No nos quedaremos atrás? —pregunté, mirando las crujientes velas. Durante días el mar había sido un espejo esmaltado. Ahora los aparejos del foque se tensaban mientras las gruesas hojas se llenaban de viento.

—No seas tonto —espetó Siri—. Siempre podremos coger una raíz o un zarcillo de alimentación. Vamos. —Me arrojó una máscara osmótica y se colocó la suya. La pátina transparente y aceitosa le abrillantó la cara. Del bolsillo del caftán sacó un grueso medallón y se lo colgó del cuello. El metal lucía siniestro

y oscuro contra la piel.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Siri no se quitó la máscara osmótica para responder. Se colocó las hebras de comunicación en el cuello y me alcanzó los auriculares.

—Disco de traducción —explicó con voz metálica—. Creí que lo sabías todo sobre aparatos, Merin. El último es una babosa —se puso el disco entre los pechos y saltó de la isla. Vi las esferas pálidas de sus nalgas mientras hacía una cabriola para ganar profundidad. Al cabo de pocos segundos fue sólo un borrón blanco en el agua. Me puse la máscara, conecté las hebras y me lancé

al mar.

La parte inferior de la isla era una mancha oscura en un techo de luz cristalina. Nadé con cierta aprensión entre los gruesos zarcillos de alimentación, aunque Siri me había demostrado que sólo les interesaba devorar el diminuto zooplancton que ahora recibía la luz del sol como polvo en una pista de baile abandonada. Las raíces acuáticas parecían estalactitas nudosas que descendían cientos de metros en las purpúreas profundidades.

La isla se desplazaba. Yo veía la fibrilación tenue de los zarcillos. Una estela recibía la luz diez metros más

arriba. Por un instante me sentí ahogado. El gel de la máscara me asfixiaba como agua, hasta que me relajé y el aire me llenó los pulmones.

—Más hondo, Merin —dijo la voz de Siri.

Parpadeé a cámara lenta, mientras la máscara se reajustaba sobre mis ojos, y vi a Siri veinte metros más abajo; cogía una raíz y se desplazaba sin esfuerzo sobre las corrientes más frías y más profundas, adonde no llegaba la luz. Pensé en los miles de metros de agua que tenía debajo y en las cosas que podían acechar allí, no conocidas ni buscadas por los colonos humanos.

Pensé en tinieblas y profundidades y el escroto se me tensó.

—Baja.

La voz de Siri era un zumbido de insecto en mis oídos. Giré y di un puntapié. La presión ascendente no era tan grande como en los mares de Vieja Tierra, pero aún así se requería energía para bajar tanto. La máscara compensaba la profundidad y el nitrógeno, pero yo sentía la presión contra la piel y los oídos. Al fin dejé de patear, cogí una raíz y bajé hasta Siri.

Flotamos juntos en la luz opaca. Siri era aquí una figura espectral. Su larga melena ondeaba en un nimbo vinoso y

las franjas pálidas del cuerpo relucían en la luz verde azulada. La superficie parecía lejana. La V cada vez más ancha de la estela y la agitación de veintenas de zarcillos indicaban que la isla se movía más deprisa, enfilando hacia otros terrenos de alimentación, aguas lejanas.

—¿Dónde están los...? —empecé a subvocalizar.

—Shhh —ordenó Siri. Jugueteó con el medallón. Entonces los oí: gritos, trinos, silbidos, ronroneos y exclamaciones. Una música extraña llenó las profundidades.

—Jesús —exclamé, y como Siri

había sintonizado nuestras hebras con el traductor, la palabra se emitió como un silbido sin sentido.

—¡Hola! —dijo ella, y el saludo traducido reverberó desde el transmisor, una llamada de alta velocidad deslizándose al ultrasónico—. ¡Hola!

Minutos después los delfines vinieron a investigar. Pasaron de largo. El tamaño era sorprendente y alarmante, la piel aparecía brillante y musculosa bajo la luz incierta. Un ejemplar grande se acercó a un metro y viró en el último momento. El vientre blanco y curvo pasó ante nosotros como una pared. El oscuro ojo se volvió para seguirme. Un golpe

de la ancha aleta trasera provocó una turbulencia, suficiente para convencerme de la potencia del animal.

—Hola —llamó Siri, pero la forma veloz se perdió en la brumosa distancia y de pronto reinó el silencio. Siri apagó el traductor—. ¿Quieres hablarles? —me preguntó.

—Claro —respondí, aunque con ciertas dudas.

Más de tres siglos de esfuerzos habían conducido a un diálogo interesante entre los humanos y los mamíferos marinos. Una vez Mike me explicó que las estructuras de pensamiento de los dos grupos de

huérfanos de Vieja Tierra eran demasiado distintas, con muy escasos referentes. Un experto anterior a la Hégira había escrito que hablar con un delfín o una marsopa resultaba tan satisfactorio como conversar con un bebé humano de un año. Ambas partes disfrutaban del contacto y había un simulacro de intercambio, pero no se obtenían conocimientos nuevos. Siri conectó el disco traductor.

—Hola —saludé.

Tras otro minuto de silencio nuestros auriculares zumbaron mientras ululaciones estridentes resonaban en el mar.

lejos/no-aleta/¿tono-bola?/pulso actual/rodéame/¿gracioso?

—¿Qué diablos dice? —pregunté a Siri, y el traductor emitió mi pregunta. Siri sonreía bajo la máscara osmótica.

Lo intenté de nuevo.

—¡Hola! Saludos de... eh... la superficie. ¿Cómo estáis?

El macho grande se lanzó hacia nosotros como un torpedo. Hendió el agua a una velocidad diez veces mayor de la que yo hubiera alcanzado con aletas de buzo. Por un instante creí que iba a embestirnos. Alcé las rodillas y me aferré con fuerza a la raíz de la isla. Siguió de largo, trepando para buscar

aire mientras Siri y yo nos mecíamos en la esfera turbulenta y los tonos agudos de su grito.

no-aleta/no-alimento/no-nadar/no-jugar/no-diversión.

Siri apagó el traductor y se acercó. Me cogió los hombros mientras yo me aferraba a la raíz con la mano derecha. Nuestras piernas se tocaron mientras flotábamos en el agua tibia. Peces diminutos y carmesíes espejearon arriba mientras las siluetas oscuras de los delfines giraban más allá.

—¿Suficiente? —preguntó. Me apoyaba la mano en el pecho.

—Un intento más —rogué. Siri

asintió y conectó el disco. La corriente nos juntó de nuevo. Ella me abrazó.

—¿Por qué merodeáis por las islas? —pregunté a las siluetas con morro de botella que se movían en la luz fluctuante—. ¿En qué os beneficia permanecer con las islas?

suena ahora/viejas canciones/agua profunda/no-Grandes Voces/no-Tiburón/viejas canciones/nuevas canciones.

Siri estaba pegada a mí. Me estrechó con el brazo izquierdo.

—Las Grandes Voces eran las ballenas —susurró. Su cabellera se extendía como un abanico flameante.

Bajó la mano derecha por mí cuerpo y pareció sorprenderse de lo que encontró.

—¿Echáis de menos las Grandes Voces? —pregunté a las sombras.

No hubo respuesta. Siri me rodeó las caderas con las piernas. La superficie era un cuenco de luz batida a cuarenta metros de altura.

—¿Qué extrañáis más de los océanos de Vieja Tierra? —pregunté. Con el brazo izquierdo estreché a Siri, deslicé la mano por la curva de su espalda, hasta donde su trasero se elevaba para encontrar mi mano, la sostuve con fuerza. Para los delfines que

nos rodeaban debíamos parecer una sola criatura. Siri se deslizó sobre mí y fuimos una sola criatura.

El disco traductor se había movido y ahora colgaba del hombro de Siri. Yo iba a desconectarlo pero me detuve cuando la respuesta a mi pregunta nos zumbó en los oídos.

extrañamos Tiburón/extrañamos Tiburón/extrañamos Tiburón/Tiburón/Tiburón/Tiburón/Tibur

Apagué el disco y sacudí la cabeza. No entendía. Había muchas cosas que no entendía. Cerré los ojos mientras Siri y yo nos mecíamos suavemente siguiendo nuestro ritmo y el de la corriente. La

cadencia de la llamada de los delfines cobró la triste y lenta modulación de un antiguo lamento.

Siri y yo bajamos de las colinas y regresamos al Festival poco antes del amanecer del segundo día. Habíamos recorrido las colinas durante una noche y un día, comimos con desconocidos en pabellones de seda anaranjada, nos bañamos juntos en las heladas aguas del Shree, bailamos al son de una música incesante mientras desfilaban las islas. Teníamos hambre. Yo me había despertado al caer el sol y Siri no

estaba. Regresó antes de que despuntara la luna de Alianza-Maui. Me explicó que sus padres se habían ido varios días con unos amigos en un barco-vivienda. Habían dejado el deslizador de la familia en Primersitio. Ahora íbamos de baile en baile, de fogata en fogata, regresando al centro de la ciudad. Pensábamos volar al oeste, hacia la finca de su familia en Fevarone.

Era muy tarde pero aún había juerguistas en Primersitio. Yo me sentía feliz. Tenía diecinueve años, estaba enamorado y la gravedad 0,93 de Alianza-Maui me parecía aún más ligera. Habría podido echar a volar.

Habría podido hacer cualquier cosa.

Nos detuvimos ante un puesto y compramos fritangas y tazas de café negro. De pronto se me ocurrió una cosa.

—¿Cómo supiste que yo era un viajero estelar? —pregunté.

—Silencio, amigo Merin. Come tu magro desayuno. Cuando lleguemos a la villa, prepararé una comida auténtica y nuestro ayuno terminará por fin.

—No, hablo en serio —insistí mientras me limpiaba la grasa de la barbilla con la manga de mi mugriento disfraz de Arlequín—. Esta mañana has dicho que desde la primera noche

supiste que yo venía de la nave. ¿Por qué? ¿Fue por mi acento? ¿El disfraz? Mike y yo vimos a otros sujetos vestidos así.

Siri rió y se echó el cabello hacia atrás.

—Sólo alégrate de saber que fui yo quien te descubrió, Merin, amor mío. Sí hubiera sido mi tío Gresham o mis amigos, habrías tenido problemas.

—Vaya. ¿Por qué? —cogí otra rosquilla frita y Siri la pagó. La seguí a través de la menguante multitud. A pesar del movimiento y la música, empezaba a estar cansado.

—Son separatistas. Hace poco el tío

Gresham pronunció un discurso ante el Consejo exhortándonos a luchar en vez de dejarnos absorber por vuestra Hegemonía. Dijo que deberíamos destruir vuestro teleyector antes de que él nos destruya a nosotros.

—¿De verdad? ¿Dijo cómo pensaba hacerlo? Por lo que sé, no tenéis naves para abandonar el planeta.

—No, no las hemos tenido en cincuenta años —admitió Siri—. Pero eso demuestra lo irracionales que son los separatistas.

Asentí. El capitán Singh y el consejero Halmyn nos habían instruido acerca de los separatistas de Alianza-

Maui. «La habitual coalición de nacionalistas y retrógrados», había dicho Singh. «Otra razón para que trabajemos despacio y desarrollemos el potencial comercial de este mundo antes de terminar el teleyector. La Red de Mundos no necesita que estos bárbaros ingresen prematuramente. Además, los grupos como los separatistas constituyen otra razón para que los tripulantes y obreros permanezcan alejados de los nativos».

—¿Dónde está el deslizador? —pregunté. La plaza se vaciaba deprisa. La mayoría de las orquestas habían guardado los instrumentos. Personas con

alegres disfraces roncaban en la hierba o los adoquines, entre la basura y los faroles apagados. Sólo quedaban algunos juerguistas solitarios, grupos que bailaban al son de una guitarra o que cantaban ebriamente. De inmediato descubrí a Mike Osho, bufonesco, sin máscara, una muchacha colgando de cada brazo. Intentaba enseñar el «Hava Nagilla» a un fascinado pero inepto círculo de admiradores. Uno de ellos tropezaba y todos los demás caían. Mike los ayudaba a levantarse entre carcajadas y empezaban de nuevo, brincando torpemente mientras él cantaba con su voz de bajo profundo.

—Allí está —anunció Siri, señalando una hilera de deslizadores aparcados detrás del ayuntamiento. Asentí y llamé a Mike, pero él estaba demasiado ocupado con sus dos muchachas para reparar en mí. Siri y yo habíamos cruzado la plaza y estábamos a la sombra del viejo edificio cuando se oyó el grito.

—¡Tripulante de la nave! Da la vuelta, hijo de puta de la Hegemonía.

Me detuve en seco y me volví apretando los puños, pero no había nadie cerca de mí. Seis jóvenes bajaban las escaleras del palco y formaban un semicírculo detrás de Mike. El hombre

de delante era alto, delgado y guapo. Tenía unos veinticinco años y sus largos rizos rubios se derramaban sobre un traje de seda carmesí que resaltaba su cuerpo. En la mano derecha empuñaba una espada de un metro que parecía de acero templado.

Mike se volvió despacio. A pesar de la distancia comprendí que sus ojos procuraban evaluar la situación con calma. Las dos mujeres y un par de hombres del grupo rieron como ante un chiste. Mike conservó la sonrisa ebria.

—¿Te refieres a mí? —preguntó.

—Te hablo a ti, hijo de puta de la Hegemonía —jadeó el líder del grupo,

torciendo el gesto en una mueca.

—Bertol —susurró Siri—. Mi primo. El primogénito de Gresham.

Asentí y salí de las sombras. Siri me cogió el brazo.

—Es la segunda vez que insultas a mi madre —ronroneó Mike—. ¿Ella o yo te hemos ofendido? En tal caso, mil perdones.

Mike hizo una reverencia tan profunda que las campanillas de la gorra casi rozaron el suelo. Los miembros del grupo aplaudieron.

—Me ofende tu presencia, bastardo de la Hegemonía. Envenenas nuestro aire con tu gordo cuerpo.

Mike enarcó las cejas cómicamente. Un joven con disfraz de pescado agitó la mano.

—Oh, vamos, Bertol. El sólo...

—Cállate, Ferick. Hablo con este gordo imbécil.

—¿Imbécil? —repitió Mike, las cejas enarcadas—. ¿He viajado doscientos años luz para que me llamaran gordo imbécil? Pues no ha valido la pena.

Giró graciosamente, zafándose de las mujeres. Me habría reunido con Mike pero Siri me aferraba el brazo con fuerza, susurrándome. Cuando logré desasirme, advertí que Mike aún

sonreía, haciéndose el bufón. Pero tenía la mano izquierda en el bolsillo de la camisa.

—Dale tu espada, Creg —rugió Bertol. Uno de los jóvenes arrojó una espada a Mike. El arma se estrelló contra los adoquines.

—Lo dirás en broma, supongo —murmuró Mike con repentina sobriedad —. Grandísimo cretino. ¿Crees que me prestaré a un duelo sólo porque te excita hacerte el héroe ante esos patanes?

—Recoge la espada —gritó Bertol — o te ensartaré donde estás.

Avanzó un paso, la cara desfigurada de furia.

—Lárgate —espetó Mike, el lápiz láser en la mano izquierda.

—¡No! —grité, corriendo hacia la luz. Los obreros de construcción usaban ese lápiz para garrapatear marcas en vigas de aleación de filamentos.

Todo ocurrió súbitamente. Bertol avanzó otro paso y Mike lo roció con el rayo verde. Bertol soltó un grito y retrocedió; un tajo negro y humeante le cruzaba la camisa de seda. Vacilé. Mike había sintonizado el lápiz en potencia mínima. Dos amigos de Bertol avanzaron y Mike les pasó la luz por los tobillos. Uno cayó de rodillas maldiciendo y el otro se alejó brincando

y aferrándose la pierna.

Se había reunido una multitud, que rió cuando Mike se quitó la gorra en otra reverencia.

—Gracias —dijo Mike—. Mi madre da las gracias.

El primo de Siri estaba furioso. Babeaba por los labios y barbilla abajo. Me abrí paso entre la multitud y me interpuse entre Mike y el alto colono.

—Está bien —atajé—. Nos vamos. Nos vamos ya.

—Demonios, Merin, apártate —prorrumpió Mike.

—Ya está bien —repetí volviéndome hacia él—. Estoy con una

muchacha llamada Siri que tiene un... —Bertol embistió espada en mano. Le aferré el hombro con el brazo izquierdo y lo eché hacia atrás. Se desplomó en la hierba.

—Oh, diablos —exclamó Mike y retrocedió varios pasos. Parecía cansado y asqueado cuando se sentó en un escalón de piedra—. Oh, diablos —murmuró. Había una breve línea roja en uno de los retazos negros del lado izquierdo del disfraz de Arlequín. La estrecha línea se extendió y la sangre empapó el ancho vientre de Mike Osho.

—Cielos, Mike.

Me arranqué un trozo de camisa y

traté de detener la hemorragia. No recordaba las medidas de primeros auxilios que nos habían enseñado en la nave. Me toqué la muñeca pero mi comlog no estaba allí. Los habíamos dejado en la nave.

—No es tan grave, Mike. Es sólo un corte. La sangre me mojaba la mano y la muñeca.

—Será suficiente —anunció Mike, la voz tensa de dolor—. Demonios. Una maldita espada. ¿Puedes creerlo, Merin? Mi juventud tronchada por un maldito cubierto salido de una jodida ópera de un centavo. Demonios, esto duele.

—Opera de tres centavos —corregí,

cambiando de mano. El trapo estaba empapado.

—¿Sabes cuál es tu problema, Merin? Siempre estás metiendo tus malditos dos centavos. Ohhhh —la cara de Mike palideció y luego cobró un tono grisáceo. Apoyó la barbilla en el pecho y respiró entrecortadamente—. A la mierda con este chico. Vamos a casa, ¿eh?

Miré por encima del hombro. Bertol se alejaba con sus amigos. El resto de la multitud nos contemplaba horrorizada.

—¡Llamad a un médico! —grité—. ¡Traed enfermeros!

Dos hombres echaron a correr. No

había señales de Siri.

—¡Espera! ¡Espera! —dijo Mike con voz más fuerte, como si hubiera olvidado algo importante—. Sólo un minuto —murmuró, y murió.

Murió. Muerte verdadera. Muerte cerebral. Abrió la boca obscenamente, revolvió los ojos y un instante después la sangre dejó de manar de la herida.

Por unos segundos maldije el cielo. Vi a la *Los Angeles* desplazándose por el borroso campo estelar y pensé que habría podido resucitar a Mike llevándolo allá en pocos minutos. La multitud retrocedió mientras yo gritaba y maldecía a las estrellas. Al fin me volví

hacia Bertol.

—Tú —mascullé.

El joven se detuvo en la linde de la plaza. Tenía la cara cenicienta. Me miró en silencio.

—Tú —repetí. Cogí el lápiz láser, le di máxima potencia y caminé hacia Bertol y sus amigos.

Más tarde, en medio de la confusión de gritos y carne chamuscada, advertí que el deslizador de Siri se posaba en la plaza atestada; el polvo revoloteaba y la voz de ella me ordenaba subir. Nos alejamos de la luz y la locura. El viento frío me apartaba del cuello el pelo empapado de sudor.

—Iremos a Fevarone —anunció Siri —. Bertol estaba borracho. Los separatistas son un grupo pequeño y violento. No habrá represalias. Te quedarás conmigo hasta que el Consejo efectúe la indagación.

—No. Allá. Aterriza allá —señalé una franja de tierra a poca distancia de la ciudad.

Siri aterrizó de mala gana. Miré la roca para cerciorarme de que la mochila estaba allí y bajé del deslizador. Siri se movió en el asiento y me abrazó la cabeza.

—Merin, mi amor —tenía los labios tibios y abiertos pero yo no sentía nada.

Tenía el cuerpo anestesiado. La aparté.

Ella se apartó el cabello y me miró con ojos verdes llenos de lágrimas. Luego el deslizador se elevó, viró y voló hacia el sur bajo la luz del amanecer.

Espera, tuve ganas de gritar. Me senté en una roca y me aferré las rodillas, sollozando. Me levanté y arrojé el lápiz láser al mar. Cogí la mochila y la vacié en el suelo.

La alfombra voladora no estaba.

Me senté de nuevo, demasiado agotado para reír, llorar o caminar. El sol se elevó. Aún estaba sentado allí cuando el deslizador negro de Seguridad

de la Nave se posó en silencio a mi lado.

—¿Padre? Padre, se está haciendo tarde.

Me vuelvo para ver a mi hijo Donel a mis espaldas. Lleva la túnica azul y oro del Consejo de la Hegemonía. Tiene la calva irritada, perlada de sudor. Donel tiene sólo cuarenta y tres años pero parece mucho mayor.

—Por favor, padre —dice. Asiento y me levanto para sacudirme la hierba y el polvo. Caminamos juntos hacia la tumba. La multitud se ha acercado más.

La grava cruje bajo los pies inquietos—. ¿Entro contigo, padre? —pregunta Donel.

Me detengo a mirar a este maduro desconocido que es mi hijo. Pocos rasgos de Siri o de mí se reflejan en él. Tiene una cara cordial, expresiva, tensa con la excitación del día. Intuyo en él la franqueza que en algunas personas reemplaza a la inteligencia. No puedo evitar comparar a este calvo cachorro humano con Alón, con sus rizos oscuros, su silencio y su sonrisa sardónica. Pero Alón murió hace treinta y tres años, abatido en una estúpida batalla que no tenía nada que ver con él.

—No —respondo—. Entraré solo. Gracias, Donel.

Cabecea y retrocede. Los pendones crujen sobre las cabezas de la ansiosa multitud. Me vuelvo hacia la tumba. La entrada está cerrada con un mecanismo de identificación de manos. Sólo tengo que tocarlo.

En los últimos instantes me he sumido en una fantasía que me salvará de la creciente tristeza interior y de los hechos externos que he desencadenado: Siri no está muerta. En las etapas finales de su enfermedad reunió a los médicos y los escasos técnicos de la colonia para que reconstruyeran una de las antiguas

cámaras de hibernación usadas en la nave seminal hace dos siglos. Siri sólo está durmiendo. Más aún, ese sueño de un año le ha devuelto la juventud. Cuando la despierte, será la Siri de nuestros primeros tiempos. Saldremos caminando a la luz del sol y cuando se abran las puertas del teleyector seremos los primeros en pasar.

—¿Padre?

—Sí.

Avanzo y apoyo la mano en la puerta de la cripta. Susurran motores eléctricos y la blanca losa de piedra se desliza hacia atrás. Inclino la cabeza y entro en la tumba de Siri.

—¡Demonios, Merin, asegura esa soga antes de que te arroje por la borda! ¡Date prisa!

Me apresuré. La soga húmeda era difícil de enrollar y más difícil de amarrar. Siri meneó la cabeza y se inclinó para sujetar un nudo de bolina con una mano.

Era nuestro Sexto Encuentro. Yo había llegado con tres meses de retraso para su cumpleaños, pero más de cinco mil personas habían asistido a la celebración. El FEM de la Entidad Suma le había deseado buena suerte en un discurso de cuarenta minutos. Un

poeta leyó sus más recientes añadidos a los sonetos del Ciclo de Amor. El embajador de la Hegemonía obsequió a Siri con un pergamino y una nave nueva, un pequeño sumergible impulsado por las primeras células de fusión permitidas en Alianza-Maui.

Siri tenía dieciocho naves más. Doce pertenecían a la flota de rápidos catamaranes que circulaban entre el Archipiélago errante y las islas fijas. Dos eran bellos yates de carrera que se usaban sólo dos veces al año para ganar los premios Regata del Fundador y Pauta de la Alianza. Las otras embarcaciones eran antiguas barcas

pesqueras, feas y torpes, en buen estado pero poco más que chalanas.

Siri tenía diecinueve naves pero viajábamos en un barco pesquero, el Ginnie Paul. Durante ocho días habíamos pescado en la plataforma de los Bajíos Ecuatoriales; una tripulación de dos, arrojando y recogiendo redes, caminando con el agua hasta las rodillas entre peces malolientes y trilobites crujientes, brincando entre las olas, montando guardia, durmiendo como niños exhaustos durante los breves períodos de descanso. Yo aún no había cumplido veintitrés años. Creía estar acostumbrado a trabajos pesados en la

Los Angeles y solía hacer una hora de ejercicios en la cápsula de 1,3 g cada dos turnos, pero ahora el dolor me atenazaba los brazos y la espalda y tenía ampollas entre los callos de las manos. Siri acababa de cumplir setenta años.

—Merin, ve adelante y recoge el trinquete. Haz lo mismo con el foque y luego baja a encargarte de los bocadillos. Mucha mostaza.

Asentí y fui adelante. Durante un día y medio habíamos jugado al escondite con una tormenta: la dejábamos atrás cuando podíamos, virábamos para recibir el castigo cuando debíamos. Al principio había resultado excitante, un

respiro agradable después de arrojar, recoger y reparar redes. Pero al cabo de las primeras horas, el torrente de adrenalina se vio reemplazado por una náusea constante, fatiga y un cansancio agobiante. El mar no se aplacaba. Las olas alcanzaban seis metros de altura. El Ginnie Paul se zarandeaba como la matrona de anchas vigas que era. Todo estaba mojado. Yo tenía la piel empapada bajo tres capas de ropa impermeable. Para Siri eran unas ansiadas vacaciones.

—Esto no es nada —había comentado durante la más oscura hora de la noche, mientras las olas bañaban

la cubierta y se estrellaban contra el plástico rajado de la cabina—. Tendrías que verlo en la temporada de los simunes.

Las nubes aún colgaban a baja altura y se fundían en ondas grises a lo lejos, pero el mar se había calmado bastante. Unté con mostaza los bocadillos de carne y vertí café en gruesas tazas blancas. Habría sido más fácil no derramar el café en gravedad cero que subiendo la empinada escalerilla con aquel zamarreo. Siri aceptó la taza casi vacía sin comentarios. Guardamos silencio mientras saboreábamos la comida y el calor. Cogí el timón cuando

Siri bajó para llenar nuevamente las tazas. El día gris se transformaba gradualmente en noche.

—Merin —dijo ella tras alcanzarme la taza y sentándose en el largo banco acolchado que rodeaba la cabina—. ¿Qué ocurrirá cuando inauguren el teleyector?

Me sorprendió la pregunta. Casi nunca hablábamos del momento en que Alianza-Maui se uniría a la Hegemonía. Miré a Siri y de pronto comprendí que parecía muy vieja. La cara era un mosaico de arrugas y sombras. Los bellos ojos verdes se habían hundido en pozos de oscuridad y los pómulos eran

filos de cuchillo sobre pergamino quebradizo. El cabello corto y gris se erizaba en mechones húmedos. El cuello y las muñecas parecían tendones nudosos que surgían de un suéter informe.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—¿Qué ocurrirá cuando inauguren el teleyector?

—Ya sabes lo que dice el Consejo, Siri —respondí en voz alta, pues Siri era sorda de un oído—. Iniciará una nueva era de comercio y tecnología para Alianza-Maui. Ya no estaréis limitados a vuestro pequeño mundo. Como ciudadanos, todos tendréis derecho a

usar las puertas del teleyector.

—Sí —replicó Siri con voz fatigada —. He oído todo eso, Merin. ¿Pero qué ocurrirá? ¿Quiénes serán los primeros en llegar?

Me encogí de hombros.

—Más diplomáticos, supongo. Especialistas en contacto cultural. Antropólogos. Etnólogos. Biólogos marinos.

—¿Y luego?

Hice una pausa. Oscurecía. El mar estaba más calmado. Nuestras luces rojas y verdes de navegación brillaban en la noche. Experimenté la misma angustia que había conocido dos días

antes, cuando la muralla de la tormenta apareció en el horizonte.

—Luego vendrán los misioneros. Los geólogos petroleros. Los especialistas en cultivos marinos. Los expertos en propiedades.

Siri sorbió el café.

—Creí que vuestra Hegemonía había superado la economía petrolera.

Me reí y trabé el timón.

—Nadie supera una economía basada en petróleo. No mientras exista el petróleo. No lo quemamos, si a eso te refieres. Pero sigue siendo esencial para la producción de plásticos, productos sintéticos, bases alimentarias y

queroides. Doscientos mil millones de personas usan mucho plástico.

—¿Alianza-Maui tiene petróleo?

—Sí —contesté, ya sin reírme—. Hay una reserva de miles de millones de barriles en los Bajíos Ecuatoriales.

—¿Cómo lo extraerán, Merin? ¿Plataformas?

—Sí. Plataformas. Sumergibles. Colonias submarinas con obreros especiales traídos de Mare Infinitus.

—¿Y las islas móviles? —inquirió Siri—. Deben regresar cada año a los bajíos para alimentarse de la algazul y reproducirse. ¿Qué será de las islas?

Me encogí de hombros otra vez.

Había bebido demasiado café y sentía un sabor amargo en la boca.

—No lo sé. No han dicho gran cosa a los tripulantes. Pero en nuestro primer viaje, Mike oyó que planeaban construir viviendas en la mayor cantidad de islas, y que algunas serán protegidas.

—¿Construir? —La voz de Siri demostró sorpresa por primera vez—. ¿Cómo pueden construir en las islas? Incluso las Primeras Familias deben pedir autorización a las Gentes del Mar para edificar nuestras casas arbóreas.

Sonreí cuando Siri usó la designación local para aludir a los delfines. Los habitantes de Alianza-

Maui eran como niños cuando se trataba de esos malditos cetáceos.

—Los planes están preparados —expliqué—. Hay 128.573 islas móviles con tamaño suficiente para construir viviendas. Hace tiempo que ésas están contratadas. Supongo que las islas más pequeñas se desperdigarán. En las islas fijas se construirán edificios de recreo.

—Recreo —repitió Siri—. ¿Cuántas personas de la Hegemonía usarán el teleyector para venir aquí a... recrearse?

—¿Al principio? —pregunté—. Sólo unos miles al año. Mientras la única puerta esté en el centro comercial en la isla 241, el turismo será limitado.

Quizá cincuenta mil el segundo año, cuando Primersitio tenga su puerta. Será un viaje de lujo. Siempre lo es cuando una colonia entra en la Red.

—¿Y después?

—¿Después de la prueba de cinco años? Habrá miles de puertas, desde luego. Supongo que llegarán veinte o treinta millones de nuevos residentes durante el primer año de ciudadanía plena.

—Veinte o treinta millones —murmuró Siri. La luz de la brújula le iluminaba la cara arrugada. Aún se apreciaba cierta belleza allí. Pero no había cólera ni alarma. Yo esperaba

ambas cosas.

—Pero vosotros también seréis ciudadanos —la consolé—. Libres para visitar cualquier parte de la Red de Mundos. Habrá dieciséis mundos nuevos para escoger. Probablemente más para entonces.

—Sí —suspiró Siri mientras dejaba la taza vacía. Una lluvia fina goteaba en el vidrio que nos rodeaba. La tosca pantalla de radar empotrada en el marco tallado a mano mostraba mares vacíos. La tormenta se alejaba—. ¿Es cierto, Merin, que la gente de la Hegemonía tiene hogares en una docena de mundos? ¿Casas con ventanas que dan a una

docena de cielos?

—Claro. Pero no mucha gente. Sólo los ricos pueden permitirse residencias multimundo.

Siri sonrió y me apoyó la mano en la rodilla. El dorso de esa mano tenía manchas y venas azules.

—Pero tú eres muy rico, ¿verdad, viajero de las estrellas?

Aparté los ojos.

—No, aún no.

—Ah, pero pronto, Merin, pronto. ¿Cuánto tiempo, amor? Menos de dos semanas aquí, el viaje de regreso a tu Hegemonía. Cinco meses más de tu tiempo para traer los últimos

componentes, unas semanas para terminar, y luego volverás a casa con una fortuna. Caminarás para cruzar doscientos vacíos años luz. Qué extraña idea... ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo es eso? Menos de un año estándar.

—Diez meses. Trescientos seis días estándar. Trescientos catorce de los vuestros. Novecientos dieciocho turnos.

—Entonces terminará tu exilio.

—Sí.

—Tendrás veinticuatro años y serás muy rico.

—Sí.

—Estoy cansada, Merin. Quiero dormir.

Programé el timón, conecté la alarma para colisiones y bajé. El viento arreciaba y la vieja barca se mecía en el oleaje. Nos desnudamos bajo la luz opaca de la oscilante lámpara. Fui el primero en acostarme en la litera. Era la primera vez que Siri y yo dormíamos juntos en esa ocasión. Recordando nuestro último Encuentro y su timidez en la villa, esperé a que bajara la luz. En cambio permaneció un rato desnuda en el aire frío, los brazos flacos a los costados.

El tiempo había pasado por Siri, pero no había causado estragos. La gravedad había realizado su inevitable

trabajo en los pechos y las nalgas, pero ella estaba mucho más delgada. Miré el perfil delgado de las costillas y el esternón y recordé a la muchacha de dieciséis años, de piel tibia y aterciopelada. A la fría luz de la lámpara contemplé las carnes flojas de Siri y recordé el claro de luna en sus pechos nacientes. Pero, inexplicablemente, era la misma Siri quien estaba ahora ante mí.

—Muévete, Merin.

Se acostó junto a mí. Las sábanas eran frescas, la tosca manta acogedora. Apagué la luz. La nave se mecía al ritmo de la respiración del mar. Oí el crujido

de los mástiles y aparejos. Por la mañana tendríamos que arrojar, recoger y remendar, pero ahora era hora de descansar. Me adormilé acunado por el ruido de las olas contra la madera.

—¿Merin?

—Sí.

—¿Qué pasaría si los separatistas atacaran a los turistas de la Hegemonía, a los nuevos residentes?

—Creía que habían enviado los separatistas a las islas.

—En efecto. Pero ¿qué ocurriría si se resistieran?

—La Hegemonía enviaría tropas FUERZA que darían un escarmiento

ejemplar a los separatistas.

—¿Y si atacaran el teleyector..., si lo destruyeran antes de que pudiera funcionar?

—Imposible.

—Sí, lo sé. ¿Pero qué sucedería?

—La *Los Angeles* regresaría nueve meses después con tropas de la Hegemonía que darían escarmiento ejemplar a los separatistas y a todos los de Alianza-Maui que se interpusieran.

—Nueve meses de a bordo —comentó Siri—. Once años de nuestro tiempo.

—Pero inevitable de un modo u otro. Hablemos de otra cosa.

—De acuerdo —aceptó Siri, pero no hablamos. Escuché los crujidos y suspiros del barco. Siri se había acomodado en el hueco de mi brazo. Me apoyaba la cabeza en el hombro y su respiración era tan honda y profunda que creí que estaba dormida. Yo estaba a punto de dormirme cuando su mano tibia me acarició la entrepierna. Me sorprendí aún mientras se me endurecía el sexo. Siri susurró la respuesta a mi tácita pregunta—: No, Merin, nunca se es demasiado vieja. Siempre deseas la tibieza y la cercanía. Tú decides, mi amor. Yo seré feliz de todos modos.

Decidí. Hacia el amanecer nos

dormimos.

La tumba está vacía.

—¡Donel, ven aquí!

Donel entra deprisa, y la túnica susurra en la oquedad. La tumba está vacía. No hay cámara de hibernación —en realidad no esperaba que la hubiese— pero tampoco hay sarcófago ni ataúd. Una lámpara brillante alumbra el interior blanco.

—¿Qué diablos es esto, Donel? Creí que era la tumba de Siri.

—Lo es, padre.

—¿Dónde está sepultada? ¿Bajo el

suelo?

Donel se enjuga la frente. Recuerdo que estoy hablando de su madre. También recuerdo que él ha tenido casi dos años para acostumbrarse a su muerte.

—¿Nadie te lo ha contado? —pregunta.

—¿Contarme qué? —la cólera y la confusión se aplacan—. Me trajeron aquí desde la estación de descenso y me dijeron que debía visitar la tumba de Siri antes de la inauguración del teleyector. ¿Qué pasa?

—Mamá fue incinerada, de acuerdo con sus deseos. Sus cenizas se

esparcieron en el gran Mar del Sur desde la plataforma más alta de la isla familiar.

—¿Entonces para qué esta... cripta? —cuido mis palabras. Donel es sensible.

Se enjuga la frente de nuevo y mira el suelo. La multitud no puede vernos pero estamos muy atrasados. Los demás miembros del Consejo ya han tenido que correr colina abajo para reunirse con los dignatarios en el palco. Mi pesadumbre de este día no sólo ha sido inoportuna, sino que ha estropeado la representación.

—Mamá dejó instrucciones. Se

llevaron a cabo —toca un panel de la pared interior. El panel se desliza y descubre un pequeño nicho con una caja metálica. La caja lleva mi nombre.

—¿Qué es eso?

Donel sacude la cabeza.

—Artículos personales que te dejó mamá. Sólo Magritte conocía los detalles, y ella murió el invierno pasado sin desvelar el secreto.

—De acuerdo. Gracias. Saldré enseguida.

Donel mira su cronómetro.

—La ceremonia comienza dentro de ocho minutos. Dentro de veinte activarán el teleyector.

—Lo sé —digo. Vaya si lo sé. Parte de mí sabe exactamente cuánto tiempo queda—. Saldré enseguida.

Donel titubea y se marcha. Cierro la puerta con un toque de la mano. La caja de metal es asombrosamente pesada. La apoyo en el suelo de piedra y me acuclillo al lado. Un identificador de manos más pequeño me da acceso. La tapa se abre y atisbo el interior.

—Demonios —murmuro. No sé qué esperaba, tal vez objetos, recuerdos nostálgicos de los ciento tres días que pasamos juntos, una flor aplastada o la caracola que encontramos en Fevarone. Pero no hay tales recordatorios.

La caja contiene un pequeño láser manual Steiner-Ginn, una de las armas de proyección más potentes jamás construidas. El acumulador está unido por un cable a una pequeña célula de fusión que Siri debió de sacar del sumergible nuevo. A la célula de fusión también está conectado un comlog, una antigualla con un interior de estado sólido y un panel de cristal líquido. El indicador de carga emite un fulgor verde.

Hay dos objetos más en la caja. Uno es el medallón traductor que usamos tanto tiempo atrás. El último objeto me deja boquiabierto.

—Diablos, pequeña zorra —exclamo. Ahora lo comprendo todo. No puedo reprimir una sonrisa—. Artera y querida zorra.

Allí, pulcramente enrollada, con el cable correctamente enchufado, se encuentra la alfombra voladora que Mike Osho compró en el mercado de Carvnel por treinta marcos. Dejo la alfombra, desconecto el comlog y lo saco. Me siento con las piernas cruzadas en la fría piedra y toco el panel. La luz de la cripta se apaga y de pronto aparece Siri.

No me echaron de la nave cuando Mike murió. Pudieron hacerlo pero no

fue así. No me dejaron a merced de la provinciana justicia de Alianza-Maui. Pudieron hacerlo pero no fue así. Me retuvieron dos días en Seguridad y me interrogaron. En una ocasión fue el propio capitán Singh quien formuló las preguntas. Luego me reintegraron al servicio activo. Durante los cuatro meses del largo salto de regreso me atormenté pensando en el asesinato de Mike. Sabía que mi torpeza había contribuido a su muerte. Trabajaba mis turnos, soñaba mis sudorosas pesadillas y me preguntaba si me darían la baja al regresar a la Red. Pudieron hacerlo pero no fue así.

No me echaron. Tendría mi permiso normal en la Red pero no disfrutaría de descansos mientras estuviera en el sistema de Alianza-Maui. Además, hubo una amonestación escrita y una degradación temporal.

Tomé mi permiso de tres semanas con el resto de la dotación, pero, al contrario de los demás, no pensaba regresar. Me teleyecté a Esperance y cometí el clásico error del viajero estelar: visitar a la familia. Dos días en el atestado bulbo residencial bastaron. Salté a Lusus y durante tres días me dediqué a putañear en la *Rue des Chats*. Cuando se me ensombreció el ánimo,

salté a Fuji y perdí la mayor parte de mis marcos apostando en las sangrientas peleas de samurais.

Al fin salté a Estación Sistema Originario y abordé el transbordador para una peregrinación de dos días a la Cuenca de Helias. Nunca había estado en el Sistema Originario ni en Marte y no pretendo regresar nunca, pero los diez días que pasé allí, a solas y vagando por los pasillos polvorientos del Monasterio, me permitieron regresar a la nave. Regresar a Siri.

En ocasiones abandonaba el laberinto de piedra roja del megalito y, vestido sólo con traje dérmico y

máscara, salía a uno de los miles de balcones de piedra para contemplar el cielo y el pálido astro gris que había sido Vieja Tierra. A veces pensaba en los valientes y estúpidos idealistas que se habían lanzado hacia la gran oscuridad en sus lentas y maltrechas naves, llevando embriones e ideologías con la misma fe y fervor. Pero en general trataba de no pensar. Casi siempre, en la noche roja, me limitaba a dejar que Siri viniera a mí. En la Roca del Maestro, donde el *satori* perfecto había eludido a tantos peregrinos más dignos, lo alcancé mediante el recuerdo del cuerpo de una muchacha de dieciséis

años tendida junto a mí mientras el claro de luna se reflejaba en las alas de un halcón.

Cuando la *Los Angeles* efectuó otro salto cuántico, yo iba a bordo. Cuatro meses después me conformé con realizar mi turno con la dotación de obreros, enchufarme en mis simuladores habituales y pasar el permiso durmiendo. Hasta que Singh fue a verme.

—Vas a descender —anunció. Yo no comprendí—. En los últimos once meses los nativos han transformado tu error con Osho en una maldita leyenda. Han creado todo un mito cultural acerca de tus retozos con esa muchacha colonial.

—Siri —murmuré.

—Coge tu equipo —ordenó Singh—. Pasarás tres semanas en tierra. Los expertos del embajador aseguran que serás más beneficioso para la Hegemonía allá abajo que aquí arriba. Veremos.

El mundo esperaba. Las multitudes vitoreaban. Siri agitaba las manos. Partimos de la bahía en un catamarán y navegamos hacia el sud-sudeste, con destino al Archipiélago y la isla de su familia.

—Hola, Merin —Siri flota en la

oscuridad de su tumba. El holo no es perfecto; una bruma rodea los bordes. Pero es Siri, tal como la vi la última vez, el cabello gris tijereteado más que cortado, la cabeza erguida, la cara tallada por las sombras—. Hola, Merin, amor mío.

—Hola, Siri —saludo. La puerta de la tumba está cerrada.

—Lamento no poder compartir nuestro Séptimo Encuentro, Merin. Lo esperaba con ansiedad —Siri hace una pausa y se mira las manos. La imagen fluctúa cuando la atraviesan motas de polvo—. Había pensado muy bien mis palabras. Cómo decirlas. Alegatos,

instrucciones. Pero sé que habría sido inútil. O bien ya lo he dicho y tú has oído, o no queda nada por explicar y el silencio es lo más conveniente.

La edad ha embellecido la voz de Siri. Ahora subyacen en ella una plenitud y una calma que sólo pueden nacer del dolor. Síri mueve las manos, que desaparecen fuera del borde de la proyección.

—Merin, amor mío, qué extraños han sido nuestros días compartidos y nuestras separaciones. Qué bellamente absurdo el mito que nos unía. Mis días eran sólo latidos para ti. Te odiaba por eso. Tú eras un espejo que no mentía.

¡Si te hubieras podido ver la cara al principio de cada Encuentro! Al menos podías haber ocultado tus emociones... Al menos pudiste hacer eso por mí.

»Pero en tu torpe ingenuidad siempre hubo algo, Merin. Hay algo allí que desmiente la crudeza y el desconsiderado egoísmo que te caracteriza. Afecto, tal vez. Un respeto por el afecto, al menos.

»Merin, este diario tiene cientos de anotaciones..., miles, me temo... Lo he llevado desde que tenía trece años. Cuando veas esto, todas estarán borradas excepto las siguientes. Adiós, amor mío. Adiós.

Apago el comlog y guardo silencio un instante. La multitud apenas se oye a través de las gruesas paredes de la tumba. Recobro el aliento y aprieto el panel.

Siri aparece. Tiene casi cincuenta años. Reconozco al instante el día y el lugar en que registró esta imagen. Recuerdo la capa, el pendiente de piedranguila que le cuelga del cuello, el mechón de cabello que se le escapa de la boina y le roza la mejilla. Recuerdo todo sobre ese día. Fue el último día de nuestro Tercer Encuentro y estábamos con amigos en las alturas de Golondrina Sur. Donel tenía diez años y tratábamos

de convencerlo de que patinara por la nieve con nosotros. Él lloriqueaba. Siri se alejó de nosotros aun antes de que aterrizara el deslizador.

Cuando Magritte bajó, la cara de Siri nos indicó que algo había ocurrido.

La misma cara me mira ahora. Se acaricia distraídamente el rebelde mechón de pelo. Los ojos están inflamados pero la voz está calma.

—Merin, hoy han matado a nuestro hijo. Alón tenía veintiún años y lo han matado. Hoy estabas tan confundido, Merin. «¿Cómo pudo ocurrir semejante error?», repetías. No conocías realmente a nuestro hijo pero el dolor se te notaba

en la cara. Merin, no fue un accidente. Si no sobrevive nada más, ningún otro registro, si nunca comprendiste por qué permití que un mito sentimental rigiera mi vida, que se sepa esto: Alón no murió en un accidente. Estaba con los separatistas cuando llegó la policía del Consejo. Incluso entonces pudo haber escapado. Habíamos preparado una coartada. La policía habría creído su historia. Optó por quedarse.

»Hoy, Merin, te impresionaste por mi discurso ante la multitud, esa turba, en la embajada. Debes saber esto, viajero estelar. Cuando dije "Ahora no es momento de mostrar vuestra cólera y

vuestro odio", quise decir precisamente eso. Ni más ni menos. No era el momento. Pero el día llegará. Sin duda llegará. La Alianza no se tomaba a la ligera en esos días finales, Merin. No se la toma a la ligera hoy. Los que han olvidado se sorprenderán cuando llegue el día, pero sin duda llegará.

Hay un cambio de imagen y por una fracción de segundo la cara de una Siri de veintiséis años se superpone a los rasgos de la mujer mayor.

—Merin, estoy embarazada. Qué alegría. Hace cinco semanas que fe fuiste y te echo de menos. Te marcharás diez años. Más que eso Merin, ¿por qué

no me invitaste a ir contigo? No podría haber aceptado, pero me habría encantado que me invitaras. Pero estoy embarazada, Merin. Los médicos dicen que será varón. Le hablaré de ti, amor mío. Tal vez algún día tú y él naveguéis en el Archipiélago y escuchéis las canciones de las Gentes del Mar, como tú y yo lo hemos hecho durante estas últimas semanas. Quizás entonces comprendas. Merin, te echo de menos. Por favor, apresúrate a volver.

La imagen holográfica fluctúa. La muchacha de dieciséis años tiene la cara roja. La larga melena cae sobre los hombros desnudos y la bata blanca.

Habla deprisa, llorando.

—Viajero estelar Merin Aspic, lamento lo de tu amigo, en serio, pero te marchaste sin siquiera despedirte. Tenía planes para que nos ayudaras..., para que tú y yo... Te fuiste sin despedirte. No me importa lo que te ocurra. Espero que vuelvas a las pestilentes y apiñadas colmenas de la Hegemonía y te pudras. Merin Aspic, no quisiera verte de nuevo aunque me pagaran. Hasta nunca.

Me da la espalda antes de que termine la proyección. La tumba está a oscuras pero el audio continúa por un momento. Se oye una risita suave y la voz de Siri —no distingo la edad—

hablar por última vez.

—Adiós, Merin, adiós.

—Adiós —me despido, y apago el panel.

La multitud me abre paso cuando salgo parpadeando de la tumba. Mis inoportunos sentimientos han estropeado el drama del acontecimiento, y mi sonrisa ahora provoca susurros airados. Los altavoces nos transmiten desde lejos la retórica de la ceremonia oficial.

—... *comenzando una nueva era de cooperación* —declama la voz profunda del embajador.

Pongo la caja en la hierba y saco la alfombra voladora. La multitud se

esfuerza para ver mientras desenrollo la alfombra. Los dibujos han perdido el color pero las hebras de vuelo relucen como cobre nuevo. Me siento en medio de la estera y coloco la pesada caja detrás de mí.

—... *y seguirán más, hasta que el espacio y el tiempo dejen de ser obstáculos*.

Cuando toco el diseño de vuelo y la estera se eleva cuatro metros en el aire, la multitud retrocede. Ahora veo más allá del techo de la tumba. Las islas regresan para formar el Archipiélago Ecuatorial. Cientos de ellas impulsadas desde el hambriento sur por vientos

suaves.

—De modo que con gran placer cierro este circuito y te doy la bienvenida, colonia de Alianza-Maui, a la comunidad de la Hegemonía del Hombre.

La delgada hebra del láser de comunicación ceremonial envía sus haces al cénit. Suenan aplausos y la orquesta empieza a tocar. Alzo la vista para contemplar el nacimiento de una nueva estrella. Parte de mí sabe al instante lo que acaba de ocurrir.

Por unos microsegundos el teleyector funcionó. Por unos microsegundos el espacio y el tiempo

dejaron de ser obstáculos. Luego la marejada de la singularidad artificial activó la carga de termita que yo había puesto en la esfera de contención externa. La diminuta explosión no se apreció, pero un instante después el expansivo radio de Swarzschild devora la corteza, se traza el frágil dodecaedro de treinta y seis mil toneladas y crece rápidamente para engullir varios miles de kilómetros de espacio. Eso resulta visible —magníficamente visible— cuando una nova en miniatura despide un resplandor blanco en el cielo claro y azul.

La banda deja de tocar. Ya no hay

razón para hacerlo. El teleyector se desploma sobre sí mismo con un estallido de rayos X que no alcanzan a causar daños a través de la generosa atmósfera de Alianza-Maui. Una segunda estría de plasma se hace visible cuando la *Los Angeles* se aleja del pequeño agujero negro. Los vientos arrecian y los mares se encrespan. Esta noche se producirán extrañas mareas.

Quiero decir algo profundo, pero no se me ocurre nada. Además, la multitud no tiene ánimo para escuchar. Me convenzo de que oigo algunas ovaciones en medio de los lamentos e imprecaciones.

Toco los diseños de vuelo y la alfombra voladora se remonta sobre el peñasco y la bahía. Un halcón que remolonea en las corrientes térmicas del mediodía aletea asustado.

—¡Que vengan! —grito al halcón fugitivo—. ¡Que vengan! ¡Tendré treinta y cinco años y no estaré solo! ¡Que vengan si se atreven!

Bajo el puño y me echo a reír. El viento me agita el cabello y me enfría el sudor del pecho y los brazos.

Más tranquilo, miro alrededor y pongo rumbo hacia las islas más lejanas. Ansío encontrar a los demás. Ante todo, ansío hablar con las Gentes del Mar

para anunciarles que ha llegado la hora de que el Tiburón venga al fin a los mares de Alianza-Maui.

Más tarde, cuando se hayan ganado las batallas y el mundo les pertenezca, les hablaré de ella. Les cantaré acerca de Siri.

La cascada de luz de la distante batalla espacial continuaba. No se oía nada excepto el gemido del viento en las montañas. El grupo permanecía unido, escuchando con atención y mirando el

antiguo comlog como si esperase algo más.

No había más. El cónsul extrajo el microdisco y se lo guardó en el bolsillo.

Sol Weintraub acarició la espalda de la niña dormida.

—Usted no será Merin Aspic, ¿verdad? —preguntó al cónsul.

—No —replicó el cónsul—. Merin Aspic murió durante la Rebelión. La Rebelión de Siri.

—¿Cómo llegó esa grabación a sus manos? —preguntó el padre Hoyt. A pesar de la máscara de dolor del sacerdote, era evidente que estaba emocionado—. Esta increíble

grabación...

—Él me la dio —explicó el cónsul—. Semanas antes de morir en la Batalla del Archipiélago —el cónsul miró al desconcertado grupo—. Yo soy nieto de Siri y Merin. Mi padre, el Donel a quien Aspic menciona, fue el primer Consejero Interno cuando Alianza-Maui fue admitido en el Protectorado. Luego lo eligieron senador y continuó en funciones hasta su muerte. Yo tenía nueve años ese día de la colina, cerca de la tumba de Siri. Tenía veinte, edad suficiente para luchar junto a los rebeldes, cuando Aspic vino a nuestra isla, de noche, me llevó aparte y me

prohibió que me uniera a ellos.

—¿Usted habría luchado? —preguntó Brawne Lamia.

—Habría luchado y muerto. Como un tercio de nuestros hombres y un quinto de nuestras mujeres. Como todos los delfines y muchas de las islas, aunque la Hegemonía procuró mantener la mayor cantidad intacta.

—Es un documento conmovedor —comentó Sol Weintraub—. Pero, ¿por qué está usted aquí? ¿Por qué la peregrinación al Alcaudón?

—No he terminado —anunció el cónsul—. Escuchen.

Mi padre era tan débil como fuerte había sido mi abuela. La Hegemonía no esperó once años locales para regresar. Las naves-antorcha FUERZA ya estaban en órbita antes de que hubieran transcurrido cinco años. Mi padre se cruzó de brazos mientras destruían las improvisadas naves rebeldes. Siguió defendiendo a la Hegemonía mientras ésta sitiaba nuestro mundo. Cuando yo tenía quince años, presencié con mi familia, desde la cubierta superior de nuestra isla ancestral, una docena de islas ardiendo en la distancia mientras los deslizadores de la Hegemonía

incendiaban el mar con sus cargas de profundidad. Por la mañana, cadáveres de delfines agrisaban las olas.

Mi hermana mayor, Lira, fue a luchar con los rebeldes en esos días desesperados, después de la Batalla del Archipiélago. Hubo testigos que la vieron morir. Su cuerpo no se encontró. Mi padre nunca volvió a mencionarla.

Tres años después del cese del fuego y el ingreso en el Protectorado, los colonos originales éramos una minoría en nuestro propio mundo. Las islas fueron domesticadas y vendidas a los turistas, tal como Merin había predicho a Siri. Primersitio es ahora

una ciudad de once millones de habitantes, con condominios, torres y ciudades EM que proliferan por la isla a lo largo de la costa. La bahía de Prímersitio es un bazar pintoresco donde los descendientes de las Primeras Familias venden objetos de arte y artesanía a precios exorbitantes.

Cuando eligieron senador a mi padre vivimos en centro Tau Ceti durante un tiempo, y allí terminé mi educación. Yo era un hijo obediente que exaltaba las virtudes de la vida en la Red, estudiaba la gloriosa historía de la Hegemonía del Hombre y me preparaba para hacer carrera en el

cuerpo diplomático.

Entre tanto esperaba.

Regresé a Alianza-Maui poco después de licenciarme y trabajé en las oficinas de la Isla de la Administración Central. Parte de mi trabajo consistía en visitar los cientos de plataformas de perforación de los bajíos, presentar informes acerca de los complejos submarinos y actuar como enlace con las empresas constructoras que iban desde TC^2 *y Sol Draconi Septem. No me gustaba mi trabajo, pero eso no alteraba mi disposición para trabajar. Sonreía y esperaba.*

Cortejé y desposé a una muchacha

de una de las Primeras Familias, del linaje de Bertol, primo de Sin, y tras recibir óptimas calificaciones en los exámenes del cuerpo diplomático pedí un puesto fuera de la Red.

Así comenzó una Diáspora personal para Gresha y para mí. Yo era eficiente, un diplomático nato. Después de los cinco años estándar llegué a vicecónsul; a los ocho, a cónsul. Mientras permaneciera en el Afuera, no ascendería más.

Así lo deseaba. Trabajaba para la Hegemonía. Y esperaba.

Al principio mi papel consistía en brindar a la Red medios para ayudar a

los colonos a hacer lo que mejor saben: destruir la vida aborigen. No es casual que en seis siglos de expansión interestelar la Hegemonía no haya encontrado especies consideradas inteligentes según el índice Drake-Turíng-Chen. En Vieja Tierra se acepta que toda especie que incluya a la humanidad en el menú de su cadena alimenticia quedará extinguida al poco tiempo. Al expandirse la Red, si alguna especie intentaba competir en serio con el intelecto humano, desaparecería antes de que se inaugurara el primer teleyector en el sistema en que habitaba.

En Remolino cazamos a los elusivos zeplen mediante sus torres de nubes. Quizá no fueran inteligentes según las pautas humanas o del Núcleo, pero eran hermosos. Cuando morían, ondeando en colores irisados, irradiando invisibles mensajes policromos, sin ser oídos por sus compañeros en fuga, la belleza de la agonía era indescriptible. Vendimos sus pieles fotorreceptivas a empresas de la Red, su carne a mundos como Puertas del Cielo, y molimos sus huesos para venderlos como afrodisíacos a los impotentes y supersticiosos de una veintena de

mundos coloniales.

En Jardín trabajé como asesor de los ingenieros de arcología que drenaron Gran Marjal y pusieron fin al breve reinado de los centauros de pantano que dominaban la zona, amenazando los avances de la Hegemonía. Hacia el final intentaron emigrar, pero las Comarcas del Norte eran demasiado secas para ellos. Cuando visité la región décadas después, estando Jardín ya en la Red, los restos disecados de los centauros aún salpicaban las distantes comarcas, como hollejos de plantas exóticas de una era más colorida.

Llegué a Hebrón cuando los colonos judíos terminaban su larga rencilla con los seneschai aluit, criaturas tan frágiles como la ecología sin agua de aquel mundo. Los aluit eran empáticos: nuestro temor y nuestra codicia los mataron, además de nuestra infranqueable extrañeza. Pero en Hebrón no fue la muerte de los aluit lo que me endureció el corazón, sino el modo en que perjudiqué a los colonos.

En Vieja Tierra había una palabra para describirme: quintacolumnista. Aunque Hebrón no era mi mundo, los colonos que habían huido allí tenían razones tan claras como las de esos

antepasados míos que firmaron la Alianza de la Vida en la isla de Maui, Vieja Tierra. Pero yo esperaba. En mi espera actuaba... en todos los sentidos de la palabra.

Los de Hebrón confiaron en mí. Llegaron a creer en mis francas revelaciones acerca de las ventajas de unirse de nuevo a la comunidad humana, de unirse a la Red. Insistieron en dejar sólo una ciudad abierta a los extranjeros. Yo sonreí y acepté. Hoy Nueva jerusalén alberga sesenta millones de personas, mientras que el resto del continente alberga apenas a diez millones de aborígenes judíos, que

incluso dependen de la ciudad de la Red para la mayoría de sus necesidades. Otra década. Quizá menos.

Se me quebró el ánimo cuando Hebrón ingresó en la Red. Descubrí el alcohol, la bendita antítesis del Flashback y las conexiones cerebrales. Gresha se quedó conmigo en el hospital de allí hasta que me recobré. Curiosamente, a pesar de tratarse de un mundo judío, la clínica era católica. Recuerdo el susurro de las sotanas en los pasillos, de noche.

Mi colapso había sido discreto y distante. No perjudicó mi carrera.

Como cónsul pleno, llevé a mi esposa e hijo a Bressia.

Allí afrontábamos una situación de delicado equilibrio que rayaba en lo bizantino. Durante décadas, coronel Kassad, fuerzas del TecnoNúcleo habían hostigado a los enjambres éxter dondequiera que huyeran. Los poderosos del Senado y el Consejo Asesor IA resolvieron que se debía poner a prueba el poderío éxter en el Afuera. Se escogió Bressia.

Admito que los bressianos habían sido nuestros sustitutos durante décadas antes de que yo llegara. Era una sociedad arcaica y ridiculamente

prusiana, militarista al máximo, arrogante en sus pretensiones económicas, xenófoba al extremo de prestarse alegremente a eliminar la «amenaza éxter». Al principio, unas pocas naves-antorcha alquiladas para que llegaran a los enjambres. Armas de plasma. Sondas de impacto con virus especiales.

Por un ligero error de cálculo yo aún estaba en Bressia cuando llegaron las hordas éxter. Unos meses de diferencia. Un equipo de análisis político-militar tendría que haber estado en mi lugar.

No importaba. Se cumplieron los

propósitos de la Hegemonía. La resolución y la capacidad de despliegue rápido de FUERZA se pusieron a prueba sin que los intereses de la Hegemonía sufrieran ningún inconveniente. Gresha murió, desde luego. En el prímer bombardeo. También Alón, mi hijo de diez años. Había estado conmigo y había sobrevivido a la guerra. Murió cuando un idiota de FUERZA activó una trampa caza-bobos o una carga de demolición demasiado cerca de la barraca de refugiados de Buckminster, la capital.

Yo no estaba con él cuando murió.

Después de Bressia me ascendieron. Me asignaron la tarea más difícil y delicada jamás delegada en un simple cónsul: diplomático a cargo de las negociaciones directas con los éxters.

Prímero me teleyectaron a Centro Tau Ceti para largas conferencias con el comité de la senadora Gladstone y algunos miembros del Consejo IA. Hablé con Gladstone en persona. El plan era complejo. Se trataba de provocar un ataque éxter, y la clave de esa provocación era el mundo de Hyperion.

Los éxters observaban Hyperion desde antes de la Batalla de Bressia.

Nuestros informes de espionaje sugerían que estaban obsesionados con las Tumbas de Tiempo y el Alcaudón. Su ataque contra la nave hospital de la Hegemonía que trasladaba al coronel Kassad, entre otros, obedeció a un error de cálculo; su nave insignia se asustó cuando la nave hospital fue erróneamente identificada como una gironave militar. Pero aún desde el punto de vista éxter, cuando el capitán envió las naves de descenso cerca de las Tumbas reveló con ello su aptitud para desafiar las mareas de tiempo. Cuando al fin el Alcaudón diezmó a sus equipos comando, el capitán de la

nave-antorcha regresó al Enjambre para ser ejecutado.

Sin embargo, nuestros informes sugerían que el error éxter no había representado un desastre total. Se habían obtenido datos valiosos acerca del Alcaudón. Además, la obsesión éxter con Hyperion se había profundizado.

Gladstone me explicó que la Hegemonía pretendía capitalizar esa obsesión.

La esencia del plan era provocar a los éxters para que atacaran la Hegemonía. El foco del ataque sería Hyperion. Me dieron a entender que la

batalla resultante se relacionaba más con la política interna de la Red que con los éxters. Ciertos elementos del TecnoNúcleo se habían opuesto durante siglos a que Hyperion ingresara en la Hegemonía. Gladstone explicó que esta situación ya no convenía a la humanidad y que una anexión forzosa de Hyperion —con el pretexto de defender la Red misma— permitiría que las coaliciones IA más progresistas del Núcleo ganaran poder. Este cambio en el equilibrio de poder dentro del Núcleo beneficiaría al Senado y la Red de maneras que no se me detallaron. Los éxters serían erradicados para

siempre como amenaza potencial. Se iniciaría una nueva era de gloria para la Hegemonía.

Gladstone me explicó que yo no tenía por qué aceptar. La misión estaba plagada de peligros, tanto para mi carrera como para mi vida. A pesar de todo, acepté.

La Hegemonía me brindó una nave espacial privada. Solicité una sola modificación: el añadido de un antiguo piano Steinway.

Durante meses viajé solo bajo el impulso Hawking. Durante más meses recorrí regiones adonde migraban regularmente los enjambres éxter. Al

final detectaron mi nave y la capturaron. Aceptaron que yo era un mensajero, aunque conocían mi condición de espía. Deliberaron para decidir si debían matarme y resolvieron que no. Deliberaron para decidir si debían negociar conmigo y resolvieron que sí.

No intentaré describir la belleza de la vida en un enjambre: las ciudades globulares de gravedad cero, las granjas en cometas, los cúmulos de impulso, los bosques microorbitales, los ríos migratorios, los diez mil colores y texturas de la vida en la Semana del Contacto. Creo que los

éxters han conseguido algo que la humanidad de la Red no ha logrado en los últimos milenios: han evolucionado. Mientras nosotros vivimos en nuestras culturas derivativas, pálidos reflejos de la vida de Vieja Tierra, los éxters han explorado nuevas dimensiones de la estética, la ética, las biociencias, las artes y todos los campos que deben cambiar y crecer para reflejar el desarrollo del alma humana.

Los llamamos bárbaros y nos aferramos tímidamente a nuestra Red, como visigodos agazapándose en las ruinas de la disipada gloria de Roma...

y nos consideramos civilizados.

En diez meses estándar les conté mi mayor secreto y ellos me revelaron el suyo. Expliqué con todo detalle que la gente de Gladstone pretendía exterminarlos. Les descubrí que los científicos de la Red no comprendían las anomalías de las Tumbas de Tiempo, y el inexplicable temor del TecnoNúcleo ante Hyperion. Señalé que Hyperion sería una trampa si intentaban ocuparlo, que hasta el último elemento FUERZA sería trasladado al Sistema de Hyperion para aplastarlos. Revelé todo lo que sabía y de nuevo esperé la muerte.

En vez de matarme, me contaron una cosa. Me mostraron interferencias de ultralínea, grabaciones en haz cerrado, y sus propios registros de la fecha en que habían huido del Sistema de Vieja Tierra, cuatro siglos y medio antes. Los hechos eran terribles en su sencillez.

El Gran Error del 38 no fue tal. La muerte de Vieja Tierra obedeció a un plan de ciertos elementos del TecnoNúcleo y sus aliados humanos en el creciente gobierno de la Hegemonía. La Hégira se organizó detalladamente décadas antes de que ese agujero negro descontrolado se hundiera «por

accidente» en el corazón de Vieja Tierra.

La Red de Mundos, la Entidad Suma, la Hegemonía del Hombre, se originaban en el más pérfido parricidio. Ahora se mantenían mediante una discreta y deliberada política de fratricidio: el exterminio de toda especie que mostrara el menor potencial para la competencia. Y los éxters, la única otra tribu humana libre para vagabundear entre los astros y el único grupo no dominado por el TecnoNúcleo, era el siguiente paso en la lista de extinción.

Regresé a la Red. Habían

transcurrido más de treinta años de tiempo de la Red; Meina Gladstone era FEM. La Rebelión de Siri se había convertido en una leyenda romántica, una nota a pie de página en la historia de la Hegemonía.

Vi a Gladstone. Le referí muchas de las cosas que me habían revelado los éxters, pero no todas. Le conté que sabían que cualquier batalla por Hyperion sería una trampa, pero que irían de todos modos. Le conté que los éxters querían que yo fuera cónsul de Hyperion para usarme como agente doble cuando estallara la guerra.

Lo que silencié es que habían

prometido darme un artefacto que abriría las Tumbas de Tiempo y liberaría al Alcaudón.

La FEM Gladstone entabló largas charlas conmigo. Los agentes de inteligencia FUERZA mantuvieron conversaciones aún más largas; algunas duraron meses. Se usaron tecnologías y drogas para confirmar que yo decía la verdad y no retenía nada. Los éxters también eran expertos en tecnologías y drogas. Yo decía la verdad, pero retenía algo.

Por último me asignaron a

Hyperion. Gladstone ofreció incluir al mundo en el Protectorado, y a mí me brindó una embajada. Decliné ambas ofertas, aunque pregunté si podía conservar mi nave privada. Viajé en una gironave regular y mi propia nave llegó semanas después en el vientre de una nave-antorcha que nos visitaba. La dejaron en una órbita de aparcamiento, con el entendimiento de que yo la llamaría y me marcharía cuando deseara.

Solo en Hyperion, esperé. Transcurrieron años. Permití que mi ayudante gobernara ese mundo del Afuera mientras yo bebía en el bar

Cicero y esperaba. Los éxters se pusieron en contacto conmigo por una ultralínea privada y yo tomé tres semanas de permiso, llevé mi nave hasta un lugar aislado cerca del Mar de Hierba, establecí contacto con su nave exploradora cerca de la Nube de Oort, recibí a su agente —una mujer llamada Andil— y a un terceto de técnicos. Descendí al norte de la Cordillera de la Brida, a pocos kilómetros de las Tumbas.

Los éxters no tenían teleyectores. Pasaban la vida en largos viajes entre las estrellas, observando la vida en la Red como si fuera una película o holo a

frenética velocidad. Estaban obsesionados con el tiempo. El TecnoNúcleo había dado el teleyector a la humanidad y continuaba manteniéndolo. Los científicos humanos no lo entendían. Los éxters lo intentaron y fracasaron, pero incluso en sus fracasos entrevieron cómo manipular el espacio/tiempo.

Comprendían las mareas de tiempo, los campos antientrópicos que rodeaban las Tumbas. No sabían generar esos campos, pero podían escudarse de ellos y —teóricamente— destruirlos. Las Tumbas y lo que contenían dejarían de retroceder en el

tiempo. Las Tumbas se «abrirían». El Alcaudón escaparía de su prisión al no estar conectado con las inmediaciones de las Tumbas. Todo lo que hubiera dentro se liberaría.

Los éxters creían que las Tumbas de Tiempo eran artefactos de su propio futuro, y el Alcaudón un arma de redención que aguardaba la mano adecuada para empuñarla. El Culto del Alcaudón veía al monstruo como un ángel vengador; los éxters lo veían como una herramienta de diseño humano, enviada hacia el pasado para liberar a la humanidad del TecnoNúcleo. Andil y los técnicos

estaban allí para calibrar y experimentar.

—¿No lo usaréis ahora? —pregunté. Estábamos a la sombra de la estructura que llaman la Esfinge.

—Ahora no —respondió Andil—. Cuando la invasión sea inminente.

—Pero dijisteis que el artefacto tardaría meses en funcionar, en abrir las Tumbas.

Andil asintió. Tenía ojos de color verde oscuro. Era muy alta y yo distinguía las sutiles franjas del exoesqueleto de potencia de su traje dérmico.

—Tal vez un año o más. El artefacto

causa la desintegración lenta del campo antientrópico, pero cuando se desencadena, el proceso es irreversible. No lo activaremos hasta que los Diez Consejos hayan decidido que la invasión a la Red es necesaria.

—¿Aún hay dudas?

—Debates éticos —explicó Andil. A pocos metros, los tres técnicos cubrían el artefacto con una tela de camuflaje y un campo de contención codificado—. Una guerra interestelar causará millones de muertes, quizá miles de millones. La liberación del Alcaudón tendrá consecuencias imprevisibles. Aunque necesitemos atacar al Núcleo,

se debate cuál es el mejor sistema.

Asentí y miré el artefacto y el valle de las Tumbas.

—Pero una vez que esto esté activado, no habrá retroceso. El Alcaudón quedará libre, y habréis tenido que ganar la guerra para controlarlo.

Andil sonrió ligeramente.

—Es verdad.

Entonces la maté, a ella y a los tres técnicos. Arrojé el láser Steiner-Ginn de la abuela Siri hacia las dunas, me senté en una caja vacía y lloré unos instantes. Luego regresé, usé el comlog de un técnico para entrar en el campo

de contención, quité la tela de camuflaje y activé el aparato.

No se produjeron cambios inmediatos. La misma luz invernal titilaba en el aire. La Tumba de Jade refulgía suavemente y la Esfinge miraba el vacío. El único sonido era la arena al raspar cajas y cadáveres. Sólo un indicador reluciente del aparato éxter demostraba que estaba funcionando, que ya había funcionado.

Regresé despacio a la nave, temiendo o deseando que apareciera el Alcaudón. Me senté en el balcón de mi nave durante más de una hora, mientras las sombras caían sobre el

valle y la arena cubría los cadáveres. No hubo Alcaudón. No hubo árbol de espinas. Al cabo de un rato toqué un preludio de Bach en el Steinway, cerré la nave y me elevé al espacio.

Llamé a la nave éxter y dije que se había producido un accidente. El Alcaudón había liquidado a los demás; el aparato se había activado prematuramente. Incluso en su pánico y confusión, los éxters me ofrecieron refugio. Rechacé la oferta y dirigí mi nave hacia la Red. Los éxters no me persiguieron.

Usé el transmisor ultralínea para ponerme en contacto con Gladstone y

comunicarle que los agentes éxter habían muerto. Le dije que la invasión era muy probable, que la trampa funcionaría según lo previsto. No le hablé del aparato. Gladstone me felicitó y me pidió que regresara. Me negué. Le dije que necesitaba silencio y soledad. Enfilé hacia el mundo del Afuera más cercano al sistema de Hyperion, consciente de que el viaje consumiría tiempo mientras se iniciaba el acto siguiente.

Cuando llegó la llamada ultralínea de Gladstone para la peregrinación, comprendí el papel que los éxters me habían destinado en estos días finales;

los éxters, o el Núcleo, o Gladstone y sus maquinaciones. Ya no importa quiénes se consideren amos de los acontecimientos. Los acontecimientos ya no obedecen a sus amos.

El mundo tal como lo conocemos llega a su fin, amigos míos, no importa lo que ocurra con nosotros. En cuanto a mí, no tengo ninguna solicitud para el Alcaudón. No traigo palabras finales para el Alcaudón ni para el universo. He regresado porque debo hacerlo, porque es mi destino. Supe lo que debía hacer desde que era niño, cuando regresaba solo a la tumba de Siri y juraba venganza contra la Hegemonía.

Supe qué precio debía pagar, en la vida y en la historia.

Pero cuando llegue el momento de juzgar, de comprender una traición que se propagará como una llamarada por la Red, que terminará con mundos, pido que no piensen ustedes en mí. Mi nombre ni siquiera estaba escrito en el agua, como dijo esa alma poética perdida.

Piensen en Vieja Tierra, que murió sin razón, piensen en los delfines, en su carne gris secándose y pudriéndose al sol. Vean las islas móviles sin lugar adonde ir, sus terrenos de alimentación destruidos, los Bajíos Ecuatoriales

plagados de plataformas de perforación, las islas mismas agobiadas por gritos, atestadas de turistas que apestan a loción ultravioleta y cannabis.

Mejor aún, no piensen en nada de eso. Imagínense en mi lugar después de activar la palanca: un asesino, un traidor, pero aun así orgulloso, los pies plantados sobre las ondulantes arenas de Hyperion, la cabeza erguida, el puño alzado al cielo, gritando: «¡Una peste sobre vuestras casas!»

Pues, verán ustedes, recuerdo el sueño de mi abuela. Recuerdo el modo en que pudo haber sido.

Recuerdo a Siri.

—¿Es usted el espía? —preguntó el padre Hoyt—. ¿El espía éxter?

El cónsul se frotó las mejillas y calló. Parecía agotado.

—Sí —intervino Martin Silenus—. La FEM Gladstone me advirtió cuando me escogieron para la peregrinación. Dijo que había un espía.

—Nos lo dijo a todos —señaló Brawne Lamia. Miró al cónsul con ojos tristes.

—Nuestro amigo es un espía —declaró Sol Weintraub—, pero no sólo

un espía éxter —la niña se había despertado. Weintraub la alzó para calmarle el llanto—. Es lo que en las novelas de espionaje llaman un agente doble, en este caso un agente triple, un agente hasta el infinito. En realidad, un agente de la represalia.

El cónsul miró al viejo profesor.

—Aun así es un espía —sentenció Silenus—. Los espías son ejecutados, ¿verdad?

El coronel Kassad tenía la vara de muerte en la mano. No apuntaba a nadie.

—¿Está usted en contacto con la nave? —preguntó al cónsul.

—Sí.

—¿Cómo?

—Mediante el comlog de Siri. Fue modificado.

Kassad asintió.

—¿Ha estado en contacto con los éxters mediante el transmisor ultralínea de la nave?

—Sí.

—¿Ha enviado informes sobre la peregrinación, tal como ellos esperaban?

—Sí.

—¿Han respondido?

—No.

—¿Por qué deberíamos creerle? —protestó el poeta. Es un maldito espía.

—Cállese —ordenó el coronel Kassad sin dejar de mirar al cónsul—. ¿Usted atacó a Het Masteen?

—No —contestó el cónsul—, pero cuando ardió la *Yggdrasill* comprendí que algo andaba mal.

—¿A qué se refiere?

El cónsul carraspeó.

—He pasado tiempo con las Voces del Árbol. La conexión con las naves arbóreas es casi telepática. Masteen reaccionó con excesiva calma. O bien no era lo que afirmaba, o bien sabía que la nave iba a ser destruida y había roto el contacto con ella. Cuando yo montaba guardia, bajé para hablar con él. No

estaba. La cabina se hallaba como la encontramos, excepto que la caja de Moebius estaba en estado neutro. El erg podía escapar. La aseguré y fui arriba.

—¿No atacó usted a Het Masteen? —insistió Kassad.

—No.

—Repito... ¿por qué demonios hemos de creerle? —exclamó Silenus. El poeta bebía whisky de la última botella que había traído consigo.

El cónsul contempló la botella mientras respondía.

—No tienen ustedes razones para creerme. No importa.

Los largos dedos del coronel Kassad

tamborileaban sobre el revestimiento opaco de la vara de muerte.

—¿Qué hará con su comunicación ultralínea?

El cónsul respiró cansadamente.

—Informar cuando se abran las Tumbas de Tiempo. Si todavía estoy vivo.

Brawne Lamia señaló el antiguo comlog.

—Podríamos destruirlo.

El cónsul se encogió de hombros.

—Podría sernos útil —señaló el coronel—. Podemos espiar las transmisiones civiles y militares que se efectúen en código abierto. Si es

preciso, podemos llamar a la nave del cónsul.

—¡No! —exclamó el cónsul. Era la primera vez en muchos minutos que demostraba una emoción—. Ahora no podemos retroceder.

—Creo que no tenemos intención de retroceder —observó el coronel Kassad. Miró las caras pálidas. Nadie habló durante un rato.

—Debemos tomar una decisión —concluyó Sol Weintraub. Hamacó a la niña y señaló al cónsul con la cabeza.

Martin Silenus apoyaba la frente en la boca de la botella vacía. Alzó los ojos.

—La pena por traición es la muerte —rió—. Todos moriremos dentro de pocas horas, de cualquier modo. ¿Por qué no hacer de nuestro último acto una ejecución?

El padre Hoyt esbozó una mueca de dolor. Se tocó los labios cuarteados con un dedo trémulo.

—No somos un tribunal.

—Sí, lo somos —corrigió el coronel Kassad.

El cónsul estiró las piernas, apoyó los brazos en las rodillas y entrelazó los dedos.

—Decidan ustedes —dijo sin emoción.

Brawne Lamia había desenfundado la pistola automática de su padre. La apoyó en el suelo, miró a Kassad y al cónsul.

—¿Hablamos de traición? ¿Traición a qué? Ninguno de nosotros es lo que se dice un ciudadano eminente, salvo el coronel. Fuerzas que no controlamos nos han zarandeado de aquí para allá.

Sol Weintraub se dirigió al cónsul.

—Lo que usted ignora, amigo, es que si Meina Gladstone y elementos del Núcleo lo escogieron para establecer contacto con los éxters, sabían muy bien lo que usted haría. Quizá no pudieran averiguar que los éxters tenían medios

para abrir las Tumbas aunque con las IAs del Núcleo nunca se sabe, pero sin duda eran conscientes de que usted se volvería contra ambas sociedades, los dos bandos que han perjudicado a su familia. Todo forma parte de un plan estrambótico. Usted seguía su propia voluntad tanto como esta niña.

Alzó a Rachel.

El cónsul parecía confundido. Iba a hablar, pero meneó la cabeza.

—Tal vez eso sea cierto —intervino el coronel Fedmahn Kassad—, pero por mucho que intenten usarnos como peones, debemos tratar de escoger nuestros propios actos —miró la pared.

Las pulsaciones de luz de la distante batalla espacial pintaban el yeso de rojo sangre—. Miles morirán por culpa de esta guerra. Quizá millones. Si los éxters o el Alcaudón ganan acceso al sistema teleyector de la Red, miles de millones de vidas correrán peligro en cientos de mundos.

Kassad alzó la vara de muerte.

—Esto sería más rápido para todos nosotros —concluyó—. El Alcaudón no conoce la misericordia.

Nadie habló. El cónsul parecía mirar a lo lejos.

Kassad puso el seguro y se guardó la vara de muerte en el bolsillo.

—Hemos llegado hasta aquí. Seguiremos juntos el resto del camino —decidió.

Brawne Lamia guardó la pistola de su padre, se levantó, se acercó al cónsul, se arrodilló y lo abrazó. El sorprendido cónsul la estrechó con un brazo.

Bailaban luces en la pared.

Un instante después, Sol Weintraub se acercó y los estrechó a ambos con un brazo y los dos hombros. La niña se contorsionaba de placer en medio de la calidez de los cuerpos. El cónsul olió el aroma a talco y bebé.

—Me equivocaba —dijo—. Haré un ruego al Alcaudón. Pediré por ella.

Acarició dulcemente la cabeza de Rachel.

Martin Silenus emitió un sonido que comenzó como una carcajada y terminó como un sollozo.

—Nuestros últimos deseos —hipó—. ¿La musa concede deseos? Yo no tengo ninguno. Sólo quiero que el poema quede concluido.

El padre Hoyt se volvió hacia el poeta.

—¿Es tan importante?

—Oh, sí, sí, sí —jadeó Silenus. Soltó la botella vacía, hurgó en su cartera y extrajo un puñado de páginas, alzándolas como si las ofreciera al

grupo—. ¿Quieren leerlo? ¿Quieren que yo lo lea? Está fluyendo de nuevo. Lean las partes viejas. Lean los Cantos que escribí hace tres siglos y nunca llegué a publicar. Todo está aquí. Todos estamos aquí. Mi nombre, el de ustedes, este viaje. ¿No lo ven ustedes...? No estoy creando un poema, estoy creando el futuro —soltó las hojas, alzó la botella vacía, frunció el ceño, la sostuvo como un cáliz—. Estoy creando el futuro —repitió—, pero lo que debemos cambiar es el pasado. Un instante. Una decisión.

Martin Silenus alzó la cara. Tenía los ojos hinchados.

—Esta cosa que nos matará mañana,

mi musa, nuestro creador, nuestro destructor, retrocedió en el tiempo. Bien, así sea. Esta vez, que me lleve a mí y deje en paz a Billy. Que me lleve, que el poema termine allí y quede inconcluso para siempre.

Alzó más la botella, cerró los ojos y la lanzó contra la pared. Los fragmentos de cristal reflejaron la luz anaranjada de las silenciosas explosiones.

El coronel Kassad se acercó y apoyó los largos dedos en el hombro del poeta.

Por unos instantes la habitación se entibió con el mero contacto humano. El padre Lenar Hoyt se alejó de la pared donde se apoyaba, levantó la mano

derecha uniendo el índice y el pulgar, alzando los otros tres dedos, en un ademán que no sólo incluía a los demás, sino a sí mismo.

—*Ego te absolvo* —murmuró.

El viento arañaba las paredes y silbaba alrededor de las gárgolas y balcones. La luz de una batalla que se libraba a cien millones de kilómetros pintaba el grupo de tonos azulados. El coronel Kassad se dirigió a la puerta y todos se separaron.

—Tratemos de dormir —propuso Brawne Lamia.

Más tarde, solo en su saco de dormir, mientras escuchaba los gemidos

y aullidos del viento, el cónsul apoyó la mejilla en la mochila y se arrebujó en la tosca manta. Hacía años que sufría de insomnio.

El cónsul se llevó el puño cerrado a la mejilla, cerró los ojos y se durmió.

EPÍLOGO

El cónsul despertó con el sonido de una balalaika, una melodía tan suave que al principio le pareció parte de un sueño.

Se levantó, tiritó en el aire frío, se arropó en la manta y salió al largo balcón. Aún no había amanecido. Las luces de la batalla aún ardían en el firmamento.

—Lo siento —dijo Lenar Hoyt y dejó el instrumento. El sacerdote estaba envuelto en su capa.

—No se preocupe —lo disculpó el

cónsul—. Ya había dormido bastante. —Era cierto. No recordaba haber descansado tanto en mucho tiempo—. Continúe, por favor.

Las agudas y nítidas notas apenas se oían en el fragor del viento. Era como si Hoyt ejecutara un dueto con el frío viento de los picos. La claridad resultaba casi dolorosa para el cónsul.

Brawne Lamia y el coronel Kassad salieron. Sol Weintraub se reunió con ellos un poco más tarde. Rachel se agitaba en sus brazos, tendía la mano hacia el cielo nocturno como si pudiera coger los brillantes capullos que crecían arriba.

Hoyt siguió tocando. El viento arreciaba en esa hora anterior al alba, y las gárgolas y escarpas actuaban como flautas en contrapunto con el helado fagot de la Fortaleza.

Martin Silenus salió aferrándose la cabeza.

—Nadie respeta mi maldita resaca —protestó. Se apoyó en la ancha baranda—. Si vomito desde esta altura, la bilis tardará media hora en llegar al fondo.

El padre Hoyt siguió tocando. Sus dedos volaban por las cuerdas del pequeño instrumento. El viento del noroeste soplaba cada vez más fuerte y

frío, y la balalaika era un contrapunto con sus cálidas y vividas notas. El cónsul y los demás se envolvieron en sus mantas y capas mientras la brisa se transformaba en ventolera y la música le seguía el ritmo.

Era la sinfonía más extraña y hermosa que había oído el cónsul.

El viento jadeó, rugió, creció y murió. Hoyt terminó la melodía. Brawne Lamia miró alrededor.

—Ya casi amanece.

—Tenemos una hora más —comentó el coronel Kassad.

—¿Para qué esperar? —declaró Lamia.

—En efecto, ¿para qué? —concedió Sol Weintraub. Miró hacia el este, donde el único indicio del amanecer era la palidez de las constelaciones—. Parece que tendremos un buen día.

—Preparémonos —dijo Hoyt—. ¿Necesitamos el equipaje?

Todos se miraron.

—No, creo que no —respondió el cónsul—. El coronel llevará el comlog con el comunicador ultralínea. Lleven ustedes todo lo necesario para su audiencia con el Alcaudón. Dejaremos aquí el resto de las cosas.

—De acuerdo —asintió Brawne Lamia, alejándose de la oscura puerta

—. En marcha.

Había seiscientos sesenta y un escalones desde el portal nordeste de la Fortaleza hasta el brezal. No había barandas. El grupo bajó con prudencia bajo la luz incierta.

Una vez en el suelo del valle, contemplaron la prominencia de piedra. La Fortaleza de Cronos parecía parte de la montaña, sus balcones y escaleras eran hendiduras en la roca. A veces una explosión más brillante iluminaba una ventana o alargaba la sombra de una gárgola, pero por lo demás parecía como si la Fortaleza se hubiera esfumado.

Cruzaron las colinas bajas, andando por la hierba y evitando los aguzados arbustos cuyas espinas se extendían como garras. En diez minutos llegaron a la arena y bajaron al valle por las dunas.

Brawne Lamia encabezaba el grupo. Llevaba su mejor capa y un traje de seda roja con bordes negros. El comlog le centelleaba en la muñeca. El coronel Kassad la seguía. Lucía armadura completa con el polímero de camuflaje sin activar, de modo que el negro y opaco traje absorbía la luz. Kassad empuñaba un rifle de asalto FUERZA. El visor brillaba como un espejo negro.

El padre Hoyt vestía capa negra,

traje negro y cuello de clérigo. Acunaba la balalaika en los brazos, como si fuera un niño. Andaba con cuidado, como si cada paso le causara dolor. Lo seguía el cónsul, ataviado con su mejor uniforme diplomático: blusa almidonada, pantalones negros de etiqueta, chaquetín, capa de terciopelo y el tricornio dorado que había llevado el primer día en la nave arbórea. Aferraba el sombrero para que no se lo arrebatara el viento, que volvía a arreciar arrojándole arena en la cara y caracoleando en las dunas como una serpiente. Martin Silenus iba detrás con su abrigo de pieles ondulando al viento.

Sol Weintraub era el último. Rachel iba en la funda para bebés, apretada contra el pecho del padre, protegida por la capa y la chaqueta. Weintraub canturreaba una melodía cuyas notas se perdían en la brisa.

Cuarenta minutos después llegaron a la ciudad muerta. El mármol y el granito resplandecían bajo la luz violeta. Los picos brillaban detrás y la Fortaleza no se distinguía de las demás laderas. El grupo cruzó un valle arenoso, trepó una duna baja y de pronto vio la entrada del valle de las Tumbas de Tiempo. El cónsul distinguió las alas de la Esfinge y un fulgor de jade. Se volvió alarmado al

oír un estruendo a sus espaldas.

—¿Está empezando? —preguntó Lamia—. ¿El bombardeo?

—No, miren —exclamó Kassad. Señaló hacia los picos montañosos. La negrura borraba las estrellas. Un relámpago estalló sobre ese horizonte falso e iluminó campos de hielo y glaciares—. Sólo una tormenta.

Reanudaron la marcha por las arenas bermejas. El cónsul trató de discernir una silueta cerca de las Tumbas o del extremo del valle. Estaba seguro de que algo los esperaba allí.

—Miren eso —indicó Brawne Lamia, en un susurro que se perdió en el

viento.

Las Tumbas de Tiempo fulguraban. Lo que al principio parecía una luz refleja era un fulgor propio. Cada Tumba tenía su propio color y resultaba claramente visible. El fulgor crecía, las Tumbas se sumían en las tinieblas del valle. El aire olía a ozono.

—¿Es eso un fenómeno habitual? —preguntó el padre Hoyt con un hilo de voz.

El cónsul negó con un gesto.

—Nunca había oído hablar de él.

—Nadie lo había mencionado cuando Rachel vino a estudiar las Tumbas —intervino Sol Weintraub.

Siguió canturreando mientras reanudaban la marcha hacia la arena arremolinada.

Se detuvieron en la boca del valle. Las suaves dunas eran reemplazadas por rocas y sombras negras en el terreno cenagoso que conducía a las relucientes Tumbas. Nadie encabezaba la marcha. Nadie hablaba. El cónsul sentía las salvajes palpitaciones de su corazón. Peor que el miedo, o que el conocimiento de lo que esperaba allí, era el mal augurio que le infundía el viento, causándole escalofríos e incitándolo a correr gritando de regreso hacia las colinas de donde venían. Se

volvió hacia Sol Weintraub.

—¿Qué es esa melodía que le cantaba a Rachel?

El profesor le dirigió una sonrisa forzada y se rascó la barba corta.

—Pertenece a una antigua película bidimensional. Anterior a la Hégira. Qué diablos, anterior a todo.

—Oigámosla —propuso Brawne Lamia, al comprender la intención del cónsul. Tenía la cara muy pálida.

Weintraub la cantó con voz quebrada, pero la melodía resultaba convincente y seductora. El padre Hoyt descolgó la balalaika y tocó hasta que aprendió la canción.

Brawne Lamia se echó a reír.

—Señor —exclamó el asombrado Martin Silenus—, yo la cantaba de niño. Es muy antigua.

—Pero ¿quién es el mago? —preguntó el coronel Kassad, cuya voz amplificada por el casco resultaba graciosa en aquel contexto.

—¿Y qué es Oz? —se extrañó Lamia.

—¿Y quiénes van a ver al mago? —quiso saber el cónsul, sintiendo que el miedo se aplacaba.

Sol Weintraub trató de responder cada pregunta y explicó la trama de una película bidimensional que había sido

polvo durante siglos.

—No importa —suspiró Brawne Lamia—. Ya nos la contará después. Cántela de nuevo.

A sus espaldas, la oscuridad devoraba las montañas mientras la tormenta barría el brezal. El cielo aún derramaba luz, pero estaba más pálido hacia el este. A la izquierda la ciudad muerta relucía como dientes de piedra.

Brawne Lamia encabezó de nuevo la marcha. Sol Weintraub cantó con más fuerza y Rachel se agitó con deleite. Lenar Hoyt se echó la capa hacia atrás para tocar mejor la balalaika. Martin Silenus lanzó una botella vacía a la

arena y cantó también, con voz profunda y curiosamente intensa y agradable, por encima del viento.

Fedmahn Kassad alzó el visor, se llevó el arma al hombro y se unió al coro. El cónsul empezó a cantar, pensó en esa letra absurda, soltó una carcajada y empezó de nuevo.

El sendero se ensanchaba donde comenzaba la oscuridad. El cónsul se movió a la derecha, Kassad se unió a él y Sol Weintraub llenó la brecha, de modo que los seis avanzaban hombro con hombro en vez de formar una hilera. Brawne Lamia cogió la mano de Silenus y la de Sol al otro lado.

Cantando a voz en grito, sin mirar atrás, con paso uniforme, se internaron en el valle.